
DEVILS SERIE
EL CEO DE CORAZÓN DE HIELO
ANDREA ADRICH

EL CEO DE CORAZÓN DE HIELO

ANDREA ADRICH

ANDREA ADRICH

Copyright © Edición original 2025 por Andrea Adrich

Todos los derechos están reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Esta es una novela ficticia en su totalidad. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Primera edición: agosto 2025

Título: El CEO de corazón de hielo. Devils.

Número de Registro en SafeCreative: 2508142777142

Puedes seguir a la autora a través de Instagram (**andreaadrich_**), y así conocer todas sus novedades y sus próximas publicaciones.

GRACIAS POR COMPRAR ESTE EBOOK

ÍNDICE

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53

CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64
CAPÍTULO 65
CAPÍTULO 66
CAPÍTULO 67
CAPÍTULO 68
CAPÍTULO 69
EPÍLOGO

CAPÍTULO 1

El cielo de Chicago amaneció con un manto gris plomizo que parecía predecir el humor de Alexander Reid. A sus treinta y dos años, no estaba acostumbrado a que las cosas no salieran según lo planeado.

El hangar privado del aeropuerto O'Hare se había convertido en una jaula para su frustración, mientras observaba cómo los mecánicos rodeaban su jet privado como buitres sobre una presa moribunda.

—¿Cuánto tiempo más va a tardar? —preguntó con un tono cortante que hizo que el jefe de mecánicos se encogiera visiblemente.

—Señor Reid, me temo que la pieza de repuesto no llegará hasta mañana por la tarde. Es un componente imprescindible del sistema hidráulico y...

Alexander levantó la mano, silenciando la explicación técnica. No le interesaba lo más mínimo. Lo único que le interesaba era que su avión no estaba listo para despegar.

—Suficiente —dijo.

Su mandíbula se tensó, formando esa línea dura que sus empleados habían aprendido a temer.

Con un gesto brusco, se ajustó el Patek Philippe en su muñeca.

Eran las 7:43 de la mañana.

Calculó mentalmente.

Tenía una reunión con la junta directiva a las seis de la tarde en Nueva York. Una reunión en la que se decidiría el futuro de la adquisición más importante de Reid Enterprises en los últimos cinco años. Los nervios de todo el mundo estaban a flor de piel.

—Lárguese —murmuró al mecánico, que no necesitó que se lo dijera dos veces. El hombre se dio media vuelta y se alejó.

Alexander se pasó una mano por el pelo negro perfectamente recortado, permitiéndose ese pequeño gesto de desorden antes de sacar el teléfono del bolsillo de su pantalón.

Marcó el número de su asistente personal y esperó, tamborileando los dedos sobre el maletín de cuero italiano que contenía los documentos para la reunión.

—Señorita Anderson —dijo en cuanto escuchó que descolgaban, sin molestarse en saludar—. El avión está averiado. Necesito opciones. Ya.

Al otro lado de la línea, Rebecca Anderson llevaba trabajando para Alexander Reid exactamente once meses, dos semanas y tres días. Tiempo suficiente para saber que cuando su jefe usaba ese tono, el apocalipsis era inminente.

—Buenos días, señor Reid —respondió con una profesionalidad pulida a base de miedo—. Déjeme verificar las alternativas inmediatamente.

Alexander escuchó el tecleo rápido a través del teléfono mientras caminaba por el hangar.

Sus zapatos Oxford resonaban contra el suelo de cemento, marcando un ritmo impaciente. A través de los ventanales, observó cómo las nubes se oscurecían, burlándose de su problema.

—Señor, he consultado todos los vuelos comerciales —habló la

asistente personal, transcurrido un rato—. Hay uno que sale en cuarenta minutos hacia el JFK, pero...

—Pero ¿qué? —espetó Alexander.

—Solo quedan asientos en clase turista.

El silencio que siguió fue tan gélido que Rebecca pudo sentir cómo la temperatura de su oficina en Manhattan descendía varios grados.

—Continúa —ordenó Alexander.

—La siguiente alternativa es el tren. Hay un Amtrak que sale de la Chicago Union Station en una hora y media. Estaría en Penn Station a las 18:15, lo que le daría tiempo suficiente para llegar a la reunión, a las 19:15.

Alexander contempló la idea de compartir un espacio cerrado con gente durante horas. La sola imagen mental le provocó un tic en el ojo izquierdo.

—¿No hay jets privados disponibles para alquilar?

—He consultado en tres compañías, señor. Todo está reservado debido a la convención tecnológica que termina hoy. Y respecto a los helicópteros, hay una alerta meteorológica por tormentas eléctricas en toda la ruta.

Alexander miró nuevamente al cielo y maldijo entre dientes.

El destino parecía empeñado en burlarse de él. ¿Por qué su jet privado tenía que haber escogido ese día precisamente para averiarse?

—Reserva el compartimento más privado y cómodo disponible en ese maldito tren —ordenó, escupiendo las palabras como si fueran veneno—. Y asegúrate de que nadie me moleste durante el viaje. Nadie.

—Por supuesto, señor. Ya estoy en ello —respondió Rebecca, sintiendo una mezcla de alivio (por ella) y compasión (por cualquier

empleado de Amtrak) que tuviera que lidiar con su jefe—. ¿Necesita que le envíe un coche a Union Station?

—No. Ya tengo uno.

Sin molestarse en despedirse, Alexander colgó, se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón y se dirigió hacia la salida. El chófer que lo había llevado al aeropuerto aquella mañana seguía esperando fielmente junto al Bentley negro.

—A Union Station —ordenó al entrar en el vehículo.

Durante el trayecto por las congestionadas calles de Chicago, Alexander mantuvo la mirada fija en su tablet, revisando obsesivamente los números de la adquisición pendiente.

Sunnova Tech era una joya en el sector de energías renovables, y su tecnología de paneles solares revolucionaría el mercado si Reid Enterprises lograba cerrar el trato antes que Winters Corporation, su eterno rival.

Su teléfono vibró con un mensaje de su asistente personal:

«Compartimento VIP reservado. Coche nº49, compartimento A. El tren sale a las 9:30. Adjunto billete electrónico y confirmación.»

Al menos Rebecca Anderson era eficiente. No como su anterior asistente, a quien había despedido por cometer el imperdonable error de traerle su café de Egipto (café turco) con azúcar en lugar de sin él, como le gustaba.

Tres veces.

La pobre no se enteraba de nada.

Siempre que trataba de decirle algo, tartamudeaba. La pena era que Rebecca tuviera que irse y él tuviera que buscar a otra asistente personal, que probablemente durara en su puesto solo un par de semanas. O menos.

El Bentley se detuvo frente a la majestuosa fachada de la

Chicago Union Station. A diferencia del caos del centro de la ciudad, la arquitectura neoclásica del edificio transmitía un aire de orden y firmeza que, en cualquier otro momento, Alexander habría apreciado, pero que, dadas las circunstancias y la prisa, le era indiferente.

—Puede irse —le dijo al chófer mientras salía del vehículo.

El interior de la estación bullía de actividad.

Turistas con cámaras, ejecutivos hablando por teléfono, familias con niños ruidosos...

Alexander avanzó entre la multitud como un tiburón entre peces pequeños.

Su aura de autoridad le abría paso de forma natural, casi sin proponérselo. Su traje negro hecho a medida por el mejor sastre de Savile Row (la calle de los sastres en Londres y que le enviaban a Estados Unidos) contrastaba con la indumentaria casual de los viajeros. Algunos lo miraban al pasar, reconociendo quizás al hombre cuyo rostro había aparecido en la portada de Forbes el mes anterior bajo el titular «El Rey Midas del Siglo XXI».

En la taquilla VIP, una joven sonriente lo recibió.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Alexander Reid. Tengo una reserva.

La sonrisa de la empleada cedió un poco al notar la frialdad en sus ojos azul acero.

—Por supuesto, señor Reid —respondió tras verificar en el ordenador la reserva—. Su compartimento VIP está confirmado. Permítame darle su llave y escoltarlo personalmente.

—No es necesario —interrumpió, extendiendo la mano para tomar la tarjeta de acceso—. Conozco el camino.

La mujer asintió, intimidada.

—El embarque comienza en veinte minutos por la puerta 5.

¿Desea que enviemos a alguien a por su equipaje?

Alexander miró su maletín y la pequeña maleta de mano que había preparado para un viaje de ida y vuelta en el día.

—No.

Sin añadir más, se dirigió hacia la sala de espera exclusiva para pasajeros de primera clase.

El espacio, decorado con madera oscura y cuero, ofrecía un respiro del bullicio exterior.

Alexander se sentó en un sillón alejado, sacó su teléfono y marcó nuevamente el teléfono de su asistente.

—Señorita Anderson, necesito que contacte con Roderick Marshall y le informe de que llegaré directamente a la reunión —comenzó—. Dígale que tenga listos todos los documentos de la fase tres y que reajuste la presentación para enfatizar las proyecciones de rentabilidad a cinco años. Los inversores querrán ver números concretos, no promesas vagas.

—Entendido, señor. Ya he enviado los archivos actualizados a su tablet —contestó Rebecca—. También he preparado un dossier sobre los miembros de la junta que estuvieron en la última reunión, con notas sobre sus principales preocupaciones.

Por primera vez en la mañana, Alexander sintió un atisbo de satisfacción. Tal vez Rebecca mereciera una generosa indemnización cuando se fuera de la empresa.

—Bien. Y, señorita Anderson...

—¿Sí, señor?

—No programe ninguna reunión para mañana por la mañana. Si este viaje en tren va a ser tan infernal como imagino, necesitaré tiempo para recuperarme.

—Lo haré, señor. Su agenda estará despejada hasta el almuerzo con el embajador japonés.

Alexander colgó, y volvió a guardar el móvil en el bolsillo del pantalón.

Un anuncio resonó por los altavoces:

«Atención pasajeros del tren 49 con destino a Nueva York. El embarque comenzará en cinco minutos por la puerta 5. Pasajeros con necesidades especiales y de primera clase, por favor acérquense a la puerta ahora.»

Alexander recogió sus pertenencias y se dirigió hacia la plataforma.

El tren, un Amtrak de línea regular, le pareció insultantemente ordinario comparado con su jet privado. Aun así, localizó el vagón 8 y subió, ignorando deliberadamente al asistente que intentaba ayudarlo con su equipaje.

El compartimento A era, al menos, más decente de lo que había temido.

Un espacio privado con asientos de cuero, una pequeña mesa de trabajo, conexión Wi-Fi y cortinas que podían cerrarse para obtener privacidad total. No era su oficina en el piso 70 de la Torre Reid en Manhattan, pero serviría.

Se instaló junto a la ventana, sacó su portátil y comenzó a trabajar mientras el tren se llenaba gradualmente de gente.

A través de las cortinas entreabiertas, observó el desfile de pasajeros en el pasillo: turistas emocionados, estudiantes con mochilas desgastadas, ejecutivos de medio pelo con trajes que gritaban «descuento».

Alexander agradeció silenciosamente la barrera invisible que lo separaba de ese mundo.

Un rato después, el tren dio una sacudida y comenzó a

moverse.

Chicago quedaba atrás, junto con la posibilidad de un viaje cómodo y privado. Por delante, horas de confinamiento en ese tubo de metal con ruedas y una reunión que definiría el futuro de su imperio empresarial.

Alexander suspiró, algo que rara vez se permitía.

Ese no era su día.

Y cuando Alexander Reid tenía un mal día, el mundo entero parecía conspirar para empeorarlo.

Mientras el paisaje urbano de Chicago comenzaba a desdibujarse tras la ventana, Alexander abrió el archivo que Rebecca le había enviado.

Las imágenes de los rostros de los miembros de la junta directiva de Sunnova Tech lo miraban desde la pantalla, cada uno acompañado de un perfil detallado.

Alexander los conocía a todos demasiado bien. Sabía qué botones pulsar, qué promesas hacer, qué temores apaciguar.

No había llegado a la cima siendo un ingenuo.

Su padre, el fundador original de Reid Enterprises, le había enseñado una lección crucial: «En los negocios no existen los amigos. Solo piezas en un tablero que debes mover estratégicamente, como en ajedrez.»

Una enseñanza que Alexander había interiorizado quizás demasiado bien.

Una suave llamada a la puerta interrumpió sus pensamientos. Alexander frunció el ceño. Había dado instrucciones específicas de no ser molestado.

—¿Sí? —respondió con tono cortante.

La puerta se abrió para revelar a un empleado del tren, un hombre de mediana edad con un uniforme impecable.

—Buenos días, señor Reid. Solo quería confirmar que todo está a su gusto y ofrecerle nuestro menú para el almuerzo.

Alexander tomó el menú que le ofrecían con un gesto de impaciencia.

—Café. Negro. Sin azúcar. Y asegúrese de que esté caliente, no tibio como suelen servirlo en estos sitios.

El hombre asintió como un buen profesional.

—Por supuesto, señor. ¿Desea también...?

—Eso es todo —interrumpió Alexander, volviendo su atención a la pantalla en un claro gesto de despedida.

Cuando la puerta se cerró, volvió a sumergirse en su trabajo. Los números danzaban frente a sus ojos: proyecciones financieras, análisis de mercado, estimaciones de crecimiento.

Sunnova Tech representaba más que una simple adquisición; era la llave para el futuro de Reid Enterprises en un mundo cada vez más enfocado en la sostenibilidad.

Alexander no era un idealista. Pero sabía reconocer una tendencia del mercado cuando la veía, y las energías renovables eran el caballo ganador para la próxima década. Si podía posicionar a Reid Enterprises a la vanguardia de esa revolución, los beneficios serían astronómicos.

El empelado regresó con su café, que Alexander probó con escepticismo. Para su sorpresa, estaba como le gustaba.

Asintió levemente, lo más cercano a un agradecimiento que podía ofrecer, y el hombre se retiró de nuevo, satisfecho de haber complacido al exigente Alexander Reid.

Mientras el tren atravesaba los suburbios de Chicago, Alexander se permitió un momento para observar el paisaje. Casas idénticas se sucedían una tras otra, personas diminutas viviendo vidas ordinarias que él nunca podría comprender.

¿Cómo sería despertarse cada mañana sin el peso de un imperio sobre los hombros? ¿Sin la constante presión de superar las expectativas de un padre fallecido, pero omnipresente?

Sacudió la cabeza, alejando esos pensamientos improductivos. La nostalgia por una vida que nunca había vivido era un lujo que no podía permitirse.

Su teléfono vibró con un mensaje de Roderick Marshall, su director financiero:

«Winters Corporation ha aumentado su oferta por Sunnova en un 7%. Están jugando duro. ¿Contraofertamos?»

Alexander apretó la mandíbula.

Isobel Winters, vicepresidenta de Winters Corporation, había sido su novia tiempo atrás.

Y también su mayor enemiga.

Dos alfas en la misma manada, destinados a colisionar.

Una y otra vez.

Cada victoria contra Isobel sabía especialmente dulce y cada derrota dolorosamente amarga.

«Mantén la oferta. Isobel se está tirando un farol. No tienen liquidez para sostener un aumento del 7%. Prepara los documentos para un 5% si es necesario, pero no los muestres hasta que yo llegue.»

Después de enviar el mensaje, Alexander se reclinó en su asiento. El café comenzaba a hacer efecto, aclarando su mente.

Quizá aquel viaje en tren no fuera tan terrible después de todo. La privacidad de su compartimento le permitía trabajar sin distracciones, algo que a veces resultaba difícil incluso en su propio

jet, donde las llamadas y los correos parecían multiplicarse.

El paisaje empezó a cambiar, las zonas suburbanas dieron paso a extensos campos que se extendían hasta el horizonte.

Alexander recordó vagamente un viaje en tren cuando era niño, sentado junto a su madre mientras su padre trabajaba obsesivamente en unos documentos de la empresa.

Su madre señalaba los animales que había en el campo, intentando captar su atención. Él estaba dividido entre el deseo infantil de disfrutar del paisaje y la necesidad de imitar a su padre, de ser el hijo que esperaba que fuera.

El recuerdo se desvaneció tan rápido como había aparecido.

Alexander tomó otro sorbo de café, y sintió cómo el líquido amargo borraba el sabor agridulce de los recuerdos.

El presente.

Eso era lo único que importaba.

El presente y el futuro que estaba construyendo.

El tren redujo la velocidad, aproximándose a su primera parada. Cleveland, según indicó una voz por el sistema de megafonía. Alexander miró su reloj. Iban con diez minutos de retraso. Típico.

«Maldita sea, a este paso llegaré a Nueva York justo para ver cómo Isobel se lleva Sunnova Tech», pensó con amargura.

Pero Alexander Reid no permitía que pequeños contratiempos descarrilaran sus planes.

Se ajustó la corbata de seda gris que complementaba perfectamente su traje. Un gesto que realizaba instintivamente antes de cada batalla importante.

La adquisición de Sunnova Tech sería suya. La reunión sería un éxito. Y aquel maldito viaje en tren sería solo una anécdota que contar en alguna futura entrevista sobre los sacrificios necesarios para construir un imperio.

O al menos eso era lo que creía mientras el tren reanudaba su marcha hacia el este, hacia un encuentro que cambiaría mucho más que el curso de sus negocios.

CAPÍTULO 2

Las cortinas desgastadas del pequeño piso en Pittsburgh filtraban perezosamente la luz de la mañana.

Felicity Ashford contemplaba su reflejo en el espejo astillado del baño mientras intentaba domar su rebelde melena castaña.

Veinticuatro años y una colección de sueños pospuestos se reflejaban en sus ojos de color avellana.

—Por fin mañana todo va a cambiar —dijo, intentando que su voz sonara más convincente que el nudo que tenía en el estómago.

Su mirada recorrió el minúsculo apartamento que había sido su hogar durante los últimos dos años, junto con sus dos compañeras de piso.

Un sofá con más historias que un libro de Dickens, una cocina que apenas merecía ese nombre, y una cama que protestaba con cada movimiento porque solo tenía muelles.

Sin embargo, había sido suyo (hasta cierto punto). Su primer espacio tras independizarse, después de muchos años compartiendo habitación con su madre en aquel piso aún más pequeño en Queens.

Con dedos ligeramente temblorosos, Felicity abrió el armario y extrajo el único traje formal que poseía. Un conjunto azul marino que había encontrado en una tienda de segunda mano pero que,

milagrosamente, parecía que había sido hecho a medida para ella. Lo había reservado durante meses, ahorrando centavo a centavo, para aquel preciso momento.

—Vas a conquistar Nueva York —murmuró mientras lo extendía cuidadosamente sobre la cama—. O al menos vas a intentarlo sin que te tiemblen las piernas.

Esbozó una sonrisilla en los labios.

El sonido de su teléfono rompió el momento. Se giró y cogió el móvil. La foto de su madre apareció en la pantalla.

Descolgó.

—¡Mamá, hola! —contestó Felicity, sujetando el teléfono entre la mejilla y el hombro, mientras continuaba preparando un pequeño bolso negro como equipaje.

—Buenos días, cariño —respondió Aurora—. ¿Ya tienes todo listo?

Felicity echó un vistazo a su lista mental.

—Creo que sí. Traje formal, zapatos que no me destrozarán los pies antes de la entrevista, currículum impreso en papel que parece importante, y una sonrisa que espero no se congele en mi cara cuando esté frente al famoso ogro de Reid Enterprises.

Aurora soltó una carcajada al otro lado de la línea.

—Mi niña, has lidiado con el gerente del restaurante que no te dejaba en paz ni un solo minuto, con la jefa de la tienda que te culpaba de cada uno de sus errores, y conmigo durante tu adolescencia. Un empresario malhumorado es pan comido para ti.

Felicity sonrió mientras doblaba cuidadosamente una blusa blanca.

Su madre siempre había tenido esa capacidad de convertir sus miedos en algo manejable. Una habilidad que había perfeccionado criando sola a una hija cuando apenas era una veinteañera ella

misma.

—No lo sé, mamá. Este no es cualquier empresario malhumorado. Es Alexander Reid. El hombre que aparece en los diccionarios junto a la definición de «implacable».

—¿Has visto su foto? —preguntó Aurora con repentino interés.

—No, ha sido todo tan rápido que no me ha dado tiempo —admitió Felicity—. Solo he leído alguna que otra cosa sobre él. Y no todas son buenas. Pero me lo imagino probablemente calvo y con cara de haber comido limones en ayunas.

Aurora se echó a reír.

—O podría ser el soltero más codiciado de Manhattan. Las revistas de negocios a veces tienen portadas con hombres interesantes, ¿sabes?

Felicity puso los ojos en blanco mientras cerraba su neceser.

—Mamá, voy a una entrevista de trabajo, no a un programa de citas. Además, la mujer de Recursos Humanos que me atendió me dijo que el señor Reid es «exigente hasta el extremo de lo irracional». Esas fueron sus palabras exactas. El tío debe de ser de armas tomar.

—¿Y por qué deja el trabajo su anterior asistente? —preguntó Aurora, con ese tono que Felicity reconocía como su «modo detective».

—Al parecer se casa y se muda a Nevada —respondió Felicity mientras revisaba los documentos en su carpeta—. Aunque entre líneas, la mujer de Recursos Humanos me dio a entender que también está bastante harta del señor Reid.

—Es normal si es tan… estricto —murmuró Aurora—. Bueno, al menos el sueldo es bueno, ¿no?

Felicity soltó un silbido bajo.

—Tan bueno que cuando vi la cifra, pensé que había un error

tipográfico. Podría pagar una habitación decente en un piso de Manhattan y enviarte algo dinero a casa. Podríamos finalmente arreglar esa gotera que inunda el salón siempre que llueve, mamá.

El silencio que hubo al otro lado de la línea delataba la emoción de Aurora.

—Mi niña, sabes que no tienes que preocuparte por mí. Algún día arreglaré esa maldita gotera. Pero estoy orgullosa de ti. Siempre lo he estado.

Felicity sintió un nudo en la garganta.

Su madre había sacrificado mucho por ella. Había trabajado dobles turnos como enfermera y compaginado en ocasiones dos empleos, para que pudiera terminar sus estudios. Ahora era su turno de devolverle algo. Si conseguía convertirse en la asistente personal de Alexander Reid.

—Lo sé, mamá. Pero quiero hacerlo —respondió Felicity—. Aunque primero tengo que conseguir el trabajo, y para eso tengo que sobrevivir a la entrevista con el hombre que aparentemente hace llorar a todas las candidatas.

—¿En serio? —Aurora sonaba entre horrorizada y fascinada.

—Según la mujer de Recursos Humanos, la última chica salió corriendo después de que el señor Reid le preguntara si su mediocridad era una afección congénita o adquirida —respondió Felicity.

—¡Señor! —exclamó su madre—. Definitivamente es un encanto de persona.

Felicity no pudo evitar reírse mientras cerraba el bolso.

—Un completo príncipe azul. Pero ¿sabes qué? No me importa si es el diablo en persona. Este trabajo es mi billete a una vida mejor, y voy a conseguirlo, aunque tenga que sonreír mientras me insulta en tres idiomas diferentes —dijo Felicity.

La determinación en su voz era auténtica.

Después de años saltando de un trabajo mal pagado a otro, con horarios aún peores, aquella era su oportunidad. Asistente personal del dueño y presidente de Reid Enterprises, una de las empresas más importantes del país.

El sueldo era jodidamente bueno, las prestaciones inmejorables, y las posibilidades de crecimiento profesional, infinitas. Si tenía que soportar a un jefe gruñón para conseguirlo, que así fuera.

—Esa es mi niña —respondió Aurora con orgullo—. Recuerda, tienes sangre irlandesa en las venas. Tu abuela emigró a los Estados Unidos con un bebé en brazos y construyó una vida de la nada. Tú puedes manejar a un millonario con mal genio.

Felicity sonrió mientras se asomaba a la ventana.

Unas nubes grises habían tomado el cielo sobre Pittsburgh.

—¿Qué crees que diría la abuela si me viera ahora? —preguntó con nostalgia.

—Diría «Hija mía, párate derecha, sonríe como si fueras la dueña del lugar, y no dejes que ningún hombre estirado te haga sentir menos.» Y luego te daría una de esas palmadas en la espalda que te dejaban casi sin aliento.

Felicity rio con ganas, sintiendo cómo parte de su nerviosismo se disipaba. Su abuela había sido una fuerza de la naturaleza, una mujer diminuta con la determinación de un tanque.

—La echo de menos —murmuró de pronto.

—Yo también, cariño. Pero está aquí, en ti. En esa barbilla terca que levantas cuando alguien te dice que no puedes hacer algo.

Un trueno retumbó a lo lejos, y Felicity consultó su reloj de pulsera. Faltaba una hora y media para que saliera su tren.

—Mamá, tengo que terminar de prepararme. El tren sale a la una y quiero llegar con tiempo de sobra.

—Por supuesto. ¿Tienes suficiente dinero para el viaje?

Felicity abrió su cartera y contó los billetes por enésima vez.

Doscientos dólares, sus ahorros de las últimas semanas, destinados a cubrir el billete de tren y los gastos inmediatos en Nueva York hasta que recibiera su primer sueldo (si conseguía el trabajo, se recordó).

—Sí, tengo suficiente. —Suspiró, aunque no era del todo cierto —. Y antes de que lo preguntes, también tengo el paraguas, una muda de ropa extra y ese amuleto de la suerte con forma de estrella que me diste en la graduación.

—Solo quiero asegurarme de que estás preparada —respondió Aurora con ese tono protector que las madres llevan perfeccionando a lo largo de milenios—. ¿Y dónde te quedarás esta noche?

—He hecho una reserva en un hostal económico cerca de Penn Station. No es el Ritz, pero tiene buenas reseñas y está limpio —dijo Felicity.

Un nuevo trueno, en aquella ocasión más cercano, hizo vibrar los cristales de la ventana.

—Parece que va a caer una buena —observó Felicity—. Espero que no afecte al tren. ¡Es ya lo que me faltaba!

—Seguro que no, cariño. Y si hay algún retraso, te lo tomarás con calma. La entrevista no es hasta mañana por la mañana, ¿verdad?

—Sí, a las nueve. Así que me va a dar tiempo para familiarizarme con la zona y quizás hasta para dar un paseo por Central Park y poder apaciguar los nervios.

—Perfecto. Entonces, mi amor, respira hondo, mantén la cabeza alta, y recuerda que pase lo que pase con ese trabajo, ya has llegado más lejos de lo que muchos pensaron que llegarías.

Felicity sintió una punzada de emoción.

Era cierto.

La chica al que el orientador escolar había sugerido «algo más realista» que la universidad, la que había sido rechazada de tres prácticas profesionales por falta de enchufes adecuados, estaba ahora a un paso de entrar en el mundo empresarial por la puerta grande.

—Te quiero, mamá. Te llamaré cuando llegue a Nueva York.

—Yo te quiero más, mi niña. Ve a conquistar el mundo, o al menos Manhattan —dijo Aurora en tono distendido.

Después de colgar, Felicity se permitió un momento de tranquilidad.

La lluvia comenzaba a golpear suavemente contra los cristales. Un ritmo constante y firme que parecía sincronizarse con los latidos de su corazón.

Frente al espejo, se probó por encima el conjunto que se iba a poner para la entrevista y que cogió de la cama. El corte era perfecto.

Se recogería el pelo en un moño profesional, dejando que algunos mechones enmarcaran su rostro. Se pondría un toque de maquillaje, lo justo para parecer tener buena cara, pero sin ir exagerada, y estaría lista.

O tan lista como podía estar para enfrentarse a Alexander Reid, el hombre cuya reputación hacía temblar a ejecutivos con décadas de experiencia a sus espaldas.

—Vas a conseguir ese trabajo —se dijo Felicity con confianza—. Y luego vas a ser tan buena en él que hasta el *señor Limón Amargo* tendrá que admitirlo.

El apodo que le había puesto le hizo sonreír.

Felicity observó con nostalgia la fotografía enmarcada que descansaba sobre la cómoda desvencijada. Eran ella y su madre en

su graduación universitaria. Ambas con unas sonrisas tan radiantes que ocultaban las noches en vela, los turnos extra y las comidas que se habían saltado y que habían hecho posible aquel momento.

La tomó y la metió cuidadosamente entre la ropa que llevaba en su bolso de mano. Un recordatorio de por qué estaba haciendo aquello, de por qué valía la pena arriesgarse.

Mientras cerraba la cremallera del bolso, su mirada se posó en la carta de Reid Enterprises que había recibido un par de días atrás.

Aún recordaba la sensación de incredulidad al abrirla, al leer que habían seleccionado su currículum entre cientos de candidatos.

A ella, Felicity Ashford, graduada en una universidad estatal sin influencias ni apellidos rimbombantes, la habían llamado para hacer una entrevista para uno de los puestos más codiciados del mundo empresarial.

Todo había comenzado dos semanas atrás, cuando una compañera de universidad, Eliza, empleada en Recursos Humanos de Reid Entreprises, le había enviado un mensaje:

«Buscan sustituta para la asistente personal del gran jefe. Es un infierno y él es el mismísimo diablo, pero pagan como si trabajaras para la realeza. He mencionado tu nombre. ¿Te interesa?»

Felicity había respondido con un «sí» entusiasmado y, sin pensárselo dos veces, había enviado el currículum al email que le había facilitado Eliza.

Un relámpago iluminó el piso por completo, seguido inmediatamente por un trueno que hizo temblar las paredes. La tormenta estaba justo encima.

Felicity consultó la aplicación del tiempo en su teléfono. Lluvia persistente durante las siguientes horas, pero sin alertas de

inundación o tormentas severas. El tren debería salir sin problemas.

Con un último vistazo a su pequeño piso, Felicity tomó su bolso, su paraguas, y la determinación que había heredado de generaciones de mujeres fuertes.

La lluvia arreciaba afuera, pero ella estaba lista para enfrentar la tormenta.

Cogió el abrigo negro del viejo perchero junto a la puerta, otro hallazgo de la tienda de la segunda mano que, como su traje, parecía pertenecer a una vida más lujosa que la suya. Se lo puso y se miró una última vez en el espejo de cuerpo entero que había rescatado de la acera cuando el vecino del 3ºB se mudó.

—Nada mal, Ashford —se dijo con una sonrisa de medio lado—. Casi pareces una neoyorquina de verdad.

La verdad era que, a pesar de haber nacido en Queens, Nueva York siempre le había parecido una ciudad ajena. Un lugar donde ella y su madre nunca habían encajado del todo, siempre en la periferia, siempre mirando desde fuera los rascacielos donde se tomaban decisiones que afectaban a millones de personas.

Cuando su madre consiguió un trabajo en el hospital de Hershey, una pequeña ciudad de Pensilvania, habían dejado la Gran Manzana sin mirar atrás.

Y ahora, en una extraña vuelta del destino, Felicity regresaba. No como turista, no como la hija adolescente de una enfermera, sino como una profesional dispuesta a conquistar su lugar en esas mismas torres que una vez le habían parecido inaccesibles.

El reloj marcaba las 12:00.

Era hora de partir.

Con el bolso en una mano y el paraguas en la otra, Felicity abrió la puerta del piso. Se detuvo un segundo en el umbral, permitiéndose un momento de duda.

«¿Y si no estoy a la altura? —se preguntó para sus adentros—. ¿Y si Alexander Reid me despedaza en la entrevista como a esa pobre chica que mencionó la mujer de Recursos Humanos?»

Sacudió la cabeza, ahuyentando las dudas como si fueran moscas molestas.

«No. No voy a sabotearme antes de empezar.»

Cerró la puerta con decisión, girando dos veces la llave en la cerradura oxidada.

Mientras bajaba las escaleras del edificio, con cada peldaño crujiente bajo sus pies, dejaba atrás no solo su casa, sino también una versión antigua de sí misma. La Felicity que se conformaba, la que agachaba la cabeza, la que temía soñar demasiado alto.

En el vestíbulo se encontró con la señora Kowalski, la anciana del 2ºA que siempre olía a galletas recién horneadas y cotilleos frescos.

—¡Felicity, querida! ¿Te vas de viaje? —preguntó, ajustándose las gafas para examinar mejor el atuendo formal de la joven.

—Sí, señora Kowalski. Voy a Nueva York para hacer una entrevista de trabajo.

Los ojos de la anciana se iluminaron con curiosidad.

—¡Nueva York! ¡Qué emocionante! Un buen trabajo, espero.

Felicity no pudo evitar sonreír ante el evidente interés de su vecina, que sin duda transmitiría la noticia a todo el edificio antes del anochecer. Sus vecinos eran buena gente, pero muy cotillas.

—Muy bueno, si lo consigo, claro. Asistente personal del director de una gran empresa —dijo.

—¡Oh! —La señora Kowalski la miró con una mezcla de orgullo y melancolía, como si Felicity fuera una nieta que se marchaba a la universidad—. Siempre supe que harías grandes cosas. Eres demasiado brillante para quedarte en este viejo edificio para

siempre.

Felicity sintió una oleada de cariño por la anciana, quien siempre le había ofrecido galletas y consejos (aunque no los hubiera solicitados) desde que se mudó.

—Gracias, señora Kowalski. Aún no tengo el trabajo, pero...

—Lo conseguirás —la interrumpió la mujer con una certeza inquebrantable—. Tienes esa mirada, la misma que tenía mi Herbert cuando se propuso abrir su ferretería. Y lo logró, contra todo pronóstico.

Felicity asintió, conmovida por la fe de su vecina.

—Le traeré un souvenir de Nueva York cuando regrese —prometió.

—No, querida —respondió la señora Kowalski con una sonrisa—. Tráete ese puesto de trabajo. Eso será suficiente.

Con un último abrazo que olía a lavanda y sabiduría de otra época, Felicity salió finalmente al mundo exterior.

La lluvia caía con fuerza, transformando las calles en ríos urbanos. Abrió su paraguas y comenzó a caminar hacia la parada de autobús que la llevaría a la estación de tren.

Pittsburgh se despedía de ella con un diluvio.

El trayecto en autobús fue un ejercicio de paciencia. El vehículo avanzaba lentamente por las calles inundadas, deteniéndose en cada charco.

Felicity mantuvo la mirada fija en su teléfono, releyendo por enésima vez el email de confirmación de la entrevista.

«Estimada señorita Ashford:

Nos complace confirmar su entrevista para el puesto de asistente personal del señor Reid, director de Reid Enterprises,

programada para el día 15 de octubre a las 9:00 horas en nuestras oficinas principales (Torre Reid, Quinta Avenida, Manhattan).

Le rogamos puntualidad y le recordamos que deberá presentar una identificación válida en la recepción.

Atentamente, Departamento de Recursos Humanos. Reid Enterprises.»

Tan formal, tan impersonal, y, sin embargo, tan llena de oportunidades.

Felicity se permitió soñar despierta mientras el autobús avanzaba hacia la estación. Imaginó cómo sería su vida si conseguía el trabajo. Una habitación en un pequeño pero elegante apartamento, en algún barrio en ascenso de la ciudad, ropa de marca comprada en rebajas pero que la haría sentirse parte de ese mundo, la posibilidad de enviar dinero a su madre sin tener que contar cada centavo...

Y, por supuesto, la oportunidad de aprender, de crecer profesionalmente, de demostrar que merecía estar ahí tanto como cualquiera que hubiera nacido con una flor en el culo.

El autobús finalmente llegó a la estación.

Felicity se bajó de él, luchando por mantener el equilibrio y la dignidad mientras el paraguas se volvía del revés por tercera vez. El viento era horroroso.

Dentro de la estación, sacudió el agua de su abrigo y se dirigió hacia las taquillas.

La estación de tren de Pittsburgh bullía de actividad a pesar del clima. Viajeros de negocios con impermeables caros y maletas con ruedas, familias con niños inquietos, estudiantes universitarios con mochilas gastadas...

Felicity observó a su alrededor, absorbiendo la energía del lugar,

el movimiento constante, las mil historias que se cruzaban en ese espacio.

Se acercó a la taquilla con la cartera en la mano, lista para comprar su billete hacia el futuro.

—Un billete a Nueva York, por favor —pidió, intentando que su voz sonara segura, como si viajara a Manhattan para hacer importantes entrevistas de trabajo todos los días.

La empleada, una mujer de mediana edad con expresión aburrida, tecleó en su ordenador sin levantar la mirada.

—Ciento cinco dólares. El tren sale a la 13:05 desde el andén 3. Llegada a Penn Station. ¿Efectivo o tarjeta?

—Efectivo —respondió Felicity, extrayendo cuidadosamente los billetes de su cartera.

Mientras esperaba el cambio, observó a un grupo de ejecutivos que pasó a su lado. Iban hablando en voz alta sobre una fusión. Hombres y mujeres con trajes que costaban más que el alquiler mensual de Felicity.

—Aquí tienes —dijo la empleada de la taquilla con la misma expresión aburrida.

—Gracias —contestó Felicity.

La mujer no se molestó en responder.

Con el billete ya en su cartera, Felicity se dirigió a una cafetería que había dentro de la estación.

Aún tenía tiempo antes de la salida, y decidió invertir algunos de sus preciados dólares en un descafeinado que calmara sus nervios.

Se sentó junto a la ventana, observando cómo la lluvia transformaba el mundo exterior en una acuarela borrosa.

Mientras sorbía su café, sacó el teléfono y abrió la página web de Reid Enterprises.

La compañía se dedicaba principalmente a tecnologías de comunicación y energías renovables. Un conglomerado con presencia en tres continentes y un valor de mercado que hacía que la cabeza de Felicity diera vueltas. ¿De dónde coño salían tantos ceros?

Y en la cima de todo aquello estaba Alexander Reid.

Felicity leyó la información sobre él, curiosa por saber más sobre el hombre que podría convertirse en su jefe.

Los resultados mostraban artículos en Forbes, Bloomberg y Wall Street Journal. «El joven prodigio de los negocios», «El heredero que multiplicó el imperio», «Reid: La mente detrás de la innovación».

Sin embargo, no había ninguna foto de él. Tampoco es que le importara mucho. Felicity tenía claro cómo era. Tal y como le había descrito a su madre, así que no se molestó en seguir curioseando.

Un anuncio por megafonía la sacó de sus pensamientos:

«Atención, pasajeros del tren con destino a Nueva York. Debido a las condiciones meteorológicas, habrá un retraso de aproximadamente diez minutos en la salida. Por favor, permanezcan atentos a futuros anuncios.»

Felicity suspiró.

Por suerte, el retraso no le afectaba.

Diez minutos no eran nada en comparación con lo que estaba en juego. Tendría tiempo de sobra para llegar a Nueva York, instalarse en el hostal y prepararse mentalmente para el día siguiente.

Mientras se terminaba el descafeinado, repasó todo lo que sabía sobre Reid Enterprises y su enigmático dueño. Las preguntas que

podría hacerle, las respuestas que debía preparar, la actitud que debía proyectar. Profesional pero no rígida, confiada pero no arrogante, eficiente pero cálida...

«Solo es un hombre —se recordó, para darse ánimos—. Un hombre muy rico, muy poderoso y según parece muy malhumorado, pero, al fin y al cabo, solo un hombre.»

Con determinación, Felicity recogió su bolso y se dirigió hacia el andén 3.

La lluvia seguía cayendo con fuerza, pero ella ya no la veía como un mal presagio, sino como un telón que se levantaba para dar paso al primer acto de su nueva vida.

¡Dios, tenía tantas ganas de conseguir ese trabajo!

El tren esperaba ya en el andén, imponente y prometedor, como un pasaje hacia un futuro que apenas comenzaba a vislumbrar.

Felicity lo observó unos segundos, con el corazón latiendo con una mezcla de miedo y anticipación.

CAPÍTULO 3

El andén número 3 de la estación de Pittsburgh bullía de actividad mientras la lluvia repiqueteaba contra el techo metálico.

Felicity se había refugiado bajo la marquesina, apretando su bolso contra el pecho.

Aún no habían abierto las puertas del tren, y la impaciencia comenzaba a serpentear entre los pasajeros como un virus contagioso.

Felicity consultó su reloj por decimoquinta vez en los últimos minutos.

Las 13:20.

Según el último anuncio, se podría acceder al tren «próximamente», esa palabra ambigua que podía significar cinco minutos o media eternidad en el lenguaje ferroviario.

«Tranquila, que no cunda el pánico —se dijo a sí misma—. Incluso con este retraso, llegarás a Nueva York con tiempo de sobra.»

A su alrededor, tenía el mosaico humano típico de una estación de tren en día laborable: ejecutivos malhumorados familias intentando contener a niños sobreexcitados, estudiantes universitarios con auriculares gigantes aislándose del mundo.

Y Felicity, en medio de todo, aferrándose a su billete como a un talismán.

El calor húmedo de la estación había comenzado a hacer estragos en su peinado.

Un mechón rebelde se escapó de su coleta, cayendo sobre su frente. Lo apartó con un gesto de frustración, preguntándose si era un mal presagio. Su abuela siempre decía que el día que el pelo no obedecía, la vida tampoco lo haría.

—Disculpe —una voz masculina la sacó de sus pensamientos—. ¿Sabe si han dado alguna información sobre el tren a Nueva York?

Felicity se giró para encontrarse con un hombre de unos sesenta años, con un maletín desgastado y expresión de cansancio infinito.

—Solo que podremos acceder a él «próximamente» —respondió, dibujando comillas en el aire con sus dedos—. Lo que en el universo ferroviario podría significar cualquier cosa entre ahora y el próximo eclipse solar.

El hombre soltó una risa cansada.

—Gracias, jovencita. Mi reunión en Manhattan puede esperar, supongo. Después de treinta años vendiendo seguros, he aprendido que nada es realmente urgente excepto la muerte y los impuestos.

Felicity sonrió, agradeciendo la distracción. Las esperas siempre eran tediosas.

—¿Treinta años en seguros? Debe tener historias interesantes.

—Oh, más aburridas que interesantes —respondió el hombre con un brillo en los ojos—. Aunque tuve una clienta que aseguró a sus diez gatos…

Mientras el vendedor de seguros se embarcaba en su anécdota, Felicity no vio al chico con sudadera gris que se desplazaba entre la multitud como un felino bien entrenado, demasiado cerca de los bolsos y maletines desatendidos.

Sus ojos inquietos escaneaban continuamente el entorno.

—... y entonces le dije: «Señora, la póliza cubre accidentes, no asesinatos premeditados entre felinos» —continuaba el hombre.

Felicity se echó a reír.

El anuncio por megafonía rompió el momento:

«Atención pasajeros con destino a Nueva York. El tren está abriendo sus puertas. Por favor, preparen sus billetes y manténganse detrás de la línea amarilla.»

—¡Por fin! —exclamó Felicity.

—Sí, por fin —dijo el vendedor de seguros.

Entonces alguien la empujó por detrás, haciendo que trastabillara.

Frunció el ceño.

—¡Eh, oye! ¡Ten más cuidado! —le gritó al chico de la sudadera gris, que se alejaba con pasos apresurados.

—Hay gente que no tiene respeto por nada —dijo el hombre.

—Ni que lo diga —contestó Felicity.

Felicity se puso en fila en una de las puertas. Abrió el bolso y metió la mano con la intención de sacar la cartera.

Fue entonces cuando se dio cuenta.

Su cartera no estaba dentro de su bolso. No estaba donde debería.

Felicity hundió la mano más profundamente en el bolso, palpando desesperadamente entre los objetos.

Teléfono, sí.

Neceser, sí.

Carpeta con documentos, sí.

¿Cartera? No.

La sangre abandonó su rostro tan rápidamente que temió desmayarse allí mismo.

—No, no, no, no —masculló, vaciando parcialmente el contenido del bolso sobre un banco, ignorando las miradas curiosas de los pasajeros que se encontraban cerca de ella—. Tiene que estar aquí. Joder, tiene que estar aquí.

Pero no estaba.

No, no estaba.

Su cartera, con los noventa y cinco dólares que le quedaban, su tarjeta de crédito y, lo peor de todo, su billete de tren recién comprado, había desaparecido.

Y entonces lo vio.

El joven de la sudadera gris se alejaba hacia la salida, con un bulto sospechoso en el bolsillo delantero que no había estado allí antes.

La adrenalina se disparó en su sistema como un cohete.

—¡Ladrón! —gritó Felicity, señalando al joven—. ¡Me ha robado la cartera!

El muchacho, al escuchar el grito, aceleró aún más el paso.

Felicity no se lo pensó dos veces. Metió apresuradamente sus pertenencias en el bolso y salió disparada tras él, esquivando pasajeros sorprendidos y maletas abandonadas, con la agilidad de una atleta olímpica.

—¡Deténganlo! —gritaba mientras corría. Sus tacones de tres centímetros resonaban contra el suelo de la estación—. ¡Me ha robado la cartera! ¡Deténganlo!

Pero la gente reaccionaba como siempre: con miradas confusas, murmullos incómodos y esa decisión en sus miradas de no involucrarse en problemas ajenos.

El carterista, inmerso en la indiferencia de la gente, zigzagueaba entre la multitud con la precisión de quien ha convertido la huida en una manera de sobrevivir.

Felicity sentía los pulmones arder mientras perseguía al ladrón a través del vestíbulo principal.

El chico era rápido, demasiado rápido. Y ella llevaba unos zapatos inapropiados para una persecución. Cuando el carterista saltó por encima de una barrera y salió por una puerta lateral hacia la lluvia, Felicity supo que lo había perdido.

Se detuvo en seco, jadeando, con el pelo completamente deshecho y la dignidad en niveles similares.

A través de la puerta de cristal, vio al ladrón doblar una esquina y desaparecer en la cortina de agua que caía implacable sobre Pittsburgh.

—Mierda —murmuró, inclinándose con las manos apoyadas en las rodillas, mientras intentaba recuperar el aliento—. Maldita sea. Cabrón.

Un guardia de seguridad se acercó finalmente.

—¿Está bien, señorita? —preguntó con expresión de aburrimiento profesional.

Felicity se enderezó, intentando recomponer su apariencia y dignidad en igual medida.

—Me han robado la cartera —respondió. Tenía la voz todavía entrecortada por la carrera—. Un chico con sudadera gris. Se fue por ahí —señaló hacia la puerta.

El guardia asintió con una expresión que decía claramente «esto es normal aquí todos los días».

—Puede presentar una denuncia en una comisaría. Necesitará llenar un formulario y...

El anuncio por megafonía lo interrumpió: «Última llamada para los pasajeros del tren con destino a Nueva York. El tren partirá en dos minutos.»

El pánico se apoderó de Felicity como una ola gélida.

Dos minutos.

Su tren, su oportunidad, su futuro, a punto de marcharse sin ella.

—Mi billete estaba en la cartera —dijo. La desesperación teñía cada una de sus palabras—. Necesito subir a ese tren. Mi entrevista... Tengo una entrevista de trabajo mañana en Manhattan.

El guardia la miró con una mezcla de compasión y resignación.

—Lo siento, señorita, pero sin billete no puede subir. Puede comprar otro en la taquilla.

Felicity quiso reírse de lo simple que era la solución. Y sin embargo para ella resultaba absurda. ¿Comprar otro billete? ¿Con qué dinero, exactamente? Su efectivo estaba en la cartera que le acababan de robar, su tarjeta de crédito también (aunque no habría podido hacer nada con ella porque su cuenta bancaria estaba en números rojos), y la aplicación del banco...

Sacó frenéticamente el teléfono del bolso y abrió la app del banco. Solo necesitaba comprar un maldito billete que la llevara a Nueva York.

La pantalla la recibió con un mensaje que conocía demasiado bien: «Su cuenta está temporalmente bloqueada. Por favor, contacte con el servicio al cliente para resolver pagos pendientes.»

Un sollozo amenazó con escapar de su garganta, pero lo contuvo con determinación. No iba a derrumbarse. No allí. No en ese momento.

—Gracias —le dijo al guardia, con una calma que no sentía en absoluto—. Ya veré qué puedo hacer.

—¿No quiere interponer una denuncia? —le preguntó el hombre.

Felicity dejó escapar un suspiro.

—No tengo tiempo —respondió.

Echó a andar con pasos mecánicos hacia el vestíbulo principal. Su mente trabajaba a toda velocidad como un motor sobrecalentado. Sus opciones eran limitadas y todas terribles: llamar a su madre y pedirle dinero que sabía que no tenía, intentar convencer a algún empleado de que le permitiera viajar sin billete, o...

—¿Tiene problemas? —La voz del vendedor de seguros la sorprendió. El hombre la había seguido hasta el vestíbulo, con su maletín desgastado todavía en la mano—. He visto lo que ha pasado. Lo siento.

Felicity lo miró, debatiéndose entre el orgullo y la desesperación. Joder, ¿cómo era posible que le estuviera pasando aquello?

—Me han robado todo —dijo finalmente—. Mi cartera, mi dinero, mi billete. Y necesito estar en Nueva York mañana. Es... es importante. —Se pasó la mano por la frente.

El hombre asintió, comprensivo.

—Me gustaría poder ayudarte, pero... —comenzó— me temo que solo llevo cincuenta dólares en efectivo, y el billete cuesta más de cien.

Felicity cogió aire.

—Es muy amable —respondió, conmovida por el ofrecimiento de aquel desconocido—. Pero no puedo aceptarlo. Encontraré otra solución.

Seguro que, como la mitad de los estadounidenses (y ella misma), aquel hombre tampoco tenía ni un centavo en la cuenta del banco, como para tirar de tarjeta de crédito.

El vendedor de seguros le dedicó una mirada simpática.

—Buena suerte, jovencita. Espero que logres llegar a tu entrevista.

—Gracias —dijo Felicity.

Con un movimiento de cabeza, el hombre se alejó hacia el andén.

El tren a Nueva York emitió su silbido de partida, un sonido que atravesó a Felicity como un cuchillo.

Vio cómo comenzaba a moverse lentamente, llevándose con él sus esperanzas de un futuro mejor.

Se dejó caer en un banco cercano con el bolso apretado contra el pecho. La entrevista. La maldita entrevista que podría cambiarlo todo. ¿Cómo explicaría su ausencia?

«Lo siento, señor Reid, me robaron la cartera en la estación y no pude llegar a tiempo» no sonaba como el tipo de excusa que impresionaría al presidente de una compañía conocido por su implacabilidad.

Sacó su teléfono nuevamente, contemplando sus opciones.

¿Llamar a la Recursos Humanos y hablar con la mujer que la había atendido? No, apenas la conocía, solo habían intercambiado un par de emails formales. ¿A Eliza, la chica que conocía de la universidad y que trabajaba en Reid Entreprises? Quizás, pero ¿qué podría hacer ella a esas alturas?

Felicity cerró los ojos, permitiéndose un momento de autocompasión.

Toda su vida había sido una lucha cuesta arriba. La hija de una madre soltera, creciendo en Queens con más sueños que recursos,

luchando por cada oportunidad, por cada logro. Y ahora, cuando finalmente tenía la oportunidad de cambiar su destino, un puto carterista se la arrebataba en segundos. Maldito cabrón.

«No —se dijo con rabia, meneando la cabeza—. No voy a rendirme. No después de todo lo que he pasado para llegar aquí.»

Abrió los ojos y miró el panel de salidas. Había otro tren a Nueva York a las 15:20. Llegaría más tarde, pero aún tendría tiempo de descansar antes de la entrevista. Solo necesitaba encontrar la manera de subirse a ese tren.

Sus opciones eran limitadas y ninguna particularmente ética. Esa era la verdad.

Podría intentar colarse, pero la seguridad en las estaciones de tren se había intensificado en los últimos años. Podría suplicar al personal, explicar su situación desesperada, pero la probabilidad de encontrar un alma caritativa dispuesta a arriesgar su trabajo por una desconocida era mínima.

Felicity se puso de pie y caminó hacia el mostrador de información. Una determinación que no sabía de dónde salía brillaba en sus ojos como brasas. Quizás si explicaba su situación, si mostraba el email de confirmación de la entrevista...

La mujer detrás del mostrador la escuchó con expresión impasible en el rostro. No parecía que la afectara lo más mínimo lo que le estaba contando, como si estuviera ya harta de oír todas las historias y excusas del mundo y hubiera aprendido a no conmoverse.

—Lo siento, señorita, pero sin billete y sin forma de pago, no puedo ayudarla —fue la respuesta predecible—. Puede intentar contactar con alguien que le envíe dinero haciéndole un Bizum.

Felicity asintió de manera automática sabiendo que era una sugerencia vacía. Su madre apenas llegaba a fin de mes, y sus amigas estaban en situaciones financieras tan precarias como la suya.

Regresó al banco y se sentó en él.

La desesperación se fue transformando lentamente en algo más peligroso. Una especie de determinación temeraria. Si no podía comprar un billete, tendría que encontrar otra manera de subir a ese tren.

Mientras observaba el ir y venir de los pasajeros, un plan comenzó a formarse en su mente. No era un buen plan. De hecho, probablemente era el peor plan del mundo. Pero cuando el destino te arrebata todas las opciones decentes, solo quedan las indecentes.

Felicity Ashford, la chica a la que nunca habían puesto una multa, que nunca había devuelto un libro de la biblioteca tarde, que había pasado por la universidad sin una sola amonestación, estaba contemplando seriamente colarse en un tren sin billete.

La idea la hizo sentir físicamente enferma. Pero la alternativa (perder la oportunidad de su vida por culpa de un carterista) era una putada. Sencillamente inaceptable.

Consultó su reloj.

Las 14:35.

Aún tenía tiempo para prepararse mentalmente para lo que estaba a punto de hacer.

Se dirigió al baño de mujeres.

Frente al espejo, contempló el desastre que era su imagen: la coleta deshecha, el maquillaje ligeramente corrido por el sudor de la persecución, los ojos brillantes de determinación y miedo a partes iguales.

—Puedes hacerlo —le dijo a su reflejo, mientras rehacía su peinado con dedos temblorosos—. Has llegado demasiado lejos para rendirte ahora. Si consigo subir al tren sin que me descubran —continuó—, y llego a la entrevista, y consigo el trabajo... algún día podré reírme de esto, contarlo como anécdota. Quizás. En unos diez años.

Con su apariencia lo más recompuesta posible, Felicity salió del baño con la barbilla alta y el corazón martilleando contra las costillas. La estación seguía siendo un hervidero de actividad, indiferente a su drama.

Consultó el panel de salidas. El tren de las 15:20 partiría del andén 5.

«Bien —se dijo a sí misma, mientras caminaba hacia allí, con el bolso firmemente agarrado contra su cuerpo—. Allá vamos. Plan: colarse en el tren, no ser vista por el revisor, y rezar para que no me echen a patadas (en el caso de que me pillen).»

Era un plan terrible.

Dios, sí, lo era.

Pero era el único que tenía.

CAPÍTULO 4

Felicity contempló el reloj digital de la estación que marcaba las 15:07.

Trece minutos.

Trece minutos para tomar una decisión que contradecía cada uno de los valores que su madre le había inculcado desde pequeña. «Siempre honesta, siempre recta», había sido el mantra de Aurora Ashford mientras criaba sola a su hija en un mundo que raramente premiaba tales valores.

Pero no era momento para filosofar sobre ética y moral. Era un momento para sobrevivir. Sí, eso era lo que iba a hacer: sobrevivir.

La lluvia golpeaba los ventanales de la estación con furia, como si el cielo mismo quisiera añadir un toque de dramatismo a toda la situación.

Jodida mierda.

Felicity se posicionó estratégicamente cerca del andén 5, desde donde podía observar tanto la entrada al tren como al revisor, un hombre de mediana edad, con una visible expresión de hastío profesional, que comprobaba los billetes con una eficiencia mecánica. Se notaba a la legua que había realizado aquella tarea durante décadas.

«Es ahora o nunca», pensó en silencio, ajustando la correa de

su bolso sobre el hombro y respirando profundamente para calmar los latidos desbocados de su corazón.

El revisor (cuya placa identificativa indicaba que se llamaba Frank) parecía especialmente meticuloso aquel día, examinando cada billete como si buscara falsificaciones de alta tecnología en lugar de simples tickets de Amtrak.

Felicity lo observó mientras detenía a una pareja de ancianos y verificaba sus identificaciones sobre los nombres en sus billetes.

Perfecto. Un revisor concienzudo. Justo lo que necesitaba para culminar su desastroso día.

Por el rabillo del ojo, notó un movimiento. Un grupo numeroso de lo que parecían estudiantes universitarios con abundante equipaje se acercaba ruidosamente al andén. Eran aproximadamente veinticinco jóvenes, cargados con mochilas, instrumentos musicales en estuches y el caos propio de una excursión grupal.

Felicity sintió cómo su pulso se aceleraba. Era su oportunidad.

Disimuladamente, se acercó al grupo y adoptó una actitud despreocupada, como si perteneciera a él.

Comenzó a caminar junto a ellos. No demasiado cerca para despertar sospechas entre los estudiantes, pero lo suficiente para que, desde fuera, pareciera parte del contingente.

—¡Vamos, chicos! ¡El tren no va a esperar por nosotros! Daos prisa —gritó un joven barbudo que parecía ser el líder, mientras agitaba lo que Felicity supuso que era un pase de grupo.

«Bingo», pensó.

Por fin parecía que el Universo se ponía de su parte.

A medida que el grupo se acercaba a la entrada del tren, Felicity se fue integrando más, modulando su paso para mezclarse con el ritmo caótico de los estudiantes. Hizo como que buscaba algo en su bolso, manteniendo la cabeza ligeramente agachada, pero sin

parecer sospechosa.

Solo rezaba para no estar colorada como un tomate, porque la cara le estaba ardiendo. Desde luego no valía para saltarse las normas.

El revisor, visiblemente abrumado por la repentina avalancha humana, apenas podía contener al grupo, mientras intentaba verificar el pase colectivo que le mostraba el líder barbudo.

—A ver, a ver, más despacio… —protestaba el tal Frank, mientras los estudiantes comenzaban a aglomerarse en la puerta del vagón—. Necesito ver ese pase correctamente.

Era el momento. Esa especie de caos controlado era el aliado perfecto de Felicity.

Cuando un estudiante muy alto con un estuche de contrabajo creó una distracción involuntaria al intentar maniobrar su instrumento por la estrecha puerta, Felicity aprovechó la confusión.

Se deslizó entre dos chicas que discutían acaloradamente sobre si Beyoncé era superior a Taylor Swift (claramente una discusión sin final) y subió los escalones del tren con la naturalidad de quien tiene todo el derecho de estar allí.

El corazón le latía tan fuerte que temía que alguien pudiera escucharlo. ¡¡Joder!!

Una vez dentro, no se detuvo. Siguió caminando con determinación hacia el interior del vagón, alejándose todo lo posible de la entrada y del revisor.

Cuando se encontró a una distancia prudencial, respiró aliviada, soltando el aire que había estado conteniendo en los pulmones.

«Lo logré —pensó con una mezcla de incredulidad y culpa—. Acabo de colarme en un tren. Oficialmente soy una delincuente.»

La cara le seguía ardiendo.

El vagón estaba casi lleno, principalmente de personas

trabajadoras y algunos turistas.

Felicity avanzó por el pasillo, buscando un lugar donde pudiera pasar desapercibida. Pero antes de que pudiera encontrarlo, escuchó una voz que hizo que se le helara la sangre.

—¡Atención, pasajeros! Debido a que el tren tiene varios accesos, en breve comenzaremos la revisión de billetes. Por favor, tengan el suyo listo.

Era el revisor. Y sonaba como si estuviera de mal humor después de lidiar con el grupo de estudiantes universitarios. Estaba claro que se tomaba muy a pecho su trabajo. Quizá por eso tuviera siempre esa expresión.

Genial.

Felicity sintió que el pánico comenzaba a crecer en su pecho como una planta venenosa. No había pensado realmente en qué haría una vez dentro del tren. Su plan había empezado y terminado en «colarse sin ser vista», pero ahora necesitaba una fase dos urgentemente.

Un rápido vistazo alrededor le confirmó que todos los asientos estaban ocupados y que los pasajeros parecían estar sentados legítimamente donde les correspondía. Ella era la única intrusa.

Mierda.

Sin embargo, no había llegado tan lejos para rendirse ahora.

Trató de mantener la calma y comenzó a caminar hacia el siguiente vagón, intentando poner tanta distancia como fuera posible entre ella y el revisor.

El tren dio una sacudida y empezó a moverse. Al menos esa parte del plan había funcionado: estaba en camino a Nueva York. Ahora solo tenía que evitar que la descubrieran y la echaran a patadas en la próxima parada, posiblemente con una multa que no podría pagar o, peor aún, en un calabozo.

«Joder, deja de ser tan exagerada —se amonestó a sí misma—. No va a pasar nada».

Avanzó por el pasillo hacia el segundo vagón, que resultó estar aún más lleno que el primero.

«Piensa, Felicity, piensa», se ordenó.

Una mujer mayor con el pelo canoso la miró con curiosidad desde su asiento, seguramente preguntándose por qué vagaba por el tren con una expresión de pánico mal disimulado en el rostro en lugar de estar sentada, como todo el mundo. Felicity le dedicó una sonrisa tensa y siguió caminando.

El siguiente vagón era de clase preferente, con asientos más espaciados y cómodos. Felicity dudó un momento antes de entrar. Era más probable que ahí notaran su presencia, pero también ofrecía más espacios potenciales para esconderse.

«En el baño —decidió finalmente—. Me esconderé en el baño hasta que pase el revisor.

No era un plan brillante, pero era el único que tenía. Y tampoco es que contara con muchos más donde elegir.

Se dirigió con paso decidido hacia el fondo del vagón, donde estaban los servicios. Por el rabillo del ojo notó que algunos pasajeros de primera clase la miraban con desaprobación, como si pudieran oler que no pertenecía a su exclusivo ambiente.

Justo cuando estaba a punto de alcanzar el baño, una voz la detuvo en seco.

—Disculpe, señorita.

Felicity se congeló, sintiendo cómo un escalofrío recorría su espalda.

Lentamente, se giró para encontrarse con un empleado del tren diferente al tal Frank, pero igualmente intimidante con su pulcro uniforme.

—Voy al baño —respondió, intentando que su voz sonara casual y no como la de una fugitiva a punto de ser capturada.

—Los baños de este vagón están fuera de servicio —informó el hombre con profesionalidad—. Puede utilizar los del siguiente vagón.

Felicity sintió un alivio tan intenso que casi se mareó. No la habían pillado; solo le estaban dando información sobre los baños. Asintió con una sonrisa que esperaba fuera natural.

—Gracias. Iré al siguiente entonces.

El empleado asintió y continuó su camino. Felicity respiró profundamente, intentando calmar su corazón, que latía desbocado contra las costillas.

Aquella situación estaba poniendo a prueba cada uno de sus nervios.

Madre de Dios.

Se dirigió hacia el siguiente vagón, consciente de que estaba alejándose cada vez más de la entrada y adentrándose en territorio desconocido.

Ese nuevo vagón parecía aún más lujoso que el anterior. Los asientos eran más amplios, y había pequeños compartimentos privados a un lado. Supuso que era el vagón VIP.

Y entonces lo escuchó: la inconfundible voz de Frank, el revisor, pidiendo los billetes a los pasajeros del vagón que acababa de dejar atrás.

Joder, avanzaba más rápido de lo que había calculado.

El pánico amenazó con paralizarla.

Si seguía caminando llegaría al final del tren y quedaría atrapada, como en un callejón sin salida. Si retrocedía, se encontraría directamente con Frank, y entonces estaría perdida. Necesitaba un lugar donde esconderse, y lo necesitaba ya.

Sus ojos recorrieron desesperadamente el vagón. El baño, su

plan original, estaban al fondo, pero tendría que pasar frente a varios pasajeros para llegar hasta él, y algunos ya la miraban con cierto recelo. Los compartimentos privados parecían todos ocupados, con las cortinas parcialmente cerradas...

Excepto uno.

A mitad del pasillo, un compartimento tenía la puerta ligeramente entreabierta. Felicity no podía ver claramente el interior, pero parecía ser su única opción viable.

Con el sonido de Frank revisando los billetes cada vez más cerca, Felicity aceleró el paso hacia los baños, decidida a poner la mayor distancia posible entre ella y el revisor. Al pasar junto al compartimento semiabierto, se detuvo, apenas respirando, y echó un vistazo furtivo.

Dentro, un hombre trabajaba concentrado en un ordenador portátil plateado, aparentemente ajeno al mundo exterior.

Su perfil, iluminado por la luz azulada de la pantalla, y que parecía esculpido con precisión quirúrgica, captó su atención durante un instante: mandíbula definida, nariz recta, pelo oscuro perfectamente peinado y un traje que incluso a simple vista gritaba «diseño exclusivo».

Había algo en su postura, en la intensidad con la que miraba la pantalla, que transmitía poder y ese aire de autoridad innato que Felicity solo había visto en ejecutivos de alto nivel.

Durante un segundo, sus miradas se cruzaron.

Sus ojos azules, penetrantes como el hielo ártico, se encontraron con los suyos. Felicity sintió un escalofrío inexplicable recorrer su columna vertebral.

El hombre enarcó ligeramente una ceja, como preguntándose por qué esa extraña lo observaba, antes de volver su atención a su portátil.

La voz del revisor interrumpió su momentánea fascinación por

aquel desconocido. El hombre acababa de entrar en el vagón y estaba a apenas unos metros de distancia.

—Billetes, por favor.

¡Mierda!

Sus pasos resonaban en el pasillo como un reloj que marcaba el tiempo que le quedaba antes del desastre.

Tac, tac, tac.

Cada golpe de sus zapatos contra el suelo era una cuenta atrás hacia el momento en que la descubriría, la expulsaría del tren, y con ello, sepultarían su última oportunidad.

—Billetes, por favor —la voz de Frank, metódica y firme, sonaba cada vez más cerca.

Felicity volvió a mirar hacia el compartimento VIP.

Consideró disculparse y meterse dentro. Pero la voz del revisor pidiendo los billetes justo detrás de ella eliminó la opción de las disculpas.

Y entonces tomó una decisión impulsiva, una de esas decisiones que nacen de la desesperación. Primero dispararía y después preguntaría. A veces funcionaba.

«Lo siento, señor traje elegante —pensó apresuradamente—. Estás a punto de tener una compañía no deseada.»

Empujó suavemente la puerta del compartimento como si supiera qué hacía, y entró como si tuviera todo el derecho del mundo de hacerlo.

CAPÍTULO 5

El hombre levantó la mirada, sorprendido por la intrusión.

Sus ojos, que ahora Felicity podía ver que eran de un azul tan intenso que parecía imposible, se clavaron en Felicity con una mezcla de confusión e irritación.

Durante unos instantes, Felicity se sintió como un insecto bajo un microscopio, completamente expuesta ante aquel escrutinio glacial.

—Disculpe, pero este es un compartimento privado —dijo él, con una voz profunda y controlada que, sin ser particularmente alta, llenaba el espacio con una autoridad indiscutible.

Sus ojos volvieron a encontrarse con los del desconocido, que la miraba con fastidio.

Un hombre guapísimo, advirtió absurdamente Felicity en medio de su desesperación, con rasgos angulosos y ese atractivo severo que resultaba intimidante.

Abrió la boca para responder, para inventar alguna excusa que justificara su presencia allí, pero las palabras se evaporaron cuando escuchó al revisor justo al otro lado de la puerta.

—Siguiente compartimento. Billetes, por favor.

¡Joder, joder, joder!

El pánico se apoderó de Felicity como una corriente eléctrica.

Sin tiempo para explicaciones, sin tiempo para consideraciones éticas o sociales, y a punto de ser descubierta, Felicity tomó otra decisión impulsiva. Probablemente la más loca, la más inapropiada y la más desesperada de todas las decisiones que había tomado en sus veinticuatro años de vida, e hizo lo único que su cerebro, en modo supervivencia, consideró viable.

Lo que sucedió a continuación pareció desarrollarse en cámara lenta. Muy lenta.

Se sentó frente al desconocido, tan cerca que podía distinguir los puntitos grises en sus ojos azules, y sin pronunciar ni una sola palabra, se inclinó hacia él, justo cuando la silueta de Frank apareció en la puerta entreabierta.

Y besó al desconocido.

Sus labios encontraron los de él de una manera tan precisa que contradecía la naturaleza impulsiva del acto.

No fue un roce tímido o un contacto vacilante ni tentativo. No podía permitirse eso. Fue un beso decidido, la clase de beso que sugiere intimidad, la clase de beso que haría que cualquier persona con un mínimo de pudor mirara hacia otro lado y continuara su camino.

Los labios del hombre eran sorprendentemente suaves bajo los suyos, contrastando con la dureza de su expresión anterior.

Felicity sintió un cosquilleo inesperado extenderse desde el punto de contacto hacia el resto de su cuerpo, una sensación que no tenía nada que ver con el miedo o la adrenalina del momento.

El desconocido se tensó como las cuerdas de una guitarra bajo su toque. Sus músculos se congelaron en una rigidez que transmitía sorpresa absoluta, como si alguien hubiera vertido nitrógeno líquido por sus venas. Durante un terrible segundo, Felicity temió que la apartara bruscamente y la delatara.

Felicity mantuvo los ojos entreabiertos, lo suficiente para ver su expresión de shock, las cejas alzadas casi hasta la línea del pelo, los ojos azules abiertos de par en par.

Pero entonces sucedió algo inesperado.

A través de las pestañas entrecerradas, Felicity vio la silueta de Frank deteniéndose frente a la puerta entreabierta. Visiblemente incómodo ante la escena, carraspeó ligeramente y continuó su camino. Aquel compartimento podía esperar.

Había funcionado.

Su plan descabellado realmente había funcionado, tal como Felicity había calculado en su desesperación.

Solo cuando los pasos del revisor se perdieron en la distancia, Felicity se atrevió a separarse. El contacto no había durado más que unos segundos, pero en su mente se había extendido como si hubiera sido una eternidad.

Felicity se separó lentamente, consciente de que acababa de besar a un completo desconocido sin su consentimiento. La culpa y la vergüenza amenazaban con ahogarla, pero también sentía un extraño hormigueo en los labios que no tenía nada que ver con la culpa. Ni con la vergüenza.

Frente a ella, los ojos azules del hombre, casi del color del acero, la miraban con una mezcla de asombro, confusión y algo que parecía peligrosamente cercano a la ira.

Podía entenderle. Pero no había tenido tiempo para explicar su plan, para pedir permiso, ni siquiera para considerarlo racionalmente. Había actuado puramente por instinto y desesperación.

Un silencio espeso como la miel se instaló entre ellos, roto solo por el rítmico traqueteo del tren sobre las vías.

—Yo... —comenzó Felicity. Su voz solo era un susurro—. Lo siento —siseó, todavía con miedo de que el revisor pudiera estar lo

suficientemente cerca para escucharla.

—¿Por qué cojones me acaba de besar? —la interrumpió él.

Su tono era bajo, pero estaba cargado de una intensidad que hizo que Felicity se encogiera ligeramente en el asiento.

Sus mejillas ardían tanto que temía que pudieran encender el oxígeno del compartimento. La vergüenza la golpeó con la fuerza de una ola gigante, amenazando con ahogarla.

¿Qué había hecho?

¿En qué estaba pensando?

Había invadido el espacio personal de un completo desconocido de la manera más inapropiada posible.

—Lo siento muchísimo —consiguió articular de nuevo. La voz se escuchaba temblorosa por la mezcla de adrenalina, vergüenza y algo más que se negaba a analizar—. De verdad, lo siento. Normalmente no voy por ahí besando a desconocidos en trenes. Bueno, ni en ningún otro lugar.

Una parte distante de su cerebro advirtió que el hombre, a pesar de su evidente fastidio y mal humor (lo cual entendía), era extraordinariamente atractivo. El tipo de atractivo que salía en portadas de revistas o anuncios de relojes de lujo, no viajando en compartimentos de trenes donde mujeres desesperadas los besaban sin previo aviso.

—Eso espero —respondió él.

Su expresión oscilaba entre la indignación y algo que parecía diversión, aunque desapareció tan rápido que Felicity pensó que se lo había imaginado.

—Y dígame, ¿tiene alguna explicación para este... incidente? —le preguntó el hombre con mordacidad.

Estaba claro que no sabía cómo definirlo, pero «incidente» estaba bien.

Felicity dudó.

La verdad sonaba patética incluso en su cabeza: «estoy tan mal de pasta que un carterista me ha robado y me ha dejado sin opciones, y tan desesperada por un trabajo, que estoy dispuesta a cometer un delito menor y a acosar sexualmente a un desconocido para conseguirlo.»

—Es una larga historia —respondió finalmente—. Pero la versión corta es que estaba desesperada. No tengo billete y el revisor iba a descubrirme y necesito llegar a Nueva York para hacer una entrevista de trabajo y me robaron en la estación y... y… —enumeró de forma atropellada.

Se detuvo, consciente de que estaba balbuceando, de que cada palabra que salía de su boca, solo le hacía caer más profundo en el agujero de humillación en el que se había metido.

El hombre seguía mirándola como si fuera una aparición sobrenatural que se había materializado en su compartimento privado para atormentarlo.

La observaba con una expresión que oscilaba entre la incredulidad y algo que casi parecía curiosidad clínica. O tal vez se estaba preguntando si estaba loca. Lo cual entraba dentro de toda lógica.

—¿Me está diciendo —comenzó, cada palabra deliberadamente espaciada como si estuviera hablando con alguien que no dominara el idioma o como si fuera una niña pequeña—, que ha entrado en mi compartimento privado y que me ha besado sin mi consentimiento solo para evitar pagar un billete de tren?

Expuesto así, sonaba aún peor de lo que era.

¡Dios, qué mierda más grande!, gimoteó Felicity para sus adentros, mientras sentía cómo el rubor se extendía hasta la raíz del pelo.

—Técnicamente, no fue para evitar pagarlo —aclaró, como si

eso mejorara en algo la situación—. No tengo dinero para comprarlo. Me robaron todo en la estación: la cartera, el dinero, el billete que ya había comprado...

Algo en su expresión, en su tono, tal vez la desesperación que se filtraba entre sus palabras, pareció suavizar ligeramente la expresión del hombre. Pero en realidad no fue así, fue solo un efecto de la luz que cambió mientras el tren atravesaba un túnel.

—¿Y besarme le pareció la solución más lógica a su problema? —preguntó, con una ceja perfectamente arqueada en un gesto de escepticismo.

Felicity se pasó una mano por el pelo, desordenando aún más la coleta que ya había sufrido bastante con la carrera tras el carterista y la caminata apresurada por los vagones.

—No fue exactamente una decisión lógica —admitió—. Fue más bien... instintiva. Pensé que si el revisor nos veía en un... momento íntimo, se sentiría lo suficientemente incómodo para seguir su camino.

—Una estrategia arriesgada —comentó el hombre—. Podría haber acabado no solo fuera del tren sino también con cargos por acoso.

¿No estaba exagerando?, se preguntó Felicity.

Pensándolo detenidamente, no. No estaba exagerando ni un poco.

—Lo sé —Felicity se hundió un poco más en el asiento—. Pero ya le he dicho que normalmente no voy por ahí besando a desconocidos. De hecho, creo que es la primera vez que hago algo así. Y la última —añadió rápidamente.

—¿Cree? —repitió el hombre.

Felicity suspiró. Los nervios le estaban jugando una mala pasada.

—No lo creo, por supuesto que no he besado nunca a un desconocido —dijo.

El hombre la estudió un momento, como evaluando la veracidad de sus palabras. Sus ojos, que inicialmente a Felicity le habían parecido simplemente azules, revelaban matices más complejos: tonos de zafiro cerca de la pupila que se desvanecían en un gris metálico hacia los bordes. Ojos de acero que parecían hechos para intimidar.

—¿Qué se piensa? —preguntó Felicity, ligeramente a la defensiva.

—Yo no pienso nada, no la conozco —contestó él.

Algo indefinible cruzó por el rostro del hombre, como una sombra fugaz que alteró momentáneamente sus facciones.

—Este tren es mi única opción para llegar a Nueva York —aseveró Felicity.

—Ya veo —dijo el hombre simplemente, con un tono neutro, imposible de interpretar.

Después la estudió con esa intensa mirada que parecía capaz de leer cada uno de sus pensamientos. Felicity resistió el impulso de retorcerse bajo su escrutinio.

Un silencio incómodo y cargado se instaló entre ellos. Felicity era muy consciente de que había invadido la privacidad de aquel hombre de la manera más inapropiada posible y de que seguía ocupando un espacio que no le correspondía.

—Debería irme —dijo, recogiendo su bolso del asiento contiguo —. El revisor ya debe estar en la otra punta del tren, y usted claramente quiere continuar con su trabajo. De nuevo, lo siento muchísimo por... bueno, por todo esto.

Se levantó, preparándose para enfrentar el resto del viaje escondida en algún rincón del tren, quizás en ese baño que había sido su plan original antes de que la desesperación la llevara a

cometer la locura más grande de su vida.

—Sí, será lo mejor —respondió el hombre.

—No es necesario que sea tan borde —dijo Felicity.

—No la conozco de nada y acaba de besarme, ¿cómo no me voy a poner borde?

Felicity negó con la cabeza.

Quizá tuviera razón, pero no quería pararse a pensar en ello.

Dio media vuelta, dispuesta a irse.

—La próxima vez que necesite evitar a un revisor, le sugiero que considere métodos menos... invasivos —dijo el hombre, con una voz que parecía hielo envuelto en seda—. Algo menos complicado que asaltar a extraños.

Felicity sintió cómo el calor regresaba a sus mejillas. Giró el rostro hacia él, pero no pudo evitar fulminarlo con los ojos. Tampoco hacía falta que se regodeara, que metiera el dedo en la herida.

—Le aseguro que no habrá próxima vez —prometió, alzando levemente la barbilla—. No soy una psicópata, soy una persona normal. —Su voz sonaba enfadada.

El hombre la observó con esos ojos penetrantes que parecían diseccionar cada uno de sus movimientos. Para él, debía ser poco más que una cucaracha.

—Le deseo un buen viaje —añadió, dejando entrever cierta ironía en sus palabras.

Y con una última mirada, Felicity salió rápidamente del compartimento, cerrando la puerta tras ella.

Solo cuando estuvo en el pasillo, lejos de esos penetrantes ojos azules, se permitió respirar con normalidad y recuperar la compostura.

Joder, el corazón se le iba a salir por la garganta.

«Lo he logrado —se dijo para sus adentros, todavía aturdida por lo que acababa de hacer—. Estoy en el tren, camino a Nueva York. He besado a un desconocido guapísimo y probablemente lo he traumatizado de por vida, pero estoy en camino.»

Sin querer, una sonrisa afloró a sus labios.

Con una mezcla de adrenalina, vergüenza y un extraño cosquilleo en los labios que se negaba a desaparecer (y que no tenía nada que ver con la culpa o la vergüenza, por mucho que intentara convencerse de lo contrario), Felicity se dirigió hacia la parte trasera del tren, decidida a encontrar un lugar discreto donde pasar el resto del viaje sin más incidentes.

¿Qué más daba si había besado a un desconocido? No volvería a verle nunca.

Lo importante era que no la había delatado.

Contra todo pronóstico, había reaccionado con una calma casi sobrenatural tras la sorpresa inicial. La mayoría de las personas habrían gritado, la habrían empujado y habrían llamado a seguridad. Él simplemente había... preguntado por qué. Como si estuviera más interesado en la lógica detrás de su acción que en la acción misma.

CAPÍTULO 6

La mañana de Manhattan recibió a Felicity con un cielo despejado y una brisa fresca que parecía querer compensarla por el diluvio del día anterior.

Desde la pequeña ventana de la habitación del hostal, la más económica que había podido encontrar en Midtown. Una caja de zapatos que por suerte había pagado en el momento de reservarla online, contemplaba el despertar de la ciudad que nunca duerme, aunque claramente bostezaba a las siete de la mañana.

—Ha llegado el momento —se dijo, ajustando el nudo de la toalla que envolvía su pelo recién lavado—. Todo va a salir bien.

Había repetido esa frase como un mantra durante toda la noche, mientras daba vueltas en la cama demasiado dura, intentando conciliar un sueño que no había manera de que la visitara.

Y no era solo por los nervios de la entrevista, aunque esos estaban ahí, burbujeando bajo la superficie como una olla a punto de hervir. Era por él. Por el desconocido del tren.

Por el hombre al que había besado.

El recuerdo la golpeó nuevamente con la fuerza de un tren de carga: la suavidad inesperada de sus labios, la rigidez de su cuerpo bajo el inesperado contacto, el azul acerado de sus ojos cuando se

separararon, un azul que parecía contener galaxias enteras (en aquel momento de indignación y perplejidad, todo hay que decirlo).

—Basta ya —se regañó en voz alta, dándose la vuelta para enfrentarse a su reflejo en el pequeño espejo del baño—. Fue una locura transitoria. Un incidente aislado que nunca volverá a ocurrir. Concéntrate en lo importante.

La imagen le devolvió una mirada llena de escepticismo, como si incluso su propio rostro supiera que mentía.

No había dejado de pensar en aquel beso desde que había ocurrido. Lo había revivido mentalmente mientras buscaba un asiento seguro en el tren, mientras caminaba por las calles de Nueva York tratando de localizar el hostal en el que había reservado la habitación, mientras intentaba repasar sus respuestas para la entrevista…

El recuerdo se colaba en los momentos más inoportunos, como un gato decidido a sentarse justo donde no debería.

Felicity suspiró, quitándose la toalla de la cabeza, y empezó a secarse el pelo castaño con el secador que tenía el baño de la habitación, uno de esos viejos aparatos que parecían soplar aire tibio con desgana.

Mientras luchaba con sus ondas rebeldes, intentó otra vez redirigir sus pensamientos hacia la entrevista.

Reid Enterprises.

Una de las corporaciones más grandes del país, con intereses en tecnología y energías renovables.

Una entrevista para el puesto de asistente personal de Alexander Reid, el enigmático dueño/presidente conocido tanto por su brillantez empresarial como por su temperamento impredecible.

Las historias sobre él corrían por los círculos empresariales como leyendas urbanas: que había despedido a un ejecutivo por llegar tarde a una reunión, que trabajaba dieciocho horas al día y

esperaba lo mismo de sus empleados, que tenía un ojo infalible para detectar la incompetencia y cero tolerancia hacia ella, que era severo, estricto y gruñón.

—Pan comido —murmuró Felicity con ironía mientras batallaba con un mechón particularmente terco—. Justo el tipo de jefe con el que cualquier persona sueña.

Pero el salario... el salario era estratosférico para alguien con su experiencia. Lo suficiente para ayudar a su madre a llegar a fin de mes, para que pudiera prejubilarse, si quería, para pagar un seguro médico, para, quizás, incluso permitirse una habitación en Manhattan en un apartamento con más comodidades que en el que vivía en Pittsburgh y compartía con otras dos chicas.

Valía la pena enfrentarse al temible Alexander Reid por esa oportunidad. Valía enfrenarse al mismísimo diablo, si hacía falta.

Lo que fuera que hubiera escuchado sobre él, lo soportaría, porque Felicity Ashford nunca había retrocedido ante un desafío. Y no lo haría ante Alexander Reid.

Una hora más tarde, emergió del metro en la Quinta Avenida, ajustando nerviosamente el cuello de su blusa blanca. Se había vestido con su mejor (y único) conjunto profesional: una falda lápiz azul marino, blusa blanca y un blazer a juego que había encontrado en una tienda de segunda mano pero que parecía suficientemente elegante. Sus tacones, aunque modestos, le daban los centímetros extra de confianza que necesitaba desesperadamente aquella mañana.

La Torre Reid se alzaba frente a ella como un monolito de cristal y acero, reflejando el cielo azul en sus innumerables ventanas. Setenta pisos de intimidación arquitectónica coronados por el logo minimalista de la compañía: una simple «R» estilizada que dominaba el skyline de Manhattan.

Felicity se detuvo un momento, y respiró hondo.

A su alrededor, el ritmo frenético de la ciudad continuaba:

trabajadores con cafés para llevar, turistas desorientados consultando mapas y vendedores ambulantes preparando sus puestos.

La normalidad de Nueva York era reconfortante. Un recordatorio de que, a pesar de lo importante que parecía ese momento para ella, era solo otro día en la gran maquinaria del mundo.

—Puedes hacerlo —se dijo, cuadrando los hombros—. Has pasado por cosas peores.

Y era verdad. Había sobrevivido a la muerte de su abuela (que era para ella como una segunda madre), a dos trabajos simultáneos durante la universidad, a un apartamento con goteras y compañeras de piso con dudosos hábitos de higiene. Una entrevista de trabajo, incluso con el intimidante Alexander Reid, era perfectamente manejable.

Con esa convicción, Felicity cruzó las puertas giratorias de la Torre Reid.

El vestíbulo era exactamente lo que esperaba. Un espacio de mármol y metal, minimalista hasta el punto de parecer austero, pero inequívocamente lujoso. Una fuente central con un diseño geométrico murmuraba suavemente, proporcionando el único sonido en un espacio donde incluso los pasos parecían amortiguados por algún truco acústico.

En las paredes había fotografías artísticas en blanco y negro de proyectos emblemáticos de Reid Enterprises: rascacielos forrados de placas solares, hectáreas de campos llenos de molinos eólicos, impresionantes presas de energía hidroeléctrica.

Felicity se dirigió hacia el mostrador de recepción, donde tres mujeres con idénticos trajes grises atendían a los visitantes con la eficiencia desapasionada de androides bien programados.

—Buenos días —saludó, intentando que su voz sonara profesional y segura—. Mi nombre es Felicity Ashford. Tengo una entrevista a las nueve con... —dudó un segundo— con el

departamento de Recursos Humanos para el puesto de asistente personal del señor Reid.

La recepcionista, una mujer de unos cuarenta años con un moño tan inmóvil que parecía esculpido en vez de peinado, la estudió brevemente antes de consultar su pantalla.

—Ashford... —murmuró, tecleando con unas uñas perfectamente pintadas—. Sí. Felicity Ashford. A las 9:00, entrevista final para el puesto de asistente personal del señor Reid. —Levantó la mirada—. Necesitaré su identificación, por favor.

Felicity extrajo su carnet de conducir y se lo entregó, agradeciendo en silencio haberlo guardado en uno de los bolsillos interiores del bolso en lugar de en la cartera que le habían robado.

Mientras la recepcionista escaneaba su identificación, Felicity intentó procesar lo que acababa de escuchar. ¿Entrevista final? ¿Eso significaba que ya habían descartado a otros candidatos? ¿Estaba más cerca del puesto de lo que pensaba?

—Perdone, ¿ha dicho entrevista final? —preguntó.

—Sí, el señor Reid necesita una asistente personal con urgencia.

Felicity asintió con la cabeza.

—Todo en orden, señorita Ashford. —La recepcionista le devolvió su identificación junto con una tarjeta de acceso—. Piso 70, oficinas ejecutivas. El ascensor A le llevará directamente. Rebecca Anderson, la actual asistente personal del señor Reid, la recibirá allí.

—Gracias —respondió Felicity, tomando la tarjeta con una sonrisa que esperaba que no revelara sus nervios.

¿Piso 70? ¿Oficinas ejecutivas? Había asumido que la entrevista sería con Recursos Humanos, no directamente en el santuario del Alexander Reid.

Se dirigió hacia los ascensores, cada paso resonando en su cabeza como un pequeño trueno.

A medida que se acercaba a la zona designada como «A», se dio cuenta de que esos ascensores eran diferentes: más grandes, más elegantes, con lectores de tarjetas en lugar de botones convencionales.

—Cuanta modernidad, joder —susurró.

Felicity pasó su tarjeta por el lector, y las puertas se abrieron casi sin hacer ruido.

Entró en el habitáculo vacío, y vio que no había botones para seleccionar el piso. Según parecía, la tarjeta ya había comunicado su destino y la llevaba directamente.

Las puertas se cerraron, y el ascensor comenzó a subir con una velocidad sorprendente pero suave, sin la sensación de estómago revuelto que normalmente acompañaba a los ascensores rápidos.

Aquel ascensor era de otro mundo. Parecía sacado de una película futurista.

A solas en la cabina, Felicity intentó calmar sus nervios.

Respiró hondo.

«Es solo una entrevista —se recordó—. Has hecho otras entrevistas antes. Conoces tus fortalezas, has investigado la empresa. Estás preparada.»

Pero había algo en aquel edificio, en la atmósfera de poder que se concentraba y que exudaba, que hacía que sus entrevistas anteriores para puestos de asistente personal parecieran un juego de niños en comparación.

Y luego estaba el asunto del beso. El recuerdo que se negaba a desaparecer, poniéndola aún más nerviosa. ¿Cómo se le había ocurrido hacer algo semejante?

Felicity sacudió la cabeza, como si pudiera lanzar fuera el pensamiento.

Volvió a entrevista.

«Estadísticamente —se dijo—, las probabilidades de que me entreviste personalmente Alexander Reid son mínimas. Probablemente será un gerente de Recursos Humanos quien me la haga.»

El ascensor se detuvo con un suave pitido, y una voz digitalizada anunció: «Piso 70, Oficinas Ejecutivas.»

Las puertas se abrieron a un espacio radicalmente diferente del vestíbulo.

Si abajo dominaba un minimalismo frío, allí reinaba una elegancia cálida: paredes de madera oscura, alfombras gruesas en tonos terracota, y una iluminación indirecta que creaba una atmósfera casi íntima.

El espacio transmitía poder, pero de una manera más sutil.

Felicity salió del ascensor y se encontró frente a otro mostrador de recepción, atendido por un hombre joven con un traje impecable y una sonrisa profesional.

—Buenos días —saludó antes de que Felicity pudiera hablar—. Usted debe ser la señorita Ashford. Rebecca la está esperando. Por favor, sígame.

Sin esperar respuesta, el recepcionista se levantó y comenzó a caminar por un pasillo lateral. Felicity lo siguió, consciente de cada uno de sus pasos sobre la gruesa alfombra.

—La señora Williams, de Recursos Humanos, normalmente conduciría la entrevista preliminar —explicó el joven mientras caminaban—, pero ha habido un ligero cambio de planes esta mañana. El señor Reid ha decidido entrevistarla personalmente.

Felicity casi tropezó con sus propios pies.

—¿Personalmente? —repitió, segura de haber escuchado mal.

El recepcionista asintió, lanzándole una mirada que mezclaba simpatía y curiosidad.

—Es inusual, sí. El señor Reid rara vez se involucra en el proceso hasta la etapa final, y normalmente solo para una breve confirmación. —Se detuvo frente a una puerta doble de madera oscura—. Pero es que necesita una nueva asistente personal con urgencia.

Antes de que Felicity pudiera procesar toda la información o, más importante aún, el súbito terror que provocó en su sistema nervioso todo lo que le dijo el chico, llegaron a una sala donde detrás de una mesa se encontraba Rebecca Anderson.

—Buenos días, Rebecca —la saludó el recepcionista—. Esta es Felicity Ashford, la candidata a sustituirte —añadió con buen humor.

Rebecca esbozó una sonrisa.

—Hola, Felicity. Bienvenida —le dijo.

—Hola —correspondió ella.

—Te quedas en buenas manos —dijo el chico, antes de dar media vuelta para volver a su mostrador.

Felicity se dio cuenta de que acceder a Alexander Reid era difícil de cojones con tanta recepción y tanto personal.

Rebecca consultó su reloj.

—Son las nueve. Será mejor que te lleve con el señor Reid. Odia la impuntualidad.

A Felicity casi no le dio tiempo a sonreír, porque Rebecca tocó una de las puertas dobles y la abrió tras escuchar un «adelante» desde el interior.

—La señorita Ashford está aquí para su entrevista, señor Reid —anunció, haciéndose a un lado para que Felicity entrara.

Con el corazón martilleando contra las costillas como si intentara escapar, Felicity dio un paso al frente, entrando en una oficina espaciosa con paredes forradas de madera, a excepción de la frontal, que tenía unas cristaleras que iban desde la mitad de la

pared hasta el techo y que ofrecían una vista panorámica de Manhattan que era impresionante.

Pero toda su capacidad de percepción estaba concentrada en la figura que se levantaba del imponente escritorio de madera oscura.

El mundo se detuvo.

El tiempo se congeló.

El oxígeno pareció evaporarse de la habitación.

Porque allí, mirándola con una expresión que pasó de la indiferencia profesional al reconocimiento y luego a algo cercano al horror, estaba él. El hombre del tren. El hombre al que había besado en un acto de desesperación.

El hombre cuyos labios había sentido brevemente contra los suyos.

Alexander Reid.

El presidente de Reid Enterprises, su potencial jefe, y la última persona en el planeta que esperaba volver a ver (y menos aún allí), pero que estaba de pie frente a ella, tan sorprendido como ella misma.

¡Joooder!

CAPÍTULO 7

Los ojos azules que la habían perseguido en sueños, la miraban ahora con una mezcla de incredulidad y algo que parecía peligrosamente cercano a la furia.

La mandíbula perfectamente afeitada se tensó visiblemente.

Una vena palpitó en su sien.

¿Aquello era una jodida broma?

«No puede ser —pensó Felicity, sintiendo cómo el suelo parecía moverse bajo sus pies—. De todos los vagones de todos los trenes de todo el mundo, tuve que besarlo a él.»

Un silencio absoluto llenó la oficina, tan denso que parecía tener peso físico.

Rebecca, ajena al melodrama silencioso que se estaba desarrollando, interpretó la falta de respuesta como su señal para retirarse.

—¿Necesita algo más, señor Reid? —preguntó desde la puerta.

Alexander Reid pareció hacer un esfuerzo físico para apartar la mirada de Felicity y dirigirla hacia su empleada.

—No. Cierre la puerta al salir, por favor.

Su voz. Esa voz profunda y controlada que Felicity había

escuchado brevemente en el tren, resonaba en el espacio cerrado de la oficina, enviando un escalofrío involuntario por su columna vertebral.

La puerta se cerró con un suave *clic* que sonó en los oídos de Felicity como el sello de su destino. Estaba atrapada en una oficina en el piso 70 de un rascacielos con el hombre al que había acosado (porque, seamos honestos, besar a alguien sin consentimiento se calificaba como acoso en cualquier libro) menos de 24 horas antes.

Alexander Reid rodeó lentamente su escritorio.

Sus movimientos eran fluidos y templados como los de un depredador evaluando a su presa. Se detuvo a unos metros de ella, cruzando los brazos sobre su pecho en un gesto que hacía poco por ocultar la tensión en sus hombros.

Y, joder, era altísimo. ¿Cuánto medía? ¿Un metro noventa?

—Señorita Ashford —dijo finalmente. Su tono era tan frío que podría haber congelado todo el desierto de Sahara—. Qué... sorpresa.

Felicity abrió la boca, pero no salió ningún sonido de ella. Su cerebro, normalmente ágil y rápido, parecía haber sufrido un cortocircuito.

¿Qué se suponía que debía decir? «Para mí también es una sorpresa verlo, lamento haberlo besado sin permiso, por cierto, ¿me da trabajo?»

—Señor Reid —consiguió articular a duras penas, sorprendida de que su voz sonara relativamente firme—. Yo... no esperaba...

—Evidentemente —la interrumpió él, con una entonación que sugería que estaba haciendo un considerable ejercicio de control sobre su temperamento—. ¿O debo suponer que esto también forma parte de alguna elaborada estrategia para conseguir el puesto? ¿Primero se cuela en mi compartimento privado y ahora en mi oficina?

El comentario, con la implicación de que había planeado todo, consiguió penetrar la niebla de shock que envolvía el cerebro de Felicity.

La indignación comenzó a burbujear bajo su piel, proporcionándole el impulso que necesitaba para recuperar algo de compostura.

—Con todo respeto, señor Reid —respondió, enderezando la espalda—, no tenía ni idea de quién era usted en el tren. Y ciertamente no planeé encontrármelo aquí. Estoy tan sorprendida como usted por esta... coincidencia.

Alexander Reid enarcó una ceja, un gesto que de alguna manera lograba transmitir escepticismo, irritación y una pizca de algo que podría haber sido curiosidad, pero que probablemente no lo fuera.

—¿Coincidencia? —repitió, como si la palabra le resultara ofensiva—. ¿Espera que crea que besó a un desconocido en un tren, y ese desconocido luego resultó ser exactamente la persona que podría contratarla al día siguiente?

Dicho así, sonaba absurdamente improbable. Tanto que Felicity se hubiera echado a reír, si no estuviera cagada.

—Las probabilidades son muy bajas, lo admito —concedió—. Pero es la verdad. Yo no sabía quién era usted.

Reid la estudió con esos ojos penetrantes que parecían ser capaces de detectar mentiras a kilómetros de distancia.

Felicity resistió la tentación de moverse en el sitio bajo su escrutinio, manteniendo su mirada firme a pesar del calor que sentía ascender por su cuello.

Dios, iba a darle un infarto, un chungo o algo.

—Y, sin embargo —dijo él, ladeando la cabeza—, aquí está, en mi oficina, solicitando ser mi asistente personal.

—Solicité este puesto hace dos semanas a través de una empleada de Recursos Humanos, Eliza, que me avisó de que quedaba libre la vacante de su asistente personal —explicó Felicity, aferrándose a los hechos como a un salvavidas—. Mucho antes de... del incidente del tren. Puede verificarlo con su departamento de Recursos Humanos.

Un silencio tenso siguió a sus palabras mientras Reid parecía estar considerando sus opciones. Finalmente, sin apartar la mirada de ella, presionó un botón en el teléfono fijo de su mesa.

—Señorita Anderson, comuníqueme con el Departamento de Recursos Humanos, por favor.

—Enseguida, señor Reid —respondió Rebecca a través del altavoz.

Mientras esperaban, Alexander comenzó a caminar por la oficina. Un movimiento que parecía más destinado a liberar energía contenida que a llegar a algún lugar.

Felicity permaneció inmóvil, consciente de que cada segundo que pasaba era otro segundo en el que aquel hombre, cuyos labios había sentido contra los suyos el día anterior, decidía su futuro profesional.

—Señor Reid —una voz femenina sonó a través del altavoz—, ¿en qué puedo ayudarle?

—La candidata a asistente personal, Felicity Ashford, está en mi oficina en este momento. ¿Puede confirmarme cuándo recibimos su solicitud para el puesto?

—Un momento, señor.

El sonido de teclas llenó brevemente el silencio. Felicity se estaba poniendo de los nervios.

—La solicitud de la señorita Ashford fue recibida el 27 de septiembre, señor. Hace dos semanas. Pasó la primera ronda de selección, ya que sus calificaciones son sobresalientes, y la señora

Williams la recomendó especialmente después de revisar sus referencias.

Felicity no pudo evitar sentir una pequeña oleada de orgullo ante la confirmación de sus méritos profesionales. Al menos no había llegado a aquella oficina por un golpe de suerte o un beso robado.

—Gracias. Eso es todo.

Alexander cortó la comunicación y volvió a mirar a Felicity. Su expresión era ligeramente menos glacial que antes, pero solo ligeramente.

—Parece que dice la verdad sobre la cronología —aseveró, aunque no parecía particularmente complacido por el descubrimiento —. Lo cual nos deja con una coincidencia verdaderamente extraordinaria —añadió con una nota de mordacidad en la voz.

—La vida está llena de ellas, supongo —respondió Felicity, recuperando algo de su habitual espíritu ante su pequeña victoria.

La comisura de la boca de Alexander Reid se crispó, en lo que podría haber sido el fantasma de una sonrisa, o un tic de irritación. Felicity no pudo diferenciarlo.

—La vida, señorita Ashford, rara vez me presenta coincidencias. Y cuando lo hace, generalmente descubro que hay propósitos ocultos detrás —afirmó.

Felicity frunció el ceño, confundida.

—No entiendo qué propósito oculto podría haber en esto. No he ganado nada besándolo —comenzó—. De hecho, viendo cómo está resultando esta entrevista, probablemente he perdido mi oportunidad para conseguir el trabajo —dijo.

Algo cambió en la expresión de Alexander Reid, una sutil reconfiguración de sus facciones que suavizó momentáneamente la dureza de su mirada.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó. De pronto su tono sonaba menos acusatorio y más... ¿curioso?

Felicity suspiró, resignándose a revivir el momento más vergonzoso de su vida. Cambió el peso del cuerpo de un pie a otro.

—Ya se lo dije. Me robaron en la estación de Pittsburgh. Todo: dinero, tarjetas, incluso el billete que ya había comprado. Necesitaba llegar a Nueva York para hacer esta entrevista, y el tren era mi única opción. —Hizo una pausa, preguntándose cuántos detalles eran apropiados, pero decidiendo que la sinceridad era su mejor apuesta a esas alturas—. Cuando vi al revisor acercándose, entré en pánico. Su compartimento era el único lugar donde podía esconderme, y cuando vi que iba a abrir la puerta... actué por instinto.

—¿Su instinto la impulsa a besar a extraños? —preguntó Alexander, con un tono que oscilaba entre la incredulidad y algo que podía parecer cercano al humor, si es que aquel hombre tenía algo de humor, que Felicity lo dudaba seriamente.

Felicity sintió el calor subir nuevamente a sus mejillas. ¿Hasta cuándo coño iba a durar aquella pesadilla?

—No, por supuesto que no. Fue la primera y única vez que he hecho algo así. Pensé que si el revisor nos veía en un... momento íntimo, se sentiría incómodo y pasaría de largo. Y, de hecho, no me equivoqué, porque es exactamente lo que hizo. —Se pasó una mano por el pelo, desordenando ligeramente el moño que tanto le había costado perfeccionar por la mañana—. Fue un plan terrible, lo sé. Y lo siento mucho. De verdad.

—Supongo que tendré que creerla —dijo Alexander.

Un silencio menos tenso que los anteriores se instaló entre ellos.

Felicity tenía la sensación de que había superado algún tipo de umbral, aunque no estaba segura de hacia dónde la llevaba.

Alexander regresó a su escritorio y se sentó, haciendo un gesto

hacia una de las sillas que había frente a él.

—Siéntese, señorita Ashford. Ya que está aquí, le haré la entrevista.

Felicity parpadeó un par de veces, sorprendida.

—¿Todavía está considerándome para el puesto? —preguntó, incapaz de ocultar su asombro.

Alexander la miró con esos ojos imposiblemente azules que parecían ver más de lo que ella quería mostrar.

—Sus calificaciones son muy buenas, sus referencias excelentes, y yo necesito urgentemente una nueva asistente personal —respondió.

—Se lo agradezco mucho —dijo Felicity.

Alexander se limitó a asentir levemente con la cabeza.

—Tome asiento —le pidió.

Felicity se sentó en la silla que le indicó, preguntándose cómo era posible que la entrevista hubiera tomado un giro tan inesperado.

Alexander se echó hacia atrás, recostándose en el sillón.

—Entonces, señorita Ashford —continuó con tono profesional y autoritario—. Háblame de por qué cree que sería una buena asistente personal.

Y así, contra todo pronóstico y toda lógica, la entrevista comenzó. Felicity hubiera jurado que Alexander Reid la echaría de su oficina a patadas.

Pero es que el destino, con su peculiar sentido del humor, había decidido que un beso robado en un tren sería solo el principio de la historia entre Felicity Ashford y Alexander Reid.

CAPÍTULO 8

Sentada frente al imponente escritorio de caoba, Felicity intentaba mantener la compostura mientras Alexander Reid repasaba su currículum con un escrutinio que parecía propio de un detective forense examinando las pruebas de un crimen.

Sus dedos largos y elegantes pasaban las páginas con deliberada lentitud, deteniéndose ocasionalmente para subrayar algo con el capuchón de su estilográfica, una Montblanc que probablemente costaba más que todo el vestidor de Felicity.

—Veo que estuvo dos años en Clayton Associates —comentó finalmente, levantando la mirada del papel. Sus ojos azules, de un tono acerado que parecían irreales, se clavaron en ella como dos cuchillos de hielo—. ¿Por qué dejó ese puesto?

Felicity se aclaró la garganta, consciente de cómo el silencio magnificaba cada pequeño sonido en aquella oficina minimalista.

—La empresa fue adquirida por un conglomerado japonés y hubo una reestructuración —respondió, agradeciendo que su voz sonara más segura de lo que se sentía—. Mi departamento fue uno de los primeros en sufrir recortes.

Alexander enarcó una ceja.

—¿Y no le ofrecieron reubicación dentro de la nueva estructura?

Había algo en su tono, una insinuación apenas perceptible, que

sugería que, si realmente hubiera sido valiosa, la habrían dejado.

Felicity sintió cómo su columna vertebral se tensaba involuntariamente. Alexander Reid tenía un don para hacer que las preguntas más simples sonaran como acusaciones.

—Me ofrecieron un puesto en contabilidad —aclaró, decidiendo que la sinceridad era su mejor apuesta. Mentir nunca daba buen resultado—. Pero era un paso atrás en mi carrera y preferí buscar nuevas oportunidades que se alinearan mejor con mis objetivos profesionales.

Un atisbo de algo que podría haber sido aprobación cruzó fugazmente el rostro de Alexander, desapareciendo tan rápido que Felicity se preguntó si lo había imaginado.

—Ambición —murmuró él, más para sí mismo que para ella—. Interesante.

Volvió a concentrarse en el currículum, dándole a Felicity un momento para respirar y... observar. Y vaya si había qué observar.

Alexander Reid era, no había otra manera de decirlo, ridículamente atractivo. La clase de atractivo que resultaba casi ofensivo, como si hubiera acaparado más de su justa porción de genes favorables.

Definitivamente no era el tipo mayor y calvo que se había imaginado.

Su rostro era angular, con rasgos que combinaban la dureza de un ejecutivo despiadado con una belleza innegable. Su expresión, sin embargo, confirmaba los rumores que corrían sobre él.

La boca estaba apretada en una línea que rara vez debía sonreír, con unos labios firmes que, incluso en reposo, tenían una forma que resultaba inexplicablemente fascinante, y poseía una mirada evaluadora que parecía encontrar defectos en todo lo que observaba.

Su pelo negro, con algunas canas prematuras en las sienes que

solo añadían carácter, estaba peinado hacia atrás con un estilo que conseguía parecer a la vez conservador e intimidante.

«Mi madre tenía razón. No es precisamente un ogro... al menos físicamente —pensó Felicity para sí misma—. Guapo, pero aterrador —concluyó en silencio.»

El traje negro que vestía (claramente hecho a medida y probablemente italiano) se ajustaba a sus hombros anchos y a su figura atlética de una manera que sugería horas de gimnasio disciplinado, probablemente antes del amanecer, porque tíos como Alexander Reid no parecían permitirse el lujo de dormir como los mortales comunes.

«Perfecto. Solo faltaba que fuera atractivo para hacer la situación aún más intimidante.»

Negó para sí.

«Concéntrate, Felicity —se regañó mentalmente—. Estás aquí por un trabajo, no para evaluar si tu potencial jefe podría ser portada de una revista de moda.»

—Su experiencia en gestión de proyectos es... adecuada —continuó Alexander, interrumpiendo sus pensamientos—. Aunque hay un vacío de tres meses entre Clayton y su puesto temporal en Turner & Sons.

Felicity se tensó.

Había esperado que no se diera cuenta de ese pequeño hueco, o al menos que no lo mencionara. Mucha ingenuidad de su parte. Ese hombre probablemente podría detectar una discrepancia de fechas a veinte páginas de distancia y con los ojos vendados.

—Estuve cuidando de mi abuela —explicó—. Le detectaron un cáncer en su fase final. Tenía metástasis por todo el cuerpo.

Alexander la miró directamente a los ojos con una expresión inescrutable.

—Entiendo —dijo simplemente.

Asintió una vez. Un gesto breve y económico, antes de cerrar la carpeta con su currículum y colocarla perfectamente alineada con el borde del escritorio.

Felicity tuvo la impresión de que acababa de presenciar algún tipo de prueba, aunque no tenía idea de si la había superado o no. Con Alexander Reid era mejor no aventurar nada.

—Bien, señorita Ashford —dijo él finalmente, inclinándose hacia adelante—. Hablemos sobre lo que implica realmente ser mi asistente personal.

Felicity se irguió imperceptiblemente en la silla, preparándose. Aquí venía el famoso discurso del señor Reid que, según los rumores (siempre según los rumores), había hecho llorar a más de un candidato.

—Este no es un trabajo de nueve a cinco —comenzó. Su voz adquirió un tono más cortante—. Mi día comienza a las 6:00 de la mañana y termina cuando termina, no cuando el reloj marca una hora determinada. Espero que mi asistente personal esté disponible cuando la necesite, sea a las seis de la mañana o a medianoche de un domingo.

Hizo una pausa, como esperando que Felicity protestara o mostrara algún signo de debilidad o incomodidad. Pero ella mantuvo la expresión neutra, aunque por dentro estaba calculando cuántas horas podría dormir si tenía que estar operativa a las 6:00 de la mañana.

—Gestiono empresas en tres continentes —continuó Alexander —. Lo que significa que siempre hay algo sucediendo en algún lugar del mundo que requiere mi atención. Mi asistente personal debe ser capaz de anticipar problemas del día a día antes de que ocurran, resolver crisis sin tener que consultarme cada pequeño detalle, y mantener mi agenda con una precisión militar.

Se levantó mientras hablaba, moviéndose hacia la ventana

panorámica que ofrecía una vista vertiginosa de Manhattan.

La luz de primera hora de la mañana entraba a raudales, creando un efecto de contraluz que lo hacía parecer aún más imponente.

—No tolero errores repetidos —añadió, girándose para mirarla —. El primer error es una lección. El segundo es inaceptable.

Felicity sintió un nudo formándose en el estómago. Tragó saliva.

Los rumores sobre la dureza de Alexander Reid no solo eran ciertos. Joder, se quedaban cortos.

Aquel hombre esperaba la perfección y nada menos. ¿Sería capaz de trabajar bajo esa presión constante? ¿De vivir bajo ese escrutinio implacable?

—Necesito a alguien que piense tres pasos por delante —continuó él—. Que sepa lo que necesito antes de que yo mismo lo sepa. Que maneje mis comunicaciones, mi agenda y mi vida profesional con una discreción absoluta y una eficiencia impecable.

Se movió nuevamente, en aquella ocasión acercándose a donde ella estaba sentada. Su postura emanaba una confianza rayana a la arrogancia.

Felicity resistió el impulso de retroceder ante su proximidad. A pesar de su intimidante presencia (o quizás debido a ella), había algo magnético en Alexander Reid que hacía difícil apartar la mirada de él.

Era un hombre acostumbrado a que el mundo girara según sus términos. Se advertía en la seguridad de sus movimientos, en la forma en que ocupaba el espacio.

—La confidencialidad es primordial —recalcó. Su tono había bajado ligeramente de volumen, volviéndose más intenso—. Tendrá acceso a información que podría valer millones en las manos equivocadas. Necesito saber que puedo confiar en su discreción absoluta.

—Por supuesto —respondió Felicity, encontrando finalmente su voz—. La confidencialidad ha sido una parte fundamental de todos mis puestos de trabajo anteriores.

Alexander la observó, como evaluando la veracidad de sus palabras.

Estaba tan cerca que Felicity podía distinguir el gris acerado en el borde de su iris. También podía percibir su aroma, una mezcla sutil de madera de sándalo, cuero y algo más indefinible, exclusivamente masculino.

Era ridículamente injusto que un hombre con esa personalidad tan intimidante oliera tan bien.

—Mi anterior asistente personal ha estado conmigo casi un año. —Alexander tomó de nuevo la palabra, regresando a su silla—. Va a casarse y a mudarse a Nevada. Le ha surgido un contratiempo con la casa de última hora —explicó—. Tiene un par de días para enseñarle todo lo que necesita saber, y luego estará sola.

Felicity parpadeó.

—¿Un par de días? —repitió, incapaz de ocultar su sorpresa. ¡Mierda, eso era muy poco tiempo!—. Para aprender todos los procedimientos, contactos, protocolos...

—Dos días —confirmó Alexander con firmeza—. Rebecca es extremadamente eficiente. Y espero que usted aprenda rápido.

Felicity tragó de nuevo saliva. En aquella ocasión con más esfuerzo. Tenía la boca seca.

Tenía dos miserables días para aprender a navegar por el complejo universo que era la vida profesional de Alexander Reid. Parecía una tarea hercúlea.

«Maldito contratiempo de última hora de Rebecca», se lamentó.

—¿Tiene alguna pregunta, señorita Ashford? —inquirió Alexander Reid, cruzando sus manos sobre el escritorio.

Tenía mil preguntas.

¿Realmente esperaba que estuviera disponible 24/7? ¿Existía algún límite dentro de las responsabilidades de una asistente personal? ¿Cómo había sobrevivido Rebecca casi un año sin desarrollar una úlcera en el estómago o un tic nervioso?

Pero lo que salió de su boca fue:

—¿Por qué yo?

Alexander Reid pareció sorprendido por la pregunta, como si hubiera esperado algo más convencional.

—¿Disculpe?

—De todos los candidatos que debe haber entrevistado —aclaró Felicity, sorprendiéndose de su propia audacia—, ¿por qué me está considerando a mí?

Sobre todo después de que lo había besado.

—Una pregunta interesante —dijo Alexander—. La respuesta simple es que no tengo tiempo para hacer más entrevistas. La señorita Anderson se va dentro de dos días y necesito a alguien ya.

La franqueza de su respuesta impresionó a Felicity. Había esperado alguna evasiva condescendiente, no aquella honestidad brutal. Pero Alexander Reid era así. No se andaba por las ramas. Ni adornaba sus discursos.

—Pero —continuó él, inclinándose ligeramente hacia adelante—, si quiere la respuesta completa: su currículum muestra adaptabilidad en entornos de cambio. No se quedó en un puesto que la habría estancado profesionalmente. Priorizó la familia cuando fue necesario, lo cual habla de sus valores personales. Y durante esta entrevista ha mantenido la compostura bajo la presión, no ha intentado impresionarme con respuestas ensayadas, y ha tenido el valor de cuestionar mi decisión. Esas son cualidades que valoro.

Felicity parpadeó, procesando aquel inesperado giro. ¿Acababa

Alexander Reid de elogiarla? ¿El mismo hombre que hacía unos minutos parecía estar tratando de intimidarla hasta la sumisión?

—Entonces... —comenzó, aún desconcertada.

—Le estoy ofreciendo el puesto, señorita Ashford —interrumpió Alexander, directo como siempre—. Con un periodo de prueba de dos meses, por supuesto. El salario es significativamente superior al mercado, como compensación por las... exigencias adicionales del cargo. La señorita Anderson le proporcionará los detalles del paquete de beneficios.

Felicity sintió como si alguien hubiera sacado todo el aire del despacho. Le estaba ofreciendo el trabajo. Realmente estaba sucediendo.

¡Oh, Dios!

—¿Puede empezar mañana? —preguntó Reid, aparentemente ajeno al torbellino de emociones que había desatado en ella.

—¿Mañana? —repitió Felicity, aturdida—. Yo... Sí, claro, puedo empezar mañana.

Alexander asintió, como si nunca hubiera contemplado otra respuesta. De hecho, no lo había hecho.

—Bien. Preséntese a las 7:00 de la mañana. La señorita Anderson la estará esperando.

Se levantó, indicando claramente que la entrevista había terminado.

Felicity se puso de pie también, sintiendo una mezcla vertiginosa de emoción, miedo y algo más indefinible ante la perspectiva de trabajar para aquel hombre que era tan exigente como fascinante.

—No lo decepcionaré, señor Reid —dijo, extendiendo su mano.

Alexander Reid la miró durante un segundo antes de estrechársela. Su mano era cálida y firme y su apretón preciso. Ni

demasiado fuerte para resultar intimidante, ni demasiado suave para parecer débil. Perfectamente calculado, perfectamente medido, como todo en él.

—Eso espero, señorita Ashford —respondió en tono distante—. Por el bien de ambos.

Cuando se separaron, Felicity sintió un hormigueo persistente en su palma, como si la huella de la mano de Alexander Reid hubiera dejado algún tipo de marca invisible en la suya.

—La señorita Anderson la acompañará a Recursos Humanos para completar el papeleo —indicó Alexander, presionando un botón en el teléfono fijo. Se inclinó un poco—. Señorita Anderson, por favor, acompañe a la señorita Ashford a Recursos Humanos. Es mi nueva asistente personal.

—Enseguida, señor Reid —respondió ella a través del intercomunicador.

Alexander volvió su atención a Felicity una última vez.

—Hasta mañana, señorita Ashford. 7:00 de la mañana en punto. Ni un minuto antes ni un minuto después.

—Estaré aquí —prometió ella, consciente de que acababa de comprometerse a algo que podría ser tanto la mayor oportunidad como el mayor desafío de su vida profesional. Y quizá de su vida personal.

Mientras seguía a Rebecca fuera de la oficina, Felicity sintió una oleada de adrenalina recorrer su cuerpo.

Lo había logrado.

Sí, joder, lo había logrado.

Había conseguido el puesto que cientos de personas en Nueva York (y fuera de ella) codiciarían. Iba a ser la Asistente Personal de Alexander Reid, uno de los empresarios más poderosos y, definitivamente, uno de los hombres más intimidantes (y atractivos)

que había conocido jamás.

Tendría que comprar café extrafuerte aquella noche, programar todas sus alarmas, y mentalizarse para lo que se avecinaba. Porque algo le decía que trabajar para Alexander Reid iba a ser una experiencia que cambiaría su vida de formas que ni siquiera podía imaginar.

Y mientras el ascensor descendía hacia el departamento de Recursos Humanos, Felicity no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa. Tal vez de triunfo. Porque muy aterrador que fuera satisfacer las exigentes expectativas del señor Reid, había algo innegablemente emocionante en el desafío.

Además, ¿cuántas personas podían decir que pasarían sus días trabajando con un hombre que parecía salido de las páginas de una revista de moda?

«Contrólate, Felicity —se reprendió—. Es tu jefe. Tu intimidante, exigente y probablemente imposible de complacer jefe.»

Pero mientras firmaba el contrato y escuchaba distraídamente las explicaciones sobre beneficios y políticas de la empresa, una parte rebelde de su mente no podía dejar de pensar en esos ojos azules que parecían ver directamente a través de ella, y en cómo sería trabajar de una forma tan estrecha con un hombre como Alexander Reid.

Mañana comenzaría a descubrirlo. A las 7:00 de la mañana en punto.

CAPÍTULO 9

El aire fresco de Manhattan golpeó el rostro de Felicity nada más traspasar las puertas giratorias de la Torre Reid.

La adrenalina aún corría por sus venas, mezclándose con una euforia que amenazaba con hacerla flotar sobre el pavimento. Necesitó apoyarse un momento contra la fachada de granito de la parte baja del edificio, y sentir la solidez del material bajo sus dedos, mientras intentaba procesar todo lo que acababa de suceder.

«Lo he conseguido. Sí, lo he conseguido.»

Una sonrisa se extendió por su rostro, tan amplia que casi dolía.

No pudo contener una pequeña risa nerviosa que atrajo la mirada curiosa de un ejecutivo que pasaba cerca. Le importaba un comino. Acababa de ser contratada como asistente personal de Alexander Reid, posiblemente el hombre más intimidante, exigente y, sí, condenadamente atractivo de todo Manhattan.

Con dedos temblorosos, sacó su teléfono del bolso y marcó el número que conocía mejor que el suyo propio. Mientras esperaba, tamborileó con sus uñas contra la funda del móvil, incapaz de contener la energía nerviosa que la invadía.

—¿Felicity? —La voz cálida y ligeramente preocupada de su madre sonó al otro lado de la línea—. ¿Cómo ha ido, cariño?

—¡Me han cogido, mamá! —exclamó, sin importarle las miradas

que recibía de los transeúntes—. ¡He conseguido el puesto!

El chillido de alegría que soltó Aurora Ashford fue tan fuerte que Felicity tuvo que apartar el teléfono de su oreja, riendo.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que lo conseguirías! —Las palabras vibraban de orgullo—. Nadie podría rechazar a mi brillante niña.

Felicity sintió un ligero calor expandiéndose por el pecho. Su madre siempre había sido su mayor fan, su apoyo incondicional desde que su padre las abandonara cuando ella apenas tenía cinco años.

Aurora Ashford había trabajado turnos dobles como enfermera para mantenerlas a flote, y nunca, ni una sola vez, había dejado que Felicity sintiera que sus sueños eran demasiado grandes.

—Gracias, mamá —respondió, parpadeando para contener las lágrimas que amenazaban con arruinar su cuidado maquillaje—. Aunque no estoy segura de si debo celebrar o entrar en pánico —bromeó.

—¿Por qué, cariño? ¿El salario no es bueno?

Felicity soltó una risa suave mientras comenzaba a caminar hacia la estación de metro más cercana.

—Sí, ya te dije que el salario es... —Hizo una pausa, aún asimilando la cifra que le habían mostrado en Recursos Humanos—, una jodida pasada.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó Aurora—. Entonces, ¿cuál es el problema?

Felicity suspiró, deteniéndose en un semáforo mientras una oleada de taxis amarillos pasaba frente a ella.

—Es mi jefe, mamá. Alexander Reid. Es... —buscó las palabras adecuadas—… exactamente como dicen los rumores. Intimidante, exigente, y perfeccionista hasta un nivel que roza lo patológico.

—Oh. —La voz de Aurora adoptó un tono comprensivo—. ¿Es el

tipo duro de Wall Street?

—Más bien el mismísimo diablo con un traje italiano de tres mil dólares —respondió Felicity, cruzando la calle—. Te juro que la temperatura de la oficina bajó diez grados cuando empezó a explicarme sus expectativas. Espera disponibilidad 24/7, cero errores, y básicamente quiere que sea una mezcla entre secretaria, guardaespaldas y bruja para que adivine sus necesidades antes de que él mismo las sepa.

Aurora chasqueó la lengua al otro lado de la línea.

—Suena a un hombre que necesita desesperadamente unas buenas vacaciones. O un hobby. O ambas cosas.

Felicity no pudo evitar reír ante la observación de su madre.

—No creo que Alexander Reid entienda el concepto de «vacaciones». Probablemente considera que dormir más de cuatro horas es un lujo innecesario.

—Bueno, cariño —comenzó Aurora. Su tono se volvió más serio, pero seguía cargado de protección maternal—, si alguien puede manejar a un jefe imposible, esa eres tú. Has superado cosas mucho peores que un hombre en traje caro que ladra órdenes.

Felicity sintió una oleada de amor ante su apoyo.

Su madre tenía razón.

Había sobrevivido a la ausencia de su padre, a la escasez económica, a trabajos agotadores mientras estudiaba, a relaciones que terminaron en desastre. Un jefe intimidante era solo otro obstáculo en el camino.

—Tienes razón —admitió, deteniéndose frente a la entrada del metro—. Además, solo necesito aguantar el periodo de prueba de dos meses. Si resulta insoportable, al menos tendré una línea impresionante en mi currículum y suficiente dinero ahorrado para buscar algo más... humano.

—¡Ese es el espíritu! —la animó Aurora—. Aunque algo me dice que estarás a la altura. Siempre lo has estado.

Felicity sonrió, sintiendo cómo los nervios comenzaban a transformarse en determinación. Estaba a punto de responder cuando recordó el otro «pequeño» detalle que necesitaba compartir con su madre.

—Ah, mamá... hay algo más que debería contarte. No lo hice ayer por no preocuparte —comenzó, mordiendo su labio inferior—. Pero me robaron la cartera en la estación de tren.

El silencio al otro lado de la línea fue breve pero cargado de preocupación.

—¿Estás bien? ¿Te hicieron daño? —le preguntó Aurora con alarma.

—Estoy perfectamente —se apresuró a asegurar Felicity—. Ni siquiera me di cuenta hasta que ya era tarde. Ya sabes cómo son los carteristas de habilidosos. Un segundo la tenía y al siguiente... puf.

Lo que no mencionó fue cómo ese robo la había llevado a tomar decisiones desesperadas; como colarse en un tren sin billete y, lo más surrealista de todo, besar a un completo desconocido para evitar ser descubierta. Un desconocido que como broma del destino había resultado ser Alexander Reid. Ese era un detalle que su madre definitivamente no necesitaba conocer.

—¡Por Dios, Felicity! —exclamó Aurora—. ¿Has denunciado? ¿Bloqueaste la tarjeta?

Felicity asintió, aunque su madre no podía verla.

—Sí, todo está bloqueado, y ayer por la tarde cuando llegué a Nueva York lo denuncié. Pero me dejó bastante tirada. Sin efectivo y con la cuenta del banco en números…

No necesitó terminar la frase. Aurora comprendió inmediatamente lo que había pasado.

—¿Cuánto necesitas, cariño? —preguntó sin dudar.

Felicity sintió una punzada de culpabilidad. Su madre apenas ganaba lo suficiente para pasar el mes entero. Lo último que quería era ser una carga financiera para ella.

—No, mamá, de verdad, no es necesario —protestó débilmente —. Acabo de conseguir un trabajo con un salario buenísimo. Solo tengo que aguantar hasta la primera nómina.

—Felicity Joanne Ashford —El tono de Aurora no admitía réplica —, ¿cuánto necesitas? Y no te atrevas a mentirme.

Felicity suspiró, reconociendo esa inflexión en su voz que indicaba que su madre no cedería.

—Necesito cubrir el alquiler de una habitación aquí en Nueva York. Con cuatrocientos dólares podría arreglármelas hasta que cobre el primer sueldo.

Escuchó a su madre teclear algo, probablemente accediendo a su banca online.

—Te acabo de hacer una transferencia de seiscientos —anunció Aurora con determinación—. Y no quiero oír ni una palabra de protesta. Considéralo un préstamo si te hace sentir mejor, o mi regalo de «enhorabuena por conseguir el trabajo de tus sueños con un jefe infernal».

—Pero, mamá, tú tampoco andas muy bien de dinero… —comenzó Felicity.

—He dicho que no quiero oír ni una palabra de protesta —la cortó Aurora, tajante.

Felicity sintió cómo las lágrimas amenazaban nuevamente sus ojos. Su madre siempre había sido así: generosa hasta el punto de la abnegación.

—Te lo devolveré con intereses —prometió, con la voz ligeramente emocionada—. En cuanto cobre el primer sueldo.

—Oh, cariño —dijo Aurora. Su voz se suavizó—, lo sé. Siempre cumples tus promesas. Es una de las muchas cosas que me hacen estar orgullosa de ti.

Felicity se apoyó contra la pared de la entrada del metro, sintiendo una mezcla de gratitud y determinación. No podía fallar ahora. Tenía demasiadas personas que creían en ella, empezando por la mujer que estaba al otro lado de la línea.

—Ahora —continuó Aurora, volviendo a su tono práctico—, ¿tienes alguna idea de dónde vas a vivir? Nueva York no es precisamente conocida por su mercado inmobiliario asequible.

Felicity soltó una risa breve mientras descendía las escaleras hacia el andén.

—Estaba pensando en buscar una habitación en un piso compartido, tal vez en Brooklyn o Queens. Con mi nuevo sueldo podré permitirme un piso para mí sola, pero por ahora necesito algo rápido y relativamente barato.

—Buena idea —aprobó Aurora—. Solo asegúrate de que tus compañeros no sean unos psicópatas. Ya sabes, lo básico.

Felicity no pudo evitar soltar una carcajada.

—Vaya, mamá, gracias por el consejo tan específico —respondió con un sarcasmo fingido—. Y yo que pensaba buscar activamente psicópatas con los que vivir.

La risa de Aurora resonó en el teléfono.

—Muy graciosa. Solo intento ser una madre preocupada. Es mi deber.

Felicity sonrió, sintiendo ese amor maternal que siempre había sido su red de seguridad.

—Lo sé, mamá. Y lo haces de maravilla.

El sonido de un tren aproximándose llenó el andén.

—Creo que va a cortarse la llamada —advirtió Felicity, alzando la

voz por encima del ruido—. Estoy a punto de subir al metro.

—De acuerdo, cariño —respondió Aurora rápidamente—. Buena suerte mañana con el *Señor Diablo*. Muéstrale de qué está hecha una chica con genes irlandeses.

—Lo haré —prometió Felicity—. Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, mi valiente. Llámame mañana y cuéntame cómo fue tu primer día.

La llamada se cortó justo cuando las puertas del metro se abrían frente a ella. Felicity guardó el teléfono y entró en el vagón abarrotado, encontrando un pequeño espacio para apoyarse contra una de las barras.

Mientras el tren se ponía en marcha, sacudiéndose rítmicamente sobre las vías, Felicity dejó que su mente divagara sobre los acontecimientos del día.

De todas las entrevistas a las que había acudido en las últimas semanas, jamás hubiera imaginado que sería esta (con el intimidante Alexander Reid) la que resultaría exitosa.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal al recordar sus penetrantes ojos azules, su mirada acerada, la forma en que la había estudiado como si pudiera ver cada uno de sus secretos.

Se ruborizó cuando pensó en que lo había besado. Sí, a su jefe. Lo había besado. ¡Besado!

«Solo fue un beso —se recordó, sintiendo cómo sus mejillas se calentaban con el recuerdo—. Un simple acto de desesperación que él probablemente ya ha olvidado.»

El problema era que ella no lo había olvidado.

Por alguna razón inexplicable, el recuerdo de ese breve contacto se negaba a desvanecerse. La suavidad inesperada de sus labios, la rigidez de su cuerpo por la sorpresa, el aroma masculino y caro que la había envuelto momentáneamente.

«Céntrate, Felicity», se ordenó.

Tenía poco más de doce horas para prepararse para su primer día. Necesitaba encontrar alojamiento (y rápido, a ser posible), comprar algunas cosas básicas, y mentalizarse para lo que se avecinaba. No sería fácil, pero su madre tenía razón: había superado cosas peores.

El metro se detuvo en una estación y Felicity miró distraídamente por la ventana, observando a la gente que subía y bajaba.

Tantas vidas, tantas historias, todas entrelazándose brevemente en aquella ciudad inmensa e indiferente. Solo unos días atrás, ella era solo otra aspirante desesperada buscando una oportunidad. Ahora era la futura asistente personal de uno de los hombres más poderosos de Nueva York.

Y, por alguna extraña broma del destino, también era la mujer que lo había besado sin permiso en un tren.

La vida a veces tenía un sentido del humor retorcido. Muy retorcido.

Con un suspiro, Felicity sacó su teléfono nuevamente y abrió una aplicación de búsqueda de pisos. Era hora de encontrar un lugar donde vivir en aquella ciudad descomunal, preferiblemente uno desde el que pudiera llegar rápidamente a la Torre Reid a las inhumanas 7:00 de mañana.

Mientras desplazaba hacia arriba anuncios de distintas habitaciones en pisos compartidos, no pudo evitar una pequeña sonrisa. Pese a todos los obstáculos, pese a Alexander Reid y sus exigencias imposibles, pese a estar prácticamente sin blanca en una de las ciudades más caras del mundo... se sentía extrañamente optimista.

«A la altura del desafío», como diría mi madre.

El metro continuó su marcha hacia Brooklyn, donde estaba el

hostal en el que se había alojado Felicity, llevándola no solo a través de la ciudad, sino hacia un futuro que, de alguna manera, estaba intrínsecamente ligado a un par de ojos azules imposiblemente intensos y a un beso robado que nunca debió haber sucedido.

CAPÍTULO 10

El viento de octubre jugaba con los carteles y anuncios que decoraban las farolas de Brooklyn, haciendo que se agitaran como pequeñas banderas.

Felicity avanzaba con paso cansado, llevando los zapatos de tacón en la mano y caminando en medias. Una imagen que hubiera horrorizado a cualquier neoyorquino, pero después de cinco visitas a potenciales pisos compartidos, su sentido de supervivencia había cedido ante el dolor punzante de sus pies.

Cinco visitas, cinco desastres.

Desde el apartamento con olor a humedad y un compañero de piso que coleccionaba muñecos de porcelana, hasta el lugar aparentemente decente que resultó tener un baño compartido con otros tres apartamentos en el pasillo. Por no hablar del estudio convertido en dos habitaciones mediante una cortina de ducha colgada del techo.

—¿Es que todo el mundo en esta ciudad está loco o desesperado? ¿En qué cojones está pensando la gente? —murmuró para sí misma, deteniéndose frente a un pequeño café para revisar su teléfono.

La aplicación para buscar piso le mostraba otras tres opciones en su rango de precio, pero todas quedaban tan lejos de la Torre Reid que tendría que despertarse prácticamente a la hora en que se

acostara para llegar puntual.

«Maldita sea».

Con un suspiro de frustración, Felicity levantó la mirada justo cuando una ráfaga de viento más fuerte arrancó uno de los anuncios de la farola frente a ella.

El papel voló directamente hacia su cara, adhiriéndose a su mejilla como si fuera un mensaje personal del universo.

—¡Joder! —exclamó Felicity, arrancándose el papel del rostro con mala leche.

Estaba a punto de arrugarlo y tirarlo a la papelera cuando algo llamó su atención.

Una dirección.

En Williamsburg.

A solo dos paradas de metro de Manhattan.

«Se busca compañer@ de piso con urgencia.

Amplio loft renovado, habitación privada con baño propio. 600$/mes todo incluido. No fumadores, amantes de los gatos preferiblemente. Artistas, creativos y almas nocturnas serán bienvenidos.»

Felicity no pudo evitar sonreír cuando leyó la última frase.

La dirección correspondía a una zona de Williamsburg que reconoció como una de esas áreas en plena transformación: con suficiente gente como para ser segura, pero no tanto como para ser prohibitivamente cara. Y 600 dólares por una habitación con baño propio en esa ubicación era prácticamente un milagro en Nueva York.

Obviamente, tenía que haber un truco. O el lugar era del

tamaño de un armario, o el compañero de piso era un asesino en serie, o ambas cosas.

Pero a esas alturas, ¿qué tenía que perder?

Marcó el número que aparecía en el anuncio, preparándose para otra decepción.

—¿Diga? —respondió una voz masculina melodiosa y ligeramente cantarina después del tercer tono.

—Hola, estoy llamando por el anuncio del loft compartido en Williamsburg —respondió Felicity, intentando que su voz sonara profesional a pesar del cansancio—. ¿Sigue disponible?

—¡Cariño, es como si el universo te hubiera enviado! —exclamó la voz con un entusiasmo que desconcertó a Felicity—. Justo acabo de poner el anuncio hace dos horas. ¿Puedes venir a verlo ahora? Tengo café, vino o té, dependiendo de qué tipo de día estés teniendo.

Felicity parpadeó, sorprendida por la efusividad del desconocido.

¿Y si realmente era un psicópata? ¿O un asesino en serie? Fuera lo que fuera, tenía que arriesgarse.

—Ummm, claro, podría ir ahora —respondió, calculando mentalmente cuánto tardaría en llegar—. ¿En media hora te parece bien?

—¡Perfecto! Tendré todo listo. Pregunta por Azriel en el interfono. Cuarto piso.

—¿Azriel? —repitió Felicity, asegurándose de haber escuchado correctamente.

—Sí, como el ángel de la muerte. Pero te prometo que soy mucho más divertido y menos letal —respondió con una risa ligera —. ¿Y tú eres...?

—Felicity. Felicity Ashford.

—¡Qué nombre tan cinematográfico! Ya me caes bien, Felicity

Ashford. Te espero en treinta minutos. ¡No llegues tarde o le daré tu habitación al siguiente desesperado que llame!

Y con eso, colgó, dejando a Felicity mirando su teléfono con el ceño fruncido y una mezcla de confusión y curiosidad.

O acababa de hablar con el compañero de piso más excéntrico de Nueva York, o aquello era algún tipo de elaborada estafa. En cualquier caso, merecía la pena investigarlo.

Volvió a ponerse los zapatos con un quejido y emprendió de nuevo su camino, esa vez con un destino claro en mente.

CAPÍTULO 11

El edificio era exactamente lo que cabría esperar de un antiguo almacén reconvertido en apartamentos: ladrillo rojo expuesto, grandes ventanales industriales, y ese aire de decadencia elegante que tanto adoraban los jóvenes urbanitas.

El portal estaba limpio y el sistema de seguridad parecía funcionar, lo cual ya suponía una gran mejora respecto a varios de los lugares que había visitado ese día.

Felicity pulsó el botón del interfono junto al nombre «A. Fontaine» escrito en una etiqueta decorada con pequeños dibujos que parecían estrellas o copos de nieve.

—¿Quién osa perturbar mi santuario? —retumbó una voz teatral a través del aparato.

—Ummm, soy Felicity. ¿Azriel?

—¡La chica del nombre cinematográfico! Sube, sube. Cuarto piso, puerta con la corona de flores tropicales. No tiene pérdida.

La puerta emitió un zumbido y se desbloqueó.

Felicity entró en un pequeño vestíbulo con suelo de baldosas en blanco y negro, y se dirigió hacia el ascensor. Una pieza vintage que parecía sacada de una película de los años veinte, con una reja metálica que debía cerrarse manualmente.

—Bueno, al menos es pintoresco —susurró, mientras el ascensor subía con un traqueteo que no inspiraba demasiada confianza.

Cuando llegó al cuarto piso, no tuvo ninguna dificultad para identificar la puerta correcta. Tal como había dicho Azriel, una exuberante corona de flores artificiales en tonos turquesa, fucsia y dorado colgaba sobre una puerta pintada de un azul intenso. El contraste con las otras puertas del pasillo, todas de un sobrio marrón, no podía ser más evidente.

Antes de que pudiera llamar, la puerta se abrió de golpe, revelando a uno de los hombres más llamativos que Felicity había visto en su vida.

Alto, delgado, pero con hombros sorprendentemente anchos, y la piel del color del caramelo. Su pelo, un remolino de mechones disparados teñidos de un azul eléctrico, formaba una especie de halo alrededor de su rostro angular. Vestía lo que parecía ser una camisa de seda estampada con pavos reales sobre unos pantalones de cuero negro, y al menos tres collares de diferentes longitudes adornaban su cuello.

—¡Llegaste! —exclamó, como si Felicity fuera una amiga a la que no veía desde hacía años en lugar de una completa desconocida —. Y eres absolutamente adorable. Y preciosa. Ven, entra, entra. Acabo de hacer café, pero también tengo prosecco, un vino blanco italiano, enfriando, si prefieres algo más festivo.

Antes de que pudiera responder, Azriel la tomó del brazo y la condujo al interior del apartamento.

Felicity apenas tuvo tiempo de registrar la magnitud del espacio antes de que un sonoro maullido atrajera su atención hacia abajo.

Un enorme gato negro, tan brillante que parecía haber sido pulido, se frotaba contra sus tobillos con insistencia.

—Oh, y este es Gatsby —presentó Azriel, inclinándose para acariciar al felino—. El verdadero dueño del lugar. Yo solo pago las

facturas.

Felicity sonrió.

—Hola, Gatsby —saludó, agachándose para ofrecer sus dedos al gato, que los olfateó con interés antes de permitirle una caricia tentativa—. Es precioso.

—Y lo sabe —respondió Azriel con una sonrisa afectuosa—. Es tan vanidoso como yo, pero con mejor pelo. Ahora, ¿quieres el tour antes o después del café?

—Antes, por favor —respondió Felicity, aún un poco abrumada por la energía de Azriel, pero encontrándola extrañamente contagiosa.

—¡Excelente elección! Sígueme.

Finalmente pudo apreciar el apartamento en su totalidad, y era, en una palabra, espectacular.

Un amplio espacio abierto con techos de al menos tres metros de altura, vigas expuestas, y ventanales que ocupaban casi toda la pared exterior, ofreciendo una vista impresionante del puente de Williamsburg y el skyline de Manhattan más allá.

El área principal combinaba sala de estar y cocina. La decoración era una mezcla ecléctica pero sorprendentemente armoniosa: piezas vintage junto a muebles modernos, colores vibrantes contra fondos neutros, y toques de dorado y latón que captaban la luz del atardecer que se filtraba por las ventanas.

—Este es el espacio común —explicó Azriel con un amplio gesto —. Cocina completamente equipada, incluyendo una máquina de Espresso que costó más que mi primer coche. Siéntete libre de usarla, solo te pido que la limpies después. No soy un maniático con la limpieza, pero tengo mis pequeños rituales.

Continuaron el recorrido pasando por un comedor con una mesa de madera maciza rodeada de sillas aparentemente no relacionadas entre sí, pero que de alguna manera funcionaban en conjunto.

—Mi dormitorio y mi estudio están ahí —señaló con la mano hacia una puerta corredera de cristal opaco—. Zona prohibida excepto en caso de incendio, invasión alienígena o si encuentro una araña que necesito que elimines. Tengo una relación complicada con los arácnidos.

Felicity no pudo evitar sonreír ante el comentario. ¡Santa Madre! ¡Aquel tío estaba loco, pero le encantaba!

—Y por aquí —continuó Azriel, guiándola hacia el otro extremo del loft—, está lo que podría ser tu pequeño reino.

Abrió una puerta que daba a un dormitorio sorprendentemente amplio con otra de esas maravillosas ventanas industriales. La habitación estaba amueblada de forma simple pero elegante: una cama XL con un cabecero tapizado en terciopelo verde oscuro, una cómoda vintage de madera clara, y un pequeño escritorio junto a la ventana.

—El baño está aquí —señaló una puerta en la esquina—. Completo, con bañera y ducha. El anterior inquilino instaló ese toallero térmico, lo cual es un lujo absoluto en invierno, créeme.

Felicity entró en el baño, que efectivamente tenía tanto bañera como ducha independiente, y estaba revestido con azulejos blancos y detalles en negro. Simple, clásico y en perfecto estado.

—Es... increíble —admitió, regresando a la habitación—. Todo el lugar es increíble. ¿Puedo preguntar por qué solo pides 600 dólares? En esta ubicación, con estas características, podría costar fácilmente el doble.

Azriel se apoyó contra el marco de la puerta con una expresión que mezclaba diversión e interés.

—Directa y perspicaz. Me gustas cada vez más, Felicity Ashford —declaró—. La respuesta es simple: soy el propietario. Compré este lugar hace años cuando el barrio aún era considerado «peligroso» y los precios eran ridículamente bajos. No necesito el dinero del alquiler para sobrevivir, pero disfruto de la compañía. La soledad y

yo no somos buenos amigos. Como las arañas.

Hizo una pausa, contemplando a Felicity con ojos entornados, como evaluándola.

—Además, prefiero elegir a mis compañeros de piso basándome en las vibraciones que emiten, no en su capacidad para pagar precios desorbitados. Nueva York ya es suficientemente cruel sin que yo contribuya a la locura inmobiliaria.

Felicity asintió, sorprendida por la franqueza y la filosofía detrás de su explicación.

—¿Y qué tipo de vibraciones estás buscando exactamente? —preguntó, mitad en broma, mitad en serio.

Azriel sonrió. Una sonrisa cálida que transformó su rostro de guapo a absolutamente deslumbrante.

—Del tipo que no grita a las tres de la mañana, que no coge mi comida sin preguntar, dejándome sin nada para la cena, y que no trae a extraños potencialmente peligrosos a casa —enumeró con los dedos—. Básicamente, alguien con sentido común y la capacidad de vivir como un adulto. Los estándares han bajado considerablemente después del último inquilino, te lo aseguro.

Mientras hablaba, Gatsby entró majestuosamente en la habitación y, para sorpresa de Felicity, saltó directamente a la cama y comenzó a ronronear mientras se acomodaba sobre el edredón.

—Vaya —comentó Azriel, visiblemente sorprendido—. Eso es nuevo. Gatsby generalmente necesita semanas para aceptar a los extraños en su territorio.

El gato, como si entendiera que estaban hablando de él, estiró una pata hacia Felicity en un gesto casi de invitación. Ella se acercó cautelosamente y se sentó en el borde de la cama. Inmediatamente, Gatsby se movió para frotar su cabeza contra su mano, ronroneando aún más fuerte.

—Increíble —murmuró Azriel, observando la escena con las

cejas alzadas—. Le caes bien a mi gato. Eso prácticamente sella el trato, ¿sabes? Gatsby tiene un sexto sentido para detectar a la buena gente. Nunca se equivoca.

Felicity sonrió, acariciando detrás de las orejas al felino, que parecía estar en éxtasis.

—¿Entonces el gato tiene voto en la decisión? —bromeó.

—El gato tiene voto absoluto —confirmó Azriel con total seriedad, aunque sus ojos brillaban con humor—. La última chica que vino a ver el apartamento intentó cargarlo como si fuera un bebé. Gatsby lo odia. Desapareció durante tres días y tuve que dormir con un ojo abierto temiendo su venganza.

Felicity no pudo contener una carcajada ante la imagen.

—Prometo respetar su espacio personal —aseguró, mientras Gatsby se acomodaba en su regazo como si hubiera encontrado su nuevo lugar favorito en el mundo.

—Bueno, parece que contigo hace una excepción —observó Azriel—. Lo cual es una señal excelente. ¿Qué te parece si discutimos los detalles prácticos con ese café que mencioné? ¿O prefieres el prosecco? La ocasión parece merecerlo.

—El café está perfecto —respondió Felicity, sintiendo cómo el cansancio de todo el día comenzaba a hacer mella—. Ha sido una jornada muy larga.

—Café será entonces. Sígueme cuando estés lista. Gatsby entenderá si necesitas levantarte.

Azriel desapareció hacia la cocina, dejándola sola con el gato, que parecía haberse quedado dormido en su regazo. Con cuidado para no molestarlo demasiado, Felicity lo movió suavemente a un lado y se levantó.

Echó un último vistazo a la habitación, apenas creyendo su suerte.

El piso era precioso, la ubicación perfecta, el precio increíble, y el futuro compañero de piso, aunque excéntrico (y un poco zumbado, pero para bien), parecía amable. Después de un día de decepciones, era casi demasiado bueno para ser verdad.

Cuando regresó a la zona común, encontró a Azriel preparando café en una máquina que efectivamente parecía suficientemente sofisticada como para lanzar un cohete a la luna.

—Siéntate, siéntate —indicó, señalando los taburetes junto a la isla de la cocina—. Estoy haciendo mi especialidad: un *flat white*; doble espresso con leche caliente, y un toque de cardamomo. A menos que prefieras algo diferente.

—Suena perfecto —aseguró Felicity, tomando asiento y observando con fascinación cómo Azriel manipulaba la cafetera con la gracia y precisión de un bailarín.

—Entonces, Felicity Ashford de nombre cinematográfico —comenzó, mientras la máquina siseaba y burbujeaba—, cuéntame algo sobre ti. ¿Qué te trae a este rincón de Brooklyn buscando desesperadamente un lugar para vivir?

Felicity consideró por un momento cuánta información compartir. Normalmente era cautelosa con los desconocidos (menos a los que besaba en trenes), pero había algo en Azriel que inspiraba confianza.

—Acabo de conseguir un trabajo nuevo —explicó—. Asistente personal del director en una empresa en Manhattan. Empiezo mañana, de hecho, y necesitaba encontrar un lugar cerca para poder llegar temprano.

—¿Asistente Personal? —Azriel arqueó una ceja mientras servía el café en dos tazas elegantes—. Suena intrigante. ¿De quién, si puedo preguntar? ¿Alguna celebridad? ¿Un político? ¿Un excéntrico millonario con tendencias dictatoriales?

Su tono era ligero, pero Felicity casi se atragantó con su primer sorbo de café (que, por cierto, era extraordinario). Había dado en el

clavo.

—Lo último —respondió después de recuperarse—. Alexander Reid.

Los ojos de Azriel se abrieron como platos, y por primera vez desde que lo conocía, pareció quedarse momentáneamente sin palabras.

—¿Alexander Reid? —repitió finalmente—. ¿El Alexander Reid de Nueva York? ¿El magnate empresarial con cara de modelo y reputación de hacer llorar a ejecutivos experimentados antes del desayuno?

Felicity asintió, sorprendida por su reacción. Al parecer, Alexander Reid era legendario en la ciudad.

—¿Estás segura de que quieres trabajar para él? El tío está buenísimo, pero tiene un carácter de los mil demonios —comentó Azriel.

—¿Lo conoces? —preguntó Felicity.

—Cariño, estoy en la industria de la moda. Todo el mundo conoce a Alexander Reid —explicó Azriel, reclinándose contra la encimera—. Su empresa es colaboradora de al menos dos revistas importantes y varios portales de e-commerce de lujo. Es prácticamente imposible existir en mi mundo sin cruzarse con el imperio Reid en algún momento. A parte de que todos los diseñadores mataríamos por tenerlo de modelo. Es un jodido bombón, a pesar de su mala leche.

Hizo una pausa, estudiando a Felicity con interés.

—Debes de ser bastante impresionante si has conseguido ese puesto. La competencia debe haber sido feroz.

Felicity sintió un calor subir a sus mejillas, en parte por el elogio y en parte por el recuerdo de cómo había «impresionado» inicialmente a Alexander Reid con un beso no solicitado en un tren.

—Tuve suerte, supongo —respondió vagamente—. Estaba en el lugar correcto en el momento adecuado.

—La suerte favorece a los preparados, como dice el cliché —sonrió Azriel—. En cualquier caso, es una coincidencia maravillosa. No solo mi apartamento está a veinte minutos de la Torre Reid, sino que conozco lo suficiente sobre tu nuevo jefe como para ofrecerte algunos consejos de supervivencia.

Felicity se inclinó hacia adelante, súbitamente interesada.

—¿Qué tipo de consejos?

—Del tipo que no encontrarás en ningún manual de empleado —respondió Azriel con un guiño—. Como que nunca, bajo ninguna circunstancia, debes llevarle café de la famosa cadena de la sirena. Según parece, es un esnob del café egipcio y solo bebe cierta marca turca con el logotipo oscuro que cuesta más que un riñón en el mercado negro.

Felicity no pudo evitar reír. Era exactamente el tipo de información que podría resultar invaluable. Por lo menos para no ser despedida.

—Eso es bueno saberlo —admitió—. ¿Algún otro consejo?

—Muchos, pero tendremos tiempo para eso —respondió Azriel con un gesto despreocupado—. Ahora, volvamos a lo importante: ¿cuándo puedes mudarte? Porque si empiezas mañana, asumo que la urgencia es real.

Felicity se mordió el labio inferior, de repente consciente de lo desesperada que debía parecer.

—Para ser completamente honesta... ¿hoy? —respondió, casi como una pregunta—. Tengo una habitación de hotel reservada para esta noche. Bueno, en realidad es un hostal, pero es tan cara que prácticamente puedo escuchar a mi cuenta bancaria llorar cada minuto que paso allí.

Para su sorpresa, Azriel aplaudió con entusiasmo.

—¡Perfecto! Me encantan las decisiones espontáneas. La habitación está lista, solo necesitas tus cosas. —Hizo una pausa, frunciendo ligeramente el ceño—. ¿Tienes muchas cosas?

—Apenas lo esencial para unos pocos días, después traeré lo que tengo en Pittsburg, aunque tampoco es mucho —dijo Felicity—. Además, me robaron la cartera ayer con el poco dinero que tenía. Estoy prácticamente empezando de cero.

En lugar de mostrar lástima o preocupación, Azriel parecía encantado.

—¡Una historia con drama y superación! Cada vez me gustas más, Felicity Ashford. El universo claramente está orquestando todo esto.

—El anunció que has puesto se ha despegado de la farola y me ha dado en toda la cara —dijo Felicity.

—¿En serio?

—Sí.

—Lo que te digo, el universo está conspirando a nuestro favor.

Azriel se acercó al refrigerador y sacó la botella de prosecco.

—Creo que esto merece una pequeña celebración, después de todo. Una copa pequeña para brindar por los nuevos comienzos, los compañeros de piso y los gatos con buen juicio.

Mientras Azriel servía el espumoso vino en dos copas de cristal, Felicity sintió una oleada de agradecimiento y algo parecido a esperanza. Después de un día (en realidad, varios días) de contratiempos continuos, finalmente algo parecía salir bien.

—Por los encuentros fortuitos —propuso Azriel, levantando su copa.

—Y por los anuncios que vuelan directamente a tu cara —añadió Felicity, haciendo chocar suavemente su copa contra la de él.

Ambos rieron, y en ese momento, con Gatsby haciendo acto de

presencia silenciosamente para frotarse contra sus tobillos una vez más, Felicity tuvo la extraña pero reconfortante sensación de que acababa de encontrar no solo un lugar para vivir, sino también su primer amigo en aquella ciudad intimidante y maravillosa.

Y mientras la luz dorada del atardecer bañaba el loft, transformando el espacio en algo casi mágico, Felicity pensó que tal vez las cosas estaban empezando a encajar en su lugar.

Mañana enfrentaría a Alexander Reid y comenzaría una nueva vida profesional, pero por ahora, ese momento de conexión inesperada con Azriel era exactamente lo que necesitaba.

—Entonces, ¿te quedas? —preguntó él, extendiendo su mano libre hacia ella.

—Me quedo —confirmó Felicity, estrechándola.

Ambos sonreían.

Gatsby maulló ruidosamente, como dando su aprobación final al acuerdo.

CAPÍTULO 12

Más tarde esa noche, después de que Felicity recogiera sus escasas pertenencias del hostal y se instalara en su nueva habitación, se encontró de nuevo en la cocina con Azriel.

Compartían un plato de pasta sencillo pero delicioso que él había preparado («La carbonara es mi comida reconfortante de emergencia», explicó mientras cascaba huevos con destreza sobre la pasta caliente), y Gatsby estaba sentado majestuosamente en un taburete cercano, lanzando de vez en cuando miradas críticas sobre sus hábitos alimenticios.

—Entonces —dijo Felicity, haciendo girar la pasta en su tenedor —, ¿mencionaste que tenías consejos de supervivencia para trabajar con Alexander Reid?

Los ojos de Azriel se iluminaron mientras llenaba las copas de vino.

—Ay, cariño, abróchate el cinturón. Este va a ser tu curso intensivo de REIDología.

A Felicity le hizo gracia el juego de palabras.

Azriel dejó la botella en la mesa y se inclinó hacia delante con aire conspirador.

—Primera y más sagrada regla: el horario de este hombre se considera un texto religioso. Si tiene una reunión a las 9:03, ni a las

9:00, ni a las 9:05, empieza exactamente a las 9:03. Se rumorea que una vez despidió a un ejecutivo por llegar cinco minutos tarde a una revisión trimestral de gastos.

—Estás bromeando —dijo Felicity, sintiendo una punzada de ansiedad.

—Ojalá estuviera bromeando —respondió Azriel, tomando un sorbo de vino—. Un amigo mío trabaja en relaciones públicas para Vogue, y al parecer Reid llegó puntual a una sesión de fotos, mientras que Anna Wintour llegó quince minutos tarde. Esperó exactamente cinco minutos y se fue. Anna tuvo que reprogramar la sesión según *su* disponibilidad.

Felicity casi se atraganta con la pasta.

—¿Dejó plantada a Anna Wintour?

—Sí. El mundo de la moda prácticamente sufrió un aneurisma colectivo. —Los ojos de Azriel brillaron con la alegría de compartir buenos chismes—. Lo que me lleva al consejo número dos: ese hombre no tiene paciencia para lo que él llama «cortesías sociales». Nada de charlas triviales, nada de preguntarle por su fin de semana, y definitivamente nada de halagarle la corbata a menos que quieras una mirada tan fría que congele el rio Hudson —enumeró con sus dedos, impecablemente cuidados.

—Tercer consejo: el café. Alexander Reid importa sus granos de Turquía, donde se hace el mejor café egipcio. Los tuestan monjes en Italia, o algo igual de pretencioso. Hay una cafetería especial en el SoHo que lo vende, te mando la dirección por mensaje. El café debe estar a 23 grados, servido en una taza de porcelana, sin papel ni plástico. Se lo toma sin azúcar, aunque de vez en cuando le echa un chorrito de leche entera; nunca leche semidesnatada, nunca leche desnatada, y Dios no quiera que le sugieras leche de avena.

Felicity no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Venga ya, eso tiene que ser un bulo —dijo.

—¿Un bulo?

—Sí, como el de los famosos en los hoteles, que si Jennifer López exige que toda la decoración de la habitación sea de color blanco, que si Shakira solicita 30 botellas de agua sin gas, 29 bebidas gaseosas, leche desnatada y muchas pajitas, o que Madonna pide que rompan el wáter que usó en su habitación. Todo el mundo lo hemos oído, pero es mentira. Son solo leyendas.

Azriel la miró por debajo de la línea de pestañas.

—¿En serio crees que esas cosas son solo una leyenda?

—Sí.

—Qué ingenua eres mi querida Felicity. En esas leyendas hay más verdad que en la Biblia.

—Joder, entonces necesito tomar notas —masculló Felicity, catalogando mentalmente las peculiaridades de Alexander Reid.

—Pues apenas estoy empezando —sonrió Azriel—. Número cuatro: ese hombre tiene memoria fotográfica, sobre todo para los errores. Nunca, y quiero decir nunca, cometas el mismo error dos veces. La primera vez, te mirará como si lo hubieras decepcionado no solo a él, sino a todos tus antepasados. ¿La segunda vez? Mejor que recojas todas tus pertenencias de tu escritorio.

Felicity sonrió, fue inevitable. Le entusiasmaba la manera que tenía Azriel de contar las cosas. Aquel tío era todo un descubrimiento.

Él hizo una pausa y volvió a llenar los platos.

—Número cinco: a pesar de toda la evidencia que hay en su contra, el tío es humano. Dicen que dona cantidades ingentes de dinero a hospitales infantiles de forma anónima. Paga el seguro médico de todo su personal con sus cuentas personales, no con las de la empresa. Y una vez suspendió una reunión de la junta directiva

porque el hijo de uno de sus consejeros delegados tuvo un accidente de coche y lo llevó personalmente al hospital».

Felicity parpadeó sorprendida.

—Eso... no encaja con la imagen del *señor Limón Amargo*.

Azriel detuvo el tenedor en mitad de camino hacia la boca.

—¿Señor Limón Amargo? —repitió.

—Sí, es así como le llamo —respondió Felicity.

Azriel se llevó la mano a la boca y comenzó a reír.

—Eres buena, Ashford —dijo—. Es casi mejor que el CEO de corazón de hielo.

Felicity sonrió.

—Bueno, como estaba diciendo —continuó Azriel—. Alexander Reid cultiva con esmero su reputación de tirano empresarial despiadado, y que conste que lo es —matizó—, pero hay grietas en su armadura si sabes dónde buscar.

Se recostó, removiendo el vino de su copa, pensativo.

—Siguiente consejo —lo animó Felicity.

—Número seis: sus trajes están hechos a medida por Brioni o Tom Ford, nada más y nada menos. Si alguna vez ocurre algo con su traje y necesitas ayuda urgente, y sí, parece que puede darse el caso, solo esos dos te sacarán del apuro —aseveró Azriel—. Sus camisas también están hechas a medida, siempre con sus iniciales bordadas en el puño izquierdo, pero nunca visibles para los demás. Es como un club secreto que solo él conoce.

—¿Cómo coño sabes todo esto? —preguntó Felicity, asombrada por el nivel de detalle de Azriel. Se llevó el tenedor a la boca lleno de pasta.

Él se encogió de hombros con elegancia.

—Diseñé una colección para una campaña publicitaria en la que

salía él. Es un hombre meticuloso. Revisó personalmente cada boceto, muestra de tela y plan de producción. Hizo preguntas que ningún presidente de una empresa debería saber hacer. Fue aterrador e impresionante —respondió.

Azriel tomó otro sorbo de vino antes de continuar.

—Consejo número siete: nunca le mientas. Jamás. Pero jamás de los jamases. Tiene una especie de detector de mentiras incorporado en su cerebro. Si cometes un error, admítelo de inmediato. Si no sabes algo, dilo en lugar de adivinarlo. Respeta la honestidad por encima de casi todo».

—Eso sí que ayuda —admitió Felicity—. ¿Y qué hay de su vida personal? ¿Tiene familia? ¿Novia?... ¿Novio?

Azriel arqueó las cejas en un gesto pícaro.

—¿Ya te interesa?

Felicity sintió que se le encendían las mejillas.

—Solo para fines profesionales —dijo, tratando de sonar despreocupada—. Debería saber si necesito comprar regalos de cumpleaños, flores de aniversario o lo que sea.

—Mmmm —tarareó Azriel con escepticismo—. Bueno, la vida privada de Alexander Reid es más reservada de lo que en su día lo fue la cárcel de Alcatraz. Nunca se ha casado. No se le conoce ninguna relación seria en los últimos años, aunque de vez en cuando se deja ver en algún que otro evento con modelos despampanantes que parecen no durarle más de una aparición pública.

Se acarició la barbilla con expresión reflexiva, tratando de hacer memoria sobre más datos de él.

—Sus padres fallecieron. Su padre fundó la empresa y Alexander tomó las riendas a los veinte años tras una tragedia familiar. Era hijo único. Ah, y tiene un ático en Upper East Side, otro en Londres y una especie de complejo en Berkshires, una región montañosa entre Massachusetts y Connecticut, donde desaparece

cuando necesita pensar.

—¿Cómo es que todo esto no está en Wikipedia? —se maravilló Felicity.

—Porque es implacable con su privacidad. Cualquiera que filtre información personal queda enterrado; legalmente, quiero decir, aunque tampoco me extrañaría que lo hiciera de otra manera. —Azriel le guiñó un ojo y Felicity se echó a reír—. Lo que me lleva al consejo número ocho: cualquier cosa que descubras sobre él en tu puesto de trabajo se trata con absoluta confidencialidad. Ese hombre valora la lealtad por encima de todo. Si le traicionas, estás muerto, y no sé si solo legalmente —bromeó.

Felicity asintió solemnemente, pensando en las extrañas circunstancias de su primer encuentro.

Sino hubiera sido porque necesitaba una asistente personal con urgencia y ella tenía un buen currículum, la hubiera echado tan rápido de su despacho que la cabeza le seguiría dando vueltas… todavía.

—Consejo número nueve —continuó Azriel, que ya había cogido el ritmo—. Reid entrena todas las mañanas a las 5:30. Tiene un gimnasio privado en la Torre. Esto significa que suele estar en la oficina a las 7:00. Deberías intentar llegar al menos quince minutos antes que él, y tener la agenda del día impresa. Sí, le gusta una copia física a pesar de ser un magnate tecnológico, y un preciado café egipcio esperando.

—¿Entrena a las 5:30 de la mañana? —se quejó Felicity—. Genial —dijo con ironía.

—Y, por último, el consejo número diez: no tiene paciencia para los líos ni los dramas de oficina. Espera que todos a su alrededor estén tan centrados y sean tan eficientes como él. Nada de chismes, ni corrillos, ni traer problemas personales al trabajo. Para Alexander Reid la oficina es un templo dedicado a la productividad, y él es el sumo sacerdote.

Felicity dio un gran trago de su vino.

—Así que, básicamente, necesito ser perfecta, eficiente, bruja y posiblemente no humana para sobrevivir trabajando para él —comentó en tono divertido, aunque había un trasfondo de seriedad en sus palabras.

Azriel rio, extendiendo la mano para acariciarle la suya.

—Vas a hacerlo bien. Solo recuerda que debajo de todo ese hielo y perfeccionismo hay alguien que construyó un imperio porque le apasiona lo que hace. Combina esa pasión con competencia y resiliencia, y podrías convertirte en la asistente que dome a la bestia. O al Diablo, puedes llamarle como quieras.

Felicitó esbozó una leve sonrisa.

—La verdad es que no busco domar a nadie —protestó—. Solo necesito sobrevivir lo suficiente para pagar las facturas, vivir decentemente y ayudar a mi madre con los gastos.

—Claro, cariño —dijo Azriel con una sonrisa cómplice que Felicity agradeció. ¡Qué bien le caía ese tío!—. Pero te advierto: hay una razón por la que sus asistentes renuncian a la semana o se quedan años. Con Alexander Reid no hay término medio.

Gatsby eligió aquel momento para saltar al regazo de Felicity, ronroneando mientras se acomodaba.

—¿Ves? —Azriel señaló al gato—. Gatsby te ve con buenos ojos. Y tiene un excelente criterio. Si cree que puedes con Reid, ¿quiénes somos nosotros para discutirlo? —dijo.

Felicity le rascó detrás de las orejas al gato, reconfortándose con su cálido peso sobre las piernas.

—Ojalá Gatsby tenga razón —murmuró—. Porque mañana va a ser un primer día de locos.

CAPÍTULO 13

El despertador de Felicity sonó a las 5:30 de la mañana. Un horario tan inhumano que durante unos cuantos segundos se quedó mirando los números fluorescentes del reloj, llena de confusión, sin saber muy bien ni dónde estaba. ¿Quién en su sano juicio se levantaba a esa hora?

Alguien que trabajaba para Alexander Reid.

La noche anterior, después de la iluminadora y divertida sesión de «consejos para sobrevivir a Alexander Reid» que había tenido con Azriel, había programado no una, sino tres alarmas escalonadas, dos en el móvil y una en el despertador. El universo no iba a permitir que llegara tarde su primer día.

—Este sufrimiento es temporal —murmuró para sí misma mientras se arrastraba fuera de la cama, donde Gatsby se había instalado cómodamente durante la noche—. Solo hasta que te acostumbres a la rutina. El cuerpo es sabio y se terminará habituando —se animó.

Incluso el gato parecía mirarla con compasión mientras se dirigía a la ducha, tropezando con algo en la semipenumbra de la habitación.

Setenta minutos después, Felicity emergía del metro en Manhattan, impecablemente vestida con un traje sastre negro, bajo un abrigo ligero de paño.

Su rebelde pelo estaba domado en una coleta, y se había aplicado el maquillaje específicamente para disimular tanto el cansancio como los nervios.

En una mano sostenía un café (su segundo de la mañana).

La Torre Reid se alzaba frente a ella, imponente contra el cielo que apenas comenzaba a aclararse. Un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura matutina recorrió su espina dorsal.

«Puedes hacerlo —se dijo, enderezando los hombros—. Es solo un hombre. Un hombre extraordinariamente exigente, intimidante, y que casualmente conoce el sabor de tus labios, pero un hombre, al fin y al cabo.»

El pensamiento, lejos de reconfortarla, casi la hizo atragantarse con su propio café.

El vestíbulo estaba relativamente tranquilo a esa hora, con solo unos pocos madrugadores como ella dirigiéndose a sus respectivas oficinas. El guardia de seguridad la detuvo en el punto de control.

—Identificación, por favor —solicitó, con la eficiencia de quien ha repetido la misma frase centenares de veces.

—Es mi primer día —explicó Felicity, tratando de que no se le cayera el café mientras buscaba en su bolso—. Felicity Ashford, asistente personal del señor Reid.

El guardia alzó las cejas con interés.

—¿La nueva asistente personal del jefe? —Su tono adquirió un matiz de algo cercano a la simpatía, o a la indulgencia, o incluso a la compasión—. Buena suerte con él. Rebecca está esperándote arriba.

Tras escanear su identificación y entregarle una tarjeta de acceso, el guardia añadió en voz baja:

—Un consejo: el ascensor A siempre te lleva directamente al piso ejecutivo. Los otros se detienen en cada planta a esta hora.

Felicity sonrió de forma discreta, agradeciendo el pequeño acto de bondad. Incluso en la intimidante Torre Reid, existía una fraternidad silenciosa de empleados dispuestos a ayudarse mutuamente.

—Gracias —susurró.

El hombre asintió.

El ascensor A, tal como había prometido el guardia, la llevó sin paradas hasta el piso 70. Otra vez, como ya había sucedido el día anterior.

Las puertas se abrieron con un suave *ding,* que por alguna razón sonaba más elegante que los timbres de ascensores ordinarios. Todo en aquel edificio parecía estar diseñado para recordarte que estabas en un nivel diferente de existencia.

Apenas había puesto un pie fuera cuando Rebecca, que iba vestida con un traje gris perfectamente planchado se materializó frente a ella.

—Buenos días, Felicity —dijo, con una sonrisa—. Has llegado puntual, eso es un excelente comienzo.

Felicity sonrió.

—¿Tú crees que son «buenos días»? —le preguntó con buen humor.

Rebecca dejó escapar una risilla. Sabía a qué se refería.

—Te acostumbraras, tranquila —contestó.

—Espero no haber llegado demasiado temprano —dijo Felicity.

Rebecca consultó su reloj, un modelo elegante pero no ostentoso.

—6:37. Perfecto. El señor Reid generalmente llega a las 6:55,

por lo que tenemos exactamente dieciocho minutos para que te dé las primeras instrucciones. Sígueme.

Sin esperar respuesta, Rebecca giró sobre sus talones y comenzó a caminar a paso rápido por un pasillo flanqueado por obras de arte moderno que probablemente costaban más que todo el edificio donde Felicity había crecido.

—Esta es tu oficina —indicó Rebecca, señalando un espacio sorprendentemente amplio con vistas panorámicas de la ciudad—. O más bien, la antesala de la oficina de Alexander. Tu escritorio funciona como segunda línea de defensa. La primera es la de recepción.

La metáfora bélica no pasó desapercibida para Felicity, que tragó saliva mientras depositaba su bolso en la elegante silla ergonómica.

—Como ya sabes, porque estuviste ayer, la puerta de la derecha es la oficina del señor Reid —continuó Rebecca, señalando sus imponentes puertas dobles de madera oscura—. La de enfrente es una de las salas de reuniones y la de la izquierda es una pequeña sala de descanso para ti, con un baño privado. Créeme, lo agradecerás en los días especialmente intensos.

Felicity asintió, intentando absorber toda la información mientras escaneaba el espacio.

El escritorio era de diseño minimalista pero claramente lujoso, con un ordenador de última generación, una tablet, y dos teléfonos: uno podría decirse que normal y otro con múltiples líneas etiquetadas con códigos de colores.

—El rojo es exclusivamente para llamadas del señor Reid —explicó Rebecca, mirando a Felicity—. Cuando suena, todo lo demás pasa a segundo plano, sin importar qué. El azul es para llamadas externas e internas de la empresa. El funcionamiento del sistema está explicado en el manual que he preparado para ti.

Señaló un cuaderno de cuero negro sobre el escritorio, tan

grueso que parecía contener la explicación de la evolución de la humanidad, incluido el eslabón perdido de Darwin.

—Doscientas cuarenta y dos páginas de protocolos, contactos, preferencias y procedimientos —añadió, con un toque de orgullo en la voz—. Todas las asistentes que hemos trabajo para Alexander Reid lo hemos ido actualizando religiosamente a lo largo de los años. Considéralo tu biblia.

«Puta madre.»

—Es... impresionante —murmuró Felicity, intimidada por el volumen.

—Es necesario —corrigió Rebecca con firmeza—. El señor Reid opera en un nivel que la mayoría de las personas ni siquiera pueden comprender. Parte de nuestro trabajo es anticiparnos a sus necesidades, filtrar las distracciones y asegurarnos de que su día transcurra con la precisión de un reloj suizo.

Se detuvo un momento, y por primera vez, su expresión perfectamente compuesta mostró un atisbo de algo más humano.

—Mira, voy a ser franca contigo porque no tenemos mucho tiempo. Alexander Reid es el jefe más exigente que jamás conocerás. Es brillante, implacable y no espera nada que no sea la perfección. He visto a empleados durar menos de un día.

Felicity sintió cómo su estómago se contraía.

«Genial —pensó con sarcasmo—. Solo espero no ser uno de esos empleados»

—Pero —continuó Rebecca. Su tono de voz se suavizó ligeramente—, también es increíblemente justo. Nunca pide algo que él mismo no esté dispuesto a hacer. Y si demuestras tu valía y tu lealtad, probablemente te recompense por ello, pero antes tienes que aguantar sus gruñidos —bromeó.

Felicity se echó a reír.

La revelación la sorprendió. En sus investigaciones sobre Alexander Reid lo había imaginado como un tirano, en el sentido clásico, aunque si era cierto lo que Azriel le había contado, al parecer también era un hombre muy generoso, aunque no alardeara de ello.

Quizá el diablo no fuera tan diablo, después de todo.

—¿Algún consejo para sobrevivir al primer día? —preguntó, intentando mantener el tono ligero, aunque la pregunta era mortalmente seria.

Rebecca esbozó una pequeña sonrisa.

—Sé proactiva, no reactiva. Anticípate. Y por el amor de Dios, no cometas el mismo error dos veces. —Consultó su reloj nuevamente—. Y ahora, tenemos exactamente dos minutos antes de que...

El suave *ding* del ascensor interrumpió sus palabras.

—Llega temprano —murmuró Rebecca, enderezándose automáticamente—. Respira profundo y recuerda: confianza, no arrogancia.

Felicity apenas tuvo tiempo de erguirse, antes de que su imponente figura apareciera en el umbral de la oficina.

Vestía un traje gris carbón que parecía haber sido cosido directamente sobre su cuerpo, camisa blanca inmaculada, y una corbata de seda en un tono azul oscuro que hacía que sus ojos parecieran aún más profundos. Su pelo negro, con esas canas prematuras en las sienes que le daban un aire de autoridad innata, estaba perfectamente peinado. Sin ni un solo pelo fuera de lugar.

Por un breve y jodido traicionero momento, Felicity recordó lo que había sentido al besar esos labios que ahora estaban firmemente presionados en una línea dura.

El pensamiento la hizo sonrojarse, y rezó para que él atribuyera el color de sus mejillas a los nervios normales del primer día.

Felicity miró de reojo a Rebecca. ¿Qué pensaría si supiera que había besado a Alexander Reid? Seguro que fliparía mucho.

—Buenos días, señor Reid —lo saludó Rebecca con voz profesional.

—Buenos días.

—Buenos días, señor Reid —dijo Felicity.

Los ojos de Alexander Reid se posaron en ella. Su mirada era tan penetrante que casi pudo sentirla físicamente.

—Señorita Ashford —saludó con un breve asentimiento—. Señorita Anderson, necesito que reprograme toda mi agenda de hoy —anunció sin preámbulo, dirigiéndose hacia su oficina—. Acabo de recibir noticias de que el grupo Nakamura está considerando retirar su inversión en el proyecto de Singapur. Necesito concentrarme exclusivamente en eso.

Rebecca intercambió una mirada rápida con Felicity, como diciendo «y así comienza».

—En realidad, señor Reid —intervino Rebecca—, tengo que bajar a Recursos Humanos para empezar con todo el papeleo del finiquito y demás. La señorita Ashford se encargará de su agenda hoy.

Alexander se detuvo en seco, girándose lentamente para mirar a Felicity con una expresión que claramente decía: «¿Está preparada para hacerlo?»

Felicity sintió que su corazón se aceleraba, pero mantuvo la compostura. Probablemente no estaba preparada. Claro que no, pero que iba a hacer, ¿decírselo? No, eso le mandaría directamente a la puñetera calle.

—Por supuesto —aseguró, sacando la tablet que Rebecca había mencionado como la herramienta principal para gestionar la agenda de Alexander Reid—. ¿Qué prioridad tienen las reuniones actuales? ¿Hay alguna que deba mantener a toda costa?

Un destello de algo (¿sorpresa? ¿aprobación?) cruzó el rostro de Alexander antes de que respondiera:

—La videoconferencia con Tokio no puede moverse. Todo lo demás es negociable, pero con tacto. No quiero enfadar a nadie… innecesariamente.

—Entendido —respondió Felicity, ya deslizando sus dedos por la pantalla para acceder al calendario—. ¿Prefiere que agrupe las reuniones canceladas para mañana o que las distribuya a lo largo de la semana?

Esta vez, la sorpresa en el rostro de Alexander Reid fue inequívoca, aunque duró apenas un instante.

—Distribúyalas. No más de tres reuniones adicionales por día —indicó, antes de dirigirse nuevamente hacia su oficina—. Y necesitaré un análisis completo de los últimos informes financieros del proyecto de Singapur. Todo lo que tenemos sobre Nakamura y sus patrones de inversión anteriores. Para las diez.

La puerta se cerró tras él con un suave *clic* que de alguna manera sonó como el sello en una sentencia de muerte.

—Bueno —murmuró Rebecca—, parece que tendrás un primer día interesante.

—¿Siempre es así? —preguntó Felicity, ya navegando frenéticamente por el calendario digital que era bastante complejo, todo hay que decirlo.

—Oh, no —respondió Rebecca con una sonrisa sardónica—. A veces es mucho peor.

Y con esas palabras tranquilizadoras (entiéndase la ironía), Rebecca consultó su reloj una vez más.

—Tengo que irme. Mi primera reunión en el departamento de Recursos Humanos es dentro de diez minutos. Volveré para el almuerzo si puedo, pero no sé si me dará tiempo. Todo lo que necesitas está en el manual. —Hizo una pausa en la puerta—. Y

Felicity... buena suerte. La necesitarás.

«Pues qué bien», pensó ella con ironía.

Una sola vez, Felicity se permitió un breve momento de pánico (que fue bastante intenso). Tenía exactamente tres horas para:

1. Reorganizar por completo la agenda de un directivo con una vida aparentemente más compleja que la de un jefe de estado.
2. Cancelar reuniones con personas probablemente importantes sin que se enfadaran, y reprogramarlas de nuevo a lo largo de la semana, sin que se enfadaran también.
3. Preparar un análisis financiero sobre un proyecto que ni siquiera conocía.

Y todo esto en su primer día, sin la orientación y la formación que se suponía que iba a recibir, por que todo estaba en ese manual del demonio que permanecía sobre el escritorio.

—De puta madre —masculló.

Lanzó un suspiro.

«¿Está intentando hacerme fracasar a propósito? —se preguntó, recordando su primer encuentro en el tren—. ¿Es esta su forma de vengarse por el beso que le di? ¿Torturarme cada día que esté aquí?»

Pero no tenía tiempo para teorías de conspiración. Ni para casi ir al baño, a pesar de que ya se orinaba media vida por culpa de los nervios.

Respiró hondo y abrió el dichoso manual que Rebecca había dejado sobre el escritorio, y se sumergió en la sección de «Gestión de Calendario y Protocolos de Emergencia».

CAPÍTULO 14

Las siguientes horas transcurrieron en un borrón de actividad frenética.

Felicity descubrió rápidamente que reprogramar las reuniones de Alexander Reid no era simplemente cuestión de enviar emails impersonales. Cada contacto tenía un protocolo específico, que estaba meticulosamente detallado en el manual.

Definitivamente Rebecca tenía razón, aquel dosier era como la Biblia.

El consejero delegado de Samsung Corea tenía que ser contactado personalmente por teléfono, nunca por email, y preferiblemente antes de las 8 de la mañana hora de Seúl. La representante del fondo de inversión árabe solo aceptaba comunicaciones a través de su propio asistente personal. El director creativo de medios de la empresa detestaba los cambios de última hora, pero se mostraba más receptivo si se le ofrecía prioridad en la siguiente reorganización del calendario.

Era como jugar al ajedrez en tres dimensiones, mientras intentabas recordar las preferencias de cada pieza. Surrealista total. Y una puta locura.

—¿Puedo ayudarle en algo más, señor Al-Farid? —preguntó Felicity con su voz más profesional al asistente de un jeque de Dubái, habiendo logrado reprogramar exitosamente su reunión con

Alexander Reid para la semana siguiente—. Por supuesto, transmítale mis mejores deseos a la pequeña Amira por su recital de piano.

Tras colgar, tachó otro nombre de su lista cada vez más corta.

Once reuniones reprogramadas, solo quedaban tres. El sudor perlaba su frente a pesar del eficiente sistema de aire acondicionado del edificio.

El teléfono rojo sonó, provocándole un sobresalto tan violento que casi derramó su tercer café (frío y olvidado) sobre los documentos financieros que había estado revisando.

—Dígame, señor Reid —respondió. Su voz era profesional, aunque su corazón galopaba en su garganta.

—¿Cómo va la reprogramación? —La voz de Reid sonaba distante, fría, como si estuviera concentrado en algo más mientras hablaba.

—Once reuniones confirmadas para nuevas fechas, tres pendientes —resumió Felicity, recordando el consejo de Azriel sobre la aversión de su nuevo jefe a las divagaciones—. Espero completar el proceso en los próximos treinta minutos.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea.

—Impresionante —dijo finalmente Alexander, con un tono que no revelaba si estaba sorprendido, satisfecho o simplemente constatando un hecho—. ¿Y el análisis?

Felicity miró los múltiples documentos abiertos en la pantalla del ordenador, el pánico amenazando con abrumarla.

—En proceso, señor. Estoy relacionando los datos de los últimos tres trimestres con los patrones de inversión históricos de Nakamura.

Otro silencio, más largo.

—¿Tiene acceso a los archivos confidenciales del proyecto? —preguntó finalmente Alexander.

—No, señor —admitió Felicity, con la sensación de que acababa de fallar una prueba crucial—. Rebecca no ha tenido tiempo de configurar mis credenciales de seguridad para esa base de datos.

Alexander dejó escapar un suspiro apenas audible.

—En mi escritorio hay una carpeta azul con acceso de emergencia. Úselo. Y señorita Ashford...

—¿Sí, señor Reid?

—El análisis para las 9:30, no para las 10. La situación ha escalado.

El teléfono enmudeció antes de que pudiera responder.

—¡Maldita sea! —murmuró Felicity.

Miró su reloj. Eran las 8:17.

Tenía poco más de una hora para completar un análisis que normalmente requeriría un equipo entero y varios días.

«Definitivamente está haciendo todo esto para que me vaya por mi propia voluntad —pensó para sus adentros, dirigiéndose apresuradamente hacia su oficina—. Es más cabrón que el diablo.»

Al abrir la puerta, se encontró a Alexander de pie frente a uno de los ventanales, hablando en japonés por teléfono, con una fluidez que añadía otra capa a su ya intimidante persona. ¿Hablaba japonés? ¿Cuántos idiomas más sabía? ¿Indio suajili? ¿Esperanto?

Apenas reconoció su presencia con un breve asentimiento mientras continuaba su conversación.

Felicity localizó rápidamente la carpeta azul mencionada y se retiró discretamente y sin hacer ruido, consciente de estar invadiendo su espacio. Su santuario.

Una vez de vuelta en su escritorio, ingresó las credenciales temporales y se sumergió en un océano de datos financieros.

A las 9:28, Felicity golpeó suavemente la puerta de la oficina de Alexander Reid, sosteniendo una carpeta con su análisis completo y una presentación digital respaldada en la tablet.

Su blusa, impecable dos horas y media antes, mostraba signos de estrés, y un mechón rebelde había escapado de su coleta, pero había completado la tarea.

—Adelante —respondió la voz firme de su jefe.

Entró y lo encontró revisando una pila de documentos en su escritorio, con la misma concentración de un cirujano examinando radiografías antes de una operación delicada.

—El análisis financiero del proyecto Singapur y los patrones de inversión de Nakamura, señor —anunció, colocando la carpeta sobre el escritorio—. También he preparado una presentación digital con los puntos clave, en caso de que prefiera ese formato para su videoconferencia.

Alexander levantó la mirada, estudiándola con esos ojos azules imposiblemente penetrantes.

—Siéntese, señorita Ashford —indicó, señalando una de las sillas frente a su escritorio.

Felicity obedeció, intentando no mostrar su nerviosismo mientras Alexander hojeaba el informe.

Cada página que pasaba sin un comentario aumentaba su ansiedad. No tenía ni idea de si su silencio era bueno o malo. Aquel hombre era tan impredecible. Tan serio. Tan reservado.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, cerró la carpeta y la miró directamente a los ojos.

—¿Advirtió el patrón en los retiros de inversión de Nakamura en el sector tecnológico el año pasado? —preguntó en un tono neutral.

Felicity asintió, agradeciendo mentalmente las horas extra que había dedicado a estudiar finanzas corporativas en la universidad.

—Sí, señor. Nakamura tiende a amenazar con retirarse aproximadamente seis semanas antes de cada renegociación de términos. Es una táctica para obtener mejores condiciones. Lo han hecho en tres proyectos anteriores, y en ningún caso se retiraron realmente.

Por primera vez desde que había entrado en la oficina, algo parecido a una expresión (humana) cruzó el rostro de Alexander Reid. No era exactamente una sonrisa, pero sus ojos mostraron un destello de... ¿aprobación?

Sí, tal vez fuera aprobación.

—Correcto —confirmó—. La mayoría de los analistas no captan ese patrón sin meses de familiaridad con sus operaciones. ¿Cómo lo identificó tan rápidamente?

Era una trampa o una oportunidad para impresionarlo, Felicity no estaba segura. Optó por la sinceridad. Azriel le había dicho que nunca mintiera, que Alexander Reid tenía un radar para las mentiras.

—El manual de la señorita Anderson incluye un apéndice sobre los principales inversores internacionales y sus tácticas de negociación habituales. Conecté esa información con los datos financieros y el patrón emergió.

Alexander asintió lentamente.

—Utilizó los recursos disponibles y aplicó un pensamiento crítico. Bien.

No era exactamente un elogio efusivo, pero en el universo de Alexander Reid, aquello parecía equivalente a una ovación de pie.

—¿Necesita algo más para la videoconferencia, señor? —preguntó Felicity, manteniendo una voz totalmente profesional a pesar del pequeño destello de orgullo que sentía.

—Sí. Necesito que asista y tome notas detalladas. La señorita Anderson normalmente... —Se detuvo, como si acabara de recordar que Rebecca ya no estaba disponible para esas tareas—. La

videoconferencia será en japonés. ¿Habla el idioma?

El corazón de Felicity se hundió. En lo más profundo de su pecho. Ahí estaba, la prueba imposible que finalmente la haría caer, que haría que la despidiera. El japonés.

—No, señor —admitió, preparándose para la inevitable expresión de decepción de su jefe.

Para su sorpresa, Alexander simplemente asintió.

—No esperaba que lo hiciera. Usaremos el sistema de traducción simultánea. Familiarícese con él antes de la llamada. —Consultó su lujoso reloj de pulsera—. Tiene exactamente diecisiete minutos.

Y con eso, volvió a prestarle atención a sus documentos, dando por terminada la conversación.

Felicity se levantó de la silla y salió de la oficina.

Joder, iba a darle un ictus, un infarto, o las dos cosas. ¿Quién cojones aguantaba ese ritmo aparte de Alexander Reid?

El resto del día transcurrió en una sucesión igualmente frenética de tareas urgentes, toma de decisiones rápidas y nuevos desafíos.

La videoconferencia con Tokio fue tensa pero productiva, con Alexander Reid demostrando una habilidad diplomática que Felicity no habría esperado de alguien con su reputación de chico duro.

Rebecca nunca volvió para el almuerzo como había sugerido, dejando a Felicity navegando sola por las complejidades de ordenar el almuerzo adecuado para Alexander Reid (salmón a la parrilla, espárragos al vapor, sin salsas, y agua de mineralización débil), gestionar una crisis menor con el departamento de marketing y

publicidad, y continuar reprogramando reuniones adicionales que seguían apareciendo mágicamente en el calendario.

A las 18:43, exhausta pero extrañamente satisfecha, Felicity estaba concluyendo los últimos detalles del día cuando el teléfono rojo sonó una vez más.

—Puede retirarse, señorita Ashford —anunció Alexander sin preámbulo, como siempre—. Mañana a las 7 en punto.

—Sí, señor. ¿Necesita algo más antes de que me vaya?

—Una pregunta —dijo. Su tono de voz era indescifrable—. ¿Por qué cree que le he asignado tantas tareas diferentes hoy?

La pregunta la tomó por sorpresa.

Felicity consideró durante unos segundos dar una respuesta diplomática, pero el cansancio había erosionado sus filtros.

—Sinceramente, señor, en algún momento durante el día he pensado que estaba intentando hacerme renunciar en mi primer día. Tal vez como venganza por... nuestro primer encuentro. Ya sabe… por el beso —se atrevió a decir.

El silencio que siguió a su declaración fue tan largo que Felicity temió haber cometido un error fatal con su franqueza.

—Interesante teoría —respondió finalmente Alexander—. Incorrecta, pero interesante. No soy tan mezquino, señorita Ashford.

Felicity no estaba muy segura de eso, pero no se lo dijo, por supuesto. No iba a inmolarse en directo.

—No quise decir…

—Las pruebas de hoy —interrumpió con firmeza Alexander—, han sido para establecer su línea base. Necesitaba saber de qué es capaz bajo presión extrema.

Felicity parpadeó, procesando aquella revelación. ¿Y decía que no era tan mezquino?

Que la gente afirmara que era como el Diablo se quedaba corto. Era peor.

—¿Todo fue una prueba? —repitió.

—Todo en Reid Enterprises es una prueba, señorita Ashford. La diferencia es que usted la ha pasado.

Con esas enigmáticas palabras, la línea se cortó.

Felicity se reclinó en su silla, físicamente agotada.

Alexander Reid era, sin duda, el jefe más exigente, severo y misterioso que jamás había tenido. Trabajar para él iba a ser un desafío constante, un ejercicio de resistencia mental y emocional.

Pero mientras recogía sus cosas para marcharse, Felicity se sorprendió a sí misma sonriendo. Porque por debajo del agotamiento y la frustración, había algo más: la certeza de que ese trabajo la empujaría más allá de límites que ni siquiera sabía que tenía.

Y quizá descubriría qué se escondía realmente detrás de la fachada impenetrable de Alexander Reid, el hombre cuyos labios había probado en un tren, y cuya mente parecía más intrincada que cualquier rompecabezas que hubiera intentado resolver.

—Mañana a las 7 en punto —se recordó en su susurro, dirigiéndose hacia el ascensor. El día uno había terminado, pero la verdadera prueba apenas acababa de comenzar.

CAPÍTULO 15

Felicity arrastró los pies por el pasillo del edificio, cada paso más pesado que el anterior.

Las llaves tintinearon en su mano mientras intentaba acertar con la cerradura, fallando dos veces antes de finalmente introducir la correcta.

Su cerebro estaba tan agotado que hasta las acciones más básicas parecían requerir un esfuerzo hercúleo.

Cuando por fin consiguió abrir la puerta, el aroma a comida recién preparada la recibió como un abrazo cálido. Su estómago rugió en respuesta, recordándole que su almuerzo había consistido en un sándwich devorado de pie mientras reorganizaba la maldita agenda de Alexander Reid.

—¿Hola? —llamó débilmente, dejando caer el bolso junto a la entrada.

—¡En la cocina! —respondió la voz cantarina de Azriel—. ¡Estoy preparando la cena!

Felicity se quitó los tacones con un gemido de alivio, dejándolos abandonados junto a la puerta.

Estaba demasiado cansada para preocuparse por el orden.

Avanzó descalza hacia la cocina, donde encontró a Azriel

moviéndose con habilidad entre ollas y sartenes. Llevaba un delantal negro con la frase «Demasiado caliente para manipularlo» escrita en brillantes letras plateadas, y su pelo estaba recogido en un pequeño moño que de alguna manera lograba parecer tanto despreocupado como perfectamente estudiado.

—¡Por fin! La bella durmiente ha regresado —exclamó al verla, agitando una cuchara de madera a modo de saludo—. Aunque, si me permites la observación, pareces más un «zombie agotado» que «una princesa de cuento».

Felicity intentó sonreír, pero el gesto se transformó en un bostezo a mitad de camino.

—Me siento como si me hubiera atropellado un tren —murmuró, dejándose caer en uno de los taburetes de la isla de la cocina—. Un tren de alta velocidad llamado Alexander Reid.

Azriel la estudió con los ojos entornados, mientras reducía el fuego bajo una olla que desprendía un aroma delicioso.

—¿Un primer día largo? —preguntó, aunque la respuesta era evidente en cada línea de expresión del rostro de Felicity.

—Un primer día eterno —respondió ella, apoyando la frente contra la fría superficie de mármol de la isla—. Creo que he vivido varias vidas desde esta mañana.

Azriel rio. Le gustaba el sentido del humor de Felicity.

Gatsby apareció como convocado por el sonido de su voz, saltando ágilmente sobre la encimera e ignorando completamente la regla no explícita que le había impuesto Azriel de «nada de gatos en las superficies de la cocina».

Frotó su cabeza contra el brazo de Felicity en un gesto sorprendentemente reconfortante.

—Al menos a alguien le caigo bien —murmuró Felicity, acariciando agradecida el suave pelaje negro del felino.

—Aparta esa negatividad, cariño —le reprendió Azriel, moviendo la cuchara como un director de orquesta—. El primer día siempre es horrible. En todos los empleos. No puedes juzgar un trabajo por sus primeras ocho horas. O en tu caso... —consultó el reloj de pared que había en la cocina—… ¿doce horas? ¡Santo cielo! ¿Alexander Reid te ha tenido esclavizada hasta ahora? Ah, por cierto, a mí me caes de puta madre —añadió Azriel como coletilla, con una sonrisa de oreja a oreja.

Felicity le devolvió el gesto, aunque no con tanta euforia.

—No exactamente. —Se incorporó, pasando una mano por su coleta despeinada—. Técnicamente me dejó salir a las seis y cuarenta y tres, con precisión milimétrica, por supuesto. El resto del tiempo lo he pasado en el metro, mirando a la nada y cuestionando todas mis decisiones de vida.

Azriel soltó una carcajada mientras servía en dos platos el arroz tres delicias que había hecho.

—Bueno, has llegado al refugio seguro. Tengo arroz tres delicias, ese vino exquisito que sobró de ayer, y oídos dispuestos a escuchar todos los detalles jugosos. —Colocó un plato humeante frente a ella—. Come primero. Pareces a punto de desmayarte, y preferiría no tener que explicarles a los médicos de urgencias por qué mi nueva compañera de piso colapsó antes de pagar su primer mes de alquiler.

El aroma del arroz recién hecho hizo que Felicity se diera cuenta del hambre que tenía. Tomó el tenedor y probó un bocado, cerrando los ojos involuntariamente ante la explosión de sabores.

—Esto esta... divino —murmuró con la boca medio llena, abandonando toda pretensión de modales—. Podría llorar de felicidad.

Azriel volvió a carcajear.

—Las lágrimas son el mejor condimento —bromeó, sentándose frente a ella con su propio plato—. Aunque prefiero la salsa

agridulce, personalmente.

—Te adoro —dijo Felicity.

—Y yo a ti, princesa —respondió él.

Comieron en un silencio cómodo durante unos minutos, con Felicity devorando el arroz como si fuera su última comida. Solo cuando su plato quedó casi vacío se permitió respirar profundamente y relajar los hombros por primera vez en el día.

—¿Mejor? —preguntó Azriel, observándola con una sonrisa satisfecha.

—Mucho mejor —admitió ella—. Creo que ahora puedo formar oraciones completas sin riesgo de desplomarme.

Azriel se levantó con un movimiento fluido, dirigiéndose hacia una pequeña bodega empotrada en la pared.

—Entonces es el momento perfecto para esto —anunció, sacando la botella de vino medio vacía de la noche anterior—. Un buen *prosecco* para acompañar el drama laboral que estoy seguro de que estás a punto de compartir.

Felicity dudó, mordiéndose el labio inferior.

—No debería... Mañana tengo que estar en la oficina a las siete otra vez, y mi cerebro ya está funcionando al diez por ciento de su capacidad.

—Una copa pequeña —insistió Azriel, sirviendo ya el líquido rubí en dos copas de cristal—. Por razones medicinales. Lo recetaría cualquier médico que haya pasado doce horas con Alexander Reid.

Felicity soltó una risa cansada.

—En ese caso, debería recetar algo más fuerte. Whisky, tal vez. O tequila. Posiblemente ambos, en una mezcla intravenosa.

—Tengo un Macallan de 18 años que guardo para emergencias —ofreció Azriel con seriedad fingida, señalando hacia un mueble bar en la esquina del salón—. Solo digo que la opción está disponible.

—El vino será suficiente —respondió Felicity entre risas, aceptando la copa que le ofrecía—. Prefiero no presentarme mi segundo día de trabajo con resaca. Algo me dice que Alexander Reid puede oler la debilidad como un tiburón detecta la sangre.

Azriel levantó su copa en un brindis.

—Por sobrevivir al primer día con el depredador alfa del mundo empresarial neoyorquino.

Chocaron suavemente sus copas y Felicity dio un sorbo de vino, sintiendo cómo el calor del alcohol comenzaba a desenredar algunos de los nudos de tensión en su espalda.

—Ahora —Azriel se acomodó en su taburete, inclinándose hacia adelante con los ojos brillantes—, quiero todos los detalles sucios. ¿Es tan intimidante en persona como dicen? ¿Realmente tiene esa mirada que puede congelar el infierno? ¿Llevaba Tom Ford o Brioni? Ya te conté que yo trabajé con él, pero no de una manera tan directa como tú.

Felicity no pudo evitar sonreír ante el entusiasmo de su nuevo amigo.

—Tom Ford —respondió—, gris carbón con una corbata azul que hacía que sus ojos parecieran... —se detuvo, consciente de que estaba entrando en un territorio peligroso.

—¿Qué parecieran qué? —presionó Azriel, captando su vacilación.

—Más intensos —concluyó Felicity, tomando otro sorbo de vino para ocultar su repentino sonrojo—. Y sí, tiene esa mirada. Es como si pudiera ver a través de ti, catalogando cada uno de tus defectos mientras simultáneamente calcula la forma más eficiente de reemplazarte.

—Fascinante —murmuró Azriel, claramente encantado con la descripción. Dio un sorbo de su copa—. ¿Y te hizo llorar? Las apuestas siempre giran en torno a cuánto tiempo tardan los nuevos

empleados en romperse.

Felicity enderezó los hombros con un orgullo inesperado.

—Ni una lágrima —afirmó—. Aunque hubo un momento, mientras intentaba descifrar el complejo sistema de archivo, al mismo tiempo que preparaba una videoconferencia con Tokio y ordenaba su almuerzo específicamente libre de salsas, en que casi me escondo en el baño para gritar en una toalla.

Azriel soltó una carcajada.

—¿Libre de salsas? Por supuesto que es uno de *esos* hombres. Déjame adivinar, ¿salmón a la plancha con espárragos al vapor?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Felicity, verdaderamente sorprendida.

—Es el plato universal de los poderosos obsesionados con el control —explicó Azriel con un gesto de su mano enjoyada—. Predecible, saludable, y tan emocionante como una conferencia sobre contabilidad fiscal.

Felicity rio, sintiendo cómo la tensión del día comenzaba a disolverse bajo la influencia del vino, la cena deliciosa y la compañía reconfortante de Azriel.

—Bueno, al menos sus asistentes anteriores han dejado un manual del tamaño de Guerra y Paz detallando todas sus preferencias y manías. Aunque no tuve tiempo de leerlo completamente porque, según parece, mi primera prueba fue sobrevivir sin ayuda. Rebecca, la asistente personal que se va, pasó todo el día en Recursos Humanos. Por estrategia, según me informó Alexander Reid al final del día.

—¿Te tendió una trampa deliberadamente? —Azriel parecía escandalizado y deleitado a partes iguales.

—Una especie de «prueba de estrés», según sus palabras. —Felicity hizo comillas en el aire—. Yo qué sé, el tío es tan raro. Quería ver de qué soy capaz bajo presión extrema.

—Dios mío, es un sádico empresarial —declaró Azriel, sirviéndole más vino sin preguntar—. Me encanta. En el sentido más platónico y objetivo posible, por supuesto. Lo que no sé es por qué sus empleados no saltan por la ventana.

Felicity jugueteó con el tallo de su copa, dudando un momento antes de decidir que necesitaba desahogarse con alguien.

—La verdad es que... he pensado que estaba intentando vengarse de mí.

Azriel arqueó una de sus cejas perfectamente delineada.

—¿Vengarse? ¿Qué podrías haberle hecho tú a Alexander Reid antes de trabajar para él? —Su expresión cambió repentinamente a una de comprensión dramática—. ¡No me digas que eres la hija secreta de su archienemigo empresarial!

Felicity soltó una risa nerviosa, sintiendo cómo el calor subía a sus mejillas.

—No, no es tan emocionante como eso. Es solo que... —Respiró hondo, reuniendo valor—. Puede que hayamos tenido un encuentro previo. Uno bastante... inesperado.

La expresión de Azriel era la de un niño el día de Navidad.

—Oh-Dios-Mío. Necesito más vino para esto —declaró, rellenando ambas copas hasta el borde—. Estoy preparado. Suéltalo.

Felicity tomó un largo sorbo de vino, como buscando coraje a través del líquido.

—¿Recuerdas que te conté que me robaron la cartera en la estación? —comenzó, sintiendo que sus mejillas ardían—. Bueno, eso me dejó sin dinero y sin el billete del tren que había comprado. Y realmente necesitaba llegar a Nueva York para la entrevista, así que...

—¿Te colaste? —susurró Azriel, inclinándose más cerca, con los ojos abiertos de par en par—. ¡Felicity Ashford, delincuente

ferroviaria! Quién lo hubiera pensado.

—Eso no es lo peor —continuó ella, tapándose la cara con las manos—. El revisor estaba inspeccionando los billetes, acercándose a mí, y entré en pánico. Completamente. Y entonces...

Se detuvo, incapaz de pronunciar las palabras. Azriel prácticamente vibraba de anticipación.

—¿Entonces qué? ¿Saltaste del tren en marcha? ¿Te escondiste en el baño? ¿Te disfrazaste de azafata? Joder, dime ya qué hiciste.

Felicity negó con la cabeza. Respiró hondo y finalmente confesó:

—Besé a un desconocido. Para que el revisor pensara que estábamos... ya sabes, distraídos, a nuestras cosas, y que así pasara de largo.

La boca de Azriel formó una perfecta «O» de asombro.

—Eso es brillante. Desesperado, pero brillante. ¿Y funcionó?

—Funcionó —confirmó Felicity, antes de añadir en un susurro casi inaudible—: El desconocido era Alexander Reid.

Hubo un momento de silencio absoluto mientras Azriel procesaba la información. Luego, como si alguien hubiera presionado un interruptor, estalló en una carcajada tan fuerte que Gatsby, que se había acomodado en un cojín que había en un rincón de la cocina, saltó alarmado.

—¡NO! —exclamó entre risas—. ¡Me estás tomando el pelo! ¡NO PUEDE SER!

Felicity asintió con una expresión de pena, apretando los labios, aunque no pudo evitar que una sonrisa se filtrara a través de su vergüenza.

—Le planté un beso a mi futuro jefe para evitar que me echaran del tren, o que me pusieran una multa que en ese momento no podía pagar. Ese es el nivel de toma de decisiones que aportaré a

Reid Enterprises.

Azriel se secó las lágrimas de risa que corrían por sus mejillas, intentando componerse sin mucho éxito.

—Espera, espera… —dijo, levantando una mano temblorosa—. ¿Lo reconociste durante la entrevista?

Felicity gimió, dejando caer su frente sobre la encimera de la cocina con un suave golpe.

—Pues claro que lo reconocí. ¿Cómo no iba a reconocerle? Medio discutimos en el tren cuando dejé de besarle —respondió—. Lo que no sabía era que se trataba de Alexander Reid y que al día siguiente tenía una entrevista de trabajo con él.

—¡Madre mía! —exclamó Azriel, que estaba encantado con aquella historia—. ¿Y él te reconoció a ti?

Felicity levantó la cabeza.

—Por supuesto. Es Alexander Reid. Probablemente tiene una base de datos mental de cada persona que se ha cruzado en su camino desde el jardín de infancia.

—Joder. ¿Y cómo fue la conversación? «Hola, soy la chica que te asaltó sexualmente en el tren, ¿me darías un trabajo?»

—No lo digas así, que suena… —Felicity agitó la mano en el aire —. No sé cómo suena, pero no muy bien.

Azriel no podía parar de reír. Se llevó la mano a la tripa. Le dolía. Trataba de recuperar la compostura, pero le era imposible.

—Felicity…

—Sí, lo sé. Seguro que piensa que estoy loca, y probablemente tenga razón. Solo a mí se me ocurre besar a un desconocido en un tren para que el revisor no se dé cuenta de que he subido sin billete.

—Como superviviente eres un diez —comentó Azriel.

Felicity negó con la cabeza.

—Por eso hoy, cuando le dije que pensaba que estaba intentando hacerme renunciar como venganza por el beso que le di, me dijo que «no era tan mezquino».

Azriel se reclinó en su asiento, visiblemente impresionado.

—Así que, no solo sobreviviste a ese beso, sino que además Alexander Reid te contrató sabiendo que eras tú. —Hizo una pausa dramática—. Felicity Ashford, eres oficialmente mi heroína. Y la mejor compañera de piso que podría haber encontrado. Este nivel de drama es exactamente lo que necesitaba en mi vida.

Gatsby, que se había recuperado del sobresalto, saltó sobre la encimera y se acercó a Felicity, frotando su cabeza contra su brazo como en señal de aprobación felina.

—Incluso Gatsby está impresionado —señaló Azriel—. Y te aseguro que es un crítico exigente. Mi último novio intentó ganarse su afecto durante seis meses y solo recibió desprecio y pelos negros en su ropa de diseño exclusivo.

Felicity no tuvo más remedio que reír. Lo de Azriel no tenía nombre. Y lo de Gatsby tampoco. Estiró la mano y acarició al gato, que ronroneaba contento.

—Al menos alguien no me juzga por mis cuestionables decisiones bajo presión.

—Oh, yo tampoco te juzgo —aseguró Azriel, levantando su copa en un nuevo brindis—. Al contrario, te admiro. Se necesita valor para hacer lo que hiciste. Y aún más para enfrentarte a él al día siguiente como si nada hubiera pasado.

Chocaron las copas nuevamente, esta vez con más entusiasmo.

—Hay algo que necesito saber —dijo Azriel, inclinándose hacia adelante con expresión conspiratoria—. ¿Cómo besa? Es puramente por curiosidad, no te voy a mentir.

Felicity casi se atragantó con su vino, tosiendo mientras Azriel le daba palmaditas en la espalda, riendo.

—¡No puedo creer que me preguntes eso! —exclamó cuando recuperó el aliento.

—Oh, vamos —insistió él—. Estamos construyendo una amistad. Los amigos comparten información vital sobre la forma de besar de magnates empresariales misteriosos y atractivos.

Felicity puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar sonreír.

—Fue un beso de pánico, no exactamente el escenario ideal para una evaluación exhaustiva.

—Evades la pregunta —señaló Azriel, agitando un dedo acusador frente a ella—. Lo cual me dice todo lo que necesito saber.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Felicity, sintiendo que sus mejillas volvían a encenderse.

—Significa que no fue terrible y que, a pesar del pánico, fuiste más consciente del beso de lo que quieres admitir —Azriel la miró con ojos perspicaces—. Si hubiera sido un mal besador, lo habrías dicho inmediatamente, incluso hubieras dado todo lujo de detalles sobre su deficiente técnica. Tu evasión sugiere que fue, como mínimo, aceptable. Posiblemente mejor que eso.

Felicity abrió la boca para protestar, pero las palabras no salieron. No hubo forma. Porque, aunque odiaba admitirlo, incluso para sí misma, en ese breve y desesperado momento, los labios de Alexander Reid habían sido sorprendentemente... perfectos.

Firmes pero suaves, inicialmente vacilantes por la sorpresa, pero rápidamente... ¿se habían adaptado? Y esa no era una frase que asociaría con el rígido y controlador presidente de Reid Enterprises.

—¡Lo sabía! —exclamó Azriel triunfante, interpretando correctamente su silencio—. Debería dedicarme a la psicología en lugar de al diseño. Claramente tengo un don para leer a las personas.

—Eres imposible —rio Felicity, arrojándole una servilleta que él esquivó con gracia.

—Soy fabuloso —corrigió Azriel—. Y tú, mi nueva amiga besucona de CEOs, eres exactamente la dosis de caos que necesitaba en mi ordenada existencia.

Felicity sonrió, sorprendida por lo cómoda que se sentía en presencia de aquel hombre que apenas conocía desde hacía un día.

Pero había algo en Azriel, su honestidad descarada, su humor irreverente, su amabilidad apenas disimulada bajo capas de dramatismo, que hacía que pareciera que se conocían desde siempre.

—Gracias —dijo de repente, con sinceridad—. Por la cena, el vino, y por escucharme sin pensar que soy una completa lunática.

—Oh, definitivamente pienso que eres una lunática —respondió Azriel con una sonrisa cálida—. Pero del tipo que me gusta. Además, ¿quién soy yo para juzgar? Una vez le pedí a un amigo que se hiciera pasar por mi pareja en un evento al que iba a acudir un ex. Imagínate cómo está mi cabeza —bromeó.

Ambos rieron, y Gatsby, como si quisiera unirse a la conversación, maulló sonoramente desde su posición privilegiada junto a Felicity.

—Creo que Gatsby piensa que somos almas gemelas platónicas —comentó Azriel—. Y él nunca se equivoca en estas cosas.

Mientras la noche avanzaba entre risas, confesiones y una segunda botella de vino («solo un poco más, mañana lo compensaremos con café extrafuerte», había dicho Azriel), Felicity sintió que algo importante estaba tomando forma. No solo había sobrevivido a su primer día con Alexander Reid, sino que había encontrado un amigo, un confidente, un cómplice en aquella ciudad que hasta hace poco parecía tan fría e intimidante como su nuevo jefe.

Y pensó, mientras escuchaba a Azriel relatar una historia para desternillarse de risa sobre un desfile de moda que salió terriblemente mal, que eso era exactamente lo que necesitaba para

enfrentar lo que fuera que Alexander Reid tuviera preparado para ella al día siguiente.

CAPÍTULO 16

El agua caliente había sido un bálsamo para los músculos doloridos de Felicity.

Permaneció bajo la ducha más tiempo del que normalmente se permitiría, dejando que la presión perfecta del agua (otra de las muchas ventajas inesperadas del apartamento de Azriel) deshiciera los nudos de tensión que se habían formado en su espalda y hombros durante su primer día en Reid Enterprises.

Ahora, envuelta en un albornoz de felpa de rayas de distintas tonalidades de turquesa («El negro y el blanco son aburridos para los albornoces, cariño. La vida es demasiado corta para la ropa de baño monocromática», había declarado Azriel al prestárselo) y con una toalla enrollada en la cabeza al estilo turbante, Felicity se sentó en el borde de la cama de su nueva habitación.

Gatsby se había colado dentro y dormitaba plácidamente sobre la almohada, como si le estuviera reservando un lugar para cuando finalmente sucumbiera al agotamiento.

El reloj digital de la mesita de noche marcaba las 22:20 en un azul eléctrico.

No era tan tarde, pero considerando que tendría que levantarse a las 5:30 de la mañana para repetir la rutina de ese día, prácticamente ya estaba en déficit de sueño. Sin embargo, había una llamada que necesitaba hacer antes de permitirse atrapar por el

Dios del Sueño.

Cogió el teléfono y marcó el número de su madre, recostándose contra el cabecero de la cama mientras esperaba.

Después de tres tonos, la voz cálida de Aurora Ashford llenó la línea.

—¡Felicity! Estaba empezando a preocuparme. ¿Qué tal el primer día con el *señor Limón Amargo*?

La simple familiaridad de la voz de su madre hizo que Felicity se relajara aún más, como si fuera una manta reconfortante envolviéndola a través del teléfono.

—Hola, mamá —respondió, sin poder evitar un bostezo al final —. Perdona por no llamar antes, ha sido un día... intenso.

—Me lo imagino. ¿Es tan terrible como temías?

Felicity soltó una risa suave mientras acariciaba distraídamente a Gatsby, que había abierto un ojo ante el sonido de su voz.

—Peor —admitió—. Alexander Reid es básicamente una máquina perfeccionista con forma humana. Algo parecido a un robot. Creo que hoy he completado más tareas que en tres meses en mi trabajo anterior, y todo bajo un escrutinio tan intenso que casi podía sentir mis neuronas incinerándose bajo su mirada.

—Oh, cariño… —Aurora chasqueó la lengua—. Suena como un auténtico desafío.

—Desafío es quedarse corto, mamá. —Felicity se ajustó la toalla que comenzaba a resbalarse de su cabeza—. Es como si cada minuto fuera una prueba, y fallar no es una opción. En serio. Hoy me ha dejado sola, sin la formación que se suponía que iba a recibir, para ver cómo me las arreglaba bajo «una presión extrema». Esas han sido sus palabras exactas.

—¿Y cómo te las has arreglado? —preguntó Aurora, con ese tono que sugería que ya conocía la respuesta.

Felicity no pudo evitar que una pequeña sonrisa de orgullo se dibujara en sus labios.

—Sorprendentemente bien, según él. Lo cual, traducido del idioma de Alexander Reid al humano normal, significa que no me ha despedido en mi primer día. Y te aseguro que eso ya es un logro.

La risa cálida de Aurora resonó a través del teléfono.

—Sabía que estarías a la altura, cariño. No has llegado hasta aquí para dejarte intimidar por un hombre vestido con un traje caro, sin importar cuántas empresas posea.

—Gracias por la confianza, mamá —respondió Felicity, sintiendo esa oleada de agradecimiento hacia la mujer que nunca había dejado de creer en ella—. Aunque tengo que admitir que ha habido momentos hoy en los que me he preguntado si no debería haber aceptado ese trabajo en la imprenta de Pittsburgh. Menos glamour, menos dinero, pero también menos probabilidades de desarrollar una úlcera antes de los treinta.

Aurora dejó escapar una risita.

—Pero no sería un desafío, ¿verdad? —señaló, conociendo bien a su hija—. Y tú nunca has sido de las que eligen el camino fácil.

Felicity suspiró, consciente de que su madre tenía razón. Desde pequeña, siempre se había sentido atraída por los retos, las montañas aparentemente imposibles de escalar. Era parte de lo que la había llevado desde su pequeña ciudad hasta la universidad con una beca completa, y ahora, a la Torre Reid en Manhattan.

—Supongo que tienes razón —admitió—. Además, el salario hace que valga la pena considerar la posibilidad de una úlcera temprana.

Ambas rieron, y durante un momento, a pesar de la distancia física, Felicity sintió como si estuvieran juntas en la pequeña cocina de su casa, compartiendo té y confidencias como tantas veces antes.

—Y hablando de cosas que valen la pena —continuó Aurora,

cambiando sutilmente de tema—, ¿qué tal con tu nuevo compañero de piso? Azriel, ¿verdad? ¿Es tan encantador como me dijiste?

La sonrisa de Felicity se ensanchó automáticamente.

Ainsss Azriel.

—Azriel es... —buscó las palabras adecuadas— una fuerza de la naturaleza. Imagina mezclar a un diseñador de moda brillante, con la energía de un presentador de concursos, el ingenio de un humorista, y la capacidad de escucha de un psicólogo. Todo eso envuelto en ropa excéntrica y pelo teñido de azul eléctrico.

—Suena como una persona única —comentó Aurora. Una sonrisa se hizo audible en su voz.

—Lo es —confirmó Felicity, recordando la cena y la conversación de aquella noche—. Hoy ha preparado la cena y nos hemos bebido una copa de vino mientras me escuchaba narrarle mi primer y traumatizante día de trabajo. Es muy bueno tratando primeros días laborales infernales.

—Parece que has tenido suerte —observó Aurora—. Encontrar un buen compañero de piso en Nueva York debe ser tan difícil como hallar un taxi un día de lluvia.

—No tienes idea. —Felicity negó con la cabeza, aunque su madre no pudiera verla—. Antes de encontrar el anuncio de Azriel, visité cinco lugares que eran básicamente latas de sardinas, o tenían compañeros que parecían sacados de una película de terror de bajo presupuesto.

Felicity se detuvo un momento, pensando en lo afortunada que había sido en medio de todo el caos de su llegada a Nueva York.

—Es realmente genial, mamá. A veces nos reímos tanto que me duelen las mejillas. Es sincero, pero sin ser cruel, de una forma refrescante. Y cocina como un chef profesional. Sinceramente, me lo paso de puta madre con él.

—¡Felicity Joanne Ashford! —exclamó Aurora, aunque no había

verdadera reprimenda en su tono—. Ese lenguaje.

—Lo siento —rio Felicity, sin sentirlo realmente—. Pero es verdad. Es como si lo conociera de toda la vida. Hay personas con las que conectas instantáneamente, ¿sabes? Como si el universo hubiera decidido que necesitaban encontrarse.

—Lo sé, cariño —respondió Aurora con suavidad—. Me alegra tanto que hayas encontrado a alguien así en esa gran ciudad. Siempre me ha preocupado que estuvieras allí sola.

—No estoy sola —aseguró Felicity, sorprendida por la repentina emoción que sentía—. Tengo a Azriel y a su gato, Gatsby, que aparentemente me ha adoptado como su humana favorita después de Azriel. Lo cual, según él, es prácticamente un milagro.

—Siempre has tenido un don con los animales —recordó Aurora —. Recuerdo cómo ese perro del vecino, el que gruñía a todo el mundo, solo movía la cola cuando tú te acercabas.

—Supongo que tengo afinidad con las criaturas que se hacen las difíciles —bromeó Felicity—. Lo cual explicaría por qué me seleccionaron para trabajar para Alexander Reid.

Aurora soltó una carcajada.

—Mi hija, la encantadora de bestias, ya sean felinas o humanas.

Felicity rio, pero después bostezó nuevamente. Fue inevitable. El cansancio finalmente le estaba alcanzando.

Gatsby, como si sintiera su agotamiento, se estiró perezosamente y se acomodó más cerca de ella.

—Debería dejarte descansar, cariño —dijo Aurora, notando el bostezo—. Necesitas dormir si vas a enfrentarte a tu jefe demonio mañana.

—Mmmm, tienes razón —murmuró Felicity, sintiendo los párpados cada vez más pesados—. Pero me alegra haberte llamado. Te echaba de menos.

—Yo también te echo de menos, mi niña valiente —respondió Aurora con ese tono que siempre había hecho sentir a Felicity que todo estaría bien, sin importar los obstáculos—. Estoy tan orgullosa de ti. Siempre lo he estado, pero verte enfrentar estos nuevos desafíos, en una ciudad como Nueva York, con un trabajo tan duro... me llena el corazón.

Felicity sintió un nudo en la garganta.

Su madre siempre había sido su mayor admiradora, su apoyo más constante. Desde que su padre se marchó, habían sido ellas dos (y su abuela) contra el mundo. Un equipo inquebrantable.

—Gracias, mamá —logró decir—. Por creer siempre en mí, incluso cuando yo no lo hago.

—Es mi deber, cariño —respondió Aurora simplemente—. Y el deber más fácil del mundo, porque tú lo haces sencillo. Solo recuerda: has superado cosas mucho más difíciles que un jefe exigente. Tienes esto bajo control, Felicity. Solo necesitas encontrar tu ritmo.

—Lo intentaré —prometió ella, deslizándose bajo las sábanas, todavía con el albornoz puesto y la toalla en la cabeza. Estaba demasiado cansada para preocuparse por secarse el pelo o cambiarse—. Te llamaré pronto, ¿vale?

—Más te vale —advirtió Aurora, fingiendo severidad—. Y quiero todos los detalles sobre tu trabajo. Necesito material para presumir en el club de lectura.

Felicity sonrió, imaginando a su madre relatando versiones exageradas de sus aventuras en Reid Enterprises a sus amigas.

—Te quiero, mamá —dijo. La somnolencia ya nublando sus palabras.

—Y yo a ti, mi niña. Más de lo que nunca sabrás. Ahora duerme. Mañana será otro día para conquistar el mundo.

—O para ser devorada por él —murmuró Felicity.

—Recuerda: nosotras somos resistentes —afirmó Aurora.

—Resistentes… —repitió Felicity, ya casi dormida—. Como las cucarachas, pero más guapas.

La risa de Aurora fue lo último que escuchó antes de que la llamada terminara. Ni siquiera tuvo fuerzas para colocar el teléfono en la mesita de noche. Se quedó dormida con él aún en la mano, la toalla torcida sobre la cabeza, y Gatsby acurrucado contra su costado como un pequeño guardián nocturno.

Su último pensamiento consciente fue que, a pesar del día infernal, las intimidantes expectativas de Alexander Reid, y el agotamiento que sentía hasta en los huesos, había algo extrañamente satisfactorio en todo ello. Como si, de alguna manera, estuviera exactamente donde debía estar: en un apartamento prestado, con un gato prestado, preparándose para otro día en un trabajo que parecía diseñado específicamente para llevarla al límite. (O hacerle bajar a los infiernos).

Y puede que ese límite fuera precisamente donde tenía que estar.

CAPÍTULO 17

El despertador sonó a las 5:30 con la misma crueldad implacable del día anterior.

Felicity extendió el brazo para silenciarlo, golpeando accidentalmente a Gatsby, que emitió un maullido indignado antes de saltar elegantemente de la cama.

—Lo siento —murmuró, con la voz ronca por el sueño.

Se incorporó lentamente, notando que seguía envuelta en el albornoz de rayas de color turquesa de Azriel, con la toalla completamente desenrollada y su pelo formando ángulos imposibles que desafiarían a la física más elemental.

El teléfono había quedado atrapado entre las sábanas, milagrosamente aún con algo de batería.

—Cinco horas de sueño —calculó mientras se frotaba los ojos—. Mejor que nada.

Su reflejo en el espejo del baño la recibió con una imagen que oscilaba entre lo cómico y lo trágico: ojos hinchados por el cansancio, marcas de la almohada en la mejilla, y una melena que parecía haber sido peinada por un ventilador industrial.

—Perfecto —murmuró irónicamente—. Soy la imagen de la eficiencia profesional en persona.

Una ducha rápida y varios productos capilares después, Felicity emergió de su habitación luciendo considerablemente más humana, aunque las ojeras persistían como recordatorio de su intensa jornada anterior.

Se dirigió a la cocina, esperando prepararse un café rápido antes de salir, pero se detuvo en seco al encontrar a Azriel ya despierto, impecablemente vestido con un conjunto que combinaba piezas vintage y alta costura de una manera que solo él podía lograr.

—Buenos días, bella durmiente —saludó alegremente, extendiendo una taza humeante—. Café con un triple espresso, leche caliente y una pizca de canela. Lo que yo llamo «El Despertar del Zombie».

Felicity parpadeó, ligeramente desconcertada.

—¿Qué haces despierto a esta hora? —preguntó, aceptando la taza con una gratitud casi religiosa.

Azriel hizo un gesto elegante con la mano, las múltiples pulseras en su muñeca tintineando musicalmente.

—Tengo una presentación para compradores internacionales esta mañana. Horarios incompatibles con zonas horarias europeas y todo ese drama.

Felicity dio un sorbo del café, cerrando los ojos ante la perfección de la mezcla.

—Eres literalmente un ángel —murmuró—. Un ángel con pelo azul y gusto excéntrico para los albornoces, pero un ángel, al fin y al cabo.

—Técnicamente, Azriel es el ángel de la muerte en algunas tradiciones —corrigió él con una sonrisa traviesa—. Así que más bien soy el que te mantiene lo suficientemente viva para enfrentar tu muerte diaria en manos de Alexander Reid.

—Poético y aterrador —respondió Felicity, verificando la hora en su teléfono—. ¡Mierda, tengo que irme! No quiero llegar tarde y que

su majestad me eche la primera bronca.

Azriel se acercó a la encimera donde había dispuesto varios recipientes.

—También he preparado un desayuno para llevar. Yogur griego con frutos rojos. Necesitarás proteínas para enfrentarte al *señor Limón Amargo* hoy.

Felicity se quedó mirándolo, conmovida por el gesto.

—No tenías que hacerlo.

—Lo sé —respondió él con un encogimiento de hombros—. Pero somos amigos ahora. Y los amigos no dejan que otros amigos enfrenten a magnates empresariales aterradores sin estar adecuadamente alimentados. Está en el manual de amistad, página 47, justo después de «Siempre miente sobre lo bien que le queda ese vestido».

Felicity rio, sintiendo cómo parte de la ansiedad por el día que le esperaba se disipaba.

—Te debo una. Una grande. —Se llevó la taza a los labios y se bebió el café que quedaba de un trago.

—Me lo cobraré —aseguró Azriel con un guiño—. Probablemente en forma de detalles jugosos sobre las excentricidades de Alexander Reid. Mi curiosidad es insaciable.

Felicity se despidió con un rápido abrazo y la bolsita con el desayuno en la mano, y enfiló los pasos hacia la puerta, sintiéndose considerablemente más preparada para enfrentar el día que apenas veinticuatro horas antes.

La Torre Reid parecía igualmente intimidante con la luz grisácea

del amanecer, pero aquella vez Felicity avanzó con paso más decidido.

El mismo guardia de seguridad del día anterior la saludó con un asentimiento cómplice mientras le entregaba su nueva credencial permanente.

—Día dos —comentó con una sonrisa leve—. Ya has durado más que la última asistente temporal que estuvo antes que Rebecca.

—¿Cuánto duró? —preguntó Felicity mientras se colgaba la identificación.

—Cinco horas y veintiséis minutos —respondió el guardia—. Salió llorando después de que el señor Reid le pidiera reorganizar todos los archivos y clasificarlos por fecha y «posible utilidad potencial futura», sea lo que sea que eso signifique.

Felicity hizo una mueca divertida con la boca.

—Suena como algo que él pediría —dijo.

—Te deseo suerte hoy —añadió el guardia, mientras Felicity se dirigía al ascensor A—. La necesitarás. Es martes de presupuestos.

—Gracias —dijo ella.

Antes de que pudiera preguntar qué demonios significaba «martes de presupuestos», las puertas del ascensor se cerraron, llevándola hacia su destino en el piso 70.

Llegó a la oficina a las 6:45, diez minutos antes que Alexander, según su horario habitual. La luz ya estaba encendida, lo que la sorprendió hasta que vio a Rebecca organizando papeles en su escritorio.

—Buenos días —saludó Rebecca, luciendo tan impecable como siempre con un traje pantalón gris perla y un jersey rojo—. Llegas temprano. Bien.

—Buenos días —respondió Felicity, depositando sus cosas en el escritorio—. No esperaba verte hoy.

Rebecca esbozó algo parecido a una sonrisa.

—He estado revisando las notas que tomaste ayer. Hiciste un impresionante trabajo bajo presión, debo decir. Pero hoy es martes de presupuestos y el señor Reid me pidió específicamente que estuviera aquí para guiarte a través del proceso. No es lo suficientemente sádico para dejarte enfrentar algo así sola en tu segundo día.

—¿Qué es exactamente «martes de presupuestos»? —preguntó Felicity, recordando la advertencia del guardia.

Rebecca adoptó una expresión que mezclaba diversión y compasión.

—Es el día en que Alexander Reid revisa personalmente los presupuestos de todas las divisiones de Reid Enterprises. Básicamente, significa que pasará el día encontrando ineficiencias, cuestionando gastos, y haciendo que directores financieros con treinta años de experiencia se sientan como niños de primaria que olvidaron hacer los deberes.

—Y yo estaré...

—Tomando notas de cada reunión, registrando sus decisiones, preparando análisis comparativos en tiempo real, y básicamente corriendo entre su oficina y la sala de conferencias como si tu vida dependiera de ello —completó Rebecca.

Felicity tragó saliva.

—Suena... intenso.

—Intenso es un eufemismo —asintió Rebecca—. El último martes de presupuestos despidió a tres directores financieros y reorganizó completamente la estructura del departamento de marketing internacional. Mientras almorzaba.

—Dios mío —murmuró Felicity con cara de horror.

—Pero no te preocupes —continuó Rebecca, entregándole una

tablet—. He preparado plantillas para todos los informes que necesitarás. Y estaré contigo durante las primeras reuniones para mostrarte el proceso.

Felicity aceptó la tablet.

—Gracias. Realmente lo agradezco.

Rebecca la miró con lo que parecía un verdadero interés.

—El señor Reid nunca ha pedido que se quede la asistente anterior para ayudar a la nueva asistente. Generalmente prefiere el enfoque de «nadar o ahogarse». Debes de haberle impresionado ayer.

Antes de que Felicity pudiera responder, el familiar *ding* del ascensor anunció la llegada de Alexander Reid. Como si hubieran ensayado la coreografía, tanto Felicity como Rebecca se enderezaron y adoptaron expresiones profesionales en sus rostros.

Alexander apareció en la entrada, vistiendo un traje azul marino tan perfectamente cortado que parecía una segunda piel. Su mirada se posó brevemente en Felicity antes de dirigirse a Rebecca.

—Buenos días —saludó escuetamente—. ¿Está todo listo para las reuniones?

—Sí, señor —respondió Rebecca—. La primera presentación comienza a las 8:00 con Finanzas Corporativas, seguida por Operaciones Internacionales a las 9:30. Su café egipcio está listo y he puesto al día a la señorita Ashford sobre los protocolos de los martes de presupuestos.

Alexander asintió, aparentemente satisfecho, y entonces fijó su atención en Felicity.

—Señorita Ashford, confío en que esté preparada para hoy.

No era una pregunta, sino una expectativa clara.

—Sí, señor —respondió Felicity—. Las notas preliminares de las presentaciones de hoy están ya en su escritorio.

Algo que podría haber sido aprobación brilló brevemente en los ojos de Alexander mientras asentía con la cabeza.

—Bien. Quiero verlas a las dos en mi oficina en diez minutos para revisar la estrategia del día.

Con eso, se dirigió hacia su oficina, cerrando la puerta tras él.

Rebecca se volvió hacia Felicity y consultó su reloj

—Tenemos nueve minutos para repasar los puntos clave de cada presentación y las preguntas que probablemente hará. ¿Lista para un curso intensivo en intimidación financiera estilo Reid? —dijo.

Felicity asintió, preparándose mentalmente.

—Tan lista como puedo estar —dijo.

«Vamos a por el segundo asalto», pensó para sus adentros.

Las siguientes horas transcurrieron entre números, gráficos y términos financieros que Felicity apenas podía procesar mientras tomaba notas frenéticamente.

Alexander Reid se transformaba durante esas reuniones.

Su habitual intensidad se amplificaba hasta niveles casi sobrehumanos.

Cada presentación seguía un patrón similar: los ejecutivos entraban confiados, presentaban sus números, y luego él comenzaba su disección metódica, encontrando errores que nadie más había notado y cuestionando decisiones que parecían perfectamente razonables hasta que señalaba sus deficiencias.

Era brutal y fascinante a la vez.

—Este modelo de proyección no considera la volatilidad del

mercado asiático en el último trimestre —señaló durante la tercera presentación. Su voz sonaba calmada, pero tenía un deje cortante—. Si aplican el mismo enfoque para el próximo año fiscal, estaremos subestimando los costos operativos en un doce por ciento. Y eso es inaceptable.

El director financiero del mercado asiático, un hombre con décadas de experiencia, palideció visiblemente.

—Señor Reid, nuestros analistas consideraron múltiples escenarios y…

—Sus analistas trabajaron con datos obsoletos —interrumpió Reid, deslizando su dedo por la pantalla de su tablet—. Señorita Ashford, muestre la comparativa que ha preparado esta mañana.

Felicity sintió que su corazón se detenía de golpe.

¿Qué comparativa? ¿De qué cojones hablaba?, se preguntó. Rebecca no había mencionado nada sobre preparar una comparativa específica para esa reunión.

Sin embargo, al mirar la tablet que Rebecca le había entregado a primera hora de la mañana, vio una notificación parpadeando.

Al abrirla, encontró un análisis comparativo que Alexander aparentemente había preparado mientras ella tomaba notas, y que había compartido con ella hacía exactamente veintisiete segundos.

Sin perder un instante, Felicity envió el archivo a la pantalla principal de la sala de conferencias.

El gráfico que apareció mostraba claramente el error que Alexander había señalado. El director financiero miró los números con expresión vencida.

—Volveremos a calcular las proyecciones considerando estos factores, señor Reid —concedió, haciendo evidente la derrota en su voz.

—Para mañana —ordenó Alexander—. Y quiero tres escenarios

alternativos basados en diferentes niveles de volatilidad del mercado. La señorita Ashford coordinará la entrega.

Felicity asintió, añadiendo la tarea a su lista cada vez más larga.

Y así continuó la jornada, con Alexander Reid desmontando metódicamente cada presentación mientras Felicity y Rebecca tomaban notas, preparaban análisis sobre la marcha, y coordinaban las reuniones de seguimiento que inevitablemente surgían de cada sesión.

A la hora de la comida, Felicity sentía como si su cerebro hubiera corrido una maratón mental. Estaba exhausta.

Alexander había pedido que le llevaran su habitual pescado ahumado a la oficina para continuar trabajando, mientras Rebecca guiaba a Felicity a la pequeña sala de descanso para el personal.

—Tienes veinte minutos —advirtió Rebecca, señalando un sándwich envuelto en papel film transparente y una botella de agua, que había sacado de una de las máquinas expendedoras—. Come rápido. La siguiente ronda comienza a la 13:30.

Felicity se desplomó en una silla, sintiendo como cada uno de sus músculos protestaba.

—¿Siempre es así de intenso? —preguntó, desenvolviendo el sándwich.

Rebecca consideró la pregunta mientras tomaba un sorbo de su botella de agua.

—Los martes de presupuestos son particularmente brutales, pero sí, Alexander Reid opera en un nivel diferente al resto de los mortales. Con el tiempo, desarrollas resistencia —dijo.

—O mueres en el intento —murmuró Felicity.

Para su sorpresa, Rebecca soltó una risa breve pero auténtica.

—Veo por qué le impresionaste. Tienes determinación y sentido del humor, ambas cualidades son esenciales para sobrevivir aquí.

Felicity dio un mordisco a su sándwich, sorprendida por lo que parecía un cumplido.

—Gracias por tu ayuda hoy. No creo que hubiera sobrevivido sola.

Rebecca asintió, consultando su reloj con el hábito de quien vive cronometrado cada minuto.

—Lo hubieras hecho. De una forma u otra. Alexander no te habría contratado si no viera potencial en ti.

Había algo en su tono que captó la atención de Felicity.

—¿Puedo preguntarte algo personal?

Rebecca arqueó una ceja, pero asintió.

—¿Por qué has aguantado trabajando para él durante casi un año? —dijo Felicity—. Eres muy competente. Podrías trabajar en cualquier lugar con menos... intensidad.

Rebecca pareció considerar cuidadosamente su respuesta.

—La mayoría de la gente ve solo la superficie de Alexander Reid: el perfeccionista implacable, el genio de los negocios, el jefe exigente. Y no se equivocan; es todas esas cosas. —Hizo una pausa y tomó aire—. Pero también es el hombre que se aseguró personalmente de que mi madre recibiera el mejor tratamiento médico cuando le detectaron un cáncer hace cinco meses. Que me dejó cambiar mi horario para que pudiera visitarla durante la quimioterapia. Que nunca mencionó las veces que llegué tarde o con los ojos rojos por haber pasado la noche en el hospital.

Felicity escuchaba, sorprendida por aquella faceta desconocida de su jefe. En el fondo tenía buen corazón, aunque lo escondiera bajo múltiples capas.

—Alexander Reid tiene una lealtad feroz hacia quienes demuestran compromiso con su visión —continuó Rebecca con una pequeña sonrisa—. Es exigente porque cree sinceramente en la

excelencia, no por ego. Y recompensa esa excelencia generosamente.

Consultó su reloj nuevamente y se levantó.

—Nuestros veinte minutos han terminado. La próxima reunión es con Marketing Digital. Son particularmente susceptibles a las críticas, así que prepárate para algunas caras largas.

Mientras recogían sus cosas y se dirigían de vuelta a la sala de reuniones, Felicity procesaba aquella nueva información sobre Alexander Reid.

¿Era posible que bajo su fachada fría y calculadora existiera algo más humano, más compasivo?

La imagen del hombre que había conocido en el tren, momentáneamente sorprendido por un beso inesperado, parecía difícil de reconciliar con el ejecutivo implacable que había estado diseccionando presupuestos toda la mañana con mano de hierro. Y, sin embargo, según Rebecca, ambas versiones coexistían.

CAPÍTULO 18

La tarde continuó a un ritmo igualmente vertiginoso. Para cuando llegó la última presentación del día, Felicity sentía que su cerebro se había convertido en una especie de puré financiero, incapaz de absorber ni una sola cifra más.

Alexander, sin embargo, parecía tan alerta y enfocado como al comienzo del día, haciendo preguntas incisivas y tomando decisiones que afectarían a miles de empleados en todo el mundo con la misma facilidad con que otros elegirían qué cenar.

¿Cómo narices lo hacía? Era prácticamente como un robot. Como-un-puñetero-robot.

—Sus proyecciones para el cuarto trimestre son excesivamente conservadoras —señaló al director de Nuevos Mercados—. Están subestimando el potencial de expansión en el sudeste asiático.

El director, a diferencia de sus colegas anteriores, no pareció intimidado.

—Con todo respeto, señor Reid, el clima político en la región sugiere cautela. Nuestras proyecciones reflejan una estrategia para aminorar los riesgos.

Alexander entrecerró los ojos, no con enfado sino con interés.

—Arguménteme eso.

Durante los siguientes diez minutos, Felicity observó fascinada cómo se desarrollaba un intercambio intelectual entre ambos.

El director presentó premisas sólidas y Alexander los cuestionó no para desmontar, sino para explorar. Era una dinámica completamente diferente a las reuniones anteriores.

—Sus puntos son válidos —concedió finalmente Alexander, sorprendiendo a todos en la sala—. Sin embargo, propongo un enfoque híbrido. Mantengan las proyecciones conservadoras oficialmente, pero preparen un plan de contingencia para capitalizar rápidamente si las condiciones mejoran. Señorita Ashford, coordine una reunión para la próxima semana para revisar este plan alternativo.

—Sí, señor —respondió Felicity, impresionada por aquella demostración de flexibilidad que contradecía la imagen de rigidez que tenía de él.

Durante un instante fugaz, se permitió admirar su estampa.

Había algo magnético en la forma en que se desenvolvía delante de los empleados, en la concentración absoluta que emanaba de cara poro de su piel.

Algo que…

Felicity negó para sí.

Cuando la reunión concluyó, eran casi las 18:30 de la tarde.

El director de Nuevos Mercados se marchó con una expresión que sugería que había sobrevivido a un encuentro con un depredador particularmente peligroso, pero que había salido más o menos intacto.

Rebecca, que había permanecido silenciosa durante la última hora, permitiendo que Felicity tomara las notas y coordinara las reuniones por sí misma; se acercó a Alexander.

—¿Algo más para hoy, señor Reid?

Él negó con la cabeza, revisando brevemente su tablet.

—No. Buen trabajo hoy, señorita Anderson. Confío en que la señorita Ashford está adecuadamente preparada para asumir sus responsabilidades.

—Lo está —confirmó Rebecca—. Ha demostrado ser muy eficiente.

Alexander dirigió su mirada penetrante a Felicity, estudiándola como si fuera otro presupuesto que analizar.

—Señorita Ashford, prepare un resumen de las decisiones clave de hoy y las tareas de seguimiento. Lo quiero en mi bandeja de entrada antes de las 9:00 de mañana.

—Sí, señor —respondió Felicity, calculando mentalmente cuánto tiempo le llevaría completar esa tarea y a qué hora llegaría a casa aquella noche.

Para su sorpresa, Alexander añadió:

—Puede trabajar en ello desde casa, si lo prefiere. Los servidores están configurados para que pueda acceder a los archivos desde cualquier ordenador.

Era la primera concesión que le permitía. ¿Se estaría ablandando?

—Gracias —respondió, intentando no mostrar su sorpresa.

Alexander asintió brevemente y se dirigió hacia su oficina, dejando a Felicity y a Rebecca solas en la sala de reuniones.

Rebecca comenzó a recoger los materiales que había encima de la mesa.

—Creo que estás lista para manejar esto por tu cuenta —comentó en un tono casual.

Felicity la miró con una mezcla de pánico y orgullo. Hasta cierto punto, ella se mostraba con cierto escepticismo.

—¿En serio?

—No estaría diciendo esto si no lo creyera —respondió Rebecca —. Tienes instinto para este trabajo. La forma en que has manejado esa comparativa sorpresa hoy... ha sido impresionante.

—Casi me da un infarto cuando el señor Reid la mencionó —admitió Felicity—. No tenía idea de que me había enviado esos datos.

—Ese es la cuestión —explicó Rebecca—. Alexander constantemente te pondrá a prueba así. Espera que estés siempre atenta, siempre un paso por delante. Hoy demostraste que puedes manejar ese tipo de sorpresas.

Cogió su bolso y echó a andar.

—Gracias. Por todo —dijo Felicity.

Rebecca se detuvo en la puerta, permitiéndose una sonrisa por última vez.

—Buena suerte, Felicity. La vas a necesitar. Todas la hemos necesitado. —Sonrió más ampliamente—. Pero creo que vas a estar bien.

Cuando Rebecca se marchó, Felicity se quedó sola en la enorme sala de reuniones, rodeada de pantallas apagadas y tazas de café vacías.

Exhaló lentamente, procesando el día.

Había sido agotador, desafiante y en ocasiones aterrador. Pero también, para su propia sorpresa, estimulante.

Había aprendido más sobre finanzas en un día que en todo un semestre en la universidad. Había visto de primera mano cómo funcionaba la mente brillante de Alexander Reid. Y, lo más sorprendente, había sobrevivido.

¡Sí, había sobrevivido!

Cada día era como un pequeño triunfo.

Mientras recogía sus cosas y se preparaba para marcharse, Felicity se dio cuenta de que, bajo el cansancio, sentía satisfacción. El tipo de satisfacción que aparece como resultado de enfrentarse a un enorme desafío y no sucumbir, y no caer, no dejarse engullir por él.

Alexander Reid era posiblemente el jefe más exigente del planeta, un perfeccionista implacable con expectativas imposibles. Pero trabajar para él no sería solo una prueba de resistencia, sino una oportunidad para descubrir capacidades que ni siquiera sabía que poseía.

Con esa idea reconfortante, Felicity se dirigió hacia el ascensor, lista para enfrentar su siguiente desafío: crear un informe impecable mientras intentaba no quedarse dormida sobre su portátil.

Al menos tendría a Gatsby como compañía y, con suerte, otro de los cafés milagrosos de Azriel para ayudarla a sobrevivir su segunda noche como asistente personal de Alexander Reid.

CAPÍTULO 19

Dos semanas pueden parecer poco tiempo en la gran escala de la vida, pero en el universo de Reid Enterprises, equivalían prácticamente a un año, o a una década. O a la mismísima eternidad.

Felicity había descubierto que los días bajo el mando de Alexander Reid tenían una extraña cualidad elástica: se estiraban y estiraban interminablemente mientras transcurrían, pero después se comprimían en un borrón de actividad frenética que apenas podía recordar con claridad.

Durante aquellos catorce días, había desarrollado lo que ella denominaba «kit de supervivencia Reid».

Una combinación de rutinas meticulosas, preparación obsesiva y una resistencia al estrés que ni siquiera sabía que poseía.

Ya no necesitaba tres despertadores escalonados. Su cuerpo se había adaptado cruelmente al horario inhumano que imponía su jefe, despertándola automáticamente a las 5:20, diez minutos antes de que sonara la alarma. Era como estar en los Marines.

También había perfeccionado el arte de predecir las necesidades de Alexander, anticipándose a sus pedidos.

El café egipcio ya no era una fuente de ansiedad para ella sino una rutina bien ensayada.

Los informes que preparaba requerían menos correcciones. Incluso había comenzado a entender los sutiles matices del lenguaje corporal de Alexander Reid: la ligera inclinación de cabeza que indicaba aprobación, la casi imperceptible tensión en su mandíbula que presagiaba una tormenta inminente.

Aquella mañana de viernes, Felicity había llegado a la oficina especialmente temprano.

Alexander tenía una videoconferencia con inversores de Singapur a las 7:30, lo que significaba que todo debía estar configurado y probado con anticipación.

Mientras revisaba los documentos para la reunión, organizándolos meticulosamente en la tablet de Alexander, escuchó el familiar *ding* del ascensor que anunciaba su llegada.

«Temprano incluso para él mismo», pensó Felicity, consultando el reloj que marcaba apenas las 6:40 de la mañana.

Alexander Reid apareció en la entrada de la oficina, perfecto como siempre con un traje gris y una corbata negra. Pero algo en su expresión parecía diferente esa mañana. Una ligera arruga entre sus cejas, una tensión apenas perceptible en la línea de sus hombros.

—Buenos días, señor Reid —saludó Felicity, adoptando la compostura profesional que había perfeccionado día tras día—. Su café está listo y los documentos para la videoconferencia de Singapur están preparados. También he adelantado el análisis preliminar del proyecto Montgomery que solicitó ayer.

Alexander asintió distraídamente, algo inusual en él, que normalmente absorbía información con la eficiencia de un superordenador.

—Bien. Gracias, señorita Ashford.

Tomó el café egipcio que ella le ofrecía y se dirigió hacia su oficina, pero se detuvo abruptamente en la puerta.

Felicity casi pudo ver los engranajes girando en su cabeza

mientras tomaba una decisión.

—Señorita Ashford —dijo, girándose para mirarla directamente —. Esta noche se celebran los Premios *Entrepreneur Of The Year de Ernst & Young*. Asistiré para recibir un reconocimiento, pero principalmente para finalizar las negociaciones con Lawrence Chen sobre la expansión en el mercado asiático. Su esposa, Mei Lin, estará presente y su aprobación es crucial para cerrar el trato.

Felicity asintió, buscando ya en la tablet el archivo con los detalles del evento que había revisado la semana anterior.

—Sí, señor. El evento comienza a las 21:00 de la tarde en el Cipriani Wall Street. Su discurso está programado para las 22:15, seguido de la cena formal.

Alexander pareció sorprendido por su detallado conocimiento, pero continuó hablando sin hacer ningún comentario al respecto.

—He recibido una llamada esta mañana. Mi acompañante para el evento no podrá asistir. Tiene una gastroenteritis aguda.

Pronunció «gastroenteritis aguda» como si fuera una ofensa personal diseñada específicamente para complicarle la vida.

Felicity mantuvo una expresión neutra, aunque se preguntó quién sería esa acompañante. Alexander Reid rara vez mencionaba nada de su vida personal, y ella había aprendido a no preguntar.

Era uno de los consejos de Azriel.

—¿Desea que contacte con alguna otra persona en su nombre? —ofreció, preparándose mentalmente para la incómoda tarea de llamar a alguna mujer de la agenda personal de Alexander Reid, para invitarla a un evento con menos de doce horas de antelación.

Aunque no dudó de que todas estarían encantadas. De hecho, estaba segura de que matarían por ir con él a cualquier lado.

Él frunció el ceño ligeramente, como considerando la opción, pero luego negó con la cabeza.

—No hay tiempo para eso. Y francamente, no tengo energía para explicar los matices de la negociación con Chen a una nueva acompañante. —Hizo una pausa, y luego, como si acabara de tomar una decisión, añadió—: Asistirá usted conmigo, señorita Ashford.

Felicity parpadeó varias veces, segura de haber escuchado mal.

—¿Disculpe?

—Necesito que me acompañe al evento de esta noche —repitió Alexander, con el mismo tono de voz que usaría para pedir un informe o programar una reunión—. Como mi asistente personal, ya está familiarizada con los detalles del negocio Chen. Su presencia será más útil que la de una acompañante que no tenga ni idea de qué va el proyecto.

No era una petición. Era una orden, emitida con la expectativa de ser obedecida sin rechistar, sin cuestionar. Como todas sus órdenes.

—Por supuesto, señor —respondió Felicity de forma automática, mientras su cerebro intentaba procesar lo que acababa de suceder —. ¿Hay… hay alguna preparación específica que deba tener en cuenta? —Empezó a ponerse nerviosa, consciente del papelón que le acababa de caer encima, aunque trataba por todos los medios de mantener la compostura. Pero no tenía más remedio que aceptar.

Alexander consultó su reloj, pensando ya en el siguiente punto de su agenda, como si asistir a ese dichoso evento no fuera para volverse locos. Para ella lo era.

—No. Pasaré a recogerla a las 20:15 por su casa. —Hizo una pausa, observándola brevemente—. ¿Alguna pregunta?

Felicity tenía aproximadamente mil preguntas rebotando en su cabeza, pero se conformó con una:

—¿Debería preparar algún material adicional sobre el acuerdo Chen para esta noche?

Algo que podría haber sido aprobación brilló un instante en los

ojos de Alexander.

—Los puntos clave, resumidos en no más de dos páginas. Envíemelos antes de las 3 para revisarlos. —Y dicho eso, entró finalmente en su oficina, dando por terminada la conversación.

Aquel hombre era como un maldito robot.

Felicity se quedó inmóvil en su escritorio, asimilando la situación.

¿Alexander Reid acababa de invitarla, mejor dicho, ordenarle, que lo acompañara a una gala de premios? ¿Como su...? ¿Qué exactamente? ¿Su asistente? ¿Su reemplazo de emergencia para una cita? La situación era tan surrealista que casi soltó una carcajada histérica.

Porque iba a ponerse histérica de un momento a otro.

Su teléfono vibró con un WhatsApp, sacándola de su estupor.

Era de Rebecca, que, a pesar de haberse ido ya de la empresa, le enviaba algún que otro mensaje para ver cómo iba todo.

Rebecca: ¿Sobreviviendo al viernes?

Felicity respondió con dedos temblorosos:

Felicity: Alexander acaba de ordenarme que lo acompañe a los premios EY esta noche porque la mujer con la que iba a ir tiene una gastroenteritis aguda. ¿¿¿Es normal???

La respuesta llegó casi instantáneamente:

Rebecca: No. El tiempo que estuve yo, nunca me pidió que lo acompañara a un evento social. Interesante desarrollo. Usa Louboutins, si tienes. Sus ojos siempre se dirigen a los zapatos primero.

¡¡¿Qué?!!

Felicity miró fijamente el mensaje, notando cómo el pánico comenzaba a crecer en su pecho.

No solo no tenía unos Louboutins (¿quién cojones en su sano juicio se gastaba un mes de alquiler en unos zapatos, por muy Louboutins que fueran?), sino que no tenía absolutamente ningún vestido apropiado para un evento de esa categoría.

Y otra cosa: Si ninguna asistente lo había acompañado nunca a un evento, ¿por qué a ella se lo había pedido? ¿Era casualidad? ¿El universo se había confabulado para que se dieran las circunstancias exactas?

En menudo follón se había metido. Bueno, en menudo follón la había metido su jefe. ¡Maldita fuera!

Con un suspiro de impaciencia, comenzó a trabajar en los documentos para la videoconferencia de Singapur, intentando concentrarse en la tarea inmediata y no en el desastre que la esperaba esa noche. Ya tendría tiempo para entrar en pánico adecuadamente durante la hora del almuerzo.

CAPÍTULO 20

—¡¿QUE ALEXANDER REID HA HECHO QUÉ?!

El grito de Azriel resonó en el pequeño *loft*, sobresaltando a Gatsby, que estaba echándose su siesta vespertina en el sofá.

Felicity había llegado al apartamento dispuesta a enfrentar su crisis de vestuario, solo para encontrar a Azriel trabajando en casa, rodeado de bocetos y muestras de tela.

—Baja la voz —suplicó Felicity, dejándose caer dramáticamente junto a Gatsby—. Ya estoy lo suficientemente estresada sin que me rompas los tímpanos.

—Disculpa mi reacción completamente apropiada ante la noticia de que Alexander Reid, el mismo hombre con el que la mitad de las mujeres de Nueva York están obsesionadas, te ha invitado a ser su cita para los premios Ernst & Young —respondió Azriel, agitando una regla de medir como si fuera una batuta—. ¡Esto es enorme! ¡Es prácticamente un capítulo de novela romántica materializado en nuestra sala de estar!

—No es una cita —corrigió Felicity, frotándose las sienes—. Es una solución de emergencia práctica, porque la modelo o quien sea la mujer con la que iba a acudir, se está yendo por la pata abajo, y encima de manera aguda. —Azriel empezó a carcajear—. Literalmente me ordenó asistir, como si me estuviera pidiendo que programara una llamada telefónica. Fue neutro. Formal. Frío.

Azriel puso los ojos en blanco tan dramáticamente que Felicity temió que se le quedaran atascados en esa posición.

—Cariño, ningún hombre *ordena* a su asistente que lo acompañe a un evento de gala si no hay otras implicaciones. Por mucho que su cita haya perdido el control de los esfínteres a última hora —dijo con sorna—. Podría haber llamado a cualquier mujer de su larga, larguísima lista de contactos. Créeme, hay una fila de aspirantes a socialités que matarían por ser vistas del brazo de Alexander Reid.

—Dijo que no tenía tiempo para explicarle los detalles del negocio a alguien nuevo —argumentó Felicity, aunque una parte traicionera de su mente encontraba la lógica de Azriel perturbadoramente plausible—. Soy prácticamente una extensión de su agenda electrónica. No significo nada más que eficiencia operativa.

—Mmmm… —murmuró Azriel, no convencido en absoluto—. Y supongo que también es eficiencia operativa que te venga a busca a casa personalmente.

Felicity se pasó la mano por la frente.

—Da igual si viene a recogerme él mismo o no, no tengo ningún vestido apropiado que ponerme. Dios, va a ser un puto desastre.

—He de decir que en estos momentos me siento muy ofendido —dijo Azriel.

Felicity alzó la vista.

—¿Por qué? —le preguntó.

—¿Qué clase de amigo diseñador de moda sería si permitiera que no fueras vestida como una reina a ese evento?

A Felicity se le iluminó el rostro.

—¡Claro, tú eres diseñador de moda!

Azriel rodó los ojos hasta el techo.

—¿Te acabas de dar cuenta ahora, cariño? —dijo con su habitual sentido del humor.

Felicity chasqueó la lengua.

—No, lo que pasa es que todo esto me tiene super estresada. ¿No tenía otro momento esa mujer de cagarse viva? En menudo follón me ha metido.

Azriel agitó la mano en el aire.

—Ningún follón. Aquí tienes un diseñador a tu disposición. —Ya estaba recogiendo sus muestras de tela y bocetos, apilándolos apresuradamente—. Un diseñador cuya colección, por cierto, fue presentada en la Semana de la Moda de Nueva York el año pasado y recibió críticas estelares de Vogue. No es por presumir, pero sí, estoy presumiendo.

—¿Harías eso por mí? —le preguntó Felicity, haciendo un puchero.

—Eso y más cosas —dijo Azriel, sonriendo. Se dirigió hacia el estudio—. Vamos. Tenemos exactamente… —consultó su reloj—… tres horas y cuarenta y dos minutos antes de que tu Cenicienta tenga que estar lista para el baile. Y a diferencia de los ratones de Disney, yo necesito tiempo para hacer mi magia.

Felicity se echó a reír.

—Azriel, eres lo mejor que me ha pasado últimamente —afirmó, agarrándole del brazo por detrás.

—Lo sé, cariño —dijo él en tono de broma, guiñándole un ojo, y tirando de ella hacia el estudio.

Lo que vio Felicity al entrar la dejó sin palabras y con la mandíbula a punto de caérsele al suelo.

Azriel había transformado el espacio en lo que parecía una boutique de alta costura.

En un lado de la habitación había varios vestidos de gala en

diferentes tonos y cortes, cada uno más impresionante que el anterior. En el otro, abrió un armario que Felicity nunca había visto antes, revelando una colección de zapatos y accesorios que haría llorar a cualquier estilista.

—¿De dónde ha salido todo esto? —preguntó, acercándose con cautela a un vestido de seda de color esmeralda que parecía brillar con luz propia.

—Es mi colección personal —respondió Azriel con orgullo, acariciando la tela de un vestido negro con detalles de encaje—. Diseños que he creado pero que todavía no han sido producidos o mostrados públicamente. Prototipos, si quieres llamarlos así. Cada diseñador tiene su reserva secreta de piezas especiales esperando el momento y a la persona adecuados.

Felicity tocó reverentemente la tela del vestido esmeralda, sintiendo su suavidad entre los dedos.

—Son... extraordinarios, y preciosos —murmuró, impresionada —. ¿Y estás dispuesto a prestarme uno? ¿No deberían estar en una bóveda o algo así?

Azriel rio, un sonido brillante y contagioso.

—Cariño, la moda no está hecha para ser encerrada en bóvedas ni museos. Está hecha para ser usada, admirada, para hacer que la persona que la lleve se sienta como la mejor versión de sí misma. — Se acercó, examinándola con ojo crítico—. Y tú, mi pequeña asistente estresada, estás a punto de convertirte en la mujer más deslumbrante de esa gala.

Azriel comenzó a moverse por la habitación, seleccionando vestidos y colocándolos sobre un sofá para una mejor inspección.

—Necesitamos algo que grite «soy asistente personal pero también podría ser una modelo de portada» —dijo—. Algo que haga que Alexander Reid se pregunte por qué demonios te ha tenido escondida detrás de un escritorio en lugar de presumirte en cada evento social. —Levantó un vestido azul noche con un corte

asimétrico—. ¿Qué opinas de este?

Felicity observó el vestido con una mezcla de admiración y terror.

—Es precioso, pero... ¿no es un poco atrevido para una asistente? Se supone que debo parecer profesional, no como si estuviera intentando robarle el protagonismo a Alexander.

Azriel resopló.

—Ninguna persona podría robarle el protagonismo a ese hombre, aunque se presentara desnuda. Tiene una presencia que consume toda la habitación. —Dejó el vestido azul y tomó uno burdeos con detalles de pedrería en los hombros—. Quizás este sea más adecuado. Elegante, sofisticado, pero con ese toque que dice «no soy solo una empleada».

Felicity echó un vistazo al vestido. Ladeó la cabeza.

—Me gusta, pero... —No terminó la frase, sus ojos se sintieron atraídos irresistiblemente hacia un vestido en el fondo de la colección, apenas visible entre los demás.

Azriel siguió su mirada y sonrió con un brillo de aprobación en los ojos.

—Ah, tienes buen ojo. —Se acercó y sacó el vestido en cuestión: una creación en un tono profundo de verde que no era exactamente esmeralda ni jade, sino algo indescriptible entre ambos. El corte era aparentemente simple pero ingeniosamente diseñado, con un escote barco que revelaría elegantemente sus clavículas sin ser demasiado atrevido, una cintura ceñida, y una falda que caía en pliegues fluidos hasta el suelo.

—Este —declaró Azriel con certeza absoluta—. Este es el vestido que hará que Alexander Reid tropiece con sus propias palabras cuando te vea.

Felicity extendió una mano para tocar la tela, que resultó ser un satén con la fluidez del agua.

—Es... perfecto —afirmó con contundencia, imaginándose ya cómo se sentiría al llevarlo—. Pero ¿y si no me queda bien? No tenemos tiempo para hacer ningún arreglo de última hora.

Azriel la miró con una expresión que mezclaba ofensa y diversión.

—¿Estás cuestionando mis habilidades como diseñador? Puedo ajustar cualquier vestido a cualquier cuerpo en menos tiempo del que tardas en decir «Alexander Reid es un dictador, pero tiene un culo jodidamente espectacular».

—¡Azriel! —exclamó Felicity, sonrojándose un poco—. ¡Nunca he dicho nada sobre su... culo!

—Pero lo piensas —lanzó Azriel—. De todas formas, no necesitabas decirlo, cariño. Es un hecho empírico a la vista de todo el mundo. ¿O no?

—La verdad es que sí —admitió Felicity, con la cabeza baja.

Azriel volvió a guiñarle un ojo y le tendió el vestido.

—Ahora, a probártelo. El tiempo apremia y tenemos una transformación digna de película por delante.

Felicity tomó el vestido y se dirigió al baño para cambiarse, sintiendo una mezcla de nerviosismo y emoción que no había experimentado desde el baile de graduación.

Mientras se deslizaba dentro de la suave tela, no pudo evitar preguntarse cómo reaccionaría Alexander al verla con algo tan diferente a sus habituales y serios trajes sastre.

Cuando salió del baño, la expresión de Azriel fue toda la confirmación que necesitaba.

—Oh. Dios. Mío. —Su amigo se llevó dramáticamente las manos al pecho—. Es como si hubiera diseñado este vestido específicamente para ti. El color va perfectamente con tu tono de piel, y la forma en que se ajusta a tu cintura... es perfecto.

Felicity se acercó al espejo de cuerpo entero que había situado en la esquina del estudio, y casi no reconoció a la mujer que le devolvía la mirada.

El vestido era, efectivamente, perfecto. La transformaba de una manera sutil pero innegable, destacando sus mejores rasgos sin parecer que lo estaba intentando a propósito.

—Es... increíble —murmuró, girando ligeramente de costado para ver cómo la tela se movía con ella—. Nunca he tenido nada parecido.

—Y apenas estamos empezando —declaró Azriel, acercándose con la cinta métrica en la mano—. Necesito hacer algunos ajustes mínimos en la cintura y el largo, y luego pasaremos a los zapatos y accesorios. Para cuando termine contigo, serás la visión que perseguirá Alexander Reid en sus sueños.

—No quiero que me persiga en sus sueños —protestó débilmente Felicity—. Solo quiero sobrevivir a esta noche sin hacer el ridículo, o ser despedida.

—Ya, bueno… —murmuró Azriel con poco entusiasmo, arrodillándose para marcar el dobladillo—. Y yo no quiero que Jean Paul Gaultier me llame para ofrecerme ser su sucesor. Los dos sabemos que hay más en juego aquí.

Felicity decidió no argumentar, por un lado porque sabía que sería inútil y por otro porque una pequeña y traicionera parte de ella se preguntaba si a lo mejor había algo de verdad en lo que Azriel insinuaba.

Durante la siguiente hora, se sometió pacientemente a los ajustes y modificaciones que su compañero de piso realizaba con la precisión de un cirujano y la pasión de un artista. Finalmente, cuando el vestido estuvo perfectamente adaptado a su cuerpo, pasaron a la siguiente fase: zapatos y accesorios.

—No tengo Louboutins —confesó Felicity, recordando el mensaje de Rebecca—. Según parece, Alexander Reid siempre mira

los zapatos primero.

Azriel sonrió enigmáticamente.

—¿Quién necesita Louboutins cuando tienes esto? —De una caja cuidadosamente guardada, sacó un par de sandalias de tacón en un tono que complementaba perfectamente al vestido, con detalles de cristal que captaban la luz como diminutas estrellas—. Diseño exclusivo, hechas a mano en Milán. Nunca fabricadas en masa. Y, casualmente, de tu número. —Chocó ligeramente las punteras.

Felicity miró las sandalias con asombro.

—¿Cómo es posible que tengas zapatos de mi número?

—El universo conspira a favor de los estilísticamente bendecidos —respondió Azriel, encogiéndose de hombros—. O tal vez compré varios pares de diferentes números porque sabía que algún día encontraría a alguien a quien poder ponérselas. Los detalles no importan.

Mientras Felicity se probaba las sandalias, que le quedaban perfectas, Azriel continuó su búsqueda de los accesorios ideales.

—Minimalismo elegante para las joyas —murmuró, más para sí mismo que para ella—. Nada ostentoso que compita con el vestido. El vestido es la estrella, tú eres la galaxia que lo contiene.

Seleccionó unos pendientes largos y finos con pequeños cristales que hacían juego con los de las sandalias, y un brazalete delicado pero llamativo para su muñeca derecha.

—Sin collar —decidió—. Ese escote barco merece ser admirado sin distracciones.

Para cuando terminaron con los accesorios, era hora de pasar al maquillaje y peinado. Azriel resultó ser tan hábil con los cosméticos como con la aguja, aplicando productos con mano experta para crear un look que realzaba sus rasgos naturales sin parecer excesivo.

—Un *smokey eye* sutil, labios en un tono rosado-nude, y mejillas con un toque de luminosidad —explicó mientras trabajaba—. Queremos que parezcas la versión más glamurosa de ti misma, no una persona diferente.

—No, por favor —comentó Felicity.

El peinado fue igualmente estudiado: un recogido bajo que dejaba algunos mechones sueltos alrededor de su rostro. Elegante pero no severo.

Cuando finalmente Azriel dio un paso atrás para admirar su obra, su expresión era de pura satisfacción.

—Perfecto —declaró—. Absolutamente perfecto.

Felicity se miró en el espejo una última vez, casi sin reconocerse.

La mujer que le devolvía la mirada parecía salida de las páginas de una revista de moda: elegante, sofisticada, segura de sí misma. Tan diferente de la asistente perpetuamente estresada en la que se había convertido durante las últimas dos semanas.

—Azriel, yo... —se volvió hacia su amigo. Las palabras se resistían a salir—. No sé cómo agradecerte esto.

Sin pensarlo dos veces, se acercó y lo envolvió en un abrazo, cuidando de no arruinar su maquillaje ni su peinado. Luego, en un arrebato de gratitud, plantó varios besos rápidos en sus mejillas.

—¡Eres mi ángel de la guarda! ¡Me has salvado el culo! —exclamó—. No sé qué habría hecho sin ti.

Azriel rio, agradecido por sus palabras.

—Es lo que hacen los amigos —dijo—. Además, esto es puro egoísmo de mi parte. ¿Te imaginas el impulso que dará a mi carrera cuando todo el mundo pregunte quién diseñó tu vestido y tú puedas decir mi nombre? Es publicidad que no podría pagar.

—Lo gritaré a los cuatro vientos —prometió Felicity. Consultó la

hora—. Oh, Dios. Alexander estará aquí en diez minutos.

—Justo a tiempo —afirmó Azriel, entregándole un pequeño bolso que combinaba perfectamente con el conjunto—. Todo lo esencial cabe aquí: tu teléfono, un pintalabios para retoques, una mini botella de perfume, y un par de tiritas por si las sandalias resultan ser menos cómodas de lo que parecen después de unas horas.

Felicity tomó el bolso, sintiéndose repentinamente nerviosa.

—¿Y si me ve y piensa que es demasiado? ¿Que no parezco una asistente profesional?

Azriel la tomó por los hombros, mirándola directamente a los ojos.

—Escúchame bien. Esta noche no eres solo la asistente de un ejecutivo. Eres su acompañante en un evento de gala. —Levantó el dedo índice—. Y un evento muy importante
—matizó—. Se espera que vayas así. Y créeme, cuando te vea, lo último que pensará es que pareces una asistente.

—Eso es lo que me preocupa —murmuró Felicity.

—No debería preocuparte —rebatió Azriel—. Debería emocionarte. Alexander Reid podría haber elegido a cualquiera para acompañarlo esta noche. Sin embargo, te eligió a ti.

—Porque la supermodelo con la que seguro iba a acudir se está yendo por la pata abajo, y yo estaba convenientemente disponible —le recordó Felicity. Necesitaba mantener las cosas en perspectiva—. No te emociones demasiado con ello. Es una solución práctica a un problema logístico, nada más.

Azriel puso los ojos en blanco.

—Sigue diciéndote eso si te hace sentir mejor. Mientras tanto, yo viviré felizmente en mi mundo, donde Alexander Reid finalmente ha visto el diamante escondido detrás del escritorio y ha encontrado una excusa perfecta para explorar la química que obviamente existe

entre vosotros.

Felicity lanzó un suspiro.

—Eres imposible —dijo, aunque no pudo evitar que una pequeña sonrisa se formara en sus labios.

—Soy un romántico —corrigió Azriel—. Y tú eres una heroína de novela romántica esperando que su historia se desarrolle. Solo recuerda: pase lo que pase esta noche, quiero todos los detalles mañana. Y me refiero a TODOS.

El timbre del apartamento sonó, sobresaltándolos a ambos.

—Es él —susurró Felicity, sintiendo cómo su corazón comenzaba a acelerarse—. Dios, es él. —Había una nota de pánico en su voz.

—Respira —le aconsejó Azriel, ajustando un último mechón de su pelo—. Estás deslumbrante, estás preparada, y vas a dejar a Alexander Reid sin palabras. Ahora ve y conquista a todo el mundo en ese evento.

Con un último vistazo al espejo y una respiración profunda para calmar los nervios, Felicity se dirigió hacia la puerta, preparándose para la reacción de Alexander Reid ante su transformación.

Fuera cual fuera el resultado, al menos sabía una cosa con certeza: esa noche no sería como ninguna otra en su breve carrera como asistente personal del hombre más intimidante de Manhattan.

CAPÍTULO 21

El timbre sonó de nuevo, más insistente aquella vez, como si la persona al otro lado de la puerta tuviera un horario precisamente cronometrado que no admitía retrasos. Lo cual, considerando que se trataba de Alexander Reid, era exactamente el caso.

—¡Ya voy! —exclamó Azriel, guiñándole un ojo a Felicity mientras se apresuraba hacia la puerta—. Quédate aquí. Mereces una entrada dramática, como la diva que eres.

Felicity asintió, sintiendo cómo su corazón latía con tanta fuerza que temía que fuera visible a través de la delicada tela del vestido.

Se quedó en el pasillo que conectaba las habitaciones con la sala de estar, oculta de la vista inmediata, pero lo suficientemente cerca para escuchar.

El sonido de la puerta abriéndose fue seguido por un breve silencio.

—Buenas tardes —escuchó la voz de Alexander, profunda y controlada como siempre, pero con un leve matiz de sorpresa—. Busco a la señorita Ashford.

—Buenas tardes, soy Azriel Fontaine, compañero de piso de Felicity.

Otro breve silencio.

Felicity podía imaginar perfectamente la expresión de Alexander. La mezcla de desconcierto y ligera impaciencia que reservaba para las interacciones que consideraba innecesarias.

—Mucho gusto conocerle —respondió con cortesía, en un tono educado pero distante—. ¿Está la señorita Ashford lista? Tenemos un horario ajustado.

Felicity puso los ojos en blanco. ¿Qué problema tenía aquel hombre con los horarios y las horas?

—Oh, sí, está lista —aseguró Azriel. Giró un poco la cabeza por encima de su hombro—. Felicity, cariño, el señor Reid ha llegado.

Felicity respiró hondo, cuadró los hombros, y dio los dos pasos que la dejarían a la vista de Alexander.

Los pocos metros desde el pasillo hasta la sala de estar nunca le habían parecido tan largos. Era como si caminara en cámara lenta, consciente de cada detalle: el suave susurro de la tela del vestido contra sus piernas, el leve tintineo de los pendientes al girar la cabeza, el peso desconocido del elegante peinado.

Y entonces lo vio.

Alexander Reid estaba de pie en el umbral de la puerta, impecable con un esmoquin negro que parecía haber sido confeccionado por los mismos dioses de la sastrería, si es que eso podía existir.

Su presencia llenaba el espacio de una manera que Felicity ya conocía bien de la oficina, con esa aura de autoridad y control absoluto que lo rodeaba como un campo de fuerza. Pero había algo diferente en él aquella noche. Quizás era la iluminación, o tal vez el contexto fuera de la oficina, pero parecía al mismo tiempo más formal y más humano.

Cuando sus ojos se posaron en ella, Felicity experimentó algo que nunca antes había sentido en su presencia: el poder de detener completamente sus pensamientos.

Porque Alexander Reid, el hombre que nunca perdía la compostura, el presidente y dueño de Reid Enterprises, cuya expresión controlada era legendaria en los círculos empresariales, se había quedado absolutamente inmóvil.

Sus ojos, esos penetrantes ojos azules con mirada acerada, que normalmente escaneaban todo con eficiencia clínica, se habían detenido por completo, fijos en ella con una intensidad que hizo que la temperatura de la habitación pareciera aumentar varios grados.

Fue apenas un momento, quizá tres segundos a lo sumo, pero a ella le parecieron una eternidad.

Felicity pudo ver, literalmente ver, cómo algo cambiaba en su mirada. Un parpadeo, un ajuste casi imperceptible, como una cámara enfocando de nuevo para captar algo inesperado en su campo de visión.

Y luego, tan rápido como había aparecido, se desvaneció, reemplazado por su habitual máscara de control. Pero no antes de que Felicity captara un breve destello de... ¿sorpresa? ¿Admiración? ¿Algo más que no podía nombrar?

—Señorita Ashford —la saludó finalmente. Su voz estaba perfectamente modulada, pero con una nota más grave de lo habitual—. Está... —una pausa casi imperceptible— apropiadamente vestida para la ocasión.

Desde el sofá, donde Azriel se había sentado para disfrutar del espectáculo, soltó un sonido que podría haber sido una risa ahogada o un bufido de incredulidad.

—Apropiadamente vestida —murmuró lo suficientemente alto para que lo escucharan—. Qué manera de subestimar una obra maestra.

Alexander lo ignoró completamente. Sus ojos aún estaban fijos en Felicity, con una intensidad que la hacía sentir como si estuviera bajo un microscopio particularmente potente. Pero no era la misma mirada evaluadora que usaba en la oficina. Había algo más allí, algo

que hacía que su piel hormigueara como si hubiera electricidad estática en el aire que flotaba entre ellos.

—Gracias, señor Reid —respondió Felicity, orgullosa de que su voz sonara firme y profesional, a pesar del caos que había desatado en su interior—. No sabía muy bien qué ponerme, pero Azriel se ha ofrecido a ayudarme. Es un diseño suyo y…

—El resultado es... espectacular —la cortó Alexander, y durante un momento sus ojos recorrieron la totalidad de su figura, desde el elegante peinado hasta las sandalias cuidadosamente seleccionadas.

Cuando sus ojos volvieron a encontrarse con los de Felicity, ella podría haber jurado que vio algo parecido a la admiración en ellos.

—El coche nos espera —anunció Alexander, consultando brevemente su reloj—. ¿Tiene todo lo que necesita?

Felicity asintió, levantando ligeramente el pequeño bolso.

—Sí, señor.

—Excelente —asintió Alexander, dando un paso atrás para permitirle pasar—. Entonces, nos vamos.

Felicity lanzó una última mirada a Azriel, que le dedicó un guiño exagerado y dos pulgares hacia arriba desde el sofá.

—Diviértete, cariño —susurró él—. Y recuerda, el hechizo no se rompe a medianoche.

Ella le dirigió una mirada de advertencia, rezando para que Alexander no hubiera escuchado el comentario. Pero cuando se acercó a la puerta, notó que su jefe estaba inusualmente distraído, sus ojos nuevamente recorriendo su figura cuando creía que ella no lo notaba.

—¿Nos vamos, señor Reid? —preguntó, provocando que él volviera a centrar su atención.

—Por supuesto —respondió, y entonces hizo algo completamente inesperado: extendió levemente su brazo,

ofreciéndoselo en un gesto caballeroso.

Felicity dudó un segundo, sorprendida por ese comportamiento tan diferente al de la oficina. Pero rápidamente se adaptó, colocando su mano ligeramente sobre su antebrazo. El contacto, incluso a través de las capas de tela, envió una descarga de calor por su brazo.

Mientras salían del apartamento, Felicity captó una última visión de Azriel en el espejo del pasillo, simulando un desmayo dramático (incluida la mano en el pecho, para enfatizarlo más). No pudo evitar sonreír.

—¿Pasa algo divertido, señorita Ashford? —preguntó Alexander, advirtiendo su expresión mientras esperaban el ascensor.

—Solo nervios —respondió ella, optando por una verdad a medias—. No todos los días asisto a un evento de premios con... —se detuvo, insegura de cómo describir su relación en aquel contexto.

—¿Con su jefe? —completó él, y por un instante, Felicity podría haber jurado que vio un destello de algo parecido a humor en sus ojos azules.

—Exactamente —asintió, agradecida por la salida fácil.

El ascensor llegó, y mientras entraban en él, Felicity no pudo evitar notar que Alexander mantenía su mano firmemente apoyada en la parte baja de su espalda. Un toque ligero, pero presente. Era un gesto pequeño, probablemente mecánico, sin la mayor importancia, pero que enviaba ondas de calor a través de la delgada tela del vestido.

Mientras las puertas se cerraban, captó su reflejo en el espejo del ascensor.

Junto a Alexander Reid, con su espléndido esmoquin y con su imponente presencia, no parecía la asistente personal estresada que había sido aquella misma mañana. Parecía su igual. Una pareja. (En parte era gracias al trabajo de Azriel).

Y por la forma en que los ojos de Alexander se encontraron con los suyos a través del espejo, sosteniendo su mirada un segundo más de lo necesario, con una intensidad que no tenía nada de profesional, Felicity tuvo la repentina y desconcertante sensación de que quizás él estaba pensando exactamente lo mismo.

CAPÍTULO 22

El barrio donde vivía Azriel, aunque era muy chulo, no era precisamente el tipo de lugar donde se veían cochazos negros metalizados estacionados frente a la entrada principal.

Una de las ancianas del edificio, que normalmente parecía adormilada, observaba el vehículo con una mezcla de recelo y fascinación, como si esperara que una estrella de cine emergiera de él en cualquier momento.

Cuando Alexander avanzó hacia la puerta trasera del coche, Felicity esperó instintivamente a que él entrara primero. Pero para su sorpresa, él extendió la mano y abrió la puerta, manteniéndola así mientras la miraba con expectación.

—Adelante, señorita Ashford —dijo, con ese tono formal que utilizaba incluso en las circunstancias más inusuales.

Felicity dudó un instante, desacostumbrada a ese trato caballeroso por parte de su jefe.

«Es solo educación básica —se recordó a sí misma—. No significa nada.»

Pero mientras se disponía a entrar, se encontró con un dilema inesperado: el vestido.

La elegante creación de Azriel, con su falda que fluía hasta el suelo, no estaba diseñada para entrar con gracia en un vehículo bajo

la mirada atenta de Alexander Reid.

Felicity tomó la tela entre sus dedos, intentando recogerla discretamente para no tropezar, pero el movimiento resultó más complicado de lo previsto. En un acto reflejo, Alexander extendió su mano libre, ofreciéndole apoyo. Felicity la tomó automáticamente, sintiendo el calor en la piel de su palma.

—Gracias —murmuró, concentrándose a conciencia en no enredarse con el vestido y caer de bruces, mientras sentía sus mejillas arder.

Una vez dentro, el interior del coche la dejó sin palabras. Había esperado un vehículo lujoso, por supuesto, pero aquello era otro nivel.

Asientos de cuero en un tono crema que contrastaba elegantemente con la madera oscura de los paneles. Una pequeña nevera discreta en un lateral. Iluminación ambiental que creaba una atmósfera íntima sin resultar demasiado tenue.

Alexander entró después de ella, moviéndose con esa gracia felina que parecía inherente en él, y se sentó a una distancia prudencial.

El espacio entre ellos era respetable, pero en la intimidad del vehículo, parecía extrañamente cargado.

—James, al Cipriani, por favor —indicó Alexander al conductor, que respondió con un asentimiento antes de subir la pantalla de cristal.

Y de repente estaban solos, en un espacio confinado, vestidos como si fueran a protagonizar la portada de una revista de sociedad.

Felicity se aferró al pequeño bolso como si fuera un salvavidas en medio del océano. El silencio se extendió entre ellos, no exactamente incómodo, pero cargado de algo que no sabía definir.

—Debo admitir —dijo Alexander finalmente, rompiendo el silencio— que su compañero de piso tiene mucho talento.

Felicity lo miró, sorprendida por el inesperado cumplido.

—¿Perdón?

—El vestido —aclaró Alexander, con un gesto breve pero elocuente hacia su atuendo—. Es muy bonito. Dijo que era suyo. ¿Es diseñador?

—Sí —confirmó Felicity, repentinamente orgullosa de Azriel—. Azriel Fontaine. Diseñó una colección para una campaña publicitaria en la que salía usted.

Alexander frunció el ceño.

—¿En serio?

—Sí.

Alexander alzó ligeramente las cejas.

—Supongo que sería mi asistente personal la que se encargaría de hablar con él. Trabajo con tanta gente, que a veces no puedo recordar sus nombres.

—Bueno, es normal.

—Tampoco suelo seguir de cerca la moda emergente, pero reconozco el talento cuando lo veo.

¿Quién lo diría?, se preguntó Felicity, si siempre iba de punta en blanco.

Los ojos de Alexander se detuvieron brevemente en ella mientras pronunciaba esas palabras. La miró con tanta intensidad que hizo que Felicity sintiera un hormigueo en la piel.

—Le transmitiré sus palabras a Azriel —respondió, intentando mantener un tono ligero—. Le va a dar un infarto.

Un gesto que podría haber sido una sonrisa fantasma cruzó rápidamente el rostro de Alexander.

—Espero que no literalmente —dijo.

¿Acababa Alexander Reid de hacer una broma?

Felicity parpadeó, insegura de cómo responder a esa versión más relajada de su jefe. Le había pillado desprevenida.

—Sobrevivirá, no se preocupe —aseguró.

Para su sorpresa, Alexander soltó una risilla breve. Un sonido profundo y cálido que transformó completamente su rostro, suavizando las líneas duras de su mandíbula y encendiendo un brillo en sus ojos que Felicity encontró inexplicablemente cautivador.

El resto del trayecto transcurrió entre conversaciones breves sobre el evento, los asistentes clave y, principalmente, sobre Lawrence Chen y su esposa, con quienes tenían previsto compartir mesa.

Alexander le proporcionó detalles extras sobre el negocio que esperaba cerrar aquella noche, y Felicity agradeció volver a un terreno puramente profesional, donde se sentía más segura.

Sin embargo, no podía ignorar la extraña atmósfera que se había instalado entre ellos, como si las reglas habituales que regían su relación profesional se hubieran suspendido temporalmente, dejando un espacio ambiguo que ninguno de los dos sabía exactamente de qué manera navegar.

El Cipriani Wall Street, con su impresionante arquitectura neoclásica, resplandecía bajo las luces estratégicamente colocadas que realzaban sus majestuosas columnas.

Una alfombra roja se extendía desde la acera hasta la entrada, flanqueada por fotógrafos y miembros de la prensa especializada en negocios.

Cuando el coche se detuvo, Felicity sintió que su corazón se

aceleraba.

Aquello era real.

Estaba a punto de entrar a un evento de élite del brazo de uno de los hombres más poderosos y reconocidos (y deseados) de Nueva York.

Alexander debió percibir su nerviosismo, porque antes de que el chófer abriera la puerta, se volvió hacia ella.

—Relájese, señorita Ashford —dijo. Su voz sonaba extrañamente suave—. Es solo otro tipo de negociación. Y usted ha demostrado ser excepcionalmente hábil para adaptarse a situaciones nuevas.

El cumplido, dicho con la misma naturalidad con la que habría comentado el clima, la tomó por sorpresa. Pero antes de que pudiera responder, la puerta se abrió y el mundo exterior invadió su pequeña burbuja.

Alexander salió primero, con la elegancia de alguien acostumbrado a los focos, y luego se giró, extendiéndole la mano para ayudarla a salir.

Felicity la cogió, agradeciendo el apoyo mientras emergía cuidadosamente del vehículo, consciente de las miradas y los ocasionales flases.

—Mantenga la cabeza alta y no se detenga —murmuró Alexander, colocando su mano firmemente en la parte baja de su espalda, mientras comenzaban a caminar por la alfombra roja—. La mayoría están más interesados en parecer importantes que en quiénes somos realmente o qué hacemos aquí.

Felicity asintió, agradecida por el consejo.

Intentó canalizar la confianza que sentía en la oficina, donde conocía exactamente su papel y sus responsabilidades.

«Esto es solo otro tipo de trabajo —se dijo—. Solo que con

mejor vestuario y más glamour.»

Al entrar al vestíbulo principal, fue como si se transportara a otra época.

El espacio era grandioso, con techos altísimos adornados con frescos, columnas majestuosas y candelabros que arrojaban una luz cálida y elegante sobre los asistentes.

Y qué asistentes.

Estaban por todas partes.

Felicity veía rostros que reconocía de revistas de negocios, periódicos económicos y ocasionales apariciones en televisión. Los titanes de la industria, vestidos con sus mejores galas, mezclándose como deidades modernas en su propio Olimpo empresarial

—Alexander Reid. —Una voz profunda interrumpió sus observaciones—. Puntual como siempre.

Un hombre de aspecto distinguido, quizás una década mayor que Alexander, se acercó con una sonrisa amable en los labios, pero que no llegaba completamente a sus calculadores ojos.

—Nathaniel —lo saludó Alexander con un asentimiento cortés—. No me perdería tu discurso de apertura por nada del mundo. Siempre encuentro... instructiva tu perspectiva sobre la innovación.

Había algo en su tono, una sutil inflexión, que sugería que «instructiva» no era precisamente un cumplido. El hombre pareció captarlo, porque su sonrisa se tensó ligeramente.

—Tan amable como siempre —respondió el tal Nathaniel, antes de dirigir su atención hacia Felicity—. ¿Y quién es esta encantadora joven?

—Felicity Ashford, mi asistente personal —la presentó Alexander, y Felicity notó que no utilizaba el «señorita» formal que normalmente precedía a su apellido—. Felicity, Nathaniel Harrington, CEO de Harrington Tech.

—Un placer, señor Harrington —respondió Felicity, extendiendo su mano con una sonrisa profesional en la boca.

—El placer es mío, sin duda —respondió Harrington, reteniendo su mano un segundo más de lo necesario—. Alexander siempre ha tenido buen ojo para el... talento.

Había algo en la forma en que lo pronunció que hizo que Felicity se sintiera un poco incómoda, como si estuviera insinuando algo más.

«Este tío tiene pinta de ave carroñera», pensó para sus adentros.

—El talento de la señorita Ashford va mucho más allá de su apariencia —intervino Alexander. Su tono era repentinamente afilado como una navaja, como si no estuviera dispuesto a aguantar ninguna impertinencia hacia Felicity—. Su análisis del mercado asiático fue muy importante en nuestra reciente expansión en Singapur. Algo que, tengo entendido, Harrington Tech intentó sin éxito el año pasado.

«Joder», exclamó Felicity en silencio.

Alexander Reid no se andaba con chiquitas. Era directo, sin sutilezas ni indulgencias de ninguna clase.

Nathaniel Harrington soltó una risa que sonaba tan falsa como la cordialidad que había en sus ojos de ratón.

—Siempre a la ofensiva, ¿verdad, Alexander? —Se volvió hacia Felicity—. Un consejo: mantenga cerca su currículum. Trabajar para este hombre es como caminar por una cuerda floja… y sin red.

—Afortunadamente —respondió Felicity con una sonrisa dulce pero firme—, tengo un excelente sentido del equilibrio.

Alexander la miró con lo que podría haber sido aprobación en el amago de una sonrisa, mientras el hombre parecía desconcertado por su respuesta.

—Disfruta la velada, Nathaniel —dijo Alexander, claramente dando por terminada la conversación, mientras guiaba a Felicity hacia el salón principal.

—¿Un antiguo rival? —preguntó ella cuando estuvieron a una distancia segura.

—Algo así —respondió Alexander, escaneando la sala como un estratega evaluando un campo de batalla—. Harrington y yo tenemos... diferencias filosóficas sobre cómo debe llevarse a cabo un negocio. Él considera que la lealtad es prescindible si el precio es correcto.

Había una dureza en su voz que Felicity rara vez había escuchado, como si hubiera de fondo algo personal.

—Intentó contratar a varios de mis ejecutivos clave el año pasado —continuó Alexander—. Con ofertas exorbitantes y promesas que no tenía intención de cumplir. Cuando fracasó, intentó una adquisición hostil de una de nuestras filiales. También fracasó.

—No parece el tipo de hombre que acepta bien el fracaso —observó Felicity.

—No lo es —confirmó Alexander—. Lo cual lo hace predecible. Y la previsibilidad, señorita Ashford, es una desventaja fatal en los negocios.

Antes de que pudiera decir algo, una voz femenina, suave como la seda, pero con un filo apenas oculto, apenas disimulado, los interrumpió.

—Alexander, qué sorpresa encontrarte en un evento que celebra el éxito empresarial.

Felicity se giró para encontrarse con una de las mujeres más impresionantes que había visto en persona. Alta, con una elegancia que parecía inherente, cabello rubio platino recogido en un moño impecable, y un vestido rojo que parecía pintado sobre su escultural figura.

Pero lo más impactante eran sus ojos: de un verde tan claro que casi parecían translúcidos; fríos y calculadores a pesar de la sonrisa que adornaba sus labios perfectamente pintados.

—Isobel —saludó Alexander, y Felicity detectó un cambio sutil en su postura, como si se estuviera preparando para un encuentro potencialmente hostil—. Pensé que estarías en Chicago para la reunión del consejo de Winters Corporation.

—Oh, la reunión del consejo —respondió ella con un gesto desdeñoso de su mano enjoyada—. Envié a Davis en mi lugar. Algunas cosas son más importantes que escuchar a un grupo de hombres viejos debatir sobre márgenes de beneficio. Como, por ejemplo, verte recibir otro premio para tu colección.

Su tono era ligero, pero había algo incisivo en sus palabras, como si cada una estuviera cuidadosamente diseñada para penetrar alguna armadura invisible (de Alexander Reid).

Los ojos de Isobel se posaron entonces en Felicity, evaluándola con una minuciosidad que la hizo sentirse como un bicho raro, o más bien como una cucaracha.

—¿Y quién es tu acompañante? —preguntó, aunque por su tono quedaba claro que lo que realmente quería saber era qué hacía Felicity allí, con él.

—Felicity Ashford —intervino Alexander—. Mi asistente personal. Felicity, Isobel Winters, vicepresidenta de Winters Corporation.

—Y exnovia —añadió Isobel con una media sonrisa—. No olvides esa parte, Alexander. Siempre has tenido la tendencia de omitir los detalles personales.

Felicity sintió una extraña punzada en el pecho.

¿Exnovia? ¿Aquella tía era su exnovia?

Por supuesto que Alexander Reid tendría vida amorosa, pasado. Era absurdo sentirse... ¿qué? ¿Sorprendida? ¿Incómoda?

No eran celos, definitivamente no.

¿Por qué sentiría ella celos? Era su jefe, por el amor de Dios. Un jefe que casualmente se veía increíblemente atractivo con ese esmoquin, pero su jefe, al fin y al cabo.

—Un placer conocerla, señorita Winters —dijo, extendiendo su mano y manteniendo su expresión profesional.

Isobel la tomó con una delicadeza estudiada.

—Igualmente, señorita Ashford. Debe ser... fascinante trabajar tan estrechamente con Alexander. —Sus ojos se movieron entre ellos, como buscando alguna señal, alguna grieta en la fachada profesional—. Siempre ha exigido dedicación absoluta de quienes lo rodean.

—La señorita Ashford ha demostrado ser excepcionalmente capaz —respondió Alexander, en un tono neutral pero firme—. En todos los aspectos.

«Los cuchillos están empezando a volar por el aire», pensó Felicity.

—Estoy segura —murmuró Isobel, con una sonrisa que sugería que estaba pensando en algo completamente diferente—. Bueno, no os entretengo más. Estoy segura de que tenéis mucho de qué hablar. De negocios, supongo. Siempre negocios contigo, ¿verdad, Alexander?

Con un último gesto elegante, se alejó, dejando tras de sí una estela de perfume caro y una tensión que casi se podía tocar.

—Isobel Winters —dijo Alexander después de un momento, como si sintiera la necesidad de darle explicaciones—. Su familia fundó Winters Corporation hace tres generaciones. Actualmente es vicepresidenta, pero aspira a la presidencia. Tiene la ambición y la inteligencia para lograrlo, aunque sus métodos a veces son... cuestionables. Hace algunas semanas cerramos un acuerdo con Sunnova Tech, una joya en el sector de las energías renovables, un

trato que Winters Corporation persiguió durante meses.

—Parece conocerla bien —comentó Felicity, intentando mantener un tono neutral, y hasta cierto punto, despreocupado.

Claro que, como para no conocerla, si habían sido novios.

Alexander la miró directamente. Sus ojos azules tenían una expresión insondable.

—Conocer a tus competidores es esencial en este mundo. Especialmente cuando han tenido acceso a información privilegiada sobre tus operaciones. Además, Isobel tiene razón, estuvimos saliendo durante un tiempo.

Había algo en su tono que sugería que la relación con Isobel había terminado de forma poco amistosa, pero Felicity sabía que no era asunto suyo preguntar más.

Nada de vida privada. Azriel se lo había dejado claro.

—Ah, ahí están los Chen —dijo Alexander, cambiando de tema, mientras dirigía su mirada hacia una pareja en el otro extremo del salón—. Es hora de que los conozca. Recuerde, Lawrence es directo en los negocios, pero su esposa, Mei Lin, es quien realmente influye en sus decisiones. Conéctese con ella y tendremos el acuerdo asegurado.

Felicity asintió, agradecida por volver a terreno puramente profesional. Eso podía manejarlo. Eso lo entendía.

Lawrence Chen resultó ser un hombre de mediana edad con una presencia tranquila pero autoritaria, vestido con un esmoquin tradicional que, a pesar de su corte impecable, parecía llevarlo con cierta incomodidad, como si prefiriera ropa más práctica. Su esposa, Mei Lin, en contraste, irradiaba una elegancia natural con un vestido tradicional chino en tonos azul y plata, con el cabello negro azabache recogido en un elaborado peinado adornado con peinetas de plata.

—Señor Chen, señora Chen —los saludó Alexander con una

inclinación respetuosa—. Es un placer verlos nuevamente. Permítanme presentarles a Felicity Ashford, mi asistente personal.

—Un placer conocerlos —dijo Felicity, inclinándose ligeramente como había visto hacer a Alexander.

Para su sorpresa, Mei Lin tomó la iniciativa, adelantándose hacia ella con una sonrisa cálida.

—El placer es nuestro, señorita Ashford —respondió en un inglés perfectamente modulado con un sutil acento—. Es refrescante ver a mujeres jóvenes ascendiendo en el mundo empresarial.

—Es muy amable, señora Chen —respondió Felicity—. Aunque apenas estoy comenzando mi camino.

—Todos comenzamos en algún lugar —intervino Lawrence Chen, con una sonrisa que suavizaba sus facciones angulosas—. Lo importante es hacia dónde nos dirigimos, ¿no cree?

—Y con quién decidimos hacer el viaje —añadió Mei Lin, con una mirada significativa hacia su esposo—. Las alianzas correctas son cruciales.

Alexander asintió, captando la referencia al acuerdo que tenían pendiente.

—No podría estar más de acuerdo, Mei Lin. De hecho, esperaba que pudiéramos discutir algunos aspectos finales de nuestra... alianza durante la cena.

—¿Negocios durante la cena, Alexander? —Mei Lin chasqueó la lengua con fingida desaprobación—. Preferiría conocer mejor a tu encantadora asistente. Parece tener historias mucho más interesantes de las que hablar que de tratos y beneficios.

Alexander esbozó una sonrisa.

—Por supuesto. La señorita Ashford es ciertamente más que números y contratos. —La miró—. Yo también creo que tiene historias muy interesantes de las que hablar.

Felicity sintió una extraña calidez ante sus palabras, pero mantuvo su expresión profesional. No podía dejarse llevar por las emociones. No en aquel lugar. Ni en ese momento.

Cuando finalmente fueron guiados a sus mesas para la cena, Felicity se encontró sentada entre Alexander y Mei Lin, con Lawrence Chen frente a ella. La mesa estaba exquisitamente decorada, con centros de mesa de orquídeas blancas y cristalería que brillaba bajo la suave iluminación.

Para su sorpresa, la conversación fluyó con naturalidad. Mei Lin resultó ser, no solo una mujer de negocios formidable (según le susurró Alexander discretamente, ella había sido la arquitecta de la expansión internacional de Chen Corp.), sino también una conversadora encantadora con un sentido del humor afilado e inteligente.

—¿Así que llevas dos semanas trabajando para Alexander? —preguntó Mei Lin mientras saboreaban el primer plato, una delicada creación de vieiras con una reducción de cítricos—. Debes tener nervios de acero.

—O un sentido del masoquismo muy desarrollado —añadió Lawrence con una sonrisa cómplice.

Felicity pensó en las mañanas frenéticas asegurándose de que el café egipcio estuviera exactamente a su temperatura ideal, y no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa.

—Ambas cosas —se atrevió a bromear. Esperaba que Alexander no se lo tomara a mal.

Él arqueó una ceja, pero había un brillo de diversión en sus ojos.

—No soy tan terrible como jefe —se defendió.

—Oh, Lawrence aún recuerda aquella vez en Shanghái, cuando rechazaste un contrato multimillonario porque el ejecutivo encargado de la negociación llegó tarde —rio Mei Lin—. El pobre casi renuncia a

su puesto ese mismo día.

—La impuntualidad era un síntoma del problema, no la causa —explicó Alexander, completamente serio—. La atención a los detalles refleja la atención al negocio. Si no pueden manejar correctamente algo tan simple como la puntualidad, ¿cómo confiar en ellos para manejar millones?

—Veo que la señorita Ashford entiende perfectamente de lo que hablamos —observó Mei Lin, captando su expresión—. Debe contarnos su secreto para mantener satisfecho a Alexander. Podríamos usarlo en nuestras futuras negociaciones.

Todos se echaron a reír.

—Me temo que eso sería compartir secretos empresariales, señora Chen —respondió Felicity con una risilla cómplice—. Pero puedo decirle que implica una combinación de preparación, adaptabilidad y ocasionalmente, ignorar ciertos comentarios. Eso, y no ser propensa a las úlceras estomacales.

Lawrence Chen soltó una carcajada, mientras Alexander le dedicaba una mirada de sorpresa a Felicity.

—Me gusta —declaró Mei Lin, dirigiéndose a Alexander—. Tiene chispa. No es una simple seguidora.

—La señorita Ashford tiene muchas cualidades —estuvo de acuerdo Alexander—. Pero la obediencia ciega no es una de ellas, afortunadamente.

Durante el resto de la cena, Felicity observó con fascinación cómo Alexander navegaba por la conversación hábilmente, entrelazando temas personales con sutiles referencias al negocio pendiente. Era como ver a un maestro del ajedrez, anticipando movimientos, adaptando estrategias, y siempre manteniendo el control sin parecer controlador.

Lo más sorprendente, sin embargo, fue descubrir que él la observaba a ella con la misma atención.

Cada vez que Felicity establecía una conexión con Mei Lin, cada vez que hacía reír a Lawrence con algún comentario ingenioso, captaba la mirada de Alexander Reid sobre ella, evaluando, analizando, pero también con algo que parecía... ¿admiración? Sí, quizá fuera admiración.

Felicity Ashford estaba siendo todo un descubrimiento.

Desde la distancia, en otra mesa, Isobel Winters no perdía detalle. Sus ojos fríos seguían cada interacción, cada mirada, cada sonrisa. Y lentamente, una idea comenzaba a formarse en su mente, como un depredador identificando una posible debilidad en su presa.

CAPÍTULO 23

Cuando llegó el momento de la entrega de premios, el maestro de ceremonias llamó a Alexander Reid al escenario para recibir el reconocimiento al «Empresario del Año» en la categoría de Innovación Tecnológica.

La sala estalló en aplausos, mientras él se levantaba con gracia felina y se dirigía hacia el escenario.

Bajo las luces, parecía aún más imponente.

Su postura perfecta, su expresión controlada pero no fría, la forma en que aceptó el premio con una dignidad como si recibiera uno cada día.

—Gracias —comenzó, con su voz resonando clara y firme a través del sistema de sonido—. Es un honor recibir este reconocimiento de una institución que valora no solo el éxito financiero, sino también el impacto social y la innovación sostenible.

Mientras continuaba con su discurso, breve pero poderoso, Felicity no podía apartar la mirada de él.

Había algo hipnótico en verlo en su elemento, dominando el escenario como dominaba cada sala de conferencias, cada reunión, cada negociación. Pero ahí, bajo esas luces, hablando sobre su visión de un futuro donde la tecnología sirviera para mejorar vidas, vislumbró una faceta de Alexander Reid que rara vez mostraba en la

oficina.

Pasión.

Auténtica pasión por lo que hacía, por lo que construía. No era solo ambición o búsqueda de poder. Había algo más profundo, más humano.

—El verdadero liderazgo no se trata de acumular éxitos personales —continuó Alexander—. Se trata de crear estructuras donde otros puedan alcanzar su máximo potencial. Donde la excelencia no sea la excepción, sino la expectativa. Donde desafiarse a uno mismo y a los demás sea parte de la cultura.

Sus ojos recorrieron la audiencia y, por un instante, pareció que se detenían específicamente en ella.

Felicity sintió un extraño cosquilleo en el estómago, como si de alguna manera parte de ese discurso estuviera dirigido a ella.

Solo a ella.

—Este premio no es solo mío —concluyó Alexander—. Es de cada persona en Reid Enterprises que se levanta cada día dispuesta a exigirse más, a cuestionar lo establecido, a buscar soluciones donde otros ven solo problemas. Gracias por este reconocimiento, y prometo que seguiremos empujando los límites de lo posible.

Los aplausos resonaron nuevamente mientras descendía del escenario, y Felicity se encontró aplaudiendo con un entusiasmo que la sorprendió a ella misma.

—Impresionante, ¿verdad? —comentó Mei Lin a su lado—. La forma en que cautiva a la audiencia sin esfuerzo aparente.

—Es un orador nato —comentó Felicity.

—No es solo eso —continuó Mei Lin, con una mirada perspicaz —. Es auténtico. Muchos ejecutivos pueden pronunciar palabras bonitas, pero pocos las creen realmente. Alexander cree en cada palabra que dice. Es lo que lo hace peligroso como competidor y

valioso como aliado.

Cuando Alexander regresó a la mesa, Lawrence fue el primero en felicitarlo, seguido por Mei Lin, quien lo sorprendió con un abrazo breve pero cálido.

—Excelente discurso, Alexander —dijo—. Has sellado mi decisión.

Él la miró con interés.

—¿Sobre?

—Sobre la expansión —respondió ella, intercambiando una mirada con su esposo—. Lawrence y yo hemos decidido llevar a cabo la alianza. Tus abogados pueden contactar con los nuestros mañana para concretar los detalles.

Alexander mantuvo su compostura profesional, pero Felicity, que había aprendido a leer los sutiles cambios en su expresión, reconoció la satisfacción en el casi imperceptible relajamiento de su mandíbula.

—Te aseguro que será una decisión que beneficiará a ambas compañías —respondió diplomáticamente.

—Y que celebraremos de forma adecuada —añadió Lawrence, levantando su copa—. Por alianzas fructíferas y visiones compartidas.

Mientras brindaban, Mei Lin se inclinó ligeramente hacia Felicity.

—También debo agradecértelo a ti —dijo en voz baja—. Conozco a Alexander desde hace años, pero nunca lo había visto tan... equilibrado como esta noche. Tu presencia parece tener un efecto positivo en él.

Felicity sintió que sus mejillas se calentaban.

—Solo hago mi trabajo, señora Chen.

—Mei Lin, por favor —corrigió ella con una sonrisa cómplice—. Y creo que ambas sabemos que hay más que solo trabajo en cómo lo miras cuando crees que nadie está observando.

¡¿Quéee?!

¿Qué acababa de decir aquella mujer?

Mierda, Felicity quería que la tragara la Tierra. Allí mismo.

¿Tan mal disimulaba?

No, tenía que estar equivocada. Ella no miraba a Alexander de ninguna manera en particular.

Antes de que pudiera responder a esa observación, Mei Lin había vuelto su atención hacia su esposo, dejándola con pensamientos confusos y el pulso acelerado.

Carraspeó, pasándose la mano por el cuello. Le ardía. Como si tuviera fuego en la piel.

Se volvió hacia Alexander.

—Enhorabuena, ha sido un discurso asombroso —dijo.

Era la única que no lo había felicitado, había preferido que tomaran la palabra el matrimonio Chen.

Alexander giró el rostro y la miró a los ojos.

—Gracias —respondió en tono medio, medido.

Felicity tuvo que carraspear de nuevo. El calor que sentía en el cuello, junto con la mirada que le dedicó Alexander, aumentó unos grados más la temperatura, si eso era posible.

El resto de la velada transcurrió entre conversaciones, música tranquila proporcionada por una pequeña orquesta, y encuentros con otros empresarios que se acercaban a felicitar a Alexander por su premio.

En cada ocasión, él la presentaba simplemente como «Felicity

Ashford», sin el «mi asistente» que había utilizado al inicio de la noche, un detalle que no pasó desapercibido para ella.

Cuando finalmente la gala comenzó a disolverse, cerca de la medianoche, Alexander se inclinó ligeramente hacia Felicity.

—Ha sido una noche de éxitos —dijo en voz baja—. Gracias por su aportación.

—Solo hice lo que me pidió, señor Reid —respondió Felicity, aunque sabía que había hecho mucho más que simplemente acompañarlo.

—Ha hecho mucho más que eso —contradijo Alexander, como leyendo sus pensamientos—. Su conexión con Mei Lin ha sido clave. No habría cerrado el trato esta noche sin ello.

Era un cumplido directo, sin ambigüedades ni matices. Un reconocimiento claro de su valor.

Felicity sintió una oleada de orgullo que no pudo contener.

—Gracias. Ha sido un placer haber podido contribuir a que finalmente se cerrara el trato.

Alexander asintió, y luego consultó su reloj.

—Es tarde. La llevaré a casa.

El viaje de regreso en la limusina tenía un ambiente diferente al de ida. Había cierta relajación en el aire, como si ambos hubieran superado algún tipo de prueba no especificada, no escrita.

Alexander se había aflojado ligeramente la pajarita, un pequeño gesto que humanizaba su imagen habitual de perfección imperturbable.

—Debo confesar algo, señorita Ashford —dijo después de un momento de silencio cómodo.

Felicity lo miró, curiosa.

—Cuando la cita que iba a venir esta noche canceló la

invitación, consideré asistir solo.

—¿Por qué no lo hizo? —preguntó ella, intrigada.

Alexander pareció considerar su respuesta cuidadosamente.

—Intuición, quizás. Se le da bien la gente, socializar —Hizo una pausa, mirándola directamente a los ojos grandes y de color avellana—. Mei Lin nunca había aceptado cerrar un trato durante un evento social. Es conocida por su cautela y por su largo proceso de deliberación.

—Tal vez solo estaba esperando el momento adecuado —sugirió Felicity.

—O la persona adecuada con quien hablar —respondió Alexander—. En cualquier caso, tomé la decisión correcta al pedirle que me acompañara.

Había algo en su tono, una nota de sinceridad que raramente mostraba, que hizo que Felicity sintiera un calor expandiéndose en su pecho.

Cuando finalmente llegaron a su edificio, Alexander bajó del coche y rodeó el vehículo para abrirle la puerta. Le ofreció su mano para ayudarla a salir, un gesto que ya no parecía tan sorprendente como al inicio de la noche.

—Gracias por esta noche, señorita Ashford —dijo mientras se detenían frente a la entrada. Un destello de algo cálido permanecía en sus ojos casi siempre con expresión acerada—. Ha sido... reveladora en varios aspectos.

—Gracias por darme la oportunidad, señor Reid —respondió ella, insegura de qué hacer.

¿Un apretón de manos sería apropiado? ¿O demasiado formal después de la velada que habían compartido?

Alexander pareció leer su indecisión, porque resolvió el dilema con un gesto inesperado

Sin previo aviso, se inclinó hacia ella. Su aliento cálido rozó su piel un instante antes de que sus labios se posaran suavemente en su mejilla. Fue un beso fugaz, escueto, pero que le dejó el corazón acelerado y la piel electrizada.

El rubor encendió el rostro de Felicity antes de que su mente pudiera procesar lo ocurrido. Cuando Alexander se apartó, le lanzó una mirada indescifrable

—Disfrute su fin de semana —dijo—. Se lo ha ganado.

Y con eso, volvió al coche, donde le esperaba su chófer, dejando a Felicity en la entrada, observando cómo el vehículo se alejaba bajo la noche de Manhattan.

Felicity entró en el edificio como en trance y subió en el ascensor de manera automática.

Al cerrar la puerta del apartamento, se detuvo frente al espejo del recibidor. Con la yema de los dedos, se tocó la parte de la mejilla donde aún parecía arder el contacto de los labios de Alexander Reid.

¿Por qué lo había hecho? ¿Y por qué ese simple gesto la tenía más confundida que mil palabras que hubiera dicho?

Una sonrisa pequeña, involuntaria, asomó en su reflejo.

Con un suspiro, intentó apartar cualquier pensamiento de su mente. Había sido una noche extraordinaria, un paréntesis glamuroso en su rutina diaria.

El lunes volvería a ser simplemente la asistente personal de Alexander Reid, y estas preguntas confusas serían solo un recuerdo borroso.

—Felicity, ¿eres tú? —La voz de Azriel llegó hasta ella.

CAPÍTULO 24

—Sí, soy yo —respondió Felicity.

Se encontró a Azriel sentado en el sofá con las piernas cruzadas al estilo indio, vistiendo un pijama de seda azul eléctrico que combinaba sospechosamente con su pelo.

Sobre su regazo descansaba Gatsby, hecho un ovillo perfecto, y en la mesita auxiliar había una tarrina de helado del tamaño de un pequeño planeta junto a dos cucharas grandes. No cucharillas, no. Cucharas soperas.

—¡Por fin! —exclamó Azriel, levantando las manos dramáticamente hacia el techo—. Pensé que tendría que enviar un equipo de rescate. O mejor, que habías decidido continuar la fiesta en la mansión de Alexander Reid. —añadió, moviendo las cejas arriba y abajo.

Felicity cerró la puerta tras ella, descalzándose con un gemido de alivio que rozaba lo indecente. Sus pies, atrapados durante horas en aquellas preciosas, pero implacables sandalias, suplicaban misericordia.

—¿Me has estado esperando todo este tiempo? —preguntó, aunque la respuesta era obvia.

—¿Esperando? —Azriel se llevó una mano al pecho con falsa indignación—. Por favor. Simplemente estaba disfrutando de una

noche tranquila con Gatsby y esta tarrina de Ben & Jerry's. Pura coincidencia que esté despierto a la una de la madrugada de un viernes, vestido para la ocasión y con provisiones de emergencia para interrogatorios largos.

Felicity no pudo evitar sonreír mientras se acercaba al sofá.

Gatsby levantó la cabeza perezosamente, evaluó su presencia, y decidió que merecía la pena abandonar el regazo de Azriel para investigar el vestido que seguramente olía a comida cara y perfumes desconocidos.

—Estoy muerta —declaró Felicity, dejándose caer junto a Azriel con la gracia de un saco de patatas. Es decir, con ninguna—. Estoy completa, absoluta y totalmente muerta. Creo que mis pies nunca volverán a ser los mismos.

—Ya tendrás tiempo de descansar en la tumba, querida —respondió Azriel, apartando a Gatsby con gentileza y extendiendo una cuchara hacia ella como quien ofrece un micrófono—. Ahora, empieza por el principio y no omitas ni un solo detalle jugoso, o juro por la última colección de Valentino que te despertaré cada media hora durante el fin de semana.

Felicity tomó la cuchara con resignación, consciente de que no había escapatoria posible. Azriel era implacable cuando se trataba de cotilleos, especialmente aquellos que involucraban a Alexander Reid.

—Dame eso —dijo, señalando la tarrina de helado—. Si voy a ser interrogada, al menos necesito calorías.

Hundir la cuchara en aquel helado de crema y pepitas de chocolate fue casi tan satisfactorio como quitarse las sandalias. Felicity cerró los ojos un momento, saboreando la suave textura mientras intentaba organizar sus pensamientos.

—¿Y bien? —insistió Azriel, prácticamente vibrando de anticipación—. ¿Le gustó el vestido? ¿Te presentó como «mi asistente» o como «Felicity»? ¿Viste cómo te miraba cuando creía que no lo notabas? ¿Bailasteis? Por favor, dime que bailasteis.

—No bailamos —aclaró Felicity, con la boca aún medio llena de helado—. Era una gala de premios empresariales, no un baile de graduación.

La decepción en el rostro de Azriel fue tan teatral que casi parecía ensayada.

—Qué desperdicio de vestido —murmuró, metiéndose una cucharada de helado en la boca—. Continúa.

—Bueno, para empezar, sí le gustó el vestido —admitió Felicity, intentando sonar casual, aunque no pudo evitar cierto orgullo en su voz—. Dijo que tenías talento.

Azriel dejó escapar un chillido agudo que sobresaltó a Gatsby.

—¿Dijo eso? ¿Con esas palabras exactas? —Su expresión se transformó en una de pura satisfacción—. Eso es prácticamente una propuesta de matrimonio viniendo de Alexander «Solo-Uso-Adjetivos-Si-Es-Absolutamente-Necesario» Reid.

Felicity se echó a reír con la boca llena de helado.

—Y te aseguro que no solo estaba siendo educado, le gustó de verdad.

—¡No me lo puedo creer! Alexander Reid no hace cumplidos por educación —dijo Azriel, hundiendo su propia cuchara otra vez en el helado—. Según parece, solo hace cumplidos cuando algo le ha impresionado de verdad, lo cual, ocurre aproximadamente con la misma frecuencia que los avistamientos del cometa Halley.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, es poco dado a los halagos.

Azriel dejó escapar un sonido que estaba entre gemido y grito ahogado.

—Esto es enorme. Tengo que llamar a mi madre. —Su voz había subido al menos una octava de la emoción.

—Es la una de la madrugada —le recordó Felicity.

—Tienes razón. La llamaré mañana —dijo Azriel, recuperando la compostura. La miró y entornó ligeramente los ojos—. Pero no creas que me has distraído. Quiero saber todo sobre lo que ha pasado. Y cuando digo todo, me refiero a todo. Especialmente las partes en las que te miraba como si quisiera devorarte.

—¡No me miraba así! —protestó Felicity, sintiendo que el calor en sus mejillas se intensificaba.

—Mmmm —murmuró Azriel, claramente no convencido—. Continúa. ¿Qué pasó cuando llegasteis a la gala?

Durante los siguientes veinte minutos, Felicity le contó todo sobre el evento, el impresionante Cipriani, los empresarios que había conocido, el discurso de Alexander al recibir el premio.

Azriel escuchaba con atención, haciendo preguntas ocasionales mientras daban buena cuenta de la tarrina de helado, pero claramente esperando algo más sustancioso. Su oportunidad llegó cuando Felicity mencionó a Isobel Winters.

—Espera, espera, espera —interrumpió, enderezándose como si le hubieran inyectado cafeína directamente en las venas—. ¿Exnovia? ¿Te presentó a su exnovia?

Felicity asintió, frunciendo ligeramente el ceño al recordar el encuentro.

—Isobel Winters. Vicepresidenta de Winters Corporation, destinada a ser presidenta algún día. Y posiblemente la mujer más arrogante que he conocido en mi vida.

—Detalles —exigió Azriel—. Necesito una descripción completa. Altura, peso, color de pelo, qué llevaba puesto, y por qué la odias.

—No la odio —protestó Felicity, aunque su tono carecía de convicción.

—Claro que la odias.

Felicity hizo una mueca con los labios.

—Es solo que... había algo en ella… Era como una pantera elegante pero letal. Alta, rubia platino, ojos verdes tan claros que parecían irreales, y un vestido rojo que parecía pintado sobre ella.

—Suena impresionante —comentó Azriel, estudiando la expresión de Felicity con interés.

—Lo era —admitió ella, recordando la presencia imponente de Isobel—. Pero no era solo su apariencia. Era la forma en que miraba, como si estuviera diseccionando cada gesto, cada palabra. Especialmente entre Alexander y yo. ¿Quién coño vigila así a su ex? —dijo con una ligera nota de desdén en la voz.

—Oh, oh —exclamó Azriel, sonriendo con malicia—. ¿Celos?

—¿Por qué tendría yo celos? —Felicity atacó el helado con repentina vehemencia—. Solo soy la asistente personal de Alexander Reid.

—Una asistente a la que llevó como su cita a un evento importante, a la que presentó a todos los peces gordos…

—Porque la tía con la que iba a ir se estaba cagando por la pata abajo, no lo olvides —lo interrumpió Felicity, apuntándole con la cuchara, pero Azriel no le hizo caso y continuó hablando.

—… Y con la que, según parece, compartió miradas que hicieron que su ex notara algo.

—No hubo miradas, deja de flipar —insistió Felicity, aunque el recuerdo de los ojos de Alexander sobre ella durante la cena la contradecía.

—Claro, claro… —concedió Azriel con un gesto desdeñoso con la mano—. ¿Y qué pasó con los Chen? ¿Cerró ese trato tan importante?

Felicity asintió, notablemente más entusiasmada con ese tema.

—¡Sí! Mei Lin anunció que aceptaban la propuesta después del discurso de Alexander. Aparentemente, yo fui clave en el proceso —añadió, sin poder ocultar el orgullo en su voz.

—¿Alexander te dijo eso? —preguntó Azriel. Sus cejas se dispararon hacia arriba.

—Sus palabras exactas fueron que mi conexión con Mei Lin había sido clave y que no habrían cerrado el trato esta noche sin eso —citó Felicity, sintiendo nuevamente esa calidez en el pecho que había experimentado cuando Alexander le había hecho el cumplido.

—Vaya, vaya… —murmuró Azriel, estudiándola como si fuera un texto fascinante que intentaba descifrar—. Alguien está brillando de orgullo. —Sonrió—. ¿Algo más que deba saber? ¿Quizás sobre el viaje de vuelta? ¿O la despedida?

Felicity bajó la mirada hacia el helado. De repente parecía muy interesada en encontrar el trozo perfecto de chocolate.

—Fue... normal —dijo, intentando sonar casual, pero estuvo lejos de lograrlo—. Me trajo a casa, me dio las gracias por haberlo acompañado, me deseó buen fin de semana...

—¿Y? —insistió Azriel, inclinándose hacia ella para buscar su mirada—. Estás omitiendo algo, Felicity Ashford. Lo veo en tu cara.

Felicity suspiró, sabiendo que era inútil intentar ocultarle algo a Azriel.

—Me dio un beso en la mejilla —admitió finalmente. Las palabras salieron atropelladamente de sus labios—. Al despedirse. Fue breve. Apenas un roce.

Azriel la miró boquiabierto durante tres segundos completos antes de estallar:

—¿UN BESO EN LA MEJILLA? —exclamó, con tanta fuerza que Gatsby, que se había vuelto a acomodar en el sofá, saltó al suelo con un bufido ofendido. Quizá harto de los sobresaltos de su dueño—. ¿Alexander Reid te dio un beso en la mejilla? ¿Solo?

—¿Qué esperabas? —le preguntó Felicity—. Fue un gesto cortés, nada más.

—Esperaba un… no sé… un beso con lengua mínimo —respondió Azriel con naturalidad, como si fuera lo más normal del mundo.

Felicity casi se atragantó con el helado.

—¡Por Dios, Azriel! ¿Cómo me iba a dar un beso con lengua? ¡Joder, es mi jefe!

Negó con la cabeza, como si no pudiera creer lo que había escuchado.

—Bueno, vale, quizás he exagerado un poco.

Felicity lo miró de reojo.

—¿Solo un poco? —dijo, en un tono que dejaba entrever, tal vez, una nota de anhelo.

—Pero te hubiera gustado, ¿eh?

—Deja de decir tonterías —saltó Felicity, sin embargo su cara enrojeció.

Azriel abrió los ojos de par en par.

—Te estas poniendo roja como un tomate —afirmó.

—Yo no…

—Sí, te estás poniendo roja como un tomate —repitió Azriel.

—Oh, por favor. —Felicity agarró uno de los bonitos cojines y se lo lanzó. Azriel lo cogió al vuelo.

—Oh, Dios mío. Te gusta. Realmente te gusta —rebatió Azriel, apuntándola acusadoramente con la cuchara.

No era una pregunta sino una constatación, pronunciada con la certeza de alguien que acaba de resolver un complejo rompecabezas.

—No seas ridículo —se defendió Felicity—. Es mi jefe. Un jefe exigente, brillante e intimidante, pero solo mi jefe.

—Un jefe por el que te arreglas cada mañana como si fueras a una sesión de fotos —señaló Azriel—. Un jefe cuyo nombre pronuncias de manera diferente al resto de las palabras. Un jefe del que hablas constantemente, incluso cuando intentas no hacerlo.

—Eso no significa nada —insistió Felicity, aunque una parte traicionera de su mente sabía que había algo de verdad en las palabras de Azriel—. Paso más tiempo con él que con cualquier otra persona. Es normal que hable de él.

Azriel la miró con una mezcla de compasión y diversión.

—Cariño, ten cuidado —dijo. Su tono de repente se volvió más serio, más cauteloso—. No digo que no pueda suceder algo genial entre vosotros. Dios sabe que soy el primero en la fila que mataría por ver un romance de oficina épico. Pero también sé que Alexander Reid tiene una reputación en lo que respecta a relaciones. No quiero que te haga daño.

—No me voy a enamorar de él —declaró Felicity con toda la convicción que pudo reunir, que ni ella misma sabía si era mucha o poca—. Eso ni siquiera está sobre la mesa. Sí, es atractivo. Sí, es brillante. Pero también es mi jefe, y valoro demasiado mi carrera para complicarla con... algo así.

—¿Recuerdas lo que te dije mientras te probabas el vestido? —preguntó Azriel, rascando distraídamente a Gatsby, que había regresado cautelosamente al sofá—. Sobre lo mucho que me gustaría que vosotros dos terminarais juntos.

—Sí, y yo te dije que vivías en un mundo de fantasía —le recordó Felicity.

—Exacto. Un mundo de fantasía —asintió Azriel con expresión seria—. Porque en el mundo real, los hombres como Alexander Reid tienen tendencia a dejar una estela de corazones rotos a su paso.

Sus palabras provocaron una punzada inesperada en el pecho de Felicity. Una sensación que se negó firmemente a identificar como decepción.

—Lo sé —respondió, quizás con demasiada vehemencia—. No estoy buscando una relación, y menos con alguien que podría despedirme si las cosas no funcionan.

Azriel la observó con esos ojos que parecían ver más allá de sus palabras, pero finalmente asintió.

—Solo prométeme que serás cuidadosa con tu corazón —dijo—. Ya es suficientemente complicado navegar por el mundo de los sentimientos, sin añadir dinámicas de poder y políticas de oficina a la mezcla.

—Te lo prometo —respondió Felicity son solemnidad, levantando la mano como si estuviera prestando juramento—. Además, lo más probable es que el lunes todo vuelva a la normalidad. Él dando órdenes sin parar, yo corriendo para cumplirlas, y ninguno de los dos mencionando jamás esta noche. Para él esta gala solo ha sido un medio para conseguir un fin: cerrar el trato con los Chen.

—Me alegro de que lo tengas claro —dijo Azriel.

Felicity asintió, ahogando un bostezo que había estado intentando contener durante los últimos diez minutos.

—Pero ahora mismo, si no me voy a la cama, voy a quedarme dormida en este sofá y te tocará llevarme en brazos.

—Ve a dormir —dijo Azriel, haciendo un gesto hacia el pasillo—. Tu interrogatorio ha sido satisfactorio. Por ahora.

Felicity se levantó, estirando sus músculos doloridos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, al ver que Azriel no hacía ademán de moverse.

—Gatsby y yo tenemos una cita con Netflix —respondió, acariciando al gato que se había instalado cómodamente a su lado —. Necesito procesar toda esta información con una comedia romántica de fondo.

—No te desveles demasiado —advirtió Felicity, dirigiéndose

hacia su habitación—. Y no creas que no me he dado cuenta de que te has comido tres cuartas partes del helado.

—Culpable —admitió Azriel con una sonrisa descarada—. La ansiedad por los cotilleos aumenta mi metabolismo.

Felicity negó con la cabeza, sonriendo a pesar del cansancio.

—Buenas noches, detective.

—Buenas noches —respondió Azriel.

Ya en la soledad de su habitación, mientras se quitaba el vestido y desmontaba cuidadosamente el elaborado peinado, Felicity no pudo evitar que su mente volviera a los momentos compartidos con Alexander Reid aquella noche.

La forma en que la había mirado cuando apareció en el apartamento. La calidez de su mano en su espalda mientras la guiaba por el salón. La sinceridad en su voz cuando le agradeció su contribución al éxito de la noche.

«No me voy a enamorar de él —se repitió con firmeza mientras se metía bajo las sábanas—. Es solo… admiración profesional. Nada más. El tío es brillante.»

Pero cuando el sueño comenzó a reclamarla, la última imagen que flotó en su mente fue la de Alexander Reid bajo las luces del escenario, hablando con pasión sobre su visión, y esa breve mirada que pareció dirigirle solo a ella entre los centenares de personas que había.

«Solo admiración profesional —murmuró nuevamente, ya al borde del sueño—. Solo eso.»

Gatsby, que al final había abandonado a Azriel y a Netflix para colarse en su habitación, emitió un pequeño maullido que sonó sospechosamente a incredulidad antes de acurrucarse junto a ella para pasar la noche.

CAPÍTULO 25

El fin de semana transcurrió con una rapidez sospechosa, como si el tiempo hubiera decidido acelerarse específicamente para llevar a Felicity de vuelta a la Torre Reid lo antes posible.

El domingo por la noche, mientras preparaba meticulosamente su atuendo para el día siguiente (un traje sastre gris perla con una blusa blanca, impecable, profesional y absolutamente anodino), se encontró analizando obsesivamente cada posible escenario para su reencuentro con Alexander Reid.

¿Actuaría él como si la gala nunca hubiera ocurrido? ¿Habría un reconocimiento tácito de la extraña intimidad que habían compartido? ¿O peor aún, se arrepentiría de haberla llevado y establecería nuevas barreras profesionales?

Con él nunca se sabía.

«Es solo otro día de trabajo —se recordó mientras programaba la alarma—. No es diferente a cualquier otro lunes.»

Excepto que sí lo era, y ambos lo sabían.

El lunes amaneció con una llovizna fina y persistente que

convertía las calles de Manhattan en un laberinto de paraguas y charcos traicioneros.

Felicity llegó a la Torre Reid a las 6:45, apenas unos minutos más tarde de lo habitual debido a un retraso en el metro.

El guardia de seguridad del vestíbulo, que ya la reconocía, la saludó con una inclinación de cabeza.

—Madrugando como siempre, señorita Ashford —comentó mientras ella pasaba su tarjeta por el lector—. ¿Ha pasado un buen fin de semana?

—Tranquilo —respondió Felicity con una sonrisa cortés, omitiendo convenientemente la parte donde había asistido a una gala de élite con el jefe—. ¿Y el suyo?

—Lo normal. Mi hijo pequeño tuvo un partido de béisbol. Perdieron, pero hizo una buena jugada —dijo con orgullo paternal, antes de inclinarse ligeramente como si fuera a compartir un secreto —. Por cierto, el señor Reid ya está arriba. Llegó hace una hora.

Felicity sintió un pequeño sobresalto.

¿Alexander había llegado a las 5:45? Eso era temprano incluso para sus meticulosos horarios. Quizá había estado en el gimnasio privado que tenía en el edificio.

—Gracias por avisarme —dijo, dirigiéndose hacia el ascensor A con un nudo formándose en su estómago.

Durante el ascenso hasta el piso 70, Felicity repasó mentalmente su agenda de aquel día.

Había tres reuniones programadas, dos llamadas internacionales y la revisión trimestral del departamento de Innovación y Desarrollo. Nada extraordinario, nada que requiriera interacciones especialmente prolongadas con Alexander.

«Profesional, eficiente y discreta —se recordó mientras las puertas del ascensor se abrían—. Como cualquier otro día.»

La recepción exterior estaba silenciosa y perfectamente iluminada. La puerta de la oficina de Reid estaba cerrada, pero la luz que se filtraba por debajo confirmaba su presencia.

Felicity dejó su bolso y su paraguas en el armario que había detrás de su escritorio, encendió el ordenador y se dirigió a la pequeña cocina para preparar el café egipcio de Alexander, siguiendo el ritual que había perfeccionado durante las últimas semanas. Eso le permitía no tener que desviarse para ir a la cafetería del SoHo a recogerlo, y ganar unos minutos.

Mientras el café se preparaba, revisó rápidamente sus emails en la tablet.

Había varios mensajes urgentes, incluido uno de Lawrence Chen confirmando los detalles finales del acuerdo que habían discutido en la gala. Al final del email, había una nota personal:

«Mei Lin envía sus saludos y espera que podamos cenar todos juntos la próxima vez que visitemos Nueva York. Fue un placer conocerla.»

Felicity no pudo evitar sonreír ante el mensaje.

La conexión con Mei Lin había sido auténtica, desde luego, no solo una estrategia de negocios.

Con el café perfectamente preparado y los documentos para la primera reunión bien organizados, Felicity respiró hondo y se dirigió hacia la oficina de Alexander Reid.

Llamó suavemente a la puerta, como hacía cada mañana.

—Adelante —respondió su voz desde el interior.

Felicity abrió la puerta, manteniendo su expresión cuidadosamente neutral mientras entraba.

Alexander estaba sentado tras su escritorio, revisando documentos en su portátil con la concentración absoluta que lo caracterizaba. Vestía un traje negro que resaltaba el color de sus ojos, y su postura era tan impecable como siempre.

Durante un instante fugaz, la imagen se superpuso con la de Alexander dándole un beso en la mejilla al despedirse. Felicity desterró rápidamente el recuerdo.

—Buenos días, señor Reid —saludó, avanzando para dejar el café en el posavasos de su escritorio—. Espero que haya tenido un buen fin de semana.

Alexander levantó la mirada de la pantalla, y durante un momento, tan breve que Felicity casi creyó que había sido producto de su imaginación, sus ojos la recorrieron de arriba abajo, como evaluando el contraste entre la asistente profesionalmente vestida que estaba frente a él y la mujer deslumbrante en verde esmeralda de la noche del viernes.

—Buenos días, señorita Ashford —respondió finalmente, su voz tan controlada como siempre—. Mi fin de semana fue productivo, gracias.

Tomó un sorbo del café, y Felicity contuvo instintivamente la respiración, esperando su aprobación silenciosa. Alexander asintió levemente, el equivalente a un entusiasta pulgar arriba en su economía de gestos y de palabras.

—El señor Chen ha enviado la confirmación final para el acuerdo —informó Felicity, pasando directamente a los asuntos profesionales —. Los documentos estarán listos para su firma esta tarde. También incluyó una nota personal, agradeciendo la velada.

—Excelente —respondió Alexander, y luego añadió, tras una breve pausa—: Lawrence Chen también me envió un mensaje personal. Según me cuenta, su esposa quedó muy impresionada con usted.

Felicity sintió un calor inesperado en las mejillas.

—La señora Chen fue muy amable —dijo, intentando mantener un tono profesional—. Es una mujer fascinante.

—Lo es —estuvo de acuerdo Alexander—. Y no se impresiona fácilmente. —Hizo una pausa, como considerando sus siguientes palabras—. Ya se lo dije, pero su labor el viernes fue... notable, señorita Ashford. Más allá de lo que cabría esperar de alguien en su puesto.

—Gracias, señor —respondió Felicity, insegura de cómo manejar ese reconocimiento directo—. Solo cumplía con mi trabajo.

—Ambos sabemos que fue más que su trabajo —dijo él, sosteniéndole la mirada con una intensidad que hizo que el aire entre ellos pareciera cargarse de electricidad—. Y me gusta reconocer la excelencia cuando la veo.

Hubo un momento de silencio, saturado de algo indefinible, antes de que Alexander volviera a su modo profesional habitual.

¿Cómo no?

Para él todo era trabajo.

¿Se daba un respiro alguna vez?

—Necesito que reorganice mi agenda para incluir una videollamada con Tokio esta tarde —continuó, como si el momento anterior nunca hubiera existido—. Y contacte con el Departamento Legal para revisar los últimos cambios en el contrato de los Chen antes de la firma.

—Por supuesto —asintió Felicity—. ¿Algo más para esta mañana?

Alexander pareció considerar algo durante un momento.

—Sí. Contacte con su compañero de piso.

Felicity parpadeó, visiblemente desconcertada.

—¿Con Azriel? —preguntó, olvidando la formalidad.

—Sí —confirmó Alexander—. Me gustaría ver más detenidamente su trabajo. El vestido que llevó usted en la gala mostró su talento. La revista Fortune va a hacer un reportaje con todos los ejecutivos y ejecutivas más relevantes de la empresa, y quizá su compañero de piso pueda encargarse del vestuario.

¿Qué?

¿Cómo?

Felicity se quedó sin palabras. ¿Alexnader estaba considerando a Azriel para un proyecto de ese calibre? Era la clase de oportunidad que podía catapultar la carrera de un diseñador emergente.

—Sí, claro se lo diré —respondió finalmente, intentando mantener su voz neutra y ligera a pesar de la emoción que sentía por dentro—. Estoy segura de que estará encantado de mostrarle su portfolio.

¡Dios, Azriel iba a volverse loco cuando se lo dijera!

—Bien —asintió Alexander, devolviendo su atención a la pantalla en un claro gesto de despedida—. Eso es todo por ahora.

Felicity asintió y se dirigió hacia la puerta, consciente de que sus manos temblaban ligeramente. Estaba a punto de salir cuando la voz de Alexander la detuvo.

—Señorita Ashford.

Se giró, encontrándose con su mirada azul.

—¿Sí, señor Reid?

—El vestido era excepcional —dijo finalmente—. Pero la mujer que lo llevaba lo era aún más.

Felicity sintió que su corazón daba un vuelco inesperado. ¿Acababa Alexander Reid de hacerle un cumplido personal? ¿Deliberadamente?

Si hubiera tenido una silla cerca, hubiera tenido que agarrarse al respaldo, o haberse sentado en ella.

—Gracias —respondió, sin saber qué más decir, solo sintiendo cómo un intenso calor ascendía por su cuello.

Iba a entrar en combustión.

Alexander asintió brevemente, con la templanza que le caracterizaba, como si hubiera tomado nota de su reacción, y volvió nuevamente a prestarle atención a su ordenador.

—Eso es todo —murmuró.

Felicity salió de la oficina con la sensación de haber vivido algún tipo de experiencia extracorporal.

Cerró la puerta tras ella y se apoyó contra la madera, intentando procesar lo que acababa de ocurrir.

«No significa nada —se dijo firmemente—. Solo está reconociendo un buen trabajo. Es lo que haría cualquier jefe.»

Excepto que Alexander Reid no era cualquier jefe, y ese no había sido cualquier cumplido.

Con un suspiro que contenía demasiadas emociones para analizar, Felicity volvió a su escritorio y comenzó a reorganizar la agenda de Alexander para incluir la llamada con Tokio.

El trabajo. Lo único seguro, lo único predecible en ese terreno cada vez más inestable entre ellos.

CAPÍTULO 26

A media mañana, mientras Alexander estaba en una reunión con el Departamento de Finanzas, Felicity aprovechó para llamar a Azriel, que respondió al segundo tono.

—Dime por favor que llamas para contarme que Alexander Reid te ha convocado a su oficina para una sesión de sexo apasionado sobre su escritorio —fue su saludo, sin molestarse en fingir que no estaba esperando noticias jugosas.

—Buenos días a ti también, ser perturbado —respondió Felicity, asegurándose de que nadie pudiera escucharla—. Y no, no hay sesiones de sexo de ningún tipo. Pero tengo noticias que podrían interesarte.

—¿A mí?

—Sí, a ti. —Felicity iba a hacerle sufrir un ratito.

—No me dejes así, mujer cruel —dijo Azriel con voz impaciente.

Felicity miró a su alrededor una vez más para verificar que estaba sola.

—Alexander me ha dicho que quiere ver tu trabajo —explicó, manteniendo la voz baja—. Al parecer, la revista Fortune va a hacer un reportaje con los ejecutivos y ejecutivas más relevantes de Reid Entreprises, y que quizá tú te podrías encargar de diseñar el vestuario.

El grito que emitió Azriel fue tan agudo que Felicity tuvo que apartar el teléfono de su oreja.

—¡¡¡¿QUÉ?!!! —exclamó—. ¿Alexander Reid quiere ver *mi* trabajo? ¿Para un reportaje en Fortune? ¿Estamos hablando del mismo Alexander Reid que tiene acuerdos exclusivos con diseñadores de renombre mundial?

—El mismo —confirmó Felicity, sin poder evitar sonreír ante la reacción de Azriel—. Dijo que el vestido era excepcional, pero que la mujer que lo llevaba lo era aún más.

En aquella ocasión, el grito de Azriel debió ser audible en tres Estados diferentes.

—¡LO SABÍA! —chilló—. ¡Oh. Dios. Mío! Esto es mejor que cualquier telenovela. Es mejor que cualquier película de Nora Ephron. Es...

—Es un simple cumplido —interrumpió Felicity, aunque su corazón se aceleraba al recordar las palabras exactas de Alexander Reid y el tono en el que las había pronunciado—. No significa nada.

—¿Que no significa nada? —Azriel sonaba ofendido por su interpretación—. Felicity, ese hombre no dice nada sin un propósito específico. Si te hizo un cumplido personal, explícito, cuando podría haberse limitado a comentar tu desempeño profesional, es porque *quería*, y enfatizo lo de *quería*, que supieras que le resultas atractiva.

—O tal vez solo estaba siendo amable —rebatió ella.

—Alexander Reid no es «amable». La gente piensa que ese tío es el diablo —respondió Azriel—. Es estratégico, directo y preciso. Si dijo eso, es porque quería decirlo exactamente así. ¿Y cómo reaccionaste tú?

Felicity recordó su respuesta torpe, el calor en sus mejillas, la sorpresa evidente en su rostro.

—Me quedé como una idiota balbuceante —admitió—. Creo que solo dije «gracias» y me sonrojé como una colegiala.

—Perfecto —declaró Azriel, para su sorpresa—. La autenticidad es refrescante para alguien acostumbrado a respuestas calculadas. Probablemente lo encontró encantador.

—O patético —murmuró Felicity.

—Deja de sabotearte —la regañó Azriel—. Y volviendo al tema de esta llamada: *Yo* diseñando para el reportaje de Fortune. —Felicity se echó a reír—. Necesito empezar a preparar mi portfolio inmediatamente. ¿Cuándo quiere verlo? ¿Debería incluir mis diseños más comerciales o los clásicos? ¿Crees que preferiría...?

—Respira —lo interrumpió Felicity, divertida por su entusiasmo —. Te enviaré un email con los detalles cuando los tenga. Por ahora, solo quería darte la noticia.

—Eres un ángel enviado de los cielos de la moda —dijo Azriel solemnemente—. Y cuando sea un diseñador mundialmente famoso gracias a esta oportunidad, mencionaré tu nombre en todas mis entrevistas.

—Qué generoso —respondió Felicity con ironía—. Tengo que colgar. Alexander saldrá de su reunión pronto y necesito terminar de organizar los documentos para la firma del contrato de los Chen.

—Ve, ve —la despidió Azriel—. Y mantén esos sonrojos adorables. Claramente están funcionando.

Felicity puso los ojos en blanco, aunque nadie podía verla.

—Adiós, lunático.

—Adiós, futura señora Re...

Colgó antes de que terminara la frase, pero no pudo evitar sonreír.

El entusiasmo de Azriel, aunque exagerado, era contagioso. Y la idea de que su amigo pudiera tener una oportunidad real para trabajar con Alexander Reid era emocionante.

Volvió a sus tareas, consciente de que, a pesar de sus protestas,

una parte de ella seguía repitiendo las palabras de Alexander en su mente: «La mujer que lo llevaba lo era aún más.»

Empezaba a tener un problema serio.

El resto de la mañana transcurrió con la eficiencia habitual de la oficina de Alexander Reid. Reuniones, llamadas, documentos que revisar.

Felicity permaneció concentrada, respondiendo con profesionalidad cuando Alexander solicitaba algo, manteniendo una distancia apropiada que ninguno de los dos parecía dispuesto a romper abiertamente.

Y, sin embargo, había algo diferente.

Pequeños momentos que, individualmente, podrían parecer insignificantes, pero que juntos formaban un patrón imposible de ignorar.

Como cuando Alexander le pidió su opinión sobre la presentación para el Departamento de Innovación y Desarrollo, algo que nunca antes había hecho. O cuando, durante el almuerzo (que Felicity tomó en su escritorio como de costumbre), apareció con un café para ella de la cafetería que tenía la Torre Reid en la planta baja, mencionando casualmente que «le pillaba de paso, porque había bajado a por uno para él».

Alexander Reid nunca estaba de paso por ningún sitio. Cada uno de sus movimientos era deliberado, planificado, y eficiente.

Luego estaban las miradas. Breves, casi imperceptibles, pero innegables. Momentos en que sus ojos se encontraban y permanecían conectados un segundo más de lo estrictamente necesario. Instantes en que Felicity sentía un calor inexplicable bajo

el escrutinio de su penetrante mirada azul.

A media tarde, mientras organizaba los documentos para la firma del contrato de los Chen, Alexander salió de su oficina para revisar personalmente los papeles, algo que normalmente delegaría en ella.

—¿Está todo en orden? —preguntó Felicity, observándolo mientras repasaba meticulosamente cada página.

—Parece correcto —respondió él, asintiendo con aprobación—. Es un buen trabajo, señorita Ashford.

—Gracias —dijo ella, notando que se había acercado más de lo habitual, lo suficiente para percibir la sutil fragancia de su colonia, una mezcla sofisticada de notas amaderadas y algo indefiniblemente masculino.

Alexander pareció darse cuenta, porque dio un paso atrás, creando una distancia más profesional entre ellos.

—Por cierto —dijo, en un tono deliberadamente casual—, ¿cree que su compañero de piso estaría interesado en una entrevista formal?

A Felicity se le iluminó el rostro.

—Sí —respondió con sinceridad—. Azriel estará encantado.

Alexander asintió, satisfecho con su respuesta.

—Bien. Programe una reunión para la próxima semana. Me gustaría ver su portfolio completo y mostrárselo al equipo de la revista Fortune.

—Lo haré —prometió Felicity—. Gracias por tenerlo en cuenta.

Alexander la miró con una expresión que era difícil de interpretar.

¿Por qué le resultaba tan difícil descifrarlo?, se preguntó Felicity. Por norma general, se le daba bien leer a la gente. Menos a Alexander Reid, que era como un jodido libro cerrado. Pero cerrado

con veinte candados.

—No me lo agradezca, señorita Ashford. No ofrezco oportunidades por favoritismo o conexiones personales —dijo, erguido frente a ella—. Si estoy interesado en el trabajo de su amigo, es porque tiene mérito propio.

Había algo en su tono, una insistencia en dejar claro que esto no era un favor personal, que hizo que Felicity se preguntara si estaba estableciendo un límite entre ellos, recordándole a ambos que su relación era estrictamente profesional.

Él era el jefe y ella la empleada.

Nada más.

—Por supuesto —asintió, manteniendo una expresión neutral en el rostro—. Azriel entenderá que debe ganarse cualquier oportunidad por sus propios méritos, y estoy segura de que lo hará.

Alexander la estudió, como evaluando si había captado el mensaje subliminal. Luego, satisfecho, volvió a su modo de eficiencia habitual.

—La videollamada con Tokio comienza en veinte minutos. Asegúrese de que la sala de conferencias esté preparada.

—Ya está todo listo —respondió Felicity—. La prueba de conexión fue bien y los documentos están cargados en su tablet.

Alexander arqueó una ceja, claramente impresionado por su anticipación.

—Eficiente como siempre, señorita Ashford —comentó, en un tono que podría haber sido aprobación, o algo más complejo. A saber.

Y regresó a su oficina, dejando a Felicity con la sensación de haber participado en una especie de conversación codificada cuyas reglas no comprendía completamente.

No era raro viniendo de Alexander Reid.

El resto de la tarde continuó con la misma extraña mezcla de normalidad profesional y momentos de tensión indefinible.

Cuando llegó la hora de irse, Felicity se sentía mentalmente agotada, no tanto por el trabajo en sí, sino por el constante análisis de cada interacción, cada mirada, cada palabra.

Definitivamente, Alexander Reid era tan complicado como parecía.

Estaba recogiendo sus cosas cuando salió de su oficina, listo para marcharse, algo inusual, ya que él normalmente trabajaba hasta mucho más tarde.

—¿Se va a casa, señorita Ashford? —preguntó, deteniéndose delante de su escritorio.

—Sí —respondió ella, sorprendida por la pregunta obvia—. A menos que necesite algo más.

Alexander negó con la cabeza.

—No, ha sido bastante por hoy.

—Que tenga una buena noche, señorita Ashford.

—Igualmente, señor Reid.

Lo observó dirigirse hacia el ascensor, su postura tan impecable como siempre, su paso seguro y decidido. Solo cuando las puertas metálicas se cerraron tras él, Felicity dejó escapar el aliento que no sabía que estaba conteniendo.

Este nuevo territorio entre ellos, este espacio indefinido que no era completamente profesional pero tampoco cruzaba hacia lo personal, era desconcertante. Como caminar sobre hielo fino, sin saber exactamente dónde estaba el peligro, pero sintiendo su presencia constante.

Mientras se colgaba el bolso del hombro y se preparaba para marcharse, una pequeña parte de ella (la misma que había sentido ese hormigueo cuando sus ojos se encontraban, la que había

memorizado el tono exacto de su voz al decir «la mujer que lo llevaba lo era aún más») se preguntaba si ese nuevo terreno era peligroso. Muy peligroso.

«Solo es admiración profesional —se recordó por enésima vez, esperando el ascensor—. Nada más. Y no puede pasar de ahí.»

Pero incluso para ella misma, esa afirmación sonaba cada vez menos convincente.

CAPÍTULO 27

Las reuniones importantes con clientes eran algo habitual en la vida de Felicity desde que había comenzado a trabajar para Alexander Reid. Sin embargo, en aquella ocasión había algo diferente.

Muy muy diferente.

El viaje a Boston representaba la primera vez que salía de Nueva York con él, y la perspectiva de pasar dos días completos en su órbita constante, le provocaba una mezcla de ansiedad (profesional) y una emoción que se negaba firmemente a examinar con demasiada profundidad.

El proyecto Quantum (nombre en clave para la adquisición de una prometedora empresa emergente de biotecnología) era potencialmente el negocio más importante del año para Reid Enterprises.

Y eso significaba presión.

Estrés.

Alexander le había pedido específicamente a Felicity que fuera con él, ya que «tiene un conocimiento único sobre el proyecto».

Traducción de Alexander Reid al idioma del resto de los mortales: la necesitaba allí y no iba a aceptar un «no» por respuesta.

Así que ahí estaba ella, un martes por la mañana, en la Terminal 4 del aeropuerto JFK, controlando que todos los documentos estuvieran perfectamente organizados en su tablet, mientras esperaban en la sala VIP para abordar su vuelo a Boston.

Reid estaba sentado frente a ella, absorto en su portátil, respondiendo emails con la eficiencia de un robot perfectamente programado.

Lo que era él, un robot.

A simple vista, parecía el mismo jefe exigente e impasible de siempre, pero durante las últimas semanas, Felicity había comenzado a notar sutiles cambios en su comportamiento hacia ella.

Pero eran tan ambiguos que no sabía cómo tomárselos.

—El pronóstico meteorológico para Boston no es bueno —comentó Alexander sin levantar la vista de su pantalla, interrumpiendo los pensamientos de Felicity—. Hay alertas de tormenta para esta noche. Por eso no me han permitido viajar en mi jet privado.

Felicity ya lo sabía, por supuesto.

Había revisado tres veces el pronóstico y había metido un pequeño paraguas en su maleta, junto con un impermeable ligero que podía plegarse hasta alcanzar el tamaño de un puño. Y es que odiaba las tormentas. Era una de las cosas que más odiaba en el mundo.

—Sí —respondió, consultando su tablet—. He confirmado con el hotel que nuestro transporte desde el aeropuerto esté listo.

Alexander levantó la mirada de su ordenador, y sus ojos la estudiaron con esa intensidad que le provocaba un cosquilleo en la base de la columna.

—Siempre un paso por delante, señorita Ashford —comentó, y algo en su tono sugería que no se refería únicamente a su eficiencia profesional.

Felicity sonrió brevemente, sintiendo un calor ascender por su rostro.

Esos intercambios, cargados de... algo... se habían vuelto cada vez más frecuentes, y nunca estaba segura de cómo responder sin parecer demasiado amigable o demasiado distante.

—Solo intento anticipar cualquier complicación —respondió finalmente, optando por el terreno seguro de la eficiencia profesional.

Alexander asintió, y sus ojos se demoraron en ella un segundo más de lo necesario antes de volver a su portátil, como pasaba muchas veces.

Felicity se peguntaba qué pasaría por su cabeza en esos momentos.

—Es una cualidad muy valiosa —murmuró Alexander, más para sí mismo que para ella.

«Especialmente con jefes impredecibles que parecen disfrutar desestabilizándote con cumplidos crípticos», pensó Felicity, aunque se limitó a asentir educadamente.

El anuncio de su vuelo interrumpió cualquier posible continuación de la conversación.

Ambos recogieron sus pertenencias para dirigirse a la puerta de embarque. Mientras caminaban por la terminal, Felicity no pudo evitar notar las miradas que Alexander Reid atraía a su paso.

No era solo su altura imponente o el traje impecable que parecía haber sido creado específicamente para realzar sus hombros anchos; era esa aura de poder contenido, de autoridad absoluta, que parecía emanar de él como un campo de fuerza invisible.

«Y tú pasarás los próximos dos días a solas con él —le recordó una vocecita traidora en su cabeza que sonaba sospechosamente como Azriel—. En una ciudad diferente. Con una tormenta aproximándose. Como en una de esas películas románticas donde

los protagonistas se quedan atrapados juntos.»

«Es un viaje de negocios —se recordó con firmeza—. Totalmente profesional y dentro de los límites de jefe-empleada.»

Pero mientras subían al avión y se acomodaban en sus asientos de primera clase, una parte rebelde de su mente no pudo evitar preguntarse qué pasaría si esos límites (de jefe-empleada) comenzaran a desdibujarse, aunque fuera solo un poco.

El vuelo a Boston duró apenas una hora, transcurriendo sin incidentes notables.

Al aterrizar, el cielo de Boston los recibió con un gris plomizo que prometía cumplir los pronósticos meteorológicos.

Un conductor los esperaba en la terminal, sosteniendo discretamente un cartel con el logo de Reid Enterprises.

El viaje al hotel transcurrió mayormente en silencio, con Alexander revisando documentos en su tablet y Felicity confirmando los últimos detalles de la reunión con los representantes de BioGen, la empresa emergente que planeaban adquirir.

Ocasionalmente, Alexander le hacía una pregunta sobre algún aspecto específico del acuerdo, y ella respondía con la precisión que él esperaba.

Era una danza bien ensayada: él preguntaba, ella respondía.

Él solicitaba, ella cumplía.

Profesional, eficiente, predecible.

Y, sin embargo, había momentos (como cuando sus dedos se rozaron accidentalmente al pasarle un documento, o cuando sus ojos se encontraban brevemente sobre el borde de sus respectivas

tablets) en que esa previsibilidad parecía tambalearse, dando paso a algo más complejo que ninguno de los dos parecía dispuesto a nombrar.

El Four Seasons Boston los recibió con la elegancia discreta que caracterizaba a la cadena hotelera.

Tanto la suite de Alexander como la de Felicity estaban en el piso ejecutivo, con vistas al Public Garden.

Felcity no pudo evitar quedarse un rato frente a la ventana, disfrutando de la panorámica que tenía ante sus ojos. El Public Garden estaba precioso en otoño, con sus tonos ocres, marrones y amarillos en cada rincón que contemplara.

—Nos reuniremos en la recepción a las 14:00 para dirigirnos a las oficinas de BioGen —indicó Alexander mientras el botones dejaba su equipaje en la habitación—. Eso le da aproximadamente dos horas para almorzar y preparar los documentos finales.

—Estaré lista —aseguró Felicity.

Alexander asintió, y luego, con un gesto que la sorprendió, añadió:

—No se salte el almuerzo, señorita Ashford. Será una tarde larga y necesitará energía.

No era la primera vez que mostraba ese tipo de preocupación por su bienestar, pero seguía desconcertándola cada vez que ocurría.

¿Era simple consideración de un jefe hacia su asistente (desde luego no quedaría bien que se desmayara en plena reunión), o había algo más en esa atención a sus necesidades básicas?

¿Quién lo sabía?

Alexander Reid iba a volverla loca, pero loca de atar.

—No lo haré —prometió, recordando las múltiples ocasiones en que, efectivamente, había sacrificado comidas para cumplir con plazos imposibles.

Algo que podría haber sido una sonrisa cruzó brevemente los labios de Alexander antes de que asintiera una última vez y cerrara la puerta de su suite, dejándola sola en el pasillo.

Felicity exhaló lentamente, liberando una tensión que no sabía que había estado acumulando.

Dos días.

Solo tenía que mantener su compostura profesional durante dos días.

¿Cómo de difícil podía ser?

CAPÍTULO 28

La reunión en BioGen fue exactamente como Felicity había anticipado: larga, detallada, y en ocasiones entre tensa y muy tensa.

El CEO de la empresa emergente, un brillante bioquímico de treinta y tantos años llamado Marcus Vaughn, no estaba completamente convencido de vender su «bebé» a una corporación como Reid Enterprises, a pesar de las evidentes ventajas financieras y logísticas.

Durante tres horas, Felicity observó a Alexander desplegar todo su arsenal de persuasión.

—Entiendo sus reservas, señor Vaughn —dijo Alexander en un momento particularmente crítico de la negociación—. Créame, sé lo que significa construir algo desde cero, verlo crecer bajo su cuidado, y temer que pierda su esencia al ser absorbido por una entidad mayor.

—Con todo respeto, señor Reid —respondió Vaughn, ajustándose las gafas con gesto nervioso—, dudo que alguien que heredó un imperio empresarial comprenda realmente lo que significa crear algo desde la nada, con solo una idea y pura determinación.

Un silencio tenso descendió sobre la sala de conferencias.

Felicity contuvo la respiración, esperando la reacción de Alexander ante lo que claramente era una provocación, quizás

incluso una falta de respeto.

Para su sorpresa, Alexander no se mostró enfadado. En lugar de eso, una expresión reflexiva cruzó su rostro, como si estuviera considerando seriamente las palabras de Vaughn.

—Tiene razón, señor Vaughn —admitió finalmente—. No comencé desde cero. Pero le aseguro que comprendo el peso de la responsabilidad sobre algo valioso. La diferencia es que usted teme perder lo que ha creado, mientras que yo he vivido con el temor de arruinar lo que se me confió.

Hubo algo tan inesperadamente sincero en esa declaración que Felicity se encontró mirándolo con nuevos ojos.

Y en ese momento, vislumbró algo que Alexander Reid rara vez permitía que otros vieran: una vulnerabilidad real, un reconocimiento de sus propias dudas, de sus propios miedos.

Pero fue algo que pasó tan rápido como llegó.

Alexander volvió inmediatamente a los aspectos prácticos de la adquisición, pero Felicity no pudo dejar de pensar en esas palabras durante el resto de la reunión.

¿Cuánto peso llevaba realmente sobre sus hombros? ¿Qué significaba para él ser el heredero de Reid Enterprises?

Cuando finalmente salieron del edificio de BioGen, tres horas y media después, habían logrado un avance significativo. No era un acuerdo cerrado aún, pero Vaughn había accedido a considerar seriamente la oferta y a continuar las negociaciones.

Mientras subían al coche que los llevaría de vuelta al hotel, Felicity notó que la lluvia había comenzado a caer, primero como una llovizna suave, pero rápidamente se había intensificado hasta convertirse en cortinas de agua que distorsionaban la vista de la ciudad a través de las ventanillas.

El resplandor de los relámpagos iluminaba el cielo y el ruido ensordecer de los truenos llenaba el aire con un sonido amenazador.

Felicity apretó los labios.

—Parece que el pronóstico era acertado —comentó, observando cómo las calles comenzaban a inundarse en ciertos puntos y tratando de distraerse.

Alexander asintió, consultando su teléfono.

—Y va a empeorar. Han emitido una alerta por tormenta severa para esta noche y mañana. —Frunció el ceño ligeramente—. Podría afectar nuestro vuelo de vuelta.

«Genial», pensó Felicity.

El trayecto de regreso llevó casi el doble de tiempo debido a que el tráfico se había intensificado por la lluvia.

Cuando llegaron, ambos estaban ligeramente mojados a pesar del breve trayecto desde el coche hasta la entrada del hotel, pero es que llovía a mares.

—Trabajaremos en mi suite —decidió Alexander mientras entraban en la recepción—. Necesitamos revisar los puntos clave de la reunión y preparar nuestra estrategia para mañana. Pediré algo de comer al servicio de habitaciones para ambos.

—Vale —asintió Felicity, intentando no pensar demasiado en el hecho de que estarían solos en su suite, posiblemente durante horas.

Profesional.

Todo era estrictamente profesional.

Sin embargo, mientras subían en el ascensor, no pudo evitar notar lo diferente que se veía Alexander con el pelo ligeramente húmedo y desordenado por la lluvia. Había algo casi... humano en esa imperfección, que contrastaba con su habitual perfección inmaculada.

Y por alguna razón, ese pequeño detalle la perturbaba más que cualquier otra cosa.

Tres horas más tarde, Felicity estaba sentada en el sofá de la elegante sala de estar de la suite de Alexander Reid, con documentos esparcidos sobre la mesa de café y su tablet en el regazo.

Habían comido algunos sándwiches, mientras revisaban meticulosamente cada aspecto de la reunión con BioGen,

Fuera, la tormenta se había intensificado hasta convertirse en un vendaval furioso.

La lluvia golpeaba contra los ventanales con tanta fuerza que parecía querer entrar, mientras un montón de relámpagos iluminaban el cielo de Boston, seguidos por truenos que hacían vibrar los cristales.

—Creo que es hora de comernos el postre —dijo Alexander, estirando ligeramente los hombros. Colocó la bandeja sobre la mesa, apartando cuidadosamente algunos documentos—. Especialidad del chef, según me han dicho —explicó.

Felicity observó con curiosidad cómo destapaba los platos, revelando dos porciones idénticas de un postre presentado con mucha elegancia. Una especie de mousse de color oscuro, decorada con hojas de menta y lo que parecían ser trozos minúsculos de fruta confitada.

—Se ve... interesante —comentó, tomando la cucharilla que Alexander le ofrecía.

Había algo en la expresión de su rostro, una chispa apenas contenida en sus ojos azules, que debería haberle servido como advertencia. Pero Felicity, confiada, tomó una generosa cucharada del postre y se la llevó directamente a la boca.

El sabor la golpeó como un tren de carga.

Amargo.

Intensa y brutalmente amargo.

Tan amargo que sentía como si todas sus papilas gustativas estuvieran protestando.

—¡Oh, Dios!, ¡está… muy amargo! —exclamó.

Su rostro se contorsionó en una mueca involuntaria de asco absoluto, mientras luchaba por no escupir el bocado.

Alexander, que había estado observándola atentamente (sabía qué tipo de reacción podía tener), no pudo contener una sonrisa, que rápidamente se convirtió en risa.

—Sí, no es un postre para todos los paladares —comentó.

Sus ojos brillaban con una diversión mal disimulada, mientras Felicity seguía con la misma expresión de horror.

—Joder, ¿aquí los chefs cocinan a sus familiares muertos? —dijo.

La risa de Alexander se intensificó al ver cómo Felicity intentaba, con toda la dignidad que podía reunir, tragar aquel bocado del infierno.

Era una risa sorprendentemente cálida y sonora, tan diferente de su habitual comportamiento controlado.

—Lo siento —dijo Alexander entre risas, ofreciéndole un vaso de agua—. Debí advertirle… Es mousse de chocolate negro al noventa por ciento con esencia de café amargo y piel de naranja confitada. Un postre para... paladares muy específicos.

Felicity bebió agua como si acabara de cruzar el desierto, mirando a Alexander con una mezcla de indignación y sorpresa.

Nunca lo había visto reír así, con aquella libertad despreocupada que transformaba completamente su rostro, suavizando sus rasgos y haciéndolo parecer más joven.

—¡Lo sabía! —lo acusó, señalándolo con la cucharilla mientras él seguía riendo—. ¡Sabía que esto era prácticamente veneno y me ha dejado probarlo!

—Te juro que no esperaba una reacción tan dramática —se

defendió él, aunque su sonrisa de oreja a oreja desmentía cualquier arrepentimiento real—. Es uno de mis postres favoritos, precisamente porque no es excesivamente dulce.

—¿Que no es excesivamente dulce? —repitió Felicity, incrédula —. Esto no es que sea «no excesivamente dulce», esto es como lamer una batería de coche mientras masticas aspirinas.

La comparación solo provocó que Alexander riera con más fuerza, hasta el punto de tener que secarse una lágrima que se había escapado de la comisura de su ojo.

Verlo así, completamente abandonado a la risa, era tan inesperado y contagioso que Felicity, a pesar de su indignación inicial, comenzó a notar cómo sus propios labios se curvaban en una sonrisa.

—Su cara —logró decir Alexander entre risas—. Debería haber visto su expresión. Como si acabara de descubrir que alguien había reemplazado su café por agua de mar.

Felicity intentó mantener su expresión ofendida, pero fue inútil. La risa de Alexander era demasiado contagiosa, y pronto se encontró riendo también, sacudiendo la cabeza ante lo absurdo de la situación.

—Podría haber muerto de un shock —bromeó.

—Una muerte trágica pero elegante —respondió él, sirviendo dos copas del vino—. Tome, esto ayudará a eliminar el sabor. Es mucho más dulce que la mousse.

Felicity lo miró de reojo, recelosa.

—Se lo prometo —dijo Alexander.

Felicity aceptó finalmente la copa con cautela, olfateándola sospechosamente antes de dar un pequeño sorbo.

—Tranquila —insistió Alexander.

Para su alivio, el vino era efectivamente dulce, con notas de

miel y frutas maduras que contrarrestaban el sabor amargo que aún persistía en su boca.

—Esto está mucho mejor —admitió, tomando un trago largo—. Aunque no sé si puedo volver a confiar en sus recomendaciones culinarias.

Alexander sonrió. Una sonrisa más suave ahora que las carcajadas habían disminuido.

—Lo siento —dijo, y esa vez sonaba sincero—. Debí advertírselo. Es solo que... —Hizo una pausa, como si estuviera sopesando sus palabras—. No muchas personas reaccionan con tanta honestidad en mi presencia. La mayoría fingen disfrutar de cosas que claramente detestan, solo para complacerme.

Felicity lo miró, consciente de la rareza del momento. Alexander Reid, el hombre casi de hielo, estaba compartiendo algo personal.

—Bueno, nunca he sido muy buena fingiendo —respondió con una pequeña sonrisa en los labios—. Especialmente cuando se trata de comida que sabe cómo si hubiera sido hecha por un chef con un rencor personal contra los comensales.

Alexander volvió a reír. Y Felicity descubrió que su sonido le gustaba mucho más de lo que debería.

—Me gusta su negativa a pretender ser algo que no es, incluso cuando sería más fácil —dijo. Su voz adquirió un tono más serio.

Felicity dio otro sorbo de vino, permitiendo que el dulzor se extendiera por su lengua mientras procesaba el casi cumplido.

—La honestidad no siempre es conveniente —respondió—. A veces puede ponerte en situaciones complicadas.

Un enorme relámpago iluminó la habitación, seguido por un trueno ensordecedor que hizo vibrar los cristales de las ventanas.

Felicity dio un pequeño respingo, sorprendida por la violencia del sonido.

La cosa se estaba poniendo fea.

—¿Está bien? —le preguntó Alexander.

—Sí —mintió Felicity.

—Deberíamos volver a verificar el estado de nuestro vuelo de mañana —sugirió Alexander, mirando hacia las ventanas con el ceño fruncido—. Esta tormenta no parece que vaya a terminar pronto.

Felicity asintió, buscando la información en su tablet.

—Oh, oh —dijo, trascurrido un minuto. Su rostro adoptó una expresión preocupada—. Tengo malas noticias.

—¿Qué sucede? —preguntó Alexander, acercándose para mirar por encima de su hombro, tan cerca que Felicity pudo sentir el calor que emanaba de su cuerpo.

—Han cancelado todos los vuelos de salida de Logan para mañana hasta el mediodía, como mínimo —explicó, intentando ignorar su proximidad. Lo cual le estaba costando bastante—. Y hay inundaciones en varias zonas de la ciudad. Las autoridades recomiendan no desplazarse a menos que sea absolutamente necesario.

CAPÍTULO 29

Alexander se enderezó, pasándose una mano por el pelo en un gesto de frustración.

—Esto va a complicar nuestros planes —murmuró—. La reunión con BioGen tendrá que posponerse, y tengo reuniones programadas en Nueva York para mañana por la tarde.

—Puedo intentar reprogramar todo —ofreció Felicity, ya entrando en modo «solución de problemas»—. Y podríamos convertir las reuniones en videoconferencias si es necesario.

Alexander la miró.

—Sí, vale —comentó, y había algo en su tono, una calidez inusual, que hizo que Felicity sintiera un cosquilleo en el estómago —. Parece que estaremos en Boston al menos un día más.

Felicity bajó la cabeza y se centró en la tablet para ocultar el rubor que sentía de pronto ascender por sus mejillas. ¿Por qué se había vuelto tan hipersensible a Alexander Reid?

La perspectiva de pasar otro día completo en Boston, confinados en el hotel debido a la tormenta, le provocaba un cosquilleo en el pecho que se negaba a examinar.

Era mejor ignorarlo.

O tratar de ignorarlo.

Mientras enviaba emails y hacía llamadas para reorganizar sus compromisos, de vez en cuando levantaba la vista para encontrar a Alexander mirando por los ventanales, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, observando la furia de la tormenta con una expresión pensativa.

Había algo diferente en él allí, lejos de la Torre Reid y de su reino habitual. Como si la distancia física de Nueva York también creara cierta distancia de la persona que debía ser, permitiendo ver los reflejos de alguien más... humano.

O tal vez solo era el efecto de la tormenta, pensó Felicity. Las tormentas tenían esa cualidad extraña de hacer que todo pareciera más intenso, más íntimo, más melancólico.

—Todo arreglado —anunció finalmente, después de casi una hora de reorganización logística.

Alexander se volvió hacia ella.

—Buen trabajo —dijo, y luego, para su sorpresa, añadió—: ¿Le gustaría beber algo? Creo que nos lo hemos ganado después de este día.

Felicity parpadeó, desconcertada por la oferta.

—Yo... sí, gracias —respondió. Un trago era inofensivo y, francamente, muy necesario después del estrés del día y de la mierda de tormenta que no se iba.

Alexander se dirigió al minibar de la suite, lo abrió y examinó las opciones disponibles.

—¿Whisky? —ofreció—. ¿O prefiere algo más ligero?

«¿Whisky? Vaya la cosa se pone fuerte», pensó Felicity.

—Whisky está bien —respondió, sorprendiéndolo. Felicity sonrió ante su reacción—. Mi abuela creía firmemente en que una pequeña dosis de whisky curaba prácticamente cualquier mal.

Una expresión de curiosidad cruzó el rostro de Alexander,

mientras servía dos vasos con hielo y un generoso dedo del líquido ámbar que, Felicity estaba segura, era carísimo.

—Su abuela parecía una mujer interesante —comentó, entregándole uno de los vasos antes de sentarse en el sillón opuesto al sofá donde ella se encontraba.

—Lo era —confirmó Felicity, tomando un sorbo y sintiendo el agradable ardor del alcohol deslizándose por su garganta—. Irlandesa hasta la médula, con opiniones firmes sobre todo y un arsenal de refranes para cada situación.

Alexander parecía casi relajado, por primera vez desde que Felicity trabajaba para él.

—¿Era cercana a ella? —preguntó.

—Muy cercana —respondió Felicity—. Ella y mi madre me criaron juntas después de que mi padre se marchara de casa cuando yo tenía cinco años.

Las palabras habían salido de su boca antes de que pudiera filtrarlas, y de repente se dio cuenta de que había compartido algo profundamente personal con su jefe (algo que a lo mejor ni le interesaba). Algo de lo que no hablaba ni siquiera con sus amigos.

Alexander no mostró pena ni incomodidad, solo un interés que la desarmó por completo.

—Se crio en un matriarcado, entonces —observó, pero su voz carecía de juicio.

—Supongo que sí —asintió Felicity, jugueteando con su vaso—. Mi abuela siempre decía que los hombres eran prescindibles pero convenientes en ocasiones, como los paraguas: útiles cuando llueve, pero un estorbo el resto del tiempo. —Se encogió de hombros.

Para su absoluta sorpresa, Alexander dejó escapar una risa breve. El sonido fue tan inesperado, tan humano, que Felicity no pudo evitar sonreír en respuesta.

—¿Comparte usted esa opinión? —preguntó. Sus ojos brillaban con un punto de diversión.

—No exactamente —dijo—. Creo que las personas son individuos, no categorías. Algunos son confiables, otros no, independientemente de su género. —Hizo una pausa, y tomó otro sorbo de whisky antes de añadir—: Aunque debo admitir que crecer sin una figura paterna te hace ver las relaciones de manera diferente. A mi abuela le dolió mucho que mi padre abandonara sin ningún miramiento a su hija y a su nieta.

—Las ausencias moldean tanto como las presencias —murmuró Alexander, casi para sí mismo, antes de tomar un largo trago de su whisky.

—¿Habla por experiencia propia? —preguntó Felicity, aventurándose en un terreno quizá peligroso, y olvidándose de los consejos que le había dado Azriel al principio.

Alexander la miró, y durante unos instantes, Felicity temió haber cruzado alguna línea roja. Pero entonces, para su sorpresa, asintió lentamente con la cabeza.

—Mis padres fallecieron cuando yo tenía veinte años —comenzó. Su voz estaba controlada, pero con una tensión subyacente que Felicity nunca había escuchado antes—. Tuvieron un accidente de avioneta mientras regresaban de la casa de verano en los Hamptons.

—Lo siento mucho —respondió Felicity, conmovida por aquella revelación.

Sabía que Alexander Reid había heredado la compañía cuando apenas era un joven, se lo había comentado Azriel, pero no conocía los detalles exactos.

Alexander hizo un gesto desdeñoso con la mano, como apartando su compasión.

—Fue hace mucho tiempo —dijo, aunque algo en sus ojos

contradecía la ligereza que le había dado a sus palabras—. De la noche a la mañana, pasé de ser un estudiante de economía preocupado por los exámenes finales a ser el presidente de una empresa multinacional con miles de empleados dependiendo de mis decisiones.

Felicity intentó imaginar esa transición, el peso aplastante de esa responsabilidad cayendo sobre alguien tan joven.

—Eso debe haber sido una carga inmensa —comentó con voz suave.

—Lo fue —admitió Alexander—. Y lo sigue siendo, en cierto modo. Mi padre tenía grandes planes para Reid Enterprises, visiones que nunca llegó a realizar. Transformar esas visiones en realidad se convirtió en mi propósito.

—Y lo ha logrado con creces —observó Felicity—. Reid Enterprises ha crecido mucho bajo su liderazgo.

—Sí —asintió Alexander, pero no había orgullo en su voz, solo una extraña resignación—. Pero a veces me pregunto si lo que he construido es realmente mío, o si solo soy el ejecutor del testamento y las expectativas de mi padre.

La honestidad brutal de aquella declaración dejó a Felicity sin palabras. Nunca había imaginado que Alexander Reid, el epítome de la confianza y el control, albergara ese tipo de dudas existenciales.

—Eso suena como una pesada carga —dijo finalmente, eligiendo sus palabras con cuidado—. Vivir a la sombra de unas expectativas que ni siquiera son realmente suyas.

Alexander la miró intensamente, como si estuviera viendo algo en ella que no había notado antes.

—Es interesante que lo vea así —comentó—. La mayoría de la gente solo ve el privilegio de heredar un imperio, no el peso de las cadenas invisibles que lo acompañan.

—Las expectativas pueden ser prisiones tan reales como las de

barrotes —respondió Felicity, recordando cómo las ambiciones de su madre para ella a veces habían sido como una jaula—. Especialmente cuando vienen de alguien a quien ya no puedes complacer o decepcionar directamente.

Alexander afirmó lentamente, pero sin que sus ojos abandonaran los de Felicity.

—Mi padre está muerto —dijo con una franqueza que la sorprendió—, pero es como si estuviera omnipresente cada día de mi vida. Cada decisión que tomo la evalúo a través del prisma de lo que él habría hecho. Es... agotador.

—Y adictivo —añadió Felicity. De pronto lo entendió todo, o por lo menos una parte—. Por eso trabaja como lo hace. No es solo ambición o perfeccionismo. Es una forma de comunicación con alguien que ya no está.

La expresión de Alexander cambió, y su rostro se llenó de sorpresa, como si ella hubiera puesto palabras a algo que él mismo nunca había articulado completamente. O no se había atrevido.

—Sí —admitió—. Supongo que tengo un problema con el trabajo. Soy adicto a él. Siempre estoy buscando la siguiente meta, el siguiente logro, como si alguno de ellos pudiera finalmente ser suficiente.

—¿Suficiente para qué? —preguntó Felicity.

—Para justificar que fui yo quien sobrevivió y no él —respondió Alexander con una honestidad que cortaba como un cuchillo—. Para demostrar que la empresa no sufrió por tenerme a mí al mando en lugar de a él.

El silencio que siguió a esa declaración fue profundo, roto solo por el constante golpeteo de la lluvia contra los ventanales y el retumbar de un trueno distante.

Felicity sintió un nudo en la garganta, conmovida por la manera en que Alexander Reid se había abierto a ella. Él, que era tan serio,

tan hermético, tan inalcanzable.

—No creo que eso sea algo que pueda demostrarse con logros empresariales —dijo—. Algunas preguntas no tienen respuestas que puedas mostrar en un gráfico de una presentación de PowerPoint.

Para su sorpresa, Alexander sonrió. El leve sonido resonó en la habitación como algo precioso y raro.

—¿Está sugiriendo que hay problemas que no puedo resolver con una hoja de cálculo, señorita Ashford? —preguntó. Había un brillo de humor en sus ojos—. Eso es poco menos que una herejía para alguien como yo.

Felicity también sonrió, aliviada por el cambio en el ambiente. No le gustaba ver a Alexander Reid triste.

En ese momento, sintió la vibración de su teléfono en el bolsillo de su falda.

Lo ignoró, consciente de que interrumpir aquel momento con Alexander sería un error. Sin embargo, cuando el teléfono volvió a vibrar insistentemente, no pudo evitar lanzar una mirada furtiva a la pantalla.

Era Azriel. Por supuesto que era Azriel.

—Me temo que sí, señor Reid —respondió, siguiéndole el juego mientras deslizaba discretamente el teléfono bajo su pierna en el sofá—. Algunas cosas en la vida no se dejan cuantificar —bromeó.

—Como las emociones —sugirió él, volviendo a un tono más serio. Aunque el brillo no abandonó completamente sus ojos.

—Especialmente las emociones —asintió Felicity—. Mi abuela solía decir que intentar racionalizar los sentimientos era como intentar peinar a un gato: técnicamente posible, pero con resultados impredecibles, y probablemente con derramamiento de sangre.

—Su abuela tenía un don para las metáforas —comentó Alexander—. Me habría gustado conocerla.

—Le habrías caído bien —respondió Felicity, y solo después de decirlo se dio cuenta de que había utilizado el «tú» informal en lugar del habitual «usted» respetuoso.

El whisky debía estar afectándola más de lo que creía. ¿Cuántos tragos había dado?

Bastantes, a juzgar por lo vacío que se encontraba el vaso.

Alexander pareció notar el desliz, porque una de sus cejas se arqueó ligeramente, pero no comentó nada al respecto. En cambio, volvió a llenar sus vasos con un movimiento fluido y elegante, como todo lo que hacía.

—Por tu sabia abuela irlandesa, aunque ya no esté entre nosotros —dijo, levantando su vaso y utilizando deliberadamente el informal «tu», como estableciendo un nuevo equilibrio entre ellos—. Y por ti —añadió.

Felicity sintió un calor que no tenía nada que ver con el whisky expandiéndose por su pecho (o quizás un poco sí), mientras chocaba su vaso contra el de Alexander.

—Y por ti —respondió, aceptando tácitamente este nuevo territorio en el que se aventuraban—. Y… por encontrar respuestas para las preguntas que realmente importan.

Alexander la miró por encima del borde de su vaso. Sus ojos tenían una calidez en el fondo que rara vez permitía que otros vieran.

—¿Sabes qué es lo más extraño? —dijo después de dar un trago —. Esta es probablemente la conversación más honesta que he tenido en años. Y está ocurriendo con mi asistente, en un hotel de Boston, durante una tormenta que prácticamente ha paralizado la ciudad.

—La vida tiene un extraño sentido del humor —respondió Felicity, sintiéndose inexplicablemente valiente. Tal vez por el whisky —. A veces nos da exactamente lo que necesitamos en el momento

y lugar más inesperados.

—¿Y crees que yo necesitaba esta conversación? —preguntó Alexander.

—Creo que todos necesitamos momentos en los que podamos ser simplemente humanos —respondió Felicity, sorprendiéndose a sí misma con su sinceridad—. Sin títulos, sin expectativas, sin el peso de quienes se supone que debemos ser.

Alexander la miró unos segundos.

—Eres sorprendente, Felicity Ashford —dijo, y el uso de su nombre completo, sin el formal «señorita», envió un escalofrío por la columna de Felicity.

—Tomaré eso como un cumplido —respondió ella, notando cómo sus mejillas se calentaban bajo su mirada.

—Como lo que es —dijo él, y luego, con un suspiro, miró hacia las ventanas, donde la tormenta continuaba desatando su furia—. La tormenta va para largo.

—Parece que sí.

Felicity dejó el vaso de whisky en la mesa y se levantó para echar un vistazo por la ventana. Aquella maldita tormenta parecía que no iba a acabar nunca.

Cogió aire.

Al girarse, vio que había unas cajas de juegos encima de uno de los armarios. Se acercó y las hojeó.

—Hey, tienen el Jenga —dijo, con una pequeña caja en las manos.

Caminó hacia el sofá con la expresión de quien acaba de descubrir un tesoro pirata y depositó la caja en la mesa auxiliar.

Alexander la miró con una mezcla de curiosidad y recelo.

—¿Jugamos? —le preguntó de pronto Felicity.

Al parecer, el whisky le estaba dando valor.

—¿Al Jenga? —repitió Alexander, enarcando una ceja.

—Sí, ese juego donde apilamos bloques y luego los vamos sacando hasta que la torre se derrumba —explicó Felicity, abriendo la caja y sacando las pequeñas piezas de madera.

—Sé lo que es el Jenga.

Felicity se detuvo a medio sacar las piezas y lo miró.

—¿Se anima?

—¿Realmente considera que este es un uso apropiado de nuestro tiempo?

El rostro de Felicity mostró una expresión entre desafiante y juguetona.

—¿Tiene miedo de perder, señor Reid? —preguntó, utilizando deliberadamente su título formal en un tono que no tenía nada de formal.

Definitivamente el whisky le estaba dando un valor que no tendría en circunstancias normales.

CAPÍTULO 30

Alexander cerró lentamente el portátil.

Sus ojos azules estaban fijos en los de Felicity con una intensidad que hizo que ella contuviera la respiración durante unos segundos. Quizá se había pasado de la raya.

—La última vez que jugué a esto —comenzó él con voz pausada —, tenía dieciocho años y le gané a mi compañero de habitación de la universidad tres veces seguidas.

Una pequeña sonrisa comenzó a formarse en la comisura de sus labios.

—Nunca más quiso jugar conmigo —añadió, y había algo casi infantil en la manera en que lo dijo, un atisbo del niño que había sido.

—Bueno —respondió Felicity, con una sonrisa que iluminaba toda su cara—, prepárese para romper esa racha invicta, porque soy imbatible en el Jenga.

Alexander entrecerró los ojos, aceptando el desafío.

Con un movimiento deliberado, dejó el portátil a un lado y se levantó del sofá. Luego, para sorpresa de Felicity, se quitó la chaqueta del traje, colgándola cuidadosamente en el respaldo de una silla. Le siguió la corbata, que deshizo con movimientos precisos y que colocó junto a la chaqueta.

—Si vamos a hacer esto —dijo, comenzando a remangarse las mangas de la camisa blanca, exponiendo unos antebrazos tan tonificados que Felicity se quedó pasmada—, hagámoslo bien.

Había algo hipnótico en la visión de Alexander Reid deshaciéndose literalmente de las capas de su armadura profesional. Cada prenda que se quitaba parecía llevarse consigo un poco de la rigidez que normalmente lo caracterizaba.

Felicity se dio cuenta de que lo estaba mirando fijamente y apartó la vista, sintiendo un inexplicable calor en las mejillas.

A Alexander también le había afectado el whisky. Estaba volviéndose humano.

—En ese caso —respondió, intentando recuperar la compostura —, yo también me pondré cómoda.

Sin pensarlo demasiado, se quitó los tacones de 10 centímetros que había estado llevando todo el día, dejando escapar un pequeño gemido de alivio cuando sus pies tocaron la mullida alfombra.

Alexander la observó con una expresión indescifrable.

—¿Qué? —preguntó ella, notando su mirada.

—Nada —respondió él, con una pequeña sonrisa en los labios.

Felicity también se remangó la camisa.

—Muy bien —dijo, arrodillándose junto a la mesa auxiliar y comenzando a apilar las piezas—. Veamos quién de los dos sale victorioso.

Mientras Felicity construía meticulosamente la base de la torre, Alexander se sentó en el suelo frente a ella, algo que jamás habría imaginado ver: Alexander Reid, dueño y presidente de Reid Enterprises, el hombre cuyos trajes costaban más que el alquiler anual de su apartamento, sentado con las piernas cruzadas a estilo indio sobre la alfombra de un hotel, preparándose para jugar al Jenga.

—Las reglas son simples —comenzó Felicity, colocando el último bloque—. Sacamos piezas por turnos. Si la torre se cae, perdemos. Y... —dudó un momento antes de añadir— para hacerlo más interesante, quien pierda responderá una pregunta, cualquier pregunta, con total sinceridad, al otro.

Alexander frunció el ceño.

—Eso no está en las reglas originales —observó.

—Considerémoslo una variante para adultos atrapados en un hotel —respondió Felicity con una sonrisa traviesa—. Esta tormenta es un aburrimiento —añadió—. A menos que tema perder y revelar demasiado, claro.

Felicity solo se dio cuenta de lo que había dicho cuando ya era demasiado tarde. ¿Qué le pasaba? ¿Acaso no era consciente de que podía jugarse su puesto de trabajo? ¿Cómo retaba a Alexander Reid de aquella manera? No estaban en los *boys scouts*.

Pero entonces él asintió ligeramente con la cabeza y con una expresión de divertida resignación en el rostro.

—Muy bien, señorita Ashford. Acepto sus términos. Las damas primero.

Felicity estudió la torre unos segundos, luego extrajo con cuidado un bloque del centro, colocándolo triunfalmente sobre la cima.

—Su turno —dijo, recostándose sobre sus muslos.

Alexander se inclinó hacia adelante.

Sus ojos azules evaluaban la estructura con la misma intensidad con la que analizaba los informes financieros. Esos en los que siempre encontraba mil errores.

Después de un momento de reflexión, seleccionó una pieza del lado derecho y la retiró con un movimiento sorprendentemente delicado para unas manos tan grandes.

—Impresionante —comentó Felicity, observando cómo colocaba la pieza en la parte superior sin que la torre se inmutara—. No sabía que tenía dedos tan ágiles.

Alexander le dirigió una mirada que contenía un destello de picardía.

—Hay muchas cosas que no sabe de mí —contestó.

El juego continuó, turno tras turno.

La tensión aumentaba con cada pieza que retiraban.

Para asombro de Felicity, Alexander no solo era bueno, también estaba sorprendentemente relajado (para lo que era él). Con cada movimiento parecía desprenderse un poco más de la rigidez que lo caracterizaba en la oficina.

—¿Sabe? —comentó Felicity en tono despreocupado, mientras pensaba en su próximo movimiento—. Nunca le había visto sonreír tanto como en la última media hora —se atrevió a decir.

—Quizás no había tenido motivos para hacerlo —respondió él, observándola con atención mientras ella extraía cuidadosamente una pieza del centro.

La torre se tambaleó peligrosamente, y Felicity contuvo la respiración hasta que se estabilizó. Con cuidado colocó la pieza en la cima con un pequeño suspiro de alivio.

—¿Está sugiriendo que soy graciosa, señor Reid? —preguntó, inclinándose ligeramente hacia adelante.

—Estoy sugiriendo —respondió él, estudiando la torre — que es... refrescante.

Antes de que Felicity pudiera procesar el cumplido, Alexander extrajo una pieza del nivel inferior con una confianza que rayaba en la arrogancia. La torre ni siquiera se movió.

—Impresionante —admitió ella.

—Tengo encima años de práctica firmando contratos con manos

firmes —explicó él con una pequeña sonrisa.

Felicity se echó a reír.

Mientras el juego avanzaba, la torre se volvía cada vez más inestable, y la conversación fluía con una naturalidad que ninguno de los dos habría esperado.

Hablaron de trivialidades al principio, comidas favoritas, películas, lugares que habían visitado, pero gradualmente, entre risas y exclamaciones de tensión cuando la torre amenazaba con venirse abajo, las conversaciones se volvieron más personales.

—Mi turno —dijo Felicity, después de que Alexander lograra hacer un movimiento bastante arriesgado—. Nunca me imaginé que estaría así con usted.

—Así ¿cómo? —preguntó él, observándola mientras ella evaluaba sus opciones.

—Sentados en el suelo, jugando al Jenga, teniendo una conversación del tipo que estamos teniendo —respondió Felicity, seleccionando cuidadosamente un bloque—. En la oficina siempre es tan... —buscó la palabra adecuada mientras extraía la pieza con infinito cuidado.

—¿Intimidante? —sugirió él, con una ceja arqueada.

—Iba a decir distante —aclaró ella, colocando la pieza en la cima—, pero intimidante también vale.

Alexander observó la torre, que se balanceaba precariamente, como si fuera una metáfora de algo más grande.

—Tengo una reputación que mantener —dijo.

—Claro, su reputación de *señor Limón Amargo*.

Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas. Felicity se congeló, dándose cuenta demasiado tarde de que acababa de revelar el apodo secreto que le había puesto.

¡Mieeerda!

—Yo… no quería decir… Yo… —Las palabras se le atascaron en la garganta.

«Tierra, trágame. Tierra, Trágame. Tierra, trágame.»

Para su sorpresa, Alexander no pareció ofendido.

—¿Señor Limón Amargo? —repitió—. ¿Ese es el apodo que me han puesto en la oficina?

Felicity sintió que sus mejillas ardían.

—No, solo... solo yo —admitió, encogiéndose ligeramente de hombros—. Por la manera en que frunce el ceño cuando algo no le gusta. Como si hubiera chupado un limón muy amargo. Así.

Para demostrárselo, Felicity imitó la expresión, frunciendo exageradamente los labios y entrecerrando los ojos.

Alexander la observó y luego, para su absoluto asombro, estalló en una carcajada. Era como una niña pequeña.

Aquella vez, la risa de Alexander fue más plena, más libre, como si algo se hubiera desatado dentro de él.

El sonido era cálido, rico, completamente incongruente con la imagen de director ejecutivo implacable que proyectaba en la oficina (y que era), y Felicity se descubrió cautivada por esa faceta de él.

Tan nueva.

Tan insólita.

Tan rara.

Algunas barreras habían caído, al menos temporalmente, y había vislumbrado al hombre detrás del traje, al Alexander detrás del señor Reid.

—Es realmente única, señorita Ashford —dijo Alexander cuando finalmente recuperó la compostura.

Ella sintiendo una inexplicable calidez expandiéndose en su pecho ante el cumplido.

—Su turno —dijo, señalando la torre—. ¿No… está enfadado? —le preguntó

Alexander estudió la estructura tambaleante. Casi todas las piezas fáciles ya habían sido movidas, dejando solo las más comprometidas. Con una concentración absoluta, identificó una pieza en el segundo nivel y comenzó a empujarla suavemente.

—No —respondió, mientras trabajaba con cuidado—. No soy el monstruo que cree.

La pieza se deslizó unos milímetros.

Felicity lo miró.

—Hay personas que aseguran que usted es el diablo.

—¿En serio? —dijo él, empujando la pieza un poco más.

—Vamos, no me diga que no lo sabe.

La sonrisa que esbozó Alexander le dio a entender que era muy consciente de qué tipo de fama tenía.

—Es lo que quiero que piensen mis enemigos. —La pieza se liberó y Alexander la tomó con cuidado.

—¿Es solo un rol? ¿Un papel? —indagó Felicity.

Justo cuando estaba a punto de colocar la pieza en la cima, la torre comenzó a tambalearse. Alexander intentó estabilizarla, pero era demasiado tarde. Con un ruido sordo, la estructura se derrumbó, esparciendo bloques por toda la mesa y algunos cayendo sobre la moqueta.

—¡He ganado! —exclamó Felicity, levantando los brazos en señal de victoria.

Alexander observó los restos de la torre con una expresión de incredulidad que rápidamente se transformó en una sonrisa resignada.

—Felicidades, señorita Ashford —dijo, inclinando ligeramente la

cabeza en un gesto de reconocimiento—. Parece que mi racha invicta ha llegado a su fin.

Felicity lo miró con una sonrisa traviesa.

—No parece que sea un hombre muy acostumbrado a perder.

—No lo estoy —admitió Alexander—. En los negocios, perder no es una opción.

—¿Y en la vida? —preguntó Felicity, comenzando a recoger las piezas esparcidas por la mesa.

—Todos perdemos algo a lo largo de la vida —respondió Alexander.

Sus ojos se encontraron a través de los restos dispersos de la torre, y durante unos segundos, ninguno de los dos habló. El sonido de la lluvia contra los ventanales parecía amplificarse en el silencio de la habitación.

—Bueno —dijo Felicity finalmente, rompiendo el hechizo—, según nuestras reglas, le toca responder una pregunta con total sinceridad.

Alexander se recostó, apoyando la espalda en la parte baja del sofá, en una postura tan relajada que parecía pertenecer a otra persona, no al siempre tenso y controlado hombre que ella conocía.

—Adelante —la invitó—. Soy un hombre de palabra. —Alexander cogió los bloques que habían caído en la moqueta y los fue metiendo en la caja.

Felicity pensó en sus opciones.

Quería hacerle tantas preguntas, había tantas cosas que siempre había querido saber pero que nunca se había atrevido a preguntar. Podría interrogarlo sobre su infancia, sobre la relación con sus padres, y más concretamente con su padre; sobre si alguna vez se arrepentía de las decisiones que tomaba. O cuántas novias había tenido aparte de Isobel Winters. Pero en lugar de eso, lo que salió

de sus labios fue otra cosa muy distinta.

—¿Es feliz? —dijo, y su voz se escuchó más suave de lo que pretendía.

La pregunta tomó por sorpresa a Alexander. Sus ojos se abrieron ligeramente, y durante un instante, Felicity vio algo frágil en ellos, algo crudo y honesto que normalmente mantenía cuidadosamente oculto.

—Esa es probablemente la pregunta más difícil que me han hecho en muchos años —dijo Alexander.

Felicity esperaba, sin presionarlo, dándole el espacio para encontrar su respuesta. Fuera, la tormenta continuaba sin dar una tregua.

—Creo —dijo Alexander después de lo que parecía una eternidad— que hasta hace una hora, habría respondido automáticamente que sí. Tengo éxito, respeto, poder, más dinero del que podría gastar en diez vidas...

Hizo una pausa. Sus ojos estaban fijos en un punto distante, indeterminado.

—Pero sentado aquí, en el suelo, jugando al Jenga contigo, riendo más de lo que me he reído en meses... —Su mirada volvió a encontrarse con la de Felicity, y parecía sorprendido por sus propios sentimientos—… me doy cuenta de que quizás no sé realmente qué significa ser feliz.

La sinceridad de su respuesta dejó a Felicity sin palabras.

—Bueno —dijo finalmente, con una pequeña sonrisa—. Algún día se dará cuenta de qué le hace realmente feliz, y lo perseguirá hasta conseguirlo.

—Seguro —comentó él, sin apartar los ojos de ella.

Felicity consultó su reloj de pulsera, ajena a la mirada de Alexander.

—Es tarde, y mañana será un día complicado con todos los cambios de planes. Debería irme a mi habitación —dijo, poniéndose de pie y recogiendo los zapatos del suelo.

—Sí, va a ser un día largo —dijo Alexander.

Él se levantó también, y durante un segundo, o dos, o tres, se quedaron ahí, de pie, más cerca de lo que normalmente estarían, mientras la tormenta rugía fuera.

—Gracias por la compañía —dijo Alexander—. Y por... escuchar.

—Gracias por compartirlo conmigo —respondió Felicity.

Alexander movió la cabeza, asintiendo, y por un instante, Felicity tuvo la extraña sensación de que podría hacer algo impulsivo, algo que cambiaría todo.

Pero el momento pasó, y él simplemente dio un paso atrás, poniendo distancia entre ellos.

—Buenas noches, Felicity —dijo, usando su nombre de pila, como si estuviera probando cómo se sentía en su boca, cómo sabía. Y la verdad era que sonaba delicioso.

—Buenas noches, Alexander —respondió ella, antes de dirigirse hacia la puerta con los zapatos en la mano. Por nada del mundo se los iba a volver a poner aquella noche, aunque tuviera que recorrer descalza todo el hotel.

Mientras regresaba a su habitación, con el sonido de la tormenta como única compañía, Felicity tuvo la sensación de que algo había cambiado entre Alexander y ella. No era solo que hubieran compartido whisky, confidencias y Jenga, o que hubieran abandonado puntualmente las formalidades de «señor Reid» y «señorita Ashford». Era algo más profundo, más significativo. Habían visto fragmentos del otro, más allá de los roles de jefe y empleada, más allá de las máscaras profesionales que ambos llevaban.

CAPÍTULO 31

Cuando llegó a su habitación, Felicity dejó caer al suelo los zapatos que llevaba en la mano y se desplomó en la cama con un suspiro que contenía demasiadas emociones para identificarlas todas.

Las conversaciones con Alexander seguían reproduciéndose en su mente.

Cada palabra.

Cada mirada.

Cada momento de conexión.

Con un gemido, recordó que no había respondido a los mensajes de Azriel.

Sacó su teléfono del bolsillo de la falda y abrió WhatsApp, donde, efectivamente, su compañero de piso había dejado una retahíla de mensajes cada vez más dramáticos.

[21:34] **Azriel:** ¡¡¡FELICITY ASHFORD!!! ¿Sigues viva o Alexander Reid te ha absorbido en su vórtice empresarial?

[21:36] **Azriel:** Necesito detalles. ¿Cómo va todo por Boston? ¿Habéis cerrado el trato? Y cuando digo «trato» estoy siendo deliberadamente ambiguo...

[21:42] **Azriel:** Gatsby dice que si no respondes en 10 minutos asumirá que estás teniendo sexo salvaje con tu jefe y procederá a destrozar tu colección de zapatos favoritos.

[21:45] **Azriel:** No es que yo haya entrenado a Gatsby para destruir propiedad privada como método de extorsión. Eso sería muy poco ético por mi parte.

[21:57] **Azriel:** Vale, ahora estoy realmente preocupado. ¿La reunión ha ido tan mal? ¿O TAN BIEN?

[22:15] **Azriel:** Si no responde en 5 minutos, asumiré que:

a) Estás muerta.

b) Estás borracha.

c) Estás besando a Alexander Reid.

Y voy a proceder a llamar a:

a) La policía de Boston.

b) Tu madre.

c) La revista People, respectivamente.

Felicity no pudo evitar reírse mientras escribía su respuesta. Lo de Azriel no tenía un maldito nombre para describirlo. Dios, estaba zumbadísimo.

[23:48] **Felicity:** Perdón por el retraso en responder. Estoy viva, sobria (más o menos) y definitivamente NO estoy besando a Alexander Reid. ¿De dónde narices te has sacado eso? ¿Se te olvida que es mi jefe?

[23:49] **Felicity:** La reunión fue bien, pero estamos atrapados en Boston. Hay una tormenta brutal y han cancelado todos los vuelos. Nos tenemos que quedar un día más.

La respuesta fue inmediata, como si Azriel hubiera estado esperando con el teléfono en la mano.

[23:49] **Azriel:** ATRAPADOS POR UNA TORMENTA. Esto es literalmente el argumento de TODAS las novelas románticas. Dime que al menos estáis en habitaciones separadas, por el bien de tu cordura.

Felicity puso los ojos en blanco.

[23:50] **Felicity:** Por supuesto que estamos en habitaciones separadas. ¿Qué te crees que es esto? ¿Alguna de tus fantasías?

[23:50] **Azriel:** Mis fantasías son MUCHO más elaboradas, cariño. Implican a Alexander Reid perdiendo la ropa en circunstancias improbables que involucran aspersores contra incendios y/o situaciones de emergencia que requieren compartir calor corporal.

Felicity estalló en una sonora carcajada. Tuvo que taparse la boca para que no le oyeran en las habitaciones de al lado y pensara que estaba loca.

[23:51] **Felicity:** Busca ayuda profesional. En serio.

[23:51] **Azriel:** La terapia, en mi caso, es para gente que no puede permitirse un buen cóctel y una sesión de cotilleos con su mejor amiga. Hablando de eso, ¿cómo va todo con el *señor Limón Amargo*? ¿Sigue siendo el robot de siempre o Boston lo ha

ablandado?

Felicity dudó un momento.

Sus dedos suspendidos sobre la pantalla.

¿Debería contarle a Azriel las distintas conversaciones que había tenido con Alexander? ¿Qué, por primera vez, había visto al hombre detrás del presidente de Reid Enterprises, vulnerable y sorprendentemente humano?

[23:53] **Felicity:** Es... diferente aquí. Menos rígido. Acabamos de tener una conversación bastante personal, de hecho. Y hemos terminado jugando al Jenga.

[23:53] **Azriel:** 🚨🚨?? ALERTA DE EMERGENCIA 🚨🚨?? ¡HABEIS ESTADO JUGANDO AL JENGA? ¿HABÉIS TENIDO UNA CONVERSACIÓN PERSONAL? ¿CON ALEXANDER «MIS SENTIMIENTOS ESTÁN GUARDADOS EN UNA CAJA FUERTE BAJO TIERRA» REID? Necesito detalles INMEDIATAMENTE. Y no escatimes. ¿De qué hablasteis? ¿Hubo contacto visual prolongado? ¿ROCE DE MANOS?

[23:54] **Felicity:** ¡¡Tranquilízate!! Tomamos un whisky y hablamos. Como personas normales. Después, como estábamos aburridos, jugamos al Jenga. Me contó algunas cosas sobre su familia, yo le conté sobre la mía. Fue... No ha estado mal.

[23:54] **Azriel:** «No ha estado mal» es cómo se describe un pastel con poco azúcar o un vestido de rebajas. No una CONEXIÓN EMOCIONAL CON TU JEFE MULTIMILLONARIO DURANTE UNA TORMENTA. ¿Se ha reído? Dime que le hiciste reír. Alexander Reid

riendo es como un unicornio: todos hablan de ello, pero nadie lo ha visto realmente.

Felicity se echó a reír de nuevo.

Y recordó su risa. El sonido cálido y sorprendentemente juvenil que había transformado completamente su rostro (incluso que le había quitado años de encima).

[23:56] **Felicity:** Sí, se ha reído. Varias veces. Tiene una risa genial.

[23:56] **Azriel:** Voy a necesitar un momento para procesar esto. Alexander Reid. Riendo. Contigo. Jugando al Jenga. Durante una tormenta. En Boston. ¿Te das cuenta de que esto es prácticamente el clímax del segundo acto de una película de Nora Ephron?

[23:57] **Felicity:** No es una película, Azriel. Es trabajo. Complicado por circunstancias meteorológicas adversas.

[23:57] **Azriel:** Claro, y el Titanic era solo un barco con problemas de orientación. Mira, no quiero alarmarte, pero suena como que algo está cambiando entre vosotros. Y no me refiero solo a que ahora sepas que puede reír como un ser humano normal.

Felicity suspiró, consciente de que Azriel, a pesar de su dramatismo habitual, tenía razón. Algo había cambiado, y no estaba segura de cómo sentirse al respecto.

[23:59] **Felicity:** Lo sé. Y me asusta un poco. Es mi jefe. Y yo

soy su asistente. Ese es un desequilibrio de poder incluso si ignoramos todo lo demás.

[00:00] **Azriel:** El amor no entiende de jerarquías empresariales, querida.

[00:00] **Felicity:** ¿Quién ha hablado de amor? ¡Por Dios, Azriel!

[00:01] **Azriel:** Tú no, evidentemente, porque estás en fase de negación. Pero no te preocupes, es la primera etapa del proceso. Pronto pasarás a la ira, luego otra vez a la negociación, después a la depresión y finalmente a la aceptación de que estás total e irremediablemente enamorada de Alexander Reid.

Felicity empezó a descojonarse de la risa. Pero ¿qué estaba diciendo Azriel? Esas eran las etapas del duelo según el modelo Elisabeth Kübler-Ross.

Se le había ido la cabeza.

Comenzó a teclear de nuevo.

[00:02] **Felicity:** Creo que estás confundiendo las etapas del duelo con tu fantasía de telenovela sobre mi vida profesional.

[00:02] **Azriel:** El tiempo me dará la razón. Siempre lo hace. Soy prácticamente una pitonisa en temas del corazón.

[00:03] **Felicity:** Sí, como aquella vez que asegurabas que el camarero del Starbucks de la esquina estaba perdidamente enamorado de ti y resultó que simplemente te confundía con un antiguo compañero del instituto.

[00:03] **Azriel:** Eso fue un ERROR de cálculo. Yo creo que en el último momento se arrepintió de declararse. Pero en serio, Felicity. Ten cuidado, ¿vale? No porque crea que Alexander Reid sea un mal tipo (aunque no es bueno para las relaciones), sino porque... bueno, ya lo hablamos en su momento, hay mucho en juego. Tu trabajo, tu corazón, tu vida si tengo que recoger los pedazos...

Felicity se sorprendió por el tono de preocupación de su compañero de piso. A pesar de todo su dramatismo y sus bromas, Azriel realmente se preocupaba por ella.

Felicity se mordió el labio.

[00:05] **Felicity:** Lo sé. Y te prometo que estoy siendo cautelosa. Fue solo una conversación. Interesante, reveladora incluso, pero solo una conversación. No voy a dejar que las mariposas invadan mi estómago.

[00:05] **Azriel:** Las relaciones más intensas de la historia comenzaron con una inocente conversación. Romeo y Julieta. Elizabeth y Darcy. Yo y aquel instructor de yoga que me dejó por un trapecista del Circo del Sol.

Felicity negó con la cabeza.

[00:06] **Felicity:** Me voy a dormir. La tormenta está empeorando y mañana será un día largo.

[00:06] **Azriel:** Bien, huye de la conversación como huyes de tus sentimientos. Pero recuerda mis palabras cuando estés bailando el vals en tu boda con Alexander Reid mientras yo finjo sorpresa a pesar de haberlo adivinado AÑOS atrás.

[00:07] **Felicity:** Buenas noches, lunático. Dale un beso a Gatsby de mi parte.

[00:07] **Azriel:** Buenas noches, futura señora Reid. Gatsby dice que más te vale traerle un souvenir de Boston o vomitará en el interior de tus zapatos nuevos.

[00:08] **Felicity:** Dile que es un manipulador, pero que lo quiero.

[00:08] **Azriel:** Se lo diré. Y Felicity... sea lo que sea que esté pasando con Alexander, mereces ser feliz. Incluso si eso significa que tendré que soportar a un director ejecutivo obsesivo-compulsivo como cuñado en el futuro.

Felicity sonrió ante la pantalla, agradecida de tener a alguien como Azriel en su vida, alguien que, a pesar de todas sus exageraciones, sus teatros y sus dramatismos, la entendía mejor que nadie.

[00:10] **Felicity:** Gracias, Azriel. Te quiero, idiota.

[00:10] **Azriel:** Y yo a ti, negadora. Ahora ve a soñar con ojos azules y trajes de tres piezas.

Con una última sonrisa, Felicity salió de WhatsApp y dejó el teléfono en la mesita de noche.

Se puso el pijama y se acomodó bajo las sábanas, escuchando el sonido constante de la lluvia contra la ventana.

A pesar de sus protestas con Azriel, no pudo evitar que sus pensamientos volvieran a Alexander.

¿Era peligroso? Absolutamente.

¿Era complicado? Sin duda.

¿Podría ignorar lo que estaba sintiendo? Cada vez menos.

Con esos pensamientos arremolinándose en su mente, Felicity finalmente se dejó llevar por el sueño, mientras la tormenta continuaba desatando su furia sobre Boston.

CAPÍTULO 32

El regreso a Nueva York había traído consigo una extraña atmósfera entre Felicity y Alexander.

Durante los tres días posteriores, habían mantenido una apariencia de normalidad profesional que engañaría a cualquier observador casual, pero que para ellos era como una elaborada obra de teatro.

Las formalidades de «señor Reid» y «señorita Ashford» habían regresado, por supuesto. Era lo apropiado en el entorno de la oficina. Pero ahora, cada vez que Alexander pronunciaba «señorita Ashford», había un matiz en su voz, casi imperceptible pero innegable, como si estuviera recordando el momento en que la había llamado simplemente «Felicity» en la intimidad de aquella suite de hotel durante la tormenta.

Era viernes, poco más de una semana después del viaje a Boston, y el piso 70 de la Torre Reid se había ido vaciando a medida que avanzaba la tarde.

A las 19:30 solo quedaban Felicity y Alexander. Ella en su escritorio terminando los últimos detalles de una presentación para la junta directiva del lunes, él en su oficina revisando unos contratos.

Felicity movió el cuello de un lado a otro para desentumecerlo, notando la tensión acumulada en sus hombros después de horas frente al ordenador.

A través de la puerta entreabierta de la oficina de Alexander, podía verlo trabajando, su perfil recortado contra el ventanal que ofrecía una vista panorámica de Manhattan bañada por la luz crepuscular del atardecer.

«Debería irme», pensó, consciente de que era viernes, y que, técnicamente, su jornada había terminado hacía un par de horas. Pero había algo reconfortante en esos momentos tranquilos al final del día, cuando el ajetreo de la oficina se calmaba y solo se quedaban ellos dos, cada uno absorto en su trabajo, pero extrañamente conectados por la presencia del otro.

Alexander levantó la vista de sus documentos, como si hubiera presentido su mirada, y sus ojos se encontraron a través de la distancia. Ninguno dijo nada, simplemente se sostuvieron la mirada en silencio, como si no fuera necesario nada más.

Finalmente, Alexander rompió el contacto visual y habló:

—Señorita Ashford, ¿podría venir un momento? Hay algo en estos contratos que me gustaría discutir.

Felicity asintió, ignorando el pequeño salto que dio su corazón.

—Por supuesto.

Se levantó, alisando inconscientemente su falda lápiz gris antes de dirigirse hacia su oficina.

Al entrar, notó que Alexander se había aflojado ligeramente la corbata, un pequeño signo de cansancio que raramente se permitía mostrar. Porque él, ante todo, guardaba las formas.

—Cierre la puerta, por favor —le pidió, y Felicity obedeció, advirtiendo la intimidad que creaba ese simple acto en un edificio prácticamente vacío.

—¿Qué necesita revisar? —preguntó, acercándose al escritorio con su tablet lista.

Alexander se levantó, rodeando la mesa para detenerse junto a

ella. Su proximidad era repentinamente abrumadora en la espaciosa oficina.

—Los términos de la adquisición de BioGen —respondió, señalando hacia los documentos desplegados en su pantalla—. Vaughn ha introducido algunas cláusulas en el último borrador que podrían comprometer nuestra posición.

Felicity se inclinó para examinar la pantalla, demasiado consciente de la presencia de Alexander Reid a escasos centímetros de ella. Podía percibir su colonia, esa mezcla sofisticada de notas amaderadas y algo indefiniblemente masculino que ya había catalogado mentalmente como «el aroma de Alexander».

—Puedo ver el problema —dijo, señalando un párrafo específico y tratando de mantener la voz profesional, a pesar de la distracción que suponía para ella su jefe—. Esta cláusula les daría control sobre cualquier aplicación de la tecnología, incluso después de la adquisición.

Alexander asintió, acercándose un poco más para ver el lugar que ella señalaba.

—Exactamente. Y es inaceptable.

Felicity cada vez era más y más consciente de lo cerca que estaban. Los brazos casi se tocaban mientras ambos miraban la pantalla. Si giraba ligeramente la cabeza, solo ligeramente, su rostro quedaría a centímetros del de él.

Joder.

—Podríamos contraproponer con una estructura de control compartido —sugirió, luchando por mantener su mente centrada en el trabajo y no en la proximidad física de Alexander—. Preservar su autonomía creativa, como prometimos, pero manteniendo la autoridad final de Reid Enterprises sobre las decisiones estratégicas de mercado.

Reid se pasó la mano por la barbilla.

—Es una solución elegante —comentó. Su tono de voz parecía de pronto ligeramente más bajo que de costumbre—. Mantiene el espíritu de nuestra propuesta original mientras protege nuestros intereses.

—Vaughn parece valorar más el reconocimiento de su visión que el control absoluto —opinó Felicity, consciente de que estaba hablando más de lo necesario para combatir su nerviosismo. Pero es que le empezaba a faltar hasta el aire—. Si reformulamos esto como una alianza en lugar de como una simple adquisición, podríamos...

Se interrumpió cuando notó que Alexander no estaba mirando la pantalla sino a ella, con una expresión que nunca había visto antes en su cara. Era una mezcla de curiosidad, admiración y algo más profundo, más peligroso.

Felicity entreabrió los labios.

—¿Señor Reid? —preguntó, en un susurro.

—Alexander —corrigió él suavemente—. Creo que después de Boston, cuando estemos solos, podrías llamarme Alexander.

Felicity sintió que su corazón se aceleraba.

Boston.

El whisky.

El Jenga.

La tormenta.

La conversación que había cambiado algo entre ellos.

—Alexander —repitió, probando el nombre de nuevo, saboreándolo.

Él sonrió. Una sonrisa que de repente le hacía más accesible. Como en Boston.

—Me gusta cómo suena en tu voz —admitió, y Felicity se quedó sin palabras.

Reid... No, Alexander... dio un pequeño paso hacia ella, eliminando la ya escasa distancia entre los dos.

Felicity contuvo la respiración, incapaz de moverse, incapaz de pensar con claridad mientras él levantaba una mano y, con delicadeza, apartaba un mechón de pelo de su rostro.

—Felicity —murmuró. Su nombre era como una caricia en sus labios—. Creo que los dos sabemos que esto va más allá de contratos y adquisiciones.

Ella asintió débilmente, demasiado abrumada para formar alguna palabra coherente.

Una parte distante de su cerebro gritaba advertencias sobre líneas profesionales y dinámicas de poder que quizá era mejor no traspasar, pero esa voz se desvanecía rápidamente bajo la intensa mirada de Alexander.

Él se inclinó ligeramente, y Felicity supo con certeza absoluta que iba a besarla.

Pero lo que realmente resultaba alarmante, era que ella quería que lo hiciera. Quería sentir esos labios perfectamente definidos contra los suyos, descubrir si fuera de la sorpresa del tren cuando lo besó ella, él besaba con la misma intensidad controlada con la que hacía todo lo demás, o si, tal vez, ahí también existía un Alexander Reid diferente, más impulsivo, más libre.

Sus rostros estaban tan cerca que podía sentir su aliento cálido mezclándose con el suyo. Sus ojos se encontraron una última vez. Una pregunta silenciosa en los de él, una respuesta igual de silenciosa en los de ella, y entonces...

La puerta de la oficina se abrió de golpe. El sonido fue tan abrupto en el silencio que ambos se separaron como si hubieran recibido una descarga eléctrica.

—Alexander, necesitamos hablar sobre... Oh.

Isobel Winters estaba en el umbral, rotunda como siempre con

un traje blanco que contrastaba con su pelo rubio platino.

Sus ojos verdes se movieron entre Alexander y Felicity, absorbiendo la escena con una comprensión aguda que hizo que Felicity quisiera hundirse en el suelo, que la tragara.

CAPÍTULO 33

—Isobel —La voz de Alexander había cambiado instantáneamente, regresando a ese tono frío y controlado que usaba en las negociaciones hostiles—. No recuerdo haber programado una reunión contigo —dijo con visible malhumor.

Isobel entró en la oficina como si fuera la dueña del lugar, cerrando la puerta tras ella con una calma estudiada y que a Felicity le puso de los nervios.

—No la programaste —respondió con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos, porque sus sonrisas nunca alcanzaban sus ojos —. Pero necesito hablar contigo. Tu asistente no estaba en su puesto para anunciarme, lo cual ahora tiene sentido.

Sus ojos se posaron en Felicity, evaluándola con una mirada que la hizo sentir como un insecto bajo un zapato. Diría que casi a punto de morir aplastada.

—Llamé a la puerta, por cierto —añadió Isobel, aunque su tono dejaba claro que era una mentira—. Supongo que estabais demasiado... concentrados como para oírme.

La insinuación era tan evidente que Felicity sintió que sus mejillas se encendían. Le iba a echar a arder la cara. Alexander, sin embargo, no mostró reacción alguna más allá de un ligero endurecimiento en la línea de su mandíbula.

—¿Qué necesitas, Isobel? —preguntó directamente, poniendo distancia física entre él y Felicity con un movimiento sutil pero definitivo.

Isobel sonrió, claramente disfrutando de la incomodidad que había creado.

—Tengo una propuesta de negocio que podría interesarte —respondió, dejando caer su elegante bolso Hermès sobre uno de los sillones, como si estuviera reclamando un territorio que le pertenecía.

—No es el momento —sentenció Alexander.

—Yo creo que sí —lo contradijo Isobel. Y siguió hablando—. Winters Corporation está considerando una expansión en el mercado asiático, específicamente en el sector tecnológico que tú dominas tan... hábilmente.

Alexander cruzó los brazos. Su postura indicaba claramente que no estaba impresionado.

—¿Y? Reid Enterprises y Winters Corporation son competidores directos en ese mercado desde hace años. Rivales. No veo cómo una colaboración sería beneficiosa para alguna de las dos.

—Ahí es donde te equivocas, querido —Isobel se acercó, moviéndose con la gracia felina de una depredadora. Joder, era como una puta pantera—. Una alianza estratégica nos permitiría establecer un duopolio muy efectivo. Controlaríamos conjuntamente más del sesenta por ciento del mercado.

Felicity observó el intercambio de palabras, sintiéndose invisible y, al mismo tiempo, jodidamente expuesta.

Debería excusarse, dar a Alexander e Isobel privacidad para aquella discusión, pero algo la mantenía clavada en el suelo, como si sus zapatos de pronto fueran de plomo y no le permitieran moverse, dar un solo paso.

—Lo que describes no es una alianza estratégica —respondió

Alexander con frialdad—. Es una práctica comercial ilegal que viola al menos tres leyes antimonopolio internacionales.

—Solo si alguien lo descubre —replicó Isobel con una sonrisa calculadora—. Y ambos sabemos que hay formas de estructurar acuerdos para que parezcan completamente legales.

Alexander la miró con una expresión que Felicity nunca había visto antes en él: desprecio.

—¿Por eso estás realmente aquí, Isobel? ¿Para proponerme que participe en prácticas comerciales no éticas? ¿O quieres algo más?

La pregunta quedó suspendida en el aire, cargada de significados y de una historia compartida que Felicity solo podía intuir.

Isobel rio, un sonido melodioso pero carente de autenticidad.

—Siempre tan directo, Alexander —comentó, lanzando una mirada evaluadora a Felicity—. Me pregunto si tu... asistente aprecia esa cualidad tanto como yo solía hacerlo.

El silencio que siguió fue tan tenso que prácticamente se podía cortar con un cuchillo.

Felicity se sentía como una intrusa en una obra de teatro para la que no tenía guion, captando solo fragmentos de un drama mucho más extenso.

—Señorita Ashford —dijo Alexander—, ¿podría dejarnos un momento a solas? Parece que la señorita Winters y yo necesitamos aclarar algunos puntos.

Felicity asintió, agradecida por la oportunidad de escapar de aquella atmósfera sofocante.

—Por supuesto, señor Reid —respondió, recobrando su propia formalidad como un escudo—. Estaré en mi mesa si me necesita.

—No creo que te necesite por ahora, querida —intervino Isobel con una dulzura venenosa—. Estos asuntos requieren cierto...

historial compartido para comprenderlos de forma adecuada.

Alexander le lanzó una mirada de advertencia que Isobel ignoró completamente. A ella ya no había una mirada (ni nada) que la intimidara.

Felicity mantuvo su expresión formal mientras se dirigía hacia la puerta, consciente de las miradas de ambos siguiéndola.

Justo antes de salir, escuchó la voz de Alexander, tensa pero controlada:

—Eso ha sido innecesario, Isobel.

La respuesta de Isobel flotó hasta ella mientras cerraba la puerta:

—Oh, Alexander. Todo lo que hago tiene un propósito.

Una vez en su escritorio, Felicity se dejó caer en la silla. La adrenalina la abandonó de repente, dejando en su lugar una mezcla confusa de emociones.

Había estado a punto de besarse con Alexander Reid.

Su jefe.

El hombre del que absolutamente no debía enamorarse, según todas las reglas del sentido común y la supervivencia profesional.

Y luego, Isobel Winters, como la villana perfectamente oportuna de una película romántica, había aparecido para interrumpir el momento y recordarle exactamente por qué besarse con Alexander era una mala idea.

«Gracias, universo, por la sutil intervención», pensó con ironía mientras intentaba calmar su respiración agitada.

Desde la oficina de Alexander llegaban voces amortiguadas. A veces se elevaban lo suficiente para que captara fragmentos de la discusión.

No podía distinguir palabras específicas, pero el tono era

inconfundiblemente tenso. En un momento dado, la voz de Alexander se elevó lo suficiente para que entendiera claramente:

—Eso es descabellado y lo sabes.

La respuesta de Isobel fue demasiado baja para escucharla, pero fuera lo que fuese lo que dijo, provocó un largo silencio.

Felicity intentó concentrarse en la presentación que había estado preparando, pero su mente se negaba a cooperar, reproduciendo una y otra vez el momento antes de la interrupción.

La dulzura en los ojos de Alexander sobre los suyos.

La forma en que había pronunciado su nombre.

La sensación de su aliento mezclándose con el suyo.

«Para, para, para —se ordenó mentalmente—. Esto es exactamente por lo que las relaciones en el lugar de trabajo son una mala idea. El drama. La complicación. Las exnovias que aparecen de la nada como brujas malvadas de un cuento.»

Estaba tan absorta en su diálogo interno que casi saltó cuando la puerta de la oficina se abrió abruptamente.

Isobel salió primero, su expresión era una máscara de furia apenas contenida. Alexander la seguía. Su rostro tenso.

—Esta conversación no ha terminado, Alexander —declaró Isobel, girándose para enfrentarlo una última vez.

—Por mi parte, sí lo ha hecho —respondió él con frialdad—. Mi respuesta es definitivamente no. Y la próxima vez, pide una cita como cualquier otra persona para verme.

Isobel sonrió, un gesto que no contenía ni un ápice de calidez. Ni de nada bueno.

—¿Es así como tratas a todos tus «potenciales socios»? —preguntó, con una mirada significativa hacia Felicity—. ¿O solo a los que ya han visto lo que hay detrás de esa fachada perfectamente controlada?

Alexander dio un paso hacia ella. Su voz bajó a un tono peligrosamente tranquilo.

—Suficiente, Isobel. No mezcles lo personal con lo profesional. No aquí. No ahora.

—¿No lo haces tú? —contraatacó ella, con una risa breve y amarga—. Qué moral más interesante, viniendo de alguien que claramente está difuminando esas líneas con su asistente personal.

Felicity sintió como si le hubieran arrojado una jarra de agua helada a la cara. No pudo evitar una inhalación brusca que atrajo la atención de ambos hacia ella.

—Señorita Winters —intervino, encontrando de algún lugar una voz firme que no sabía que poseía—, le aseguro que mi relación con el señor Reid es estrictamente profesional.

Isobel la miró con una mezcla de diversión y algo parecido a la lástima.

—Oh, querida —dijo suavemente—. Eso es lo que todas nos decimos al principio. —Se volvió hacia Alexander—. ¿No es cierto, Alexander? ¿No empezó así también conmigo? «Solo trabajo, Isobel» «Totalmente profesional, Isobel».

Alexander avanzó hasta colocarse entre Isobel y el escritorio de Felicity, como si estuviera físicamente protegiéndola de aquellas palabras venenosas.

—Es suficiente —dijo. Su mirada era cortante como el acero—. Esta conversación ha terminado. Te agradecería que te marcharas ahora mismo.

Durante unos instantes, pareció que Isobel iba a responder, pero finalmente asintió, alzando ligeramente la cabeza con un movimiento elegante.

—Como desees —concedió, dirigiéndose hacia el ascensor—. Pero recuerda, Alexander: siempre fuiste mejor en los principios que en los finales de juego. Es tu debilidad.

Con esas últimas palabras, presionó el botón del ascensor, que afortunadamente llegó casi de inmediato. Antes de entrar, lanzó una última mirada a Felicity.

—Un consejo gratuito, señorita Ashford: pregúntele cómo terminan sus «relaciones profesionales». Es una historia fascinante.

Las puertas se cerraron tras ella, dejando un silencio ensordecedor en forma de estela.

Alexander permaneció inmóvil durante varios segundos, con la espalda tensa y los puños ligeramente apretados a los costados.

Finalmente, se giró hacia Felicity, y la expresión en su rostro la alarmó. Era una mezcla de ira contenida, preocupación y algo más profundo, más complicado.

—Lamento que hayas tenido que presenciar todo esto —dijo. Su voz estaba controlada, pero en su mandíbula se agitaba un músculo —. Isobel puede ser... difícil.

Felicity asintió, insegura de qué responder.

El momento íntimo que habían compartido antes de la interrupción parecía ahora un sueño lejano, eclipsado por la confrontación que acababa de presenciar.

—No te preocupes —respondió—. Entiendo que hay... una historia complicada ahí.

Alexander la miró un rato, como si estuviera evaluando algo crucial.

—Sí, la hay —admitió—. Una que creía haber dejado atrás hace mucho tiempo.

Algo en su tono hizo que Felicity se preguntara si se refería solo a su relación personal con Isobel, o si había más en esa historia que ella desconocía.

—Alexander, sobre lo que pasó antes... —comenzó, sintiendo que debían abordar el casi-beso que habían estado a punto de

darse.

Él levantó una mano, deteniéndola.

—Ha sido un error —dijo. Su voz de pronto sonaba distante—. Un desliz por mi parte. No debería haber permitido que la situación llegara a ese punto.

Las palabras cayeron como piedras en el estómago de Felicity.

«Un error.»

«Un desliz.»

Tan clínicas, tan frías.

Tan diferentes del Alexander que había visto antes de que Isobel apareciera. Pero esa figura parecía un fantasma, porque asomaba solo de vez en cuando. Muy de vez en cuando.

—Entiendo —respondió automáticamente, aunque no entendía nada. ¿Cómo podían pasar de un momento de conexión a ese otro en cuestión de minutos?

—No, no lo entiendes —habló de nuevo Alexander, pasándose una mano por el pelo en un gesto inusualmente de frustración—. Hay cosas que van más allá de lo personal. La compañía, la junta directiva, los accionistas... Mi posición no me permite el lujo de complicaciones personales.

Felicity sintió un dolor agudo en el pecho. ¿Eso era ella? ¿Una «complicación personal»?

Joder, lo estaba arreglando.

—Por supuesto, señor —respondió, regresando deliberadamente a la formalidad—. Comprendo perfectamente las implicaciones profesionales.

Alexander la miró, y por un instante fugaz, muy fugaz, algo parecido al arrepentimiento cruzó su rostro de rasgos angulosos y perfectos.

—Felicity, yo...

—No es necesario explicar más —lo interrumpió ella, incapaz de soportar cualquier justificación adicional (que iba a empeorar las cosas)—. Como le he dicho, lo entiendo. Y tiene razón. Fue un error que no se volverá a repetir.

Se puso de pie, reuniendo sus cosas con movimientos precisos para ocultar el temblor de sus manos.

—Si no me necesita para nada más, me gustaría irme. Es tarde y ha sido un día largo.

Alexander la observó durante un momento que pareció extenderse eternamente, como si estuviera librando alguna batalla interna. Finalmente, asintió.

—Por supuesto. Que tenga un buen fin de semana, señorita Ashford.

Y ahí estaba de nuevo.

«Señorita Ashford».

Las barreras fórmales perfectamente reconstruidas, como si los últimos treinta minutos nunca hubieran ocurrido.

—Igualmente, señor Reid —respondió ella, dirigiéndose hacia el ascensor sin mirar atrás.

Solo cuando las puertas se cerraron y comenzó a bajar, Felicity permitió que su fachada profesional se desmoronara.

Apoyó la frente contra el espejo frío del ascensor, respirando profundamente para controlar el nudo que tenía formado en la garganta.

—Estúpida, estúpida, estúpida —se reprendió en voz baja—. ¿En qué estabas pensando? Es Alexander Reid. Tú eres su asistente. Esto no es un cuento de hadas. Es la vida real, donde las asistentes no terminan con sus jefes multimillonarios, y donde las exnovias vengativas aparecen en el momento más inoportuno.

Cuando el ascensor llegó al vestíbulo, Felicity había recuperado su compostura, por lo menos la exterior.

Saludó con un gesto de la mano al guardia de seguridad y salió a la noche de Manhattan, ignorando la leve llovizna que había comenzado a caer.

«Perfecto —pensó con una ironía amarga—. El universo sincronizando el clima con mi estado de ánimo, como en una película romántica de bajo presupuesto.»

Lo que no sabía, mientras se alejaba de la Torre Reid, era que aquella noche marcaría solo el comienzo de una tormenta mucho más intensa que estaba a punto de desatarse, con Isobel Winters como su personaje principal.

CAPÍTULO 34

El lunes por la mañana, Felicity llegó a la oficina temprano como siempre, y con la determinación de mantener una profesionalidad absoluta.

El fin de semana había sido un ejercicio de autoflagelación mental, reviviendo una y otra vez el casi-beso, la interrupción, y la posterior retirada de Alexander.

Azriel, bendito fuera, había captado su estado de ánimo en cuanto había entrado por la puerta y no había presionado demasiado, limitándose a proporcionarle tarrinas de helado de tamaño XL y maratones de comedias románticas sin hacer las preguntas que claramente quería hacer.

Y se moría por hacer.

Y Felicity lo había agradecido, porque no le apetecía mucho hablar de lo que había sucedido.

La oficina estaba inusualmente silenciosa cuando salió del ascensor.

Normalmente, a esa hora ya había un zumbido de actividad mientras el personal se preparaba para enfrentar la jornada. Pero ese día, los pocos empleados presentes parecían ocupados en mantener conversaciones entre susurros que cesaban abruptamente cuando ella pasaba cerca.

Extraño, pero no lo suficiente para alarmarla realmente. En todos los trabajos siempre había cotillas y chismosos. No era nada nuevo… Hasta que Eliza, la chica de recursos Humanos que le había avisado de que la plaza de asistente personal de Alexander Reid quedaba vacante y con la que se encontraba de vez en cuando, se acercó a su escritorio con expresión preocupada.

—Hey, Felicity —saludó, mirando nerviosamente a su alrededor —. ¿Estás bien?

Felicity parpadeó, sorprendida por la pregunta.

—Sí, perfectamente. ¿Por qué no debería estarlo? —preguntó a su vez.

Eliza pareció incómoda, mientras jugueteaba con la tarjeta de identificación que colgaba de su cuello.

—Es solo que... hay algunos rumores circulando... Nada que debas tomar en serio, por supuesto —le advirtió—. Ya sabes cómo es la gente. Les encanta inventar historias.

Un presentimiento desagradable comenzó a formarse en el estómago de Felicity.

«No, no, no.»

—¿Qué tipo de rumores? —preguntó con cautela, aunque una parte de ella ya sospechaba la respuesta.

Eliza bajó la voz, inclinándose ligeramente sobre el escritorio.

—Sobre ti y el señor Reid. Sobre cómo conseguiste el trabajo. —Hizo una pausa, claramente incómoda—. Isobel Winters ha dejado caer algunos comentarios... sobre vosotros.

A Felicity le saltaron todas las alarmas. Todas.

¡¿Qué?!

¡¿Cómo?!

¿Qué mierda había ido diciendo aquella mujer?

Sintió que la sangre abandonaba su rostro, haciendo que palideciera.

Así que ese era el juego de Isobel. No podía obtener lo que quería de Alexander directamente, así que iba a atacarlo indirectamente. A través de ella.

—Entiendo —dijo, manteniendo su voz firme, a pesar del pánico que había comenzado a crecer en su interior—. Gracias por decírmelo, Eliza.

La chica asintió, apretando brevemente su hombro en un gesto de solidaridad antes de alejarse.

Felicity permaneció sentada, procesando aquella información.

Si Isobel estaba difundiendo rumores sobre que había obtenido su posición a través de medios poco profesionales, era solo cuestión de tiempo antes de que llegara a oídos de Alexander. Y conociendo su obsesión con la reputación de la empresa y su propia imagen pública...

¡Santa mierda!

Como si lo hubiera invocado con sus pensamientos, el ascensor se abrió y Alexander emergió de él, impecable como siempre con un traje gris oscuro.

Sus ojos azules se encontraron brevemente con los suyos mientras se acercaba, y Felicity notó inmediatamente que algo había cambiado. Su mirada era distante, formal, sin rastro de la calidez que había comenzado a mostrar en las últimas semanas.

—Buenos días, señorita Ashford —saludó con un tono neutral—. Necesito los informes financieros del último trimestre en mi escritorio en una hora. Y cancele mi almuerzo con Richardson; dígale que me surgió un asunto urgente del que me tengo que ocupar.

Sin esperar respuesta, continuó hacia su oficina, cerrando la puerta tras él con un ruido sordo.

Felicity se quedó mirando la puerta cerrada. El corazón se le hundió hasta el fondo del pecho. Alexander ni siquiera había dejado que le respondiera a los «buenos días».

Se mordió el labio.

Así que así iba a ser.

Distancia profesional.

Frialdad calculada.

Como si los momentos de conexión que habían vivido nunca hubieran existido.

Una parte de ella quería irrumpir en aquella maldita oficina y exigir una explicación, enfrentarlo sobre los rumores, sobre su repentino distanciamiento. Pero otra parte, la parte práctica que la había mantenido a flote en situaciones difíciles antes, incluso en aquella misma empresa, sabía que eso solo empeoraría las cosas, y no la conduciría a ningún camino. O desde luego, a ninguno bueno.

Si Alexander Reid estaba retrocediendo, dando marcha atrás, alejándose de ella por temor a un escándalo, confrontarlo directamente solo confirmaría sus temores.

No, tendría que ser paciente. Estratégica. Demostrar con acciones, no con palabras, que era una profesional hasta la médula.

Con un suspiro que contenía más determinación que resignación, Felicity se giró hacia su ordenador y comenzó a trabajar en los informes financieros que le había solicitado.

Si Alexander quería distancia profesional, eso era exactamente lo que obtendría. Por ahora.

Pero una cosa tenía clara mientras tecleaba con rapidez: Isobel Winters había cometido un grave error al subestimarla. Porque si había algo que Felicity Ashford había aprendido de su abuela irlandesa, era que nunca, jamás, debías provocar a una mujer que no tenía nada que perder.

Y si Alexander Reid creía que podía simplemente descartarla y calificarla como una «complicación personal» después de todo, también tenía una lección que aprender.

CAPÍTULO 35

La segunda semana después del «incidente» (como Felicity había empezado a referirse al casi-beso y la posterior interrupción de Isobel) transcurrió con una formalidad irritantemente cortés entre ella y Alexander.

Las conversaciones se limitaban estrictamente a asuntos profesionales (ni más ni menos), los intercambios de miradas eran casi inexistentes, y el espacio físico entre ellos parecía haberse expandido a kilómetros, aunque apenas estuvieran separados por un escritorio.

Los rumores, mientras tanto, habían florecido por toda la Torre Reid como champiñones después de la lluvia.

Felicity los percibía en las miradas furtivas que le dirigían, en las conversaciones que se interrumpían cuando entraba en la sala de descanso o en la cafetería, en la exagerada formalidad con que algunos empleados habían empezado a tratarla.

«La asistente que consiguió su trabajo de rodillas.»

«El señor Reid la contrató después de una noche en un hotel.»

«Parece que ahora el requisito principal para ser asistente ejecutiva es tener una cara bonita.»

Felicity iba a volverse loca.

Las variaciones eran infinitas, cada una más desagradable que la anterior. Pero lo peor, lo que realmente le dolía hasta el punto de estar toda la noche en vela, era la forma en que Alexander había elegido manejar la situación: ignorándola. Actuando como si no estuviera ocurriendo nada, como si la cosa no fuera con él, como si ella fuera simplemente un mueble de oficina, que no sentía el veneno que impregnaba el aire a su alrededor.

Era viernes por la mañana, y Felicity estaba lidiando con una incipiente jaqueca, mientras organizaba la agenda de Alexander para la próxima semana.

El proyecto Quantum (la adquisición de BioGen) estaba en su fase final, con los contratos listos para ser firmados el lunes siguiente después de semanas de negociaciones meticulosas y un viaje a Boston.

Era un triunfo personal para Alexander y una victoria significativa para Reid Enterprises, que se posicionaría estratégicamente en el emergente mercado de la biotecnología.

Felicity había estado casi en cada paso del proceso, desde las primeras reuniones hasta los ajustes finales en las cláusulas más delicadas. Era, de muchas maneras, tanto su logro como el de Alexander, aunque dudaba que alguien más lo viera así.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que no notó la figura que se acercaba a su escritorio, hasta que una sombra cayó sobre su pantalla.

Levantó la mirada para encontrarse con la última persona que esperaba (y deseaba) ver: Isobel Winters, tan impecable como siempre con un vestido camisero de color crema.

—Señorita Ashford —la saludó Isobel, con una sonrisa que pretendía ser cálida, pero que no llegaba ni por asomo a su mirada verde—. Espero no estar interrumpiendo nada importante.

Felicity enderezó la espalda instintivamente, como un animal pequeño preparándose para enfrentar a un gran depredador, y se

preguntó qué hacía aquella arpía allí otra vez.

—Señorita Winters —respondió con toda la neutralidad que pudo reunir—. El señor Reid no está disponible en este momento. Tiene una videoconferencia con Tokio que durará al menos otra hora.

Isobel agitó una mano con las uñas perfectamente pintadas de rojo pasión, como si estuviera espantando un moscardón.

—No estoy aquí para ver a Alexander —aclaró, y algo en la forma familiar en que pronunció su nombre hizo que Felicity sintiera una punzada de irritación—. De hecho, he venido a verte a ti.

Eso sí que era inesperado.

Felicity parpadeó, desconcertada.

—¿A mí? —repitió, incapaz de imaginar qué podría querer la elegante vicepresidenta de Winters Corporation de ella, más allá de atormentarla o esparcir más rumores.

—Sí —confirmó Isobel, inclinándose ligeramente para crear una falsa sensación de intimidad—. Me gustaría invitarte a comer. Hay algunas cosas que me gustaría discutir contigo. En privado.

Si Isobel hubiera anunciado que planeaba adoptar un unicornio, Felicity no habría estado más sorprendida.

Una invitación a almorzar era lo último que esperaba de la mujer que aparentemente se había dedicado a destruir su reputación profesional durante las últimas dos semanas.

—Yo... no estoy segura de que sea una buena idea —respondió con cautela.

Isobel suspiró. Algo teatral pero efectivo.

—Mira, entiendo tu recelo —dijo, bajando la voz como si compartiera un secreto—. No empezamos con el pie derecho, y lo reconozco. Es por eso por lo que quiero esta oportunidad para aclarar las cosas. Creo que hay algunos... malentendidos que

necesitamos resolver.

Felicity la estudió, buscando signos de engaño. Había algo en la expresión de Isobel, una fragilidad tal vez fingida, que activaba todas sus alarmas internas. Y, sin embargo, la curiosidad y la posibilidad, por remota que fuera, de detener el flujo de rumores que la rodeaban, eran tentadoras. Solo ella podía frenarlos.

—¿Qué tipo de malentendidos? —preguntó, manteniendo su tono neutro.

Los labios de Isobel se curvaron en una sonrisa triste, tan perfectamente ejecutada que casi parecía de verdad.

—El tipo de malentendidos que surgen cuando las emociones nublan el juicio —respondió enigmáticamente—. Por favor, solo una hora. Conozco un lugar discreto cerca de aquí donde podemos hablar sin interrupciones. Te prometo que valdrá la pena.

Felicity sabía que probablemente era una mala idea. Todo en su instinto gritaba precaución.

Pero también sabía que la situación actual era insostenible. Los rumores estaban afectando su capacidad para trabajar, y Alexander se estaba distanciando cada vez más. Si había alguna posibilidad, por pequeña que fuera, de resolver aquel desastre, tenía que intentarlo. Y todo estaba en manos de Isobel. Ella se había convertido en su única salvadora.

—De acuerdo —accedió finalmente. Miró su reloj de pulsera—. Pero solo tengo una hora. El señor Reid espera que esté disponible a primera hora de la tarde.

La sonrisa de Isobel se amplió. Un destello de triunfo apenas disimulado cruzó sus ojos.

—Perfecto. Te esperaré en el Petit Jardin a la una.

Y sin decir nada más, se giró y se marchó con la misma confianza con la que había llegado, dejando tras de sí un rastro de perfume denso y alguna que otra duda en la mente de Felicity.

El Petit Jardin era exactamente el tipo de restaurante que Felicity habría esperado que Isobel frecuentara: francés, elegante, sofisticado, con manteles de lino blanco inmaculado y camareros que se movían con la silenciosa eficiencia de unos bailarines.

Estaba lo suficientemente lejos de la Torre Reid para evitar encuentros casuales con trabajadores de la empresa, pero lo bastante cerca para que la comida no se extendiera demasiado.

Isobel ya había ordenado una botella de agua mineral y estaba estudiando la carta de vinos cuando Felicity llegó, apenas cinco minutos después de la hora acordada.

—Ah, Felicity —saludó, utilizando su nombre de pila con una familiaridad que no se habían ganado y que a ella tampoco le hacía mucha gracia—. Justo a tiempo. Estaba considerando un Chablis. ¿Te parece bien?

—Preferiría no beber alcohol durante la comida —respondió Felicity, sentándose y colocando cuidadosamente la servilleta sobre su regazo—. Tengo una tarde ocupada por delante.

Isobel asintió, como si aprobara su decisión.

—Sensato —comentó, cerrando la carta de vinos—. Agua estará bien, entonces.

Hubo un breve momento de incómodo silencio mientras ambas mujeres se estudiaban mutuamente.

Felicity notó que, a pesar de su aparente confianza, había una tensión subyacente en los hombros de Isobel, como si estuviera realizando un esfuerzo consciente para mantener la compostura.

—Entonces —comenzó Felicity finalmente—, mencionaste que querías aclarar algunos malentendidos.

Isobel tomó un sorbo de agua, como si estuviera ganando tiempo para organizar sus pensamientos.

—Sí —confirmó, colocando el vaso con precisión sobre el mantel

—. Primero, quiero disculparme por mi comportamiento el viernes pasado. Fue... inapropiado.

Felicity mantuvo la expresión del rostro indiferente, esperando.

—Y también quiero aclarar —continuó Isobel. Su voz bajó a un tono confidencial—, que si se han propagado ciertos... rumores sobre ti en la empresa, no fue mi intención directa. A veces hablo sin pensar cuando estoy… No sé cómo decirlo… emocionalmente saturada.

«Emocionalmente saturada.»

Las palabras quedaron suspendidas entre ellas como una cortina de humo elegantemente dispuesta.

—¿Y por qué estarías emocionalmente saturada con respecto a mí? —preguntó Felicity directamente—. Apenas nos conocemos.

Un camarero apareció para tomar nota, interrumpiendo la conversación. Isobel pidió una ensalada *niçoise* y Felicity optó por un risotto de hongos. Cuando el camarero se retiró, Isobel suspiró dramáticamente.

—No es con respecto a ti, realmente —explicó, jugueteando con el borde de su vaso—. Es... Alexander.

Ahí estaba.

El elefante en la habitación que al final nombraba.

—¿Qué pasa con el señor Reid? —preguntó Felicity, manteniéndose parcial. No iba a darle el gusto de que notara algo en la expresión de su rostro.

Isobel sonrió con tristeza, una actuación tan convincente que, si Felicity no hubiera estado tan alerta, podría haberla creído.

—Verás, mi historia con Alexander es... complicada —comenzó. Su voz estaba teñida de nostalgia—. No sé qué te habrá contado sobre nosotros.

—Nada —respondió Felicity con franqueza—. El señor Reid

mantiene su vida personal estrictamente separada del trabajo.

Una risa suave, casi incrédula, escapó de los labios de Isobel.

—Claro —murmuró—. Típico de Alexander. Siempre tan reservado. —Respiró hondo antes de continuar—. Estuvimos juntos casi dos años. No solo como pareja, sino como socios en muchos sentidos. Yo entendía su visión para Reid Enterprises. Él respetaba mis ambiciones en Winters Corporation. Era... perfecto. Hasta que no lo fue.

Felicity se encontró involuntariamente intrigada a pesar de sus reservas. La versión de Alexander que había llegado a conocer era tan privada, tan contenida, que cualquier vestigio de su vida sentimental parecía valioso.

—¿Qué sucedió? —preguntó, antes de poder detenerse.

—La vida —respondió Isobel con un encogimiento de hombros estudiadamente casual—. Ambiciones encontradas. Expectativas no cumplidas. Lo normal. Pero lo que nunca desapareció del todo fueron los sentimientos.

Sus ojos se encontraron con los de Felicity. Una mirada directa y aparentemente sincera.

—Aún estoy enamorada de él —confesó Isobel, y por un instante, Felicity la creyó—. No debería, pero lo estoy. Y ver que estaba iniciando algo con alguien más... me desestabilizó.

Felicity sintió un nudo formándose en la garganta. La idea de Isobel amando todavía a Alexander, de estar dolida por la posibilidad de perderlo definitivamente, tocaba una fibra sensible en ella. ¿No había experimentado algo similar cuando Alexander se había distanciado después del incidente?

—No hay nada entre el señor Reid y yo —aclaró, aunque las palabras sabían a media verdad en su lengua—. Tenemos una relación estrictamente profesional.

Isobel inclinó la cabeza, estudiándola.

—Tal vez tú lo creas así —dijo suavemente—. Pero conozco a Alexander. Reconozco las señales. La forma en que te mira... es diferente. Y eso me asustó, me hizo actuar impulsivamente. De ahí los rumores, de los cuales me arrepiento profundamente. Lo siento mucho, Felicity.

El camarero regresó con los platos, dando a Felicity un momento para procesar lo que Isobel acababa de revelar.

¿Era posible que Alexander realmente sintiera algo por ella, algo suficientemente evidente como para que su ex lo hubiera notado? ¿O era solo otra manipulación de Isobel?

—Entiendo que los sentimientos no siempre son racionales —dijo finalmente Felicity, eligiendo sus palabras con cuidado—. Pero los rumores han afectado mi posición en la empresa. La gente cuestiona mi esfuerzo, mi puesto. Todo por lo que he trabajado.

Isobel tuvo la decencia de parecer realmente arrepentida, aunque Felicity sospechaba que era otra actuación magistral.

—Lo sé, y es inexcusable —admitió—. Es por eso por lo que estoy aquí. Porque quiero arreglarlo. Detendré los rumores. Hablaré con las personas que tenga que hablar. Les haré entender que hablé desde un lugar de dolor personal, no desde la verdad.

Felicity la estudió, buscando alguna señal que le dijera que todo se trataba de un engaño. Había algo en aquel repentino arrepentimiento que no encajaba del todo, pero no podía negar que tenía que aceptar. Estaba en juego su reputación.

—Te lo agradecería mucho —dijo, decidiendo seguir el juego… de momento. Dio un bocado de su risotto—. La situación actual es... muy complicada para mí.

Isobel asintió comprensivamente mientras se llevaba el tenedor a la boca.

—Debe de serlo —habló—. Especialmente con el proyecto Quantum llegando a su culminación. La presión debe de ser

inmensa.

La mención casual del proyecto Quantum hizo que Felicity arqueara una ceja.

¿Cómo sabía Isobel sobre él? Las negociaciones se habían mantenido muy discretas, casi en secreto, con solo un pequeño círculo de personas al tanto de los detalles.

—Reid Enterprises siempre tiene múltiples proyectos en marcha —respondió vagamente, decidiendo no confirmar ni negar nada específico.

Isobel sonrió, como si apreciara su discreción.

—Por supuesto —dijo—. Pero este es especial, ¿no? Quiero decir, BioGen representa una oportunidad única para expandirse en el mercado de la biotecnología. Alexander ha estado persiguiendo ese objetivo durante años.

Felicity mantuvo su expresión impertérrita, aunque internamente estaba cada vez más alerta. La información era precisa pero general, nada que no pudiera obtenerse con una investigación básica.

—Como he dicho, no puedo discutir proyectos específicos —reiteró, mientras cogía la copa de agua y daba un trago.

—Por supuesto, por supuesto —asintió Isobel, agitando una mano como restándole importancia—. Es solo que... bueno, conozco a Marcus Vaughn. Coincidimos en varias conferencias de biotecnología. Es brillante, pero muy difícil de persuadir. Alexander debe estar extasiado por haber cerrado finalmente el trato.

Eso era más específico, y Felicity se preguntó cómo Isobel había obtenido esa información. ¿Realmente conocía a Marcus Vaughn, o estaba tratando de pescar algo de información al azar?

—El señor Reid es muy meticuloso en sus negociaciones —respondió con diplomacia.

Isobel rio, con un sonido melodioso.

—Oh, eso lo sé mejor que nadie —dijo con un guiño cómplice—. Recuerdo cuando estaba negociando la expansión en Singapur. Pasó tres meses ajustando cada cláusula hasta que fue perfecta. Supongo que con BioGen ha sido similar. Especialmente con todas esas cláusulas sobre la autonomía creativa que Marcus Vaughn tanto valora.

Ahí estaba.

Un anzuelo específico, lanzado con una precisión que pretendía ser casual. La autonomía creativa había sido, efectivamente, el punto crítico en las negociaciones con Marcus Vaughn, algo que no era de conocimiento público.

Felicity sintió un escalofrío de advertencia recorrer su columna.

Aquella conversación ya no parecía una reconciliación; se estaba convirtiendo en un interrogatorio elegantemente disfrazado.

—Como te he dicho —repitió, más firmemente esa vez—, no puedo discutir los detalles de ningún proyecto.

Isobel inclinó la cabeza, como reconociendo la resistencia de Felicity. Pero en lugar de retroceder, cambió sutilmente de táctica.

—Lo entiendo —aseguró—. La discreción es crucial. Es solo que... —dejó escapar un suspiro aparentemente sincero—. Supongo que estoy buscando temas neutrales para hablar, para mostrar que realmente quiero arreglar las cosas. Y los negocios es algo de lo que las dos entendemos.

Hizo una pausa, tomando un sorbo de agua antes de continuar.

—Además, admiro cómo has manejado toda la situación con Marcus Vaughn. Alexander me comentó que fue idea tuya contraproponer una estructura de control compartido para preservar su autonomía creativa, lo que realmente inclinó la balanza a su favor.

Felicity parpadeó un par de veces, sorprendida porque Isobel

tuviera conocimiento de esa información confidencial.

¿Alexander realmente había hablado de eso con ella? Parecía improbable dada su relación actual.

—¿El señor Reid te dijo eso? —preguntó, incapaz de ocultar completamente su escepticismo.

Isobel sonrió de forma enigmática.

—Alexander y yo aún mantenemos ciertas... conversaciones —insinuó—. No todo entre nosotros está perdido, a pesar de que lo parezca.

El comentario cayó como una piedra en el pecho de Felicity. La idea de Alexander e Isobel manteniendo conversaciones privadas, posiblemente discutiendo sobre distintos proyectos, era inquietante por razones que no quería examinar demasiado de cerca.

—No estaba al tanto de eso —respondió simplemente.

—Oh, hay muchas cosas de las que probablemente no estés al tanto —continuó Isobel. Su tono se volvió ligeramente condescendiente—. Alexander es muy selectivo con lo que comparte y con quién. El hecho de que te mencionara en el acuerdo que Reid Entreprises ha llevado a cabo con BioGen es... significativo.

Felicity sintió una punzada de orgullo profesional, seguida inmediatamente de cautela.

Isobel estaba jugando con ella, alternando entre información aparentemente privilegiada e insinuaciones personales para que se confiara y así bajar sus defensas.

—Mi idea fue solo parte de mi trabajo —confirmó finalmente, decidiendo ofrecer información mínima que Isobel ya sabía.

Isobel asintió varias veces con entusiasmo.

—¡Eres brillante! —exclamó.

—Gracias —dijo Felicity, fingiendo que aceptaba su halago.

—Es extraordinario considerando las complicaciones iniciales que hubo con las cláusulas de propiedad intelectual —añadió Isobel, como si estuviera simplemente continuando una conversación casual —. Marcus Vaughn siempre ha sido muy protector con sus patentes.

Ese era un detalle mucho más específico, algo que no habría sido fácil de averiguar sin acceso en algún momento a la negociación. Felicity sintió su guardia elevarse aún más.

—Todas las negociaciones tienen sus complejidades —respondió vagamente.

Isobel se inclinó ligeramente hacia adelante.

—¿Sabes?, entre nosotras —dijo, bajando la voz—, admiro cómo manejasteis el tema de las aplicaciones tecnológicas. La estructura de control compartido que propusisteis, amparada por tu idea, fue brillante. Preserva la autonomía creativa de BioGen mientras mantiene la autoridad final de Reid Enterprises sobre las decisiones estratégicas de mercado. Una solución elegante para los dos.

Felicity se quedó momentáneamente sin saber qué decir.

Esas eran prácticamente las mismas palabras que había usado en su conversación con Alexander justo antes del casi-beso. Una solución que se había incorporado a la versión final del contrato, pero que no había sido discutida públicamente.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó directamente, abandonando toda pretensión de que aquella conversación fuera casual.

Isobel parpadeó inocentemente, pero había un brillo de satisfacción en sus ojos que confirmó las sospechas de Felicity.

—Como dije, Alexander y yo aún conversamos sobre ciertas cosas —respondió con suavidad, dejando caer que había algo entre ellos… de vez en cuando—. Y admira tu... perspicacia.

Era una trampa. Una jodida trampa, y Felicity lo sabía.

Maldita arpía.

—Ya te he dicho que no puedo comentar nada sobre los detalles específicos de ningún acuerdo —repitió, aquella vez con una firmeza inequívoca—. Lo que sí dudo mucho es que el señor Reid discuta los términos confidenciales de una adquisición pendiente con la vicepresidenta de una empresa de la competencia.

El rostro de Isobel se endureció. Una grieta en su fachada perfectamente compuesta, perfectamente teatralizada. Luego, como una máscara deslizándose nuevamente en su lugar, sonrió con calculada tristeza.

—Supongo que tienes razón en ser cautelosa —dijo—. No debería haber intentado hablar de negocios. Es solo que... es un terreno familiar para mí. Más fácil que discutir sentimientos y malentendidos.

Felicity miró su plato, que apenas había tocado, y luego consultó su reloj.

—Aprecio tu intento de aclarar las cosas —dijo, y decidió poner fin a aquel peligroso juego—. Y agradecería si pudieras, como prometiste, ayudar a disipar los rumores que hay sobre mí. Pero debo regresar a la oficina ahora.

Isobel asintió, todo amabilidad superficial nuevamente.

—Por supuesto, no quiero que llegues tarde —dijo, haciendo un gesto al camarero para pedir la cuenta—. Y no te preocupes, hablaré con las personas adecuadas. Lamento mucho cualquier inconveniente que mis... indiscreciones hayan causado.

Mientras esperaban la cuenta, Felicity no pudo evitar sentir que acababa de participar en algún tipo de esgrima verbal donde, a pesar de sus mejores esfuerzos, había sido tocada más veces de las que le gustaría admitir.

CAPÍTULO 36

El lunes amaneció con un cielo gris plomizo que parecía presagiar la tormenta que se avecinaba, aunque Felicity, al observarla brevemente desde la ventana del *loft* de Azriel mientras se preparaba para ir a trabajar, no tenía forma de saber que el verdadero temporal la esperaba dentro de la Torre Reid.

El fin de semana había transcurrido con una inquietud rara y persistente alojada en su pecho. Un presentimiento incómodo que no lograba sacudirse desde el almuerzo con Isobel.

Había repasado mentalmente la conversación docenas de veces, tratando de identificar exactamente qué información podría haber revelado inadvertidamente, pero el intercambio había sido tan hábilmente orquestado por Isobel que resultaba difícil separar lo que había dicho de lo que había implicado.

«Debería contárselo a Alexander», había pensado repetidamente, pero algo la detenía.

Su distanciamiento tras los rumores, la frialdad con que la trataba últimamente... No parecía el momento adecuado para admitir que había comido con su ex, precisamente la mujer que había iniciado toda aquella incómoda situación.

Así que había optado por el silencio, confiando en que la oferta de Isobel de detener los rumores fuera real, y que cualquier información que pudiera haber filtrado no fuera lo suficientemente

específica como para causar un daño real.

Un error de cálculo, como descubriría muy pronto.

Al llegar a la Torre Reid, el ambiente en el vestíbulo ya parecía extrañamente tenso.

El guardia de seguridad, que normalmente la saludaba con una sonrisa cálida, apenas levantó la vista cuando pasó su tarjeta por el lector.

En el ascensor, dos ejecutivos de nivel medio interrumpieron abruptamente su conversación cuando ella entró, lanzándole miradas furtivas que oscilaban entre la curiosidad y algo parecido a la lástima.

Algo estaba pasando.

Cuando las puertas se abrieron en el piso 70, la sensación de que algo estaba fundamentalmente mal se intensificó.

El habitual zumbido de actividad matutina había sido reemplazado por un silencio antinatural, como si toda la planta estuviera conteniendo la respiración.

Felicity avanzó hacia su escritorio. Sus tacones resonaban en el silencio.

A través de las paredes de cristal de la sala de conferencias principal, pudo ver a Alexander de pie, rodeado por lo que parecía ser todo el equipo legal y ejecutivo de la empresa. Su lenguaje corporal, incluso a distancia, irradiaba una furia apenas contenida: hombros tensos, mandíbula apretada, manos que gesticulaban con brusquedad mientras hablaba…

Felicity apenas tuvo tiempo de dejar su bolso y encender su ordenador cuando la puerta de la sala de conferencias se abrió y los ejecutivos comenzaron a salir.

Las expresiones de sus rostros variaban entre la preocupación y la determinación. Ninguno la miró directamente mientras pasaban

junto a su escritorio. Otro signo alarmante.

Pero alarmante de cojones.

¿Qué mierda pasaba?

Finalmente, solo quedó Alexander en la sala.

Durante un rato permaneció inmóvil, mirando por el ventanal hacia el horizonte de Manhattan como si buscara respuestas en la línea de rascacielos. Luego, con deliberada lentitud, se giró y caminó hacia la puerta. Sus ojos se encontraron con los de Felicity a través del cristal con una intensidad que la dejó sin aliento.

No era la intensidad que había llegado a conocer en Boston, o durante aquellos breves momentos antes del casi-beso.

Era algo completamente diferente. Una intensidad fría, acusatoria, peligrosa.

—Señorita Ashford… —Su voz cortó el silencio como un cuchillo cuando salió de la sala—. A mi oficina. Ahora.

Alexander no esperó respuesta, simplemente se giró sobre sus talones y se dirigió hacia su despacho, sabiendo que ella lo seguiría.

Felicity se levantó. De pronto le temblaban las piernas.

Había visto a Alexander enfadado antes, por supuesto. Había presenciado su frustración en negociaciones difíciles, su irritación con la incompetencia de algunos empleados, incluso algún que otro destello de ira.

Pero en ese momento era diferente.

Había algo en su tono, en la tensión de su espalda mientras caminaba delante de ella, que sugería que estaba haciendo un esfuerzo por controlarse.

Al entrar en la oficina tras él, notó inmediatamente los documentos esparcidos sobre su escritorio. Documentos que reconoció con un escalofrío de alarma: eran los contratos finales para la adquisición de BioGen. Los mismos que habían sido

meticulosamente negociados durante semanas y que estaban listos para ser firmados aquella misma tarde.

Alexander cerró la puerta tras ella, y luego rodeó su escritorio, manteniendo aquella barrera física entre ellos como si necesitara contención.

—¿Tiene alguna idea de por qué he convocado una reunión de emergencia con todo el equipo ejecutivo a las siete de la mañana? —preguntó. Su voz era engañosamente tranquila.

Felicity negó con la cabeza, mientras un nudo se formaba en su garganta.

—No, señor —respondió, odiando el ligero temblor en su voz.

Alexander la estudió unos segundos, como si estuviera buscando algo en su rostro. Lo que fuera que esperaba encontrar, aparentemente no lo vio.

—Marcus Vaughn me ha llamado a las cinco de la madrugada —dijo finalmente—. Para informarme que está reconsiderando los términos de nuestro acuerdo. Según parece, ha recibido una oferta mejor. De Winters Corporation.

El suelo pareció tambalearse bajo los pies de Felicity.

Winters Corporation.

Isobel.

La comida.

Las preguntas aparentemente casuales sobre el acuerdo con Vaughn.

—Eso… no puede ser —logró articular.

Su mente se aceleró de golpe, tratando de procesar las implicaciones.

—¿No? —preguntó Alexander, endureciendo el tono—. Porque lo verdaderamente extraordinario es que la oferta de Winters incluye

exactamente las mismas cláusulas de autonomía creativa que nosotros propusimos, con un ligero ajuste en la estructura de royalties que lo hace más atractivo para BioGen.

Dio un paso alrededor del escritorio, acortando la distancia entre ellos.

—Lo más interesante —continuó, cada palabra más cortante que la anterior—, es que esos términos tan específicos no eran de conocimiento público. De hecho, estaban contenidos en documentos confidenciales que solo unas pocas personas en esta empresa han visto.

Felicity sintió que el color abandonaba su rostro. Se sentía incluso mareada. La trampa de Isobel había funcionado perfectamente.

—Alexander, yo…

—Para ti soy el señor Reid —la cortó Alexander con brusquedad.

—Señor Reid, yo no…

—¡No he terminado! —volvió a interrumpirla Alexander. Sus palabras fueron como un látigo—. Esta mañana, cuando cuestioné a nuestro equipo legal sobre posibles filtraciones, mi personal de seguridad me mostró algo fascinante. —Tomó su tablet y la giró hacia ella, mostrando lo que claramente era una imagen de ella e Isobel—. A usted, señorita Ashford, comiendo con Isobel Winters. El viernes pasado.

La imagen era inequívoca: Felicity e Isobel sentadas en la mesa del restaurante Petit Jardin. Sus rostros eran perfectamente visibles para las cámaras.

—Puedo explicarlo —dijo Felicity en un susurro.

—Por favor, ilústreme —respondió Alexander, cruzando los brazos por delante del pecho—. Explíqueme cómo mi asistente personal, alguien con acceso a información confidencial y crucial para esta empresa, se reunió en secreto con la vicepresidenta de

nuestro principal competidor, un día antes de que misteriosamente obtuvieran detalles exactos de un acuerdo que nosotros hemos tardado semanas de trabajo y millones de inversión en llevar a cabo.

La forma en que lo planteaba hacía que sonara exactamente como lo que temía: espionaje industrial. Traición.

—No fue en secreto —se defendió Felicity. Su propia indignación había comenzado a superar el fuerte shock inicial—. Ella vino aquí y me invitó a comer. Dijo que quería disculparse por los rumores que había lanzado sobre mí, que había actuado impulsivamente porque... —se detuvo, dudando si mencionar la supuesta confesión de Isobel.

—¿Porque qué? —presionó Alexander, con su mirada implacable.

Felicity exhaló lentamente, y decidió que la verdad completa era su única opción.

—Porque dijo que aún sentía algo por usted —respondió—. Dijo que los rumores surgieron porque estaba celosa, que ver que estaba iniciando algo con alguien más la había desestabilizado.

Una risa breve, amarga, escapó de los labios de Alexander. Felicity lo miró.

—Y usted la creyó —no era una pregunta, sino una acusación—. Creyó que Isobel Winters, una mujer conocida por su astucia despiadada en los negocios, repentinamente estaba consumida por unos sentimientos románticos no correspondidos.

Dicho así, ciertamente sonaba ingenuo. Felicity se irguió, negándose a ser tratada como una tonta.

—Parecía sincera —se defendió—. Y sí, quizás fue ingenuo por mi parte acceder a comer con ella, pero estaba desesperada por detener los rumores que estaban destruyendo mi reputación profesional. Rumores que, debo añadir, usted eligió ignorar completamente.

Alexander pareció sorprendido por su respuesta directa, pero se recuperó rápidamente.

—Mis decisiones sobre cómo manejar los asuntos internos de la empresa no justifican que usted revele información confidencial a la competencia —respondió fríamente.

—¡No he revelado nada! —exclamó Felicity. La frustración finalmente se estaba desbordando dentro de ella. Joder, aquello era demasiado—. Isobel mencionó detalles muy específicos del acuerdo, afirmando que usted se los había contado, que vosotros aún hablabais.

Alexander entrecerró los ojos. Su expresión se volvió aún más dura, si eso era posible.

—¿Y usted creyó eso también? ¿Que yo estaría discutiendo detalles confidenciales de una adquisición pendiente con la vicepresidenta de nuestra principal competencia? ¿Cómo puede ser tan ingenua? —Se pasó la mano por la cabeza.

—No lo creí —respondió Felicity, aunque sabía que no era completamente cierto. La insinuación que había hecho Isobel sobre su relación con Alexander había despertado en ella una inseguridad (y unos celos) que ni siquiera sabía que tenía. Pero eso no se lo podía decir—. Pero ella sabía muchas cosas, detalles específicos... —continuó—. Mencionó lo del control compartido por ambas empresas, las cláusulas sobre las aplicaciones…

—¿Y en lugar de preguntarse cómo Isobel Winters podría saber esos detalles y alertarme inmediatamente, usted decidió continuar la conversación? —Alexander sacudió la cabeza. La incredulidad se mezclaba con la decepción en su rostro—. Dígame, señorita Ashford, ¿qué más discutieron durante esa inocente comida? —le preguntó con mordacidad.

Felicity intentó recordar cada detalle de la conversación, cada posible punto donde podría haber confirmado inadvertidamente información que Isobel estaba pescando.

—Ella mencionó a Marcus Vaughn, dijo que lo conocía de conferencias de biotecnología —recordó—. Habló sobre su

reputación de que era un hombre difícil de persuadir. Y mencionó sus preocupaciones sobre la propiedad intelectual.

—Toda esa información podría haberla obtenido a través de una investigación básica o simples contactos en la industria —señaló Alexander con burla—. ¿Qué más?

Felicity tragó con dificultad, recordando el momento en que Isobel había mencionado la solución que ella había propuesto.

—Isobel dijo que admiraba cómo habíamos manejado el tema de las aplicaciones —respondió—. Mencionó lo de compartir el control, casi palabra por palabra como yo se lo había descrito a usted.

Alexander se quedó inmóvil. Su expresión se volvió ilegible.

—¿Y cuál fue su respuesta? —preguntó.

—Le pregunté cómo sabía eso —dijo Felicity—. Ella insinuó que usted se lo había contado, que había mencionado que la idea había sido mía originalmente.

—Lo cual es absurdo —espetó Alexander—. ¿Cómo voy a contarle yo algo a la competencia? ¿Y menos si esa competencia es Isobel Winters? —Sacudió la cabeza. La incredulidad era evidente en su rostro—. ¿Y usted confirmó que la idea había sido suya?

Felicity quería poder decir que no, que había mantenido una discreción absoluta, pero los recuerdos de la conversación eran borrosos, manipulados expertamente por Isobel para extraer confirmaciones sutiles.

—No explícitamente —respondió con sinceridad—. Pero... es posible que mi reacción lo confirmara implícitamente.

Alexander la miró como si nunca la hubiera visto realmente antes. Una mezcla de decepción y algo más profundo, más personal, llenó sus ojos azules, que en aquel momento tenían el color del acero líquido.

—Confié en usted, señorita Ashford —dijo finalmente. Su voz era más baja pero no menos intensa—. Le di acceso a información que podría arruinar esta empresa. Hacernos perder millones de dólares. La llevé a reuniones cruciales, valoré su opinión; la traté como a una igual en muchos aspectos.

Cada palabra era como un puñal para Felicity, precisamente porque contenían verdad. Pura y dura. Él había confiado en ella, la había valorado profesionalmente de una manera que pocos jefes hacían con sus asistentes.

—Lo sé —respondió, con la voz quebrada—. Y nunca, jamás, traicionaría esa confianza intencionalmente. Isobel me manipuló. Me tendió una trampa y caí en ella.

Durante unos segundos, algo pareció vacilar en la expresión de Alexander, un destello de duda, quizá. Pero fue rápidamente suprimido, reemplazado por la máscara dura que Felicity había llegado a conocer tan bien.

—Sus intenciones son irrelevantes en este caso —aseveró Alexander—. El hecho es que una información confidencial y crucial de la empresa, ha sido filtrada a nuestra competencia directa a través de usted. El daño está hecho.

Se giró, mirando nuevamente por el ventanal, como si no pudiera soportar seguir viéndola.

Felicity sintió que el alma se le caía a los pies.

No la creía.

Alexander no la creía.

—Obviamente, no puede continuar como mi asistente personal —siguió hablando Alexander, con una voz carente de emoción—. He hablado con Recursos Humanos. Será transferida al departamento de comunicaciones en el piso 23, con efecto inmediato.

CAPÍTULO 37

Felicity sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Era una degradación, un exilio profesional apenas disfrazado.

—¿El departamento de comunicaciones? —repitió incrédula—. Eso ni siquiera está remotamente relacionado con mis habilidades o experiencia.

—Es lo que hay disponible —respondió Alexander, todavía sin mirarla—. A menos que prefiera presentar su renuncia.

La implicación era clara: era un castigo, no una reubicación basada en sus capacidades.

—No voy a renunciar —declaró Felicity, enderezando los hombros a pesar del dolor que sentía expandiéndose en su pecho—. No he hecho nada que justifique mi renuncia. —Trató por todos los medios de que la voz no le temblara.

Alexander finalmente se volvió hacia ella, y durante un instante, Felicity creyó ver un destello de algo parecido al remordimiento en sus ojos. Pero si estuvo en ellos en algún momento, desapareció con tanta rapidez que seguramente se lo habría imaginado.

—Una directora de Recursos Humanos la espera abajo para mostrarle su nuevo puesto —dijo, dando por concluida la conversación—. Puede recoger sus pertenencias personales de su

escritorio ahora. La persona que la sustituirá comienza mañana.

Felicity se quedó sin palabras y a punto de echarse a llorar. La velocidad con la que su mundo profesional se estaba desmoronando la dejó aturdida. ¿Ya tenía una sustituta lista? ¿Cuánto tiempo había estado considerando deshacerse de ella?

Al final, Alexander Reid sí era el diablo que todos decían.

—Entonces así es como termina —dijo, encontrando su voz en algún rincón de las cuerdas vocales—. Semanas de trabajo impecable, de dedicación absoluta, de ir más allá de mis responsabilidades... Todo eso no significa nada frente a una acusación sin pruebas concretas.

—Hay pruebas suficientes —respondió Alexander. Su tono nuevamente frío, profesional, incólume—. La comida con Isobel, la filtración de información específica que solo usted conocía, el momento perfecto para sabotear nuestro acuerdo... Si fuera a presentar cargos formales, cualquier tribunal lo vería como un caso claro de espionaje industrial.

Felicity frunció el ceño con gravedad.

—¿Cargos? —repitió, horrorizada—. ¿Realmente cree que soy capaz de hacer algo así? ¿Después de todo lo que hemos...? —se detuvo, reconsiderando sus palabras—. ¿Después de demostrarle mi lealtad como trabajadora?

Alexander la miró directamente, y había algo en sus ojos, una lucha interna que no lograba descifrar completamente.

—Lo que creo —dijo lentamente—, es que Isobel Winters es excepcionalmente hábil manipulando a las personas. Lo que no puedo determinar es si usted fue una víctima inocente o una participante voluntaria.

Eso le dolió a Felicity más que cualquier otra acusación. La idea de que Alexander pudiera creer, aunque fuera por una décima de segundo, que ella había traicionado deliberadamente a Reid

Enterprises, que lo había traicionado a él...

—¿Cómo puedes siquiera considerar que yo haría algo semejante? —preguntó, abandonando toda pretensión de formalidad. Ya todo le daba igual—. ¿Qué podría ganar yo filtrando información a Isobel Winters? ¿Dinero? ¿Un mejor puesto en su empresa? ¿Realmente crees que eso es lo que me motiva?

—No sé qué la motiva, señorita Ashford —respondió Alexander —. Está claro que no la conozco tan bien como pensaba.

Aquellas palabras fueron la gota que colmó el vaso.

Felicity sintió que algo se rompía dentro de ella. No solo su corazón por la injusticia de la situación, sino algo más fundamental: su fe en que Alexander Reid era el hombre que había llegado a admirar, a respetar, a…

—No, está claro que no me conoces en absoluto —respondió. Su voz salió firme a pesar del nudo que tenía en la garganta—. Porque si lo hicieras, sabrías que jamás, bajo ninguna circunstancia, traicionaría tu confianza o la de esta empresa. Ni por dinero, ni por venganza, ni por nada.

Tomó una respiración profunda, reuniendo lo que quedaba de su dignidad.

—Pero tal vez yo tampoco te conozco realmente a ti —continuó —. Porque el Alexander Reid que creí conocer en Boston, el hombre que me mostró su humanidad durante aquella tormenta, no me juzgaría ni me condenaría tan rápidamente sin darme la oportunidad de defenderme.

Algo se agitó en el rostro de Alexander ante la mención de Boston. Un recuerdo que parecía causarle casi un dolor físico.

—Boston fue... —comenzó, pero se detuvo, recomponiéndose—. Esto no tiene nada que ver con Boston. Esto es algo estrictamente profesional.

Felicity soltó una risa breve, amarga.

—Por supuesto que lo es —respondió con mordacidad—. Todo contigo siempre es «estrictamente profesional». Excepto cuando no lo es. Excepto cuando casi me besas en esta misma oficina y luego reculas como si hubiera sido algún tipo de error provocado por un momento de enajenación mental transitoria. Excepto cuando me llevas a galas y viajes de negocios y me tratas como algo más que una simple asistente, solo para distanciarte completamente cuando unos rumores totalmente falsos comienzan a circular por la empresa.

Las palabras salían de la boca de Felicity como un torrente imposible de contener.

—Y ahora, a la primera señal de problemas, a la primera insinuación de que podría ser menos que perfectamente leal, me descartas sin pestañear. —Sacudió la cabeza. La decepción era casi palpable en su voz—. Así que sí, tal vez esto es lo mejor. Tal vez necesito estar lo más lejos posible de ti y de esta oficina.

Alexander la miraba fijamente. Su rostro era una máscara impenetrable que no revelaba nada de lo que pudiera estar sintiendo.

Joder, era tan desesperante, pensó Felicity.

—Sus pertenencias personales —dijo, tomando de nuevo la palabra. Su voz estaba completamente desprovista de emoción—. Debería recogerlas ahora.

Felicity lo miró durante un largo rato, buscando algún signo, cualquier indicio de que el hombre con el que había conectado en Boston aún existía detrás de aquella fachada fría. No encontró nada.

—Bien —respondió sin más.

Dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta.

—Señorita Ashford…

Felicity giró la cabeza por encima del hombro.

—¿Sí?

—De gracias a que no la haya despedido, es lo que me ha pedido la junta directiva, y lo que yo mismo haría en este tipo de casos.

Felicity negó con la cabeza en silencio.

El diablo estaba siendo más diablo que nunca. ¿Acaso se creía que le estaba haciendo un favor?

Joder, qué humillante.

Se giró y salió de la oficina con la cabeza alta, ignorando las miradas curiosas y compasivas de los pocos empleados que se habían aventurado a la planta ejecutiva tan temprano.

Recogió las pocas posesiones personales que mantenía en su escritorio: un pequeño cactus, una taza de café, un bolígrafo con un pompón amarillo.

Todo cabía en una sola caja de cartón, un testimonio deprimente de lo poco que había permitido que su vida personal se filtrara en aquel espacio.

Mientras esperaba el ascensor, se permitió una última mirada hacia la oficina de Alexander.

Él estaba de pie junto al ventanal, su espalda hacia ella, la luz de la mañana creando un halo alrededor de su silueta que lo hacía parecer casi etéreo, inalcanzable.

Como era: inalcanzable. Frío. Distante.

«Adiós, Alexander», pensó mientras las puertas del ascensor se cerraban, separándola físicamente del piso 70, del mundo de los ejecutivos, del hombre que había llegado a significar mucho más para ella de lo que jamás admitiría.

Mientras el ascensor descendía, llevándola hacia su nuevo y rebajado nivel en la jerarquía de Reid Enterprises, Felicity se permitió un momento de debilidad, una única lágrima que se deslizó por su mejilla antes de eliminarla rápidamente con el dorso de la mano.

El piso 23 la esperaba.

Un nuevo trabajo.

Un nuevo comienzo.

CAPÍTULO 38

Durante el descanso de la mañana, Felicity aprovechó para ir al baño de mujeres.

Se encerró en el último cubículo, el más alejado de la puerta, y se sentó en la tapa cerrada del inodoro.

Sus manos temblaban mientras sacaba su teléfono del bolsillo de su falda. Necesitaba hablar con alguien, alguien que la creyera sin cuestionarla, alguien cuyo amor fuera incondicional.

Necesitaba hablar con su madre.

Buscó su número entre la lista de las últimas llamadas realizadas y apretó el botón mientras trataba de controlar su respiración.

No podía permitirse un colapso emocional, no ahí, no ahora, cuando docenas de ojos curiosos del nuevo departamento en el que trabajaba la observaban como si fuera un espécimen particularmente interesante.

Su madre respondió al segundo tono.

—¿Felicity? ¿Estás bien, cariño? Es raro que me llames en horario laboral.

La voz cálida y ligeramente preocupada de Aurora Ashford actuó como un bálsamo inmediato.

Felicity sintió que su garganta se cerraba, las lágrimas que había estado conteniendo estoicamente durante toda la mañana amenazaban en ese momento con desbordarse.

—Mamá —logró articular. Su voz emergía como un susurro tembloroso—. Todo… Todo ha salido terriblemente mal.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea, y luego:

—¿Qué ha pasado, cariño? ¿Estás bien? ¿Estás… herida?

Felicity soltó una risa acuosa. Era muy característico de su madre preocuparse primero por su bienestar físico.

—Estoy físicamente bien —aclaró—. Es... en el trabajo. Y también personal. Todo junto, supongo.

—¿Tiene que ver con el señor Reid? —preguntó Aurora, demostrando esa intuición maternal que a veces parecía rayar en lo sobrenatural.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Felicity, sorprendida.

—Cariño, cada vez que me has llamado alterada en las últimas semanas, ha sido por él —respondió Aurora con un toque de ironía —. Y por cómo suenas ahora, esto parece algo más serio que las habituales exigencias irracionales de tu jefe.

Felicity respiró hondo, tratando de ordenar sus pensamientos, para explicar la situación rápidamente. No podía permitirse una larga conversación escondida en el baño, no en su primer día en el nuevo puesto.

—Me ha acusado de filtrar información confidencial a la competencia, mamá, y me ha mandado al departamento de comunicaciones en el piso 23.

—¡¿Qué?! —la indignación en la voz de Aurora era palpable—. ¿Filtrar información? ¿Tú? ¡Eso es ridículo!

—Lo sé —respondió Felicity, reconfortada por la inmediata y absoluta confianza de su madre—. Pero cree que comí con su ex,

Isobel Winters, que casualmente es vicepresidenta de la principal empresa competidora de Reid Enterprises, para revelarle detalles confidenciales de un acuerdo importante.

—¿Y lo hiciste? —preguntó Aurora, sin acusación en su voz.

—Sí, comí con ella, pero no para facilitarle información confidencial de la empresa —contestó Felicity, bajando inmediatamente la voz al darse cuenta de que podrían escucharla—. Esa tía me manipuló, mamá. Me tendió una trampa perfecta, haciéndome creer que quería disculparse por unos rumores que había iniciado sobre mí. ¡Dios, he sido tan idiota! —se lamentó, pasándose la mano por las mejillas para enjugarse las lágrimas.

Rápidamente, en frases entrecortadas y susurros urgentes, Felicity le explicó a su madre los eventos de los últimos días: los rumores, la comida con Isobel, el enfrentamiento con Alexander, el cambio de puesto de trabajo.

—Y lo peor de todo —concluyó. La voz se le quebró ligeramente —, es que ni siquiera me ha dado el beneficio de la duda. Simplemente ha pensado lo peor de mí y ya.

Aurora guardó silencio durante unos segundos, digiriendo toda la información. Cuando habló, su voz tenía esa calidad de determinación tranquila que Felicity siempre había admirado.

—Escúchame bien, Felicity Joanne Ashford —dijo con firmeza—. Te conozco muy bien. Sé que eres incapaz de traicionar a alguien a quien respetas, y menos para beneficio propio o por algún tipo de venganza. Si Alexander Reid no puede ver eso después de haber estado semanas trabajando contigo tan estrechamente, entonces tal vez no es tan brillante como todos creen.

Felicity esbozó una pequeña sonrisa en los labios, a pesar de todo. La fe inquebrantable de su madre era exactamente lo que necesitaba en ese momento.

—Gracias, mamá —murmuró—. Eso significa mucho para mí.

—No me des las gracias por decir la verdad —respondió Aurora —. Y ahora, ¿qué vas a hacer?

Felicity se enderezó ligeramente.

—No lo sé todavía —admitió—. Parte de mí quiere renunciar, dejar todo este desastre atrás. Mandarlo todo a la mierda. Pero otra parte...

—Otra parte quiere luchar y demostrar tu inocencia —terminó de decir Aurora, conociendo bien a su hija—. Y esa es la parte que deberías escuchar, cariño.

—¿Tú crees? —preguntó Felicity, dejando entrever la duda en su pregunta—. ¿No sería más fácil simplemente buscar otro trabajo?

—Más fácil, sí —afirmó Aurora—. Pero ¿es eso lo que realmente quieres? ¿Dejar que esa mujer, la tal Isobel, se salga con la suya? ¿Permitir que Alexander Reid te juzgue injustamente?

Felicity reflexionó sobre las palabras de su madre.

No, no quería eso en absoluto. La injusticia de la situación le dolía profundamente, y la idea de Isobel Winters riéndose de su caída en desgracia la llenaba de una determinación que no había sentido en mucho tiempo.

—Tienes razón —dijo—. No puedo dejar que esto acabe así.

—Esa es mi niña —respondió Aurora con evidente orgullo—. Recuerda lo que siempre decía tu abuela: «Las mujeres irlandesas no se doblegan ante la injusticia; la enfrentan de pie, con la frente alta y un plan en la manga», y tú tienes sangre irlandesa en tus venas.

Felicity sonrió, recordando a su abuela y su interminable repertorio de proverbios para cada ocasión.

—La abuela también decía que un buen whisky resuelve la mitad de los problemas de la vida y te ayuda a olvidar la otra mitad —comentó con un toque de humor.

Aurora rio, un sonido cálido y reconfortante.

—Y no estaba equivocada en eso tampoco —comentó—. Escucha, cariño, tengo que dejarte porque entro a trabajar, pero quiero que sepas esto: todo se arreglará. Quizás ahora no sabes cómo exactamente, pero se arreglará. Tú sabes la verdad, yo sé la verdad, y Alexander Reid también la sabrá.

—Gracias, mamá —respondió Felicity, sintiéndose ligeramente más centrada y más tranquila que unos minutos atrás—. Te quiero.

—Y yo a ti, mi valiente niña —respondió Aurora—. Llámame esta noche y cuéntame cómo ha ido el resto del día, ¿de acuerdo?

—Lo haré —prometió Felicity antes de finalizar la llamada.

Durante un rato más, permaneció sentada en el cubículo del baño, respirando profundamente.

La conversación con su madre había sido breve pero poderosa, recordándole quién era y de qué estaba hecha. Las mujeres de su familia no se rendían ante la adversidad. Y ella ciertamente no iba a ser la primera que lo hiciera.

Con una determinación nueva, Felicity se levantó, guardó su teléfono en el bolsillo de la falda y salió del cubículo.

Frente al espejo del baño, recompuso su apariencia: enderezó su blusa, ajustó su coleta y aplicó un poco de brillo en los labios.

La imagen que le devolvía el espejo era la de una profesional competente, no la de una mujer devastada por un montón de acusaciones injustas.

—Puedes hacer esto —se dijo a sí misma.

Con aquellas palabras de ánimo, salió del baño, lista para enfrentar el resto de su primer día en el exilio profesional del piso 23.

CAPÍTULO 39

Cuando Felicity finalmente llegó a casa aquella noche, se sentía como si un tren de mercancías hubiera pasado por encima de ella una y otra vez.

El día en el departamento de comunicaciones había sido exactamente tan terrible como había anticipado: tareas que nada tenían que ver con sus capacidades, miradas curiosas y susurros apenas disimulados de sus nuevos compañeros (joder, ¡qué cotilla era la gente!), y la constante sensación de estar atrapada en algún tipo de pesadilla de la que no podía despertar. Ni escapar.

Apenas había girado la llave en la cerradura cuando la puerta se abrió abruptamente desde dentro, revelando a Azriel, vestido con unos pantalones negros y una camisa de seda de color burdeos.

La expresión de dramática preocupación de su rostro habría sido cómica en cualquier otra circunstancia.

—¡Por fin! —exclamó, tirando de ella para que entrara—. He estado a punto de llamar a la policía, a los hospitales y posiblemente a la Guardia Nacional. ¿Sabes qué hora es?

Felicity miró su reloj, confundida.

—Son las 19:30 —respondió.

—¡Exactamente! —exclamó Azriel, como si acabara de dar con la clave de algo—. Nunca llegas después de las siete, a menos que

estés siendo retenida contra tu voluntad en esa torre de cristal y acero por un tirano obsesionado con el trabajo. Lo cual, según los mensajes crípticos que me has estado enviando durante todo el día, parece que es lo que ha sucedido.

Felicity dejó caer su bolso en el sofá y se desplomó junto a él, el agotamiento finalmente la alcanzó de pleno ahora que estaba en la seguridad del hogar.

—Es peor que eso —murmuró, cerrando los ojos—. Mucho, mucho peor.

Sintió un peso cálido en su regazo y abrió los ojos para encontrarse con Gatsby, mirándola con sus intensos ojos azules como si pudiera percibir su angustia.

—Incluso Gatsby está preocupado —comentó Azriel, sentándose junto a ella—. Y ya sabes que normalmente solo se preocupa por su siguiente comida y por si su cama está lo suficientemente mullida.

Como para demostrar que Azriel tenía razón, Gatsby comenzó a ronronear, masajeando suavemente el muslo de Felicity con sus patas delanteras. Era un gesto inusualmente afectuoso del altivo y esquivo felino.

—Al menos alguien en este mundo aún confía en mí —dijo Felicity con amargura, acariciando al gato agradecida.

—Oye, eso me ofende profundamente —protestó Azriel, llevándose las manos al pecho con un gesto teatral—. Yo también confío en ti. Ciegamente. Con mi vida, si es necesario. Y con la contraseña de mi cuenta de Netflix, y eso, francamente, es de un nivel de confianza de otro mundo.

A pesar de todo, Felicity no pudo evitar sonreír. La capacidad de Azriel para hacerla reír incluso en sus peores momentos era uno de los motivos por los que su amistad se afianzaba día tras día.

—Gracias, Azriel —dijo sinceramente—. Lo necesitaba.

—Ya veo —asintió él—. Ahora, voy a servir dos copas enormes

de ese Merlot que he estado guardando para una ocasión especial, y tú vas a contarme exactamente qué ha hecho el *Señor Limón Amargo* para merecerse esa expresión de «podría cometer un asesinato y disfrutarlo» que tienes.

Sin esperar respuesta, Azriel se dirigió a la cocina. Regresó momentos después con dos copas generosamente llenas de vino tinto.

Le entregó una a Felicity y se sentó en el sillón frente a ella, cruzando elegantemente las piernas.

—Muy bien, suéltalo todo —ordenó.

Durante los siguientes veinte minutos, al igual que había hecho con su madre, Felicity relató toda la historia: los rumores, la comida con Isobel, el enfrentamiento con Alexander, su cambio de puesto de trabajo al departamento de comunicaciones. Todo.

A medida que hablaba, las emociones que había mantenido bajo estricto control durante todo el día comenzaron a desbordarse. Para cuando llegó a la parte en que Alexander prácticamente la había acusado de espionaje industrial, las lágrimas corrían libremente por sus mejillas.

—Y lo peor de todo —concluyó, limpiándose furiosamente las lágrimas con el dorso de la mano—, es que ni siquiera me creyó. Después de todo lo que hemos trabajado juntos, después de Boston, después de... todo. Simplemente se ha creído que yo lo he traicionado por... ¿qué? ¿Dinero? ¿Venganza? ¿Un mejor puesto en Winters Corporation? ¡Joder, es una locura!

Azriel, que había permanecido en silencio durante todo el relato, finalmente habló:

—Es un imbécil —declaró con firmeza—. Un imbécil con un excelente gusto para los trajes, y probablemente sea buenísimo en la cama, pero un imbécil, al fin y al cabo.

Felicity soltó una risilla.

—No puedo discutir eso en este momento —admitió, tomando un gran sorbo de vino.

—Sin embargo —continuó Azriel. Su expresión se tornó más seria—, tengo que decir que no me sorprende del todo. Alexander Reid tiene fama de ser absolutamente implacable con lo que percibe como deslealtad o traición. Hay historias legendarias en Nueva York sobre ello.

—Pero yo no le he traicionado —protestó Felicity. Su voz se quebró de nuevo—. Nunca lo haría.

—Yo lo sé, cariño —aseguró Azriel, inclinándose para apretar su mano—. Cualquiera que te conozca realmente lo sabría. El problema es que Alexander Reid, a pesar de toda vuestra... conexión..., no te conoce tan bien como cree.

Felicity sintió una punzada en el pecho ante esas palabras, porque reflejaban exactamente lo que Alexander había dicho durante su discusión: «No la conozco tan bien como pensaba.»

—Además —continuó Azriel. Su mente parecía estar trabajando a toda velocidad—, hay algo que no encaja en todo esto. La Isobel esa suena como una manipuladora de libro, pero incluso aun eso, parece demasiado conveniente que tú seas la única que cae en la trampa.

Felicity lo miró, intrigada.

—¿Qué quieres decir?

Azriel se levantó, y comenzó a caminar por la sala en lo que Felicity reconoció como su modo «detective aficionado», algo que hacía cuando estaba desarrollando una teoría jugosa.

—Piénsalo —dijo, gesticulando con su copa de vino—. Isobel Winters, vicepresidenta de una empresa rival, de repente aparece delante de tu escritorio ofreciéndote comer juntas para reconciliarse contigo. Te manipula hábilmente para que confirmes información que ella, de alguna manera, ya parece conocer. Y luego, ¡voilà! De la

noche a la mañana, Winters Corporation tiene exactamente la información necesaria para sabotear el acuerdo de Alexander Reid con BioGen.

Se detuvo, lanzando a Felicity una mirada significativa.

—No te parece... ¿demasiado perfecto?

Felicity frunció el ceño, procesando sus palabras.

—¿Estás sugiriendo que Isobel quería cargarme el muerto a mí? —preguntó.

—Estoy sugiriendo —respondió Azriel, señalándola con el dedo índice —que alguien en Reid Enterprises está pasando información a la competencia. Y que tal vez, ese alguien vio una oportunidad perfecta para desviar la atención hacia la asistente personal del presidente y dueño de la compañía, especialmente una persona que ya estaba en una posición vulnerable debido a ciertos rumores esparcidos por ahí. Y así de paso, Isobel te quita de en medio de un plumado. Estoy seguro de que está celosa perdida.

Felicity también tenía esa teoría, pero en aquel momento, que Isobel estuviera celosa de ella era lo que menos le importaba.

Gatsby, como si sintiera la intensidad del momento, saltó del regazo de Felicity y se estiró lánguidamente antes de sentarse a observarlos con interés felino.

—Pero ¿quién? —preguntó Felicity—. ¿Y por qué?

Azriel se encogió de hombros con un gesto elegante.

—El «quién» y el «por qué» son exactamente lo que necesitamos descubrir —declaró—. Pero piensa en quién más tenía acceso a esa información específica. No puede ser mucha gente, ¿verdad?

Felicity sacudió la cabeza, escéptica.

—Eso suena demasiado a película de espías, Azriel —comentó Felicity.

Azriel la miró con los ojos entornados.

—Eres muy ingenua, Felicity, cariño. No se me ha ido la cabeza, te lo aseguro —habló de nuevo—. Este tipo de cosas, como sobornos, chantajes, compraventa de información, etcétera, están a la orden del día en empresas de la envergadura de Reid Enterprises.

Felicity reflexionó durante unos segundos.

—Quizás tengas razón —dijo.

—Por supuesto que la tengo. Las cloacas de la ciudad están infectadas de tiparracos que se venden al mejor postor. Y ahora dime quiénes tienen acceso a esa información confidencial.

Felicity hizo un repasando mental de todos los involucrados en el proyecto.

—El equipo legal, obviamente, el departamento de adquisiciones, algunos ejecutivos de alto nivel... —enumeró—. Todas personas de confianza de Alexander.

—Pues alguna de esas personas de su confianza se la está metiendo doblada —atajó Azriel.

A pesar de su escepticismo inicial, Felicity no pudo evitar sentirse intrigada por la teoría de su compañero de piso. Había algo, una pieza del rompecabezas que no encajaba completamente en el relato que Alexander había aceptado tan rápidamente.

—Incluso si tienes razón —dijo Felicity finalmente—, ¿cómo podríamos probarlo? No tengo acceso a nada importante ahora. Estoy relegada a escribir comunicados de prensa sobre iniciativas de responsabilidad empresarial que nadie lee.

Azriel sonrió, una sonrisa que Felicity conocía demasiado bien: la sonrisa de alguien a punto de sugerir algo temerario.

—Ahí es donde entra mi brillantez innata y tu conocimiento interno de Reid Enterprises —dijo—. Vamos a investigar. Vamos a encontrar pruebas. Y cuando tengamos suficientes evidencias para

demostrar tu inocencia y desenmascarar al verdadero traidor, se las presentaremos al *señor Limón Amargo* en una bandeja de plata.

—¿Y cómo exactamente planeas que hagamos eso? —preguntó Felicity, dividida entre el escepticismo y una chispa de esperanza—. No puedo simplemente irrumpir en el piso 70 y empezar a hurgar en los archivos confidenciales.

—No, pero conoces a gente allí, ¿verdad? —dijo Azriel—. Personas que podrían estar dispuestas a ayudarte, que saben que no eres el tipo de persona que traicionaría a la empresa.

Felicity lo consideró un momento.

Era cierto que había cultivado buenas relaciones con algunos empleados durante su tiempo como asistente de Alexander. Eliza, por ejemplo, había sido lo suficientemente amable como para advertirle sobre los rumores. Solo la conocía de la Universidad, pero era una buena tía. Y con Jackson, del departamento de informática, se había echado unas buenas risas cuando coincidían en la cafetería de la Torre Reid.

—Tal vez —admitió cautelosamente—. Pero estarían arriesgando sus propios trabajos.

—No si somos discretos —argumentó Azriel—. Además, no estamos hablando de pedirles que roben documentos clasificados. Solo necesitamos información: quién más sabía sobre los detalles específicos del acuerdo, quién podría tener motivaciones para sabotearlo, quién tiene conexiones con Winters Corporation.

Gatsby, aparentemente aburrido de la conversación, saltó al regazo de Azriel y comenzó a masajear sus piernas, preparándose para tomar una siesta sobre ellas.

—Incluso Gatsby está de acuerdo conmigo —declaró Azriel, interpretando convenientemente el comportamiento del gato—. Y ya sabes que tiene un sexto sentido para las conspiraciones. A parte de siete vidas, aunque creo que ya ha perdido tres.

A pesar de todo, Felicity notó que una sonrisa se formaba en sus labios. La idea era arriesgada, potencialmente desastrosa si algo salía mal... pero también era lo único que le daba un propósito, una esperanza de limpiar su nombre.

—Está bien —dijo finalmente, tomando la decisión de seguir adelante—. Intentémoslo.

Azriel levantó su copa en un brindis triunfal.

—¡Por la operación «Demostrar que Alexander Reid es un imbécil que no merece a Felicity Ashford, pero aun así vamos a limpiar su nombre porque somos más nobles que él»! —declaró.

—Ese nombre es demasiado largo —señaló Felicity, chocando su copa con la de él a pesar de todo—. ¿Qué tal «Operación Verdad»?

—Aburrido, pero funcional —dijo Azriel—. Lo acepto…

En aquel momento, el teléfono de Azriel sonó, interrumpiendo la conversación. Cuando lo cogió de encima de la mesa, frunció el ceño.

—Es un número desconocido —dijo. Descolgó y se llevó el móvil a la oreja.

—¿Dígame?

—…

—Sí, soy yo.

—

Los ojos se le abrieron de par en par cuando supo de parte de quién estaba recibiendo la llamada.

—Sí, claro, mañana a primera hora estaré allí.

Colgó y se quedó mirando a Felicity.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? —le preguntó ella.

—Era del Departamento de Recursos Humanos de Reid

Enterprises, Alexander Reid quiere entrevistarme mañana para lo del reportaje de la revista Fortune —respondió.

—¡Eso es genial!

—¿No te importa?, ahora que…

Felicity no le dejó terminar.

—¡No, por supuesto que no! Al contrario, tienes que aprovechar la oportunidad que te está dando.

El rostro de Azriel se iluminó.

—¡Hey! Ahora que yo también voy a estar merodeando por Reid Enterprises de vez en cuando, puedo tratar de obtener información. No sabes el oído que tengo —dijo.

—Vale, pero ten cuidado —advirtió Felicity, sintiendo por primera vez en todo el día algo parecido a la esperanza.

Mientras terminaban de beber sus copas de vino, Felicity notó como la opresión que había tenido todo el día en el pecho se aliviaba.

Tal vez su madre tenía razón.

Tal vez todo se arreglaría.

O tal vez no. Tal vez Alexander Reid nunca sabría la verdad, nunca reconocería lo injusto que había sido, nunca volvería a mirarla con esa calidez que había vislumbrado durante la tormenta en Boston, ni cuando casi se habían besado.

Pero una cosa era cierta: Felicity Ashford no iba a desaparecer silenciosamente en la oscuridad. No sin luchar. No sin buscar la verdad.

Y si en el proceso demostraba a Alexander Reid lo que había perdido al no confiar en ella, bueno, eso sería simplemente un beneficio adicional.

—Azriel… —dijo de repente—. Gracias. Por creer en mí. Por

estar aquí.

Azriel la miró con una dulzura que rara vez mostraba bajo su exterior melodramático.

—Siempre, Felicity —respondió—. Siempre.

CAPÍTULO 40

Azriel salió del despacho de Alexander Reid con la sensación de haber sobrevivido a una auditoría de Hacienda, un interrogatorio policial y una entrevista con Anna Wintour, todo simultáneamente.

Estrechó la mano de Reid con firmeza, manteniendo contacto visual directo a pesar del intimidante azul glacial que lo observaba como si pudiera leer hasta el último de sus pensamientos.

—No le decepcionaré, señor Reid —aseguró Azriel, sorprendiéndose a sí mismo por el tono profesional que había mantenido durante toda la entrevista—. Haré mis mejores diseños para el reportaje de Fortune. Cada prenda será digna de la reputación de Reid Enterprises.

Alexander se acercó levemente, el equivalente a un entusiasta aplauso en su economía de gestos.

—Eso espero, señor Fontaine. Mi equipo le facilitará toda la información necesaria sobre los ejecutivos que participarán en el reportaje. Necesito que los diseños estén listos para una revisión preliminar el próximo viernes.

—Estarán listos —prometió Azriel, resistiendo el impulso de añadir algo más dramático o extravagante. Pero con Alexander Reid había intuido rápidamente que menos era más.

Alexander lo acompañó hasta la puerta de su despacho, un

gesto que Azriel interpretó como una señal de aprobación. Cuando la puerta se cerró tras él, soltó el aire que ni siquiera sabía que estaba conteniendo.

¡Joder!

Aflojó los hombros, que había mantenido tan rectos y tensos durante la última hora que le dolían.

El piso 70 era un lugar impecable, intimidante, con un silencio casi reverencial interrumpido solo por el discreto tecleo de asistentes y el murmullo bajo de llamadas telefónicas importantes.

Mientras caminaba hacia los ascensores, Azriel dejó que sus ojos vagaran por el espacio, aparentemente absorto en sus propios pensamientos creativos, pero registrando meticulosamente cada detalle.

Dos ejecutivos pasaron a su lado, enfrascados en una conversación sobre proyecciones financieras. Una mujer con un traje marrón discutía en voz baja por teléfono sobre plazos de entrega.

Nada particularmente interesante... hasta que captó un fragmento de conversación cerca de la zona de las secretarias.

—Te juro que nunca había visto al señor Reid tan furioso como cuando descubrió lo de BioGen —susurró una mujer joven a otra—. Dicen que la culpó directamente a ella, sin dudarlo ni un segundo.

—Siempre supe que esa chica no encajaba aquí —respondió la otra, ajustándose las gafas con un gesto pretencioso—. Demasiado... normal para estar en el círculo íntimo de Alexander Reid.

Azriel continuó caminando, manteniendo su expresión neutra mientras su cerebro archivaba cada palabra.

Su primer instinto fue dirigirse al piso 23 para ver a Felicity, contarle cómo le había ido en la entrevista con Alexander, lo que había escuchado y, asegurarle que no estaba sola en aquella batalla. Pero se contuvo.

Mientras esperaba el ascensor, pensó en las implicaciones. Si la gente los veía juntos en la empresa, podrían establecer conexiones que complicarían su investigación encubierta.

No, era mejor mantener distancia... al menos dentro de las paredes de Reid Enterprises.

Los viajes en metro a los distintos sitios a los que tenía que ir aquel día, y que le mantendrían fuera de casa hasta la tarde, le dio tiempo para procesar la entrevista.

Alexander Reid era exactamente como Felicity lo había descrito, y al mismo tiempo, completamente diferente. El hombre poseía una intensidad que Azriel no había experimentado antes con ninguna otra persona.

Alexander no solo conocía las tendencias actuales de moda, sino que tenía opiniones sorprendentemente acertadas sobre tejidos, cortes y estilos.

Cuando Azriel llegó al apartamento, a eso de las siete de la tarde, encontró a Felicity sentada en el sofá con Gatsby en su regazo, ambos contemplando desanimadamente una ensalada a medio comer que descansaba sobre la mesa auxiliar.

—¡Por fin! —exclamó Felicity al verlo entrar—. Llevo toda la tarde mordiéndome las uñas. ¿Cómo ha ido? ¿Te ha contratado?

Azriel dejó su portafolio de diseños sobre la mesa y se desplomó dramáticamente en el sillón que había frente a ella.

—Dios mío, Felicity —exhaló, llevándose una mano al pecho—. ¿Cómo has sobrevivido trabajando para ese hombre? Es como estar frente a un láser humano que escanea hasta la última de tus células en busca de defectos.

—Te lo dije —respondió ella con media sonrisa, la primera que Azriel vio en días—. Alexander Reid es una experiencia... intensa. O religiosa, como diría Enrique Iglesias.

—¿Intensa? —Azriel soltó una risa incrédula—. Un huracán es

intenso. Una ruptura amorosa es intensa. Alexander Reid es... —Hizo un gesto con las manos, como si intentara atrapar la palabra adecuada del aire— sobrecogedoramente omnipresente incluso cuando está completamente quieto —dijo, de forma exagerada.

Felicity asintió, acariciando distraídamente a Gatsby.

—Y, sin embargo, de alguna manera, te acostumbras a esa intensidad —dijo en voz baja, en un tono que revelaba más de lo que probablemente pretendía—. Casi la echas de menos cuando ya no está.

Azriel la observó con atención, notando el leve rubor que apareció en sus mejillas al darse cuenta de lo que acababa de decir. Pero decidió no presionar sobre ese punto, al menos por ahora.

—Para responder a tus preguntas —continuó, inclinándose hacia delante—: Sí, me ha ido bien, y sí, me ha contratado oficialmente para hacer el reportaje.

—¡Bien! —exclamó Felicity, levantando los puños en un gesto de triunfo.

—Y todo ha sido gracias a ti, querida —dijo Azriel.

—Tonterías, es mérito tuyo y de todo ese talento que tienes —afirmó ella.

Azriel se dirigió a la nevera de la cocina, cogió una botella de agua y la abrió para dar un trago de agua.

—Por cierto, tenía pensado ir a verte después de la entrevista —confesó—. Pero luego he pensado que podría ser contraproducente que nos vieran juntos. Solo Alexander sabe que somos amigos y compañeros de piso, y es mejor mantenerlo así por ahora.

—Estoy totalmente de acuerdo. Si alguien nos relaciona, sería más difícil investigar. Es mejor que la gente crea que no nos conocemos de nada.

—Que es exactamente lo que estamos haciendo —añadió Azriel

con una sonrisa traviesa.

—Exacto —sonrió Felicity a su vez.

Azriel se acercó nuevamente al sofá, esta vez sentándose junto a ella.

—Escuché a dos secretarias hablando sobre lo furioso que estaba Alexander Reid cuando descubrió lo de la filtración de BioGen —dijo en voz baja, como si incluso en su *loft* pudieron ser escuchados—. Y también insinuaron que nunca creyeron que «encajarías» en el círculo cercano de Alexander Reid —añadió, haciendo el gesto de las comillas con los dedos.

Felicity hizo una mueca.

—Genial. Así que además de ser considerada una traidora, también era la intrusa que no pertenecía allí.

—Oye —Azriel tomó su mano—. Tú perteneces exactamente donde decidas pertenecer. Y esas arpías de oficina solo están celosas porque captaste la atención del jefe en más de un sentido.

Felicity soltó una risa que sonó más como un bufido.

—Pues mi atención ahora está en descubrir quién me tendió una trampa —declaró, enderezando los hombros—. ¿Cuál es tu siguiente paso?

Azriel se acomodó en el sofá, provocando que Gatsby lo mirara con desdén por perturbar su paz.

—Tengo que volver mañana para tomar las medidas de los ejecutivos que participarán en el reportaje. Y mis oídos van a estar en todas partes: oficinas ejecutivas, salas de reuniones, incluso en esa sagrada sala de conferencias donde aparentemente Alexander Reid hace llorar a la gente los martes.

—Sí, los martes de presupuestos —dijo Felicity automáticamente, con una pequeña sonrisa nostálgica en los labios —. Solía temer esos días. Bueno, yo y todo el mundo.

—Ahora estoy dentro —continuó Azriel, inclinándose hacia ella con expresión conspiratoria—. Y nadie sospecha del extravagante diseñador de moda. Soy inofensivo. ¿Sabes lo que eso significa? Que puedo escuchar conversaciones, observar corrillos, captar cosas que tal vez pasarían desapercibidas para otros.

Estiró los brazos por encima de la cabeza, mostrando toda su altura, que efectivamente igualaba a la de Alexander Reid, aunque su constitución era más estilizada que la de él.

—Tengo algo que Alexander y sus sabuesos no tienen —añadió con un guiño.

—¿Qué? —preguntó Felicity, intrigada.

—Años de navegar por la industria de la moda —respondió Azriel con una sonrisa confiada—. Un mundo donde las sonrisas ocultan puñaladas, donde las alianzas cambian más rápido que las tendencias de temporada, y donde he aprendido a detectar la falsedad a kilómetros de distancia. Créeme, cariño, si hay un traidor en Reid Enterprises, lo encontraré.

Felicity lo miró, y por primera vez en días, Azriel vio un viso de esperanza (real) en sus ojos.

—Gracias por arriesgarte así por mí —dijo ella simplemente.

—Oh, no me estoy arriesgando —respondió Azriel, agitando una mano con despreocupación—. En realidad, esto es lo más emocionante que me ha pasado desde que ese modelo brasileño me dejó plantado en el altar de la Capilla Elvis en Las Vegas.

—¿Qué? —Felicity lo miró boquiabierta—. ¿Cuándo te ha pasado eso? ¿Por qué no me lo habías contado?

Azriel le guiñó un ojo.

—Es una historia para otra noche, querida. Una que requiere mucho más tiempo del que tenemos ahora mismo.

Se levantó con un movimiento fluido y extendiendo la mano

hacia ella.

—Pero por ahora, necesitamos elaborar un plan. Tengo que parecer absolutamente fascinado con los trajes y vestidos para el reportaje, incluso embobado, mientras en realidad estoy desenmascarando a un espía. Prácticamente soy James Bond, pero con mejor gusto para la ropa.

Felicity tomó su mano y se levantó también, provocando un maullido indignado de Gatsby al ser desalojado de su regazo.

—James Bond nunca tuvo que lidiar con Alexander Reid —comentó con una sonrisa irónica.

—Cierto —admitió Azriel—. Pero tampoco tuvo un gato tan astuto como Gatsby. Seguro que si le llevara un día a Reid Enterprises olería al traidor y nos llevaría hasta él. Tiene más olfato que un sabueso. —Miró a Felicity a los ojos—. Y James Bond tampoco tenía una amiga tan brillante como tú.

Ella sonrió.

Azriel notó que los hombros de Felicity ya no estaban tan hundidos como cuando había llegado. Sus pasos parecían más firmes y su postura más erguida. La esperanza, por pequeña que fuera, estaba haciendo su magia.

—Vamos a limpiar tu nombre, Felicity Ashford —prometió en voz baja—. Y cuando terminemos, Alexander Reid tendrá que suplicar tu perdón. Preferiblemente de rodillas, con un gigantesco ramo de flores, y tal vez con un anillo.

—¡Azriel! —protestó ella, pero la risa que escapó de sus labios fue el sonido más reconfortante que había escuchado en días.

Gatsby los observaba desde el sofá con sus insondables ojos azules, como si él también estuviera planeando su propia venganza hacía los que habían hecho daño a Felicity. Después de todo, nadie se metía con su humana favorita y salía impune.

CAPÍTULO 41

La cafetería de la Torre Reid, en la planta baja, era uno de esos lugares donde la arquitectura minimalista intentaba disimular el hecho de que se trataba, al fin y al cabo, de la simple cafetería de la empresa.

Cristal, acero inoxidable y madera creaban un ambiente acogedor y distendido, donde la gente hablaba mientras se tomaba unos minutos de descanso.

Alexander Reid ocupaba su mesa habitual, la del rincón con la mejor vista y la suficiente distancia del resto para que las conversaciones privadas permanecieran así: privadas. Frente a él, John Dalton, director de operaciones internacionales, repasaba los detalles de la expansión en Singapur.

—Los permisos están prácticamente asegurados —explicaba Dalton, deslizando un dedo por la pantalla de su tablet—. Aunque el equipo legal sugiere algunas modificaciones en la estructura para optimizar las ventajas fiscales.

Alexander asintió, tomando un sorbo de su café egipcio sin azúcar.

Su mente calculaba rápidamente las implicaciones de cada detalle que Dalton mencionaba, archivando mentalmente los puntos que requerirían su atención personal más tarde.

Fue entonces cuando la sintió antes de verla.

Una extraña vibración en el ambiente, como si el aire de la cafetería se hubiera reconfigurado sutilmente.

Alexander levantó la mirada de forma instintiva hacia la entrada, y allí estaba ella. Felicity Ashford, con su cabello castaño recogido en un moño improvisado pero elegante, con varios mechones rebeldes enmarcando su rostro.

Llevaba uno de esos vestidos sencillos que de alguna manera se veía más sofisticado que los trajes de diseñador de muchas ejecutivas, de un azul profundo que resaltaba el tono avellana de sus ojos.

Ojos que ahora se encontraban directamente con los suyos.

El tiempo pareció ralentizarse, como siempre ocurría en esos momentos en que sus miradas se cruzaban.

Alexander sintió un impulso casi físico de levantarse, de caminar hacia ella, de pronunciar su nombre. Pero permaneció inmóvil, atrapado en el limbo que él mismo había creado con sus acusaciones.

—... lo que nos lleva al siguiente punto sobre los costes de implementación —continuaba Dalton, ajeno al terremoto silencioso que sacudía a su jefe.

Felicity fue la primera en romper el contacto visual.

Alexander observó cómo su expresión cambiaba, cómo sus hombros se tensaban ligeramente, cómo tomaba una decisión en cuestión de segundos.

La vio dirigirse al mostrador en lugar de a una mesa, saludando a la camarera con una sonrisa educada pero tensa.

—Un *latte* para llevar, por favor —pidió con esa voz que Alexander había intentado, sin éxito, borrar de su memoria durante las últimas semanas.

Alexander se obligó a volver su atención a Dalton, quien seguía desglosando cifras y previsiones.

Asintió en algunos momentos, hizo una pregunta sobre los plazos de implementación, pero su mente permanecía completamente enfocada en la mujer que esperaba su café a pocos metros.

Felicity tamborileaba suavemente los dedos contra la superficie de mármol del mostrador. Un gesto nervioso que él conocía bien. Durante sus primeras semanas como su asistente, ese tamborileo había sido constante, hasta que gradualmente desapareció a medida que ella ganaba confianza. Verlo de nuevo era como recibir un golpe directo en el plexo solar.

—¿Considera entonces que deberíamos proceder con el plan A o reconsiderar las alternativas, señor Reid? —La pregunta de Dalton flotó hasta su conciencia.

—Procedamos con el plan original —respondió automáticamente, mientras su mirada traicionaba de nuevo su atención, desviándose hacia Felicity.

En ese momento apareció un chico y se colocó a su lado, apoyando su mano en su espalda mientras la saludaba con efusividad.

Alexander frunció el ceño.

¿Quién cojones era ese chico? ¿En qué departamento trabajaba?

—Hola, Jackson —lo saludó Felicity, con una sonrisa.

Felicity y Jackson, que trabajaba en el departamento de informática, empezaron a hablar, bajo la atenta mirada de Alexander, que no les quitaba ojo de encima. Sobre todo a él.

Después, cuando la camarera le entregó su *latte*, Felicity se despidió de Jackson y se giró hacia la salida.

Durante un instante sus ojos volvieron a encontrarse con los de Alexander. Aquella vez, la mirada de Felicity contenía algo que hizo que él sintiera una punzada de remordimiento.

No era miedo, ni rabia, ni siquiera resentimiento.

Era algo más visceral, más honesto. Como si por un segundo, ella hubiera bajado todas sus defensas.

Y entonces, Felicity bajó la mirada, y un rubor suave tiñó sus mejillas. Sujetó su café con ambas manos, como buscando un ancla, y salió de la cafetería con pasos rápidos.

Alexander se quedó mirando el espacio vacío que ella había dejado, la estela invisible de su perfume (vainilla y algo cítrico) que su imaginación insistía en detectar a pesar de la distancia.

—¿Señor Reid? —La voz de John Dalton sonaba confusa—. ¿Sobre el presupuesto adicional para el equipo tecnológico?

Alexander no respondió.

Su mente había viajado a la primera vez que vio a Felicity Ashford. Fue en un tren, se coló en su compartimento, y para que el revisor no se enterara de que no llevaba billete, le dio un beso. Un beso.

Era curioso que encontrara el incidente más divertido que irritante. Contra todo pronóstico.

—¿Señor Reid? —insistió John Dalton, en aquella ocasión elevando ligeramente el tono.

Alexander pestañeó un par de veces seguidas.

—Dime, John. —Finalmente regresó al presente, centrando su atención en el hombre que tenía frente a él—. Estaba considerando las implicaciones a largo plazo. Apruebo el presupuesto adicional, pero quiero una revisión semanal de los gastos.

John Dalton asintió, visiblemente aliviado por haber recuperado la atención de su jefe.

—Por supuesto. Lo organizaré con el equipo financiero inmediatamente.

La conversación continuó, pero algo había cambiado.

Alexander mantuvo su fachada profesional impecable, pero por dentro, un torbellino de pensamientos desafiaba su legendario autocontrol.

¿Había hecho lo correcto con Felicity? La evidencia había parecido tan concluyente en su momento... pero ahora, semanas después, las dudas comenzaban a erosionar su certeza.

El equipo de seguridad no había encontrado pruebas definitivas, solo circunstanciales. Y conociendo a Felicity, su lealtad, su integridad...

—Si me disculpa, señor Reid —John Dalton comenzó a recoger sus documentos—, tengo una videoconferencia en diez minutos.

—Claro —respondió Alexander, volviendo a la realidad—. Mantenme informado sobre cualquier desarrollo.

Cuando John Dalton se marchó, Alexander permaneció sentado un rato más en la mesa, contemplando su taza de café egipcio, ya frío.

Sus dedos acariciaron distraídamente el borde de la taza, mientras su mente volvía una y otra vez a la imagen de Felicity saliendo de la cafetería, a ese instante.

—¿Le traigo otro café, señor Reid? —preguntó uno de los camareros.

Alexander negó con la cabeza.

—No, gracias. Ya me marcho.

Se levantó, ajustó su corbata con un gesto automático, y salió de la cafetería con paso decidido.

Felicity había entrado en el ascensor minutos antes con el corazón martilleando contra su caja torácica como si intentara escapar. Había presionado el botón del piso 23 y luego había cerrado los ojos, apoyándose contra la pared mientras el ascensor iniciaba su ascenso.

«Respira —se ordenó a sí misma—. Solo ha sido un cruce de miradas, nada más. No es como si hubiera confesado un crimen o declarado amor eterno.»

El problema era que, con Alexander Reid, un simple cruce de miradas nunca era solo eso. Había algo en la intensidad de sus ojos azules que hacía que Felicity se sintiera completamente expuesta, como si pudiera ver cada pensamiento, cada emoción, cada secreto que intentaba ocultar. Incluido el hecho de que, a pesar de todo, no había logrado extirparlo completamente de su cabeza.

—Patético —murmuró, tomando un sorbo de su *latte*, que de repente le pareció demasiado amargo—. Absolutamente patético.

El ascensor se detuvo en el piso 15 y dos ejecutivos de marketing entraron, enfrascados en una discusión sobre la mejor estrategia en redes sociales.

Felicity se enderezó, componiendo su mejor expresión profesional. Había perfeccionado aquella máscara en las últimas semanas, cuando volver a Reid Enterprises después de que Alexander la hubiera despedido como su asistente personal, había requerido cada gramo de su dignidad y fortaleza.

Cuando finalmente llegó al piso 23, Felicity salió del ascensor con pasos decididos, intentando proyectar una confianza que estaba lejos de sentir.

El departamento de comunicación era un hervidero de actividad.

Felicity se dirigió a su cubículo, saludando con un gesto a quienes levantaban la vista a su paso.

Su escritorio era una isla de orden en medio del caos

organizado del departamento: cada documento perfectamente alineado, cada bolígrafo en su lugar. Había aprendido de Alexander la importancia del orden externo cuando el caos interno amenazaba con desbordarse.

—Felicity. —La voz de Leila Patel, una de las estrategas de comunicación, la alcanzó antes de que pudiera refugiarse en su cubículo—. ¿Estás bien? Pareces un poco... alterada.

Felicity se giró, forzando una sonrisa que esperaba que fuera convincente.

—Sí, estoy bien —mintió, levantando su vaso de café—. Solo necesitaba una dosis de cafeína extra para enfrentar el resto del día.

—Ok —concedió Leila, aunque su tono sugería que no estaba convencida del todo—. Pero si necesitas hablar, estoy a solo tres cubículos de distancia.

—Te lo agradezco —respondió Felicity—. Es solo que tengo pendiente el análisis de medios y el plazo vence mañana.

—Joder, ese monstruo. —Leila asintió con comprensión—. Te dejo con ello, entonces. Pero la oferta sigue en pie.

Con un último asentimiento, Felicity finalmente alcanzó la relativa privacidad de su cubículo.

Se dejó caer en su silla ergonómica y colocó su café sobre el posavasos (porque incluso en medio de una crisis emocional, no iba a arriesgarse a dejar marcas de café en su escritorio).

Su ordenador mostraba varias notificaciones de correos sin leer, y el documento del análisis de medios la esperaba.

La barra de progreso detenida en el mismo punto donde la había dejado antes de irse al descanso. Pero en lugar de retomar su trabajo, Felicity se quedó mirando la pantalla sin verla realmente, mientras la escena de la cafetería se reproducía en su mente una y otra vez.

¿Qué había visto exactamente en los ojos de Alexander?

¿Frialdad? No, no era eso.

¿Arrepentimiento? Quizás.

¿O era simplemente su imaginación, proyectando lo que deseaba ver?

Seguramente fuera lo último.

—Concéntrate, Ashford —se reprendió en voz baja, frotándose las sienes—. Los análisis de medios no se hacen solos, y definitivamente no se terminan pensando en los ojos de tu jefe.

Tomó un sorbo de su café, ahora tibio, y se obligó a mirar la pantalla.

Números. Los números eran seguros. Predecibles. No como las personas. No como Alexander Reid, que podía pasar de ser el jefe más brillante y considerado a un juez implacable en cuestión de segundos.

Sus dedos se movieron mecánicamente sobre el teclado, pero su mente seguía dividida. Una parte analizaba meticulosamente los datos del impacto en los medios que había tenido Reid Enterprises ese mes, mientras otra repasaba obsesivamente cada detalle de su breve encuentro con Alexander.

La forma en que sus ojos se habían suavizado ligeramente al verla. El casi imperceptible enderezamiento de su postura. La manera en que sus dedos habían apretado levemente la taza de café.

Detalles que nadie más habría notado, pero que para Felicity eran tan evidentes como si estuvieran escritos en neón. Detalles que había aprendido a interpretar durante semanas de trabajar estrechamente con él, de anticipar sus necesidades, de leer su humor en la tensión de sus hombros o en el ritmo de sus pasos.

—¿Seguro que estás bien? —La voz de Phillip, otro trabajador

del departamento cuyo cubículo estaba junto al suyo, la sobresaltó —. Has suspirado como cinco veces en los últimos dos minutos.

Felicity se giró, encontrándose con la expresión preocupada de su compañero asomándose por encima del panel divisorio.

—Estoy bien —insistió, esa vez con más firmeza—. Solo estoy lidiando con algunos gráficos complicados.

—Bueno, si tú lo dices —respondió Phillip—. Pero suenas como mi perro cuando le escondo sus juguetes favoritos.

A pesar de su estado de ánimo, Felicity no pudo evitar sonreír ante la comparación.

—Te aseguro que todos mis juguetes favoritos están a la vista —bromeó, agradecida por la distracción—. Ahora, si me disculpas, tengo que terminar esto antes de que el gerente venga a reclamar mi cabeza.

Phillip hizo un gesto de comprensión y desapareció de nuevo tras el panel.

Felicity volvió a prestar atención a su pantalla, con la determinación de no pensar en Alexander Reid durante al menos los próximos treinta minutos, y a dejar de lanzar suspiros.

Falló miserablemente.

Su mente volvía constantemente a la cafetería, a esa fracción de segundo en que sus miradas se habían encontrado por segunda vez, justo antes de que ella bajara la cabeza y huyera.

Había visto algo en sus ojos, algo que no había estado allí durante su despido. Una grieta en la armadura de hielo, un destello de... ¿qué? ¿Duda? ¿Remordimiento?

—No importa —murmuró para sí misma, obligándose a teclear más rápido, como si la velocidad de sus dedos pudiera ahuyentar los pensamientos no deseados de su cabeza—. No cambia nada.

CAPÍTULO 42

Azriel Fontaine extendió los bocetos sobre el imponente escritorio de Alexander Reid con la precisión de un cirujano preparando sus instrumentos.

Su corazón latía con un ritmo ligeramente acelerado, aunque su rostro mantenía una expresión de serena profesionalidad. Presentar diseños a editores de revistas de moda era una cosa; presentarlos al presidente y dueño de Reid Enterprises, cuya mirada podía congelar el infierno, era un desafío completamente distinto.

—Como puede ver, señor Reid —explicó, señalando el primero de los bocetos—, para la directora financiera he optado por un traje pantalón en color burdeos. El corte es clásico pero contemporáneo, con detalles sutiles en los hombros que le dan un aire de autoridad sin sacrificar la elegancia.

Alexander observaba cada diseño con la misma intensidad meticulosa que aplicaba a los contratos multimillonarios. No era simplemente una mirada; era un análisis exhaustivo, como si pudiera ver cada puntada invisible, cada decisión de diseño que Azriel había tomado.

—Para el director de operaciones internacionales —continuó Azriel, deslizando otro boceto hacia él—, un traje azul marino con un tejido de micropuntos casi imperceptibles. Conservador a primera vista, pero con personalidad cuando se observa de cerca.

Alexander asintió levemente, lo que Azriel ya había aprendido a interpretar como una aprobación en su reducido vocabulario gestual.

Seis diseños más tarde, llegaron al que Azriel había guardado para el final: el traje diseñado para el propio Alexander Reid.

—Y para usted... —Azriel desplegó el último boceto con un movimiento fluido—. Un traje de tres piezas en un tono azul medianoche, con un sutil patrón de espiga apenas perceptible que le da textura sin resultar llamativo, con un corte que respeta la tradición británica, pero con detalles que lo anclan firmemente en el presente. Sutil, pero inconfundiblemente poderoso.

Los ojos azul glacial de Alexander estudiaron el diseño con una expresión indescifrable.

Transcurrieron varios segundos en los que Azriel podría jurar que no respiró. Finalmente, Alexander pasó los dedos por el boceto.

—El corte de la solapa —dijo, con ese tono bajo y controlado que lo caracterizaba—. Me gustaría que fuera ligeramente más pronunciado. Apenas un centímetro, no más.

Azriel contuvo una sonrisa.

Un centímetro.

Por supuesto que Alexander Reid notaría un detalle tan minúsculo. Por supuesto que tendría una opinión específica sobre ello.

—Por supuesto, señor Reid —asintió, sacando inmediatamente su lápiz para anotar la modificación—. Un centímetro exacto. Lo ajustaré en el patrón final.

—Por lo demás —continuó Alexander, reclinándose ligeramente en su silla—, los diseños son perfectos.

—Me alegra que sean de su gusto —respondió Azriel, permitiéndose una pequeña sonrisa—. Comenzaré con la confección inmediatamente. Para la próxima semana podríamos programar la

primera prueba de vestuario.

Alexander consultó brevemente su agenda digital.

—El miércoles. Once de la mañana. Mi asistente coordinará con los demás ejecutivos para sus respectivas pruebas.

Asunto zanjado.

La eficiencia de Alexander Reid era casi sobrehumana.

Azriel comenzó a recoger sus bocetos, guardándolos cuidadosamente en su portafolios de cuero italiano.

—Una cosa más, señor Fontaine —añadió Alexander, justo cuando Azriel cerraba su portafolios.

—¿Sí, señor Reid?

—Su interpretación de la identidad y de la marca de Reid Enterprises a través de estos diseños es... muy sagaz. No es fácil traducir valores empresariales en tejido y corte.

Azriel parpadeó, sorprendido por el comentario. Había esperado alguna que otra crítica, pero no aquello. No un cumplido que demostraba que Alexander Reid había captado exactamente lo que había intentado transmitir con sus diseños.

—Gracias, señor Reid —respondió con sinceridad—. Es exactamente lo que he intentado conseguir.

Alexander asintió brevemente y volvió su atención a su ordenador, la señal universal de que la reunión había concluido.

Azriel recogió sus cosas y salió del despacho con la extraña sensación de haber pasado algún tipo de prueba que no sabía que estaba realizando.

La antesala del despacho de Alexander Reid estaba vacía. La nueva asistente había salido a almorzar.

Azriel se dirigió hacia los ascensores, repasando mentalmente los ajustes que necesitaba hacer en los diseños.

Mientras esperaba frente a las puertas cromadas, abrió nuevamente su portafolios para revisar el boceto del traje de Alexander.

Un centímetro en la solapa.

Sonrió para sí mismo, imaginando lo que diría Felicity cuando se lo contara.

«Típico de Alexander», probablemente respondería, con esa mezcla de exasperación y admiración que siempre teñía su voz cuando hablaba de él.

El sonido de pasos apresurados interrumpió sus pensamientos.

Un hombre de mediana edad, con el rostro tenso por el estrés (o la ansiedad), se acercó a la zona de los ascensores mientras hablaba acaloradamente por teléfono.

Azriel lo miró de reojo, aparentando estar absorto en sus diseños, pero registrando cada detalle con precisión: cabello con canas perfectamente peinado, gemelos de oro discretos pero caros, zapatos italianos de primera calidad. Era un alto ejecutivo.

—No, no he podido hablar con él todavía —decía el hombre, con un tono bajo pero intenso—. El señor Reid ha estado en reuniones toda la mañana.

Azriel fingió ajustar algo en su boceto con el lápiz, pero sus oídos estaban completamente sintonizados con la conversación.

El hombre parecía no reparar en su presencia más allá de una breve mirada de reconocimiento. Para él, Azriel era simplemente parte del mobiliario creativo, un artista extravagante absorto en su mundo de colores y formas.

El hombre se aflojó el cuello de la camisa con un dedo, como si de repente la corbata le estuviera estrangulando.

—¿Cómo que han encontrado el documento? —Su voz bajó aún más, pero la tensión la hizo más nítida—. Se suponía que no

quedaba ningún rastro.

El ascensor seguía sin llegar, y Azriel comenzó a agradecerlo.

Mantuvo su expresión neutra, garabateando distraídamente en el margen de su boceto mientras sus sentidos captaban cada palabra.

—Escúchame bien —continuó el hombre, pasándose la mano por el pelo en un gesto de ansiedad—. Si descubren lo de Winters, no solo la asistente caerá.

Azriel sintió que su corazón daba un vuelco, pero años de moverse en el despiadado mundo de la moda le habían enseñado a mantener una cara de póker perfecta. Sus dedos, sin embargo, apretaron ligeramente el lápiz que sostenía.

«La asistente». Felicity.

Y «Winters» solo podía referirse a Isobel Winters.

Esto no era una coincidencia. No, por supuesto que no. Era la confirmación que había estado buscando.

El hombre comenzó a pasearse en el reducido espacio frente a los ascensores, visiblemente agitado.

—Necesito que borres todo. Y por el amor de Dios, deja de llamarme a mi teléfono del trabajo.

Azriel se permitió una breve mirada al hombre, captando su perfil tenso y su mandíbula apretada. No lo reconocía específicamente, pero estaba seguro de que Felicity sabría quién era. Tenía que memorizar cada detalle: la altura, la complexión, el pequeño tic nervioso en su ojo izquierdo, el reloj de lujo que consultaba compulsivamente.

Por fin, el ascensor anunció su llegada con un suave timbre. Las puertas se abrieron para revelar que estaba parcialmente ocupado. Dos ejecutivas elegantemente vestidas estaban al fondo, enfrascadas en su propia conversación. El hombre del teléfono dio

un respingo casi imperceptible al verlas.

—Tengo que colgar —dijo rápidamente—. Te llamaré más tarde.

Azriel entró primero en el ascensor, colocándose estratégicamente para poder observar al hombre sin parecer obvio. El sospechoso entró detrás de él, guardando apresuradamente su teléfono en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¡Morgan! —saludó una de las ejecutivas con una sonrisa profesional—. Justo estábamos hablando del informe que presentaste en la reunión de esta mañana. Brillante análisis sobre las proyecciones del tercer trimestre.

Morgan. Un nombre. No era mucho, pero era un comienzo.

—Gracias, Christine —respondió él, componiendo rápidamente una sonrisa (falsa, por supuesto)—. Solo hice mi trabajo.

—Siempre tan modesto —intervino la otra mujer—. El departamento legal debería agradecerte por simplificar siempre las implicaciones fiscales de los proyectos.

Departamento legal.

Cada palabra era otra pieza del rompecabezas.

Azriel mantuvo su expresión distraída, enfocado en el portafolios abierto, pero mentalmente no dejaba de tomar notas.

El ascensor se detuvo en el piso 45, y las dos mujeres se despidieron con una sonrisa cortés antes de salir.

Azriel y el tal Morgan se quedaron solos en el cubículo, que descendía silenciosamente.

La tensión en el aire era casi palpable, aunque solo Azriel parecía ser consciente de ella.

Los pisos pasaban en silencio. 44, 43, 42...

Azriel comenzó a calcular cuánto tiempo tenía para memorizar más detalles sobre ese «Morgan» del departamento legal. El hombre

había sacado su teléfono nuevamente, pero solo lo miraba.

Cuando finalmente llegaron al vestíbulo, Azriel esperó que Morgan saliera primero, observando su espalda mientras se alejaba apresuradamente hacia la salida. Complexión mediana, ligeramente encorvado, caminar rápido pero inseguro. Un hombre bajo presión, sin duda.

Apenas consciente de lo que hacía, Azriel casi corrió hacia la salida, levantando la mano para detener un taxi que pasaba. La adrenalina corría por sus venas como si estuviera a punto de presentar una colección en la Semana de la Moda de París. Tenía una pista, una pista real, y no veía la hora de compartirla con Felicity.

—¿Adónde? —preguntó el taxista cuando Azriel se deslizó en el asiento trasero.

—Brooklyn Heights —respondió, dando la dirección del apartamento que compartía con Felicity—. Y si puede llegar en menos de treinta minutos, le duplico la propina.

Mientras el taxi se sumergía en el tráfico de Manhattan, Azriel apretó su portafolios contra el pecho, como si contuviera no solo sus diseños, sino también el secreto que acababa de descubrir.

«Morgan, departamento legal», repetía mentalmente.

Dos pistas con las que, junto con la frase reveladora que había escuchado, podrían empezar a desmantelar la conspiración contra su amiga.

Sacó su teléfono, tentado de llamar inmediatamente a Felicity, pero se contuvo.

Aquella conversación necesitaba ser en persona. Necesitaba ver su cara cuando le contara lo que había descubierto. Necesitaba ayudarla a procesar aquella información y planificar su siguiente movimiento.

El tráfico de Nueva York, por una vez, parecía conspirar a su

favor, moviéndose con una fluidez inusual.

O quizás era solo su percepción alterada por la emoción.

En cualquier caso, veinte minutos después, el taxi se detenía frente al edificio de apartamentos.

—Quédese con el cambio —dijo, entregando al conductor bastante más de lo que marcaba el taxímetro.

Subió las escaleras de dos en dos, sin detenerse a esperar al ascensor. Cuando por fin llegó a la puerta del *loft*, tuvo que tomarse un momento para recuperar el aliento. No solo por la carrera (que ya no era un chaval), sino por la magnitud de lo que estaba a punto de compartir.

Metió la llave en la cerradura, esperando encontrar a Felicity en casa.

Necesitaba contarle que acababa de conocer a «Morgan», el hombre que podría ser la clave para limpiar su nombre. El hombre que había pronunciado las palabras que cambiaban todo el juego:

«Si descubren lo de Winters, no solo la asistente caerá».

—¡Felicity! —la llamó al entrar, dejando su portafolios sobre la mesa del salón—. ¡No vas a creer lo que acabo de descubrir!

Gatsby apareció inmediatamente, frotándose contra sus piernas como si entendiera la importancia del momento. Pero del apartamento no llegó respuesta humana alguna. Felicity aún no había llegado a casa.

Azriel se dejó caer en el sofá, con su entusiasmo momentáneamente frustrado.

Gatsby saltó a su regazo, exigiendo atención con un maullido imperioso.

—Lo sé, lo sé —murmuró Azriel, rascando al gato detrás de las orejas—. Estoy impaciente. Pero tenemos que esperar a Felicity para nuestra gran revelación.

Gatsby ronroneó como si estuviera de acuerdo, y Azriel sonrió, imaginando ya la expresión de Felicity cuando le contara lo del tal Morgan y su desliz telefónico.

Por primera vez desde que había comenzado aquella misión encubierta, sentía que realmente tenían algo sólido. Una grieta en la armadura del culpable, una entrada al laberinto de engaños que había atrapado a Felicity.

—Paciencia, Sherlock —se dijo a sí mismo, mientras acariciaba metódicamente a Gatsby—. Watson estará en casa pronto, y entonces podremos resolver este caso.

El gato lo miró con sus penetrantes ojos azules, como si entendiera perfectamente la referencia y estuviera evaluando cuál de ellos merecía realmente el título de Sherlock en esa investigación. Azriel se rio de la expresión casi ofendida del felino.

—De acuerdo, de acuerdo. Tú eres Sherlock, yo soy Watson, y Felicity es... bueno, Felicity es la mente maestra detrás de ambos. ¿Contento?

Gatsby cerró los ojos con satisfacción, aparentemente aprobando aquella nueva distribución de roles.

Azriel sonrió.

CAPÍTULO 43

Azriel había reorganizado los cojines del sofá tres veces. Había alimentado a Gatsby, aunque el gato tenía el cuenco medio lleno. Había preparado té, lo había dejado enfriar, lo había tirado y había preparado café. Luego recordó que Felicity prefería té cuando estaba estresada, así que volvió a empezar.

La espera lo estaba matando.

Cuando finalmente escuchó la llave en la cerradura, casi derramó la taza que sostenía. Gatsby, mucho más digno que su dueño humano, simplemente levantó la cabeza desde su posición privilegiada en el alféizar de la ventana, como diciendo «ya era hora».

—¡Felicity! —exclamó Azriel, antes incluso de que la puerta se abriera por completo.

Felicity entró con esa expresión de agotamiento que había llevado como accesorio permanente desde el incidente de BioGen. Su pelo, que había comenzado el día perfectamente recogido en una coleta alta, ahora había perdido altura y tenía mechones rebeldes enmarcando su rostro.

Dejó caer su bolso en el recibidor y se quitó los tacones con un suspiro de alivio que parecía venir directamente de su alma.

—Por favor, dime que hay comida o alcohol, preferiblemente

ambos —murmuró, frotándose el puente de la nariz—. Ha sido un día interminable.

Azriel prácticamente vibró de impaciencia, como un perro que había estado esperando todo el día a que su dueño regresara.

—Tengo algo mejor que comida o alcohol —dijo, acercándose a ella con los ojos brillantes de excitación—. Tengo información.

Felicity lo miró con una mezcla de curiosidad y cautela, reconociendo el brillo febril en los ojos de su amigo. Era la misma expresión que tenía cuando descubría una tela nueva y revolucionaria, o cuando conseguía entradas para un espectáculo imposible de Broadway.

—¿Qué tipo de información? —preguntó, caminando descalza hacia la cocina. Necesitaba desesperadamente algo de líquido después de un día de tensión constante.

Azriel la siguió como una sombra.

—Del tipo que podría limpiar tu nombre y hundir a cierta arpía con un peinado de ciento treinta dólares y la moral de una hiena —respondió, incapaz de contener su emoción por más tiempo.

Felicity se detuvo en seco, una mano en la puerta de la nevera.

—Azriel —dijo, girándose para mirarlo directamente—, si esto es una broma...

—No es una broma —la interrumpió, levantando ambas manos como para calmarla—. Es una bomba informativa, querida. Una auténtica dinamita para tu defensa.

La seriedad en su tono, a pesar de su habitual dramatismo, hizo que Felicity cerrara la nevera y se apoyara contra la encimera, dándole toda su atención.

—Te escucho.

Azriel tomó aire, como un narrador a punto de revelar el giro crucial de la historia.

—Hoy, después de mi reunión con el *Señor Limón Amargo* —comenzó, refiriéndose a Alexander con el apodo que habían adoptado en privado—, esperaba el ascensor cuando apareció un tipo. Traje caro, pero sin personalidad, pelo entrecano perfectamente peinado, complexión media, unos cincuenta y tantos años, gemelos de oro, un reloj que gritaba «gano más en un mes de lo que tú ganas en un año, plebeyo», zapatos italianos que ni siquiera intentaban ser discretos sobre su precio...

—Azriel —lo interrumpió Felicity con una sonrisa paciente—, ve al grano, por favor. Antes de que me jubile.

—Lo siento, lo siento —se disculpó él, haciendo un gesto con la mano como para borrar los detalles superfluos—. Este tipo estaba hablando por teléfono, muy nervioso, aflojándose todo el rato el cuello de la camisa como si le estuviera estrangulando. Claramente estaba teniendo una conversación que no quería que nadie escuchara.

Felicity asintió. Había olvidado por un momento su cansancio ante la intensidad de Azriel.

—Y entonces —continuó él, bajando dramáticamente la voz—, dijo, y cito textualmente: «Si descubren lo de Winters, no solo la asistente caerá». La asistente, Felicity. Tú. Y Winters. Isobel Winters. ¿Entiendes lo que significa?

Felicity se quedó inmóvil, sus ojos abriéndose más a medida que procesaba la información.

—¿Estás... estás completamente seguro, Azriel? —preguntó. Su voz salió como un susurro—. ¿Esas fueron sus palabras exactas?

—Tan seguro como que Chanel Nº5 nunca pasará de moda —afirmó él, apoyando las manos en la encimera—. Lo escuché claro como el agua. Estaba hablando con alguien sobre documentos que supuestamente habían sido destruidos, pero que alguien había encontrado. Estaba en pánico, Felicity.

Ella se llevó una mano a la boca. Su mente iba a mil por hora,

igual que su corazón.

—¿Pudiste ver quién era? ¿Alguien lo llamó por su nombre?

—¡Sí! En el ascensor nos encontramos con dos ejecutivas. Una de ellas lo llamó «Morgan». Y mencionaron algo sobre el departamento legal y que hacía un gran trabajo simplificando las implicaciones fiscales de los proyectos.

El color abandonó el rostro de Felicity. Se tambaleó ligeramente, y Azriel rápidamente le acercó una silla.

—¿Felicity? ¿Estás bien? ¿Lo conoces?

—Morgan Hargrove —murmuró ella, como si el nombre fuera veneno en su lengua—. Es… director jurídico adjunto de Reid Enterprises. Especializado en derecho empresarial y... —su voz se quebró ligeramente—… un lameculos de primera categoría.

—¿Es uno de los peces gordos? —preguntó Azriel, sentándose frente a ella.

—No exactamente un pez gordo —respondió Felicity. Su cabeza estaba trabajando a toda velocidad—. Es el número dos del departamento legal, siempre a la sombra de Victoria Zimmerman, la Directora Jurídica. Pero tiene acceso a prácticamente todos los contratos importantes... incluido el de BioGen.

Sus ojos se encontraron con los de Azriel. La realidad la golpeó como un tren.

—Ese cabrón —masculló, apretando los puños sobre la mesa—. Por supuesto que tenía que ser él. Siempre tan servicial con Alexander, siempre merodeando por las reuniones importantes, aunque no se requiriera su presencia.

Azriel observó cómo la conmoción inicial de Felicity se transformaba en indignación, y luego en furia contenida.

—¿Crees que está trabajando para Isobel Winters? —preguntó, aunque la respuesta parecía obvia.

—No solo creo que está trabajando para ella —respondió Felicity, levantándose y comenzando a pasearse por la pequeña cocina—. Estoy segura de que es el topo que ha estado filtrando información a Winters Corporation durante meses. Tiene acceso a todo, la autoridad para moverse libremente entre departamentos, y nadie cuestiona su presencia en ninguna parte porque, bueno, es del departamento legal desde hace muchos años. Se supone que deben saber todo.

Azriel siguió sus movimientos con la mirada.

—Seguro que la perra de Isobel se lo está tirando para tenerle comiendo de su mano —comentó con desdén—. El clásico espionaje empresarial con beneficios adicionales.

Felicity hizo una mueca con la boca.

—A saber, de esa tía me espero cualquier cosa. Al parecer, tiene pocos escrúpulos, ya has visto el lío en el que me ha metido a mí —suspiró, apoyándose contra la encimera—. Pero no creo que sea solo sexo lo que motiva a Morgan. Debe de haber dinero de por medio. Mucho dinero.

—¿Tú crees? Alexander Reid paga muy bien a sus trabajadores y él es un alto ejecutivo —dijo Azriel, fascinado por esa faceta de detective privado que estaban desarrollando.

—Pero hay personas muy ambiciosas —dijo Felicity, sentándose de nuevo—. Tanto que incluso son capaces de traicionar a la mano que les da de comer. Solo le son leales al dinero y a su ambición.

—La verdad es que tienes razón. La ambición, y quizá cierto resentimiento hacia la empresa lo hacen ser el traidor perfecto.

—Exactamente —confirmó Felicity. Una chispa de su antigua energía regresó a sus ojos—. Y ahora lo tenemos. Tenemos un nombre, tenemos un hombre, y lo más importante —enfatizó, inclinándose hacia adelante—, tenemos evidencias de que hay una conspiración. «No solo la asistente caerá» significa que saben perfectamente que me tendieron una trampa y que caí como una

idiota —dijo frustrada.

La expresión de Azriel se tornó seria.

—No te fustigues, Felicity, la culpa no es tuya, es de esa arpía de Isobel Winters.

Felicity apretó los labios.

—La pregunta es —continuó Azriel—: ¿qué hacemos con esta información? No es exactamente algo que podamos llevar directamente a Alexander en plan: «Oye, escuché accidentalmente a tu director jurídico adjunto admitir que está vendiendo tus secretos empresariales». No es muy convincente sin pruebas tangibles. Es tu palabra contra la de ese mamarracho.

Felicity se mordió el labio inferior.

—Necesitamos más —murmuró, más para sí misma que para Azriel—. Necesitamos atraparlo en el acto, o encontrar pruebas concretas de su comunicación con Isobel Winters. Pero no tengo ni idea de cómo hacerlo. No es como si pudiera entrar en su oficina y hurgar en sus cajones.

Una sonrisa lenta, casi peligrosa, se extendió por el rostro de Azriel.

—En realidad, Felicity, creo que esa es exactamente la estrategia que necesitamos.

Ella lo miró boquiabierta.

—Estaba bromeando, Azriel. No eres un espía. Eres un diseñador de moda con una tendencia al drama y una obsesión por los detalles. No eres James Bond.

—No necesito ser James Bond —respondió él—. Solo necesito ser yo mismo: el extravagante diseñador de moda al que nadie presta atención porque me ven inofensivo.

—No…

—Piénsalo, Felicity —la cortó.

Azriel comenzó a caminar de un lado a otro de la cocina, gesticulando con las manos mientras hablaba. La chispa de la conspiración prendió en sus ojos.

—Estoy diseñando los trajes de los ejecutivos más importantes de Reid Enterprises. Eso me da acceso a la Torre Reid por completo. Puedo averiguar cual es su despacho y entrar sin que nadie me vea…

—Es muy arriesgado Azriel —intervino Felicity.

—Pero es el único método que tenemos.

Felicity negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no me convence.

—Pero podría funcionar —insistió Azriel, comenzando a visualizar el escenario—. Nadie sospecha del tipo creativo. Me subestiman porque visto «raro» y hablo de telas y colores. Es el camuflaje perfecto.

—No sé…

—Es nuestra mejor oportunidad.

—¿Tú crees? —le preguntó Felicity, cogiendo sus manos.

—Sí, puedo buscar cualquier cosa que pueda conectarlo con Isobel Winters. Un número de teléfono anotado, correos electrónicos en su pantalla, cualquier documento relacionado con BioGen o Winters Corporation.

Durante un momento, se quedaron así, mirándose a los ojos.

—Si me hubieran dicho hace un mes que estaría planeando espiar a un ejecutivo de Alexander Reid, habría pensado que estaban locos —dijo Azriel, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Pero la verdad es que suena como el argumento de una película que definitivamente iría a ver.

Felicity sonrió.

—«El diseñador que me salvó» —propuso, adoptando una voz de narrador de tráiler—. Una historia de moda, traición y venganza.

—Protagonizada por Timothée Chalamet como el irresistible y talentoso diseñador —añadió Azriel, posando dramáticamente.

—Y Jennifer Lawrence como la injustamente acusada asistente ejecutiva —continuó Felicity, siguiéndole el juego.

Los dos se echaron a reír, concediéndose un momento ligero en medio de la tempestad. Pero la seriedad volvió al rostro de Felicity.

—En serio, Azriel —dijo—. ¿Estás seguro de que quieres hacerlo? Es arriesgado. Si te descubren...

—Si me descubren —la interrumpió él, levantando una ceja perfectamente depilada—, simplemente diré que me he perdido o que estaba buscando inspiración. Los artistas somos así de raros.

Su tono era liviano, pero sus ojos transmitían una determinación absoluta.

—Además —añadió, apretando ligeramente las manos de Felicity—, nadie jode a mi mejor amiga y se sale con la suya. Ni siquiera un abogado de Reid Enterprises con zapatos italianos obscenamente caros.

Felicity sintió una oleada de gratitud tan intensa que casi la abrumó. En un mundo que le había dado la espalda al primer signo de sospecha, Azriel había permanecido inquebrantable a su lado.

—Gracias —murmuró, luchando contra el nudo en su garganta —. No sé qué haría sin ti.

—Probablemente vestirías de forma aburridísima y beberías vino barato —respondió Azriel con una sonrisa, intentando aligerar el momento.

Funcionó. Felicity soltó una carcajada y le dio un pequeño empujón.

—Idiota.

—Tu idiota favorito —corrigió él, guiñándole un ojo—. Y ahora, creo que este momento requiere comida y definitivamente alcohol. No todos los días descubrimos una conspiración empresarial y planeamos nuestra contraofensiva.

Se dirigió al refrigerador y lo abrió, examinando su contenido con ojo crítico.

—¿Pedimos sushi? —sugirió, cerrando la puerta al confirmar que, efectivamente, no había nada digno de una celebración—. Necesitamos alimento ceremonial para nuestro pacto de espionaje.

Felicity asintió.

—Sushi suena perfecto —estuvo de acuerdo, sacando su teléfono del bolsillo para hacer el pedido—. Y abre esa botella de vino que hemos estado guardando para una ocasión especial. (Todo parecían ocasiones especiales para ellos).

—¿La de Pinot Noir ridículamente caro que compré cuando pensé que había conseguido el contrato con esa estrella del pop? —preguntó Azriel, dirigiéndose ya hacia la pequeña bodega improvisada que tenían en un armario de la cocina.

—Esa misma —confirmó Felicity—. Creo que desenmascarar a un traidor y limpiar mi nombre se puede calificar como ocasión especial, ¿no crees?

Azriel sacó la botella con reverencia teatral.

—Querida, puede calificarse como ocasión legendaria —declaró, buscando el sacacorchos—. Y cuando todo esto termine, y Alexander Reid se arrastre pidiendo tu perdón, abriré el champán francés que tengo en mi habitación.

Felicity levantó una ceja.

—¿Tienes champán en tu habitación?

—Sí —respondió Azriel con una sonrisa traviesa—. Nunca se sabe para qué puede venir bien, o con quien.

Mientras Azriel descorchaba el vino y Felicity ordenaba el sushi, Gatsby los observaba desde su posición privilegiada en la encimera, con esa expresión felina que parecía decir «los humanos son tan complicados».

Por primera vez desde el desastre de BioGen, Felicity sentía que tenía el control de nuevo.

Tenían un nombre, tenían un plan, y más importante aún, tenían la verdad de su lado.

CAPÍTULO 44

El destino decidió que la mañana siguiente al gran descubrimiento sería perfecta para un encuentro casual.

Felicity había dormido sorprendentemente bien, impulsada por una mezcla de esperanza y determinación.

Se había vestido con especial cuidado: un vestido verde botella estructurado que la hacía sentir como si llevara una armadura elegante, tacones lo suficientemente altos para intimidar, pero no tanto como para impedir una huida rápida si fuera necesario, y un maquillaje impecable que ocultaba las huellas de noches insomnes.

Entró en el vestíbulo de la Torre Reid con la barbilla en alto, saludando con una sonrisa profesional al personal de seguridad que, después de semanas de miradas incómodas post-escándalo, finalmente había vuelto a tratarla con normalidad. O algo parecido.

—Buenos días, señorita Ashford —saludó el guardia que más a menudo hablaba con ella—. Parece que hoy hace mejor tiempo.

Felicity asintió, agradeciendo el comentario banal que, sin embargo, representaba un retorno a la normalidad que tanto anhelaba.

—Sí, parece que las nubes finalmente se están disipando.

No se refería únicamente al clima, pero el guardia no necesitaba saber eso.

Se dirigió hacia los ascensores, consultando distraídamente los correos en su teléfono. Tenía una reunión a las 10:30 con el gerente del departamento de comunicación.

El ascensor llegó con un suave *ding*, y Felicity levantó la vista de su teléfono justo cuando las puertas se abrían. Entró distraídamente, seleccionando el botón del piso 23 mientras seguía desplazándose por su bandeja de entrada.

—Buenos días —murmuró automáticamente al notar que no estaba sola.

—Buenos días, señorita Ashford.

La voz hizo que su sangre se congelara instantáneamente.

Felicity levantó la mirada y se encontró cara a cara con él.

Morgan Hargrove.

El hombre que había arruinado su carrera, destrozado su reputación y, lo más doloroso, destruido la confianza que Alexander tenía en ella.

Allí estaba, con su traje impecable y su corbata perfectamente anudada, sosteniendo un maletín de cuero que probablemente costaba más que su alquiler mensual. Su pelo canoso perfectamente peinado, su postura erguida, su expresión de educada neutralidad.

Felicity sintió que una oleada de furia subía por su garganta, amenazando con salir en forma de gritos o, peor aún, de un puñetazo directo a su cara perfectamente afeitada.

«Si descubren lo de Winters, no solo la asistente caerá». Las palabras que Azriel había escuchado resonaron en su mente como un martillo golpeando un yunque.

«Hijo de puta», dijo para sus adentros.

—Señor Hargrove —logró responder, sorprendida de que su voz sonara tan normal, cuando por dentro estaba a punto de entrar en combustión espontánea.

El silencio que siguió fue denso, cargado con todo lo que Felicity quería decir, pero no podía.

Tú lo hiciste.

Tú me tendiste una trampa.

Tú le mentiste a Alexander sobre mí.

Tú destruiste todo por lo que había trabajado.

Morgan carraspeó, visiblemente incómodo con el silencio.

—¿Cómo va todo en el departamento de comunicación? —preguntó con esa cordialidad que ahora, sabiendo lo que sabía, a Felicity le sonaba tan falsa como un billete de tres dólares.

Apretó su teléfono con los dedos, temiendo que, si lo soltaba, sus manos podrían actuar por voluntad propia.

—Bastante bien —respondió escuetamente—. Con mucho trabajo.

—Me imagino —asintió Morgan, consultando su Rolex, como si realmente le importara la hora y no fuera solo un gesto para evitar el contacto visual.

El ascensor se detuvo en el piso 23, y Felicity nunca había estado tan agradecida de llegar a su destino.

—Que tenga un buen día, señor Hargrove —dijo al salir, inyectando un toque de dulzura venenosa en su voz—. Espero que encuentre todo en orden.

Antes de que las puertas se cerraran, captó la expresión de desconcierto en el rostro insulso de Morgan, como si intentara descifrar si había algún mensaje oculto en sus palabras.

Bien.

Que se preocupara.

Felicity caminó hacia su cubículo con pasos medidos, controlando la tormenta interior que amenazaba con desbordarla.

Saludó mecánicamente a sus compañeros, dejó el bolso en el cajón inferior de su escritorio, encendió el ordenador, y solo entonces, cuando estuvo sentada frente a la pantalla con la espalda hacia el resto de la oficina, permitió que su rostro mostrara la rabia que sentía.

«Maldito bastardo hipócrita —pensó, abriendo y cerrando archivos sin realmente verlos—. Tan cómodo con su traje caro, tan seguro de que saldrá impune mientras yo cargo con toda la culpa.»

Intentó concentrarse en el trabajo, realmente lo intentó.

Abrió el documento Word con el informe que tenía que entregar al gerente, pero las palabras parecían flotar ante sus ojos. Su mente seguía volviendo al ascensor, a la cara de Morgan Hargrove, a lo injusto que era todo.

A la impotencia de no haberle podido dar un puñetazo.

Quince minutos después de haber llegado a su cubículo, Felicity se dio cuenta de que había estado leyendo el mismo párrafo durante al menos diez minutos.

La rabia seguía burbujeando en su interior, mezclada con una frustración creciente. Tenían el nombre del culpable, tenían prácticamente una confesión (aunque indirecta), pero no tenían pruebas concretas que pudieran presentar a Alexander.

Alexander.

Su imagen hizo que su estómago se contrajera. Alexander, que la había condenado sin un juicio justo. Alexander, que había confiado en las «pruebas» fabricadas en su contra, pero que probablemente exigiría evidencias irrefutables antes siquiera de considerar que Morgan Hargrove pudiera ser el verdadero traidor.

Y entonces, como si un interruptor se hubiera activado en su cerebro, Felicity tomó una decisión.

No podía seguir sentada allí, fingiendo trabajar, mientras el verdadero culpable se paseaba libremente por la empresa,

probablemente filtrando más información a Isobel Winters.

Se levantó abruptamente, sobresaltando a Phillip, cuya cabeza apareció por encima del panel divisorio como un topo curioso.

—¿Todo bien, Felicity? —preguntó, entre preocupado y cauteloso.

—Perfectamente —respondió ella, alisando inexistentes arrugas de su vestido—. Solo necesito consultar algo con... recursos humanos.

La mentira salió con sorprendente facilidad, pero Felicity ya no tenía tiempo para sentirse culpable por pequeñas mentiras cuando había verdades mucho más grandes en juego.

Cogió su móvil y su tarjeta de acceso, y se dirigió hacia los ascensores con paso decidido.

No tenía un plan concreto, solo la certeza de que no podía pasar un minuto más sin confrontar aquella situación.

Presionó el botón del ascensor y, mientras esperaba, respiró hondo, intentando ordenar sus pensamientos.

¿Qué iba a decir exactamente? ¿Cómo iba a presentar su caso sin sonar como una exasistente resentida buscando venganza?

El ascensor llegó, vacío esa vez, y Felicity entró, presionando el botón del piso 70 antes de que su sentido común pudiera intervenir y decirle que lo que iba a hacer era una mala idea.

Pero mientras el ascensor ascendía, su determinación creció. Aquello no era solo por ella. Era por la verdad, por la justicia, y sí, también por Alexander. Porque por mucho que quisiera odiarlo por no confiar en ella, una parte obstinada de su corazón se negaba a creer que el hombre que había conocido, el líder brillante y justo, pudiera estar completamente equivocado.

El viaje hasta el piso 70 pareció a la vez eterno y demasiado corto. Cuando las puertas se abrieron, Felicity salió con la barbilla en

alto, ignorando las miradas sorprendidas de los empleados que claramente no esperaban verla en ese piso nunca más.

Se dirigió directamente hacia el despacho de Alexander, pasando junto a su nueva asistente sin ni siquiera reducir la velocidad.

—Disculpe, señorita, no puede entrar sin cita —comenzó la joven, levantándose apresuradamente de la silla.

Felicity la ignoró completamente, abriendo las puertas del despacho de Alexander sin llamar, impulsada por una adrenalina que hacía que sus oídos zumbaran y su corazón latiera como un tambor de guerra.

Alexander estaba de pie junto a la ventana, hablando por teléfono. Su silueta se veía recortada contra el cielo de Nueva York. Se giró bruscamente al escuchar la puerta abrirse, y la expresión de sorpresa absoluta que cruzó su rostro habría sido digna de fotografiarla.

—Te llamaré después —dijo rápidamente a la persona que estaba al otro lado de la línea telefónica, sin apartar los ojos de Felicity.

La asistente apareció detrás de ella, visiblemente mortificada.

—Lo siento mucho, señor Reid, intenté detenerla, pero...

—Está bien —la interrumpió Alexander, con voz controlada—. Déjenos solos, por favor.

La joven asintió nerviosa, y cerró la puerta al salir, dejándolos en un silencio cargado de electricidad.

Felicity se quedó de pie en mitad del despacho, repentinamente consciente de lo impulsiva que había sido su acción, pero demasiado tarde ya para retroceder.

De todas formas, su comportamiento tampoco podía sorprenderle mucho a Alexander, había sido un impulso lo que la

había guiado a besarlo en un tren para burlar al revisor. Y sin ni siquiera conocerlo.

—Felicity —dijo Alexander, rompiendo el silencio—. ¿Qué haces aquí?

Había tantas emociones mezcladas en su tono y en su mirada que Felicity no podía descifrarlas todas: sorpresa, confusión, cautela, y algo más, algo que parecía casi como... Lo mejor era no pensar en ello.

—Sé quién es el topo —soltó sin preámbulos. La mejor estrategia era ir directamente al grano—. Sé quién ha estado filtrando información a Winters Corporation, y no soy yo.

Alexander se quedó inmóvil con una expresión indescifrable en el rostro.

—Felicity —comenzó, con ese tono cuidadosamente medido que usaba en negociaciones delicadas—, entiendo que las últimas semanas han sido difíciles...

—No me vengas con condescendencia, Alexander —lo interrumpió ella, dando un paso adelante, y por supuesto sin hacer uso del tratamiento de «usted», porque no estaba para tonterías—. No estoy aquí porque esté resentida o porque no pueda superar lo que pasó. Estoy aquí porque tengo información concreta sobre quién te ha traicionado realmente.

Alexander la miró durante un largo rato, y luego, para sorpresa de Felicity, le indicó que se sentara en uno de los sillones frente a su escritorio.

—Te escucho —dijo, tomando asiento frente a ella.

—El topo es Morgan Hargrove —soltó Felicity sin rodeos.

—Espero que tengas argumentos para respaldarlo —dijo Alexander, serio.

Felicity respiró hondo y le contó todo: cómo Azriel había

escuchado accidentalmente a Morgan Hargrove hablando por teléfono, la frase incriminatoria sobre «la asistente» y «Winters», el nerviosismo…

Mientras hablaba, observó el rostro de Alexander.

Vio cómo su expresión pasaba de la incredulidad inicial a estar considerando lo que estaba diciendo, y finalmente a algo que parecía cercano a la duda.

—Felicity —dijo, cuando ella terminó su relato—, agradezco que compartas esta información conmigo, pero...

—Pero ¿qué? —lo desafió, sintiendo que la frustración volvía a crecer en su interior—. ¿Pero no tienes pruebas? ¿Es eso?

Alexander se pasó una mano por el rostro, un gesto raro en él que revelaba su conflicto interno.

—No puedo acusar a un alto ejecutivo basándome únicamente en una conversación que tu amigo dice haber escuchado —respondió—. Morgan Hargrove lleva quince años en esta empresa. Su lealtad nunca ha sido cuestionada.

—¡La mía tampoco hasta que decidiste que era culpable! —exclamó Felicity, incapaz de contener su indignación—. ¿Qué pruebas tenías contra mí, Alexander? ¿Qué evidencia irrefutable te llevó a destrozar mi carrera sin ni siquiera darme la oportunidad de defenderme?

Un silencio tenso siguió a sus palabras. Alexander se levantó y caminó hacia la ventana, dándole la espalda. Cuando se giró, su expresión era sombría.

—Las fotografías —dijo finalmente—. Había fotografías tuyas e Isobel Winters comiendo juntas en el Petite Jardin, dos días antes de que la información sobre el acuerdo de BioGen se filtrara.

—¿Me despediste, me humillaste y destruiste mi reputación porque me vieron comiendo con una mujer de negocios en un restaurante público? ¿*Público*? —enfatizó.

—No era solo eso —se defendió Alexander, aunque su tono había perdido algo de su seguridad habitual—. La cronología, el hecho de que no mencionaras ese encuentro hasta que yo te lo dije…

—No te dije nada, porque tú pusiste distancia conmigo. Había mil rumores sobre mí circulando por la empresa y tú no hiciste absolutamente nada —le reprochó Felicity, interrumpiéndolo.

Alexander continuó.

—… Que justo después se filtrara información a la que solo un círculo muy reducido tenía acceso...

—Eso no prueba nada, excepto que me tendió una trampa —argumentó Felicity, poniéndose de pie—. Isobel Winters me invitó a comer con el pretexto de ofrecerme una disculpa por haber lanzado sobre mí esos rumores. Pero toda la información que se filtró, ella ya la sabía. Y no te lo mencioné porque tú no me hacías ni puto caso.

Alexander la miró fijamente, y por primera vez, Felicity vio algo que nunca esperó ver en sus ojos: duda. No sobre ella, sino sobre sus propias conclusiones.

Ella tenía razón, él había tomado distancia cuando aparecieron los rumores.

—Si lo que dices es cierto —comenzó Alexander—, entonces Isobel orquestó todo meticulosamente. Te invitó a comer a propósito para crear una conexión entre tú y ella, sabiendo que cuando se filtrara la información...

—Yo sería la cabeza de turco perfecta —completó Felicity—. Joven, relativamente nueva en la empresa, con acceso a información confidencial debido a mi posición como tu asistente. Mientras tanto, el verdadero topo sigue operando libremente.

Alexander se pasó una mano por el pelo.

—Aun así, Felicity, necesitamos pruebas concretas contra Hargrove. Una conversación escuchada a medias no es suficiente

para acusar a un director jurídico adjunto de espionaje industrial. Sería su palabra contra la mía.

Felicity sintió que la frustración volvía a crecer en su interior, pero esa vez, en lugar de explotar, su cabeza tomó el control. Si Alexander necesitaba pruebas, entonces tendría que proporcionárselas.

Y entonces, como un relámpago, una idea surgió en su mente.

—Hay una manera —dijo—. Podemos crear una elaborada trampa con información falsa pero convincente, asegurándonos de que solo Hargrove tenga acceso a ella.

Alexander la miró con interés.

—Continúa —la animó, inclinándose ligeramente hacia adelante.

—Creamos un documento falso sobre una supuesta adquisición o fusión —explicó Felicity—. Algo lo suficientemente jugoso como para que Isobel Winters no pueda resistirse, pero no tan extremo que resulte inverosímil, y limitamos el acceso a ese documento a Morgan Hargrove.

—Y luego esperamos —continuó Alexander, captando inmediatamente la estrategia—. Si la información aparece en Winters Corporation...

—Sabremos sin duda que Morgan Hargrove es el topo —concluyó Felicity.

—Es arriesgado —murmuró Alexander—. Si Hargrove sospecha que es una trampa...

—No lo hará —aseguró Felicity—. No si la información parece lo suficientemente verosímil y valiosa. Su codicia, o lo que sea que lo motive a traicionar a Reid Enterprises, hará el resto.

—Podría funcionar —admitió Alexander finalmente—. Pero tendría que estar perfectamente ejecutado. La información tendría que ser creíble y Morgan Hargrove estar muy controlado.

—¿Entonces estamos de acuerdo? —preguntó Felicity, extendiendo su mano formalmente, como si estuvieran cerrando un trato de negocios y no planeando una elaborada trampa corporativa.

Alexander miró su mano extendida y luego, sin dudar, la estrechó con la suya. Su contacto envió una corriente eléctrica por el brazo de Felicity.

Había cosas que no habían cambiado.

—Estamos de acuerdo —confirmó él.

CAPÍTULO 45

Cuando Felicity introdujo la llave en la cerradura, le sorprendió que sus manos aún temblaran ligeramente. La adrenalina de su confrontación con Alexander seguía corriendo por sus venas, provocándole una mezcla extraña de agotamiento y euforia.

Después de todo, no todos los días una empleada irrumpía en el despacho del presidente y dueño de la compañía para acusar a un alto ejecutivo de espionaje industrial.

Pero es que no había podido contenerse.

Al abrir la puerta, el familiar aroma de té chai y el sonido de música relajante a bajo volumen la recibieron como un abrazo.

Hogar. Seguridad. Normalidad.

Tres cosas que había estado anhelando desesperadamente durante semanas.

—¿Azriel? —llamó, dejando caer su bolso en el recibidor y quitándose los tacones con un suspiro de alivio.

—En el estudio —respondió la voz de su amigo desde la habitación que había convertido en un taller de diseño.

Felicity se dirigió hacia allí, encontrando a Azriel rodeado de un caos organizado de telas, bocetos y muestras de color.

Estaba inclinado sobre su mesa de dibujo, con lápices de colores

esparcidos a su alrededor, y Gatsby acurrucado estratégicamente encima de lo que parecía ser una pila de notas.

—Hola —saludó Felicity.

—Esa voz —comentó Azriel, sin levantar la vista de su boceto— solo puede significar que has tenido un día interesante. ¿O debería decir dramático?

Felicity se dejó caer en el pequeño sofá que había instalado en el estudio, un lugar para cuando Azriel necesitaba descansar o simplemente para tener compañía mientras trabajaba.

—Interesante, dramático y posiblemente épico —respondió, estirando las piernas, como si fuera el diván de un psicólogo—. Todo en un día de trabajo de Felicity Ashford, antigua asistente ejecutiva, actual empleada del departamento de comunicación y a ratos detective aficionada.

Eso captó la atención de Azriel, que finalmente levantó la vista de sus bocetos. Su rostro mostró alarma al notar la intensidad en la expresión de Felicity.

—Oh, Dios mío, ¿qué has hecho? —preguntó, dejando su lápiz y girando completamente hacia ella—. Conozco esa mirada. Es la misma que tenías cuando me contaste que habías besado a un desconocido en un tren para salvar tu culo frente al revisor, y que después había resultado ser tu jefe.

Felicity se mordió el labio de abajo, repentinamente consciente de lo impulsiva que había sido su acción.

—Me encontré con él —confesó—. Con Morgan Hargrove. Esta mañana, en el ascensor.

Azriel se enderezó de golpe, y abrió los ojos como platos.

—¿Con el topo? ¿Y qué pasó? ¿Te enfrentaste a él? ¿Lo tiraste por el hueco del ascensor en plan película de acción?

—Por desgracia, no, pero no fue por falta de ganas —suspiró

Felicity—. Te aseguro que pocas veces he necesitado tanto autocontrol. Tuve que morderme la lengua para no gritarle en la cara todo lo que sabía.

—Una muestra de madurez que yo probablemente no habría tenido —admitió Azriel, inclinándose hacia adelante con interés—. ¿Y entonces qué pasó?

—Me saludó como si nada, Azriel —continuó Felicity. La indignación volvió a su voz—. Me preguntó cómo me iba en el departamento de comunicación, como si él no fuera el responsable directo de que me exiliaran allí. Como si no hubiera destrozado mi carrera y casi mi vida.

Felicity se levantó, incapaz de permanecer sentada mientras revivía la rabia que había sentido.

—Se me revolvieron las tripas, literalmente. Sentí náuseas al tener que responderle con educación cuando lo que quería era arrancarle la cabeza.

—Comprensible —asintió Azriel—. Yo habría sentido el impulso de «accidentalmente» derramar café hirviendo sobre pecho… o su cara.

—Y esa habría sido una actitud más controlada que lo que hice después —admitió Felicity, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja—. Llegué a mi cubículo, intenté trabajar, pero no podía concentrarme. La rabia me estaba comiendo viva. Y entonces... —hizo una pausa dramática.

—Entonces, ¿qué? Habla, mujer —la instó Azriel, completamente enganchado a la historia.

—Entonces, llevada por un impulso que probablemente parecerá una locura, subí al piso 70 y entré directamente al despacho de Alexander.

Azriel dejó escapar un silbido de sorpresa.

—¿Irrumpiste en el despacho de Alexander Reid? ¿El mismo

Alexander Reid que hace que ejecutivos con años de experiencia se orinen en sus pantalones de Armani con solo una mirada?

—El mismo —confirmó Felicity. Una pequeña sonrisa apareció en sus labios ante la descripción que había hecho su compañero de piso. Azriel y sus exageraciones—. Pasé junto a su asistente como si fuera invisible y entré sin llamar.

—Oh-Dios-Mío —articuló Azriel—. Continúa, por favor, mientras proceso mentalmente la imagen de ti irrumpiendo en el sagrado santuario de Alexander Reid.

—Le dije que sabía quién era el verdadero topo —prosiguió—. Le conté todo lo que descubrimos sobre Morgan Hargrove, lo que escuchaste en el ascensor. Todo.

—Qué arriesgado —murmuró Azriel, sentándose a su lado en el sofá—. ¿Y qué dijo él? ¿Te creyó? ¿Se disculpó de rodillas? ¿Lloró lágrimas de arrepentimiento mientras juraba compensarte?

Felicity soltó una risa breve.

—Alexander Reid no haría algo así —contestó—. Al principio parecía... cauteloso. Incluso condescendiente, como si pensara que solo estaba resentida y buscando excusas.

—Típico —bufó Azriel—. Los hombres en posiciones de poder nunca admiten sus errores a la primera.

—Pero luego… —continuó Felicity.

—Oh —Azriel levantó una de sus cejas perfectamente depilada.

—Llegó a la conclusión de que quizá Isobel me había tendido una trampa al invitarme a comer, para crear una conexión entre nosotras. Y aunque pudiera parecer algo descabellado quedar con ella, o demasiado obvio, yo lo único que quería era que dejara de esparcir rumores sobre mí en Reid Enterprises. ¡Joder, estaba desesperada! —exclamó Felicity—. Y no he podido callarme y le he dicho que acepté porque él no hizo nada al respecto, excepto distanciarse de mí y de la situación.

—Los tienes bien puestos —comentó Azriel.

—Estaba tan cabreada, que ya me daba igual todo.

—Está claro que esa arpía te tendió una trampa —concluyó Azriel—. Te invitó a comer con la excusa de pedirte perdón por lo de los rumores y así crear un vínculo que pudiera usar en tu contra cuando la información se filtrara.

—Exactamente —asintió Felicity—. Y lo peor es que Alexander cayó en la trampa, como yo. Vio las fotos, vio la filtración, y conectó los puntos que Isobel había dispuesto cuidadosamente para él.

—Qué zorra más calculadora —murmuró Azriel—. Aunque tengo que admitir, de mala gana que quede claro, que su idea fue brillante.

Felicity suspiró ruidosamente.

—Lo fue. Y por eso, cuando Alexander me dijo que no podía acusar a Morgan Hargrove sin pruebas concretas, casi pierdo la cabeza. Le eché en cara que, con esa misma lógica, nunca debería haberme acusado a mí.

—¡Bien dicho! —la animó Azriel—. ¿Y entonces qué? ¿Se derrumbó ante la lógica aplastante de tu argumento?

—No exactamente —Felicity esbozó una sonrisa irónica—. Pero pude ver que empezaba a dudar. No de mí, sino de sus propias conclusiones. Y entonces se me ocurrió una idea.

—¿Qué idea? —preguntó Azriel, inclinándose hacia adelante con interés.

—Un plan para atrapar a Morgan con las manos en la masa —explicó Felicity—. Le propuse a Alexander que creáramos información falsa, pero convincente, sobre algo importante del acuerdo con BioGen. Algo lo suficientemente jugoso como para que Isobel no pueda resistirse. Luego nos aseguraríamos de que solo Morgan Hargrove tenga acceso a esa información específica.

—Y si la información llega a Winters Corporation... —comenzó

Azriel, captando inmediatamente la estrategia.

—Tendremos una prueba irrefutable de que Morgan es el topo —completó Felicity con una sonrisa de satisfacción.

Azriel se recostó en el sofá, contemplando el plan.

—Es un poco arriesgado, pero es una idea jodidamente buena —reconoció, impresionado—. Y Alexander estuvo de acuerdo, supongo.

—Sí —confirmó Felicity.

—Vaya. —Azriel la miró de reojo con una sonrisa pícara—. Qué interesante giro de los acontecimientos.

Felicity le lanzó una mirada de advertencia, aunque no pudo evitar que un ligero rubor subiera a sus mejillas.

—Es algo estrictamente profesional. Se trata de limpiar mi nombre y descubrir al verdadero traidor.

—Por supuesto —asintió Azriel con exagerada seriedad—. No hay nada romántico en conspirar juntos para desenmascarar a un espía de la empresa. Ni hay nada *sexy* en la intriga y el peligro que se comparte en estos casos.

—Eres incorregible —suspiró Felicity. Sin embargo había una sonrisa jugando en las comisuras de sus labios.

Azriel se rio, pero luego hizo un puchero dramático.

—Y yo que quería hacer de espía —bromeó—. Tenía todo planeado: me iba a infiltrar en el despacho de Morgan Hargrove, y a rebuscar entre sus documentos. Iba a ser mi gran momento de James Bond.

Felicity tomó su mano.

—Lo siento, no me he podido aguantar las ganas —dijo con sinceridad—. Cuando vi a Morgan Hargrove en el ascensor, algo dentro de mí simplemente... explotó. Pero es mejor así, Azriel. El otro plan era muy peligroso para ti, y te podía meter en un problema

serio.

—Sí, tienes razón —afirmó Azriel, apretando su mano—. Aunque admito que una parte pequeña de mí está decepcionada por no poder usar mis habilidades de espionaje.

—Tus habilidades para diseñar moda son mucho más valiosas —le aseguró Felicity—. Y además, tu intención ha servido para darme cuenta de todo lo que estabas dispuesto a hacer por mí, y de lo buen amigo que eres. No lo voy a olvidar nunca, Azriel.

Azriel la miró, conmovido durante un instante, antes de que su instinto de quitarle hierro a cualquier situación emocional tomara el control.

—Oh, cariño —dijo, atrayéndola para darle un abrazo—. Por supuesto que no lo olvidarás. Te lo recordaré en cada cumpleaños, Navidad y cualquier ocasión que requiera un regalo caro. «¿Recuerdas cuando estuve dispuesto a arriesgar mi carrera, mi reputación y posiblemente mi fabuloso trasero por ti? Creo que eso merece al menos un Rolex».

Felicity se echó a reír a carcajadas contra su hombro, agradecida por el humor que siempre aliviaba sus momentos más tensos.

—Te compraré dos Rolex cuando todo esto termine —prometió, separándose del abrazo, pero manteniendo sus manos sobre los hombros de Azriel—. Y pagaré tu terapia con el psicólogo cuando tengas pesadillas sobre altos ejecutivos persiguiéndote con sus maletines.

—Trato hecho —sonrió Azriel. Los dos rieron—. ¿Y cuándo va a llevar a cabo Alexander el plan? —preguntó.

—Esta misma semana —respondió Felicity, sorprendida por la rapidez con la que todo se estaba moviendo—. Alexander quiere resolver esto lo antes posible. Creo que una parte de él teme que haya sido injusto conmigo, aunque sea demasiado orgulloso para admitirlo abiertamente.

—Se va a montar una buena cuando salga a la luz —comentó Azriel, recostándose en el sofá con una expresión entre fascinada y preocupada—. Un alto ejecutivo vendiendo secretos empresariales, nada más y nada menos que de Reid Enterprises... Es el escándalo del año.

—Sí —asintió Felicity. Su rostro se puso serio—. Los cimientos de Reid Enterprises van a temblar. No solo por la traición en sí, sino por cómo fue manejada inicialmente la situación.

Se hizo un breve silencio mientras ambos contemplaban las implicaciones. Finalmente, Azriel se incorporó y volvió a su mesa de dibujo, recogiendo un boceto.

—Bueno, mientras tú y Alexander jugáis al policía y al ladrón con el topo —dijo, mostrándole el diseño en el que había estado trabajando—, yo estaré creando obras maestras para unos ejecutivos que probablemente no saben la diferencia entre lino egipcio y poliéster barato.

Felicity examinó el boceto: un elegante traje sastre para una de las directoras que aparecería en el reportaje de Fortune.

—Es precioso, Azriel —dijo con sinceridad—. Realmente capturas la esencia de cada persona en tus diseños.

—Es mi superpoder —respondió él con una sonrisa satisfecha—. Mientras que el tuyo parece ser meterte en el despacho de CEOs temibles y salir con vida para contarlo.

Felicity río.

—Voy a cambiarme —dijo, levantándose del sofá—. Y luego podríamos pedir comida tailandesa y elaborar teorías conspirativas sobre quién más podría estar involucrado en este desastre.

—Suena como el plan perfecto para una noche de miércoles —asintió Azriel, volviendo a sus bocetos—. Espionaje industrial y *pad thai*. ¿Qué más podría pedir un chico?

Mientras Felicity se dirigía a su habitación, no pudo evitar

preguntarse qué le depararía el futuro cuando desenmascararan al verdadero traidor. ¿Podría recuperar su antiguo puesto? ¿Querría hacerlo? ¿Y qué pasaría con Alexander?, ¿con esa complicada mezcla de atracción, admiración y ahora resentimiento que sentía hacia él?

CAPÍTULO 46

El documento falso era una obra maestra de desinformación.

Alexander y Felicity habían pasado dos días diseñándolo meticulosamente, asegurándose de que cada detalle fuera lo suficientemente creíble como para engañar incluso al ojo más entrenado.

La supuesta ampliación del acuerdo con BioGen incluía cláusulas exclusivas de distribución en mercados asiáticos, lo que habría dejado completamente fuera a Winters Corporation de un sector extremadamente lucrativo.

—Es el cebo perfecto —había comentado Alexander mientras revisaban la versión final—. Lo bastante jugoso para que Isobel no pueda resistirse, pero no tan extraño como para levantar sospechas.

Sentado en su despacho en la tarde del viernes, Alexander contemplaba el monitor donde un pequeño punto rojo parpadeaba.

El rastreador que el equipo informático había instalado en el documento digital mostraba que Morgan Hargrove lo había abierto exactamente diecisiete minutos después de recibirlo. Lo había mantenido abierto durante veintiséis minutos y cuarenta y dos segundos —tiempo más que suficiente para leerlo por completo y probablemente tomar algunas capturas de pantalla.

Había mordido el anzuelo.

Alexander sintió una mezcla peculiar de satisfacción y disgusto. La trampa estaba funcionando exactamente como habían planeado, pero confirmar la traición de alguien en quien había confiado durante quince años dejaba un sabor amargo.

Cogió el teléfono que tenía encima de la mesa y llamó a Felicity.

—Dime.

—Morgan ya ha leído el documento —le informó—. Solo nos queda esperar.

Al otro lado de la línea, Felicity sintió un cosquilleo en el estómago. De que aquello saliera bien dependía su futuro.

—¿Crees que tardará mucho en decírselo a Isobel? —preguntó.

—No, ya sabes que el documento se firmaría supuestamente mañana. No creo que pase de esta tarde —respondió Alexander.

—Avísame cuando sepas algo —dijo Felicity.

—Vale.

No tuvieron que esperar mucho.

Exactamente seis horas y veinte minutos después de que Morgan Hargrove abriera el documento, el teléfono de Alexander sonó. Era su asistente.

—Señor Reid, la señorita Winters está en la línea dos. Dice que es urgente.

—Gracias. La atenderé —dijo—. Llame a la señorita Ashford y dígale que suba a mi despacho —añadió antes de colgar.

—Ahora mismo, señor.

Alexander pulsó el botón del altavoz para que Felicity pudiera escuchar la conversación, y respiró hondo antes de contestar con su tono más neutral.

—Isobel, qué sorpresa.

La voz de Isobel Winters surgió del altavoz, melosa, pero con un innegable filo de ansiedad.

—Alexander, espero… no interrumpir nada importante.

—¿Qué quieres? —respondió él directamente.

Hubo una breve pausa, como si Isobel estuviera reconsiderando su estrategia.

—Me ha llegado un rumor bastante interesante sobre tu acuerdo con BioGen —dijo—. Algo sobre una expansión a mercados asiáticos. Pensé que quizás podríamos hablar sobre una posible colaboración en lugar de competir directamente en ese territorio.

En ese momento, Felicity entró la oficina. Alexander se llevó el dedo a los labios para silenciarla. Ella captó el gesto de inmediato. Sin hacer ruido, se dirigió a una de las sillas situadas frente a la mesa de Alexander.

—Es Isobel —vocalizó él.

En ese momento, Felicity supo que la trampa había funcionado a la perfección. Levantó el pulgar en señal de victoria, mientras Alexander mantenía su voz perfectamente controlada.

—Qué curioso —respondió—. Ese documento era estrictamente confidencial. Me pregunto cómo podría haberte llegado tal información.

Otro silencio, más tenso esa vez.

—Los rumores vuelan en nuestro sector, Alexander. Ya lo sabes.

—En efecto —dijo él—. Especialmente cuando alguien les da

alas. Te agradezco la llamada, Isobel. Ha sido... esclarecedora.

—¿Entonces no estás interesado en discutir una posible asociación? —insistió ella, claramente desconcertada por la brevedad de la conversación.

—Estoy muy interesado en muchas cosas en este momento —respondió Alexander, su tono endureciéndose ligeramente—. Pero me temo que las asociaciones con Winters Corporation no están entre ellas. Te lo he dicho mil veces. Buenas tardes, Isobel.

Y colgó, dejando a Isobel Winters con la palabra en la boca, algo que probablemente pocas personas se habían atrevido a hacer.

Felicity exhaló lentamente, como si hubiera estado conteniendo la respiración durante toda la conversación.

—Funcionó —dijo con alivio—. Funcionó.

Alexander asintió. Su cara adoptó una expresión severa.

—Ahora viene la parte desagradable —murmuró, presionando el intercomunicador.

—Sí, señor Reid —contestó la asistente al otro lado.

—Por favor, localice a Morgan Hargrove y dígale que venga a mi despacho inmediatamente. Es urgente.

—Enseguida, señor Reid.

Felicity se levantó, alisando su falda.

—Supongo que debería marcharme —dijo, dirigiéndose hacia la puerta.

—No —la detuvo Alexander con firmeza—. Quiero que te quedes. Quiero que escuches todo lo que tengo que decirle.

Algo en su tono hizo que Felicity se detuviera y lo mirara con más atención. Había una intensidad en sus ojos azules que no había visto antes, una dureza que iba más allá de su habitual frialdad.

—¿Estás seguro? —preguntó—. La situación podría ponerse...

incómoda.

—Cuento con ello —respondió Alexander, y había algo casi peligroso en la forma en que lo dijo.

Felicity volvió a su asiento, sintiéndose extrañamente nerviosa. En las semanas que había trabajado para Alexander, lo había visto en innumerables situaciones tensas: negociaciones hostiles, confrontaciones con la junta directiva, crisis que habrían hecho temblar a ejecutivos menos templados. Pero nunca lo había visto verdaderamente furioso. Sin embargo, en ese momento, mientras esperaban a Morgan Hargrove, podía sentir la rabia contenida emanando de él como el calor de una plancha encendida.

Unos minutos después, un golpe en la puerta anunció la llegada de Morgan Hargrove.

—Adelante —dijo Alexander.

Entró con su habitual aire de confianza profesional, aunque Felicity notó que sus ojos se detuvieron brevemente en ella, con una chispa de sorpresa que rápidamente enmascaró.

—¿Quería verme, señor Reid? —preguntó, como si fuera una reunión rutinaria más.

Alexander no respondió de inmediato. En cambio, se levantó lentamente de su silla y caminó hacia el ventanal, dándole brevemente la espalda a Morgan Hargrove. Cuando se giró, su expresión era inescrutable.

—Siéntate, Morgan —dijo- Su voz sonaba engañosamente tranquila.

Él obedeció, lanzando otra mirada confusa hacia Felicity.

—No entiendo por qué la señorita Ashford está presente —comentó, con una ligera nota de fastidio en la voz—. ¿No se trata de un asunto legal?

—Oh, se trata de un asunto legal, sin duda —afirmó Alexander,

regresando a su escritorio, pero sin sentarse—. De hecho, podría decirse que se trata de varios delitos, incluyendo espionaje industrial y violación de confidencialidad.

El rostro de Morgan palideció ligeramente, pero mantuvo la compostura.

—No estoy seguro de entender a qué se refiere.

Alexander abrió un archivo en su ordenador y giró la pantalla para que Morgan Hargrove pudiera verla. Era el documento sobre BioGen, con varios marcadores que indicaban cuándo y por quién había sido abierto.

—¿Te resulta familiar? —preguntó Alexander.

Morgan asintió, claramente desconcertado por la pregunta.

—Por supuesto. Es el nuevo acuerdo con BioGen que me ha enviado esta mañana para la revisión legal.

—Exactamente —Alexander presionó otra tecla, mostrando un registro de llamadas telefónicas—. Y estas son las llamadas que has realizado inmediatamente después de leerlo. Tres llamadas a un número no registrado, que curiosamente se conecta a una torre cercana a las oficinas de Winters Corporation.

El rostro de Morgan Hargrove comenzó a mostrar las primeras señales reales de alarma.

—Señor Reid, si esto es algún tipo de acusación...

—No es una acusación, Morgan —lo interrumpió Alexander, con un filo cortante—. Es una constatación de hechos. Hace aproximadamente un cuarto de hora, Isobel Winters me ha llamado para discutir una información que solo podía haber obtenido de ese documento. Un documento que, debo añadir, es completamente falso. Lo hemos creado específicamente para identificar al topo dentro de Reid Enterprises.

Felicity observó cómo la realidad golpeaba a Morgan Hargrove

como una avalancha. Sus ojos se ensancharon, una vena comenzó a pulsar visiblemente en su sien, y sus manos, que había mantenido relajadas sobre sus rodillas, se tensaron en puños involuntarios.

—Esto es un malentendido —dijo, pero incluso a sus propios oídos debió sonarle débil.

—¿Un malentendido? —repitió Alexander, y fue entonces cuando Felicity vio que la fachada de calma comenzaba a resquebrajarse, poco a poco, como una presa a la que le empiezan a salir grietas por la que se escapa el agua—. ¿Llamas malentendido a quince años de traición? ¿A vender los secretos de esta empresa a nuestra principal competidora? ¿A poner en riesgo el trabajo y el sustento de cada empleado de Reid Enterprises?

Su voz había ido aumentando gradualmente, no tanto en volumen como en intensidad, hasta que cada palabra parecía tallada en hielo.

—Señor Reid, por favor. —Morgan se aferró a su último vestigio de dignidad profesional—. Tratemos esto como adultos razonables. Estoy seguro de que podemos llegar a algún tipo de acuerdo.

Fue la palabra equivocada.

«Acuerdo».

Como si la deslealtad fuera una simple disputa contractual que podía resolverse con una cláusula adicional y un apretón de manos.

—¿Un acuerdo? —Alexander golpeó el escritorio con la palma de la mano, un sonido que reverberó por todo el despacho—. ¿Qué tipo de acuerdo sugieres para alguien que ha estado vendiendo información confidencial durante años? ¿Qué cláusula propones para la traición, Morgan?

Hargrove miró rápidamente hacia la puerta, como calculando las posibilidades que tenía de escapar de la situación. Pero estaba atrapado, y lo sabía.

—No ha sido durante años —intentó defenderse, cambiando de

estrategia—. Solo últimamente, cuando las circunstancias financieras me...

—¡No me vengas con excusas patéticas! —explotó finalmente Alexander. Su voz se elevó hasta un volumen que Felicity nunca le había escuchado usar—. ¡Todos tenemos problemas, todos enfrentamos dificultades! ¡Pero no todos decidimos joder a las personas que confían en nosotros!

La cruda vulgaridad, tan impropia del refinado Alexander Reid, hizo que Felicity se sobresaltara.

Fuera del despacho, podía escuchar que las conversaciones habían cesado. La voz de Alexander, generalmente controlada, estaba atravesando las paredes, atrayendo la atención de toda la planta ejecutiva.

—¿Y sabes qué es lo peor? —continuó Alexander, demasiado consumido por la rabia para notar o importarle la audiencia que estaba acumulando al otro lado de la puerta—. No solo me has traicionado a mí y a esta empresa. También has estado a punto de destrozar la carrera de una persona inocente para cubrir tus mierdas.

Señaló a Felicity, que se enderezó en su asiento. De repente estaba en el centro del enfrentamiento.

—Felicity Ashford fue despedida de su puesto como asistente, porque tú y tu cómplice Isobel Winters la señalasteis como la traidora. La usasteis como chivo expiatorio mientras continuabais con vuestro pequeño y lucrativo arreglo.

Morgan Hargrove tuvo la decencia de parecer avergonzado, aunque rápidamente intentó recuperar el control.

—No fue idea mía usar a la señorita Ashford —dijo, como si eso, de alguna manera, mitigara su culpa—. Eso fue cosa de Isobel. Yo solo...

—¡¿Solo qué?! —lo desafió Alexander. Apoyó las manos en la

mesa y echó el torso hacia adelante—. ¿Solo permitiste que una empleada inocente cargara con la culpa de tus acciones? ¿Solo te quedaste callado mientras su reputación se hacía pedazos? ¿Solo miraste hacia otro lado mientras yo cometía la injusticia de despedirla basándome en una evidencia que habíais prefabricado tú e Isobel?

Cada pregunta era como un latigazo, y Felicity podía ver que Morgan Hargrove se encogía ligeramente ante cada una. Pero había algo más en su expresión: resignación. Sabía que estaba acabado.

Alexander Reid no tendría piedad de él. Ninguna.

—¿Qué quiere que diga? —preguntó Morgan, con una calma que rayaba en lo siniestro—. ¿Que lo siento? Sí, lo siento. ¿Que fue un error? Por supuesto. Pero lo hecho, hecho está. Así que terminemos con esto de una vez. ¿Cuál es mi indemnización por despido?

La audacia de la pregunta dejó a Felicity boquiabierta. ¿Había escuchado bien?

Pero antes de que pudiera procesar la increíble desfachatez de Morgan Hargrove, Alexander soltó una risa breve, seca, ácida y completamente desprovista de humor.

—¿Indemnización? —repitió, como si la palabra fuera en un idioma extranjero que no comprendiera del todo—. No habrá indemnización, Morgan. No habrá paquete de salida, ni carta de recomendación. Estás despedido por una causa justificada, y se hará efectivo inmediatamente.

Se inclinó sobre el escritorio un poco más todavía. Sus ojos, entornados, estaban fijos en los de Morgan Hargrove con una intensidad que parecía física.

—Y me aseguraré personalmente de que no vuelvas a trabajar en ninguna firma legal o empresa respetable en esta ciudad. Para cuando termine contigo, el único lugar que podría contratarte sería Winters Corporation, y me pregunto si Isobel valorará tu lealtad

tanto como despreciaba la mía.

Morgan se puso de pie, y entonces su fachada formal finalmente se desmoronó, para revelar la furia y el miedo que había estado conteniendo.

—No puedes hacer eso —dijo, tuteándolo. Su voz tembló ligeramente—. Tengo una reputación, contactos. No puedes simplemente...

—Acabo de hacerlo —lo interrumpió Alexander—. Y en cuanto a tu reputación, deberías haberla tenido en cuenta antes de venderla al mejor postor.

Presionó el intercomunicador.

—¿Sí? —respondió la asistente.

—Pida a seguridad que suba y que escolte al señor Hargrove fuera del edificio. Ya no es empleado de Reid Enterprises.

La respuesta de la asistente llegó casi inmediatamente, como si hubiera estado esperando la llamada.

—Seguridad ya está en camino, señor Reid.

Morgan Hargrove miró a Alexander con una mezcla de odio y desesperación. Luego, inesperadamente, se volvió hacia Felicity. Sus ojos negros echaban chispas.

—Esto es culpa tuya —le espetó—. Si no hubieras sido tan perfecta, tan dedicada a tu trabajo, tan… —Apretó los dientes—…, Isobel nunca te habría elegido como chivo expiatorio. Nadie habría cuestionado si la asistente mediocre filtraba información.

—¡Cuidado con lo que dices! —exclamó Alexander, señalándolo con el dedo de forma amenazadora.

Felicity sintió cómo su columna se enderezaba. Una calma helada había reemplazado la incomodidad que había sentido durante todo el enfrentamiento.

—Lo tomaré como un cumplido —respondió, mirándolo

directamente a los ojos. Sin titubear. Sin dudar. Sin que le temblara la voz—. Y me aseguraré de mencionarlo en mi currículum: «Tan competente que los espías industriales me tienen miedo».

Por un momento, pareció que Morgan iba a responder algo más mordaz aún, pero la puerta se abrió para revelar a dos guardias de seguridad, ambos con expresiones serias y profesionales.

—Señor Hargrove —dijo uno de ellos—, por favor, acompáñenos.

Morgan miró una última vez a Alexander, como si quisiera grabar su rostro en la memoria.

—La lealtad —comenzó, con una amargura que parecía corroerlo desde dentro— siempre ha sido tu debilidad, Alexander —dijo, tuteándolo de nuevo—. Tu talón de Aquiles. La lealtad te hace vulnerable.

Alexander le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Te equivocas, Morgan. La lealtad no es una debilidad. Es lo único que realmente importa. Y precisamente por eso nunca lo entenderás.

Sin añadir nada más, hizo un gesto con la mano a los guardias, que tomaron a Morgan Hargrove por los brazos y lo escoltaron fuera del despacho.

A través de la puerta abierta, Felicity pudo ver a varios empleados de pie, observando con una mezcla de shock y fascinación morbosa cómo el respetado director jurídico adjunto era conducido hacia los ascensores como un delincuente común.

Cuando la puerta se cerró nuevamente, un silencio espeso llenó el despacho.

Alexander permaneció de pie, inmóvil, como si la explosión de rabia lo hubiera dejado temporalmente vacío. Felicity lo observó, insegura de qué decir o hacer en ese momento que parecía suspendido entre el pasado y el futuro.

Finalmente, Alexander se pasó una mano por el rostro, un gesto sorprendentemente vulnerable para un hombre que rara vez mostraba debilidad.

—Lo siento —dijo.

Felicity parpadeó, desconcertada por la disculpa.

—No tienes que disculparte por perder los estribos con él —respondió—. Se lo merecía.

—No me disculpo por eso —aclaró Alexander, volviendo a sentarse—. Me disculpo contigo, Felicity. Por no haber confiado en ti. Por no haberte dado la oportunidad de defenderte. Por permitir que Isobel Winters y Morgan Hargrove me manipularan para que dudara de la persona que nunca me había dado motivos para hacerlo.

La sinceridad en su voz dejó a Felicity sin palabras. Había imaginado ese momento de tantas maneras diferentes durante las últimas semanas…, pero ahora que había llegado, estaba descubriendo que sus sentimientos eran mucho más complejos de lo que había pensado.

—Gracias —dijo—. Significa mucho escucharlo.

Alexander la miró directamente, de una manera que hizo que Felicity se sintiera extrañamente expuesta.

—Quiero que vuelvas —dijo sin preámbulos—. A tu antiguo puesto. Como mi asistente personal.

La oferta, aunque esperada hasta cierto punto, la tomó por sorpresa por su rapidez.

—Alexander, yo...

—Entenderé si no quieres —continuó él, interpretando correctamente su vacilación—. Tienes todo el derecho a estar resentida, a no querer trabajar para alguien que dudó de ti. Pero eres la mejor asistente que he tenido, Felicity. Y más que eso, eres la única persona en esta empresa en quien confío plenamente.

La ironía de esa última afirmación no pasó desapercibida para ninguno de los dos.

—La confianza es complicada —respondió Felicity con cautela—. Una vez que se rompe...

—Se puede reconstruir —completó Alexander—. Con tiempo, con esfuerzo, con honestidad. Estoy dispuesto a poner todo eso y más. La pregunta es: ¿lo estás tú?

Felicity consideró la pregunta seriamente. ¿Estaba dispuesta a volver a confiar en Alexander Reid? ¿A poner su carrera, su reputación, su bienestar emocional nuevamente en sus manos?

La respuesta no era sencilla.

No, no lo era.

—Necesito pensarlo —dijo finalmente—. Han sido semanas difíciles, Alexander. No puedo simplemente olvidarlas y fingir que no ha sucedido nada.

Él asintió, aceptando su respuesta sin presionarla más.

—Por supuesto. Tómate el tiempo que necesites.

Se produjo otro silencio, menos tenso que el anterior, pero también cargado de cosas no dichas.

Fuera del despacho, Felicity podía escuchar que la actividad normal comenzaba a reanudarse, aunque sin duda, el rumor del enfrentamiento entre Alexander y Morgan Hargrove y su posterior despido, ya estaría extendiéndose por todo el edificio como un incendio forestal.

—¿Sabes qué es lo que más me dolió? —dijo de repente, sorprendiéndose incluso a sí misma con la pregunta.

Alexander la miró expectante, dispuesto a escuchar cualquier cosa que necesitara decir.

—No fue perder el puesto, ni siquiera que mi reputación profesional estuviera en entredicho —continuó—. Fue que tú no

confiaras en mí lo suficiente como para al menos escuchar mi versión. Que una simple fotografía bastara para hacerte dudar de mí.

La confesión quedó suspendida entre ellos, cruda y honesta.

Alexander no intentó defenderse, no ofreció excusas ni justificaciones. En cambio, asintió lentamente, aceptando la verdad de sus palabras.

—Si regreso —dijo Felicity después de unos segundos—, las cosas tendrán que ser diferentes. No puedo trabajar con alguien que podría volver a dudar de mí al primer indicio de problemas.

—Si regresas —respondió Alexander—, te prometo que cualquier problema, cualquier duda, cualquier preocupación, la discutiremos abiertamente. No más suposiciones, no más conclusiones precipitadas.

Felicity lo miró, buscando cualquier señal de manipulación. Pero todo lo que vio fue sinceridad, arrepentimiento y algo más, algo que no estaba del todo lista para nombrar o reconocer.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Volveré. Pero con una condición.

—La que sea —respondió él, quizás demasiado rápido.

—La próxima vez que haya postre, yo elijo —dijo, permitiéndose una pequeña sonrisa—. En Boston casi me muero por tu culpa.

La tensión en el rostro de Alexander se disipó visiblemente, reemplazada por una sonrisa que lo hizo parecer más joven, más accesible, más humano.

—Trato hecho —acordó, extendiendo la mano en un gesto cómplice.

Felicity la tomó, sintiendo la firmeza de su apretón, la calidez de su piel contra la suya.

No era un nuevo comienzo, exactamente. Era más bien la

continuación de algo que había sido interrumpido.

La confianza, como Alexander había dicho, podía reconstruirse. El camino probablemente fuera largo, pero Felicity sentía que estaban avanzando en la dirección correcta.

CAPÍTULO 47

Felicity marcó el número de su madre y esperó, tamborileando con los dedos sobre el reposabrazos del sofá.

—¿Felicity? —La voz cálida y ligeramente preocupada de Aurora sonó al otro lado de la línea—. ¿Está todo bien, cariño?

Felicity sonrió, imaginando a su madre probablemente en la cocina, quizás en medio de la preparación de una de sus famosas tartas de arándanos, con el teléfono apoyado entre el hombro y la oreja mientras sus manos amasaban la masa.

—Hola, mamá —respondió, dejando que una sonrisa se filtrara en su voz—. Todo está mejor que bien, en realidad. Te llamo porque tengo noticias. Noticias muy buenas.

Hubo un breve silencio al otro lado, y Felicity casi podía visualizar a su madre deteniéndose en medio de lo que estuviera haciendo, con toda su atención enfocada en la llamada.

—Dime, cariño —dijo Aurora.

Felicity respiró hondo.

—Se ha resuelto, mamá —comenzó—. Todo el asunto de Reid Enterprises, las acusaciones, todo. Se ha descubierto quién era el verdadero responsable de las filtraciones.

—¡Oh, Felicity! —La exclamación de Aurora estaba cargada de

emoción—. ¿En serio?

—Fue gracias a Azriel, mamá —explicó, acomodándose mejor en el sofá—. ¿Recuerdas que te conté que estaba ayudándome a investigar todo este asunto? Bueno, accidentalmente escuchó una conversación que incriminaba a Morgan Hargrove, uno de los directores jurídicos adjuntos.

—Oh, Dios.

—Resulta que llevaba un tiempo vendiendo información a Winters Corporation. Y lo peor era que, él e Isobel Winters me pusieron a mí en la mira para desviar la atención y que las sospechas no recayeran en él.

—¡Qué sinvergüenzas! —La indignación de Aurora era casi palpable a través del teléfono—. Siempre supe que eras inocente, cariño. Nadie que te conozca realmente podría creer que harías algo así.

Felicity sintió una punzada agridulce ante esas palabras. Su madre nunca había dudado de ella, ni por un momento. A diferencia de Alexander...

—Bueno, finalmente todos lo saben —continuó, apartando ese pensamiento—. Azriel y yo diseñamos un plan para atraparlo, pero al final fui directamente a Alexander con la información.

—¿Y te creyó? —La pregunta de Aurora contenía un filo protector que hizo que Felicity sonriera.

—Al principio, no —admitió—. Pero juntos ideamos una trampa. Creamos información falsa, se la pasamos solo a Morgan Hargrove y, tal como esperábamos, corrió directamente a contárselo a Isobel Winters.

—¡Ajá! —exclamó Aurora—. ¡Lo pillasteis con las manos en la masa!

—Sí. —Felicity no pudo evitar reír ante el entusiasmo de su madre—. Tenías que haber visto su cara cuando se dio cuenta de

que lo habíamos descubierto.

—Me lo imagino —murmuró Aurora—. ¿Y qué pasó después? ¿Tu jefe se disculpó contigo como es debido?

Ahí estaba, la pregunta que Felicity sabía que vendría. Su madre no conocía personalmente a Alexander Reid, pero había desarrollado una comprensible antipatía hacia el hombre que había despedido y desacreditado a su hija sin darle la oportunidad de defenderse.

—Sí, mamá —respondió—. Se disculpó.

—Mmmm —el sonido escéptico de Aurora hizo que Felicity sonriera—. Supongo que algo es algo. ¿Y qué hay de tu puesto?

—Alexander Reid me ha pedido que vuelva a ser su asistente personal y he dicho que sí.

Hubo un silencio tan prolongado al otro lado de la línea que por un momento Felicity pensó que la llamada se había cortado.

—¿Mamá? ¿Sigues ahí?

—Sí, estoy aquí —respondió Aurora finalmente—. Solo estoy... procesando todo lo que me estás contando. ¿Vas a volver a ser la asistente personal del hombre que te despidió de tu puesto y arruinó tu reputación?

Felicity se mordió el labio, entendiendo perfectamente la preocupación de su madre. Incluso su dramatismo.

—No es tan simple, mamá. Alexander cometió un error. Pero fue manipulado por Isobel Winters y Morgan Hargrove. Cuando ha descubierto la verdad, no solo se ha disculpado, sino que ha hecho todo lo posible para reparar el daño.

—¿Y eso incluye darte tu antiguo puesto? —preguntó Aurora, su tono aún cauteloso.

—Sí —confirmó Felicity—. Como ya te he dicho, vuelvo a ser su asistente personal.

Otro silencio, aunque menos prolongado esta vez.

—¿Y eso es lo que quieres, cariño? —La voz de Aurora se había suavizado, pasando de una especie de indignación protectora a la preocupación—. Después de todo lo que pasó, ¿estás segura?

Era una pregunta justa, oportuna, una que la misma Felicity se había hecho cuando Alexander le había ofrecido nuevamente ser su asistente personal.

¿Era lo correcto volver? ¿Podría realmente reconstruirse la confianza entre ellos?

—Lo estoy —respondió con una certeza que la sorprendió incluso a ella misma—. Sé que suena extraño, pero a pesar de todo, sigo creyendo en Alexander y en lo que estamos construyendo en Reid Enterprises. A partir de ahora nuestra relación profesional va a ser más fuerte, porque ambos hemos aprendido lo frágil que puede ser la confianza, y que en cualquier momento podemos ser manipulados.

Al otro lado de la línea, Felicity escuchó lo que sonaba sospechosamente como un sollozo ahogado.

—¿Mamá? ¿Estás llorando?

—No, no —negó Aurora rápidamente, aunque su voz temblorosa la delataba—. Solo estoy... —Suspiró—… aliviada. Estás últimas semanas han sido tan duras para ti, Felicity. Verte pasar por todo eso, la injusticia, el dolor... Como madre me destrozaba no poder arreglarlo. Y ahora, escucharte hablar con esa seguridad de nuevo, saber que has recuperado tu vida...

La voz de Aurora se quebró ligeramente, y en aquella ocasión no intentó disimular la emoción que sentía.

—Estoy tan orgullosa de ti, cariño. De cómo has manejado todo esto, de cómo no te has rendido, aunque habría sido lo más fácil.

Felicity sintió que sus propios ojos se humedecían.

—Pero ya sabes lo que decía la abuela de las mujeres irlandesas, que no se doblegan ante la injusticia; que la enfrentan de

pie, con la frente alta y un plan en la manga —dijo.

Aurora se echó a reír ligeramente.

—Sí, tienes razón.

—Gracias, mamá. En el fondo no habría podido superarlo sin ti y sin Azriel. Saber que creías en mí, incluso cuando todo indicaba lo contrario...

—Siempre, cariño. —La firmeza en la voz de Aurora no dejaba lugar a dudas—. Siempre creeré en ti.

Felicity sonrió, secándose una lágrima rebelde que se había escapado de sus ojos.

—Lo sé, mamá. Te quiero.

—Y yo a ti, mi niña —respondió Aurora, su voz ahora más recompuesta—. Y ya que estamos con las buenas noticias, ¿esto significa que podrás venir a casa para mi cumpleaños?

—¡Por supuesto! —prometió Felicity—. No me lo perdería por nada del mundo.

—Invita a Azriel, me encantaría que viniera para conocerle.

—Azriel estará encantado de ir —dijo Felicity.

Continuaron hablando durante varios minutos más de cosas triviales. Cuando finalmente se despidieron, Felicity se sentía más ligera, como si la conversación hubiera completado (y cerrado) algún tipo de círculo.

Apenas había dejado el teléfono cuando escuchó la llave en la cerradura de la puerta. Segundos después, Azriel irrumpió en el apartamento como un torbellino de energía y bolsas de la compra.

—¡Felicity Ashford! —exclamó, dejando caer las bolsas en la entrada y avanzando hacia ella con los brazos extendidos dramáticamente—. ¡Necesito todos los detalles jugosos ahora mismo! ¡Me he estado muriendo de curiosidad todo el día!

Felicity no pudo evitar reír ante su dramatismo.

Iba vestido con un traje de color ciruela que habría sido excesivo en cualquier otra persona pero que en él parecía perfectamente natural. Azriel era la personificación de la exuberancia.

—Acabo de hablar con mi madre —dijo, levantándose para ayudarlo con las bolsas—. Le he contado todo lo que ha pasado.

—¿Y cómo se lo ha tomado? —preguntó Azriel, siguiéndola hasta la cocina—. ¿Está planeando un viaje a Nueva York para arrancarle la cabeza a Alexander Reid por haber dudado de su preciosa hija?

Felicity rio mientras comenzaba a sacar los comestibles de las bolsas.

—Sorprendentemente bien, en realidad. Estaba emocionada. Ha medio llorado cuando le he dicho que todo se ha resuelto.

—Normal —asintió Azriel, apoyándose en la encimera—. Pero no nos distraigamos. Quiero saber exactamente qué ha sucedido hoy con Morgan Hargrove. ¿Cómo fue el enfrentamiento? ¿Hubo sangre? ¿Lágrimas? ¿Suplicó de rodillas por su miserable vida?

Felicity sacudió la cabeza, descojonada de la risa por el entusiasmo de Azriel.

—No hubo sangre…

—Mejor, porque sale fatal de la ropa —interrumpió Azriel.

Felicity volvió a echarse a reír.

—Pero fue un enfrentamiento muy duro —respondió, recordando la escena—. Alexander lo llamó a su despacho después de confirmar que había filtrado la información falsa a Isobel Winters. Yo estaba allí, sentada, observándolo todo.

—¡Sí! —Azriel aplaudió con deleite—. ¡En primera fila para ver el espectáculo! Continúa, por favor.

Felicity se apoyó en la encimera opuesta, recreando mentalmente la escena.

—Al principio, Morgan Hargrove intentó mantener la compostura, fingir que no sabía de qué estaba hablando. Pero Alexander tenía todas las pruebas: el registro de cuándo había abierto el documento, las llamadas que hizo inmediatamente después, la conversación con Isobel Winters...

—Atrapado como una rata —murmuró Azriel con satisfacción.

—Completamente —asintió Felicity—. Azriel, nunca había visto a Alexander así. Siempre es tan controlado, tan medido, pero... explotó.

Azriel se inclinó hacia adelante, totalmente cautivado.

—¿Explotó cómo? Dame todos los detalles sórdidos. No te atrevas a censurar ni uno.

—Empezó a gritarle —explicó Felicity, aún algo sorprendida al recordarlo—. Le dijo que cómo se atrevía a traicionar a la empresa después de quince años, que cómo podía poner en riesgo los trabajos de todos por su propia codicia, que había decidido joder a las personas que confiaban en él.

—¡Dios mío! —Azriel parecía absolutamente encantado—. ¿Y Morgan? ¿Cómo reaccionó?

—Al principio intentó defenderse, dijo que solo había sido últimamente y que tenía problemas financieros —Felicity hizo una mueca de disgusto—. Como si eso justificara arruinar mi carrera y poner en peligro a toda la empresa. Pero cuando vio lo furioso que estaba Alexander, creo que finalmente entendió que estaba acabado.

—¿Y entonces qué pasó? —preguntó Azriel, completamente absorto en la historia.

—Alexander lo despidió allí mismo —continuó Felicity—. Sin indemnización, sin referencias, nada. Le dijo que se aseguraría personalmente de que ninguna empresa respetable en Nueva York

volviera a contratarlo. Y luego llamó a seguridad para que lo escoltaran fuera del edificio.

—¡No! —exclamó Azriel. En sus ojos apareció un brillo de deleite malicioso—. ¿Lo sacaron como a un delincuente? ¿Delante de todos?

Felicity asintió, permitiéndose disfrutar un poco de la justicia poética de la situación.

—Todo el piso ejecutivo lo vio. Cuando volví al departamento de comunicación, el rumor ya se había extendido por todo el edificio.

—Es una pena que me lo haya perdido —se lamentó Azriel, moviendo la cabeza dramáticamente—. Habría dado un año de mi vida por ver a ese impresentable de Hargrove siendo escoltado fuera de la Torre Reid por el personal de seguridad. ¡Un año entero!

—Admito que fue bastante satisfactorio —dijo Felicity—. Sobre todo porque fue exactamente lo que intentaron hacerme a mí.

Azriel se acercó a ella y la envolvió en un abrazo.

—La justicia poética es mi recurso literario favorito —declaró—. Y hablando de justicia... —se apartó ligeramente, estudiando su rostro con una sonrisa curiosa—. ¿Así que vuelves a ser la asistente personal de Alexander Reid?

Había algo en su tono, una especie de insinuación juguetona, que hizo que Felicity entrecerrara los ojos con sospecha.

—Sí, vuelvo a mi antiguo puesto —confirmó—. ¿Por qué lo dices así?

Azriel se encogió de hombros, pero sus ojos brillaban con picardía.

—Por nada en particular. Solo me preguntaba cómo será la dinámica ahora, después de todo lo que ha pasado. Debe ser... interesante.

Felicity desvió la mirada. De pronto parecía estar muy interesada en organizar las latas de sopa que Azriel había comprado.

—Será profesional, por supuesto —respondió—. Él va a tratar de ganarse mi confianza de nuevo, y yo voy a darle esa oportunidad.

—Oh, estoy seguro de que lo conseguirá —dijo Azriel, guiñándole un ojo descaradamente.

Felicity le lanzó una mirada de advertencia, pero no pudo evitar que una sonrisa traicionera se asomara a sus labios.

—¿Qué estás insinuando exactamente, Azriel?

Él levantó las manos en un gesto de fingida inocencia.

—¿Yo? ¡Nada en absoluto! Solo observo que el poderoso y frío CEO ha pasado de relegarte a un puesto que no tenía nada que ver contigo, a suplicar que vuelvas, y que está desesperado por «ganarse tu confianza». —Hizo comillas en el aire con los dedos en las últimas palabras—. Todo muy profesional, por supuesto.

Felicity sintió que sus mejillas se calentaban ligeramente, y se maldijo por dentro por ser tan transparente. ¿Por qué su cara tenía que reflejar todas sus emociones?

—Es complicado —murmuró, volviendo a concentrarse en las compras.

—Ya, claro… —murmuró Azriel—. ¿Sabes? Si algún día decides, no sé, mezclar el placer con los negocios, quiero que sepas que apoyaré completamente tu decisión.

Felicity le lanzó un paño de cocina, que él esquivó con gracia.

—¡Eres imposible! —exclamó, aunque no podía evitar reír—. No hay nada entre Alexander y yo excepto una relación profesional que estamos intentando reconstruir.

—Y un casi-beso que quedó en el aire antes de que la arpía de Isobel Winter entrara en escena —le recordó Azriel—. No te olvides de ello.

Felicity puso los ojos en blanco.

—Un casi-beso no es nada —dijo.

—Un casi-beso con cualquier otro tío, quizás no. Un casi-beso con el frío Alexander Reid es todo un mundo.

—Creo que eres demasiado optimista.

—Sí, sí, optimista… Como si tú no lo pensaras.

Felicity puso los ojos en blanco.

—En vez de andar viendo cosas donde posiblemente no haya nada —dijo, cambiando deliberadamente de tema—, ¿por qué no me cuentas cómo va el reportaje para Fortune? ¿Has terminado los diseños?

Azriel entrecerró los ojos, claramente consciente de la táctica de distracción de Felicity, pero decidió seguirle la corriente.

—Casi terminados, y son absolutamente espectaculares, si me permites la falta de modestia —respondió, su entusiasmo profesional desplazó un momento su curiosidad por la vida amorosa de Felicity —. La directora de arte de Fortune está encantada. Dice que son exactamente lo que estaban buscando para dar un toque fresco a la sección de perfiles ejecutivos.

—Eso es genial, Azriel —dijo Felicity con sinceridad—. Estoy segura de que este trabajo va a ser un trampolín para cosas más grandes.

—Eso espero —asintió él—. Después de todo lo que hemos pasado, creo que nos merecemos un poco de buena fortuna profesional, ¿no crees?

Felicity sonrió, sintiendo una oleada de afecto por aquel chico extravagante y leal que se había convertido en su mejor amigo.

—Definitivamente lo merecemos —coincidió—. Y hablando de fortuna, ¿qué te parece si pedimos comida china para celebrarlo? Yo invito.

—Eso es música para mis oídos —declaró Azriel, frotándose las manos con anticipación—. Hay pocas cosas que me gusten más que

el cerdo agridulce.

CAPÍTULO 48

El reloj digital en la esquina de la pantalla del ordenador de Felicity marcaba las 21:37.

El edificio de Reid Enterprises había quedado prácticamente vacío hacía horas, con solo algunos trabajadores de la limpieza y el personal de seguridad deambulando por los silenciosos pasillos.

Las luces automáticas se habían atenuado en casi todas las plantas, excepto en el piso 70, donde el despacho de Alexander Reid seguía iluminado como un faro en medio de la oscuridad.

Felicity se frotó los ojos cansados y estiró el cuello, sintiendo cómo los músculos protestaban después de horas inclinada sobre documentos y hojas de cálculo.

Habían pasado tres semanas desde el despido de Morgan Hargrove y su regreso al puesto de asistente personal de Alexander. Tres semanas de reconstruir rutinas, restablecer dinámicas profesionales y, poco a poco, restaurar la confianza perdida.

Sin embargo, algo había cambiado entre ellos.

Algo sutil pero innegable.

Como si el incidente con Morgan Hargrove hubiera derribado algún tipo de barrera invisible.

Felicity cogió la taza de café que había estado ignorando

durante la última hora y la encontró fría. Con un suspiro, se levantó para dirigirse a la pequeña cocina ejecutiva y preparar una taza nueva. Al pasar junto al despacho de Alexander, notó que él seguía trabajando, tan concentrado que ni siquiera levantó la vista cuando ella pasó frente a la puerta entreabierta.

Mientras esperaba que la cafetera terminara de preparar el café, Felicity se permitió un momento de honestidad consigo misma.

La verdadera razón por la que seguía allí tan tarde no eran los informes que necesitaban ser revisados, era él.

Era la extraña intimidad que se creaba cuando eran los únicos que quedaban en la planta, trabajando en silencio, solos, separados apenas por unos cuantos metros.

—¿Café a esta hora? Tu sistema nervioso debe odiarte.

La voz de Alexander la sobresaltó.

No lo había oído acercarse.

Estaba apoyado en el marco de la puerta de la cocina, con la corbata aflojada y las mangas de la camisa remangadas hasta los codos, un indicio de las largas horas que también llevaba trabajando.

—Mi sistema nervioso y yo tenemos un acuerdo —respondió Felicity, esbozando una sonrisa cansada—. Yo le doy cafeína, y él me permite mantener los ojos abiertos para terminar los informes.

Alexander sonrió, ese gesto raro que cambiaba su rostro por completo como si fuera magia, suavizando las líneas duras que su posición de poder había tallado con los años.

—Suena como una relación tóxica —bromeó, acercándose para coger una taza del armario—. Pero supongo que yo no soy quién para juzgar. ¿Me sirves un poco de ese veneno?

Felicity asintió, vertiendo el café humeante en la taza que él sostenía.

—Gracias —murmuró Alexander, y había algo en su tono, una

cualidad grave y baja que Felicity no estaba segura de haber escuchado antes.

Regresaron juntos a la zona de trabajo, con un silencio cómodo envolviéndolos.

En lugar de volver directamente a su despacho, Alexander se detuvo junto al escritorio de Felicity, observando los documentos esparcidos que había estado revisando.

—No es necesario que te quedes tan tarde —dijo, aunque sin verdadera convicción en su voz—. Estos informes pueden esperar hasta mañana.

Felicity se encogió de hombros, sentándose nuevamente.

—Podría decirte lo mismo. Estoy bastante segura de que la empresa sobreviviría si el gran Alexander Reid se tomara una noche libre.

Él rio, y algo se aflojó en el pecho de Felicity.

—*Touché* —concedió, apoyándose ligeramente contra el borde del escritorio—. Supongo que ambos somos adictos al trabajo.

—Una tara que compartimos —coincidió ella, tomando un sorbo de su café.

Alexander la observó por encima del borde de su taza, con una intensidad que hizo que Felicity se preguntarse si tenía algo en la cara.

—¿Qué? —preguntó finalmente, incapaz de soportar el escrutinio.

—Nada —respondió él, demasiado rápidamente, para luego rectificar—. Es solo que... me alegro de que hayas vuelto, Felicity. Esto no era lo mismo sin ti.

La sinceridad en su voz la tomó por sorpresa.

—Gracias —respondió—. Yo también... me alegro de haber vuelto.

Alexander asintió, como si hubiera tomado una decisión interna, y entonces, para sorpresa de Felicity, se sentó en la silla frente a su escritorio.

Era una ruptura del protocolo que él mismo seguía. Las conversaciones importantes tenían lugar en su despacho, no en el espacio abierto junto a los ascensores.

—¿Sabes en qué he estado pensando últimamente? —preguntó, mirando su café.

—¿En la fusión de TechDynamics? —se aventuró Felicity—. ¿O en la expansión a mercados europeos?

—En nuestro encuentro en el tren —respondió Alexander simplemente, levantando la mirada para encontrarse con la suya.

Felicity sintió que su corazón daba un vuelco.

El encuentro en el tren.

No necesitaba más contexto para saber exactamente a qué se refería.

—Oh —fue todo lo que logró articular, sintiendo que el calor subía a sus mejillas.

—Cogí ese tren por casualidad, porque mi jet privado se averió. Recuerdo que me sentó fatal. Me puse de muy mal humor —dijo Alexander.

Felicity sonrió.

—Es curioso, pero yo también lo cogí por casualidad. Mi tren era el anterior. Era para el que tenía el billete. Me subí a ese porque fue cuando se me ocurrió colarme en él.

—Qué casualidades tiene el destino, ¿no?

—Sí.

—No he podido olvidar el beso que me diste —aseveró Alexander de pronto—. La verdad es que no lo he olvidado, Felicity.

¡Jooooder!

¿En serio acababa de decir lo que acababa de decir?

Ella lo miró, durante unos instantes sin palabras, tratando de procesar que estaban teniendo aquella conversación. En ese momento.

—Yo tampoco —confesó finalmente, sorprendiéndose a sí misma con su sinceridad. Pero es que era la verdad—. No he podido olvidarlo.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos, cargando el aire con una tensión que había estado creciendo silenciosamente durante semanas.

—Probablemente no debería estar diciendo esto —continuó Alexander, pasándose una mano por el pelo—. Soy tu jefe. Hay líneas que no deberían cruzarse, protocolos, consideraciones éticas...

—Alexander —lo interrumpió suavemente Felicity—, creo que esas líneas se volvieron borrosas hace mucho tiempo.

Él la miró.

—¿Eso crees?

—Lo sé —respondió Felicity—. Lo que no sé es qué vamos a hacer al respecto.

Alexander dejó su taza sobre el escritorio y se inclinó ligeramente hacia adelante. Su mirada no se apartó en ningún momento de la de ella.

—Eso depende —dijo. Su voz bajó a un tono que envió escalofríos por la columna de Felicity—. ¿Qué quieres tú, Felicity?

La pregunta flotó en el aire.

Felicity se encontró en ese extraño limbo entre el miedo y el deseo, entre la cautela y la necesidad. Pero después de todo lo que habían pasado, las mentiras, las acusaciones, la redención, la verdad parecía ser el único camino posible.

—Quiero que dejes de hablar —respondió, con una sonrisa que suavizaba la audacia de sus palabras—. Y que hagas algo al respecto.

Alexander pareció sorprendido por su franqueza. Luego, una sonrisa lenta se extendió por su rostro, transformándolo de nuevo en esa versión de sí mismo que tan pocos tenían el privilegio de ver.

Se levantó de la silla y rodeó el escritorio, deteniéndose junto a ella. Felicity giró en su silla para tenerlo cara a cara. Su corazón latía con tanta fuerza que estaba segura de que él podía escucharlo.

Alexander extendió una mano, rozando suavemente su mejilla con los dedos. Un toque tan ligero que casi podría haberlo imaginado.

—¿Estás segura? —preguntó, dándole una última oportunidad de cambiar de opinión.

En respuesta, Felicity se puso de pie, eliminando el último espacio entre ellos. Estaban tan cerca que podía sentir el calor emanando de su cuerpo, oler el aroma a café mezclado con su colonia cara.

—Completamente —susurró.

No estaba segura de quién se movió primero. Quizás fue él, inclinándose hacia abajo. Quizás fue ella, elevándose sobre las puntas de sus pies. Quizás fueron ambos, atraídos por esa fuerza invisible que había estado tirando de ellos durante tanto tiempo.

Sus labios se encontraron a mitad de camino, y ese beso, a diferencia del apresurado y estratégico del tren, estaba cargado de intención.

Fue suave al principio, casi tentativo, como si ambos estuvieran dando al otro la oportunidad de reconsiderar lo que estaban haciendo. Pero cuando las manos de Alexander se deslizaron hasta su cintura, acercándola más a él, toda duda desapareció. Se esfumó.

Felicity deslizó sus manos por los brazos de Alexander hasta

llegar a sus hombros, notando en el camino la solidez de su cuerpo bajo la camisa.

Joder, tenía músculos de gimnasio. De mucho gimnasio.

El beso se profundizó, transformándose de una pregunta a una afirmación, y luego en algo más primitivo, más urgente.

Todo se liberó en ese momento.

Alexander tomó su cara entre ambas manos y apretó su cuerpo, duro como una roca, contra el de Felicity. Su torso le aplastaba los pechos mientras se tomaba su tiempo para explorar cada rincón de su boca.

Dios, sabía tan bien.

Introdujo el muslo entre sus piernas y presionó su sexo. El roce arrancó un gemido de la garganta de Felicity, mientras él continuaba enroscando su lengua con la de ella.

Cuando finalmente se separaron, ambos estaban sin aliento.

Alexander apoyó su frente contra la de ella, sus manos aún en su cintura, como si temiera que, al soltarla, todo el momento se esfumara como un sueño.

—He querido hacer esto desde hace mucho tiempo —confesó con voz ronca.

—¿Incluso cuando pensabas que era una espía industrial? —bromeó Felicity.

Alexander se apartó ligeramente para mirarla a los ojos. Su expresión era seria.

—Incluso entonces —admitió—. Lo cual probablemente explica por qué no te despedí y te mandé al departamento de comunicación. No podía conciliar lo que sentía por ti con la idea de que me hubieras traicionado.

Felicity no lo había pensado, pero era cierto que a Alexander no le temblaba la mano a la hora de echar a alguien a la calle.

—¿Y qué sientes exactamente? —preguntó. Necesitaba escucharlo.

Alexander deslizó una mano por su espalda, trazando un camino que enviaba escalofríos por su columna.

«Oh, Dios», pensó Felicity, estremeciéndose.

—Me gustas, Felicity —dijo él—. No solo como mi asistente, aunque eres excepcional en ese rol. —Ella sonrió y Alexander se contagió de su sonrisa. Continuó—: Me gustas como persona. Me gusta tu inteligencia, tu determinación, tu lealtad. Me gusta que no tengas miedo de desafiarme cuando crees que estoy equivocado. Me gusta cómo tratas a todas las personas con el mismo respeto, ya sea el guardia de seguridad de la puerta o un director ejecutivo.

Hizo una pequeña pausa.

—Y sí, también me atraes de una manera que he intentado ignorar porque es inapropiado, complicado, y potencialmente desastroso para nuestra relación jefe-empleada. Pero cada vez que te veo me parece más absurdo seguir pretendiendo que no hay nada entre nosotros.

Felicity sintió que algo se aflojaba en su pecho.

Un nudo.

Una tensión que había estado llevando encima durante tanto tiempo que casi se había olvidado de su presencia.

—Tú también me gustas —confesó, con una sonrisa que iluminó sus ojos de color avellana—. Y definitivamente me atraes, aunque he pasado semanas intentando convencerme de que era simplemente admiración.

Alexander sonrió.

—Semanas, ¿eh? —preguntó, con un toque de arrogancia juguetona que Felicity encontró sorprendentemente encantadora.

—No dejes que se te suba a la cabeza —respondió, dándole un

ligero golpe en el hombro—. Tu ego ya es lo suficientemente grande.

En respuesta, él la besó de nuevo, más profundamente esa vez.

Una mano de Felicity se deslizó por su pelo mientras la otra la mantenía firmemente contra él.

Felicity se rindió a la sensación, permitiendo que el mundo exterior se desvaneciera hasta que solo quedaron ellos dos. Sus cuerpos. Sus bocas. El calor que crecía entre ambos.

Cuando Alexander habló de nuevo, su voz era más grave, teñida de un deseo apenas contenido.

—Deberíamos ir a mi despacho —sugirió, mirándola fijamente a los ojos—. Por... privacidad.

La implicación estaba clara, y Felicity sintió un estremecimiento de anticipación recorrerla de la cabeza a los pies.

—¿Estás seguro? —le preguntó, dándole la misma oportunidad que él le había dado a ella—. Esto cambiará las cosas.

—Las cosas ya han cambiado —respondió Alexander, entrelazando sus dedos con los de ella.

Con esa simple verdad entre ellos, Felicity asintió y dejó que Alexander la guiara hacia su despacho, cerrando la puerta a su espalda.

CAPÍTULO 49

Lo que sucedió después fue como un sueño, con fragmentos de sensaciones y emociones tan intensas que casi parecían irreales.

Las manos de Alexander, sorprendentemente atentas para un hombre con tanta autoridad, desabotonaron la blusa de Felicity con una reverencia que la dejó sin aliento. Sus labios trazaron caminos por su cuello, por su clavícula, por cada centímetro de piel recién descubierta.

La sensación de los mechones de pelo entre los dedos de Felicity mientras lo atraía más cerca, mientras lo empujaba hacia ella, con la imperiosa necesidad de eliminar cualquier espacio entre ellos, era maravillosa.

Parte de la ropa fue abandonada en un camino desde la puerta. Las prendas cayeron con urgencia a medida que la necesidad de sentir piel contra piel se volvía abrumadora.

Terminaron en el sofá de cuero en la esquina del despacho. Un mueble elegido en su día por su estética y que ahora servía para un propósito mucho más mundano, más terrenal.

Cuando Alexander se tumbó encima de Felicity, una parte de ella no se lo podía creer.

Alexander Reid era un jodido sueño hecho realidad. Y también en el sexo. Era perfecto.

Se arqueó debajo de él y abrió la boca. Alexander le lamió los labios, le mordió el cuello y Felicity gimió cuando rozó su coño con su erección.

—Te voy a follar hasta que grites mi nombre —susurró a ras de su boca—. Y lo vas a gritar hasta quedarte afónica.

Felicity le respondió mordiendo su labio inferior y tirando levemente de él.

Alexander le quitó el sujetador, que lanzó por ahí sin ningún cuidado, se inclinó y comenzó a pasar su lengua por los pezones. Primero uno. Después otro.

—Joder —siseó Felicity entre dientes.

—¿Te gusta? —le preguntó él.

—Me encanta —respondió ella.

Alexander deslizó la mano hacia abajo, mientras la besaba apasionadamente. No recordaba haber estado tan excitado nunca.

La cabeza le decía que era una locura, pero el sentido común le había abandonado en el momento en que había tocados los labios de Felicity.

La tortura había durado demasiados días.

Cuando ella había correspondido a su beso, supo que estaba perdido.

Metió los dedos por el elástico de las braguitas y notó que estaba ya húmeda. Su dedo encontró su clítoris y comenzó a acariciarlo haciendo pequeños movimientos circulares.

Felicity suspiró, gimió, jadeó.

—Alexander, si sigues así, voy a correrme —dijo.

—Es lo que quiero, nena —musitó él—. Pero, tranquila, solo será el primero de muchos. Quiero estar toda la noche lamiendo cada centímetro de tu piel.

Y así fue.

Alexander la acarició hasta que Felicity se retorció de placer contra su mano.

Alexander la adoró con una atención que no debería haberla sorprendido, dada la intensidad con la que abordaba todo en su vida. Descubrió lugares en su cuerpo que ella misma no sabía que podían provocar tanto placer, aprendiendo sus reacciones con la misma precisión con la que dominaba los mercados financieros.

Después del primer orgasmo, Felicity buscó los botones del pantalón. Se estremeció al notar como la bragueta de Alexander se tensaba contra la enorme erección.

Tenía un buen paquete.

Sí. Ufff…

Desabrochó con algo de torpeza los dos primeros, pero Alexander, impaciente, dio un tirón y los abrió. Por fin se quitó los pantalones juntos con los bóxers y se quedó completamente desnudo.

Felicity no pudo evitar lanzar un suspiro.

De anhelo.

De anticipación.

De ganas.

Alexander se inclinó sobre ella y recorrió sus muslos con la boca antes de coger el elástico de las braguitas y bajárselas. Luego dejó que la prenda cayera al suelo.

Felicity se encontró con las piernas entrelazadas alrededor de la cintura de Alexander. Los alientos fundiéndose, labios de nuevo entrechocando, jadeantes, hasta que era imposible distinguir uno del otro en el sofá.

—No puedo más —susurró Alexander.

—Yo tampoco.

Alexander se puso rápidamente un preservativo que sacó de la cartera. Después se inclinó sobre Felicity, colocándose justo encima de sus caderas y tras unos agónicos segundos, empujó hacia abajo y la penetró hasta el fondo.

Felicity gimió de placer.

El tamaño del miembro de Alexander hizo que le clavara las uñas en la espalda.

Cuando Alexander empezó a moverse, Felicity pensó que iba a morir. La sensación era excitante. Deliciosa. Era como si su cuerpo hubiera estado congelado a la espera de alguien como Alexander Reid.

La intensidad del momento trascendía lo físico. Era extraño, pero Felicity reconocía a Alexander en sus movimientos, como si sus cuerpos hubieran estado ensayando ese momento durante mucho tiempo, esperando pacientemente a que sus mentes los alcanzaran.

Se movieron juntos en un ritmo que parecía tan natural como respirar, construyendo algo que iba más allá del placer, hacia un territorio más profundo.

Felicity no necesitó mucho tiempo para empezar a sentir los temblores del orgasmo.

—Todavía no —susurró Alexander, apretándose con fuerza contra ella para penetrarla más profundamente.

Felicity lo miró.

Sus ojos azules brillaban tras los párpados a medio abrir y supo que estaba tratando de retrasar el momento. Incluso dominados por el placer, Alexander se empeñaba en tener el control.

Felicity lo apretó más contra ella, empujando sus glúteos contra sus caderas, arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás, para que sus embestidas fueran más profundas.

—Sí… Oh, Alexander, sí… —gimió.

Y cuando el clímax los alcanzó, primero a ella y luego a él, fue como si algo se rompiera y se reconstruyera al mismo tiempo.

Felicity se dejó ir. Dejó que el placer la arrastrara hacia el abismo, en una caída libre que la sacudió por completo de arriba abajo.

Y durante los últimos coletazos del orgasmo, fue consciente de que Alexander se estaba corriendo. Y de que murmuró su nombre, jadeante, entre dientes.

Después, se quedaron entrelazados en el sofá. Las respiraciones volviendo poco a poco a la normalidad, la realidad del mundo exterior lentamente filtrándose de nuevo en su conciencia.

Alexander paseaba la yema de los dedos por la espalda desnuda de Felicity, mientras ella descansaba su cabeza sobre su pecho, escuchando el latido constante de su corazón.

Felicity, liberada finalmente de las todas las restricciones, se permitió explorar el cuerpo que había vislumbrado tantas veces bajo trajes perfectamente cortados.

—Bueno —dijo, rompiendo el cómodo silencio—, esto definitivamente no estaba en la descripción de mis tareas como asistente personal.

Alexander rio. El sonido reverberó a través de su pecho bajo el oído de Felicity.

—Podríamos revisar tu contrato —sugirió, fingiendo seriedad—. Añadir una cláusula sobre «deberes adicionales según sea necesario».

Felicity levantó la cabeza para mirarlo. Una sonrisa jugaba en sus labios.

—¿Esto será una cosa regular, entonces? —preguntó, intentando mantener un tono ligero a pesar de la importancia de la

pregunta.

Alexander la miró. Cualquier pretensión de humor se desvaneció.

—Me gustaría que lo fuera —respondió, sosteniendo su mirada —. No solo esto —hizo un gesto abarcando sus cuerpos entrelazados —, sino todo. Tú y yo, intentando descubrir qué podemos ser juntos, fuera de la oficina, como personas, no solo como jefe y empleada.

«Intentando descubrir qué podemos ser juntos —repitió Felicity para sus adentros—, qué frase tan bonita», pensó.

—A mí también me gustaría —dijo.

Alexander sonrió, inclinándose para besarla brevemente en los labios.

—Bien —dijo—. Porque no tengo intención de dejar que esto sea solo un episodio aislado de locura inducida por el exceso de trabajo.

Felicity rio, y su risa llenó el espacio a su alrededor.

—Hablando de trabajo —dijo, mirando el reloj de la muñeca de Alexander—. Son casi las doce. Deberíamos probablemente...

—Vestirnos e irnos a casa —terminó de decir él.

—Sí.

Con cierta pereza, comenzaron a recoger la ropa esparcida por el suelo, vistiéndose en un silencio cómodo interrumpido ocasionalmente por miradas y sonrisas compartidas, como adolescentes que acaban de descubrir un maravilloso secreto.

Una vez vestidos y recuperando cierta apariencia profesional, Alexander tomó su mano.

—Déjame llevarte a casa —ofreció—. Mi coche está en el garaje.

Felicity asintió, entrelazando sus dedos con los suyos.

Juntos, apagaron las luces del despacho y tomaron el ascensor

hasta el garaje subterráneo, donde un Aston Martin negro metalizado (uno de los muchos coches de Alexander) esperaba, elegante y discreto como su dueño.

Mientras Alexander abría la puerta del pasajero para ella, Felicity no pudo evitar pensar en lo surrealista que era todo.

Horas antes, era simplemente la asistente personal eficiente que se había quedado en la oficina para terminar unos informes. Ahora estaba entrando en el coche de Alexander Reid, con el sabor de sus besos aún en los labios y la sensación de sus manos todavía sobre la piel.

El motor cobró vida con un ronroneo suave pero poderoso, y mientras salían a las calles de Nueva York, Felicity miró a Alexander.

Su perfil estaba iluminado por las luces de la ciudad.

Ignoraba cómo equilibrarían su relación con las exigencias y complicaciones del rol que cada uno ostentaba: él el jefe y ella la empleada.

Pero mientras la mano de Alexander encontraba la suya en la oscuridad del interior del coche, entrelazando sus dedos sobre su rodilla, Felicity descubrió que no necesitaba tener todas las respuestas. Era suficiente con estar ahí, en ese momento, con él.

Y decidió, mientras la ciudad pasaba en un borrón de luces y sombras, que eso era un comienzo más que suficiente.

CAPÍTULO 50

La luz azulada de la televisión bailaba sobre las paredes del *loft*, proyectando sombras que se movían al ritmo de la comedia romántica que Azriel había seleccionado para su noche de viernes (a falta de un plan mejor).

Vestido con un pijama de seda de color verde oliva, estaba perfectamente acomodado en el sofá, con un enorme cuenco de palomitas con mantequilla en su regazo y Gatsby hecho un ovillo contra su costado.

—Eso es, cariño, tú cuéntaselo —murmuró a la protagonista que confesaba su amor en la pantalla—. Aunque con ese peinado, sinceramente, no mereces ni un «buenos días».

Gatsby maulló suavemente, como si estuviera de acuerdo con la crítica estilística.

—Lo sé, es horrible —continuó Azriel, rascándole distraídamente detrás de las orejas—. La directora de vestuario debería ser procesada por crímenes contra la humanidad. ¿Quién pone un jersey ancho en tono mostaza con esa falda? Es una declaración de guerra contra mis retinas.

El sonido de una llave en la cerradura interrumpió su monólogo.

Azriel miró hacia la puerta, sin molestarse en pausar la película. Después de todo, ya la había visto tres veces y estaba firmemente

convencido de que la protagonista merecía quedarse sola simplemente por sus elecciones de ropa.

—¡Bienvenida a casa, princesa! —exclamó cuando Felicity finalmente apareció en el umbral—. Llegas justo a tiempo para presenciar cómo Amanda se humilla ante un hombre que claramente no merece ni sus...

Se interrumpió, entrecerrando los ojos mientras observaba a su amiga.

Algo no encajaba.

Felicity estaba... diferente.

No era su ropa, que seguía siendo el mismo conjunto profesional con el que había salido esa mañana. No era su peinado, que mostraba signos de haber pasado un día largo pero seguía siendo reconociblemente Felicity. Era algo más, algo en su expresión, en la forma en que se movía, como si estuviera flotando ligeramente por encima del suelo.

—Espera un momento —dijo Azriel, pulsando el botón de pausa y enderezándose, causando que Gatsby le lanzara una mirada de reproche por la interrupción de su comodidad—. Pasa algo contigo.

Felicity parpadeó, como sorprendida por la observación.

—¿Qué? No pasa nada —respondió, colgando su abrigo en el perchero con movimientos que intentaban ser casuales, pero parecían ensayados—. Solo estoy cansada. Ha sido un día largo.

—Y tan largo, son más de las doce de la noche —comentó Azriel.

Entrecerró aún más los ojos, estudiándola como un científico examinaría un espécimen particularmente fascinante.

—Felicity Ashford —dijo lentamente, colocando el cuenco de palomitas en la mesa auxiliar—, te conozco desde hace dos meses, tres semanas y aproximadamente dos días. Hemos compartido vino,

charlas, anécdotas, y esa idea que tuviste el fin de semana que Alexander Reid te mandó al departamento de comunicación cuando pensaste que cortarte un flequillo por mitad de la frente era una buena idea.

—El flequillo no me hubiera quedado tan mal —protestó ella débilmente.

—Era un crimen, cariño, por eso me opuse firmemente a que lo hicieras, pero esa no es la cuestión que estamos discutiendo —continuó Azriel, levantándose del sofá para acercarse a ella—. La cuestión es que puedo distinguir entre la Felicity cansada y... lo que sea que está sucediendo ahora.

Se detuvo frente a ella, examinándola minuciosamente. Desde sus mejillas ligeramente sonrojadas hasta la forma en que evitaba el contacto visual directo.

Y entonces, como un detective que finalmente resuelve el caso, chasqueó los dedos.

—Tu pelo tiene aspecto de haber tenido sexo, hueles a sexo y tu cara grita sexo… ¡Oh-Dios-Mío! —chilló, elevando su voz varias octavas—. ¡Te has acostado con alguien!

Felicity abrió mucho los ojos, y el rubor en sus mejillas se intensificó.

—¡Shhh! —siseó, mirando a su alrededor como si las paredes pudieran estar escuchando—. ¿Podrías no anunciárselo a todo el edificio?

Su reacción fue toda la confirmación que Azriel necesitaba. Su expresión pasó de la sorpresa al deleite absoluto en cuestión de microsegundos.

—¡Lo sabía! —declaró triunfal, dando pequeños saltos de entusiasmo—. ¡Tienes esa mirada! ¡Ese brillo! ¡Ese no-sé-qué postcoital que es absolutamente inconfundible!

Felicity no pudo mantener más la fachada. Una amplia sonrisa,

casi de oreja a oreja, se extendió por su rostro mientras dejaba caer su bolso en una silla cercana.

—Está bien, está bien —admitió, levantando las manos en señal de rendición—. Tienes razón. Ha... sucedido algo.

—«Algo» —repitió Azriel, haciendo comillas en el aire con los dedos—. Voy a necesitar muchos más detalles que eso, querida. Y los necesito ahora. —Tomó a Felicity por los hombros y la guio hacia el sofá—. Siéntate. Cuéntamelo todo. No omitas nada. Y si te atreves a usar eufemismos vagos como «algo», te juro que grito.

Felicity se dejó caer en el sofá, riendo a pesar de su nerviosismo.

Gatsby, aprovechando la nueva presencia, abandonó su lugar y saltó a su regazo, reacomodándose como si nada hubiera cambiado en su pequeño mundo felino. Como si Azriel y Felicity no estuvieran medio histéricos en aquel momento.

—No sé ni por dónde empezar —confesó ella, acariciando distraídamente el pelaje del gato.

Azriel se sentó a su lado, recogiendo sus piernas bajo él en una posición que habría sido incómoda para cualquier otra persona.

—Generalmente, el principio es un buen lugar —sugirió con una sonrisa alentadora—. Aunque dado tu estado actual, estoy bastante seguro de que puedo adivinar el final.

Felicity le dio un golpe juguetón en el brazo, pero no pudo contener otra sonrisa. Había algo liberador en finalmente poder hablar de lo que había sucedido, en compartirlo con la única persona en quien confiaba completamente.

—Pero a mí lo que más me interesa saber es con quién —añadió Azriel.

Felicity se mordisqueó el labio.

—Con… Alexander —soltó finalmente, observando

cuidadosamente la reacción de su amigo.

—¡¿Te has follado a Alexander Reid?! —preguntó. Sin embargo, Azriel no la dejó responder—. Por supuesto que es Alexander —dijo, como si fuera la conclusión más obvia del mundo—. ¿Quién más podría ser? —Dejó escapar un suspiro exagerado y se recostó dramáticamente contra los cojines.

Felicity frunció el ceño.

—¿Tan obvio era? —preguntó.

Azriel la miró con una mezcla de afecto y exasperación.

—Cariño, como pasa algunas veces, las únicas personas sorprendidas son precisamente las implicadas —afirmó—. El resto de nosotros, meros mortales, éramos muy conscientes.

—¡No era tan obvio! —protestó Felicity.

—Oh, por favor. —Azriel puso los ojos en blanco tan dramáticamente que casi parecía que se le habían dado la vuelta—. La última vez que te vi hablar de él antes de todo el drama de la filtración de información, prácticamente bailabas. Y la forma en la que él actuaba... —Hizo un gesto con la mano como si estuviera espantando un exceso de calor—. Era como ver el preludio de un documental de National Geographic sobre apareamiento.

Felicity se cubrió el rostro con las manos, mortificada pero también incapaz de contener la risa.

—Joder, eres terrible —murmuró a través de sus dedos.

—Soy observador —corrigió Azriel—. Y ahora, deja de evadir el tema y cuéntame exactamente cómo pasamos de «mi jefe no confió en mí, pero ahora estamos trabajando juntos de nuevo de forma estrictamente profesional» a «¡oh, Dios mío, acabo de ver a Alexander Reid desnudo!».

Felicity dejó caer las manos, resignándose a que no había forma de escapar del interrogatorio de Azriel.

—Fue... inesperado —comenzó.

—Sí, claro, inesperadísimo —se burló Azriel.

Felicity puso los ojos en blanco.

—Nos quedamos trabajando hasta tarde. Todos se habían ido ya. Coincidimos tomándonos un café y de repente... —Guardó silencio unos segundos, recordando el momento exacto en que todo cambió—. De repente estábamos hablando de lo que pasó en el tren.

Los ojos de Azriel se ensancharon con deleite.

—¿El beso que le plantaste en todos los morros como una maniobra de evasión? —dijo.

Felicity asintió.

—Sí.

—Déjame adivinar… —comenzó Azriel—. Resulta que no ha dejado de pensar en él.

—¿Cómo lo sabes?

—Creo que veo demasiadas películas románticas. ¿Y tú qué dijiste?

—La verdad, que yo tampoco había podido olvidarlo.

Azriel se llevó una mano al pecho, como si estuviera profundamente conmovido.

—Y entonces se lanzó sobre ti como un hombre hambriento ante un bufet, ¿verdad? —preguntó.

Felicity no pudo evitar reír ante la imagen.

—No exactamente —corrigió—. Fue más... gradual. Primero hablamos. *Realmente hablamos* —matizó—, sobre cómo nos sentíamos. Que si él era el jefe y yo la empleada, que si las líneas entre nosotros se habían vuelto borrosas, y bla, bla, bla… Y me preguntó que qué quería yo.

—¿Y qué le dijiste?

—Que lo que quería era que dejara de hablar y que hiciera algo al respecto.

Azriel silbó.

—¿Y luego? —preguntó, inclinándose tanto hacia adelante que estaba prácticamente cayéndose del sofá.

—Y luego... Nos besamos. Pero no como en el tren. Este beso ha sido... real. Como si finalmente estuviéramos admitiendo algo que ambos habíamos sabido durante mucho tiempo.

Azriel dejó escapar un suspiro soñador.

—Y una cosa llevó a la otra, y terminasteis profanando su sagrado despacho —completó, con una sonrisa pícara—. Apuesto a que nunca volverás a ver ese sofá de cuero de la misma manera.

Felicity le lanzó un cojín, que él esquivó sin problema.

—¡Azriel! —exclamó, aunque su risa traicionaba cualquier intento de indignación.

—¿Qué? Solo estoy conectando los puntos —se defendió él, recogiendo el cojín del suelo y abrazándolo contra su pecho—. Y por tu reacción, parece que mis puntos están bastante bien conectados.

Felicity sacudió la cabeza, pero no podía negar la verdad. Y era verdad.

El recuerdo de lo que había sucedido en ese despacho seguía fresco, vibrante, y enviando oleadas de calor a través de su cuerpo cada vez que lo revivía en su mente.

—Ha sido... —comenzó—. Ha sido perfecto, Azriel. Intenso y tierno al mismo tiempo. Como si nos conociéramos de toda la vida, pero también como si estuviéramos descubriéndonos por primera vez.

La expresión juguetona de Azriel se suavizó, reemplazada por una sonrisa.

—Suena maravilloso —dijo sinceramente—. Y por la forma en que se te iluminan los ojos al hablar de ello, parece que realmente lo ha sido.

Felicity asintió.

Pero de pronto se sintió vulnerable. Una cosa era admitir lo que había sucedido, y otra completamente diferente reconocer lo que significaba para ella.

—Lo ha sido —confirmó—. Pero también es complicado, ¿sabes?

Azriel ladeó la cabeza y frunció un poco el ceño.

—Complicado, ¿cómo?

Felicity suspiró, acariciando a Gatsby mientras reorganizaba sus pensamientos.

—Es mi jefe, Azriel —dijo—. Acabo de recuperar mi puesto después de todo el lío con Morgan Hargrove. ¿Cómo se va a ver? ¿Qué pensará la gente? ¿Que follé con él para recuperar mi trabajo? ¿O peor, que ahora estoy con él por trepa, por su posición y su poder?

La preocupación era real, un contrapunto amargo a la dulzura de lo que había experimentado en los brazos de Alexander.

Azriel consideró sus palabras durante un momento, y su expresión se volvió seria.

—Entiendo tu preocupación, Felicity —dijo—. Y sí, habrá personas que pensarán exactamente eso, porque la gente, en general, es idiota y ama el drama más que yo, y ya es decir.

Hizo una pausa, alargó los brazos y tomó las manos de Felicity entre las suyas.

—Pero la pregunta importante no es qué pensarán los demás —continuó—. Es qué piensas tú. ¿Tú sabes que no estás con él por trepa ni por su posición? ¿Él lo sabe? Porque si la respuesta a ambas preguntas es «sí», entonces el resto es ruido, Felicity. Solo ruido.

Felicity apretó las manos de su amigo, agradecida por su claridad, por tener esa sensatez que a ella a veces le faltaba.

—Sí a ambas —respondió sin dudar—. Sé que lo que siento por él no tiene nada que ver con su cargo o su dinero. Y creo que él también lo sabe.

—Entonces ahí tienes tu respuesta —dijo Azriel—. Todo lo demás se resolverá con el tiempo. Y mientras tanto, tienes derecho a ser feliz, Felicity. Después de todo lo que has pasado, te lo mereces más que nadie.

Las palabras de Azriel resonaron profundamente en ella, disipando algunas de las nubes de dudas que habían comenzado a formarse en su cabeza.

—Gracias —le agradeció en un tono suave—. No sé qué haría sin ti.

—Llevarías un flequillo horrible y probablemente no saldrías con hombres poderosos e intensos —respondió Azriel con una sonrisa, rompiendo el emotivo momento de la manera que solo él podía—. Hablando de eso, ¿qué dijo Alexander después del polvo? ¿Hubo una conversación postcoital incómoda? ¿Un «esto ha sido un error»? ¿Un «vamos a hacer como si nunca hubiera sucedido»?

Felicity sonrió, recordando los momentos posteriores, la forma en que Alexander la había mirado mientras estaban tumbados en el sofá.

—Todo lo contrario —respondió—. Dijo que quería ver qué podemos ser juntos.

Azriel se llevó las manos al pecho.

—Oh, Felicity, qué bonito —afirmó—. Eso no es sexo de una noche. Eso es el comienzo de algo.

Felicity se mordió el labio inferior.

—¿Tú crees?

—Por supuesto que lo creo.

—Te confieso que me asusta un poco, para ser sincera. Todo es tan nuevo, tan frágil. Acabamos de reconstruir nuestra relación profesional, y ahora estamos añadiendo esta capa completamente nueva.

—El miedo es normal —aseguró Azriel—. Si no estuvieras asustada, me preocuparía. Significa que esto es importante para ti.

—Entonces, ¿qué hago ahora? —preguntó Felicity. Se sentía como una adolescente pidiendo consejos sobre su primer amor—. ¿Cómo lo manejamos? ¿Cómo equilibramos lo personal y lo profesional?

Azriel se recostó en el sofá.

—No hay un manual para eso, cariño —respondió—. Tendréis que descubrirlo sobre la marcha. Establecer límites, comunicarse claramente, ser honestos sobre lo que funciona y lo que no. Y, sobre todo, seguir tu corazón.

—Seguir mi corazón —repitió Felicity, considerando el consejo—. Suena simple y terriblemente complicado al mismo tiempo.

—Ese es el problema con los buenos consejos —sonrió Azriel—. Son universalmente aplicables y completamente inútiles por lo general. Pero en serio, Felicity, creo que deberías darle una oportunidad a esto. He visto cómo se te ilumina el rostro cuando hablas de él, incluso cuando estabas furiosa por todo el jaleo de lo de la filtración. Y por cómo describes su reacción hoy, parece que Alexander Reid siente lo mismo.

Felicity dejó que las palabras de Azriel se asentaran en ella. La ansiedad comenzó a ceder ante una sensación más cálida, más esperanzadora.

—Tienes razón —dijo—. Voy a darle una oportunidad. Voy a darnos una oportunidad.

Azriel aplaudió con entusiasmo.

—¡Excelente decisión! —exclamó—. Y ahora, como celebración, propongo que pidamos comida a domicilio, abramos esa botella de champán francés que he estado guardando para una ocasión especial en mi dormitorio, y me cuentes más detalles sobre Alexander Reid. Específicamente, necesito saber si ese trasero es tan firme como parece con sus trajes a medida.

Felicity se echó a reír.

Joder, era exactamente por eso por lo que amaba a Azriel: por su capacidad de hacerla reír, por su lealtad feroz, y por su manera de ver el mundo como un lugar lleno de posibilidades en lugar de obstáculos.

—El plan suena perfecto —accedió, empujándolo juguetonamente—. Y sí, el culo de Alexander Reid en tan firme como parece.

—Lo sabía —dijo Azriel con una sonrisa de plena satisfacción—. El ejercicio que hace todos los días en su gimnasio privado da sus frutos.

Los dos se echaron a reír.

CAPÍTULO 51

La mañana del lunes en Reid Enterprises transcurría con la eficiencia habitual.

El vestíbulo principal bullía de actividad mientras ejecutivos, asistentes y mensajeros cruzaban el suelo de mármol, cada uno absorto en sus propias obligaciones.

La característica fuente central, con su elegante diseño minimalista, proporcionaba un suave murmullo de fondo que contrastaba con el sonido de tacones y el zumbido de las conversaciones.

Felicity atravesó las puertas giratorias con una sonrisa en los labios.

—Buenos días —dijo al guardia de seguridad.

—Señorita Ashford —respondió él con un asentimiento cordial—. Temprano como siempre.

—Ya sabes lo que dicen: a quien madruga… Dios le proporciona café recién hecho —improvisó, ganándose una risa del hombre.

Lo que el guardia no sabía, lo que nadie en el edificio sabía, excepto las dos personas involucradas, era que Felicity había pasado el fin de semana entero en la mansión de Alexander Reid.

Cuarenta y ocho horas de descubrimiento mutuo, de

conversaciones hasta altas horas de la madrugada, de risas inesperadas y caricias que iban desde las tiernas hasta las apasionadas.

Cuarenta y ocho horas que habían cambiado todo y nada al mismo tiempo.

Porque ahora, al entrar en el ascensor para que la llevara al piso 70, Felicity tenía que hacer el cambio. De Felicity, la mujer que había despertado aquella misma mañana enredada entre las sábanas y los brazos de Alexander, a la señorita Ashford, la eficiente asistente personal del presidente y dueño de Reid Enterprises.

«Los límites tienen que estar claros», habían acordado la noche anterior, tumbados uno junto al otro mientras contemplaban el techo de la habitación de Alexander. «En la oficina somos jefe y asistente. Nada más.»

Parecía sencillo en teoría. En la práctica, mientras el ascensor subía velozmente y su estómago se llenaba de mariposas, anticipando verlo de nuevo (a pesar de haberse despedido de él apenas una hora antes), Felicity se preguntaba si habían subestimado el desafío.

Las puertas del ascensor se abrieron en el piso ejecutivo, que ya mostraba signos de actividad.

Felicity caminó hacia su escritorio con paso decidido, saludando a los pocos empleados que ya habían llegado.

Su escritorio estaba exactamente como lo había dejado el viernes: ordenado, funcional, con todo en su sitio. La única diferencia era el café con leche que esperaba junto a su teclado, en uno de esos vasos de cartón para llevar de la cafetería artesanal del SoHo, la favorita de Alexander, donde ella había recogido tantas veces su preciado café egipcio.

Un pequeño post-it amarillo estaba pegado al vaso:

«Buenos días. A las 7:15 en mi despacho. Revisión de agenda.»

La caligrafía precisa y ligeramente inclinada de Alexander era inconfundible.

Sonrió. Fui inevitable.

Felicity tomó el post-it, pasando los dedos por la tinta como si pudiera sentir a través de ella al hombre que la había escrito.

Un gesto simple, profesional a ojos de cualquiera que lo viera, pero que para ella contenía un universo de significados ocultos.

Sonrió para sí misma mientras encendía el ordenador y comenzaba a revisar los correos electrónicos acumulados durante el fin de semana.

Ninguno requería atención inmediata, lo que significaba que tenía tiempo para ordenar sus pensamientos antes de la «revisión de agenda».

A las 7:14, un minuto antes de la hora indicada, Felicity se levantó de su escritorio, alisó su falda negra de punto, comprobó que su blusa roja estuviera perfectamente abotonada, y cogió su tablet con la agenda del día.

Tomó una respiración profunda para centrarse, y llamó a la puerta del despacho.

—Adelante —llegó la voz de Alexander, profesional y neutra.

Felicity entró, cerrando la puerta tras ella con un suave *clic*.

Alexander estaba de pie junto a la ventana, contemplando el panorama de Manhattan que se extendía a sus pies. Vestía uno de sus trajes oscuros a medida, tan impecable que parecía recién salido de la sastrería, a pesar de que Felicity sabía perfectamente que se lo había puesto apresuradamente por la mañana, después de apurar al máximo los últimos minutos juntos, antes de que ella se marchara para ir a su piso a cambiarse.

—Buenos días, señor Reid —dijo, manteniendo un tono estrictamente profesional—. Aquí tiene la agenda del día.

Alexander se giró lentamente, y durante un segundo, solo un segundo, Felicity vio en sus ojos un destello de algo cálido, íntimo, que desapareció rápidamente tras su máscara imperturbable de presidente de la compañía.

—Gracias, señorita Ashford —respondió, caminando hacia su escritorio y sentándose—. ¿Qué tal el café?

—Delicioso, gracias —dijo Felicity, permitiéndose una pequeña sonrisa—. Muy considerado por su parte.

Un silencio se extendió entre ellos.

Felicity podía sentir su corazón acelerándose a pesar de sus mejores esfuerzos por mantener la compostura profesional.

—La agenda —recordó finalmente, aclarándose la garganta y mirando su tablet—. A las diez tiene la llamada con los inversores de Singapur. A las once y media, reunión con el departamento legal sobre la revisión de los contratos de la costa oeste. Almuerzo a la una con Victoria Zimmerman para discutir la estrategia para el proyecto Peterson.

Alexander asentía mientras ella hablaba, aparentemente concentrado en la información. Pero Felicity notó cómo sus ojos ocasionalmente se desviaban hacia sus labios, sus manos, sus pechos, la curva de su cuello donde esa mañana había reposado su boca.

—¿Y por la tarde? —preguntó él, con una voz ligeramente más ronca de lo habitual.

—Tiene dos horas programadas para revisar los informes trimestrales, seguidas de una videollamada con la filial de Londres a las seis —continuó ella, dando un paso adelante para mostrarle algo en la tablet—. Y aquí están los puntos clave que quería destacar.

Alexander se inclinó para mirar la pantalla, y de repente estaban

demasiado cerca.

El aroma de su colonia, ese perfume caro y sutil que Felicity había llegado a asociar con momentos de intimidad durante el fin de semana, invadió sus sentidos.

Intentó concentrarse en la agenda, pero era difícil cuando podía notar el calor que emanaba de Alexander, cuando recordaba tan vívidamente cómo era sentir su piel contra la suya.

—Excelente trabajo, como siempre —murmuró Alexander, y había algo en su tono que sugería que no estaba hablando solo de la agenda.

—Gracias, señor Reid —respondió ella, dando un paso atrás para recuperar algo de espacio y de cordura—. ¿Necesita algo más?

Alexander la miró directamente con sus penetrantes ojos azules. Hubo un momento de silencio, de tensión palpable, antes de que se levantara de la silla con un movimiento tan fluido como el de un tigre.

—Cierra la puerta con pestillo —dijo. Su voz se transformó de profesional a personal en un instante.

Felicity sintió un escalofrío recorrer su columna.

Sabía que debería recordarle sus propias reglas, los límites que habían establecido apenas unas horas antes. Pero en lugar de eso, se encontró caminando hacia la puerta y girando el pequeño pestillo.

Cuando se volvió, Alexander ya estaba a mitad de camino hacia ella, su expresión transformada completamente. La máscara del jefe implacable había desaparecido, reemplazada por una mirada de deseo apenas contenido que hizo que sus rodillas se debilitaran como si fueran de gelatina.

—Esto es muy poco profesional —susurró Felicity, aunque no hizo ningún intento de alejarse cuando él se detuvo a centímetros de distancia.

—Totalmente —afirmó él. Una sonrisa juguetona tiraba de la comisura de sus labios—. Podría incluso considerarse un abuso de autoridad.

—Es absolutamente inaceptable —continuó Felicity, incapaz de evitar que una sonrisa similar a la de Alexander se dibujara en su rostro—. Deberíamos informar a Recursos Humanos inmediatamente.

—O... —Alexander dio otro paso, eliminando el último medio metro que había entre ellos. Sus manos se posaron en la cintura de Felicity—, podríamos aprovechar estos cinco minutos antes de que comience oficialmente mi jornada.

—¿Se te ocurre alguna idea? —preguntó Felicity.

Alexander afirmó con la cabeza.

—Se me ocurre una.

No esperó que Felicity dijera nada más. Sus labios encontraron los de ella en un beso que combinaba la urgencia del deseo con la dulzura del reencuentro.

Las manos de Felicity, que había jurado mantener quietas, traicionaron su resolución y se deslizaron hasta su pecho, sintiendo los músculos definidos bajo la camisa perfectamente planchada.

El beso ganó profundidad, y durante un momento el mundo exterior desapareció. Sin más.

No existía Reid Enterprises, ni jerarquías empresariales, ni roles, ni la necesidad de mantener las apariencias. Solo ellos dos, descubriendo nuevamente la química que habían explorado durante el fin de semana.

Cuando sus bocas se separaron, la respiración de ambos era ligeramente entrecortada. Alexander apoyó la frente contra la de Felicity.

—Te he echado de menos —murmuró.

—Nos hemos visto hace menos de dos horas —le recordó Felicity, aunque su sonrisa revelaba que ella también le había echado de menos.

—Una eternidad —respondió él, robándole otro beso rápido antes de dar un paso atrás—. Pero ahora debo volver a ser el señor Reid, y tú la eficiente señorita Ashford.

Felicity lanzó un suspiro, intentando recomponer su expresión profesional mientras se alisaba la blusa.

—Por supuesto, señor Reid —dijo. Su tono ya sonaba formalmente neutral, aunque sus ojos avellana brillaban con una nota de diversión—. ¿Necesita algo más?

Alexander sonrió, con ese destello de complicidad que estaba reservado solo para ella.

—Por ahora no, señorita Ashford —respondió, volviendo hacia su escritorio—. Pero esté disponible. Podría necesitar su... asistencia en cualquier momento.

El doble sentido era imposible de ignorar, y Felicity notó un rubor subiendo por sus mejillas mientras se dirigía hacia la puerta.

—Como siempre, señor Reid —respondió, permitiéndose una última mirada cómplice antes de quitar el pestillo de la puerta y salir al mundo exterior, donde eran simplemente jefe y asistente.

Nada más.

Nada menos.

CAPÍTULO 52

La mansión de Alexander Reid en Westchester no era ostentosa en el sentido tradicional de las residencias de los ultrarricos.

No había fuentes ornamentadas, ni esculturas pretenciosas, ni una decoración que gritara «tengo más dinero del que podré gastar en cien vidas». En cambio, la propiedad exudaba un tipo de lujo más discreto y refinado: líneas limpias, espacios abiertos bañados con luz natural, materiales de la más alta calidad combinados con un diseño que priorizaba la funcionalidad y el confort sobre la exhibición.

Era viernes por la noche, y Felicity observaba la cocina con una mezcla de asombro y diversión. Para un hombre que probablemente no cocinara a menudo, Alexander poseía una cocina que habría hecho llorar de emoción a cualquier chef profesional.

Encimeras de mármol negro se extendían por todo el perímetro, electrodomésticos de acero inoxidable brillaban bajo la iluminación estratégicamente colocada, y una isla central del tamaño de su apartamento de Pittsburgh dominaba el espacio.

—¿Seguro que sabes usar todo esto? —preguntó con escepticismo, mientras Alexander sacaba unos cuantos ingredientes de la nevera.

Él le lanzó una mirada por encima del hombro como si se sintiera ofendido.

—Por supuesto que sí —respondió, colocando tomates, hierbas frescas, ajo y una botella de aceite de oliva sobre la encimera—. ¿Crees que compraría una cocina como esta si no supiera utilizarla?

Felicity arqueó una ceja.

—Sinceramente, sí —dijo con una sonrisa—. Me parece exactamente el tipo de cosa que un millonario compraría por su valor estético más que funcional.

Alexander se llevó una mano al pecho en un gesto de dolor (fingido, por supuesto). En el fondo tenía un lado teatral que Felicity no se esperaba y que le encantaba.

—Me hieres profundamente, Felicity —declaró, aunque sus ojos la miraban sin poder ocultar su diversión—. Quiero que sepas que puedo preparar al menos tres platos a la perfección.

—Impresionante —respondió ella, acercándose para examinar los ingredientes—. ¿Y cuáles son esos tres platos maestros?

—Pasta al pomodoro, que es lo que voy a hacer esta noche —comenzó él, sacando una tabla de cortar de uno de los armarios de la isla—. Un risotto de champiñones que aprendí durante un viaje a Milán. Y huevos revueltos con tostadas para emergencias.

Felicity no pudo evitar reír, encantada de ver ese lado de Alexander que tan pocos tenían el privilegio de conocer.

Durante la última semana había descubierto múltiples facetas de él que el Alexander Reid de la oficina mantenía cuidadosamente ocultas: su sentido del humor ácido, pero sorprendentemente juguetón, su pasión por los documentales de historia, y su costumbre de leer poesía antes de dormir, entre otras cosas.

Quién lo hubiera dicho, ¿eh?

—Muy bien, chef Reid —dijo, remangándose la camisa (una de las de él que había tomado prestada después de ducharse)—. ¿En qué puedo ayudar?

Alexander la miró.

Una sonrisa suave se dibujó en sus labios mientras observaba cómo la camisa, varias tallas más grande, caía sobre sus piernas, con las mangas dobladas varias veces para liberar sus manos.

—Puedes encargarte de picar los tomates —sugirió, pasándole un cuchillo que parecía diseñado para cortar moléculas, no verduras —. Yo me ocuparé del ajo y las hierbas.

Trabajaron en un cómodo silencio durante unos minutos. La única banda sonora era el sonido de los cuchillos contra las tablas de cortar y el ocasional tintineo de copas mientras Alexander servía el vino que había dejado airear, para que desarrollara sus aromas y sabores.

—Nunca te imaginé así —comentó Felicity, observándolo mientras picaba albahaca con sorprendente destreza.

—¿Así cómo? —preguntó él, sin levantar la vista de su tarea.

—Hogareño —respondió ella—. En la oficina siempre pareces tan... distante. Como si vivieras en una esfera diferente al resto de los mortales. Y sin embargo aquí estás, cortando ajo y discutiendo los méritos de la pasta fresca versus la seca como cualquier persona normal.

Alexander detuvo sus movimientos, pensando en sus palabras.

—Supongo que es parte del trabajo —dijo finalmente. Su tono se había vuelto más reflexivo—. Mantener cierta distancia. Crear esa imagen de inaccesibilidad.

—¿Por qué? —preguntó Felicity con curiosidad—. ¿Por qué es necesario?

Alexander tomó un sorbo de vino, como si necesitara un momento para ordenar sus pensamientos.

—Cuando asumí el control de Reid Enterprises tenía veinte años —comenzó, volviendo a su tarea, pero con movimientos más lentos,

más meditativos—. Mi padre acababa de morir, junto con mi madre, en ese accidente de avioneta. La empresa estaba en un momento crítico de expansión. Había tiburones por todas partes, dentro y fuera del consejo, esperando que el hijo inexperto cometiera un error para despedazarlo.

Felicity escuchaba en silencio, consciente de que Alexander estaba compartiendo algo profundamente personal. Habían hablado brevemente sobre su historia familiar durante el viaje a Boston, pero nunca con ese nivel de detalle.

—No podía permitirme mostrar debilidad ni vulnerabilidades —continuó—. No podía ser «solo un chico» tratando de llenar los enormes zapatos de William Reid. Tenía que ser más grande, más duro, más frío que cualquiera de ellos. Así que construí esa persona, esa versión de Alexander Reid que infundía respeto y un poco de temor. Ser el Diablo que dicen que soy.

Dejó el cuchillo y levantó la vista hacia Felicity. Sus ojos reflejaban una mezcla de nostalgia y resignación.

—Con el tiempo, supongo que se convirtió en una segunda naturaleza. Una armadura que nunca me quito completamente.

Felicity dejó su propio cuchillo, rodeó la isla y se acercó a él, cogiendo su rostro entre sus manos con ternura.

—Excepto ahora —dijo con dulzura—. Conmigo.

Alexander sonrió. Y el gesto, como siempre ocurría en él, cambió la expresión de su rostro, suavizando las líneas que años de responsabilidad prematura habían esculpido en él.

—Excepto ahora —aseveró, inclinándose para besarla brevemente—. Contigo.

El momento se extendió, íntimo y frágil, antes de que Alexander retomara su historia mientras ponía agua a hervir.

—Cuando murieron, perdí más que a mis padres —continuó—. Perdí la oportunidad de ser simplemente joven. De cometer errores

sin que costaran millones o afectaran a cientos de empleados. De explorar quién era yo fuera del legado Reid.

Felicity sintió un nudo en la garganta, imaginando a un jovencísimo Alexander de veinte años cargando de repente con el peso de un imperio.

—Debió de ser muy solitario —dijo, comprendiendo ahora mucho mejor al hombre que había tras la fachada.

—Lo fue —admitió Alexander, echando los tomates picados en una sartén con aceite caliente, donde chisporrotearon al contacto—. Aún lo es, a veces. Te acostumbras a mantener a la gente a distancia. A ser admirado, temido o envidiado, pero rara vez... te dejas conocer.

Revolvió la salsa con una cuchara de madera, aparentemente concentrado en la tarea, pero Felicity podía ver que estaba procesando emociones que quizás rara vez permitía que afloraran.

—Hasta que llegaste tú —añadió Alexander, tan suavemente que casi no lo escuchó sobre el burbujeo de la salsa—. Tú nunca pareciste intimidada por «el diablo de Alexander Reid». Incluso cuando eras solo mi asistente, siempre me miraste como a una persona, no como a un símbolo o una posición de poder.

Felicity sonrió, recordando sus primeros días en Reid Enterprises, y cómo había aprendido rápidamente a leer entre líneas, a ver más allá de la fachada fría con la se envolvía. Aunque a veces (muchas muchas veces) era imposible.

—Bueno, era difícil verte solo como «el jefe aterrador» cuando te oía tararear canciones de los 80 cuando creías que nadie estaba mirando —bromeó, aligerando el momento.

Alexander la miró con sorpresa.

—Yo no tarareo —protestó, aunque sabía que era cierto.

—Oh, sí lo haces —insistió Felicity, riendo—. *Take On Me* de A-ha es tu favorita cuando revisas informes financieros particularmente

aburridos.

Alexander sacudió la cabeza. Una risa escapó de su boca.

—Eres peligrosamente observadora, Felicity Ashford —dijo, echando la pasta en el agua hirviendo—. Tendré que ser más cuidadoso a partir de ahora con mis momentos musicales.

Felicity soltó una carcajada.

Mientras la pasta se cocía, se apoyaron uno junto al otro contra la isla de la cocina, copas de vino en mano.

El aroma del tomate, del ajo y la albahaca llenaba el aire, creando una atmósfera de intimidad casera que contrastaba con los techos altos y el diseño moderno.

—¿Y tú? —preguntó Alexander después de un momento—. Me has contado fragmentos sobre tu infancia, pero nunca la historia completa.

Felicity dio un sorbo a su vino, sin saber muy bien por dónde empezar.

—No es tan dramática como la tuya —advirtió—. No hay imperios empresariales ni responsabilidades aplastantes. Solo... ausencia, principalmente.

—Cuéntame —pidió él. Sus ojos la miraron atentos, interesados.

—Mi padre se fue cuando yo tenía cinco años —comenzó Felicity, mirando el profundo rojo de su vino—. Un día estaba ahí, y al siguiente simplemente... no. Dejó una nota para mi madre. Algo sobre necesitar encontrarse a sí mismo, sobre cómo la vida familiar lo estaba ahogando. Sin embargo, mi madre le había dado todas las alas posibles, pero al parecer no fueron suficientes.

La amargura en su voz era apenas perceptible, pero Alexander la captó.

Deslizó su mano sobre la de ella en un gesto silencioso de apoyo.

—Mi madre tuvo que hacer malabares con varios trabajos para mantenernos —continuó—. Mi abuela vivía con nosotras y ayudaba, pero también estaba envejeciendo. Hubo momentos en que la nevera estaba vacía, o en que mi madre tenía que decidir entre pagar la calefacción o comprar mis libros para la escuela.

Alexander la escuchaba sin interrumpir. Su pulgar trazaba círculos suaves sobre el dorso de su mano.

—Empecé a trabajar a los quince —dijo Felicity—. Primero cuidando niños en el vecindario, luego en una cafetería después de clases. En la universidad, trabajaba casi a tiempo completo mientras estudiaba. Fue... agotador. Pero también me enseñó mucho.

—Es por eso por lo que eres tan resiliente —observó Alexander —. Por lo que nunca te rindes.

Felicity asintió, sorprendida por su percepción.

—Supongo que sí —estuvo de acuerdo—. Cuando creces viendo a tu madre sacrificándolo todo, trabajando hasta caer exhausta solo para darte alguna oportunidad, aprendes que rendirse simplemente no es una opción.

Alexander comprobó la pasta, y escurrió una porción pequeña para probar su punto de cocción.

—Somos productos de nuestras historias, ¿no? —reflexionó, volviendo a la conversación—. Tú, determinada a no depender nunca de nadie, a ganarte cada centímetro de terreno. Yo, obsesionado con el control y la lealtad, porque una vez lo perdí todo en un instante.

—Y ambos, unos adictos al trabajo incorregibles —añadió Felicity con una sonrisa triste—. Tú, tratando de honrar constantemente el legado de tu padre. Yo, intentando asegurarme de que nunca tendré que preocuparme por no poder pagar las facturas.

Alexander la miró, con una intensidad que hizo que su corazón

se acelerara.

—Somos bastante iguales, ¿verdad? —dijo—. Dos personas rotas de maneras complementarias.

—Prefiero pensar que somos dos personas completas que simplemente entienden las grietas del otro —corrigió Felicity, sosteniéndole la mirada.

La sonrisa que se extendió por el rostro de Alexander fue como un amanecer: lenta, cálida, iluminando poco a poco cada rincón.

—Me gusta esa perspectiva —comentó, inclinándose para besarla suavemente.

CAPÍTULO 53

La cena, cuando la sirvieron, resultó sorprendentemente deliciosa.

La pasta estaba perfectamente al dente, la salsa equilibrada entre acidez y dulzura, y el vino complementaba maravillosamente el plato.

Comieron en el comedor contiguo a la cocina, con velas encendidas en el centro de la mesa a pesar de las protestas iniciales de Alexander de que era «excesivamente romántico». Pero a Felicity le dio igual. Lo ignoró y las encendió. No siempre había que hacer lo que Alexander Reid dijera.

Durante la cena hablaron de los recuerdos que tenían de su infancia, de los libros que habían leído recientemente. Alexander le habló de un documental sobre arquitectura antigua que había visto, y ella le contó la última locura de Azriel.

—No puedo creer que planeara aparecer en la oficina para «evaluar en qué punto estaba lo nuestro» —dijo Alexander, sacudiendo la cabeza con una mezcla de horror y diversión.

—Tuve que prometerle una descripción detallada de tu casa para disuadirlo —admitió Felicity, riendo—. Espero que no te importe que sepa el color exacto de tus cortinas.

—Mientras se mantenga lejos de mi armario, puedo vivir con

eso —respondió Alexander, y Felicity notó cómo su risa se había vuelto más frecuente, más libre, a medida que avanzaba la noche.

Después de la cena, trasladaron las copas de vino a la sala de estar.

Ese espacio tenía un aire más personal. Decenas de libros llenaban las estanterías que cubrían una pared entera, fotografías enmarcadas (sobre todo de paisajes, notó Felicity, casi ninguna de personas) adornaban las paredes, y un sofá de cuero negro que sí que parecía usado, invitaba a sentarse.

Se acomodaron juntos, Felicity acurrucada contra el costado de Alexander, su cabeza reposando en su hombro mientras él acariciaba su brazo.

—Nunca traigo a nadie aquí —dijo de repente. Su voz era como un suave rumor en el silencio de la habitación—. Este espacio... es solo mío.

Felicity levantó la vista, consciente del significado implícito que había en sus palabras.

—¿Y ahora? —preguntó.

Alexander la miró.

—Ahora es nuestro —respondió simplemente—. Si tú quieres.

En lugar de responder con palabras, Felicity se incorporó ligeramente para besarlo, intentando transmitir con ese gesto todo lo que sentía, pero que aún no estaba lista para articular.

El beso fue ganando intensidad, pasando de tierno a apasionado. Pronto las copas de vino quedaron olvidadas en la mesa mientras se exploraban uno a otro, como tantas veces habían hecho ya.

Felicity lo empujó ligeramente hacia atrás para sentarse a horcajadas encima de él.

Se miraron durante unos segundos.

Sin prisa.

Después volvieron a besarse, como si no hubiera un mañana, como si el mundo fuera a terminarse, como si fuera su ultimo día en la Tierra.

Más tarde, mucho más tarde, permanecían hechos un nudo entre las sábanas de la cama, tratando de que sus respiraciones se normalizaran.

Felicity trazaba con sus dedos los contornos del pecho de Alexander, maravillándose silenciosamente ante la naturalidad con la que habían encajado, como piezas de un rompecabezas que finalmente encontraban su lugar correcto.

—¿En qué estás pensando? —murmuró él, con sus manos enredadas en el cabello de Felicity.

—En lo surrealista que es todo esto —respondió ella con sinceridad—. Te di un beso en un tren sin saber que serías mi jefe. Cuando entré en tu despacho y te vi, pensé que no me contratarías. Y ahora...

—Y ahora estás en mi cama, usando una de mis camisas como pijama, y planeando quedarte todo el fin de semana en mi casa —terminó él. En su voz había una nota de asombro que reflejaba exactamente lo mismo que sentía Felicity.

—La vida es extraña —reflexionó ella, apoyando la barbilla sobre su pecho para mirarlo—. Y maravillosa, a veces.

—Definitivamente es maravillosa en este momento —comentó Alexander, con una sonrisa que le daba un aspecto juvenil, muy diferente del ejecutivo serio, muy diferente del «diablo» que el mundo conocía.

Un silencio cómodo se extendió entre ellos, roto solo por el suave tic-tac del reloj y el ocasional sonido del viento contra las ventanas.

Felicity casi pensó que Alexander se había quedado dormido cuando su voz, más juguetona de lo que jamás había escuchado, rompió la quietud.

—Entonces, señorita Ashford —dijo, imitando de forma exagerada su tono profesional—, ¿cómo evalúa mi comportamiento hasta ahora como jefe fuera de horario?

Felicity rio, siguiéndole el juego.

—Bueno, señor Reid —respondió, fingiendo seriedad—, debo decir que sus habilidades culinarias son aceptables, aunque su técnica de corte de verduras necesita refinamiento.

—¿Ah, sí? —Alexander arqueó una ceja. Sus ojos tenían un destello mordaz—. ¿Y qué hay de mis otras... habilidades?

Felicity hizo como que lo estaba considerando seriamente, como si estuviera valorando un informe.

—Mmmm… Superiores a la media en varios departamentos —afirmó con expresión profesional, sin embargo su mirada la traicionaba—. Aunque, bueno, siempre hay margen para mejorar con práctica adicional.

—¿Es su recomendación profesional, señorita Ashford? —preguntó él, sus manos comenzando a moverse de manera decididamente *no profesional* por su espalda—. ¿Más práctica?

—Es lo mínimo que puedo sugerir como su dedicada asistente —respondió ella, incapaz de mantener la fachada seria cuando él comenzó a dejar un rastro de besos por su cuello—. Estoy comprometida con su... continuo desarrollo. —Suspiró.

—Ya veo… —Alexander rio contra su piel. Un sonido que Felicity quería atrapar y guardar para siempre—. Tu dedicación es admirable —murmuró, rodando para colocarla debajo de él—. Creo que

mereces un aumento.

—Preferiría una compensación no monetaria —respondió ella, introduciendo los dedos en su pelo negro y atrayéndolo hacia abajo para besarlo.

La conversación se disolvió entre risas, suspiros y jadeos, hasta que volvieron a unir sus cuerpos como si fueran uno solo.

En la oficina seguirían siendo el implacable presidente y dueño de Reid Enterprises y su eficiente asistente personal. Pero ahí, en ese espacio que ahora era de ambos, podían simplemente ser Alexander y Felicity: imperfectos, vulnerables. Ellos mismos.

CAPÍTULO 54

El primer indicio de que algo andaba mal llegó a las 6:14 de la mañana de un miércoles aparentemente normal.

Felicity acababa de salir de la ducha cuando su teléfono comenzó a vibrar con una insistencia alarmante sobre la encimera del baño.

Al principio, pensó que debía ser Alexander, quizás con alguna emergencia laboral que requería su atención inmediata. Pero cuando cogió el móvil, envuelta en una toalla y con el cabello aún goteando, vio que tenía diecisiete notificaciones, todas de diferentes fuentes: llamadas perdidas de Azriel, mensajes de compañeros de trabajo, entre ellos uno de Eliza, alertas de Twitter, y varios titulares de noticias.

Uno de ellos captó su atención inmediatamente:

«ROMANCE EN REID ENTERPRISES: ¿MÉRITO O FAVORITISMO?»

Un escalofrío que nada tenía que ver con el agua fría recorrió su columna vertebral mientras abría la notificación con dedos repentinamente torpes.

La pantalla se llenó con lo que parecía ser un artículo de uno de esos blogs de chismes que se especializaban en el cotilleo de las altas esferas empresariales de Manhattan. Y allí, encabezando el artículo, estaba una fotografía que Felicity reconoció con horror.

Ella y Alexander.

En un compartimento de tren.

Besándose.

Joooder. Joooder. Joooder.

El mundo pareció detenerse mientras miraba fijamente la imagen. Era indiscutiblemente ella, con el cabello más corto que llevaba entonces, inclinada sobre Alexander, sus labios claramente unidos en lo que cualquier observador interpretaría como un beso apasionado. La fecha en la esquina inferior de la fotografía indicaba que había sido tomada unos cuantos meses, el día antes de hacer la entrevista con él.

—No, no, no... —murmuró, dejándose caer sobre el borde de la bañera mientras el pánico comenzaba a formarse en su estómago como un nudo apretado.

Con dedos temblorosos, desplazó la pantalla para leer el artículo:

«EXCLUSIVA: Hemos obtenido pruebas de una relación romántica entre el presidente de Reid Enterprises, Alexander Reid, y su asistente personal, Felicity Ashford, que se remonta a antes de su contratación.

¿Es casualidad que el día después de este encuentro íntimo, la señorita Ashford fuera nombrada para uno de los puestos administrativos más codiciados de Manhattan?

Fuentes cercanas a la empresa sugieren que este no sería el primer caso de favoritismo en Reid Enterprises, planteando serias dudas sobre la integridad de sus procesos de contratación y su cumplimiento con las políticas internas contra las relaciones entre

ejecutivos y subordinados...»

Felicity no pudo seguir leyendo.

El zumbido en sus oídos se intensificó, mientras intentaba procesar lo que estaba sucediendo.

¿Cómo era posible? ¿Quién podría haber hecho esa fotografía? Si lo que había sucedido aquel día había sido casualidad. Ella ni siquiera sabía que el hombre al que estaba besando era Alexander Reid, su futuro jefe. Y más importante aún, ¿quién la habría filtrado en ese momento, precisamente cuando su relación con Alexander comenzaba a afianzarse?

Su teléfono vibró nuevamente en su mano. Era una llamada de Alexander. Respiró hondo, intentando calmar el temblor de su voz antes de contestar.

—¿Lo has visto? —preguntó él sin preámbulos. Su voz era tensa y baja.

—Acabo de verlo —respondió Felicity, odiando el temblor que no pudo ocultar—. Alexander, ¿cómo...?

—No lo sé —la interrumpió él, y Felicity podía imaginarlo perfectamente, paseando por su despacho con esa energía contenida que siempre mostraba cuando algo amenazaba con salirse de su control—. Pero voy a averiguarlo. El equipo legal ya está en ello.

Un breve silencio se extendió a través del teléfono, cargado de un montón de preocupaciones.

—La fecha... —comenzó Felicity.

—Lo sé —dijo él—. Están insinuando que te contraté por... porque teníamos algo. —Su voz se endureció—. Es absurdo. Ni siquiera sabíamos quiénes éramos cuando ocurrió lo del beso.

Felicity cerró los ojos, agradecida por su defensa. Sin embargo, era muy consciente de cómo se vería desde fuera.

—Alexander, ¿quién hizo la puta foto? —lanzó—. Yo no sabía que tú eras la persona que me iba a entrevistar al día siguiente.

—Lo sé —respondió él—. No sé cómo pudieron sacarnos una foto.

Felicity se mordió el labio.

—¿Alguien te podía estar siguiendo? ¿Algún detective privado?

Alexander se quedó unos segundos pensando.

—Quizás… —respondió—. A veces las empresas de la competencia lo hacen para sacar los posibles trapos sucios de sus rivales.

—¿Crees que ha podido ser lo que te han hecho a ti?

—No lo había pensado, pero sí, es una posibilidad.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Felicity, intentando mantener la calma, tratando de ser práctica a pesar del pánico que amenazaba con asfixiarla.

Aquel asunto era más serio de lo que parecía. Ya no se trataba solo de unos cuantos rumores lanzados al azar y que solo circulaban por la Torre Reid.

Hubo una breve pausa antes de que Alexander respondiera, y algo en ese silencio hizo que el corazón de Felicity se encogiera.

—Marnie Hoffman me ha llamado —dijo al cabo de un rato, refiriéndose a la presidenta de la junta directiva—. Ha convocado una reunión de emergencia para esta mañana. A las nueve.

Felicity miró el reloj. Faltaban poco más de dos horas.

—¿Quieres que esté allí? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—No —respondió Alexander con demasiada rapidez—. Creo que es mejor que no vengas a la oficina hoy. Quédate en casa hasta que aclaremos esto.

Las palabras eran razonables, lógicas incluso, pero Felicity no pudo evitar sentir la primera punzada de algo frío y desagradable en su pecho. ¿La estaba protegiendo o apartando?

—De acuerdo —accedió, intentando no darle muchas vueltas en la cabeza—. Mantenme informada, por favor.

—Lo haré —prometió él—. Y Felicity... —Su voz se suavizó ligeramente— Todo va a salir bien. Resolveremos esto.

Pero incluso mientras Alexander pronunciaba esas palabras tranquilizadoras, Felicity detectó algo en su tono, una incertidumbre que rara vez mostraba.

Después de colgar, se quedó sentada en el borde de la bañera durante un rato, con la toalla aún envuelta alrededor del cuerpo, el agua goteando de su pelo olvidado. Su mente trabajaba frenéticamente, intentando recordar cada detalle de aquel día en el tren.

Había sido un momento de puro pánico e improvisación. Le habían robado el billete, el revisor se acercaba, y en un acto de desesperación, había besado al atractivo desconocido en traje que trabajaba tranquilamente junto a la ventana en uno de los compartimentos VIP del tren, esperando que la escena de aparente intimidad disuadiera al revisor de pedirle su billete. Solo después, al día siguiente, cuando se presentó a la entrevista de trabajo para la que había viajado a Nueva York, descubrió que el hombre era Alexander Reid, presidente y dueño de Reid Enterprises.

La coincidencia había sido absurda. Entre todos los pasajeros que había en el tren, ella había ido a elegir precisamente a su futuro jefe. Pero si algo tenía seguro era que el puesto de asistente personal de Alexander Reid lo había conseguido por méritos propios.

Dios sabía que sí.

De hecho, Alexander se las había hecho pasar putas los primeros días. Tan mal, que incluso ella había llegado a pensar que lo hacía para que renunciara y se fuera.

El teléfono volvió a vibrar, aquella vez con un WhatsApp de Azriel:

«LLÁMAME AHORA MISMO O VOLVERÉ A NUEVA YORK CORRIENDO, SI ES NECESARIO. NO ES UNA AMENAZA, ES UNA PROMESA.»

A pesar de todo, Felicity no pudo evitar esbozar una sonrisa débil. Si había una constante en su vida, era la lealtad melodramática de Azriel, que aquellos días se encontraba en Maryland, presentando su última colección de moda.

Marcó su número mientras finalmente se levantaba para vestirse.

—¡Por fin! —exclamó Azriel en cuanto respondió—. ¿Estás bien? Porque si necesitas que alguien cometa un asesinato con un accesorio de moda como arma, tengo varios tacones de aguja que podrían perforar un cráneo.

—Estoy... —Felicity dudó, porque ¿cómo estaba realmente?—. Estoy procesándolo.

Se dirigió a la habitación, puso el manos libre en el teléfono y lo dejó sobre la cómoda.

—¿Sabes quién filtró la foto? —preguntó Azriel—. Yo tengo sospechas muy específicas que involucran a cierta arpía con tendencia a los trajes monocromáticos demasiado ajustados.

—¿Isobel? —Felicity frunció el ceño mientras se ponía un pantalón de chándal y una camiseta suelta, su atuendo habitual para los días que estaba en casa—. ¿Por qué piensas que ha sido ella?

—¿Quién más tiene tanto que ganar con tu caída? —razonó Azriel—. Primero lo de Morgan Hargrove, ahora esto... Esa mujer tiene una vendetta personal contra ti que haría que las Kardashian

parecieran unas aficionadas en el arte de la venganza. Esa tía es una celosa patológica y enfermiza.

Felicity se detuvo, considerando su teoría.

Tenía sentido.

Isobel Winters había sido humillada cuando se había descubierto que Morgan Hargrove era el topo dentro de Reid Enterprises. Su plan de desacreditar a Felicity se había vuelto contra ella, y ahora que Felicity no solo había recuperado su puesto, sino que además mantenía una relación con Alexander...

—Pero ¿cómo ha conseguido esa foto? —pensó en voz alta—. Fue hace unos meses, en un tren cualquiera... Y fruto de la casualidad, tú ya sabes la historia.

—Querida, los ricos paranoides como Isobel Winters probablemente tienen detectives privados siguiendo a sus competidores 24/7 —respondió Azriel con un bufido.

—Eso mismo he pensado yo, que alguien estaba siguiendo a Alexander y que el universo confabuló para que ocurriera lo que ocurrió.

—El universo puede ser muy hijo de puta a veces —apuntó Azriel—. Aunque tú le has ayudado bastante, no se puede ir por ahí besando a desconocidos —bromeó.

—Yo ni siquiera sabía que se trataba mi futuro jefe —dijo Felicity.

—Bueno, la verdadera pregunta en este momento es por qué esa arpía ha esperado hasta ahora para usarla.

—Porque ahora es cuando puede hacer el máximo daño posible —murmuró Felicity. Y de pronto lo entendió todo—. No solo a mí, sino a Alexander y a Reid Enterprises.

—Exactamente —aseveró Azriel—. ¿Qué ha dicho Alexander al respecto?

Felicity le contó la breve conversación que había tenido con él y la reunión de emergencia con la junta directiva.

—Mmmm —el sonido de Azriel destilaba escepticismo—. ¿Y te ha pedido que te quedaras en casa? ¿En vez de que fueras a defender tu honor y a explicar que ese beso fue básicamente una maniobra de supervivencia?

La duda que Azriel estaba sembrando encontró tierra fértil en los propios temores de Felicity.

—Supongo que quiere manejar esto él mismo, ya lo conoces —respondió, intentando sonar más convencida de lo que realmente estaba—. Es su empresa, después de todo.

—Y tú eres su pareja —señaló Azriel.

El comentario golpeó a Felicity con más fuerza de la que esperaba.

Sí, ella y Alexander habían estado construyendo algo durante las últimas semanas. Algo que era real, profundo. Pero ahora que se enfrentaban a la primera crisis pública, ¿dónde quedaba realmente ella en sus prioridades?

—Es complicado —dijo, y odiaba esa frase, porque sonaba como una excusa, como una evasión, como si no quisiera ver la realidad. Lanzó un suspiro y se pasó la mano por la frente—. No sé qué pensar… Estoy muy confundida.

—Oh, cariño —la voz de Azriel se suavizó—. Por suerte voy a coger ya el avión para Nueva York. En una hora estaré allí. Necesitas compañía y una buena dosis de café extrafuerte mientras vemos que es lo que pasa.

Felicity quiso protestar, decir que estaba bien sola, pero la verdad era que la perspectiva de pasar el día sola, revisando obsesivamente las noticias y esperando una llamada de Alexander, sonaba terrible.

—Gracias —dijo—. Te estaré esperando.

CAPÍTULO 55

La reunión de la junta directiva de Reid Enterprises se llevó a cabo en la sala de conferencias principal. Un espacio intimidante con ventanales del suelo al techo que ofrecía vistas panorámicas de Manhattan.

En circunstancias normales, Alexander apreciaba esas vistas como un recordatorio del alcance y la influencia de la empresa que había heredado y expandido. Ese día, sin embargo, la vastedad de la ciudad solo servía para hacerle sentir extrañamente expuesto, como si millones de ojos estuvieran observando cada uno de sus movimientos.

Los doce miembros de la junta ya estaban sentados alrededor de la enorme mesa de nogal cuando él entró. Las conversaciones en voz baja cesaron abruptamente, reemplazadas por un silencio tenso.

Marnie Hoffman, la presidenta de la junta, una mujer de sesenta y tantos años con un estilo impecable y una mirada que podía atravesar el acero, fue la primera en hablar.

—Alexander —dijo, sin molestarse con saludos preliminares—. Supongo que sabes por qué estamos aquí.

Alexander asintió, tomando su lugar en la cabecera de la mesa. Había ensayado aquel momento durante el trayecto a la oficina, preparando argumentos, construyendo defensas. Pero ahora, frente a los rostros severos de las personas que técnicamente tenían el

poder de destituirlo, sintió una momentánea vacilación.

—Por la fotografía —respondió simplemente—. Y las insinuaciones que la acompañan.

—Insinuaciones es una forma amable de decirlo —intervino Ronan Brown, un veterano de la junta conocido por su conservadurismo—. Los medios están sugiriendo claramente que contrataste a tu amante para un puesto de alta confianza, violando explícitamente nuestras políticas contra las relaciones entre superiores y subordinados, por el conflicto de intereses que representa.

Alexander mantuvo su expresión neutral, aunque sintió que su mandíbula se tensaba.

—Esa interpretación es incorrecta —dijo con voz firme—. La fotografía fue tomada antes de que la señorita Ashford trabajara para Reid Enterprises, en circunstancias fruto de la casualidad. Por aquel entonces ni siquiera nos conocíamos.

Procedió a explicar brevemente el incidente del tren, consciente de que la historia sonaba algo surrealista, casi como una excusa que se había inventado en el momento. Algunos miembros de la junta intercambiaron miradas escépticas.

—Incluso si aceptamos esa... peculiar explicación —dijo Marnie, entrecruzando sus dedos encima de la mesa—, eso no aborda el tema principal: tu actual relación sentimental con tu asistente personal.

Así que lo sabían.

Alexander se preguntó brevemente cómo, aunque supuso que, en un edificio lleno de ejecutivos ambiciosos y empleados observadores, era inevitable que alguien notara los cambios en la relación con Felicity, aunque fueran muy sutiles.

O quizá alguien estaba vertiendo de nuevo rumores por ahí.

—Mi relación personal con la señorita Ashford comenzó hace

poco —admitió, optando por la sinceridad—. Mucho después de que demostrara sobradamente su valía profesional.

Lawrence Davidson, el miembro más joven de la junta, dejó escapar un resoplido.

—¿Y esperas que la gente crea eso cuando vea la fotografía? —preguntó, deslizando una tableta hacia el centro de la mesa, donde se mostraba el artículo con la imagen del beso—. La percepción es la realidad en este negocio, Alexander, y la percepción actual es que Reid Enterprises está dirigida por un CEO que premia servicios personales con puestos de trabajo.

Alexander sintió que la ira comenzaba a burbujear bajo su fachada de calma. El tono condescendiente de Keller, la forma en que había insinuado algo sórdido sobre su relación con Felicity... Tuvo que respirar hondo para mantener el control.

—La percepción puede manipularse —respondió con voz deliberadamente lenta—. Y eso es exactamente lo que está sucediendo aquí. Esto es un ataque calculado, probablemente orquestado por Isobel Winters en venganza por el incidente con Morgan Hargrove.

Varios miembros de la junta parecieron considerar esa posibilidad, pero Marnie sacudió la cabeza.

—El origen es irrelevante en este momento —dijo—. El daño ya está hecho. La pregunta ahora es cómo mitigarlo.

Un silencio pesado cayó sobre la sala mientras todos procesaban las implicaciones de sus palabras.

Alexander conocía bien ese silencio; era el que precedía a una decisión difícil que nadie quería ser el primero en pronunciar.

Finalmente, fue Victoria Zimmerman, la directora jurídica, quien habló:

—Desde una perspectiva legal y de relaciones públicas, veo solo dos caminos viables —dijo, con la precisión clínica que la

caracterizaba—. O la señorita Ashford es reasignada a un puesto donde no trabaje directamente contigo, lo cual también supone un problema, dado su conocimiento íntimo de tus asuntos profesionales y personales, o debe dejar la empresa.

Alexander sintió como si el suelo se inclinara ligeramente bajo sus pies. Había anticipado aquella solución, por supuesto, pero escucharla expresada de una manera tan fría hizo que algo se retorciera en su pecho.

—Eso es extremo —protestó, intentando mantener su voz firme —. Felicity Ashford es una profesional excepcional cuya contribución a Reid Enterprises ha sido invaluable. Destituirla basándonos en un ataque personal sería no solo injusto sino estratégicamente un error.

—No se trata solo de estrategia —intervino Ronan Brown—. Se trata de los valores fundamentales de esta empresa. Tú mismo implementaste políticas estrictas contra las relaciones entre superiores y subordinados, Alexander, y has despedido a varias personas por ello. ¿Cómo se verá que el presidente de la compañía sea el primero en violarlas?

—Las circunstancias son excepcionales —insistió Alexander—. Y esas políticas existen para proteger a los empleados de coerción o favoritismo. Ninguno de los dos casos se aplica aquí.

Marnie Hoffman observaba el intercambio con los ojos entrecerrados, evaluando no solo los argumentos, sino también la intensidad con la que Alexander defendía a Felicity. Finalmente, levantó una mano para detener la discusión.

—Las acciones han caído un 13.7% desde que la noticia se hizo pública hace apenas cuatro horas —dijo. Su voz era tranquila pero implacable—. Tres de nuestros inversores principales han llamado expresando su preocupación. El departamento de relaciones públicas está siendo bombardeado con cientos de comentarios. Esta no es una situación que podamos permitirnos dejar sin resolver.

Alexander sintió que se tensaba, anticipando lo que vendría a

continuación.

—La junta está de acuerdo en que la señorita Ashford debe dejar su puesto como tu asistente personal, con efecto inmediato —continuó Marnie—. Se le puede ofrecer una generosa indemnización y excelentes referencias, pero su presencia en Reid Enterprises, especialmente tan cerca del despacho del presidente, se ha vuelto insostenible.

Las palabras cayeron como piedras en el estómago de Alexander. Miró alrededor de la mesa, buscando algún aliado, alguna expresión de duda, pero solo encontró rostros resueltos que reflejaban la decisión ya tomada.

—Estáis pidiéndome que despida a una empleada ejemplar basándome en una fotografía sacada de contexto y rodeada de rumores maliciosos —dijo, sin molestarse en ocultar su frustración.

—Estamos pidiéndote que protejas a Reid Enterprises —corrigió Marnie—. Que pongas los intereses de miles de empleados, accionistas e inversores por encima de tu situación personal. Como siempre has hecho, Alexander. Como haría tu padre.

Aquellas últimas palabras lo golpearon de lleno.

«Como siempre has hecho. Como haría tu padre.»

Era cierto.

Desde que había asumido el control de la empresa a los veinte años, Alexander había subordinado contantemente sus deseos y necesidades personales al bien de Reid Enterprises. Era lo que su padre habría esperado. Lo que se esperaba del heredero Reid.

Pero ahora, por primera vez, esa expectativa chocaba directamente con algo (alguien) que había llegado a querer de una manera que no había esperado.

Felicity no era solo una relación casual. Era la primera persona en años con quien se había permitido ser vulnerable, con quien había compartido todo. Sus miedos, sus esperanzas, sus recuerdos.

Con quien había sido él mismo.

Sin capas. Sin artificios.

Y ahora le pedían que la sacrificara en el altar del deber.

—Necesito tiempo para considerarlo —dijo finalmente. Su voz se escuchó más baja de lo que pretendía—. Y para hablar con la señorita Ashford —añadió.

—Por supuesto —concedió Marnie—. Pero no tienes demasiado tiempo, Alexander. Cada hora que pasa sin una respuesta clara de Reid Enterprises es otra hora en que nuestra reputación sufre… y nuestros intereses también.

La reunión se disolvió poco después, dejando a Alexander solo en la enorme sala de conferencias.

Se quedó allí durante un rato, contemplando la ciudad que se extendía bajo él, sintiéndose, por primera vez en mucho tiempo, verdaderamente atrapado.

Felicity iba por su tercera taza de té (había rechazado el café que Azriel insistía que era necesario para «crisis de proporciones épicas», pero ella no quería subirse por las paredes) cuando su teléfono vibró con un WhatsApp de Alexander:

Alexander: ¿Podemos vernos? Necesito hablar contigo en persona.

Tan simple, tan directo y, sin embargo, algo en la formalidad del mensaje hizo que un escalofrío recorriera su espalda.

—¿Y bien? —preguntó Azriel, que había estado monitoreando las redes sociales y los blogs de chismes del país desde su llegada—. ¿Noticias del frente?

—Quiere verme —respondió Felicity, mostrándole el mensaje—. En persona.

Azriel frunció el ceño.

—¿En la oficina?

Felicity negó con la cabeza.

—No especifica dónde.

Tecleó rápidamente una respuesta:

Felicity*:* Por supuesto. ¿Dónde?

La respuesta llegó casi inmediatamente:

Alexander: ¿En el parque cerca de tu apartamento? En media hora.

Un lugar público.

Neutral.

No en su oficina, no en su casa, no en los espacios que habían compartido. El nudo en el estómago de Felicity se apretó.

—No me gusta cómo suena esto —comentó Azriel, leyendo por encima de su hombro—. Si fuera a darte buenas noticias, te invitaría a su despacho o a su casa, no a un banco de un parque donde cualquiera podría veros u oíros.

—No saques conclusiones tan rápidas —dijo Felicity, aunque ella

misma estaba pensando exactamente lo mismo—. Quizás solo quiere evitar más cotilleos si nos ven juntos en la oficina.

Azriel la miró con una mezcla de escepticismo y preocupación.

—Solo prométeme que, si te despide, me dejarás poner laxante en su café la próxima vez que vaya a hacer la prueba de vestuario para el reportaje de Fortune.

A pesar de todo, Felicity no pudo evitar sonreír.

—Prometido —dijo, levantándose para cambiarse de ropa—. Aunque espero que no sea necesario.

Pero mientras se ponía unos vaqueros y un jersey sencillo de lana de color rosa, intentando parecer casual pero presentable, Felicity no podía sacudirse la sensación de que se estaba preparando, no para una conversación, sino para una despedida.

El parque estaba relativamente tranquilo a media mañana de un día laborable. Algunos padres con niños pequeños, varios corredores, una pareja de ancianos alimentando a las palomas.

Alexander ya estaba allí cuando ella llegó, sentado en un banco parcialmente oculto por un grupo de árboles. Seguía vistiendo el traje que se había puesto aquella mañana para la reunión con la junta, pero su corbata estaba aflojada y tenía un aspecto cansado que Felicity rara vez había visto en él.

Se levantó cuando la vio acercarse, y por un momento pareció que iba a abrazarla, pero luego se contuvo, limitándose a hacer un gesto hacia el banco.

—Gracias por venir —dijo. Su tono era formal, controlado.

Felicity se sentó, manteniendo una distancia prudencial entre ellos, repentinamente consciente de que podrían estar siendo observados, o fotografiados otra vez.

—¿Cómo fue la reunión? —preguntó directamente, decidiendo que no tenía sentido andarse con rodeos.

Alexander lanzó un suspiro, y se pasó una mano por el pelo dejando entrever su frustración.

—Tan bien como cabía esperar —respondió—. La junta está... preocupada por las implicaciones.

—¿Implicaciones? —repitió Felicity, sintiendo que su estómago se tensaba—. ¿Te refieres a mi supuesta contratación a cambio de favores sexuales?

Las palabras salieron más mordaces de lo que pretendía, pero la formalidad de Alexander, la distancia que estaba manteniendo, estaban alimentando un miedo que crecía poco a poco en su interior.

—Saben que eso no es cierto —respondió él rápidamente—. Les he explicado la situación real, lo del tren, cómo fue tu contratación.

—Pero no te creyeron —adivinó Felicity, observando cuidadosamente su expresión.

Alexander desvió la mirada hacia un grupo de niños que jugaban unos metros por delante de ellos.

—No es cuestión de que lo crean o no —dijo—. Es cuestión de percepción pública. De la imagen de la empresa. De las políticas internas que yo mismo implementé.

Felicity sintió que algo frío se instalaba en su pecho.

—¿Qué están pidiendo exactamente? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

Alexander se volvió hacia ella, y en sus ojos Felicity vio un conflicto, una lucha interna que nunca antes había presenciado en él.

—Quieren que dejes tu puesto como mi asistente personal —dijo finalmente. Cada palabra que pronunciaba parecía costarle un esfuerzo—. Con efecto inmediato.

Aunque lo esperaba, escucharlo en la voz de Alexander fue como un golpe físico.

Felicity se encontró sin saber qué decir, intentando procesar lo que aquello significaba realmente.

—¿Y tú? —preguntó. Su voz salió como un sonido apenas audible—. ¿Qué quieres tú, Alexander?

Él cerró los ojos brevemente, como si la pregunta le causara un dolor físico.

—Lo que quiero no es relevante en este momento —respondió, y la seriedad en su tono hizo que Felicity sintiera como si una pared invisible se estuviera levantando entre ellos. Ya no tenía delante a Alexander, sino al implacable y temido Alexander Reid—. Tengo responsabilidades hacia Reid Enterprises, hacia miles de empleados cuyos medios de vida dependen de la estabilidad y reputación de la empresa.

—Así que vas a despedirme —dijo Felicity. Era una afirmación, no una pregunta.

—Te ofreceremos una generosa indemnización —respondió él, como si eso, de alguna manera, mitigara el golpe—. Y por supuesto, las mejores referencias para cualquier empleo que busques.

Felicity dejó escapar una risa sin humor.

—Referencias. Claro. Porque eso es exactamente lo que necesito después de que los medios me hayan retratado como alguien que se acuesta con su jefe para obtener ventajas profesionales. Vamos, que soy poco menos que una puta.

Alexander pareció encogerse ligeramente ante la dureza de sus palabras.

—Felicity, yo no quiero esto —dijo. Su voz finalmente pareció quebrarse un poco, revelando al hombre detrás de la fachada de presidente de Reid Enterprises—. Si hubiera otra manera...

—Siempre hay otra manera —lo interrumpió ella. La frustración que había en su interior estalló—. Podrías defenderme. Podrías defender nuestra relación. Nuestro amor. Podrías decirles que no vas

a sacrificar a alguien que no ha hecho nada malo solo para apaciguar rumores y proteger el precio de las acciones.

Su voz se elevó unas cuantas octavas, y una pareja que pasaba cerca los miró con curiosidad. Felicity se obligó a bajar el tono, aunque la rabia seguía burbujeando dentro de ella.

El silencio lo invadió todo, incluso el parque, a pesar de estar al aire libre y tener una ciudad entera a su alrededor.

—Pero no lo harás, ¿verdad? —continuó Felicity, más suavemente, pero no con menos vehemencia—. Porque al final del día, Reid Enterprises siempre será tu prioridad número uno. Siempre elegirás a la empresa. Por encima de todo.

«Por encima incluso de las personas», pensó para sí misma.

Alexander la miró, y durante un instante, Felicity vio toda la lucha interna que estaba experimentando reflejada en sus ojos azules. Pero entonces, como había observado tantas veces antes, su expresión se endureció, volviendo a la máscara de CEO implacable.

—No es tan simple —dijo.

—De hecho, sí. Es muy simple —respondió Felicity, notando de repente una claridad repentina y dolorosa—. No tienes que despedirme, Alexander. Renuncio.

Se levantó del banco. Tenía las piernas sorprendentemente firmes considerando el torbellino de emociones y nervios que sentía por dentro.

—Felicity, por favor. —Alexander también se puso de pie, extendiendo una mano hacia ella—. No tiene por qué terminar así. Nuestra relación personal puede continuar mientras encontramos una solución a la situación laboral.

Ella lo miró, sorprendida por su sugerencia.

—¿Realmente crees que podría seguir viéndote después de esto? —preguntó, dando un paso hacia atrás—. ¿Después de que

me dejes caer al primer signo de dificultad? ¿De que elijas proteger a la empresa en lugar de a mí, en lugar de a nosotros? ¿En lugar de lo que tenemos?

—No estoy eligiendo —protestó Alexander, aunque su voz carecía de convicción—. Estoy intentando encontrar un equilibrio, una solución que funcione para todos.

—No hay equilibrio posible en esta situación —respondió Felicity, sintiendo que las lágrimas amenazaban con formarse en sus ojos, pero negándose firmemente a dejarlas caer. Joder, no iba a llorar—. O me defiendes, nos defiendes, o no lo haces. Y has dejado muy claro cuál es tu elección. —Lanzó un suspiro al aire—. Contigo siempre es lo mismo, siempre actúas igual. Cuando empezaron a surgir los rumores te distanciaste, cuando hubo la filtración pensaste sin dudar que había sido yo… —La voz de Felicity sonaba cansada.

Alexander se quedó en silencio, y aquella falta de respuesta fue más elocuente que cualquier palabra que pudiera haber pronunciado.

—Enviaré mi carta de renuncia oficial esta tarde —dijo Felicity, sorprendida por la calma en su propia voz cuando por dentro sentía que se estaba desmoronando, que se estaba rompiendo en pedazos —. No será necesaria una indemnización, ya que estoy renunciando voluntariamente. En cuanto a las referencias... —Hizo una pausa, tragando el nudo en la garganta—…, puedes ahorrártelas. Dudo que cualquier recomendación de Reid Enterprises tenga algún valor en este momento.

Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y comenzó a alejarse. Cada paso suponía un esfuerzo consciente para no mirar atrás, para no correr, para mantener la dignidad que le quedaba.

—Felicity. —La voz de Alexander la alcanzó. Una llamada final que contenía todo lo que no había dicho, lo que no se atrevía a decir.

Ella se detuvo brevemente, pero no se volvió.

Si se volvía…

—Adiós, Alexander —dijo, lo suficientemente alto para que él pudiera oírla.

Y luego continuó caminando, dejando atrás no solo a un hombre, sino también las esperanzas y sueños que había empezado a construir con él.

Solo cuando estuvo segura de que estaba fuera de su vista, protegida por un grupo de árboles, permitió que las primeras lágrimas cayeran.

Enfadada consigo misma por llorar, se pasó la mano con fuerza por las mejillas humedecidas.

Una vez más, se encontraba sin trabajo y con la reputación en entredicho. Pero en aquella ocasión era peor el dolor del corazón.

Alexander Reid había elegido lo que siempre elegiría: la empresa que era su legado.

Su responsabilidad.

Su identidad misma.

Y ella, como tantas otras cosas en su vida, había terminado siendo sacrificada.

CAPÍTULO 56

El trayecto desde el parque hasta su apartamento quedó grabado en la memoria de Felicity como una secuencia borrosa de calles, semáforos y rostros anónimos.

Caminó en piloto automático, con la mirada fija en el pavimento, evitando el contacto visual con cualquier transeúnte que pudiera notar sus ojos enrojecidos y las lágrimas que ocasionalmente escapaban a pesar de sus esfuerzos por contenerlas.

Había mantenido la compostura frente a Alexander. No le había dado la satisfacción de verla derrumbarse, de confirmar que era solo otra empleada que había confundido los límites profesionales. Pero ahora, con cada paso que la alejaba de él, sentía que las defensas que había construido comenzaban a agrietarse, amenazando con colapsar por completo.

Al llegar al edificio, le llevó tres intentos introducir correctamente la llave en la cerradura de la puerta principal. Las manos le temblaban y la visión estaba nublada por las lágrimas que ya no podía contener. El ascensor, por suerte, estaba vacío, permitiéndole apoyarse contra la pared y respirar profundamente, intentando recobrar algo de control antes de enfrentarse a Azriel.

La puerta del *loft* se abrió antes de que pudiera meter la llave. Azriel debía haber estado vigilando por la ventana, esperando su regreso.

—Felicity... —comenzó, pero se interrumpió al ver su rostro.

No hicieron falta palabras.

Azriel abrió los brazos y Felicity se desplomó en ellos, como un edificio cuyos cimientos finalmente ceden bajo demasiada presión.

El primer sollozo que escapó de su garganta sonó casi como un gemido de dolor físico, seguido rápidamente por otro, y otro, hasta que estaba llorando de tal manera que apenas podía respirar.

Azriel la sostuvo con firmeza, mientras la guiaba suavemente hacia el interior del apartamento, cerrando la puerta tras ellos con el pie.

—Está bien, déjalo salir —murmuró contra su pelo—. Estoy aquí. Estoy aquí.

Durante lo que parecieron horas (pero que probablemente fueron solo minutos), Felicity lloró sin restricciones, aferrada a la camisa de Azriel como si fuera su único ancla en un mundo que de pronto se había vuelto irreconocible.

Lloró por el trabajo que había perdido, por la confianza traicionada, pero sobre todo, lloró por Alexander, por lo que había creído que tenían, por lo que había esperado que pudieran construir juntos.

Cuando finalmente los sollozos se calmaron lo suficiente para permitirle hablar, Azriel la condujo al sofá, donde se sentaron uno al lado del otro.

Él no la soltó, manteniendo un brazo protector alrededor de sus hombros, mientras Felicity intentaba recomponerse para explicar lo que había sucedido.

—Ha elegido la empresa —dijo finalmente. Su voz estaba ronca por el llanto—. Como siempre. Como sabía que haría, en el fondo.

Azriel le ofreció un pañuelo de tela (porque por supuesto que llevaba uno, perfectamente planchado y doblado en el bolsillo de su

camisa).

—¿Qué dijo exactamente? —preguntó. Su tono era suave, desprovisto de su habitual dramatismo.

Felicity se sonó la nariz. La elegancia completamente olvidada en medio de su miseria.

—Dijo que la junta quiere que deje mi puesto —respondió. Las palabras salían entrecortadas entre las respiraciones temblorosas—. Con efecto inmediato. Por el bien de la empresa. Por la imagen pública. Por las políticas que él mismo implementó.

Soltó una risa amarga que sonó más como otro sollozo.

—Me ofreció una «generosa indemnización» y «excelentes referencias» —continuó, haciendo comillas con los dedos—. Como si eso compensara el hecho de que básicamente está permitiendo que me retraten como una puta, como alguien que consiguió su trabajo acostándose con el jefe. Por mi parte se pude meter ambas cosas por el… —Se calló de golpe.

Las lágrimas amenazaban con volver, y Felicity tomó una respiración profunda, intentando controlarlas.

—Le dije que renunciaba —añadió—. No voy a darle la satisfacción de despedirme.

Azriel apretó su hombro en un gesto de apoyo.

—¿Y qué hay de... vuestra relación? —preguntó cuidadosamente.

La pregunta fue como arrancar una venda de una herida recién hecha. Felicity sintió que su rostro se contraía en una nueva ola de dolor.

—Tuvo el atrevimiento de sugerir que nuestra relación personal podría continuar mientras encontrábamos una solución a la situación laboral —respondió. La incredulidad teñía sus palabras—. Como si yo pudiera separar tan fácilmente las cosas. Como si pudiera seguir

viéndolo después de que me haya dejado caer así.

No pudo contener más las lágrimas. Volvieron de nuevo con intensidad, sacudiendo sus hombros mientras las palabras seguían saliendo entre sollozos.

—Siempre elige la empresa, Azriel —dijo. El dolor se transformó en ira—. Siempre. Tenía que haberme defendido ante la junta directiva. Tenía que habernos defendido. Si realmente me... Si realmente le importara, habría luchado por mí.

Azriel la abrazó, permitiéndole desahogarse.

—Lo sé, cariño —murmuró—. Lo sé.

—Lo peor es que yo realmente creía que lo nuestro era... especial —continuó Felicity. Las palabras empezaron a salir de sus labios en un torrente imparable—. No fue solo una aventura de oficina o una noche casual. Al menos no para mí. Fue... —se interrumpió, como si la palabra fuera demasiado grande, demasiado frágil para pronunciarla.

—Amor —completó Azriel con suavidad.

Felicity asintió, incapaz de hablar mientras un nuevo pensamiento la golpeaba con fuerza.

—Pero quizás solo fue para mí —dijo—. Quizás por eso no me defendió. Porque para él no significaba lo mismo.

Se apartó ligeramente para mirar a Azriel. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, y en aquel momento también llenos de una dolorosa claridad.

—Dios, he sido una estúpida —dijo, sacudiendo la cabeza—. La típica idiota que piensa que su jefe millonario se va a enamorar de ella. Un puto cliché andante.

Azriel frunció el ceño, tomando su rostro entre sus manos.

—Escúchame, Felicity Ashford —dijo con firmeza—. No eres una estúpida. No eres un cliché. Eres una chica brillante, generosa y

extraordinaria que cometió el error de enamorarse de alguien que no estaba a la altura.

Felicity intentó apartar la mirada, pero Azriel mantuvo sus manos firmes, obligándola a enfrentar sus palabras.

—Y si Alexander Reid no puede ver eso, si no puede valorar lo que tiene contigo lo suficiente como para luchar por ello, entonces es él quien no te merece. No al revés.

Algo en la vehemencia de sus palabras, en la absoluta convicción con que las pronunciaba, hizo que Felicity se detuviera.

El llanto cesó momentáneamente mientras procesaba lo que Azriel le estaba diciendo.

—Pero él es... —comenzó.

—¿Un CEO poderoso? ¿Un multimillonario? ¿Un hombre con un vestidor que probablemente vale más que mi apartamento entero? —la cortó Azriel, añadiendo una chispa de su habitual sarcasmo—. ¿Y qué? Nada de eso lo hace merecedor de ti automáticamente.

Soltó su rostro y se recostó en el sofá, pasándose una mano por el pelo azul en un gesto de frustración.

—De hecho, lo que acaba de hacer demuestra exactamente lo contrario, Felicity —continuó—. Te descartó ante la primera señal de presión. Te trató como a una complicación que necesitaba ser gestionada, no como a alguien que realmente le importara.

Felicity se quedó en silencio, dejando que las palabras de Azriel se asentaran.

Había verdad en ellas, por dolorosa que fuera.

Alexander no había luchado por ella, no realmente. Había calculado los riesgos y los beneficios, como hacía con todas las decisiones empresariales, y ella había salido perdiendo en la ecuación.

De repente, un pensamiento atravesó su mente, haciendo que

se llevara una mano a la boca.

—Oh, Dios —murmuró—. Mi madre. ¿Cómo voy a contarle todo esto a mi madre?

Azriel la miró con comprensión, tomando su mano entre las suyas.

—Se puso tan contenta cuando las cosas se resolvieron... —continuó Felicity—. Y ahora tengo que llamarla y decirle que no solo he perdido mi trabajo, sino que además he estado liada con mi jefe y que todo me ha explotado en las narices de la peor manera posible.

Un nuevo sollozo escapó de su garganta mientras imaginaba la conversación; la preocupación y el dolor en la voz de su madre, el peso de tener que explicar cómo había terminado exactamente en la situación que Aurora probablemente más temía para ella.

—Hey, hey —intervino Azriel, apretando suavemente su mano—. No tienes que contárselo ahora mismo. De hecho, creo que deberías esperar unos días.

Felicity lo miró, confundida.

—¿Esperar? Pero siempre le cuento todo. Y va a enterarse de todas formas, especialmente si esto llega a más medios...

—Y se lo contarás —aseguró Azriel—. Pero ahora mismo estás en carne viva, Felicity. Necesitas tomar algo de perspectiva, algo de distancia. Las cosas se ven diferentes con la cabeza fría, se piensa mejor.

Hizo una pausa, mirándola directamente a los ojos.

—Tu madre se va a morir del sufrimiento si te oye por teléfono así —añadió con sensatez—. Y entonces tendrás dos personas destrozadas en lugar de una, y ninguna solución.

Felicity respiró hondo, considerando sus palabras. Como siempre, había una sabiduría práctica bajo el exterior excéntrico de

Azriel.

—Tienes razón —dijo—. No estoy en condiciones de tener una conversación con ella ahora. Se preocuparía demasiado.

Azriel asintió.

—Exactamente. Deja que el polvo se asiente un poco. Recupera algo de equilibrio. Y luego podrás hablar con ella desde un lugar más centrado, con un plan, no solo con lágrimas.

—Un plan —repitió Felicity. La palabra sonó extrañamente lejana, distante—. Supongo que ahora necesito uno.

Su mente comenzó a dar vueltas frenéticamente, saltando de una preocupación a otra.

Bufó.

—El alquiler, los gastos… —murmuró, más para sí misma que para Azriel—. Tengo algunos ahorros de estos meses en Reid Enterprises, pero no durarán para siempre. Necesito encontrar trabajo rápido.

Azriel hizo un gesto desdeñoso con la mano, como espantando sus palabras.

—No te preocupes por el alquiler ni por los gastos —dijo con firmeza—. Yo me haré cargo.

Felicity levantó la mirada, sorprendida.

—¿Qué? No, Azriel, no puedo permitir que...

—No estoy pidiendo tu permiso —la interrumpió él con una sonrisa—. Te recuerdo que cuando te alquilé la habitación, te dije que no necesitaba el dinero, que lo hacía por la compañía. Esa verdad no ha cambiado.

Era cierto.

—Pero... —Felicity intentó protestar.

—Nada de «peros» —insistió él—. Esto es lo que hacen los

amigos, Felicity. Se ayudan cuando lo necesitan. Tú lo harías por mí sin pensarlo dos veces, si las situaciones estuvieran invertidas.

Tenía razón, por supuesto. Lo haría en un abrir y cerrar de ojos.

Pero aceptar ayuda, especialmente económica, siempre había sido difícil para ella. Un vestigio de años luchando por ser independiente y autosuficiente, de ver a su madre hacer malabarismos con las facturas.

—Gracias —dijo, con el corazón en la mano—. No sé qué haría sin ti, Azriel. De verdad.

—Afortunadamente nunca tendrás que averiguarlo —respondió él con un guiño, intentando aligerar el ambiente—. Estás atrapada conmigo para siempre, me temo.

Felicity dejó escapar una risilla, agradecida por el momentáneo alivio de la tensión.

—Te quiero, ¿sabes? —dijo impulsivamente. La vulnerabilidad emocional del momento hacía que las palabras fluyeran con más facilidad de lo habitual—. Muchísimo.

La expresión de Azriel se suavizó. Su habitual fachada de divo dio paso a la ternura.

—Yo también te quiero —respondió—. Y Gatsby te adora, ya lo sabes —añadió, señalando al gato que acababa de entrar en el salón, atraído por el sonido de sus voces—. Lo cual, debo decir, es un honor mayor que mi afecto, considerando lo exigente que es —bromeó.

Como si entendiera que estaban hablando de él, Gatsby saltó al sofá y se acomodó en el regazo de Felicity, ronroneando sonoramente mientras se acurrucaba contra ella.

—¿Ves?, sabe que necesitas consuelo extra —comentó Azriel, rascándolo detrás de las orejas—. Es sorprendentemente empático para ser un animal cuyo hobby principal es mirar fijamente su comedero durante horas hasta que le sirva la comida.

Felicity sonrió. Una sonrisa pequeña pero sincera mientras acariciaba el pelaje suave del gato.

Era un momento de paz en medio de la tormenta. Un recordatorio de que, aunque Alexander Reid no la hubiera elegido, no estaba sola. Tenía a Azriel, tenía a Gatsby, tenía un hogar seguro donde sanar.

—Tienes razón —dijo finalmente, sintiendo que algo se asentaba dentro de ella. Una resolución, dolorosa pero necesaria—. Si realmente le importara a Alexander, habría encontrado una manera. Habría luchado por nosotros.

Azriel afirmó con la cabeza y su rostro adoptó de nuevo una expresión seria.

—Sí —dijo—. El amor verdadero no se rinde a la primera dificultad, Felicity. Pelea. Persiste. Encuentra soluciones, no excusas.

Felicity se limpió las lágrimas que aún se deslizaban por sus mejillas con el dorso de la mano, e inhaló una profunda bocanada de aire para calmarse.

Sentía como si hubiera corrido una maratón, dejándola agotada, pero extrañamente más lúcida.

—¿Sabes qué es lo más patético? —dijo después, transcurridos unos segundos—. Una parte de mí sigue queriendo disculparlo. Sigue pensando en toda la presión que tiene, en la responsabilidad que carga, en cómo perdió a sus padres y tuvo que asumir el control de Reid Enterprises siendo tan joven...

Se interrumpió, sacudiendo la cabeza con una mezcla de frustración y resignación.

—Pero eso no justifica esto, ¿verdad? No justifica dejarme tirada cuando las cosas se ponen difíciles.

—No, no lo justifica —confirmó Azriel—. Entender sus circunstancias es una cosa. Permitir que te traten como algo desechable es otra completamente distinta.

Felicity asintió despacio, acariciando distraídamente a Gatsby, cuyo ronroneo le proporcionaba una sensación reconfortante.

—Supongo que ahora tengo que averiguar qué hacer con mi vida —dijo, intentando esbozar una sonrisa—. Otra vez.

Azriel se incorporó de un salto, con una determinación que iluminó su cara.

—Y no lo harás sola —afirmó—. Te ayudaré a buscar trabajo. Tengo contactos en prácticamente todas las industrias de Manhattan gracias a mis clientes. Alguien estará buscando una profesional brillante con tu experiencia.

Su entusiasmo era tan real, tan característicamente Azriel, que Felicity sintió una gratitud tan grande que por un momento desplazó el dolor.

—Ya estás pensando en hacer unas cuantas llamadas, ¿verdad? —preguntó, reconociendo la expresión que aparecía en el rostro de Azriel cuando comenzaba a planear algo.

—Por supuesto —confirmó él sin la menor vergüenza—. Victoria Smith, mi cliente de Goldman Sachs, mencionó que estaban buscando a alguien para su equipo ejecutivo. Y Miranda Patel, de Harper Media, siempre está al acecho de talento. Oh, y no me olvido de Jonathan Weiss, que acaba de lanzar una nueva empresa tecnológica...

Continuó enumerando nombres y posibilidades, gesticulando animadamente con las manos mientras hablaba.

Felicity lo observaba, sin poder evitar que una sonrisa se formara en sus labios. Ese era Azriel en su salsa: planeando, haciendo conexiones, resolviendo problemas con la misma energía que aplicaba a todo en su vida.

—Gracias —dijo, cuando él hizo una pausa para respirar—. Eres maravilloso.

Azriel se detuvo y la miró.

—Felicity, no tienes que agradecerme nada. Para eso estamos los amigos. Para levantarnos cuando nos caemos, para recordarnos nuestro valor cuando lo olvidamos, y para planificar venganzas elaboradas contra los ex que nos rompen el corazón.

—No mencionaste esa última parte antes —comentó Felicity, arqueando una ceja.

—Es un servicio premium —respondió Azriel con un guiño—. Solo para mis mejores amigos. Y créeme, tengo algunas ideas que harían que Alexander Reid lamentara profundamente haberte dejado ir.

A pesar del dolor que aún pulsaba en su pecho, Felicity no tuvo más remedio que reír.

—No creo que esté lista todavía para la fase de venganza —dijo —. Por ahora solo quiero... sobrevivir a esto.

Azriel volvió a sentarse en el sofá.

—Y lo harás —afirmó con convicción—. Día tras día. Y estaré aquí para lo que necesites: un hombro para llorar, un compañero que coma helado contigo a medianoche, buscador de empleo, o simplemente alguien que te recuerde que eres mucho más que la relación que acaba de terminar.

Felicity se inclinó hacia él, apoyando la cabeza en su hombro, agradecida más allá de las palabras por sus constantes ánimos.

—¿Puedo empezar con el hombro para llorar y el helado? —preguntó—. Creo que todavía necesito procesar todo esto antes de pensar en el futuro.

—Claro que sí —respondió Azriel, pasando un brazo alrededor de sus hombros—. De hecho, compré helado de chocolate belga mientras te esperaba. Tenía el presentimiento de que podríamos necesitarlo.

Felicity cerró los ojos, dejando que las lágrimas volvieran a fluir, pero en aquella ocasión de manera más tranquila, más resignada.

El dolor seguía ahí, crudo y punzante, pero ya no la ahogaba completamente.

—¿Azriel? —murmuró, sintiendo que el agotamiento comenzaba a reclamarla.

—Dime —respondió él. Su voz era un rumor tranquilizador.

—¿Crees que alguna vez dejará de doler?

Hubo un breve silencio.

—Sí —dijo Azriel—. No mañana. Probablemente no la próxima semana. Pero un día, te despertarás y te darás cuenta de que respirar ya no duele tanto. Y entonces sabrás que estás sanando.

Felicity asintió contra su hombro, permitiendo que sus palabras le dieran un poco de esperanza, un futuro posible más allá del desolador presente. Y que llegaría, incluso si parecía lejano desde donde se encontraba ahora.

CAPÍTULO 57

El sol de la mañana se filtraba perezosamente a través de las cortinas del loft, proyectando un resplandor dorado sobre la mesa del salón donde Felicity, con una taza de café ya fría a su lado, llevaba dos horas frente a su ordenador portátil.

La pantalla mostraba un documento que había estado editando, borrando y volviendo a escribir con una frustración creciente: su currículum vitae.

—¿Cómo demonios redacto esto sin que parezca que me contrataron dos veces para el mismo puesto después de pasar por el departamento de comunicación? —murmuró para sí misma, metiéndose un mechón de pelo ondulado detrás de la oreja.

Habían transcurrido diez días desde la conversación en el parque con Alexander.

Diez días de pasar por todas las etapas del duelo: negación, ira, negociación, depresión y, de vez en cuando, destellos de aceptación que nunca duraban lo suficiente.

Diez días en los que había alternado entre llorar hasta quedarse dormida y despertarse con una determinación feroz de seguir adelante, solo para que esa determinación se desvaneciera con el primer recuerdo que asaltaba su mente.

Pero aquella mañana había decidido que ya era suficiente. No

podía seguir vegetando en el apartamento, revisando obsesivamente las noticias sobre Reid Enterprises (que parecían haber superado rápidamente el «escándalo», a juzgar por la siguiente historia jugosa del mundo empresarial de la que todo el mundo hablaba) y viendo comedias románticas que, tal vez por las circunstancias, le parecían dolorosamente falsas.

Necesitaba un trabajo. No solo por el dinero, sino por su propia salud mental. Necesitaba un propósito, una rutina, algo en qué enfocar su energía que no fuera analizar cada momento de su relación con Alexander, buscando señales que hubiera pasado por alto.

El sonido de la llave en la cerradura interrumpió sus pensamientos.

La puerta se abrió para revelar a Azriel, vestido con un conjunto sorprendentemente sobrio para sus estándares: pantalones de vestir grises y una camisa azul pálido perfectamente planchada. Incluso su pelo, normalmente estilizado en un desorden calculado al milímetro, estaba peinado hacia atrás con pulcritud.

—Buenos días, alma en pena —la saludó alegremente, dejando su maletín de cuero (que Felicity sabía que contenía muestras de tela y bocetos para sus clientes) sobre el sofá—. Veo que finalmente has abandonado el uniforme de «desamor».

Felicity bajó la mirada hacia su ropa: vaqueros oscuros y una camiseta sencilla de manga larga de color naranja. Un cambio bienvenido después de días en pijama o chándal.

—Decidí que ya era hora de parecer un ser humano funcional y no una indigente —respondió con una sonrisa tenue—. O al menos intentarlo.

Azriel se acercó a la mesa, inclinándose para mirar la pantalla del ordenador por encima de su hombro.

—¡Ajá! El temido currículum —comentó, arqueando una ceja perfectamente perfilada—. ¿Cómo va?

—Fatal —confesó Felicity con un suspiro, recostándose en la silla —. No sé cómo explicar mi paso por Reid Enterprises sin que suene como un desastre total. «Despedida de su puesto como asistente personal injustamente, recontratada por necesidad, despedida definitivamente por escándalo romántico con el presidente de la empresa» no es exactamente el historial laboral que impresiona a Recursos Humanos —dijo con ironía.

Azriel tomó una silla y se sentó a su lado, girando el portátil para ver mejor el documento.

—Mmmm —murmuró, entrecerrando los ojos mientras leía—. Bueno, para empezar, estás siendo demasiado escueta. «Asistente personal del CEO» no captura ni remotamente todo lo que hacías.

—¿Y qué sugieres? —preguntó Felicity—. ¿«Asistente personal y brevemente novia del CEO»?

Azriel le lanzó una mirada que combinaba compasión y exasperación.

—No, querida. Me refiero a detallar tus responsabilidades reales —explicó pacientemente—. Coordinabas su agenda, preparabas informes ejecutivos, servías de enlace con la junta directiva, redactabas correspondencia oficial, organizabas reuniones, investigabas futuros clientes...

Felicity parpadeó un par de veces, sorprendida por la precisión con que Azriel describía su trabajo.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó.

—Porque te escucho cuando hablas, aunque a veces finjo que estoy demasiado ocupado admirando mi propio reflejo en las superficies brillantes —respondió con un guiño—. La cuestión es que eras mucho más que una simple «asistente». Eras prácticamente su mano derecha, su estratega, su filtro para el mundo exterior.

Felicity sintió una punzada de dolor al recordar lo estrecha que había sido su colaboración profesional con Alexander, cómo habían

desarrollado casi un lenguaje propio, una especie de sincronización que hacía que a veces pareciera que uno podía leer la mente del otro.

—Supongo que tienes razón —dijo, intentando enfocarse en el aspecto profesional y no en los recuerdos sentimentales—. Pero sigo sin saber cómo explicar las circunstancias de mi salida.

Azriel chasqueó la lengua, tecleando rápidamente para editar algunas secciones del currículum.

—No necesitas explicarlo aquí —dijo—. El currículum vitae es para destacar tus logros, no para confesar tus dramas personales. Deja que te lo pregunten en la entrevista, si es que lo hacen. Y para entonces tendremos preparada una respuesta diplomática y profesional que haga que parezcas la empleada mártir del año.

A pesar de todo, Felicity sonrió.

Con Azriel siempre era así.

Su confianza era contagiosa, y su capacidad para dar solución a cualquier problema resultaba alentador.

—De acuerdo, experto en imagen —dijo, rindiéndose—. Te cedo el control creativo de mi currículum.

—Sabia decisión —respondió Azriel con una sonrisa triunfal—. Ahora, mientras yo transformo este documento insípido en una obra maestra de marketing personal, ¿por qué no preparas café? El tóxico instantáneo que bebes tú, no; el mío, el bueno, el que guardo en el fondo del armario y te prohíbo tocar.

Felicity puso los ojos en blanco, pero se levantó para cumplir con la petición, secretamente agradecida por la distracción y sus habituales bromas. Si Azriel no existiera, tendrían que inventarlo.

Mientras preparaba el café en la pequeña máquina de espresso que Azriel consideraba «el único electrodoméstico verdaderamente esencial», lo observó trabajar en su currículum.

Sus dedos volaban sobre el teclado con la misma precisión y confianza con que manipulaba agujas e hilos, transformando algo ordinario en extraordinario.

Era extraño, pensó, las vueltas que daba la vida.

Cuando había conseguido el trabajo en Reid Enterprises, había estado eufórica, convencida de que era el comienzo de algo grande, de una carrera brillante. Nunca imaginó que terminaría así: en el paro, con el corazón roto, y dependiendo de la generosidad de su compañero de piso para mantenerse a flote.

Y, sin embargo, mientras observaba a Azriel trabajar tan diligentemente para ayudarla, sintió una gratitud tan grande que por un momento eclipsó todas las demás emociones.

Tal vez había perdido un trabajo y un amor, pero tenía algo igualmente valioso: una amistad que era oro puro.

—¡Voilà! —exclamó Azriel finalmente, girando el portátil hacia ella—. De «asistente personal» a «coordinadora ejecutiva de operaciones estratégicas». Mismas funciones, título mucho más impresionante.

Felicity se inclinó para leer el documento transformado, sorprendida por cómo Azriel había logrado presentar su experiencia de manera que sonaba no solo respetable sino francamente impresionante.

—Esto es... —comenzó, impresionada—. Wow, Azriel. Ni siquiera suena como si estuviera exagerando.

—Porque no lo estás —respondió él, aceptando la taza de café que le ofrecía Felicity—. Solo estás presentando los hechos desde su mejor ángulo. Es lo que todos hacen. Es lo que los altos ejecutivos hacen cada vez que presentan resultados trimestrales a sus inversores.

—¿Y ahora qué? —preguntó Felicity. De repente se sintió abrumada por la magnitud de lo que tenía por delante—.

¿Simplemente lo envío a todas las ofertas de trabajo que encuentre?

Azriel la miró como si acabara de sugerir salir a la calle desnuda.

—Por supuesto que no —respondió, horrorizado—. ¿Qué clase de bárbaro crees que soy? No, querida. Hay un arte en la búsqueda de empleo, especialmente en los círculos en los que nos movemos.

Tomó un sorbo de café, saboreando tanto la bebida como el momento de suspenso que estaba creando.

¡Qué teatral era!

—Ya he estado hablando de ti con varios contactos —continuó —. Clientes que también son ejecutivos, directores de empresas, personas con influencia y, lo más importante, con ofertas de trabajo potenciales.

Felicity lo miró con sorpresa y una pizca de alarma.

—¿Has estado hablando de mí? —preguntó—. ¿Qué les has dicho exactamente?

—Solo lo mejor, por supuesto —respondió Azriel con un gesto despreocupado—. Que eres una profesional extraordinaria, organizada hasta rayar en la paranoia, discreta como una tumba, y capaz de manejar personalidades difíciles con la gracia de una diplomática de la ONU en medio de una guerra.

Hizo una pausa, tomando otro sorbo de café.

—No mencioné el lío sentimental con Alexander ni que te rompió el corazón, si eso es lo que te preocupa —añadió—. Aunque debo decir que varios de mis contactos están al tanto del «escándalo Reid» y han expresado que consideran que la pérdida de Reid Enterprises podría ser su ganancia.

Felicity se hundió en la silla.

—No sé si sentirme halagada o mortificada —admitió.

—Halagada, definitivamente —insistió Azriel—. El mundo

empresarial de Manhattan es un pueblo pequeño disfrazado de metrópolis. Todos hablan, todos saben. Y muchos han tenido sus propios roces con Alexander Reid a lo largo de los años. No eres la primera persona que sale herida de una interacción con él, solo la que ha llegado más cerca de su corazón de hielo.

Algo en esa descripción hizo que Felicity frunciera el ceño.

A pesar de todo lo que había sucedido, no podía reconciliar la imagen del «CEO de corazón de hielo» con el hombre que le había abierto su casa, su vida, que le había contado todo sobre la pérdida de sus padres, que había reído con ella en la cocina de su mansión mientras preparaban pasta juntos.

—No es de hielo —dijo—. Solo... complicado. Y al final, incapaz de elegirme por encima de su deber.

Azriel la miró con ternura.

—Y esa es precisamente la razón por la que encontrarás un trabajo muy pronto —la animó—. Porque ves lo mejor en las personas, incluso cuando te han herido. Es un talento raro y valioso en el mundo.

Levantó su taza para hacer un brindis.

—Por la nueva etapa de Felicity Ashford —declaró—. Más brillante, más fuerte y, definitivamente, mejor pagada que la anterior.

Felicity no pudo evitar sonreír, contagiada por su optimismo.

—Lo de mejor pagada lo dudo, Alexander es el empresario que mejor paga a sus empleados —comentó.

Azriel encogió los hombros.

—Pero es algo que siempre queda bien en los brindis —rio.

Felicity rio con él y alzó su taza.

—Por mi nueva etapa —dijo finalmente, chocándola contra la de Azriel.

CAPÍTULO 58

Los días siguientes fueron una vorágine de actividad.

Con la ayuda de Azriel, Felicity refinó su currículum, actualizó su perfil de Linkedin, y comenzó a prepararse para las entrevistas.

Iba a ir a por todas.

Azriel la sometió a rigurosos simulacros de entrevista, interpretando desde el seleccionador amable hasta el ejecutivo intimidante, asegurándose de que estuviera preparada para cualquier pregunta incómoda sobre su salida de Reid Enterprises.

—¿Por qué dejó su último empleo? —preguntó una tarde, sentado frente a ella con una expresión neutral que había ensayado para la ocasión. Las dotes de actor de Azriel eran incontables.

Felicity respiró hondo, recitando la respuesta que habían perfeccionado.

—Buscaba nuevos desafíos profesionales y un entorno donde pudiera expandir mis habilidades en diferentes áreas. Si bien mi experiencia en Reid Enterprises ha sido invaluable, sentía que era el momento adecuado para explorar oportunidades que me permitieran crecer en nuevas direcciones.

Azriel asintió, aprobando su respuesta.

—Perfecto. Ni una mentira, ni toda la verdad. El arte de la

entrevista de trabajo.

Cada día que pasaba, Felicity sentía que recuperaba un poco más de sí misma, de esa parte que parecía haber perdido con la ruptura.

El dolor seguía ahí, por supuesto, apareciendo en los momentos más inesperados: cuando pasaba frente a la cafetería del SoHo donde tantas veces había recogido el café egipcio de Alexander, cuando veía a un hombre con un traje similar al que él solía usar, cuando la radio tocaba alguna canción que habían escuchado juntos.

Pero esos momentos ya no la paralizaban completamente. Eran como nubes pasajeras en un cielo que lentamente se iba despejando.

Hasta que un viernes, dos semanas y media después de su ruptura, Azriel irrumpió en el apartamento como un huracán, dejando caer en el suelo las bolsas de todas las compras que había hecho en la Quinta Avenida y corriendo hacia donde Felicity estaba sentada leyendo un libro.

—¡LO CONSEGUÍ! —exclamó, prácticamente saltando de emoción.

Felicity bajó el libro, sobresaltada por la entrada de Azriel en el salón.

—¿El qué? ¿Ver la última colección de Dolce & Gabbana? ¿La receta secreta del café de esa cafetería que te obsesiona?

—¡Mejor! —declaró Azriel, dejándose caer en el sofá junto a ella con tanta fuerza que Gatsby, que había estado durmiendo pacíficamente en el otro extremo, saltó indignado al suelo—. ¡Te conseguí una entrevista!

Felicity se enderezó de golpe.

—¿Una entrevista? ¿Dónde?

—En Vogue —respondió Azriel, pronunciando el nombre como si

fuera una palabra sagrada—. Bueno, técnicamente en el edificio de Condé Nast, pero estarías trabajando directamente con el equipo editorial de Vogue.

Felicity lo miró boquiabierta.

—¿Vogue? ¿La revista Vogue? ¿Cómo...? ¿Por qué...?

—Estaba en una prueba de vestuario con Miranda Roberts —explicó Azriel, refiriéndose a una de sus clientas más prestigiosas, una legendaria directora de moda—. Mencioné casualmente que tenía una amiga con experiencia como asistente ejecutiva buscando nuevas oportunidades. Le conté cosas sobre tu trabajo, obviamente sin mencionar el drama Reid, y ella pareció interesada.

Hizo una pausa para tener un efecto dramático.

—Resulta que su asistente acaba de renunciar para mudarse a París con su novio insoportablemente perfecto, y necesita a alguien inmediatamente. Le mostré tu currículum desde mi teléfono y dijo, y cito textualmente: «Tiene experiencia. Que venga el lunes a las nueve.»

Felicity se quedó sin palabras, intentando procesar la información.

—Pero... pero yo no sé nada de moda —protestó—. ¡Por Dios, Azriel, tú mismo te burlas constantemente de mi ropa!

—Con amor —aclaró él rápidamente—. Y eso no importa. No estarías escribiendo sobre tendencias o seleccionando prendas para sesiones fotográficas. Estarías haciendo exactamente lo que hacías para el *Señor Limón Amargo*, pero en un entorno infinitamente más glamuroso y con la posibilidad de conocer a celebridades reales, no solo a aburridos ejecutivos financieros.

Felicity se levantó, nerviosa, y comenzó a pasearse por el salón.

—¿El lunes? ¿Este lunes? ¿En tres días?

—Ajá —confirmó Azriel, observándola con una sonrisa de

satisfacción—. Lo que significa que tenemos exactamente 72 horas para transformarte en la candidata perfecta para Vogue. Comenzando con tu vestuario para la entrevista.

A pesar de su nerviosismo, Felicity no pudo evitar sonreír.

Entonces, Azriel se levantó de un salto.

—Necesitaremos algo sofisticado, pero no pretencioso. Profesional, pero con un toque de audacia —declaró, dirigiéndose ya hacia su estudio, donde Felicity sabía que guardaba algunas de sus creaciones personales—. Te prestaré mi bolso de Hermès. Es vintage y me costó mi primer sueldo, así que si lo pierdes tendrás que vender un riñón para reemplazarlo.

Felicity lo siguió, aturdida pero también emocionada. La perspectiva de una entrevista, de regresar al mundo laboral, de tener un propósito más allá de lamer sus heridas emocionales, era exactamente lo que necesitaba.

—Estoy nerviosa —admitió, apoyándose en el marco de la puerta mientras Azriel ya comenzaba a sacar prendas de su armario meticulosamente organizado—. ¿Y si me preguntan por Reid Enterprises? ¿Y si ya saben lo del escándalo?

Azriel se detuvo, girándose para mirarla con una expresión sorprendentemente seria.

—Lo sabrán —contestó sin rodeos—. Como te he dicho, Manhattan es un pueblo pequeño disfrazado de metrópolis. Pero no creo que les importe, al menos no negativamente.

—¿Por qué no? —preguntó Felicity, confundida.

—Porque en el mundo de la moda y las publicaciones, el drama personal es prácticamente un requisito previo —explicó—. Además, Miranda tiene su propia historia de relaciones complicadas con hombres poderosos de la industria. Probablemente te verá cómo alguien con quien puede relacionarse.

Volvió a su tarea de seleccionar prendas, sosteniendo

ocasionalmente algo contra Felicity para comprobar el efecto.

—Lo más importante —continuó— es que te presentes como lo que eres: una profesional consumada que está lista para nuevos desafíos. El pasado es el pasado. Esta es tu oportunidad de reinventarte.

Felicity reflexionó sobre sus palabras.

Quizás Azriel tenía razón. Quizás esta era su oportunidad no solo de conseguir un nuevo trabajo, sino de reescribir su narrativa, de ser algo más que «la asistente que tuvo un romance con Alexander Reid».

—Tienes razón —dijo finalmente, enderezando los hombros—. Es hora de pasar página.

—Exactamente —confirmó Azriel, sosteniendo un elegante vestido negro contra ella con expresión crítica—. Y la primera página de tu nuevo capítulo será impresa en papel cuché con un vestido de Carolina Herrera.

Felicity rio, dejando que el entusiasmo de Azriel la arrastrara.

—No sé si Vogue es el lugar adecuado para mí —admitió—, pero estoy dispuesta a averiguarlo.

—¡Ese es el espíritu! —aplaudió Azriel—. Y si no funciona, tengo al menos otros tres contactos listos para conocerte. La cuestión es que estás avanzando, Felicity. Y eso, más que cualquier trabajo, es lo que importa.

Y por primera vez en semanas, Felicity sintió emoción por lo que vendría. Por el futuro.

No era felicidad, no exactamente, pero era un paso en esa dirección.

CAPÍTULO 59

—Estas proyecciones son inaceptables —espetó Alexander, deslizando los documentos a través de la mesa de conferencias, con tal fuerza que varios ejecutivos se sobresaltaron—. ¿Esto es lo mejor que puede ofrecer el departamento de finanzas? ¿Unos cálculos que hasta un estudiante de primer año de carrera podría cuestionar?

Roderick Marshall, el director financiero que llevaba con la empresa más de dos décadas, intercambió miradas incómodas con sus compañeros antes de responder.

—Señor Reid, estas proyecciones están basadas en los mismos modelos que hemos utilizado durante años, los mismos que usted ha aprobado —dijo con cuidado, como quien intenta calmar a un animal impredecible—. Si hay algo específico que le preocupa...

—Me preocupa la incompetencia —lo interrumpió Alexander. Su voz era cortante como el filo de una navaja—. Me preocupa que estemos conformándonos con la mediocridad cuando deberíamos estar estableciendo nuevos estándares.

Se levantó abruptamente. Recogió su tablet y se dirigió hacia la puerta.

—Rehaced eso —ordenó sin mirar atrás—. Y la próxima vez, venid preparados para impresionarme, no para desperdiciar mi tiempo.

Salió de la sala de conferencias dejando tras de sí un silencio sepulcral.

Los ejecutivos que estaban dentro de la sala se miraron entre sí, desconcertados por lo que acababa de ocurrir.

—¿Qué demonios le pasa últimamente? —murmuró una de las vicepresidentas cuando estuvo segura de que Alexander no podía oírla—. Está imposible.

Roderick Marshall suspiró, masajeándose las sienes.

—Está así desde que la señorita Ashford se fue —respondió en voz baja—. Cada día peor.

De vuelta en su despacho, Alexander se dejó caer en su sillón, aflojándose la corbata con un movimiento brusco.

Su mirada se desvió involuntariamente hacia el escritorio fuera de su oficina, visible a través de los paneles de vidrio, donde ahora se sentaba una joven eficiente, pero completamente anodina que Recursos Humanos había seleccionado como sustituta de Felicity.

No recordaba su nombre.

No se había molestado en aprenderlo, convenciéndose de que era innecesario para un puesto que probablemente volvería a quedar vacante pronto. Era competente, sí, pero carecía de... todo lo que había hecho a Felicity especial.

No anticipaba sus necesidades. No cuestionaba sus decisiones cuando era necesario. No entraba en su oficina con una taza de café egipcio y una observación mordaz que lo hacía sonreír incluso en los días más difíciles. Y eso que a él le gustaba poco sonreír.

Era simplemente una empleada más.

Reemplazable.

Olvidable.

Como Felicity debería haber sido.

Alexander apartó la mirada del escritorio vacío, y trató de centrarse en los informes que tenía frente a él, pero su mente insistía en divagar.

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos. Marnie Hoffman, la presidenta de la junta directiva, entró sin esperar respuesta.

—Alexander —dijo. Su tono era formal, pero dejaba entrever un deje de preocupación—. Necesitamos hablar.

Él la miró sin levantarse. Su expresión era intencionadamente neutral.

—¿Sobre qué, exactamente?

Marnie cerró la puerta tras ella y tomó asiento frente a su escritorio.

—Sobre el comportamiento que estás teniendo últimamente —respondió de manera directa—. Has tenido tres enfrentamientos con diferentes departamentos solo esta semana. Los ejecutivos están nerviosos, los empleados caminan de puntillas, y la moral está por los suelos.

Alexander se recostó en su silla, manteniendo una apariencia de calma que no sentía en absoluto.

«Lo que me faltaba», pensó.

—Si el equipo no puede manejar críticas constructivas, quizás deberíamos reconsiderar su capacidad para sus puestos —respondió fríamente.

Marnie suspiró. Un sonido cargado de una exasperación apenas contenida.

—Ambos sabemos que lo que has estado haciendo va mucho más allá de la «crítica constructiva» —dijo—. Roderick Marshall ha estado con nosotros desde que tu padre dirigía la empresa. Es uno de nuestros activos más valiosos. Y hoy lo has humillado frente a

todo su equipo.

Alexander sintió algo que podía ser una punzada de culpa, pero que rápidamente suprimió bajo capas de resentimiento.

—Si no puedo exigir excelencia de mi equipo ejecutivo, ¿de quién puedo exigirla? —replicó.

—Esto no se trata de excelencia —respondió Marnie, inclinándose hacia adelante—. Se trata de ti, comportándote como un tirano desde que… la señorita Ashford se marchó.

La mención de Felicity fue como un golpe en el estómago. Alexander mantuvo su expresión impasible solo gracias a años de práctica ocultando sus emociones.

—No mezcles asuntos —dijo, con una voz peligrosamente baja —. Mi gestión del equipo ejecutivo no tiene nada que ver con decisiones de personal pasadas.

Marnie lo miró directamente a los ojos, sin dejarse intimidar.

—Ambos sabemos que eso no es cierto —respondió—. La junta tomó una decisión que consideramos necesaria para proteger a la empresa. Tú estuviste de acuerdo.

—¿Estuve de acuerdo? —la interrumpió Alexander. La fachada de calma empezó a agrietarse—. ¿O simplemente hice lo que todos esperabais de mí, como siempre? ¿Lo que mi padre habría hecho? ¿Lo que era «mejor para la empresa»?

Echó la silla hacia atrás y se levantó de golpe, caminando hacia la ventana para mirar el panorama de Manhattan que se extendía bajo él.

Dios, le hervía la sangre.

—Ya obtuvisteis lo que queríais —continuó—. Felicity se ha ido. La reputación de Reid Enterprises está intacta, a salvo. Las acciones están estables. Así que dejadme en paz.

El silencio que siguió fue pesado, denso como un chorro de

miel. Finalmente, Marnie se levantó, alisando su falda con un gesto deliberado.

—Solo te diré una cosa más —dijo. Hizo una pausa, esperando que Alexander se girara para mirarla. Cuando no lo hizo, continuó hablando de todas formas—: Te debes al legado de tu padre, a lo que construyó, a lo que te dejó. Te debes a Reid Enterprises.

Ella no le vio, pero Alexander esbozó una sonrisa llena de amargura.

—No te confundas, Marnie, a lo único a lo que queréis que me deba es a la riqueza que os puedo proporcionar a través de la empresa. A los beneficios —contestó, tan directo como lo había sido ella. Por supuesto, se necesitaba más que una junta directiva para intimidar a Alexander Reid.

Marnie no replicó, se limitó a salir de la oficina, cerrando la puerta tras ella.

Alexander permaneció inmóvil frente a la ventana, con los brazos a ambos lados de los costados, observando la ciudad que se extendía ante él: edificios, calles, y miles de vidas entrecruzándose bajo el cielo grisáceo de finales de otoño.

Y en algún lugar entre esa multitud estaba Felicity, siguiendo adelante con su vida. Sin él.

Por primera vez desde que podía recordar, el panorama desde la cima no le ofrecía ningún consuelo.

CAPÍTULO 60

Azriel se aproximaba a la entrada principal de la Torre Reid con un portafolio de cuero en una mano y un portatrajes cuidadosamente protegido en la otra.

Había llegado el gran día. La sesión de fotos para el reportaje de la revista Fortune.

—Buenos días —saludó al guardia de seguridad en el vestíbulo principal. Una sonrisa profesional firmemente en su lugar—. Azriel Fontaine. Tengo una cita para la sesión fotográfica de Fortune.

El guardia consultó su pantalla antes de asentir.

—Sí, señor Fontaine. Piso 68, sala de conferencias Este. Necesitará esto —añadió, entregándole una tarjeta de acceso temporal—. El equipo de la revista ya ha comenzado a configurar el espacio.

Azriel tomó la tarjeta con un gesto de agradecimiento y se dirigió hacia los ascensores, consciente de las miradas curiosas que atraía. Con su traje púrpura impecablemente cortado, camisa de seda color marfil y zapatos de charol negro que brillaban como espejos, destacaba entre la multitud de ejecutivos vestidos en tonos grises y azul marino. Exactamente como le gustaba.

El ascensor lo dejó en el piso 68, un nivel que conocía solo por referencias de Felicity. Era uno de los pisos ejecutivos, aunque no

tan exclusivo como el 70, donde se encontraba el despacho de Alexander Reid.

Siguiendo las indicaciones en las paredes, Azriel llegó a la sala de conferencias Este, que había sido transformada en un improvisado estudio fotográfico.

Un equipo de técnicos y asistentes de Fortune se movía eficientemente, ajustando luces, configurando fondos y organizando equipos. Una mujer de cabello corto y gafas de montura gruesa blanca se acercó a él inmediatamente.

—¿Azriel Fontaine? Soy Lisa Rodríguez, directora de arte para la sesión. Estábamos esperándolo —dijo, extendiendo su mano.

—Un placer, Lisa —respondió Azriel, estrechando su mano brevemente—. ¿Dónde puedo trabajar? Necesito preparar los trajes y accesorios antes de que llegue el señor Reid.

Lisa lo guio hacia una sección de la sala que había sido separada con biombos para crear un improvisado vestuario.

—Aquí tiene su espacio. El señor Reid está citado para llegar en aproximadamente quince minutos. La entrevista ya se realizó la semana pasada, así que hoy es exclusivamente para las fotografías.

—Perfecto —asintió Azriel, comenzando a abrir su portatrajes con movimientos precisos—. ¿Alguna instrucción particular del equipo editorial?

—Quieren algo que proyecte autoridad, pero con un toque moderno —explicó Lisa, consultando su tablet—. El artículo se centra en cómo Reid Enterprises está navegando los cambios en el panorama financiero bajo el liderazgo de Alexander, así que buscan un look que refleje tradición con visión de futuro.

Azriel sonrió para sí mismo mientras extraía cuidadosamente el traje principal que había diseñado, el de Alexander.

—Creo que esto encarna exactamente ese equilibrio —dijo.

Lisa asintió al ver el traje.

—Impresionante —comentó—. ¿El señor Reid ha estado de acuerdo?

—Hasta el último centímetro de la solapa —bromeó Azriel.

Y no mentía. Había sido el propio Alexander quien le había pedido que la solapa fuera un centímetro más ancha.

Lisa lo dejó para continuar supervisando la configuración general, y Azriel se sumergió en la preparación meticulosa de las prendas.

Dejó todos los trajes en un perchero y se centró en el de Alexander, asegurándose de que no tuviera ni una arruga.

Dispuso los accesorios complementarios: una camisa blanca de seda, una corbata también de seda en un tono azul más claro, y un pañuelo de bolsillo en tono plata que añadía un toque de distinción sin resultar ostentoso.

Estaba ajustando los puños de la camisa cuando una conmoción en la entrada de la sala captó su atención. Alexander Reid había llegado, y no parecía estar de buen humor.

—... es completamente inaceptable. —La voz de Alexander, fría y cortante, rasgó el aire como un cuchillo—. Le di instrucciones específicas sobre la preparación para esta sesión.

Azriel se asomó discretamente por el borde del biombo para observar la escena.

Alexander, vestido con uno de sus habituales trajes oscuros de oficina, estaba enfrentando a un joven que parecía encogerse por momentos.

—Señor Reid, le aseguro que seguimos el protocolo estándar para este tipo de eventos —respondió el joven, visiblemente nervioso—. El departamento de relaciones públicas revisó y aprobó todos los detalles.

—¿Y desde cuándo el departamento de relaciones públicas tiene autoridad sobre mis preferencias? —replicó Alexander con tono gélido—. El fondo que han seleccionado es inadecuado. Parece algo apropiado para un catálogo de moda, no para una publicación financiera seria.

El joven palideció aún más, lanzando una mirada desesperada a Lisa, que se acercaba apresuradamente a ellos.

—Señor Reid, puedo asegurarle que fue aprobado por su equipo la semana pasada —intervino Lisa, manteniendo un tono sosegado, aunque Azriel podía notar la tensión en sus hombros—. Pero por supuesto, podemos hacer ajustes si lo considera necesario.

Alexander se pasó una mano por el pelo en un gesto de visible frustración.

—Lo que considero necesario es que mi equipo haga su trabajo correctamente la primera vez —respondió—. Parker, esto es exactamente el tipo de incompetencia que me hace cuestionar tu lugar en esta empresa.

El joven, aparentemente llamado Parker, pareció encogerse aún más, como si las palabras fueran golpes físicos.

—Señor Reid, yo... lo siento mucho. Puedo arreglarlo inmediatamente —tartamudeó.

—Quizás sea demasiado tarde para eso —continuó Alexander. Su voz bajó a un tono peligrosamente suave—. Tal vez deberías considerar si Reid Enterprises es realmente el lugar adecuado para tus... limitadas capacidades.

Azriel había visto suficiente.

Con la misma confianza con que se movía entre la elite de Manhattan, salió de detrás del biombo y se acercó al grupo con una sonrisa brillante.

—¡Señor Reid! Qué placer verlo nuevamente —exclamó, como si fuera completamente ajeno a la tensión que saturaba el ambiente—.

Su traje lo está esperando.

Alexander se volvió hacia él, ligeramente desconcertado por la interrupción. Azriel aprovechó ese instante de vacilación para continuar:

—He estado observando los fondos que ha preparado el equipo —dijo, girándose para examinar el set—. Son interesantes, aunque entiendo su punto de vista. ¿Qué tal si hacemos una pequeña modificación? Quizás algo más arquitectónico, que refleje la solidez de Reid Enterprises, pero con líneas limpias y modernas...

Mientras hablaba, Azriel hizo un gesto sutil hacia Parker, indicándole silenciosamente que aprovechara la oportunidad para escabullirse. El joven captó la indirecta y retrocedió discretamente (aunque estuvo a punto de salir corriendo), agradecido por la intervención.

—... el color azul medianoche del traje se vería extraordinario contra un fondo más sobrio —continuó Azriel, guiando sutilmente a Alexander lejos del centro de la sala hacia el área de vestuario—. ¿Me permite mostrarle el resultado final? Creo que le gustará.

Esperaba que le gustara, sino estaba seguro de que le cortaría las pelotas. Había olvidado ese especial carisma suyo que inspira tanto... terror.

—Sí —respondió Alexander.

Juntos se dirigieron detrás del biombo.

Azriel cogió el traje del perchero y se lo mostró.

Mientras Alexander estudiaba el resultado final, Azriel contuvo la respiración, llevando las manos a la espalda y cruzando los dedos.

—¿Qué le parece? —le preguntó, al ver que no decía nada.

—Me gusta, has sabido captar la esencia de lo que quiero que Reid Enterprises transmita.

En otras circunstancias, Azriel se hubiera puesto a saltar o a

aplaudir, pero se limitó a soltar el aire de los pulmones.

—Me alegro —dijo Azriel, mientras sostenía la camisa para que Alexander la cogiera—. El vestuario está allí. Por favor, cámbiese. La corbata va después. Yo mismo se la ajustaré.

Para su sorpresa, Alexander tomó el pantalón y la camisa sin protestar y se dirigió al pequeño espacio habilitado para cambiarse.

Azriel se puso a organizar los accesorios restantes, permitiéndose una pequeña sonrisa de satisfacción.

Cuando Alexander salió, ya vestido, Azriel notó que parte de la tensión parecía haber abandonado sus hombros.

Se acercó con la corbata en la mano.

—Permítame —dijo, colocándola alrededor del cuello de Alexander con la facilidad que da la práctica—. Un nudo Balthus quedará perfecto con el corte del cuello de la camisa.

Mientras trabajaba, Azriel estudiaba discretamente el rostro de Alexander.

Había ojeras bajo sus ojos que el fotógrafo tendría que tratar de disimular, y una tensión en su mandíbula. Ambas cosas hablaban de noches de insomnio y días de estrés acumulado.

—Se ve… cansado —comentó Azriel como por casualidad mientras ajustaba el nudo. Ya que estaba allí, iba a tatar de sonsacarle algo de información—. El peso de la corona debe ser considerable estos días.

Alexander lo miró directamente, y por un momento Azriel vislumbró algo en sus ojos que iba más allá del agotamiento.

—Están siendo unos días... difíciles —respondió.

Azriel asintió. Terminó con la corbata y alcanzó el chaleco del traje.

—Hay épocas que a veces se ponen cuesta arriba —dijo, manteniendo su tono neutro mientras ayudaba a Alexander a

ponerse el chaleco.

Alexander llevó los ojos de un lado a otro, como si estuviera sopesando decir o no algo.

—¿Sigue compartiendo piso con Felicity? —preguntó.

Y ahí estaba la pregunta. Ese algo que estaba tanteando decir o no.

Azriel no sonrió, pero le hubiera gustado. Le hubiera gustado mucho.

—Sí —dijo escuetamente.

Alexander dejó transcurrir unos segundos.

—¿Y cómo está? —dijo, tratando de que su voz sonara casual.

Azriel tomó la chaqueta del perchero, pensando cuidadosamente su respuesta mientras sostenía la prenda para que Alexander deslizara sus brazos en ella.

—Bien —respondió finalmente—. Ha tenido varias entrevistas de trabajo esta semana. Hay una empresa en particular que parece muy interesada en ella. Probablemente reciba una oferta en los próximos días.

Alexander se ajustó los puños de la camisa. Su mirada permanecía fija en algún punto distante, indeterminado.

—Me alegro por ella —dijo, y a pesar de todo, Azriel detectó sinceridad en su tono—. Se merece una oportunidad donde valoren su talento.

Azriel sacó el pañuelo del bolsillo de la chaqueta y comenzó a doblarlo con precisión, reflexionando sobre la ironía de ese comentario.

—Cierto —afirmó—. Aunque es curioso cómo a veces las personas que más reconocen ese talento son las mismas que la dejan escapar. —Las palabras salieron disparadas de su boca, antes de que pudiera pensar lo que estaba diciendo.

Alexander lo miró con una expresión que combinaba irritación y algo más complejo de analizar.

—Estoy seguro de que Felicity le ha contado su versión de la historia —dijo visiblemente tenso—. Las circunstancias eran complicadas.

—Las circunstancias siempre lo son —respondió Azriel, colocando meticulosamente el pañuelo en el bolsillo superior de la chaqueta de Alexander—. Especialmente cuando implican elegir lo que uno cree que debe hacer.

Sus miradas se encontraron durante unos instantes, y Azriel vio algo vulnerable detrás de la fachada impenetrable de Alexander Reid, algo casi... humano.

—Dígale... —comenzó Alexander, para luego detenerse y reconsiderar sus palabras—. No, no importa.

Azriel terminó de ajustar el pañuelo, dando un paso atrás para evaluar el resultado.

—Perfecto —afirmó, refiriéndose al atuendo, pero observando atentamente la reacción de Alexander—. ¿Qué debería decirle a Felicity, señor Reid? —insistió.

Alexander respiró hondo, recomponiéndose.

—Dígale que le deseo lo mejor —dijo finalmente—. Que se merece lo mejor.

Azriel asintió, sin comentar la contradicción implícita en aquellas palabras viniendo del hombre que había permitido que Felicity saliera de su vida. Aunque, quizás, él no era lo mejor para ella, después de todo.

—Se lo diré —prometió, haciendo un último ajuste al pañuelo—. Está listo para la sesión. Vaya a deslumbrar a Fortune, mientras yo superviso los últimos detalles del vestuario del resto de los ejecutivos.

Alexander asintió y deslizó una máscara formal (como hacía siempre) sobre sus facciones, mientras se giraba para regresar al improvisado set.

Azriel lo observó alejarse, notando la rigidez en sus hombros, y una tensión en su postura que ni siquiera el traje impecablemente cortado podía disimular por completo.

CAPÍTULO 61

El loft estaba inundado del aroma de curry y jengibre cuando Azriel llegó esa noche con su portatrajes considerablemente más ligero y su mente llena de observaciones que estaba ansioso por compartir.

Encontró a Felicity en la cocina, revolviendo algo en una sartén mientras consultaba ocasionalmente su teléfono, donde aparentemente estaba siguiendo una receta.

—¿Estás cocinando? —preguntó, dejando su maletín sobre el sofá—. ¿Voluntariamente? Esto debe ser un signo del apocalipsis.

Felicity le dirigió una mirada fingiendo irritación por encima del hombro.

—Tenía que mantenerme ocupada de alguna manera —respondió—. Y YouTube me convenció de que este curry de coco tailandés es «extremadamente sencillo de hacer, incluso para principiantes».

—No deberías creerte todo lo que dicen en YouTube —bromeó Azriel, acercándose para inspeccionar el contenido de la sartén—. Aunque debo admitir que huele a algo muy comestible.

—Tu confianza en mis habilidades culinarias es conmovedora —replicó Felicity secamente, pero había una sonrisa tirando de la comisura de sus labios—. ¿Cómo fue la sesión de fotos? ¿Reid

Enterprises sigue en pie, o Alexander la ha incendiado en un ataque de mal humor?

Azriel se sirvió una copa de vino de la botella que había abierta en la nevera, observando a Felicity con atención.

A pesar de su tono ligero, incluso despreocupado, podía notar la tensión que había por debajo de su pregunta, el interés que intentaba disimular con indiferencia.

—El edificio sigue intacto —respondió, apoyándose contra la encimera—. Y Alexander Reid está siendo... más Alexander Reid que nunca, por así decirlo.

Felicity intentó mantener una expresión neutra en el rostro, pero Azriel notó cómo sus manos se detenían un instante en lo que estaba haciendo.

—¿A qué te refieres? —preguntó, manteniendo los ojos fijos en la sartén.

—Estuvo a punto de despedir a un pobre chico delante de todo el equipo de Fortune —explicó Azriel, tomando un sorbo de vino—. Al parecer no le gustaba el fondo fotográfico... El chico parecía a punto de desmayarse.

Felicity frunció el ceño, bajando ligeramente el fuego de la cocina.

—Eso no suena a algo que haga él —dijo, casi para sí misma—. Es exigente, sí, pero normalmente no humilla a la gente en público.

—Pues parece que ha desarrollado un nuevo pasatiempo —comentó Azriel—. Tuve que intervenir antes de que el pobre Parker terminara en posición fetal bajo la mesa de catering.

—¿Interviniste? —Felicity lo miró con una pizca de sorpresa—. ¿Qué hiciste exactamente?

Azriel hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Nada dramático. Solo lo distraje con el diseño del traje y

quizás, posiblemente, le insinué que estaba comportándose como un tirano insufrible.

—¡Azriel! —exclamó Felicity, entre horrorizada y divertida—. ¿Le dijiste eso al presidente de Reid Enterprises? ¿Al hombre conocido por despedir a personas que se atreven a llegar tarde?

—Por favor —respondió él con una (exagerada y teatral) sonrisa de suficiencia—. Soy demasiado valioso como diseñador para que me despida.

Felicity volvió su atención a la sartén, pero Azriel podía ver que estaba procesando la información que le acababa de dar, intentando reconciliarla con el Alexander que ella había conocido.

—Parece que no está manejando bien... las cosas. La junta directiva le debe de estar presionando de cojones —comentó, eligiendo con cuidado sus palabras.

—Ese, querida, es el eufemismo del siglo —confirmó Azriel—. El hombre prácticamente exuda miseria por cada poro. Hay un aura de amargura a su alrededor que ni siquiera mi impecable traje de tres piezas pudo disimular completamente —dramatizó—, y no creo que todo sea fruto de la presión que la junta directiva esté ejerciendo sobre él. —Hizo una pequeña pausa—. Preguntó por ti, ¿sabes?

La cuchara de madera que Felicity sostenía resbaló de su mano, cayendo dentro de la sartén con un chapoteo que salpicó salsa de curry en la encimera y en su delantal.

—¿Qué…? —dijo, girándose para mirarlo, olvidando el desastre —. ¿Qué dijo exactamente?

Azriel sonrió para sus adentros.

A pesar de todas sus afirmaciones de estar superándolo, era evidente que Alexander Reid seguía ocupando un espacio importante en el corazón de su amiga.

—Preguntó cómo estabas —respondió, alcanzando un paño para limpiar las salpicaduras de curry—. Le dije que habías tenido varias

entrevistas en una empresa y que probablemente recibirías una oferta pronto.

Felicity recogió la cuchara, evitando cuidadosamente la mirada de Azriel.

—¿Y él qué dijo?

—Dijo que se alegraba por ti —respondió Azriel, observando atentamente su reacción—. Que mereces una oportunidad donde valoren tu talento.

Un destello de algo (dolor, esperanza, frustración, era difícil distinguir) cruzó el rostro de Felicity antes de que pudiera frenarlo.

—Bueno, al menos en eso tiene razón —dijo, intentando sonar despreocupada mientras volvía a revolver el curry—. ¿Algo más?

Azriel sopesó si mencionar la última parte, el «dígale que le deseo lo mejor, que merece lo mejor». Decidió que sí; Felicity merecía la verdad completa.

—Quería que te dijera que te desea lo mejor —añadió con voz suave—. Que mereces lo mejor.

Felicity se quedó quieta un segundo, y Azriel pudo ver cómo cogía aire.

—Qué considerado de su parte —dijo. Su voz tenía una nota de tensión y de mordacidad—. Sobre todo después de asegurarse personalmente de que tuviera que empezar de cero... otra vez.

Azriel dejó su copa de vino y se acercó a ella, colocando una mano sobre su hombro.

—Si te sirve de consuelo —dijo en voz baja—, no creo que esté precisamente radiante de felicidad con esa decisión. El hombre que vi hoy parecía estar sosteniendo el peso del mundo sobre sus hombros.

Felicity se volvió hacia él, y Azriel vio la lucha en sus ojos avellana: el deseo de aferrarse a esa información, de interpretarla

como un signo de arrepentimiento, de esperanza, contra la necesidad de protegerse de más dolor.

—No importa lo que sienta ahora —dijo finalmente, volviéndose de nuevo hacia la cocina—. No cambia el resultado, ¿verdad? No luchó por mí entonces. No se ha puesto en contacto en estas semanas. Sus sentimientos, sean cuales sean, son problema suyo.

Apagó el fuego bajo la sartén con un movimiento decisivo, como si también estuviera cerrando la conversación, dándola por zanjada.

—El curry está listo —anunció, en un tono más ligero—. Espero que se pueda comer, porque si no, tendremos que pedir comida a domicilio por tercera vez esta semana.

Azriel reconoció la maniobra evasiva, pero decidió permitirla. Presionar demasiado a Felicity cuando se sentía vulnerable solo la haría cerrarse más.

—Tengo el número de emergencias en la marcación rápida del teléfono, por si acaso —bromeó, ayudándola a servir el curry sobre el arroz que había preparado anteriormente—. Y para que conste, creo que lo estás manejando admirablemente bien.

—¿El curry? —preguntó Felicity, forzando una sonrisa.

—La vida —corrigió él—. Todo.

Felicity le dirigió una mirada de agradecimiento, y su fachada de fortaleza se dulcificó un poco.

—No tengo más remedio —dijo, con sinceridad—. Es eso o desmoronarme, y ya he tenido suficiente por ahora.

Llevaron los platos a la pequeña mesa del salón, y mientras se sentaban, Azriel notó cómo Felicity miraba brevemente hacia la ventana, hacia la parte del horizonte de Manhattan donde se alzaba la Torre Reid, apenas visible desde donde estaban.

No dijo nada al respecto, pero internamente hizo una nota mental.

A pesar de sus palabras, a pesar de sus esfuerzos por seguir adelante, el capítulo de Alexander Reid en la vida de Felicity claramente no estaba tan cerrado como a ella le gustaría.

Y basándose en lo que había visto hoy, sospechaba que lo mismo podía decirse del poderoso CEO de corazón de hielo, por mucho que intentara ocultarlo detrás de su fachada de frialdad.

La pregunta era si alguno de los dos haría algo al respecto antes de que fuera demasiado tarde.

—Ya no trabajo en Reid Enterprises —le dijo Felicity a su madre por teléfono.

Aurora guardó silencio un momento al otro lado de la línea, procesando la información.

—¿Te han despedido? —preguntó. Su voz sonaba tranquila, pero había un deje de indignación en ella.

Felicity negó con la cabeza.

—Renuncié —aclaró, y luego, con una risa seca y sin humor, añadió—: Aunque técnicamente, me habían invitado a irme antes de que lo hiciera.

—Felicity Joanne Ashford —dijo Aurora, usando su nombre completo como solo hacía cuando la situación era seria—. ¿Qué ha pasado exactamente? Y quiero la verdad completa, no la versión censurada que seguramente has estado ensayando en tu cabeza.

Felicity dejó escapar un suspiro.

—Me he enamorado de él, mamá —confesó—. Me he enamorado de Alexander Reid.

Aurora parpadeó al otro lado, visiblemente sorprendida, pero no dijo nada, dándole espacio a su hija para continuar.

—Y pensé... —Felicity tragó saliva, luchando contra el nudo que se estaba formando en su garganta—… pensé que él también sentía algo por mí. —Sacudió la cabeza, como si intentara deshacerse de los recuerdos—. Pero entonces, la junta directiva se enteró de que estábamos saliendo y comenzaron a presionar a Alexander para que me despidiera.

—Y por eso renunciaste —concluyó su madre.

—Sí. Él no me defendió, mamá. No defendió lo que teníamos, o lo que yo creí que teníamos. —Felicity se pasó la mano por la frente.

Una lágrima solitaria rodó por su mejilla, pero la limpió rápidamente con el dorso de la mano.

—Lo siento tanto, mi niña —dijo Aurora, en tono apesadumbrado.

Felicity dejó que las lágrimas que había estado conteniendo finalmente fluyeran.

Aurora volvió a tomar la palabra.

—¿Por qué no me lo has contado antes? —preguntó.

—No te lo he contado antes porque no quería preocuparte. Y porque en caliente hubiera sido peor. Necesitaba tomar perspectiva y enfriar la cabeza.

—Felicity, escúchame. Soy tu madre. Preocuparme por ti no es una carga, es mi deber.

De pronto Felicity se sintió como una niña pequeña nuevamente, buscando consuelo en los brazos de su madre después de una caída.

—Además —continuó Aurora—, a veces no nos enamoramos de la persona más adecuada. A veces el corazón elige por nosotros, sin preocuparse por la lógica o la conveniencia. Lo sé mejor que nadie.

Felicity pensó en las pocas historias que su madre había compartido sobre su padre a lo largo de los años. Cómo se habían conocido en la universidad, cómo él la había deslumbrado con su carisma y sus grandes sueños, y cómo, cuando la realidad de la vida familiar y las responsabilidades se hizo demasiado pesada, simplemente había desaparecido, dejando atrás a una joven Aurora con una niña pequeña y un corazón roto.

—Lo sé, mamá —dijo Felicity—. Y siento no habértelo contado antes. Es solo que... —Suspiró—. He sido una ingenua. Pensé que era diferente, que lo que teníamos era especial. Que él era diferente a...

No completó la frase, pero no era necesario. Ambas sabían a quién se refería.

—A tu padre —completó Aurora, con una tranquilidad que solo los años y la aceptación pueden otorgar—. Pero, cariño, no todos los hombres son como él. Y no todas las historias de amor que no salen adelante son iguales. Lo que importa no es solo cómo comienzan, sino cómo reaccionamos cuando terminan.

Felicity tomó una bocanada de aire.

—Sí, supongo.

—¿Y qué planes tienes? Porque conociéndote, estoy segura de que ya tienes un plan.

Felicity sonrió débilmente, agradecida por el cambio hacia un tema más práctico.

—De hecho, sí —admitió, enderezándose ligeramente—. Azriel me consiguió una entrevista en Vogue, como asistente personal de Miranda Roberts, la directora de moda.

—¿Vogue? ¿La revista Vogue? ¡Felicity, eso es maravilloso! —exclamó Aurora.

—Aún no es seguro —advirtió Felicity, aunque no pudo evitar que una pequeña sonrisa se formara en sus labios—. La entrevista

es la próxima semana. Pero Azriel está convencido de que el puesto prácticamente ya es mío. Según dice, mi experiencia gestionando a un «megalómano con tendencias dictatoriales» —citó, imitando el tono dramático de Azriel— me hace perfecta para el mundo de la moda.

Aurora no pudo evitar echarse a reír.

—Azriel definitivamente es todo un personaje —comentó—. Me alegra que tengas a alguien así en tu vida.

—Lo es —asintió Felicity, recordando con cariño los esfuerzos de su amigo por animarla durante los últimos días—. Él y su gato Gatsby han sido mi apoyo en Nueva York.

—Felicity, eres mucho más fuerte de lo que crees —dijo Aurora con admiración—. Mírate, ya estás planeando tu próximo paso, mirando hacia adelante en lugar de hacia atrás.

—Bueno, he aprendido de la mejor —respondió Felicity—. Te he visto levantarte cada día, trabajar en dos turnos para mantenernos, y nunca rendirte a pesar de todo. ¿Cómo podría hacer menos?

Aurora pareció quedarse sin palabras, conmovida por el reconocimiento de su hija.

—Vas a estar bien, Felicity —dijo al cabo de unos segundos, con una convicción que no dejaba lugar a dudas—. Más que bien, en realidad. Porque eres inteligente, trabajadora y tienes un corazón que, aunque ahora esté herido, sigue siendo tu mayor fortaleza. Alexander Reid puede que haya estado demasiado ciego para verlo, pero el mundo no lo está. El mundo no está ciego, y algún día, encontrarás a alguien que valore todo lo que eres, sin reservas. Alguien que te elija por encima de todas las cosas.

Felicity sintió que sus ojos se humedecían nuevamente. Sonrió un poco.

—Muchas gracias, mamá —dijo, sabiendo que esas dos palabras nunca serían suficientes para expresar todo lo que sentía.

—No tienes que dármelas, cariño —respondió Aurora—. Ahora, cuéntame más sobre Azriel y su gato. Cualquier hombre que llame a su mascota en honor a un personaje literario ya me cae bien.

Felicity rio.

CAPÍTULO 62

El mensaje llegó a las 11:42 de la mañana de un martes. Felicity estaba en la cocina, apoyada contra la encimera, mientras bebía distraídamente un té matcha.

Acababa de rellenar su taza cuando su teléfono sonó con la entrada de un email.

Echó un vistazo a la pantalla y vio el remitente: «Miranda Roberts – Vogue»

Detuvo la taza a medio camino hacia sus labios. Con dedos torpes, desbloqueó el teléfono y abrió el correo electrónico, intentando controlar el latido acelerado de su corazón.

Estimada señorita Ashford:

Después de nuestra reciente entrevista, me complace ofrecerle formalmente el puesto de asistente personal en Vogue. Su experiencia y habilidades demostradas se alinean perfectamente con nuestras necesidades, y creemos que sería muy valiosa para nuestro equipo.

Adjunto encontrará los detalles del puesto, incluyendo sueldo, beneficios y fecha de inicio propuesta (próximo lunes, si es posible).

Por favor, confirme su aceptación antes del jueves a mediodía.

Saludos cordiales,
Miranda Roberts,
directora de moda de Vogue.

Felicity leyó el mensaje tres veces, como si las palabras pudieran cambiar o desaparecer si apartaba la vista de la pantalla. Luego, muy lentamente, dejó el teléfono sobre la encimera y respiró profundamente.

—¡AZRIEL! —gritó de golpe. Su voz resonó por todo el loft—. ¡AZRIEL, VEN AHORA MISMO!

Un estruendo procedente de la habitación de Azriel fue seguido por el sonido de pasos apresurados.

Apareció en la puerta de la cocina con una mascarilla facial a medio aplicar, vistiendo una bata de seda y con una expresión de pánico absoluto en la cara.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Se incendia algo? ¿Gatsby se ha comido algo venenoso? ¿Has descubierto que tienes una gemela malvada? —empezó a preguntar como si fuera una metralleta, escaneando frenéticamente la cocina en busca de señales de algún desastre.

Felicity simplemente le tendió el teléfono, incapaz de articular las palabras.

Azriel lo tomó con cautela, como si pudiera contener malas noticias.

Sus ojos recorrieron la pantalla rápidamente, y Felicity observó cómo su expresión cambiaba de confusión a comprensión y, finalmente, a pura alegría.

—¡OH-DIOS-MÍO! —exclamó, alzando la vista del teléfono—. ¡Lo conseguiste! ¡Lo conseguiste, Felicity!

Dejó caer el teléfono sobre la encimera y la envolvió en un abrazo tan fuerte que casi la levantó del suelo, ignorando

completamente el hecho de que la mitad de su mascarilla facial estaba manchando el hombro de la camiseta de Felicity.

—¡Me han dado el trabajo! —dijo ella—. Vogue. Azriel, voy a trabajar en Vogue.

Se separaron y Felicity vio que, a pesar de la mascarilla a medio aplicar, los ojos de Azriel brillaban con orgullo.

—Por supuesto que sí —respondió él con absoluta convicción—. ¿Cómo no iban a contratarte? Eres brillante, organizada, profesional, y además tienes experiencia lidiando con ejecutivos temperamentales, lo cual es básicamente un requisito indispensable para sobrevivir en la industria de la moda.

Felicity se echó a reír.

Una risa burbujeante y ligeramente histérica que liberaba la tensión de semanas de incertidumbre.

—No puedo creerlo —dijo, pasándose las manos por cabeza—. Hace un mes estaba destrozada, sin trabajo, sin... —se interrumpió, evitando mencionar a Alexander—. Y ahora voy a trabajar para una de las revistas más prestigiosas del mundo.

—La vida tiene un sentido del humor peculiar —comentó Azriel, limpiándose los restos de mascarilla con un trozo de papel de cocina —. Y un buen sentido de la justicia. Miranda Roberts no sabe la suerte que tiene de haberte contratado.

Felicity revisó nuevamente el correo, prestando atención a los detalles específicos.

—El salario es... jodidamente bueno —comentó, ojeando los números—. Igual que en Reid Enterprises, de hecho.

—Por supuesto que sí —dijo Azriel, como si fuera un dato obvio —. Es Vogue, querida. La biblia de la moda. No contratan a cualquiera, y cuando encuentran talento, lo pagan debidamente.

Una sonrisa se extendió por el rostro de Felicity. Una sonrisa de

verdad que iluminó sus ojos de una manera que Azriel no había visto desde antes de la ruptura con Alexander.

—Voy a aceptar —declaró con determinación—. Ahora mismo. No voy a esperar hasta el jueves.

—¡Así se habla! —vitoreó Azriel—. Y esto merece una celebración por todo lo alto. Cena en Lucien esta noche, mi regalo. Podemos brindar por tu nuevo comienzo y por el fin definitivo de la era Reid en tu vida.

Mientras Felicity redactaba entusiasmada su respuesta a Miranda Roberts, expresando su gratitud y la aceptación del puesto, no notó cómo la sonrisa de Azriel se suavizaba, convirtiéndose en algo más cercano a la preocupación. No porque dudara de su decisión (Vogue era, sin duda, una oportunidad extraordinaria en la carrera de cualquier persona), sino porque se preguntaba si realmente sería tan fácil cerrar el capítulo de Alexander Reid como ella parecía creer.

Pero esa era una preocupación para otro momento. Ahora era tiempo de celebrar, y Azriel era un maestro en el arte de la celebración de las cosas.

—Voy a terminar mi rutina facial y luego nos iremos a comer al Lucien. ¡Amo ese restaurante francés! —anunció, dirigiéndose nuevamente hacia su habitación—. ¡Este es el comienzo de algo maravilloso, Felicity Ashford!

Y mientras veía a su amiga sonreír radiante pulsando «enviar» con su respuesta, realmente esperaba que fuera cierto.

CAPÍTULO 63

En la Torre Reid, el ambiente no podía ser más diferente del apartamento de Felicity y Azriel.

Alexander estaba sentado en su escritorio, revisando informes financieros con la concentración que lo caracterizaba, o al menos intentándolo. En realidad, había estado mirando la misma página durante veinte minutos mientras su mente divagaba. Y divagaba. Y divagaba.

Un golpe en la puerta lo arrancó de su ensimismamiento.

Su asistente (¿cómo se apellidaba esta nueva asistente? ¿Albertson? ¿Andrewson?) asomó la cabeza con expresión cautelosa.

—Señor Reid…

—¿Sí?

La asistente tragó saliva.

—El señor… Hargrove está aquí y quiere verlo.

Alexander frunció el ceño con gravedad.

¿Qué cojones hacía allí Morgan Hargrove?

—No tengo nada que hablar con él —respondió secamente.

La asistente (definitivamente su apellido empezaba con A, Alexander estaba casi seguro) palideció ligeramente.

—Insiste en querer verlo. Dice… dice que tiene algo que contarle —dijo, temerosa de provocar en Alexander uno de sus cada vez más frecuentes arranques de mal humor.

Él reflexionó unos segundos sobre dejarle pasar a no.

—Está bien —dijo finalmente—. Hágalo pasar.

La asistente asintió, claramente aliviada de no recibir una regañina, y desapareció tras la puerta.

Alexander aprovechó aquel momento a solas para recomponerse, guardando los informes que había estado fingiendo leer y preparándose para lo que fuera que Morgan Hargrove tuviera que decirle

Morgan entró en el despacho como la sombra de lo que había sido los años que había trabajado en Reid Enterprises. Había adelgazado unos cuantos kilos y se veía demacrado.

—Señor Reid —saludó de manera formal—. Gracias por atenderme

Alexander señaló con la mano una de las sillas frente a su escritorio.

—¿A qué has venido Morgan? —se limitó a preguntar.

Hargrove tomó asiento. Su expresión se tornó seria.

—Quería hablar contigo sobre Isobel Winters —dijo, bajando ligeramente la voz.

—No quiero saber nada de Isobel —atajó Alexander rápidamente—. Además, no sé qué puedes contarme de ella…

—Ha estado reuniéndose por separado con varios miembros de la junta directiva —lo cortó Hargrove. Sabía que Alexander estaría reacio a escucharlo, sobre todo teniendo en cuenta que finalmente se había descubierto que él era el topo de Reid Enterprises. Pero estaba dispuesto a hacerse escuchar.

Alexander se inclinó hacia adelante. De pronto estaba

interesado.

—¿Para qué? —preguntó, manteniendo la voz controlada, a pesar de la inmediata sensación de alerta que se activó en su interior.

Morgan lo miró directamente a los ojos

—Están conspirando contra ti. A tus espaldas. Reuniones secretas, conversaciones fuera del registro, alianzas estratégicas... todo con un único objetivo: destituirte como presidente de Reid Enterprises.

El silencio que siguió a esta declaración fue absoluto. Sepulcral.

Alexander mantuvo su expresión imperturbable, pero internamente, una tormenta comenzó a formarse.

—Esa es una acusación extremadamente seria, Morgan —dijo finalmente—. Especialmente viniendo de ti.

Morgan asintió, aceptando que Alexander cuestionara su credibilidad.

—Lo sé. Y entiendo tu escepticismo —respondió—. Pero tengo pruebas. O al menos, suficientes indicios para que investigues por tu cuenta.

—¿Y cuáles son esos indicios?

—Isobel se ha estado reuniendo privadamente con Lawrence Davidson, Anne Tiger y Ronan Brown —enumeró Morgan, refiriéndose a tres de los miembros más influyentes de la junta directiva—. Lo han hecho en el Metropolitan Club, donde creen que nadie los reconocerá. Y pronto caerá en sus redes Marnie Hoffman.

Alexander notó que una sensación fría comenzaba a extenderse por su pecho. Davidson, Tiger y Brown eran precisamente los miembros de la junta que más habían presionado para que Felicity fuera despedida, los que habían expresado «preocupaciones» sobre sus últimas decisiones. Y Marnie Hoffman…

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó, apoyando los codos en la mesa y juntando las puntas de los dedos.

La sonrisa de Morgan se volvió un gesto amargo.

—Porque hasta hace un par de semanas, Isobel me mantenía informado de cada detalle —confesó—. Me utilizaba como su consultor extraoficial, aprovechando mi conocimiento interno de la empresa. Hasta que, por supuesto, ya no le fui útil y me dio la patada.

Alexander procesó la información que le estaba dando Morgan.

Y empezó a atar cabos.

Las piezas encajaban con una claridad inquietante.

La insistencia de la junta en cuestionar todas sus decisiones ejecutivas, las preguntas cada vez más directas sobre su estabilidad emocional tras despedir a Felicity, los comentarios velados sobre nuevas direcciones que debería tomar la empresa...

Así que tenían pensado deshacerse de él.

Alexander sintió que su mandíbula se tensaba.

—Isobel ha estado compartiendo información sobre ti. Y sobre tu relación con la señorita Ashford —siguió hablando Morgan.

—¿Qué información?

—Ha estado insinuando que tu relación con la señorita Ashford comenzó mucho antes de lo que admitiste públicamente. Que efectivamente la contrataste debido a esa relación, y que luego la protegiste durante el incidente del topo corporativo porque era tu amante.

—Eso es mentira —dijo Alexander.

—Lo sé —asintió Morgan Hargrove—. Pero la junta no lo sabe con certeza. Y las insinuaciones constantes de Isobel están sembrando dudas sobre tu juicio. Especialmente porque...

Se detuvo, como si estuviera considerando si debía continuar.

—¿Especialmente por qué? —presionó Alexander.

Morgan suspiró.

—Porque últimamente tu comportamiento no ha ayudado a disipar esas dudas —admitió finalmente—. Tu mal humor, los enfrentamientos con diversos departamentos, la manera en que has estado manejando las reuniones... Algunos miembros de la junta están empezando a preguntarse si estás... bueno, si estás emocionalmente capacitado para seguir liderando la empresa.

Alexander se quedó completamente inmóvil, perplejo.

¿Isobel estaba activamente socavando su posición? ¿Después de todo lo que había hecho por ella cuando habían sido pareja? ¿Es que no había tenido suficiente con todo el lío que había formado con Felicity y las filtraciones?

—¿Por qué me cuentas esto ahora? —preguntó, estudiando el rostro de Morgan—. Si lo que dices es cierto, podrías estar quemando los últimos puentes.

Morgan soltó una risa breve y sin humor.

—¿Quemando los últimos puentes? Esos puentes ya están en cenizas en lo que a mí respecta —respondió con franqueza—. Isobel me utilizó. Me manipuló con promesas de un futuro brillante a su lado, tanto personal como profesionalmente.

Hizo una pausa, y Alexander vio algo doloroso cruzar su rostro.

—Y cuando ya no pude proporcionarle información privilegiada sobre Reid Enterprises, cuando ya no tenía contactos útiles aquí dentro, me desechó como si fuera... basura. Sin una llamada, sin una explicación. Simplemente... desapareció.

Alexander permaneció en silencio, y reconoció la verdad en las palabras de Morgan. Sonaba exactamente como el modus operandi de Isobel: usar a las personas como herramientas y descartarlas

cuando ya no servían a su propósito.

—Pero esa no es la única razón —continuó Morgan, después de un momento—. También te lo debo a ti.

Alexander arqueó una ceja.

—¿A mí?

—Traicioné a esta empresa —dijo Morgan, sosteniéndole la mirada—. Traicioné los principios que tu padre estableció, los mismos que tú has mantenido. Y aunque en ese momento me justifiqué con todo tipo de excusas, la verdad es que fue un error. Uno que ha destruido mi carrera y mi reputación.

Se inclinó ligeramente hacia adelante, su expresión se veía seria.

—No puedo deshacer lo que hice. Pero puedo advertirte sobre lo que está por venir. Porque por mucho que haya cometido errores, ver cómo Isobel y esos buitres conspiran para arrebatarte lo que has construido, lo que has protegido durante años... me parece imperdonable.

Alexander estudió a Morgan en silencio, evaluando su sinceridad. Siempre había sido bueno leyendo a las personas, una habilidad esencial en el mundo de los negocios. Y lo que veía en el rostro de su antiguo empleado era franqueza.

—Supongo que tienes algún tipo de evidencia más concreta que tus palabras —dijo.

Morgan asintió, sacando un pequeño dispositivo USB del bolsillo interior de su chaqueta.

—Correos electrónicos, transcripciones de conversaciones de WhatsApp, un borrador preliminar con los puntos claves que planean utilizar para forzar tu salida —respondió, colocando el dispositivo sobre el escritorio—. No es todo lo que tienen, pero es suficiente para que entiendas contra qué te enfrentas.

Alexander miró el pequeño objeto, sintiendo cómo la furia comenzaba a bullir bajo su fachada de calma. Después de todo lo que había sacrificado por Reid Enterprises. Después de haber renunciado a su juventud, a cualquier rastro de vida personal normal, a Felicity...

La mención mental de su nombre fue como un puñal inesperado.

Había renunciado a Felicity por la empresa, por mantener la estabilidad y la buena imagen que aquellos mismos cabrones ahora querían destruir.

—Imagino que también tienes alguna idea de cómo debería responder a esto —dijo.

Morgan se levantó, ajustándose la chaqueta del traje con un gesto que recordaba a sus días como ejecutivo seguro de sí mismo.

—Eso, Alexander, depende solamente de ti —respondió—. Yo solo cumplí con mi parte al advertirte. Lo que hagas con esta información... —Lo dejó en el aire—. Siempre has sido conocido por tu capacidad estratégica. Estoy seguro de que encontrarás la forma adecuada de frenarlos.

Se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo antes de abrirla, girándose una última vez.

—Solo un consejo, si me permites la impertinencia: no esperes demasiado. El tiempo juega a su favor, no al tuyo.

Y con eso, salió del despacho, dejando a Alexander solo con el pequeño dispositivo USB y una tormenta de rabia creciendo en su interior.

Durante varios minutos, permaneció completamente inmóvil, contemplando el USB como si fuera una bomba a punto de explotar.

Finalmente, lo cogió, lo conectó al ordenador y comenzó a revisar los archivos que contenía.

Lo que encontró confirmó cada palabra de Morgan. Correos electrónicos cuidadosamente redactados con un lenguaje neutro que, entre líneas, detallaban planes para una reestructuración completa de la dirección ejecutiva. Transcripciones de conversaciones donde Isobel aseguraba a los miembros de la junta que Alexander estaba «emocionalmente inestable» después del «fiasco Ashford». Un documento titulado «Transición», que detallaba un plan para, efectivamente, forzar su salida mientras se mantenía la estabilidad pública de la empresa.

Y en el centro de todo, Isobel.

Y aquellos traidores que estaban esperando a que él cayera para lanzarse como buitres.

Apretó los dientes con tanta fuerza que le rechinaron.

«Hijos de puta.»

La traición no debería haberle sorprendido. Y, sin embargo, dolía. Y no por ellos mismos, sino por lo que representaba.

En silencio, contempló las opciones que tenía.

Finalmente, tomó una decisión.

Presionó el intercomunicador.

—¿Sí, señor Reid? —respondió la asistente personal al otro lado.

—Convoque una reunión de la junta directiva para primera hora de esta tarde. Con carácter urgente e inamovible. —Era hora de terminar con aquello de una vez por todas. De poner las cartas sobre la mesa.

Hubo una breve pausa, y Alexander casi pudo imaginar la expresión de sorpresa en el rostro de su asistente.

—¿Toda la junta, señor? Algunos miembros tienen compromisos y...

—Toda la junta —la interrumpió con una contundencia aplastante—. Asegúrese de que no falte absolutamente nadie.

Especialmente Lawrence Davidson, Anne Tiger y Ronan Brown

—Por supuesto, señor. ¿Debo indicar el tema de la reunión?

Alexander se permitió una pequeña sonrisa que no contenía ni un ápice de humor.

—Dígales que se trata de una reconsideración estructural para el futuro de Reid Enterprises —respondió—. Y que exijo que todos estén presentes.

—Entendido, señor Reid. Me pondré a ello inmediatamente.

El intercomunicador se apagó.

Alexander recostó la espalda en la silla.

Si Isobel y sus conspiradores querían guerra, la tendrían. Pero se llevarían una sorpresa cuando descubrieran que Alexander Reid no era el hombre roto y distraído que creían.

CAPÍTULO 64

La sala de juntas era un espacio que rezumaba poder y exclusividad por cada uno de sus poros. Con sus amplios ventanales que ofrecían una vista panorámica de Manhattan, la enorme mesa ovalada de nogal pulido que dominaba el centro del espacio, y las doce sillas de cuero dispuestas a su alrededor, había sido diseñada específicamente para intimidar a cualquiera que no perteneciera al selecto grupo que podía sentarse allí.

Para Alexander, sin embargo, era simplemente otro campo de batalla.

Y aquella tarde de diciembre, estaba a punto de convertirse en el escenario de un enfrentamiento que tenía pinta de convertirse en épico.

Llegó diez minutos antes de la hora programada.

Un movimiento calculado para observar las entradas individuales de cada miembro de la junta. Quería ver sus rostros, sus expresiones, evaluar sus niveles de nerviosismo o confianza antes de que tuvieran tiempo de componer en sus rostros sus respectivas máscaras.

La asistente había dispuesto en su lugar habitual, en el extremo de la mesa, una carpeta negra que contenía copias impresas de toda la evidencia proporcionada por Morgan Hargrove. Nada más.

—Gracias —dijo Alexander—. Puede retirarse. Le avisaré cuando necesite que tome acta.

—Por supuesto, señor Reid —respondió ella, asintiendo con la cabeza, aunque Alexander notó cierta curiosidad en sus ojos.

Las reuniones de la junta siempre tenían a alguien tomando acta desde el principio. Que la enviara fuera era la primera señal de que algo inusual estaba a punto de ocurrir.

Una vez solo, Alexander permaneció de pie junto a la ventana, observando el flujo constante de la ciudad varios cientos de metros por debajo.

Se sentía extrañamente tranquilo, casi desapegado, como si estuviera observando los acontecimientos desde fuera de sí mismo, como si fuera el espectador de una película.

La furia que había sentido inicialmente al descubrir la traición se había transformado en algo más frío, más calculado.

Más letal.

La primera en llegar fue Anne Tiger, puntual como siempre. Su expresión se tensó visiblemente al ver a Alexander ya presente en la sala.

—Alexander —lo saludó con cautela—. No esperaba que estuvieras aquí tan temprano.

—Anne —respondió él con un asentimiento leve—. Últimamente parece que hay muchas expectativas que no se están cumpliendo, ¿no crees?

El destello de incertidumbre en los ojos de la mujer fue como un pequeño triunfo.

Antes de que pudiera responder, la puerta volvió a abrirse, esa vez dando paso a Ronan Brown y Lawrence Davidson, que entraron juntos, inmersos en una conversación que se interrumpió abruptamente al notar la presencia de Alexander.

—Señores —saludó Alexander—. Por favor, tomen asiento. Tenemos mucho que discutir hoy.

Poco a poco, la sala comenzó a llenarse.

Cada miembro de la junta directiva fue ocupando su lugar habitual alrededor de la mesa, mientras el ambiente se tensaba progresivamente con cada nueva entrada.

Alexander permaneció de pie, observando, calibrando, evaluando cada gesto, cada mirada.

Cuando finalmente todos estuvieron en sus sitios y un silencio expectante se instaló en la sala, Alexander se dirigió a su propio lugar en la cabecera de la mesa, pero no se sentó.

—Agradezco su presencia, avisándoles con tan poco tiempo —comenzó. Su voz era engañosamente tranquila, como la calma que precede a la tormenta.—. Especialmente considerando lo ocupadas que han estado algunas de sus agendas últimamente.

Hizo una pausa deliberada, dejando que sus ojos se posaran brevemente en Davidson, Tiger y Brown.

—Reuniones en el Metropolitan Club, llamadas con la competencia... —continuó, notando con satisfacción cómo los tres se tensaban visiblemente—. Una agenda verdaderamente agotadora, debo decir.

El silencio que siguió fue denso, cargado de una tensión casi palpable. Fue Lawrence Davidson quien finalmente lo rompió, aclarándose la garganta con una incomodidad mal disimulada.

—Alexander, no estoy seguro de entender a qué te refieres exactamente —dijo, intentando mantener un tono casual—. Pero si hay alguna preocupación que quieras discutir, estoy seguro de que podemos...

—Ahórrate la condescendencia, Lawrence —lo interrumpió Alexander. Su voz adquirió de repente un filo cortante—. No estamos aquí para discutir preocupaciones. Estamos aquí porque tengo

pruebas concretas de que varios miembros de esta junta han estado conspirando activamente para destituirme de mi posición como CEO de Reid Enterprises.

El efecto de sus palabras fue inmediato.

Lawrence palideció visiblemente, mientras Anne y Ronan intercambiaban miradas alarmadas. El resto de la junta, aquellos no implicados directamente, mostraban expresiones que iban desde la sorpresa hasta la incómoda confirmación de rumores que ya habían escuchado.

—Esa es una acusación extremadamente seria, Alexander —arguyó Lawrence en tono serio, intentando recuperar la compostura —. Y francamente, suena un poco exagerada. Especialmente considerando la manera en la que te… comportas últimamente.

Alexander sonrió. Una sonrisa fría como hielo. Fría como decían que tenía el corazón.

—Estaba esperando que mencionaras eso, Lawrence —dijo, abriendo la carpeta frente a él y extrayendo varios documentos impresos—. Mi comportamiento. Mi inestabilidad emocional. Mi juicio. Todas esas frases aparecen, curiosamente, en estos correos electrónicos que has estado intercambiando con Anne y Ronan durante las últimas semanas. Correos donde también aparece el nombre de Isobel Winters, vicepresidenta de nuestra principal competencia, con quien aparentemente habéis estado colaborando muy estrechamente.

Sin ceremonia alguna, deslizó las copias impresas hacia el centro de la mesa, donde todos podían verlas. Los correos electrónicos estaban cuidadosamente resaltados, con las frases más incriminatorias destacadas en amarillo fluorescente.

—O quizás prefieras explicar este documento titulado «Transición» —continuó, extrayendo otra hoja—. Un plan detallado, paso a paso, para forzar mi salida de la empresa que mi padre fundó. La empresa que he dirigido desde que tengo veinte años. La

empresa a la que he dedicado cada hora de mi vida desde que mi padre murió.

Su voz se mantuvo templada, pero había una intensidad en ella que hizo que varios miembros de la junta se removieran incómodamente en sus asientos.

—Alexander, creo que estás malinterpretando... —comenzó Ronan, pero Alexander lo interrumpió con un golpe seco de su palma contra la mesa.

—¡No he terminado! —dijo. Su voz ya era abiertamente dura—. Durante semanas, he soportado vuestras miradas de preocupación, vuestras sugerencias veladas, vuestros «consejos bienintencionados», vuestra presión. Todo mientras conspirabais a mis espaldas, socavando mi autoridad, cuestionando mi capacidad para liderar esta empresa. Y lo que es peor, colaborando con Isobel Winters, una persona que representa directamente los intereses de nuestra competencia.

Se inclinó ligeramente hacia adelante, apoyando ambas manos sobre la superficie pulida de la mesa.

—Reid Enterprises es, a pesar de todo, mía —declaró, enfatizando cada palabra—. La creó mi padre desde cero, con su visión, su tenacidad, su talento. Y yo he continuado ese legado, sacrificando mi juventud, mi vida personal, incluso... —Hizo una breve pausa, el rostro de Felicity apareció fugazmente en su mente —... incluso relaciones que significaban más de lo que me he permitido reconocer.

Respiró profundamente, recorriendo con la mirada a cada miembro de la junta.

—He convertido esta empresa en una de las más grandes del mundo. He triplicado nuestro valor en el mercado. He navegado por crisis económicas sacándola a flote, cambios tecnológicos, desafíos que habrían hundido a competidores menos preparados. Y no voy a permitir que un grupo de traidores oportunistas me arrebate lo que

he construido.

La sala quedó en completo silencio. Incluso aquellos no directamente implicados en la conspiración parecían haberse quedado sin aliento ante la intensidad de sus palabras.

—Alexander —dijo Anne, intentando adoptar un tono conciliador —. Nadie está cuestionando tus logros pasados. Pero debes admitir que últimamente no has estado… centrado. Sobre todo, desde el incidente con tu asistente, la señorita Ashford.

La mención de Felicity fue como un detonante. Alexander se irguió completamente en su metro noventa, sus ojos acerados fijos en Anne con una intensidad que la hizo retroceder imperceptiblemente en su asiento.

—¿El «incidente con mi asistente»? —repitió. Su voz se escuchaba peligrosamente suave—. ¿Te refieres al momento en que esta junta utilizó a una empleada inocente como arma arrojadiza contra mí? ¿Cuándo decidisteis que mi vida personal era de repente un «riesgo para la empresa»?

Hizo un gesto hacia los documentos esparcidos sobre la mesa.

—Porque curiosamente, entre todas estas pruebas, hay también varias referencias a cómo planeasteis usar mi relación con Felicity como justificación para cuestionar mi liderazgo. Cómo filtrasteis estratégicamente información a la prensa. Cómo presionasteis para su despido, no porque realmente creyerais que era lo mejor para la empresa, sino porque os daba más munición contra mí. Todo en coordinación con Isobel Winters, quien, debo añadir, es nuestra mayor competencia. Pero eso vosotros ya lo sabéis.

Lawrence se aclaró la garganta, visiblemente incómodo.

—Alexander, la política de que no haya relaciones entre superiores y sus subordinados existe por una razón. Como presidente de Reid Enterprises deberías ser el primero en respetarla. Tu relación con la señorita Ashford fue claramente un error y...

—¿Un error? —lo interrumpió Alexander. Una vena se hizo visible en su frente—. ¿Es eso lo que creéis que fue? ¿Una aventura de oficina? ¿Un capricho pasajero? ¿Unos cuantos polvos?

Miró a cada uno de los miembros de la junta.

—Lo que había entre Felicity y yo no era un «incidente», ni un «error». No era un polvo casual ni una distracción temporal —continuó. Las palabras emergían de sus labios con una honestidad tan brutal que sorprendió incluso a él mismo—. ¡Estábamos…!

La última frase quedó suspendida en el aire, resonando en la silenciosa sala.

Y mientras la pronunciaba, Alexander sintió una claridad mental repentina y abrumadora. No era solo una declaración para la junta, era una verdad que finalmente se permitía reconocer. A sí mismo.

«… Enamorados», terminó de decir para sus adentros.

Estaba enamorado de Felicity Ashford.

Lo había estado durante semanas, tal vez desde el primer momento en que ella lo había desafiado, mostrándole una versión de sí mismo que había olvidado que existía. O desde que le dio un beso en tren para que el revisor no la echara.

Y perderla, dejarla ir por el bien de la empresa, por mantener el buen nombre, un nombre que esa misma junta ahora usaba en su contra, había sido el mayor error de su vida.

Eso sí que había sido un error. Uno muy grande.

—Me conocéis lo suficiente para saber que lo que digo es verdad —continuó. Su voz era más contenida pero no menos vehemente—. Nunca he puesto mis deseos personales por encima del bienestar de esta empresa. Y, sin embargo, cuando finalmente encontré a alguien que me importaba más que el rendimiento, que el precio de las acciones o que los beneficios, esta junta decidió que era una amenaza que debía ser eliminada.

La incomodidad en la sala era palpable. Incluso los que no tenían nada que ver con la conspiración que se había tejido alrededor de Alexander parecían avergonzados, evitando su mirada.

—Alexander —intervino Anne Tiger, en un tono deliberadamente suave—. Entiendo que estés enfadado, pero estás mezclando asuntos personales con profesionales. La preocupación de la junta siempre ha sido el bienestar de Reid Enterprises, no tu vida amorosa.

—Deja la hipocresía a un lado, Anne —respondió Alexander con mordacidad. Su mirada afilada se posó en ella—. Tú, Lawrence, Ronan... todos sabéis exactamente lo que habéis estado haciendo. Habéis estado conspirando a mis espaldas para echarme. ¡De mi propia empresa! —Apretó los dientes—. Pero se ha acabado.

Se enderezó, adoptando la postura que había perfeccionado a lo largo de los años: los hombros rectos, la barbilla ligeramente elevada, los ojos implacables.

—Lawrence Davidson, Anne Tiger, Ronan Brown —comenzó. Su tono nuevamente frío y controlado—, vuestros servicios en esta junta directiva ya no son requeridos. El efecto es inmediato. Estáis despedidos. Y es una decisión irrevocable.

Los tres reaccionaron con expresiones que mezclaban indignación e incredulidad.

—No puedes hacer eso. No puedes echarnos como si no fuéramos nada —protestó Ronan Brown. Su rostro se veía enrojeciendo—. Los estatutos de la empresa establecen que...

—Los estatutos establecen que el presidente de la compañía tiene autoridad para expulsar a miembros de la junta en casos de conducta grave o acciones que perjudiquen a la empresa —lo interrumpió Alexander—. Conspirar para destituir a la persona que ostenta el liderazgo legítimo de la compañía ciertamente me capacita para echaros de esta junta y de Reid Enterprises. A menos, por supuesto, que prefiráis que haga públicas todas las pruebas que

tengo en contra vuestra y dejemos que los accionistas, los inversores y la prensa decidan.

Los tres intercambiaron miradas impacientes.

La amenaza implícita era clara: un escándalo público no solo terminaría con sus carreras en Reid Enterprises, sino que nadie los contrataría en cualquier otra empresa respetable.

—Marnie —dijo Anne, desesperada, dirigiéndose a la presidenta de la junta directiva.

La mujer paseó los ojos por los tres, sin dejar entrever ningún tipo de emoción en ellos.

—Alexander tiene razón —fue su respuesta.

Ya estaba todo dicho.

Alexander tomó de nuevo la palabra.

—En cuanto a Isobel Winters y su participación en todo esto —añadió. La expresión de su rostro se endureció aún más—, también me voy a encargar de ella, y lo haré personalmente.

La forma en que pronunció aquellas últimas palabras envió un escalofrío por los miembros de la sala. Nadie dudaba de que Alexander Reid, cuando se proponía destruir a un adversario, rara vez fallaba.

—Espero vuestras cartas de dimisión en mi escritorio antes del final del día —continuó, dirigiéndose nuevamente a Lawrence, Anne y Ronan—. O puedo hacer que Recursos Humanos prepare los finiquitos. Es vuestra elección.

Recogió los documentos esparcidos sobre la mesa, devolviéndolos ordenadamente a la carpeta.

—Esta reunión ha terminado —declaró—. Para aquellos que permanecen en la junta, espero su total cooperación en la transición hacia una nueva estructura directiva. Para aquellos que se van... les sugiero que lo hagan rápida y silenciosamente. Por su propio bien.

Sin esperar respuesta, Alexander tomó la carpeta y se dirigió hacia la puerta.

Podía sentir las miradas atónitas clavadas en su espalda, la mezcla de miedo, respeto y resentimiento que había generado con su inesperado contraataque.

Pero mientras salía de la sala de juntas, dejando tras de sí el caos que había desatado, Alexander Reid solo podía pensar en una cosa: Felicity. En cómo la había dejado ir, en cómo había priorizado a esa misma empresa y a esos mismos ejecutivos que habían intentado destruirlo, por encima de la única persona que realmente le importaba.

Lo había hecho todo mal con ella.

CAPÍTULO 65

Alexander salió de la Torre Reid con la adrenalina todavía bombeando por sus venas. El enfrentamiento con la junta directiva había sido intenso, pero su trabajo aún no estaba terminado.

Mientras su chófer le abría la puerta del Bentley negro, él ya estaba marcando el número de su despacho en el teléfono. No quería perder ni un segundo de tiempo, así que no se iba a molestar en ir a la oficina.

—¿Sí, señor Reid? —preguntó su asistente.

—Cancele el resto de mis compromisos de hoy —ordenó sin preámbulos—. Y prepare un dossier completo sobre todas nuestras interacciones con Winters Corporation en los últimos años. Lo quiero en mi correo en una hora.

—Por supuesto, señor Reid —respondió la asistente—. ¿Necesita algo más?

—Sí. Contacte con el departamento legal. Quiero que estén alerta. Es posible que los necesitemos pronto.

Terminó la llamada sin esperar respuesta y se recostó contra el asiento de cuero mientras el vehículo se incorporaba al tráfico de Manhattan.

—¿Adónde, señor? —preguntó el chófer, mirándolo a través del espejo retrovisor.

Alexander respiró profundamente.

Desde que se había hecho cargo de la empresa de su padre, había jugado según las reglas, había mantenido las apariencias, había sido el empresario perfecto incluso con sus adversarios más encarnizados. Pero ahora era diferente. Esto era personal.

—A Winters Corporation —respondió, con una voz dura como el acero.

El trayecto desde la Torre Reid hasta el edificio de cristal y acero que albergaba las oficinas de Winters Corporation, llevó apenas veinte minutos. Alexander los aprovechó para repasar mentalmente todo lo que sabía sobre Isobel Winters.

Habían sido pareja unos seis años atrás, cuando ella estaba ascendiendo en su carrera. La relación había sido intensa pero superficial. Dos personas demasiado centradas en sus propias ambiciones como para construir algo verdaderamente profundo.

O al menos, eso era lo que Alexander había creído. Ahora, a la luz de las recientes revelaciones, se preguntaba si Isobel había tenido una visión muy diferente de aquellos años juntos.

El Bentley se detuvo frente al impresionante vestíbulo de Winters Corporation.

Alexander ajustó su corbata, un gesto automático más que necesario, y salió del vehículo con la determinación escrita en cada línea de su rostro.

El guardia de seguridad en el mostrador principal apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando Alexander pasó junto a él.

—Alexander Reid para ver a Isobel Winters —dijo, sin detenerse realmente—. Me está esperando.

Era una mentira, por supuesto, pero pronunciada con tal autoridad que el guardia simplemente asintió, asumiendo que un hombre de su calibre no necesitaba anunciarse como el resto de los mortales.

En el ascensor, Alexander se encontró a solas con sus pensamientos.

La furia que lo había impulsado hasta allí comenzaba a cristalizarse en algo más frío, más calculado.

Isobel había jugado un juego peligroso, utilizando su influencia (y a saber qué más) para manipular a algunos de los miembros de su junta directiva, tratando de socavar su posición, y también había utilizado a Felicity como peón en su venganza personal. Y por ahí Alexander no estaba dispuesto a pasar.

El ascensor se detuvo en el piso 42, y Alexander salió directamente hacia la zona ejecutiva.

Conocía el camino.

Había estado allí antes, en reuniones donde ambos bandos fingían cordialidad mientras buscaban debilidades en el contrario.

La asistente de Isobel, una mujer de unos treinta años, de aspecto eficiente, con gafas de montura gruesa de color negro, levantó la vista por encima de la pantalla del ordenador, sorprendida cuando él se aproximó a su escritorio.

—¡Señor Reid! —exclamó, poniéndose de pie rápidamente—. No tenía... Es decir, no hay ninguna cita en la agenda de la señorita Winters con usted...

—No necesito cita —la interrumpió Alexander, dirigiéndose a zancadas hacia la puerta del despacho—. Ella sabrá de qué se trata.

La asistente se interpuso con valentía en su camino, aunque su expresión revelaba que se sentía intimidada por el metro noventa de Alexander.

—Lo siento, señor Reid, pero la señorita Winters está en una llamada importante y dejó instrucciones explícitas de no ser interrumpida bajo ninguna circunstancia.

Alexander la miró directamente, y algo en sus ojos hizo que la

chica se pusiera roja como un tomate.

—Créame, señorita... —Hizo una pausa, buscando el nombre en su placa identificativa—... Collins. Esta interrupción es una circunstancia que su jefa querrá atender inmediatamente. A menos que prefiera salir mañana en la primera plana de todos los periódicos del país, y no precisamente por nada bueno.

—Yo... déjeme al menos anunciarle —intentó la asistente como último recurso.

Pero Alexander ya había pasado junto a ella, abriendo la puerta del despacho de Isobel sin llamar.

El espacioso despacho, decorado en tonos minimalistas de gris y blanco con toques de acero, estaba dominado por un impresionante escritorio de cristal tras el cual Isobel Winters hablaba por teléfono.

Al ver a Alexander irrumpir de aquella manera, sus ojos se abrieron con sorpresa.

—Te llamaré después —dijo abruptamente a la persona que estaba al otro lado de la línea telefónica, colgando sin esperar respuesta.

La asistente apareció detrás de Alexander. Su expresión era el reflejo de una mezcla de pánico y disculpa.

—Lo siento muchísimo, señorita Winters. Intenté explicarle que estaba en una llamada muy importante, pero el señor Reid insistió en que era urgente y...

Isobel levantó una mano, interrumpiéndola.

—Está bien, Claire. Déjanos solos —dijo.

La asistente asintió, lanzando una última mirada nerviosa a Alexander antes de retirarse y cerrar la puerta a su espalda.

Durante un momento, el silencio llenó el espacio entre ellos.

Isobel se recostó ligeramente en el sillón, componiendo en su rostro una máscara de fría profesionalidad que contrastaba con la

tormenta evidente en sus ojos.

—Alexander —dijo finalmente. Su voz cuidadosamente modulada—. Qué inesperada... intrusión. ¿A qué debo el honor?

Alexander avanzó hasta quedar frente a su escritorio, pero no se sentó. Prefería mantener la ventaja de la altura, mirándola desde arriba.

—Sabes perfectamente por qué estoy aquí, Isobel —respondió —. O debo suponer que Lawrence, Anne y Brown aún no te han informado de los resultados de vuestra pequeña conspiración.

Un destello de alarma atravesó el rostro de Isobel, no tan rápido como para que pudiera ocultarlo completamente. Sin embargo, se recuperó con admirable velocidad.

—No tengo ni idea de qué estás hablando —respondió, cruzando las manos sobre el escritorio—. Si has venido a lanzar acusaciones infundadas, te sugiero que lo reconsideres. Winters Corporation tiene un excelente departamento legal.

Alexander sonrió, pero era una sonrisa afilada como una navaja.

—Acusaciones infundadas —repitió, sacando su teléfono del bolsillo—. ¿Como esta conversación de WhatsApp entre tú y Lawrence Davidson discutiendo la mejor manera de utilizar mi relación con Felicity para socavar mi posición? ¿O quizás te refieres a este correo donde detalláis el plan para filtrar información estratégicamente a la prensa?

Deslizó el teléfono sobre el escritorio, mostrando las pruebas que había recibido de Morgan Hargrove. El rostro de Isobel perdió algo de color mientras sus ojos recorrían rápidamente los mensajes.

—¿Cómo has conseguido esto? —preguntó. Su voz era ligeramente más tensa que al principio.

—Eso es irrelevante —respondió Alexander—. Lo importante es que lo tengo. Esto y mucho más. Suficiente para dejar claro que has estado orquestando un intento de sabotaje en mi contra utilizando a

miembros de mi propia junta directiva como si fueran tus marionetas.

Isobel echó hacia atrás el sillón y se levantó, igualando su posición, aunque Alexander le sacaba media cabeza.

—¿Y has venido hasta aquí solo para decirme eso? —preguntó con cierto desafío, recuperando algo de su compostura—. ¿Para alardear de que has descubierto nuestro pequeño juego? Es bastante infantil por tu parte, Alexander. Creía que tenías más clase.

—No, he venido a dejarte claro que esto termina aquí —respondió él, inclinándose hacia adelante, apoyando las manos sobre el escritorio—. Lawrence, Anne y Ronan ya han sido despedidos. Tu pequeño golpe de estado ha fracasado.

Una sombra de frustración pasó por los ojos verdes de Isobel, pero rápidamente la transformó en una sonrisa fría.

—Un contratiempo menor —dijo, encogiendo los hombros—. Siempre hay más piezas en el tablero, Alexander. Más personas que pueden ver lo que yo veo: un hombre distraído por una aventura con su secretaria, tomando decisiones emocionales, perdiendo el norte…

—¡Basta! —la interrumpió Alexander. Su voz fue como un latigazo—. No te atrevas a mencionar a Felicity. No después de lo que has hecho.

Isobel lo miró durante un largo rato, y de repente, su expresión cambió. La máscara se agrietó, revelando algo más visceral. Más personal.

—¿Qué tiene ella que yo no tuviera? —La pregunta escapó como si hubiera estado conteniéndola durante mucho tiempo.

Y tomó a Alexander por sorpresa. No había esperado que Isobel expusiera aquello tan abiertamente.

—¿Qué has visto en esa... don nadie que nunca viste en mí? —añadió.

—Cuida tus palabras, Isobel, no te voy a permitir que ofendas a Felicity —le advirtió Alexander con los ojos entornados.

Isobel lanzó un bufido despectivo.

—¿Es eso lo que ha sido todo esto para ti? —preguntó Alexander, comprendiendo finalmente lo que pasaba—. ¿Una venganza personal disfrazada de estrategia empresarial? ¿Estás celosa de Felicity?

Isobel soltó una risa breve y amarga.

—¿Celosa? Por favor, Alexander, no seas ridículo. Soy la vicepresidenta ejecutiva de Winters Corporation. No necesito estar celosa de una simple asistente.

Pero había algo en su tono, en la tensión de su mandíbula, que contradecía sus palabras.

—Y, sin embargo —continuó Alexander, viendo que había tocado un punto sensible—, has dedicado una cantidad considerable de tiempo y recursos para destruir su carrera e intentar sabotear la mía. Todo porque no puedes aceptar que lo nuestro terminó hace años.

Isobel lo miró directamente a los ojos. Y algo peligroso destelló en su mirada.

—Lo nuestro no terminó, Alexander. Lo terminaste tú. Unilateralmente. Sin dar explicaciones reales, sin una oportunidad para arreglarlo. Simplemente decidiste que ya no encajaba en tu vida perfectamente planificada.

Alexander sacudió la cabeza, exasperado.

—Ambos acordamos que la relación no funcionaba, Isobel. Éramos dos personas demasiado centradas en nuestras carreras, demasiado ambiciosas para comprometerse realmente. Fue una decisión mutua.

—¡No, no lo fue! —respondió ella—. Tú lo decidiste y yo acepté porque no quería parecer patética rogándote que lo reconsideraras.

Pero nunca fue mutuo, Alexander. Y luego, aparece esta chica de la nada, sin contactos, sin pedigrí, sin nada especial, y de repente estás dispuesto a arriesgar tu reputación y tu empresa por ella. ¿Cómo esperabas que reaccionara?

Alexander la observó, viendo por primera vez la herida que había estado alimentando durante años, el resentimiento que había crecido y fermentado hasta convertirse en aquella campaña de venganza.

—Lo que hubo entre Felicity y yo es completamente diferente a lo que tuvimos nosotros —dijo—. Y nada, absolutamente nada, justifica lo que has hecho. Utilizaste tu influencia para manipular a mi junta directiva, filtraste información privada a la prensa, y tendiste una trampa a Felicity, y todo con el objetivo de destruir la carrera de una chica inocente y desestabilizar mi posición dentro de mi empresa. Es despreciable, Isobel.

Ella lo miró fijamente. Su expresión se endureció nuevamente.

—Son negocios, Alexander. Algo que siempre has entendido perfectamente. Al menos hasta que ella te ablandó.

Alexander dio un paso atrás, enderezándose.

—No, esto va más allá de los negocios. Esto es personal, mezquino e ilegal —respondió—. Y quiero que te quede muy claro: se acabó. Aquí y ahora.

Sacó una pequeña unidad USB de su bolsillo y la colocó deliberadamente sobre el escritorio.

—Aquí tienes copias de todas las pruebas que he recopilado sobre tu participación en esta conspiración. Correos, mensajes de texto, testimonios, todo. Si alguna vez vuelves a interferir en mi vida, en mi empresa o, especialmente, en la vida de Felicity, haré que todo esto llegue a la junta directiva de Winters Corporation, a la prensa especializada y a la policía.

Isobel miró la pequeña unidad como si fuera una bomba a

punto de explotar.

—¿Me estás amenazando? —preguntó.

—Te estoy haciendo una advertencia —corrigió Alexander—. Y para que quede absolutamente claro: tú y yo nunca volveremos a estar juntos. Nunca. Esa puerta se cerró hace años, y cualquier fantasía que hayas estado alimentando sobre una reconciliación debe terminar ahora.

Se inclinó ligeramente hacia adelante. Su voz bajó a un tono peligrosamente suave.

—No tengo ningún problema en destruir tu carrera, Isobel. No después de lo que has intentado hacernos a Felicity y a mí. Así que te sugiero que aceptes la derrota con dignidad y sigas adelante con tu vida. Lejos de la mía y de Reid Entreprises.

Isobel lo miraba fijamente, con la respiración ligeramente agitada y una mezcla de emociones cruzando su rostro: furia, humillación, indignación.

—Realmente la quieres, ¿verdad? —preguntó.

Alexander guardó silencio, porque ¿cómo podía explicar algo que ni él mismo había comprendido hasta ese momento? ¿Cómo articular la diferencia entre lo que había sentido por Isobel y lo que sentía por Felicity?

Lo que sentía por Felicity.

Fuera lo que fuese, iba más allá de cualquier cosa que hubiera experimentado antes. La forma en que pensaba en ella constantemente. Cómo su ausencia había dejado un vacío que nada parecía llenar. Cómo la idea de que estuviera en algún lugar de la ciudad, viviendo su vida, posiblemente encontrando a alguien más, le causaba un dolor físico.

Era amor.

Sí, definitivamente era amor.

Estaba enamorado de Felicity Ashford.

La verdad cayó sobre él con la contundencia de una maza, dejándolo sin palabras.

Había estado tan ocupado intentando cumplir con las expectativas de todos; la junta directiva, la empresa, el legado de su padre, que no se había permitido reconocer la profundidad de sus propios sentimientos.

Y en el proceso, había perdido lo único que realmente importaba.

Isobel observaba el rostro de Alexander, y algo en su expresión debió revelar la verdad que había descubierto, porque su semblante se endureció aún más.

Se cruzó de brazos.

—Veo que finalmente lo entiendes —dijo, con voz gélida—. Qué conmovedor —se burló—. El frío Alexander Reid descubre que tiene corazón, después de todo. Lástima que sea demasiado tarde.

¿Era demasiado tarde?

—Has sido un idiota —continuó Isobel, con las palabras llenas de veneno—. La tenías y la dejaste ir. Al menos yo luché por lo que quería.

—Sí, he cometido el peor error de mi vida dejándola ir y poniendo a la empresa por delante de ella —confesó Alexander—. Pero tú luchaste de la manera equivocada. Y a costa de personas inocentes.

Se dio la vuelta, dirigiéndose hacia la puerta, pero se detuvo antes de abrirla, girándose una última vez.

—Esto es una advertencia final, Isobel. Mantente alejada de mi vida y de la de Felicity. O descubrirás que puedo ser un enemigo mucho más implacable de lo que jamás pensaste. Y ten cuidado con andar mandando detectives privados que me sigan.

Y con eso, salió del despacho, cerrando la puerta firmemente tras él.

La asistente de Isobel lo miró con los ojos muy abiertos mientras pasaba junto a su escritorio, pero él apenas fue consciente de que estaba ahí.

Al salir del edificio de Winters Corporation, el aire fresco de Manhattan lo golpeó, y Alexander sintió una extraña sensación de ligereza. Como si hubiera cerrado finalmente un capítulo tóxico de su vida que había estado envenenando silenciosamente todo lo demás.

—¿Dónde lo llevo, señor Reid? —le preguntó su chófer cuando alcanzó el coche.

—De vuelta a Reid Entreprises.

El chófer asintió con la cabeza y le abrió la puerta trasera del vehículo.

CAPÍTULO 66

Cuando llegó a Reid Entreprises, Alexander no fue directamente a su oficina. Se dirigió al ascensor y presionó el botón para la azotea, un lugar que raramente se utilizaba, excepto para algún evento ocasional.

Necesitaba aire, espacio para pensar, para procesar la revelación que acababa de golpearlo con tanta fuerza.

Estaba enamorado de Felicity.

No era solo atracción, no era solo compatibilidad, no era solo la comodidad de tener a alguien que lo entendía. Era amor, completo y devastador en su intensidad.

Y lo había arruinado todo.

La azotea estaba desierta, como esperaba.

Caminó hasta el borde, donde una barrera de vidrio reforzado permitía contemplar la ciudad sin riesgo.

El sol de la tarde bañaba Manhattan con una luz dorada, suavizando los ángulos de los rascacielos y dando al paisaje urbano un aspecto casi onírico.

En algún lugar allí abajo estaba Felicity, siguiendo con su vida.

¿Habría encontrado ya un nuevo trabajo? (Azriel le había comentado el día de la sesión de fotos que había hecho un par de

entrevistas para un empleo en una importante empresa) ¿Estaría mejor sin él? ¿Pensaría en él alguna vez, o habría cerrado ese capítulo completamente?

La idea de que pudiera haberla perdido para siempre le produjo una opresión en el pecho.

¿Cómo no se había dado cuenta antes de lo que sentía? ¿Cómo había permitido que las expectativas externas, el deber, la tradición, lo cegaran ante lo que realmente importaba?

Había elegido la empresa por encima de Felicity, y ahora ninguna de las dos estaba realmente bien. Reid Enterprises funcionaba, sí, pero sin la chispa, sin la visión que una vez lo había animado todo. Y él mismo se sentía como un huevo vacío, cumpliendo mecánicamente con sus responsabilidades mientras una parte esencial de él estaba ausente.

¿Pero qué podía hacer? Había pasado casi un mes. Felicity había dejado claro que su decisión de priorizar la empresa sobre su relación era injustificable. Probablemente lo odiaba, y con razón. No había sacado la cara por ella ni por la relación que tenían.

Y, sin embargo, la idea de no intentarlo, de rendirse sin luchar, le resultaba de pronto insoportable. No era propio de él, de Alexander Reid, que había construido su reputación sobre la tenacidad, la determinación, y la negativa a aceptar la derrota.

¿Por qué sería diferente cuando se trataba del único ámbito que realmente importaba?

Sacó su teléfono y buscó el contacto de Felicity, todavía guardado, aunque no había tenido el valor de usarlo desde aquel día en el parque.

Su dedo se cernió sobre el botón de llamada, dudando.

¿Qué le diría? ¿Cómo podría explicar que había tardado tanto en comprender lo que ella probablemente había sabido desde el principio? ¿Cómo podría pedirle que le diera otra oportunidad

cuando él mismo había tirado por la borda la primera?

No. Una llamada telefónica no sería suficiente. Era una manera fría y superficial. Si iba a hacer algo, tenía que hacerlo bien. Tenía que demostrarle que estaba dispuesto a luchar por ella, a priorizar lo que tenían por encima de todo lo demás.

Pero primero, necesitaba información. Necesitaba saber dónde estaba, qué estaba haciendo, si había alguna posibilidad, por remota que fuera, de que ella todavía sintiera algo por él.

Y para eso, necesitaba ayuda.

Guardó el teléfono y se dirigió de vuelta al ascensor. Su mente empezó a trabajar a toda velocidad. Tenía un plan formándose en la cabeza, un plan que podría ser una locura, que podría terminar en humillación pública, pero que ya no le importaba.

Porque si existía la más mínima posibilidad de recuperar a Felicity, de demostrarle que había aprendido de sus errores; que estaba dispuesto a cambiar, a ser el hombre que ella merecía... entonces cualquier riesgo valía la pena.

CAPÍTULO 67

Alexander Reid no era un hombre acostumbrado a la incertidumbre. Durante más de una década había construido un imperio basado en decisiones firmes, rápidas y certeras. Pero ahora, mientras su dedo índice golpeaba rítmicamente el escritorio, la duda se había convertido en su única compañera.

Miró su Patek Philippe en su muñeca.

Eran las 14:37.

Llevaba exactamente siete minutos de retraso, algo inédito en su obsesiva puntualidad.

—Señorita Andrewson —llamó a través del intercomunicador—, ¿ha habido alguna noticia de Azriel Fontaine?

La voz de su asistente respondió inmediatamente.

—Aún no, señor Reid. ¿Quiere que vuelva a llamarlo?

Alexander dejó escapar un suspiro apenas perceptible. Despreciar la puntualidad era algo que normalmente consideraría imperdonable, pero en aquella ocasión, estaba dispuesto a hacer una excepción.

—No, gracias —respondió, y apagó el intercomunicador antes de que la asistente pudiera decir nada más.

Se levantó y caminó hacia el ventanal de su oficina. Manhattan

se extendía a sus pies como un reino de cristal y acero. Había llegado a la cima, exactamente donde siempre había querido estar. Pero nunca se había sentido tan vacío. Tan solo.

El reflejo en el cristal le devolvió una imagen que ya no reconocía: un hombre de traje impecable con unos ojos azules que habían perdido su chispa.

No era la primera vez que notaba ese cambio. Había comenzado exactamente cuatro semanas y tres días atrás, cuando Felicity Ashford renunció a su puesto y él no hizo nada al respecto.

El sonido de la puerta al abrirse lo sacó de su ensimismamiento.

—Señor Reid —anunció la asistente desde el umbral—, el señor Fontaine está aquí.

Alexander se giró para ver a Azriel entrar en su despacho. Llevaba un traje color mostaza con una camisa violeta que en cualquier otra persona habría parecido un despropósito, pero que él conseguía lucir con una elegancia excéntrica y exótica. Su habitual sonrisa, sin embargo, había sido reemplazada por una expresión seria.

—Gracias —dijo Alexander a su asistente—. No quiero interrupciones durante esta reunión.

La chica asintió en silencio y cerró la puerta, dejándolos solos.

—Señor Fontaine —comenzó Alexander, extendiendo su mano para saludarlo.

—Mejor llámeme Azriel —dijo él, estrechando su mano con firmeza, pero sin la calidez que lo caracterizaba.

—Perfecto —accedió Alexander—. Agradezco que haya podido venir.

—Cuando Reid Enterprises llama para discutir pagos, uno hace hueco en su agenda —respondió, sarcástico—. Aunque debo admitir que me sorprendió recibir la llamada directamente de su despacho,

considerando que el departamento financiero ya había procesado mi factura.

Alexander asintió, reconociendo el escepticismo en la voz de Azriel.

—Por favor, tome asiento —señaló los sillones de cuero que había en un rincón de la oficina, lejos del escritorio que solía usar como barrera física.

Azriel se sentó, cruzando elegantemente sus largas piernas, mientras sus ojos estudiaban a Alexander con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

Alexander tomó asiento frente a él, consciente de que el siguiente movimiento determinaría el éxito o fracaso de su plan. Necesitaba a Azriel Fontaine de su lado, y eso significaba hacer algo a lo que no estaba acostumbrado.

—Azriel —comenzó, ajustándose la corbata en un gesto nervioso impropio de él—, debo ser honesto. No lo he llamado para discutir el pago por su trabajo para el reportaje de Fortune.

—Vaya, qué sorpresa —murmuró Azriel, con un tono que indicaba que no estaba sorprendido en absoluto—. Entonces, ¿para qué estoy aquí exactamente, señor Reid?

Alexander respiró hondo.

—Necesito su ayuda —dijo simplemente.

Azriel parpadeó varias veces seguidas, como si estuviera procesando una información en un idioma desconocido.

—¿Mi ayuda? —repitió, inclinándose ligeramente hacia adelante —. ¿El todopoderoso Alexander Reid necesita la ayuda de un simple diseñador de moda? Esto es... fascinante.

Alexander notó el tono mordaz, pero decidió ignorarlo. Había cosas más importantes en juego que su orgullo.

—Se trata de Felicity —añadió, y el simple acto de pronunciar su

nombre en voz alta pareció cambiar algo en la atmósfera de la habitación.

El rostro de Azriel se transformó instantáneamente. La máscara de frivolidad desapareció, reemplazada por una dureza que Alexander no había visto antes en él.

—No —dijo tajantemente, levantándose del asiento—. Si crees que voy a ayudarte a hacer algo que pueda herir a Felicity, estás completamente equivocado. Ya le has hecho suficiente daño —dijo, empezando a tutearle.

Alexander también se puso de pie, pero mantuvo una distancia respetuosa.

—No quiero hacerle daño, joder —respondió de un modo que sorprendió a ambos—. Quiero... arreglar las cosas.

Azriel soltó una risa amarga que resonó por toda la oficina.

—¿Arreglar las cosas? —Su voz se elevó con cada palabra. Frunció el ceño—. ¿Tienes idea de lo que le hiciste? La acusaste de traición sin pruebas concluyentes. La humillaste públicamente. La desterraste a un departamento que no tenía nada que ver con su profesión, como si fuera una apestada, o peor aún, una delincuente. —Dio un paso hacia Alexander. Su indignación era evidente en cada gesto—. ¿Sabes que lloró durante un montón de noches? ¿Que ha tenido que soportar miradas y susurros a sus espaldas durante días mientras estaba aquí, y tú no saliste a defenderla?

Cada palabra era como un puñal para Alexander. No porque no las mereciera, sino porque confirmaban lo que ya sabía: había cometido el peor error de su vida.

—Lo sé —dijo en voz baja, sorprendiendo a Azriel con su tono arrepentido y su confesión—. Y no hay día que no me arrepienta de ello.

Azriel lo estudió con escepticismo, buscando algún signo de manipulación o de mentira. No encontró ninguno.

—¿Por qué debería creerte? —preguntó. Su tono todavía sonaba defensivo, pero era menos hostil—. ¿Por qué ahora, después de más de un mes?

Alexander caminó hacia el ventanal, como si necesitara distancia para encontrar las palabras adecuadas.

—Porque estoy enamorado de ella —soltó, sin rodeos, girándose hacia Azriel.

Por primera vez (probablemente de su vida) Azriel se quedó sin palabras.

—¿Lo dices en serio?

—No he hablado más en serio en toda mi vida.

Azriel se llevó las manos a la boca.

—Oh, Dios mío.

—Estoy enamorada de ella hasta el último de mis huesos —dijo Alexander.

—Vale, vale, estás enamorado de ella —repitió Azriel, adoptando un tono de voz más suave. Toda su hostilidad inicial se diluyó ante la inesperada confesión—. Pero ¿por qué no has llamado a Felicity para quedar, disculparte y decirle que estás enamorado de ella?

—Porque una simple disculpa no es suficiente —respondió Alexander—. No después de lo que hice. No después de cómo la traté. Necesito... necesito hacer algo más. Necesito demostrarle que la quiero.

—Entiendo —murmuró Azriel.

—El problema es que no sé si ella aún siente algo por mí —continuó Alexander, sentándose de nuevo—. No después de todo lo que ha pasado. Por eso necesito tu ayuda, Azriel. Tú la conoces. Eres su amigo.

Azriel observó a Alexander con fascinación (porque resultaba fascinante).

El poderoso magnate empresarial, conocido por su frialdad y precisión, por tener el corazón de hielo, ahora se mostraba vulnerable, humano, incluso… desesperado.

—Te contaré algo, Alexander —dijo finalmente, usando deliberadamente su nombre de pila—. Felicity ha pasado por un infierno por tu culpa.

—Lo sé —dijo él.

—Pero —continuó Azriel, inclinándose hacia adelante—, ni una sola vez, ni siquiera en sus momentos más oscuros, ha dejado de hablar de ti con un brillo especial en los ojos. Nunca ha dicho explícitamente que te quiere, pero cualquiera con dos dedos de frente puede verlo. Felicity está tan enamorada de ti que es casi doloroso presenciarlo.

Alexander sintió que algo se expandía en su pecho, una emoción tan intensa que tuvo que coger una bocanada de aire.

—¿De verdad lo crees? —preguntó, con una fragilidad que hizo sonreír a Azriel.

—Estoy absolutamente seguro —respondió—. Lo cual, debo añadir, me parece completamente inexplicable dado lo imbécil que has sido con ella.

Alexander asintió, aceptando la crítica sin protestar. No podía decir que no había sido un imbécil, porque lo había sido.

—Por eso necesito hacer algo especial —dijo, con determinación —. Algo que no solo muestre mi arrepentimiento, sino también lo que realmente siento por ella. —Entornó los ojos—. Y creo saber exactamente qué hacer.

Se levantó y caminó hacia su escritorio, sacando un pequeño cuaderno de cuero del cajón superior. Lo abrió y se lo entregó a Azriel.

—¿Qué es esto? —preguntó Azriel, tomando el cuaderno con curiosidad.

—Mi plan —respondió Alexander—. Quiero recrear nuestro primer encuentro, pero con un importante giro.

Azriel comenzó a leer.

Sus ojos se abrían cada vez más a medida que avanzaba por las páginas.

—Dios mío —murmuró finalmente, mirando a Alexander con verdadera sorpresa—. Esto es... increíblemente romántico. Nunca hubiera imaginado que tenías esto dentro de ti.

Alexander se pasó una mano por el pelo, en un gesto nervioso que Azriel nunca había visto en él.

—¿Crees que funcionará? —preguntó.

Y por primera vez desde que había empezado la conversación, Azriel vio al hombre real detrás de la fachada del poderoso empresario, detrás de la persona que decían que tenía el corazón de hielo.

—Si lo haces exactamente como está escrito aquí —respondió Azriel, cerrando el cuaderno—, o Felicity cae rendida a tus pies, o yo personalmente la empujaré a ellos.

Alexander no pudo evitar sonreír ante su descripción.

—Entonces, ¿me vas a ayudar?

Azriel dejó escapar un suspiro teatral.

—Contra todo sentido común y posiblemente en contra del código de mejores amigos del mundo, sí, te voy a ayudar —dijo. Levantó un dedo a modo de amenaza—. Pero con una condición.

—La que sea —respondió Alexander sin dudar.

—Si vuelves a hacerle daño, te perseguiré hasta el fin del mundo y sustituiré todos tus trajes de diseñador por poliéster barato y corbatas de clip para que te pique todo el cuerpo.

Alexander extendió su mano mientras dejaba escapar una

carcajada.

—Trato hecho —dijo.

Azriel la estrechó, sellando lo que posiblemente fuera el acuerdo más inusual que Alexander Reid había hecho jamás.

—Ahora, hablemos de los detalles —dijo Azriel, en actitud conspiranoica—. Tu plan es bueno, pero le falta ese toque... Fontaine.

Durante la siguiente hora, los dos refinaron el plan, debatiendo cada aspecto, mejorando los detalles, y asegurándose de que todo fuera perfecto.

El serio despacho de Alexander, normalmente un santuario de reuniones y debates de negocios, se había transformado temporalmente en el cuartel general de una elaborada operación romántica.

Finalmente, ambos estuvieron satisfechos con el resultado.

—Entonces, está decidido —dijo Alexander, consultando su reloj —. La «emergencia familiar» de tu madre será este viernes.

—Sí, mi pobre madre se romperá ficticiamente una pierna este viernes —asintió Azriel, conteniendo una sonrisa—. Debo decir, Alexander, que para ser alguien con fama de calculador y frío, y alguien que tiene el corazón de hielo, has concebido un plan sorprendentemente romántico.

Alexander se encogió de hombros, permitiéndose una pequeña sonrisa.

—Es culpa de Felicity —dijo.

Azriel se levantó, alisando las arrugas inexistentes de su traje mostaza.

—Solo espero que Felicity aprecie el esfuerzo —comentó—. No suele ser fan de las sorpresas desde que un exnovio le llevó una banda de mariachis a la biblioteca universitaria.

Alexander frunció el ceño.

—¿En serio?

—Tranquilo —respondió Azriel con un guiño—. Tu plan no incluye nada que haga ruido, así que saldrá bien. Además —añadió, dirigiéndose hacia la puerta—, ella nunca estuvo realmente enamorada de ese chico. No como lo está de ti.

Alexander se quedó unos segundos sin palabras. Una condición rara también en él.

—Gracias, Azriel —dijo finalmente—. Por todo.

Azriel se detuvo en la puerta y se giró con el pomo en la mano. Su expresión se volvió seria.

—No me agradezcas nada todavía. Hago esto por Felicity, no por ti. Aún tienes muchas cosas que demostrar.

Y con esas palabras, salió del despacho, dejando a Alexander solo con sus pensamientos.

El plan estaba en marcha.

Ahora solo quedaba esperar hasta el viernes y que, por una vez en su vida, Alexander Reid fuera capaz de expresar lo que sentía.

Tres días después, Felicity esperaba en el compartimento VIP de un tren que iba a Filadelfia.

La madre de Azriel se había roto la pierna y él le había pedido que lo acompañara a verla. Felicity, por supuesto, había accedido. Azriel era su mejor amigo.

Consultó su reloj por tercera vez en cinco minutos. Azriel llevaba

ya diez minutos de retraso. Algo raro en él, especialmente considerando la supuesta emergencia de su madre.

El compartimento era lujoso, mucho más de lo que habría esperado. Espacioso, con asientos de cuero, una pequeña mesa de caoba, e incluso una botella de champán enfriándose en una cubitera plateada. Parecía excesivo para un viaje de aquel tipo, pero era típico de Azriel: incluso en momentos de crisis, mantenía ciertos estándares.

Felicity sacó el teléfono y marcó su número otra vez. Salió directamente el buzón de voz. Colgó.

Frunció el ceño.

Una punzada de preocupación la atravesó. ¿Y si le había pasado algo? ¿Y si la situación con su madre era más grave de lo que había dicho?

De pronto, el tren comenzó a moverse. El suave balanceo indicaba que se había iniciado el viaje.

Felicity miró impaciente hacia la puerta del compartimento. ¿Dónde narices estaba Azriel?

Justo cuando estaba a punto de llamar a uno de los empleados del tren para preguntar si habían visto a un chico con el pelo azul eléctrico, su teléfono vibró con un WhatsApp.

Era de Azriel:

« Lo siento mucho, cariño. No voy a poder llegar a tiempo al tren. Pero no te preocupes, he enviado a un sustituto. Confía en mí, va a ser mucho mejor que acompañar a un diseñador de moda melodramático a visitar a su madre. Disfruta del viaje y recuerda: a veces, los primeros encuentros merecen una segunda oportunidad.»

Felicity releyó el mensaje tres veces, intentando descifrar su

significado.

¿Un sustituto? ¿Qué demonios significaba eso? ¿Y a qué se refería con «primeros encuentros»?

Justo en ese momento, escuchó pasos acercándose por el pasillo. La puerta del compartimento comenzó a abrirse lentamente.

Felicity contuvo la respiración, completamente desconcertada.

CAPÍTULO 68

La puerta del compartimento terminó de abrirse hacia un lado.

Felicity todavía esperaba ver la figura estrambótica de Azriel diciendo que todo era una broma.

Azriel era así.

Sin embargo, el tiempo pareció detenerse cuando, en lugar del pelo azul eléctrico de su amigo, apareció la silueta inconfundible de Alexander Reid.

Felicity parpadeó varias veces, como si sus ojos le estuvieran jugando una mala pasada. Pero no, era él. Alexander Reid en carne y hueso, vistiendo un traje azul marino impecablemente cortado, con una camisa blanca inmaculada y sin corbata, un detalle que, aunque no sabía por qué, la desconcertó aún más.

—¿Alexander? —Su voz salió como un susurro lleno de incredulidad. Se enderezó instintivamente y su cuerpo se tensó como las cuerdas de una guitarra—. ¿Qué... Qué haces tú aquí?

Alexander permaneció en el umbral un instante. Sus ojos azules estaban clavados en ella con una intensidad que la hizo estremecer. Después, con un movimiento deliberadamente lento, dio un paso hacia el interior del compartimento y cerró la puerta tras él.

—Hola, Felicity —dijo, con una voz más suave de lo que ella recordaba.

Felicity sintió que su corazón daba un vuelco traicionero.

Seis semanas.

Seis semanas sin escuchar su voz pronunciando su nombre, sin esos ojos azules mirándola directamente. Seis semanas intentando odiarlo y fallando en el intento.

—No has respondido a mi pregunta —insistió, sin saludarlo, cruzando los brazos sobre el pecho en un gesto defensivo—. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Azriel? Su madre...

—Su madre está bien. No se ha roto la pierna —la interrumpió Alexander, dando otro paso cauteloso hacia ella—. En realidad, está en un crucero por las islas griegas según tengo entendido.

La confusión de Felicity, que había alcanzado su cuota máxima, se transformó rápidamente en indignación.

—¿Me habéis tendido una trampa? —preguntó con el ceño fruncido. La incredulidad teñía sus palabras—. ¿Tú y Azriel? ¿Habéis conspirado juntos para engañarme y hacerme subir a este tren?

Alexander tuvo la decencia de parecer ligeramente avergonzado, algo que Felicity jamás había visto en él.

—Técnicamente, fue mi idea —admitió—. Aunque Azriel aportó... ciertos detalles creativos.

Felicity soltó una risa seca, desprovista de humor.

—Por supuesto que sí. Debí imaginarlo cuando vi el champán —señaló la botella en la cubitera—. ¿Y ahora qué? ¿Vamos a tener una reunión de negocios improvisada? ¿Más acusaciones de espionaje industrial, quizás?

El sarcasmo en su voz era evidente. Un escudo para protegerse del torbellino de emociones que amenazaba con abrumarla. Porque bajo la indignación y la confusión, había algo más peligroso: esperanza. Una pequeña, traidora y persistente esperanza que se negaba a morir a pesar de todo.

Alexander no respondió inmediatamente. En su lugar, tomó asiento frente a ella, exactamente en el mismo sitio donde había estado sentado aquel primer día, cuando Felicity irrumpió en su compartimento y lo besó impulsivamente para evitar que el revisor la pillara.

El paralelismo no pasó desapercibido para Felicity, que se tensó aún más.

—No estoy aquí por negocios —dijo finalmente Alexander, sin apartar los ojos de ella—. Estoy aquí por ti, Felicity.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, cargadas de un significado que Felicity no estaba segura de querer descifrar.

—Pues has perdido el tiempo —replicó, aunque su voz carecía de la firmeza que hubiera querido darle—. No tenemos nada de qué hablar.

Hizo ademán de levantarse, pero Alexander extendió su mano y le agarró el brazo con suavidad. Un gesto de súplica tan impropio de él que la dejó unos segundos paralizada.

—Por favor —pidió, y esa simple expresión, pronunciada con una vulnerabilidad que nunca había mostrado, la dejó clavada en el asiento—. Dame cinco minutos. Es todo lo que pido. Después, si quieres irte, no intentaré detenerte.

Felicity lo miró, estudiando su rostro.

Había algo diferente en él. Las líneas duras que siempre habían definido su expresión parecían haberse suavizado. Y sus ojos... había una profundidad en ellos (como si estuvieran llenos de sentimientos) que nunca había visto antes, ni siquiera durante aquella noche en Boston, cuando se habían abierto el uno al otro en medio de la tormenta.

—Cinco minutos —accedió finalmente, mirando su reloj con deliberada indiferencia—. El tiempo corre, Alexander.

Él asintió, y durante un momento pareció casi... nervioso.

Alexander Reid, el hombre que podía intimidar a cualquier persona con una simple mirada, parecía inseguro sobre cómo tenía que proceder.

—He cometido el peor error de mi vida —comenzó a decir. Su voz era firme, pero poseía un temblor casi imperceptible—. Y no me refiero a los negocios o a una mala inversión. Me refiero a lo que te hice a ti, Felicity.

Ella intentó mantener su expresión impasible, pero sintió que algo se removía en su interior. ¡Mierda!

—¿A no defenderme ante la junta directiva? —lanzó. manteniendo un tono engañosamente ligero—. Sí, no fue tu momento más brillante.

Alexander encajó el golpe sin parpadear. Era lógico que Felicity estuviera resentida.

—Lo sé —admitió—. No tengo excusa. Actué por impulso, dejándome llevar por viejos miedos y paranoias. Antepuse la empresa a ti, y me equivoqué.

Felicity se sorprendió ante la franqueza de su confesión. El Alexander que ella conocía nunca reconocía sus errores tan abiertamente.

—¿Por qué me estás diciendo esto ahora, Alexander? —preguntó.

Él se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Porque quiero pedirte perdón —dijo—. Y no podía hacerlo por teléfono, ni en la oficina, ni en cualquier otro lugar. Tenía que ser aquí —respondió.

El tren comenzó a ganar velocidad.

El paisaje urbano se transformó gradualmente en suburbios y luego en campos abiertos. La luz de la tarde entraba por la ventana, bañando el compartimento con un resplandor dorado que recordaba

a aquel primer día.

—¿Por qué aquí? —preguntó Felicity, aunque una parte de ella ya conocía la respuesta.

Alexander tomó aire.

—Porque todo comenzó aquí, en este tren, cuando una chica desesperada entró en mi compartimento y me besó para escapar del revisor —dijo, esbozando una pequeña sonrisa en la comisura de los labios—. Convirtiéndolo en el momento más inesperado y desconcertante de mi vida. Y también, aunque me llevó algún tiempo darme cuenta, en el mejor.

Felicity sintió que su corazón se aceleraba. Sentía los latidos en las sienes.

Esto no era lo que esperaba.

No estaba preparada para aquella versión de Alexander Reid, vulnerable y abierto.

—Alexander, no sé qué pretendes con todo esto, pero...

—Estoy enamorado de ti, Felicity.

Las palabras cayeron entre ellos como una bomba, silenciando cualquier cosa que ella hubiera estado a punto de decir.

CAPÍTULO 69

Felicity sintió como si todo el aire se le escapara de los pulmones. Lo miró fijamente, segura de haber escuchado mal.

—¿Qué has dicho? —susurró.

Alexander se levantó de su asiento y, en un movimiento que la sorprendió, se arrodilló frente a ella, tomando sus manos entre las suyas. El contacto envió una corriente eléctrica por todo su cuerpo.

—Dije que estoy enamorado de ti —repitió, con una voz firme pero suave—. Perdidamente enamorado. De tu inteligencia, de tu determinación, de la forma en que te enfrentas a mí sin miedo cuando todos los demás agachan la cabeza. De cómo mordisqueas tu labio cuando estás concentrada y de cómo tus ojos de color avellana brillan cuando descubres la solución a un problema. Estoy perdidamente enamorado de tu lealtad, que nunca merecí, pero que siempre me diste. Estoy enamorado de cada parte de ti, Felicity Ashford. De tus ojos, de tu naricilla, de tus labios carnosos. De la forma en que frunces la boca cuando estás enfadada.

Felicity se quedó sin palabras.

Su mente estaba intentando procesar lo que estaba ocurriendo.

Alexander Reid, el hombre más controlado y reservado que había conocido, estaba de rodillas frente a ella, declarándole su amor en términos que jamás habría esperado escuchar de él.

—No... no sé qué decir —balbuceó finalmente.

—No tienes que decir nada —respondió él, apretando suavemente sus manos—. Solo escúchame. Cuando acepté tu renuncia cometí el peor error de mi vida. No solo porque tenía que haberte defendido ante la junta directiva, sino porque alejé a la única persona que había logrado atravesar todas mis defensas, la única persona con quien sentí que podía ser simplemente Alexander, no el dueño de Reid Enterprises, no el heredero del imperio Reid. Solo un hombre. Solo yo. Sin más.

Felicity sintió cómo un nudo se formaba en su garganta. Quería mantenerse fuerte, recordar todo el dolor de las últimas semanas, pero las palabras de Alexander estaban desmoronando el muro que había construido cuidadosamente alrededor de su corazón.

—Me rompiste el corazón, Alexander —confesó, y su voz se quebró ligeramente—. Confiaba en ti. Creía en ti. Y a la primera señal de problemas, me descartaste sin pestañear.

—Lo sé —asintió él. La culpa era evidente en sus ojos azules—. Y pasaré el resto de mi vida intentando compensarte por ello, si me das la oportunidad. No te pido que me perdones hoy, ni mañana. Solo te pido una oportunidad para demostrarte que he cambiado, que he aprendido la lección más importante de mi vida: que ninguna junta directiva, ningún escándalo, ningún rumor es más importante que tú. Tú estás por encima incluso del legado que me dejó mi padre. He dado la vida por él, por la empresa, desde que tenía veinte años, pero creo que es tiempo de dar prioridad a otras cosas.

El tren tomó una curva. La inercia los empujó ligeramente. Pero Alexander mantuvo su postura, con la mirada en Felicity.

—¿Sabes qué es lo que más me ha atormentado estas semanas? —continuó—. Recordar nuestra noche en Boston, durante la tormenta. La primera vez en mi vida adulta que me permití ser realmente yo mismo con alguien. Y luego, ese momento en mi oficina, cuando estuvimos a punto de besarnos... Antes de que Isobel interrumpiera. He revivido esos momentos cada noche,

preguntándome qué habría pasado si hubiera confiado en mis instintos en lugar de en mis miedos.

Felicity sentía que las lágrimas amenazaban con desbordarse. Intentó mantenerlas a raya. No quería mostrarse débil, pero la sinceridad en la voz de Alexander estaba desarmándola por completo. Dios, la estaba dejando sin defensas.

—¿Por qué debería creerte ahora? —preguntó, necesitando aferrarse a algún tipo de resistencia.

Alexander soltó sus manos y, para su sorpresa, sacó algo del bolsillo interior de su chaqueta. Era su teléfono. Lo desbloqueó y se lo entregó.

—Lee el último email que envié —dijo simplemente.

Felicity tomó el teléfono con cautela, como si pudiera quemarla.

La pantalla mostraba un email enviado a todos los directores de departamento de Reid Enterprises, con copia al departamento de Recursos Humanos. El asunto: «Restablecimiento de Felicity Ashford como Asistente Personal Ejecutiva».

Sus ojos recorrieron rápidamente el texto, ensanchándose con cada línea. Alexander no solo anunciaba su reincorporación a su puesto original, sino que también incluía una disculpa pública, reconociendo que había sido injustamente acusada y exonerándola completamente. Además, dejaba claro que cualquier rumor o comentario sobre el incidente sería tratado como una violación grave del código de conducta de la empresa.

—Alexander... —murmuró, levantando la mirada del teléfono—. Esto es...

—Lo mínimo que podía hacer —terminó él—. Y hay más. He reestructurado la junta directiva.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Felicity.

Alexander se levantó finalmente, pero en lugar de volver a su

asiento, se sentó junto a ella.

—Isobel Winters no actuaba sola —explicó—. Tres miembros de la junta estaban conspirando contra mí para destituirme como presidente de Reid Enterprises. La filtración del acuerdo de BioGen y todo lo que pasó con Morgan Hargrove era solo una parte de un plan mucho mayor.

Felicity lo miró boquiabierta, sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Te estaban traicionando? ¿Los miembros de tu propia junta directiva? —preguntó con incredulidad—. ¿Cómo es posible?

—El poder atrae a los buitres —respondió Alexander con una nota de amargura—. Llevaban semanas socavando mi autoridad, cuestionando mis decisiones, intentando crear divisiones dentro de la empresa, y nuestra relación fue más leña para el fuego.

—¿Y cómo te has enterado?

—Me lo contó Morgan Hargrove.

Felicity abrió los ojos de par en par.

—¿Morgan Hargrove?

—Sí, fue él el que me facilitó todas las pruebas para desenmascararlos.

—No me lo puedo creer…

—No es tan extraño —dijo Alexander—. Isobel le dio una patada en cuanto le dejó de servir como espía y Morgan Hargrove decidió vengarse de ella contándome sus artimañas a mí.

—Isobel es una arpía, como dice Azriel —comentó Felicity.

Sacudió la cabeza, como si aún le costara creerlo.

—Lo irónico es que, si no hubiera dejado que te alejaras de mí, probablemente los habría descubierto mucho antes —añadió Alexander—. Siempre fuiste mejor que yo para leer a las personas.

Aquella última confesión, tan sincera y desprovista de su habitual arrogancia, provocó que algo se rompiera dentro de Felicity.

Una lágrima solitaria rodó por su mejilla antes de que pudiera detenerla. Eran demasiadas emociones.

Alexander la observó. Su expresión se suavizó.

Extendió la mano y, con el pulgar, limpió delicadamente la lágrima de su rostro. El contacto fue eléctrico, enviando un escalofrío por la columna vertebral de Felicity.

—No llores, por favor —susurró—. No soporto verte llorar sabiendo que yo soy la causa.

Felicity cerró los ojos unos instantes, permitiéndose sentir el calor de su mano contra su piel.

—No has dicho nada sobre el email —observó Alexander—. ¿Aceptarías volver? ¿Darme una segunda oportunidad?

Felicity abrió los ojos y lo miró directamente. En su mirada de color azul había una súplica silenciosa que contrastaba con el hombre poderoso y seguro que todo el mundo conocía.

—No lo sé, Alexander —respondió honestamente—. Todo esto es... abrumador. El email, la conspiración, tú diciendo que estás... — no pudo completar la frase, como si las palabras fueran demasiado grandes para pronunciarlas.

—Enamorado de ti —terminó de decir él por ella—. Y lo estoy, Felicity. Tan enamorado que estas han sido las peores seis semanas de mi vida. No sé si igual que cuando perdí a mis padres. Porque entonces perdí mi pasado, pero cuando dejé que te alejaras, sentí que había perdido mi futuro.

Esas palabras, tan poco habituales del Alexander que conocía, tan sinceras y directas, provocaron que otra lágrima escapara de los ojos de Felicity, seguida de otra y otra más. No podía detenerlas, pero es que ni siquiera lo estaba intentando.

—Yo… te he echado de menos —admitió finalmente. Su voz apenas era audible por encima del traqueteo del tren. Suspiró—. Más de lo que quería admitir, incluso a mí misma. He intentado odiarte, Alexander. De verdad que lo he intentado.

—¿Y lo has conseguido? —preguntó él.

Felicity negó lentamente con la cabeza.

—No —susurró—. No he podido. Por mucho que me haya dolido lo que hiciste, no he podido dejar de... —Tomó aire, y su rostro reflejó una expresión de resignación—. No he podido dejar de quererte.

El tiempo pareció detenerse.

El mundo exterior se esfumó, reducido a ese compartimento de tren, a ese momento suspendido entre ellos.

Alexander alargó la mano despacio, colocándola sobre la de Felicity. Fue un gesto tentativo, como si temiera que ella pudiera desvanecerse si se movía demasiado rápido.

—Felicity Ashford —dijo, en un tono rico y profundo—, el día que entraste en mi compartimento y me besaste para escapar del revisor, cambiaste mi vida para siempre. Tuve que perderte para darme cuenta de lo mucho que significas para mí. Te quiero, y si me das una segunda oportunidad, pasaré cada día demostrándotelo.

Felicity miró sus manos unidas, sintiendo cómo el calor de la suya se fundía con el de Alexander.

Seis semanas de dolor, de confusión, de intentar odiarlo mientras secretamente anhelaba aquel momento. Y ahora que había llegado, parecía casi irreal, como si fuera un sueño.

—¿Sabes qué es lo que nunca te dije? —preguntó Felicity, levantando la mirada para encontrarse con sus ojos—. Que aquel beso, a pesar de todas las circunstancias, fue el mejor de mi vida. Incluso siendo tan breve, tan impulsivo, tan... inapropiado.

Un brillo travieso apareció en los ojos de Alexander, algo tan inesperado que Felicity casi no lo reconoció.

—¿Mejor que este? —murmuró, y antes de que ella pudiera reaccionar, se inclinó y capturó sus labios con los suyos.

A diferencia de aquel primer beso fruto de la desesperación, ese fue suave, tierno, casi reverente.

Los labios de Alexander se movieron contra de Felicity con una dulzura que la dejó sin aliento. Felicity sintió que su corazón se expandía en su pecho, amenazando con estallar.

Por fin.

Después de un rato, rompieron el beso. Alexander dejó descansar su frente contra la de ella. Sus ojos permanecieron cerrados como si estuviera memorizando el momento.

—No —susurró Felicity, con una pequeña sonrisa formándose en los labios—. Este es definitivamente mejor. Mucho mejor. —Su sonrisa se amplió.

Alexander abrió los ojos. Y también sonrió. Y era como ver el sol salir después de una larga noche de tormenta.

—¿Sabes? —dijo, en un tono juguetón, rozando la punta de su nariz con la de Felicity—. Creo que deberíamos seguir investigando cómo funciona entre nosotros esto de besarnos. Por razones científicas, por supuesto.

Felicity rio. Y el sonido que produjo resonó en el compartimento.

—¿Alexander Reid haciendo bromas? —preguntó, fingiendo asombro—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi exjefe gruñón?

—¿Exjefe? —repitió él.

—Me temo que no voy a poder aceptar de nuevo el puesto de tu asistente personal. Desde hace una semana y media he empezado a trabajar en Vogue. Soy la asistente personal de Miranda Roberts.

Alexander alzó las cejas.

—¿Me dejas por Vogue? —bromeó, colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Es un trabajo que me encanta y creo que es lo mejor para nosotros.

Alexander sujetó su rostro entre las manos

—Me parece perfecto si lo has decidió así. —Le dio un beso rápido en los labios—. De ahora en adelante, soy simplemente el hombre que te ama. Y que, si tú me lo permites, quiere convertirse en mucho más que solo tu exjefe.

El tren atravesó un túnel, sumiendo el compartimento en la penumbra. Cuando volvió la luz, Felicity vio en los ojos de Alexander todo lo que necesitaba saber: arrepentimiento por el pasado, promesas para el futuro, y un amor tan grande que hizo que todas sus dudas se desvanecieran.

—Te quiero, Alexander Reid —aseveró. Su voz era firme y segura—. Con todos tus defectos, con toda tu intensidad, con todas tus manías por el control. Y sí, te permitiré demostrármelo cada día.

Esa vez fue ella quien inició el beso, exactamente como había hecho aquel primer día cuando le robaron el billete de tren. Pero a diferencia de entonces, ahora no había desesperación, ni miedo, ni incertidumbre. Solo había certeza, calor y la promesa de un futuro juntos que, de alguna manera, había comenzado con un beso robado en un tren.

El tren continuó su marcha hacia Filadelfia, llevándolos no solo hacia un destino geográfico, sino hacia una nueva vida, una nueva historia.

Y mientras el paisaje pasaba velozmente por la ventanilla, Felicity supo, con una certeza que nunca antes había sentido, que había encontrado finalmente su destino. No en un lugar, sino en una persona. En Alexander Reid, el hombre que había pasado de ser el

señor Limón Amargo a ser el amor de su vida.

EPÍLOGO

Seis meses después

El ruido de la ciudad se filtraba como un murmullo lejano a través de los enormes ventanales de la oficina en el piso 35 de Condé Nast Building, en Times Square.

Felicity contemplaba Manhattan mientras jugueteaba distraídamente con el elegante bolígrafo entre sus dedos. Como directora del departamento de Innovación y Sustentabilidad en Vogue, había logrado lo impensable: encontrar su voz en la industria de la moda sin sacrificar sus valores.

Seis meses habían pasado volando desde aquella tarde en el tren, cuando Alexander Reid había reaparecido en su vida con una disculpa, una declaración de amor y un beso que había sanado todas las heridas.

Seis meses despertando junto a él cada mañana, aprendiendo a conocer al hombre detrás del empresario, y construyendo algo que ninguno de los dos había creído posible al principio: una relación basada en la confianza, el respeto, y un amor que crecía con cada día que pasaba.

El teléfono sobre su escritorio vibró. Era un WhatsApp de Alexander:

Alexander: No olvides que hoy sales temprano. Cena importante. Te recojo a las 17:00. No trabajes demasiado, señorita Ashford.

Felicity sonrió al leer el «señorita Ashford». Era un juego entre ellos, la manera en que Alexander reconocía y respetaba su independencia profesional.

Ella había insistido en forjar su propio camino, rechazando la oferta de regresar a Reid Enterprises.

Felicity: ¿Tan importante es esa cena como para sacrificar mi reunión con el equipo de diseño?

Sabía la respuesta. Alexander nunca interrumpía su trabajo a menos que fuera realmente importante.

La respuesta llegó unos segundos después.

Alexander: Más importante de lo que imaginas. Confía en mí.

Aquellas dos últimas palabras la hicieron sonreír de nuevo.

«Confía en mí» se había convertido en su mantra, en la promesa que ambos habían hecho después de todo lo que había pasado con Isobel Winters y Morgan Hargrove y la conspiración de la junta directiva.

—Esa sonrisa solo puede significar dos cosas: o acabas de recibir un mensaje de cierto magnate empresarial guapísimo, o han anunciado una oferta de zapatos en Bloomingdale's —comentó Larissa, su asistente, mientras entraba con una carpeta de documentos.

Felicity rio, guardando el teléfono.

—La primera opción —admitió—. Alexander me recuerda que hoy salgo temprano.

—Ah, sí, la misteriosa cena —dijo Larissa, enarcando una ceja con curiosidad—. ¿Aniversario?

Felicity frunció el ceño ligeramente, tratando de hacer memoria.

No era el aniversario de cuando habían empezado a salir, ni el de cuando se dieron una segunda oportunidad después de la reconciliación. Tampoco era el cumpleaños de Alexander, ni el suyo.

Y entonces cayó en la cuenta.

Un año atrás, exactamente, había entrado desesperada en el compartimento VIP de aquel tren y había besado a un desconocido para escapar del revisor. Un año desde el beso que, sin saberlo, cambiaría su vida para siempre.

—Algo así —respondió enigmáticamente, mientras su mente comenzaba a dar vueltas. ¿Alexander recordaba esa fecha? No lo habían mencionado nunca explícitamente como un aniversario. Era demasiado... poco convencional.

A las 16:55, mientras guardaba sus cosas, su teléfono vibró con una llamada.

La foto de Azriel, con su inconfundible pelo azul eléctrico y una sonrisa deslumbrante, apareció en la pantalla.

—Azriel Fontaine, ¿a qué debo el honor? —respondió con una sonrisa, sujetando el teléfono entre el hombro y la oreja mientras cerraba su maletín.

—¡Felicity Ashford, luz de mi vida e impulsadora de mi carrera! —La voz teatralmente efusiva de Azriel llenó la línea—. Solo llamaba para recordarte que mañana es la prueba final del vestido para la gala del Met. Si no apareces, tendré que enviar a Gatsby a arañar tus zapatos favoritos.

Felicity se echó a reír.

Azriel y sus cosas.

Desde el reportaje en Fortune, la carrera de Azriel había despegado como un cohete. La colección que había creado para los ejecutivos de Reid Entreprises había captado la atención de celebridades y editores de moda por igual.

Apenas seis meses después, se preparaba para vestir a Felicity para la Gala del Met, un honor que no había dejado de mencionar en cada conversación.

—No lo he olvidado —le aseguró—. Estaré allí a las once en punto. Además, no me perdería la oportunidad de conocer mejor a Mateo. Todavía no puedo creer que no me lo presentaras formalmente antes de que se mudara contigo.

—Fue un torbellino, querida —se defendió Azriel, y Felicity podía verlo agitando dramáticamente la mano en el aire—. Un fotógrafo de Puerto Rico apareció de pronto para hacer un reportaje en la revista Elle, donde yo había diseñado la ropa de las modelos de la portada, me miró con esos ojos de color chocolate intenso, y ese acento que hace que las rodillas se te conviertan en gelatina hizo el resto. Francamente, fue un milagro que lográramos terminar la sesión de fotos.

Felicity sonrió.

Mateo había entrado en la vida de Azriel como un huracán de pasión latina, pero también con calma, el contrapeso perfecto para la energía caótica de su amigo. En menos de tres meses, se había mudado al *loft* y había conquistado incluso a Gatsby, algo que Azriel calificaba como «prueba irrefutable de que es mi alma gemela, si no ya le habría llenado de pelo la ropa».

—Hablando de encuentros inesperados —continuó Azriel. Su voz había adoptado un tono conspirador—, ¿algún plan especial para esta noche?

Algo en su tono hizo que Felicity se detuviera.

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió, recelosa.

—Por nada, por nada —respondió Azriel, demasiado rápido para ser convincente—. Solo curiosidad. Completamente inocente. Totalmente desinformada.

—Azriel Fontaine, si sabes algo que yo no sé...

—¡Oh, mira qué hora es! —la interrumpió con exagerada sorpresa—. ¡Mateo me está llamando para... algo importante que involucra... cosas! ¡Hablamos mañana! ¡Te quiero!

Y colgó antes de que Felicity pudiera interrogarlo más.

Con una mezcla de confusión y anticipación, Felicity tomó su abrigo y se dirigió al ascensor. Justo cuando las puertas se abrían, recibió otro WhatsApp de Alexander:

Alexander: Cambio de planes. El chófer te espera abajo. Él te llevará a nuestro destino. Te veo pronto.

—¿Qué estará tramando? —susurró, guardando el móvil en el bolso.

Intrigada y nerviosa, Felicity bajó hasta el vestíbulo. Efectivamente, James, el chófer de Alexander, la esperaba con una sonrisa discreta.

—Señorita Ashford —la saludó con una inclinación profesional—. El señor Reid me ha pedido que la lleve a su destino.

—¿Y cuál es exactamente ese destino, James? —preguntó, mientras él le abría la puerta del Bentley negro.

—Me temo que son órdenes estrictas del señor Reid no revelar esa información —respondió con una sonrisa cómplice—. Pero puedo asegurarle que es un viaje corto.

Durante el trayecto, Felicity intentó obtener alguna pista de James, pero el chófer se mantuvo hermético, respondiendo a sus preguntas con silencios o evasivas educadas. Finalmente, después de unos treinta minutos, el coche se detuvo.

Felicity miró por la ventanilla y su corazón dio un vuelco. Estaban en Grand Central Station.

—¿La estación de tren? —murmuró, más para sí misma que para James.

—El señor Reid la espera en el andén privado —explicó James, abriendo la puerta—. Me ha pedido que la escolte hasta allí.

Con cada paso que daba a través de la majestuosa estación, el corazón de Felicity latía más rápido.

No podía ser una coincidencia.

Alexander había recordado la fecha, había recordado cómo se conocieron realmente.

La mezcla de nerviosismo y emoción hizo que sintiera las piernas flojas, mientras seguía a James hasta una zona restringida de la estación, donde un empleado con uniforme esperaba junto a una puerta.

—Señorita Ashford —saludó el empleado—. Por aquí, por favor.

La condujo a través de la puerta, que daba a un pequeño andén privado donde había un único vagón de tren. Pero no era un vagón cualquiera. Era una réplica moderna y lujosa de un vagón de primera clase de los años veinte, construido con madera pulida, latón brillante y terciopelo de color carmesí.

Y allí, de pie junto a la entrada, estaba Alexander Reid.

El corazón de Felicity se detuvo un instante.

A pesar de verlo todos los días, la visión de Alexander siempre la dejaba sin aliento. Alto, atlético, vestido con un traje azul oscuro que resaltaba sus ojos; camisa blanca y corbata gris.

Su postura irradiaba la misma autoridad innata que había notado desde el primer día. Pero había algo más: una dulzura en su mirada, una calidez que solo quienes lo conocían realmente podían ver.

—Felicity —dijo simplemente cuando se acercó, extendiendo su mano hacia ella.

—Alexander —respondió, entrelazando sus dedos con los suyos —. ¿Qué es todo esto?

Una pequeña sonrisa jugaba en la comisura de los labios de Alexander.

—¿No reconoces la fecha? —preguntó. Sus ojos azules brillaban con una emoción contenida—. Hace exactamente un año, una mujer desesperada entró en mi compartimento y me besó para escapar del revisor.

Felicity notó un calor ascender por sus mejillas cuando lo recordó.

—No podría olvidar un aniversario tan poco convencional —comentó.

La sonrisa de Alexander se amplió en sus labios, transformando como siempre su rostro, que adquiría una expresión más jovial, más dulce, más risueña.

Felicity nunca dejaría de maravillarse ante ese cambio, ante el hecho de cómo una simple sonrisa podía convertir al intimidante dueño de Reid Enterprises en el hombre cálido y vulnerable del que estaba enamorada.

—Nada en nuestra historia ha sido convencional —comentó Alexander, guiándola hacia el vagón—. ¿Por qué empezar ahora?

El interior era aún más impresionante que el exterior. Una mesa elegantemente dispuesta con vajilla de porcelana fina, copas de cristal y candelabros de plata ocupaba el centro del espacio. Ramos de rosas blancas y orquídeas rosadas adornaban cada rincón,

llenando el aire con su fragancia.

Pero lo que realmente captó la atención de Felicity fue la disposición del resto del vagón. Estaba diseñado para recrear el compartimento VIP de un tren de lujo, con asientos de cuero unos frente a otros, exactamente como aquel en el que se habían conocido.

—Alexander... —murmuró, sin palabras ante el detalle y el significado detrás de todo aquello.

—Pensé que podríamos revivir nuestro primer encuentro —explicó él, guiándola hacia uno de los asientos—. Aunque con algunas mejoras. —Le guiñó un ojo—. Esta vez no hay ningún revisor que te persiga, el tren es solo para nosotros, y tenemos una cena de cinco platos esperando.

Se sentaron uno frente al otro, exactamente como aquella primera vez, pero con una diferencia. En lugar de la sorpresa y la indignación que habían caracterizado aquel primer encuentro, ahora sus miradas estaban llenas de complicidad y amor.

—¿Adónde vamos? —preguntó Felicity, al advertir que el tren comenzaba a moverse.

—Solo un recorrido panorámico —respondió Alexander—. El río Hudson arriba y de vuelta. Aproximadamente tres horas.

Un camarero apareció discretamente, sirviendo champán en sus copas antes de retirarse a otro compartimento, dejándolos solos.

Alexander levantó su copa.

—Por los besos inesperados y los revisores *oportunos* —dijo, enfatizando la palabra «oportunos».

Felicity rio, chocando suavemente su copa contra la de él.

—Por los jefes gruñones que resultan tener corazón, después de todo.

Bebieron, sin que sus ojos abandonaran los del otro por encima

del borde de las copas.

La cena transcurrió entre risas y recuerdos.

Alexander, que una vez había sido tan reservado, tan parco en palabras, ahora hablaba abiertamente sobre sus sueños, sus miedos, sus planes para el futuro. Un futuro que, claramente, imaginaba junto a Felicity.

Después del postre, mientras el tren avanzaba suavemente por las orillas del Hudson, bañadas por la luz dorada del atardecer, Alexander sacó su teléfono.

—Hay alguien que insistió en ser parte de esta noche —explicó, iniciando una videollamada.

El rostro de Azriel apareció en la pantalla, con Mateo y Gatsby flanqueándolo a ambos lados.

—¡Al fin! —exclamó—. ¡Pensé que no llamarías nunca! ¡Gatsby está a punto de sufrir un colapso por culpa de la ansiedad!

—El gato está literalmente dormido a tu lado, amor —comentó Mateo con su marcado acento, rodando los ojos con cariño hacia Azriel.

—Está fingiendo —insistió Azriel—. Es su manera de manejar el estrés. Muy avanzada, psicológicamente hablando.

Felicity no pudo evitar reír.

Azriel seguía siendo el mismo hombre excéntrico y dramático, pero había una nueva luz en sus ojos desde que Mateo había entrado en su vida. El fotógrafo puertorriqueño, con su calma serena y su sentido del humor tranquilo, complementaba perfectamente la personalidad extravagante de Azriel.

—¿Qué está pasando? —preguntó Felicity, mirando alternativamente a la pantalla y a Alexander—. ¿Por qué tengo la sensación de que todos sabéis algo que yo no?

Alexander intercambió una mirada con Azriel a través de la

pantalla.

—Porque es así —admitió, tomando su mano por encima de la mesa—. Azriel ha sido... una parte bastante importante en la planificación de esta noche.

—¡¿Bastante importante?! —repitió Azriel, fingiendo indignación —. ¡Soy el cerebro detrás de todo esto! ¿Quién crees que sugirió lo de las rosas blancas? ¿Y el recorrido por el Hudson? ¿Y el…?

—Azriel —lo interrumpió Alexander con firmeza, aunque había un visible afecto en su voz—. ¿Puedes callarte por una vez y dejarme hacer esto a mi manera?

Azriel hizo un gesto como si cerrara una cremallera sobre sus labios, aunque sus ojos brillaban alegres.

Alexander se levantó de su asiento y, para absoluta sorpresa de Felicity, hincó una rodilla delante de ella. El corazón de Felicity comenzó a latir tan fuerte que estaba segura de que todos podían oírlo, incluso a través de la videollamada. Lo sentía en el pecho, en el cuello, en la garganta…

—Felicity Ashford —comenzó Alexander—, hace un año entraste en mi vida de la manera más inesperada posible. Literalmente me besaste antes de que supiéramos nuestros nombres.

Felicity sintió que las lágrimas comenzaban a formarse en sus ojos mientras Alexander continuaba, pero dejó escapar una risilla.

—Ese beso, aunque nació de la desesperación, cambió mi vida para siempre. Me despertó de un letargo que ni siquiera sabía que tenía. Me mostró que había más en la vida que acuerdos y beneficios, que existía un mundo entero de posibilidades que yo había estado ignorando.

Desde el teléfono, se escuchó un sollozo ahogado.

Azriel ya estaba llorando sin ningún reparo, mientras Mateo le pasaba un pañuelo con una sonrisa indulgente.

—Nos ha tomado tiempo, obstáculos, lágrimas, incluso una separación, llegar a donde estamos ahora —continuó Alexander, sacando una pequeña caja de terciopelo azul de su bolsillo—. Pero cada momento, incluso los dolorosos, nos ha traído aquí. A este tren, a este instante.

Abrió la caja, revelando un anillo de platino con un solitario de zafiro del mismo color que sus ojos, flanqueado por pequeños diamantes que brillaban como estrellas.

—Así que, Felicity, en el aniversario del día que cambiaste mi vida con un beso... —Alexander respiró profundamente, con sus ojos azules fijos en los de ella—. ¿Me darías otro beso que cambie mi vida? ¿Te casarías conmigo?

El tiempo se detuvo. O esa era la sensación que tuvo Alexander.

El suave traqueteo del tren, los sollozos emocionados de Azriel a través del teléfono, incluso el propio latido de su corazón parecieron desvanecerse mientras Felicity procesaba sus palabras.

Un año.

Había transcurrido un año desde que había entrado desesperada en aquel compartimento de tren.

Un año desde que había besado a un desconocido para escapar del revisor.

Un año desde que, sin saberlo, había encontrado al amor de su vida de la manera más improbable posible.

Las lágrimas corrían libremente por las mejillas de Felicity, aunque sonreía. Una sonrisa brillante, resplandeciente, que iluminaba todo su rostro.

—Sí —respondió. Su voz se escuchaba temblorosa (por la emoción) pero segura—. Sí, Alexander Reid. Te daré todos los besos que quieras. Me casaré contigo.

La sonrisa que destelló en el rostro de Alexander en ese

momento era más radiante que cualquier otra que Felicity hubiera visto.

Con manos ligeramente temblorosas (otra rareza para un hombre normalmente tan controlado) deslizó el anillo en su dedo.

Le quedaba perfecto. Como si hubiera sido creado específicamente para ella.

—¡DIOS MÍO, HA DICHO QUE SÍ! —La voz de Azriel resonó a través del teléfono, recordándoles que tenían público—. ¡GATSBY, DESPIERTA! ¡TU MADRE HUMANA VA A CASARSE!

Mateo rio, abrazando a Azriel mientras intentaba contener su entusiasmo.

—Felicidades a los dos —dijo con sinceridad—. Aunque creo que tendremos que soportar a este dramático diseñando obsesivamente tu vestido de novia durante los próximos meses.

—¿Meses? —Azriel se apartó indignado—. ¡Ya tengo bocetos desde hace semanas! Será el vestido más espectacular que el mundo haya visto. Estaba pensando en una cola que simbolice...

Alexander tosió discretamente, interrumpiendo a Azriel.

—Quizás podríamos discutir los detalles del vestido otro día —sugirió, con una mirada significativa—. Ahora mismo, me gustaría un momento a solas con mi prometida.

—¡Oh! —exclamó Azriel, comprendiendo—. Por supuesto, por supuesto. Vamos, Gatsby, dejemos a los tortolitos. —Dirigió una última mirada a la cámara—. Felicity, mañana quiero todos los detalles. Y digo TODOS. Y Alexander...

—¿Sí? —preguntó él, enarcando una ceja.

—Si alguna vez vuelves a hacerle daño, recuerda que tengo acceso a tus medidas exactas y puedo asegurarme de que cada traje que te hagan para el resto de tu vida tenga las mangas desiguales.

Alexander dejó escapar una carcajada. Aquel hombre era

imposible.

—Mensaje recibido, Azriel —dijo.

Después de despedirse, la llamada finalmente terminó, dejando a Felicity y a Alexander solos en el vagón, que continuaba su camino por la orilla del río, iluminado ya por la luna.

Alexander, todavía arrodillado junto a Felicity, tomó su rostro entre sus manos.

—Te quiero, Felicity Ashford —dijo simplemente, sin adornos. Sin florituras. No las necesitaba. En esas dos palabras estaba contenido todo: su pasado, su presente, su futuro.

—Te quiero, Alexander Reid —respondió ella, inclinándose hacia él—. Aunque sigas siendo un gruñón y un poco *Limón Amargo* la mitad del tiempo.

—¿Solo la mitad? —bromeó Alexander, acercándose hasta que sus labios estaban a solo un suspiro de distancia—. Estoy mejorando.

Y entonces, exactamente un año después de aquel primer beso desesperado e impulsivo, Felicity cerró la distancia entre ellos. Pero ese beso era una promesa, una celebración, un comienzo.

El tren continuó su camino a través de la noche, llevándolos no solo a lo largo del Hudson, sino hacia un futuro que ninguno de los dos habría imaginado aquel día en la estación de Pittsburgh, donde el destino, un carterista y un revisor de billetes conspiraron para reunir a dos almas destinadas a encontrarse.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA:

Hermanos Montenegro:

Donde vuelan las mariposas.

En el otro lado del corazón

Mi sabor preferido eres tú

Vendetta

Trilogía Señor Baker:

La proposición del señor Baker

La petición del señor Baker

La decisión del señor Baker

Algo increíble

Un trocito de cielo para Nathan Littman:

El infierno de Nathan

El cielo de Nathan

Bilogía señor Brooks:

Los pecados de Olivier

La absolución de Olivier

Khalil, el hijo del desierto.

Los Maestros del Placer:

Érase una vez… el placer

Érase una vez… el amor

Serie Cicatrices:

Un corazón para Bruce Sanders

El retorno de Logan Mont Blanc

La bestia de las Highlands

Algo más que magia

Los Borkan:

KADEN: Amor por contrato

KILLIAN: Desde siempre

KAIROS: Y apareciste tú

Prohibido Enamorarse

Al mejor Postor

Serie Los Alfa de Chicago

SAMUEL, el Arrogante

ASHER, el Poderoso

ETHAN, el Vanidoso

TREVOR, el Prepotente

Mi odioso (adorable) vecino